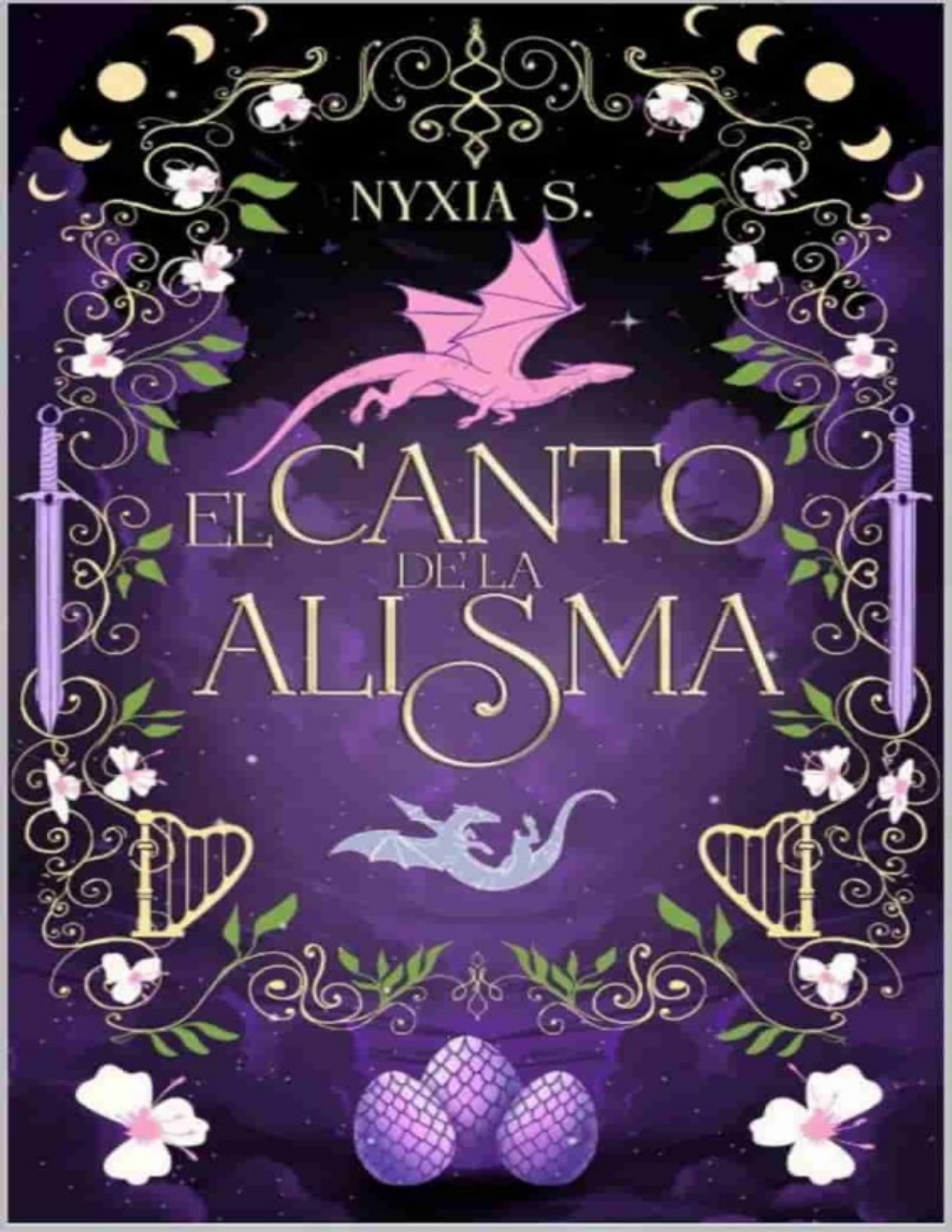

NYXIA S.
EL CANTO DE LA ALISMA



Información

© Esta obra está protegida por derechos de autor. Todos los personajes, nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el permiso expreso del autor. Todos los derechos reservados. ©

Dedicatoria

A quienes desean seducir a un dragón y montar un rey... ¿O era al revés?

Interacción

¡Hola, queridos lectore/as!

Espero que estéis disfrutando de la historia. Vuestro apoyo significa mucho para mí y me ayuda a seguir escribiendo. Si os está gustando la novela, os agradecería muchísimo que:

Votéis por los capítulos. Cada voto es un empujoncito que me anima a continuar.

Dejéis vuestros comentarios. Me encanta leer vuestras opiniones, teorías y reacciones. ¡Vuestros comentarios me inspiran y me ayudan a mejorar!

Compartáis la historia con vuestros amigos. Si creéis que a alguien le puede gustar, ¡no dudéis en recomendársela!

Me sigáis en Wattpad. Así estaréis al día de todas las novedades.

¡Muchas gracias por vuestro apoyo! 😊



No necesito una alisma para reinar

El salón del trono se sentía opresivo, un aire denso de expectación llenaba cada rincón. Ante mí, una hilera de mujeres, cada una más adornada que la anterior, me observaban con miradas que oscilaban entre la esperanza y el temor. Mis consejeros, siempre ansiosos por asegurar la línea sucesoria, insistían en presentarme candidatas de todos los rincones del reino y fuera de él. Cuando a mí ni siquiera me interesaba el matrimonio.

Pero ninguna de ellas despertaba en mí el más mínimo interés, ni siquiera para calentar mi cama. Sus rostros, aunque bellos, eran vacíos y sus sonrisas forzadas. La idea de compartir mi vida, mi trono y mi cama con alguna de ellas me llenaba de aburrimiento, no podían ofrecerme más que una cara bonita.

Mis consejeros se movían entre las filas de candidatas como mercaderes evaluando ganado. Qued, el consejero matrimonial del reino, se acercó a mi trono, inclinándose para susurrar:

—Majestad, la joven de azul es hija de la casa Aradia. Una alianza con su familia aseguraría el control de las rutas comerciales del este.

Asentí distraídamente, mientras mi mirada vagaba por la sala.

—¿Y qué hay de su carácter, Qued? ¿Es inteligente? ¿Compasiva? ¿Toca algún instrumento? ¿Es buena en la cama? ¿Doma dragones?

Qued pareció desconcertado por un momento mientras negaba suavemente y una sonrisa nerviosa aparecía en sus labios pequeños.

—Bueno, yo... se dice que es una excelente bordadora, Majestad.

Reprimí un suspiro de frustración.

—Entiendo. Una buena bordadora... En guerras tener un jersey bordado me protegería mucho.

Me levanté del trono abruptamente, interrumpiendo el discurso ensayado de una joven de cabellos dorados que hablaba de lo bien que tocaba el piano.

Mis pasos resonaron en el silencio del salón mientras me acercaba a un jarrón rebosante de flores doradas, su olor era dulce, pero no cargante.

Tomé una y descendí los escalones del trono despacio, sin prisa alguna.

El murmullo de sorpresa que recorrió la sala fue como el susurro del viento entre las hojas de un bosque. Nadie se atrevía a moverse, todos contenían el aliento, esperando ver cuál sería mi próximo movimiento.

Al pie de la escalinata en la fila, una niña, apenas de la edad de mi hermana Venya, me miraba con ojos como platos. Su vestido era demasiado recargado y pesado para su pequeña figura, parecía engullirla. Le ofrecí la flor con una sonrisa, intentando disipar el miedo que se reflejaba en su rostro. Titubeó un instante antes de aceptarla, sus dedos temblorosos rozaron los míos al cogerla.

La imagen de aquella niña, asustada e inocente, me revolvió las entrañas.

¿Cómo podían mis consejeros siquiera considerar semejante barbaridad?

No me casaría con una niña que apenas comprendía el significado del matrimonio.

Observé su rostro angelical, sus ojos grandes y curiosos que recorrían la sala con asombro. No pude evitar sentir una mezcla de compasión y responsabilidad hacia ella.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —pregunté suavemente.

—Lira, Majestad —respondió con voz apenas audible.

—Es un hermoso nombre, Lira. Dime, ¿qué edad tienes?

—Diez años, Majestad.

Sentí que la ira crecía en mi interior. Me giré hacia mis consejeros abriendo bien los ojos para mirarlos, sobre todo a Qued. Quien parecía querer esconderse.

—¿Diez años? ¿Me han traído a una niña de diez años como posible esposa? —dije con ira, mirándole con repulsión—. ¿¡A quién se le ha ocurrido semejante barbaridad, Qued!?

Qued dio un paso al frente, tenía el rostro pálido y vi como jugaba con sus manos. Sabía que se había puesto nervioso.

—Majestad, la princesa Lira es la hija menor del rey de Ventara. Una unión con ella aseguraría la paz en nuestras fronteras del sur por generaciones.

Además, de que tendríamos un gran aliado en caso de guerra... Era ella o su hermana... Pero su hermana era más mayor y pensé... Bueno, no la encamaría hasta que ella cumpliera la edad y tuviera su sangrado... Se la prepararía hasta entonces, Majestad.

—¿A costa de su infancia? —repliqué, con gran indignación—. ¿A costa de su inocencia? ¿Esto es lo que ven en mí, Qued? ¿Un rey que quiere robarle la infancia a una niña?

Él negó en silencio.

Volví mi atención a Lira, cuyo rostro mostraba ahora más curiosidad que miedo.

—¿Tienes hambre?

—Sí, alteza —respondió tímidamente, mientras sus mejillas se coloraban.

Una sonrisa genuina se dibujó en mi rostro. Con un gesto elegante, alcé la mano para llamar a una de las doncellas. Cuando se acercó, le di instrucciones claras:

—Por favor, acompaña a nuestra joven invitada al comedor. Asegúrate de que pruebe los mejores dulces que tengamos en palacio. No escatimen en ello.

La doncella asintió y extendió su mano hacia Lira, quien me miró con una mezcla de alivio y gratitud antes de seguirla. Esa niña debería estar jugando o pintando, cualquier cosa menos esto.

Luego, dirigí mi atención al resto de las candidatas.

—Damas, agradezco profundamente vuestra participación en este proceso.

Si alguna resulta elegida, se la convocará oportunamente. Por ahora, pueden retirarse.

Un murmullo de decepción recorrió la sala como una ola, pero permanecí impasible. Mi decisión estaba tomada. Observé cómo las candidatas se marchaban, algunas con expresiones de desilusión, otras lanzando miradas furtivas y esperanzadas como si fuera a detenerlas en el último momento.

Cuando la última dama cruzó el umbral, me permití soltar un suspiro de cansancio. Qued, se acercó con paso cauteloso, como quien se aproxima a una bestia herida.

—Mi señor —intervino prudentemente—, las candidatas presentadas eran atractivas, jóvenes y, en muchos aspectos, idóneas para vos. Comprendo que no encarnan a la mítica Alisma, pero he enviado a mis hombres más capaces a buscarla por todos los rincones del reino... e incluso más allá.

Seguro que es una princesa de algún reino, los dioses están siempre de nuestra parte. Pero si no la encontramos pronto... Deberá replantearse otro tipo de matrimonio. Por el bien del reino, por el bien de Dragio.

Me recosté en el trono, negando con la cabeza. Mi mente estaba demasiado absorta en los asuntos de la guerra como para dedicarle tiempo a especulaciones sobre esa supuesta llama gemela.

—La Alisma... —murmuré con una sonrisa burlona, el nombre dejó un sabor amargo en mi boca—. No es más que un cuento de hadas, Qued. Una fábula que las madres susurran a sus hijos antes de dormir, regalándoles un pedazo de inocencia para que crean en algo más allá de este mundo cruel.

Mis ojos se perdieron en la distancia, contemplando los amplios ventanales que daban al reino que debía proteger.

—Yo no creo en esas historias. Para mí, no es más que una ilusión, una mentira dulce, pero vacía.

Qued se removió incómodo, pero no se atrevió a contradecirme. El silencio se extendió entre nosotros, pesado y cargado de tensión.

—Mi mente está demasiado ocupada con la inminente guerra como para ponerme a especular sobre una mitad que supuestamente me pertenece —

declaré finalmente—. Necesitamos centrarnos en lo que es real, en las amenazas tangibles que acechan nuestras fronteras.

Asintió, resignado, pero aún preocupado. Sus ojos reflejaban la misma angustia que yo sentía ante la creciente tensión en nuestras fronteras. El reino de Gélidia, antaño un aliado, se había convertido en una sombra amenazante que se cernía sobre nosotros.

—Entiendo vuestra preocupación, mi señor —respondió—. Pero la leyenda de la Alisma ha sido parte de nuestra cultura durante siglos. Muchos creen que su unión con el rey traerá prosperidad y protección al reino. Es algo cierto, algo real, Majestad.

—Son tiempos desesperados, Qued —repliqué, levantándome del trono porque no soportaba estar sentado—. La gente necesita aferrarse a algo, a cualquier esperanza que les permita sobrellevar el miedo y la incertidumbre.

Pero yo no puedo permitirme caer en falsas ilusiones. ¿Qué clase del rey sería creyendo en un cuento infantil?

Gélidia había comenzado a movilizar sus tropas, acercándose cada vez más a nuestras fronteras. Sus intenciones eran claras: recuperar las tierras que nos habían vendido hace más de un siglo, cuando su reino estaba al borde del colapso. Ahora, fortalecidos y ambiciosos, querían arrebatarnos lo que era nuestro por derecho.

—No podemos subestimar a Gélidia, mi señor —advirtió Qued, su voz cargada de una urgencia apenas contenida—. Su ejército es poderoso, sus estrategas astutos, y su rey... —hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas—, es un hombre despiadado que no se detendrá ante nada para lograr sus propósitos... Es cierto, pero...

Qued se acercó más, bajando la voz como si temiera que las mismas paredes pudieran escuchar.

—Pero hay algo más importante en juego aquí, Majestad. Algo que podría cambiar el curso de esta guerra antes de que siquiera comience. —Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me hizo sentir incómodo—.

La marca de la Alisma que lleváis... no podemos ignorar su significado.

Instintivamente, mi mano se movió hacia mi hombro derecho, donde yacía oculta bajo capas de tela, la delicada flor de tres pétalos que había sido mi compañera desde mi nacimiento. La marca de la Alisma, un símbolo ancestral de poder y destino que pocos comprendían realmente.

—Nacisteis con la marca, mi señor —continuó Qued, en un susurro—. Eso significa que, en algún lugar, hay alguien que lleva la otra mitad, alguien que es su mitad, alguien que le dará grandes logros y prosperidad. Y si no la encontramos, si no unimos las dos partes de

la Alisma... —dejó la frase en el aire, pero el peso de lo no dicho cayó sobre mí.

Cerré los ojos por un momento, dejando que el peso de la historia y la leyenda me envolviera. Según los antiguos textos, solo la unión de las dos mitades de la flor de Alisma podría garantizar la verdadera prosperidad y protección del reino. Era más que un simple símbolo; era una promesa de poder, de equilibrio, de un destino más grande que cualquier individuo.

El recuerdo de las historias que me contaban de niño vino a mi mente. Mi bisabuelo, un rey cuyo nombre aún se pronunciaba con reverencia, Jaron, había encontrado a su Alisma. Su reinado fue recordado como una era dorada, un tiempo de paz sin precedentes y abundancia que parecía sacado de un cuento de hadas. Las crónicas hablaban de cosechas milagrosas, de enemigos que se convertían en aliados con un simple apretón de manos, de un reino tan próspero que la pobreza era apenas un recuerdo lejano. El pueblo le adoraba, a él, y a su esposa. Ambos reinaron juntos, sin separarse ni un solo momento. Y murieron a unos días de diferencia. Amándose de verdad.

Sin embargo, la leyenda también advertía que la aparición de la Alisma era un evento raro, que ocurría solo una vez cada cien años, o incluso más. Y

aunque yo había nacido con la marca, una réplica exacta de la flor descrita en las antiguas escrituras, no podía permitirme creer en cuentos. Mi mente estaba demasiado ocupada con la realidad inminente de la guerra, con la responsabilidad de proteger a mi pueblo, mi familia y mi reino.

Gélidia se alzaba como una sombra amenazante en el horizonte, sus ejércitos avanzando inexorablemente hacia nuestras fronteras. La guerra era inevitable, y debíamos enfrentarla con todo nuestro poderío. Pero no podíamos permitir que el miedo nos paralizara. Debíamos actuar con decisión y valentía.

—Qued, aprecio tu dedicación, pero no podemos basar las decisiones del reino en mitos y leyendas. Necesitamos acciones concretas, alianzas sólidas.

—Pero, mi señor —insistió Qued—, incluso si Alisma no existe, la búsqueda en sí misma podría unir al pueblo, darles esperanza en tiempos oscuros.

Me detuve, considerando sus palabras.

—Quizás tengas razón en eso, Qued. La esperanza es un arma poderosa.

Pero no puedo permitirme el lujo de perseguir fantasmas cuando nuestras fronteras están amenazadas.

Caminé hacia los ventanales, observando el reino que se extendía más allá.

—Dime, Qued, ¿qué noticias tenemos de nuestros espías en las tierras del norte?

Qued pareció momentáneamente desconcertado por el cambio de tema, pero se recompuso rápidamente.

—Los informes son preocupantes, Majestad. El Rey Thorian ha estado movilizando tropas cerca de nuestras fronteras. Algunos dicen que planea una invasión antes del invierno.

Asentí, sintiendo toda la responsabilidad.

—Entonces ahí es donde debemos centrar nuestra atención, no en buscar a una mujer mítica que probablemente no existe.

—Como deseéis, Majestad —respondió Qued, inclinando la cabeza en señal de respeto—. ¿Queréis que convoque al consejo de guerra?

—Sí —respondí—. Y Qued, una cosa más.

—¿Sí, mi señor?

—La niña, Lira. Asegúrate de que sea tratada con respeto y devuelta a su familia con todos los honores. Y deja claro que no volveremos a considerar candidatas tan jóvenes. Es hora de que pongamos fin a esa práctica bárbara.

Qued asintió con una leve sonrisa apareciendo en sus labios.

—Será un placer, Majestad. Y si me permitís decirlo, creo que esa decisión os honra.

La leyenda de la Alisma, por más tentadora que fuera, debía quedar en segundo plano. La supervivencia de nuestro reino estaba en juego, y no podíamos darnos el lujo de distraernos.

—Ahora, si me permitís, iré con Draluz a despejar la mente.

—Por supuesto, mi señor. Que el viento os guíe y os traiga claridad.

Abandoné la sala del trono, mis pensamientos aún se encontraban turbios por la incertidumbre del futuro. Sabía que mis hermanos estarían inmersos en sus lecciones, porque si me veían preparándome para montar a Draluz, no dudarían en suplicarme que los llevara conmigo. Sin embargo, aún eran demasiado jóvenes para emprender un vuelo en dragón, y no podía arriesgar su seguridad.

Me dirigí a los extensos jardines del palacio, donde nuestros dragones tenían su morada, campaban libremente y podían ir y volver cuando quisieran. Los huevos estaban protegidos en un nido, era lo único que manteníamos oculto. Allí, haciendo sombra a un añoso roble gigantesco, encontré a Draluz, acurrucada sobre el fresco césped. Hacía tiempo que no extendía sus alas, y ansiaba sentir el viento azotando mi rostro mientras surcábamos los cielos.

Draluz era una criatura magnífica, un ejemplar único entre los dragones de nuestro reino. Su escamosa piel grisácea, surcada por

destellos plateados, brillaba bajo la luz del sol. Sus ojos, de un blanco puro y penetrante, parecían albergar la sabiduría de siglos. Era la dragona más grande y majestuosa que jamás había visto, y su presencia imponía respeto y admiración.

Me acerqué a ella con paso lento, extendiendo mi mano para acariciar su hocico. Draluz levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los míos en un intercambio silencioso de confianza y afecto.

Sus garras, afiladas como dagas y cada una del tamaño de mi cuerpo entero, eran un recordatorio de que seguía siendo un animal salvaje. A pesar de su aspecto imponente y su reputación de ser feroz, Draluz era una criatura noble y leal, aunque reservaba su afecto para aquellos que conocía y en quienes confiaba. Más de un intrépido visitante había sufrido las consecuencias de subestimar su carácter protector, intentando tocarla o montarla sin su permiso. Además, se comía a todo aquel que osase amenazarme a mí o mi reino. No había peor castigo que ese.

Con un movimiento grácil, Draluz se agachó, invitándome a subir al asiento de cuero y escamas que había sido diseñado especialmente para ella. Este se amoldaba perfectamente a su anatomía, proporcionando comodidad y seguridad tanto para el jinete como para la dragona. Estaban hechos a medida, no te valía cualquiera.

Ajusté el cinturón de cuero alrededor de mi cintura, asegurándome de que cada hebilla estuviera firmemente cerrada. Draluz era famosa por sus piruetas aéreas, y aunque había cabalgado sobre su lomo innumerables veces, la emoción y el respeto nunca se desvanecían. No quería arriesgarme a un descenso inesperado desde las alturas.

Mientras me preparaba, acaricié su escamoso cuello, sintiendo los poderosos músculos tensarse bajo mi mano, anticipando el vuelo. Un cosquilleo de adrenalina recorrió mi cuerpo, mezclándose con una profunda sensación de libertad. Volar con Draluz era más que un simple escape; era una unión con el viento, una danza entre el cielo y la tierra.

—¿Lista, compañera? —pregunté, observando cómo Draluz se incorporaba.

Sus alas se desplegaron como velas gigantescas.

Un gruñido gutural resonó en el aire, y en un instante, Draluz corrió hacia el acantilado y se lanzó sin dudar. La adrenalina inundó mis venas, mi corazón latía al compás de su carrera desenfrenada. La sensación de vértigo, de estar al borde del abismo, era embriagadora.

El viento me azotó el rostro mientras Draluz extendía sus alas, planeando con la gracia de un ave de presa hacia las nubes. Eché la cabeza hacia atrás, sintiendo la humedad del aire en mi piel, la libertad absoluta del vuelo. Si dependiera de mí, pasaría cada instante de mi vida surcando los cielos, lejos de las preocupaciones terrenales.

Mis ojos barrieron el paisaje, contemplando la capital con sus torres y murallas, las aldeas dispersas en el valle, todo lo que tenía a mis pies. Pero hoy, mi mirada no se detenía en la tierra, en cambio, se elevaba hacia el inmenso cielo que se abría ante nosotros, como si las nubes mismas se apartaran ante el poderoso aleteo de Draluz.

De repente, un gruñido gutural sacudió el aire. Draluz se tensó bajo mi asiento, sus músculos se apretaron como el mismo acero. Su cabeza se inclinó hacia abajo, fijando su mirada en una pequeña aldea que se extendía bajo nosotros. Su instinto la llamaba a descender, pero yo sabía que no podíamos ceder.

—¡No, Draluz, eleva! —grité contra el viento, tirando de las riendas con todas mis fuerzas.

La última vez que había ignorado sus instintos, las consecuencias habían sido desastrosas. Un incendio accidental había arrasado parte de la aldea, y aunque nadie había resultado herido, el recuerdo de la

destrucción aún me atormentaba. Mi deber era proteger a mi pueblo, no ponerlo en peligro.

—¡Draluz, eleva! —repetí, con mi voz cargada de urgencia mientras la dragona se inclinaba peligrosamente, amenazando con caer en picado—.

¡Draluz, obedece! ¡No seas cabezona!

La lucha por el control era inhumana. Draluz se resistía con todas sus fuerzas, su cuerpo vibraba con fuerza, evitando obedecerme. El viento rugía a mi alrededor, y por un instante, sentí que la batalla estaba perdida. Pero entonces, con un último tirón desesperado de las riendas y un grito que nació de lo más profundo de mi alma, Draluz cedió. Lentamente, comenzó a elevarse de nuevo, alejándose de la aldea y llevándonos de vuelta hacia la seguridad de las nubes.

Exhalé un suspiro de alivio, mis músculos tensos se relajaron poco a poco.

Pero la tensión no desapareció por completo. Draluz seguía mirando hacia abajo, con su cabeza inclinada y sus ojos fijos en la aldea que se alejaba.

Sabía lo que la impulsaba: el hambre. Probablemente había visto algún animal de granja, un cerdo o una oveja, y su instinto depredador se había despertado.

Draluz emitió un suave gruñido, como si estuviera discutiendo conmigo.

Era una criatura testaruda y difícil de domar, pero esa era precisamente una de las razones por las que la amaba. Mientras que los dragones de mis

hermanos eran obedientes y dóciles, Draluz tenía un espíritu indomable, una chispa de rebeldía que la hacía única.

—Eres una dragona extraordinaria, Draluz —dije, sintiendo una oleada de orgullo y afecto—. Pero a veces, tu terquedad puede meterme en problemas.

No seas tan testaruda y haz caso a tu jinete o te quedas sin comer.

Draluz respondió con un suspiro, como si estuviera de acuerdo conmigo a regañadientes. Sonreí para mis adentros, aceptando su naturaleza salvaje.

Después de todo, era esa misma terquedad y determinación lo que la convertía en una aliada tan valiosa, una fuerza imparable en el campo de batalla. No tenía miedo ante nada, y eso era lo más valioso que tenía.



Susurros entre ramas

El crujido de una rama bajo mi bota me hizo detener en seco, el corazón me latía con fuerza. Con los sentidos agudizados, escaneé el denso bosque a mi alrededor: cada sombra, cada susurro. Un ciervo, con su pelaje rojizo apenas visible entre los arbustos, levantó la cabeza, alerta. Mis dedos se cerraron en torno al arco, la flecha temblando levemente mientras apuntaba a su corazón. Contuve todo el aire en mí evitando temblar, algo que me enseñó mi padre.

Pero antes de que pudiera soltar la cuerda, un sonido estridente y desagradable rompió la quietud del bosque. El ciervo, asustado, salió

disparado entre la maleza, perdiéndose en la espesura.

—Por todos los dioses —maldije.

Sin embargo, no bajé la guardia. El sonido que había espantado al ciervo no era natural, era demasiado metálico, demasiado deliberado, parecía haber alguien recorriendo el bosque armado.

De repente, un destello de movimiento captó mi atención. Una bandada de codornices, sobresaltadas por el ruido, alzaron el vuelo en una explosión de

plumas y graznidos. Sin dudarlo, ajusté mi puntería y solté la flecha. Voló como un rayo, atravesando el aire con una precisión letal. Dos codornices cayeron al suelo.

Bajé el arco, satisfecha, pero aún alerta. El bosque guardaba secretos, y no podía permitirme bajar la guardia. Me acerqué a las codornices caídas, recogiéndolas con cuidado. Su plumaje, moteado de colores tierra, se sentía suave y cálido bajo mis dedos. Sabía que podría conseguir un buen precio por ellas en el mercado, quizás lo suficiente para comprar un pan recién horneado y un poco de queso para acompañar.

Las guardé en mi zurrón de cuero, junto con el resto de mi botín: algunas bayas silvestres, un puñado de setas comestibles y unas cuantas hierbas aromáticas.

Volví sobre mis pasos, siguiendo el estrecho sendero que me llevaría de vuelta a la aldea.

Llevaba desde el amanecer recorriendo el bosque, con mis sentidos agudizados en busca de una presa digna de mi arco. Pero en los últimos días, la caza había sido escasa. Los animales parecían inquietos, nerviosos, como si presintieran un peligro inminente.

La sombra del dragón real, surcando los cielos en sus vuelos, no ayudaba a calmar los ánimos. El monarca, en su afán por demostrar su poder como rey, solo conseguía asustar a la caza y dejar a los aldeanos sin sustento. Un suspiro de frustración escapó de mis labios. La situación era cada vez más difícil, y la tensión se palpaba en el aire. Se pensaba que no sabíamos que algo pasaba con algún otro reino fronterizo, aunque creo que era mejor no tener toda la información, suficientes problemas había en el día a día.

Al llegar de nuevo a la aldea, el mercado bullía de actividad. Los vendedores pregonaban sus mercancías con gritos, mientras los compradores regateaban con entusiasmo. El aroma a especias y pan recién horneado se mezclaba con el olor a sudor y animales, creando esa esencia única de los mercados que siempre me había fascinado y repelido a partes iguales.

Me acerqué al puesto del carnicero, donde un hombre robusto y de rostro enrojecido desplumaba una gallina con movimientos rápidos y precisos.

Savir. Nos conocíamos desde hacía tantos años que había perdido la cuenta.

Sus manos, gruesas y callosas, trabajaban con una destreza que solo años de práctica podían dar. Respiré hondo, reuniendo el coraje necesario para lo que sabía sería una negociación difícil, era un nombre muy testarudo, pero lo entendía, tenía una familia que dependía de él.

—Codornices recién cazadas —anuncié, depositando mis presas sobre el mostrador de madera—. Dos ejemplares jóvenes y en perfecto estado.

Savir levantó la vista, sus ojos pequeños y astutos evaluaron mi oferta.

Señaló una cesta desbordante de codornices, sus cuerpos inertes estaban apilados unos sobre otros.

—Me las han traído esta mañana, cazadas con red —dijo con voz ronca—.

Sin heridas, perfectas para asar.

Una punzada de decepción me atravesó. La competencia era fuerte, y mis codornices, a pesar de su calidad, no eran tan atractivas como las que habían sido capturadas sin sufrir daño alguno.

—Pero las mías son de caza libre —insistí, tratando de mantener la esperanza. Mi voz sonaba más desesperada de lo que me hubiera gustado, pero podía sentir cómo me rugían las tripas—. Su carne es más sabrosa, más auténtica. Han vivido como deben vivir las codornices, libres en el bosque.

Savir se encogió de hombros, indiferente.

—El precio es el mismo para todas —respondió, volviendo a su tarea —. Si quieres venderlas, te daré lo que valen, ni más ni menos.

La frustración amenazaba con romperme, pero sabía que no tenía otra opción. Necesitaba el dinero, por poco que fuera.

—De acuerdo —acepté a regañadientes—. ¿Cuánto me ofreces?

Examinó las codornices con ojo crítico, sopesándolas en sus manos callosas como si fueran simples piedras.

—Te daré dos monedas de cobre por las dos —dijo finalmente, con un tono que pretendía ser conciliador—. Es un precio justo.

—¿Dos monedas? —protesté, indignada—. ¡La semana pasada me diste veinte monedas por las mismas aves! ¡Veinte monedas, Savir!

Volvió a señalar la cesta repleta de codornices, como si la mera imagen pudiera justificar su mezquindad.

—Nefely, es lo que hay —replicó con un encogimiento de hombros—. El mercado está inundado. No puedo darte más, no sacaría beneficio.

—Cinco monedas —regateé, intentando mantener la calma—. Es un precio razonable.

Negó con la cabeza, con su expresión obstinada.

—Tres —contraofertó, sus ojos pequeños y astutos se clavaron en los míos

—. Y te estoy haciendo un favor, Nefely.

—Cuatro, y cerramos el trato —dije con firmeza, cruzándome de brazos y desafiándolo con la mirada—. Son aves de caza libre, Savir. Su carne es más sabrosa, más tierna, superior a las de esa cesta. Estoy segura de ello, nunca te daría algo en malas condiciones, me conoces.

Sus ojos oscuros se posaron de nuevo en las codornices, sopesándolas con una mirada calculadora. Un tenso silencio se instaló entre nosotros, roto solo por el bullicio del mercado a nuestro alrededor.

Me incliné hacia él, bajando la voz a un susurro conspiratorio.

—Savir, sabes que atiendo a tu familia con el mayor cuidado —le recordé

—. Siempre os he dado las mejores hierbas, los ungüentos más efectivos, y el precio que os cobro no es el real, lo sabes bien. Estoy disponible para vosotros a cualquier hora del día y de la noche, y tus hijas están sanas

gracias a mis remedios. ¿No crees que merezco un pequeño gesto de agradecimiento?

Sus ojos se abrieron ligeramente, un atisbo de duda cruzó su rostro. Sabía que había tocado su fibra sensible, sus hijas para él lo eran todo. Savir era un hombre orgulloso, pero también valoraba la lealtad y el buen trato.

—Está bien, Nefely —dijo finalmente, con un suspiro resignado—. Cuatro monedas, pero que sea la última vez que me regateas.

Una sonrisa triunfal se dibujó en mis labios.

—Trato hecho, Savir —respondí, extendiendo la mano para sellar el acuerdo—. Y no te preocupes, la próxima vez que necesites mis servicios, te haré un descuento especial.

Savir asintió con una mezcla de resignación y respeto. Me entregó las cuatro monedas, que tintinearon en mi palma. Sin perder tiempo, me dirigí al puesto de panadería, donde el aroma a masa recién horneada me hizo la boca agua.

—Un pan de hogaza y un trozo de queso, por favor —pedí a la panadera, una mujer de rostro amable y manos enharinadas.

—Para ti, Nefely, siempre lo mejor —respondió con una sonrisa, entregándome el pan caliente y un generoso trozo de queso—. Una moneda será suficiente.

Le agradecí y guardé el pan y el queso en mi zurrón, junto con las tres monedas restantes. Al menos tenía asegurado el sustento para el día siguiente.

Con el corazón un poco más ligero, emprendí el camino de vuelta a mi hogar, una pequeña cabaña enclavada en el claro del bosque. No era mucho, solo una habitación, una cocina rudimentaria y un techo lleno de goteras, pero era mi refugio, mi santuario.

Lo único que se salvaba de la precariedad era mi sala de curación, un espacio dedicado a mi otra pasión: la alquimia. Allí, en medio de frascos de cristal llenos de ungüentos y aceites, de manojos de hierbas secas colgando del techo y de libros antiguos sobre medicina natural, encontraba la paz y la satisfacción que la caza no siempre me proporcionaba. Por no decir, que la caza era simplemente una necesidad; si no cazaba, no comía, así de claro.

Dejé caer el zurrón contra la pared de madera, liberando un suspiro de cansancio. Extraje las hierbas recolectadas durante mi expedición al bosque y las dejé sobre la mesa de trabajo. Un encargo especial me esperaba: un potente remedio cicatrizante y protector, cuya elaboración me reportaría una suma considerable. Sin embargo, sabía que gran parte de esa recompensa se iría en la adquisición de ingredientes exóticos y prohibidos, aquellos que no crecían en nuestros bosques y que el rey había declarado ilegales.

El monarca, en su afán por controlar todos los aspectos de la vida de sus súbditos, había prohibido cualquier práctica que considerara «brujería».

Había enviado a sus «maestres», hombres de ciencia y razón, a cada rincón del reino, con la misión de erradicar cualquier atisbo de magia o brujería.

Pero yo sabía que su medicina, aunque efectiva en ocasiones, no podía compararse con el poder curativo de la naturaleza. Sus métodos eran fríos y calculados, carentes de la sabiduría y la conexión profunda con la tierra que poseían las antiguas tradiciones. Cuando ni siquiera era brujería, pero creo que no entendía las diferencias.

Hasta ahora, todos mis pacientes habían sobrevivido, algo que los arrogantes maestres no podían decir. Sus remedios, a menudo basados en sangrías y brebajes de dudosa procedencia, habían causado más daño que bien en muchas ocasiones. La gente del pueblo, atemorizada por las represalias del rey, acudía a ellos a

regañadientes, mientras que a mí me buscaban en secreto, confiando en la eficacia de mis ungüentos y pócimas.

De repente, el mundo a mi alrededor se desvaneció. Una niebla espesa llenó la habitación, y el aire se volvió pesado y opresivo. Golpeé la mesa de madera con la mano en un intento de sujetarme para no caerme. Sentí un frío en los ojos, como si una mano invisible los hubiera rozado, congelándome. Y entonces, las visiones comenzaron.

Imágenes fugaces y borrosas desfilaron ante mis ojos: un ejército marchando bajo un estandarte negro, un dragón surcando los cielos en llamas, un hombre de ojos crueles y sonrisa retorcida... Gritos de terror, el choque del acero, el olor a sangre y muerte... Las visiones se arremolinaban, cada vez más vívidas, más aterradoras. Sucedían a un ritmo vertiginoso, cada una más aterradora que la anterior.

Me llevé las manos a la cabeza, intentando bloquear las imágenes, pero era inútil. El torbellino de visiones me arrastraba, me ahogaba. Grité, pero mi voz se perdió en la niebla.

Tan repentinamente como habían llegado, las visiones se desvanecieron. La niebla se disipó, y me encontré de nuevo en mi cabaña, temblando y bañada en sudor frío. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y mi respiración era entrecortada.

Me desplomé en el suelo, exhausta, como si me hubieran drenado toda la energía. En ese momento, sentí un frío intenso en mi pecho, justo donde se encontraba la marca de nacimiento que había llevado desde niña. Me llevé la mano a ella y la encontré helada, como si un trozo de hielo hubiera reemplazado mi piel. El frío se extendió, invadiendo mi cuerpo y causando un dolor agudo y punzante. Un dolor que me paralizaba por completo.

Siempre había creído que la marca era una simple anomalía, una peculiaridad sin importancia. Pero ahora, mientras el dolor se intensificaba, recordé el día en que la marca había despertado,

cuando cumplí los doce años. Había comenzado a palpitar, a brillar con una luz blanca y azulada, como si tuviera vida propia. Mi madre, incapaz de encontrar una explicación, había muerto creyendo que estaba enferma.

Pero ahora, en medio del dolor y la confusión, una terrible verdad se apoderó de mí. La marca no era una enfermedad, era una señal, un presagio de algo oscuro y poderoso que se avecinaba. Quizás por mis visiones, quizás solo presentimiento, aún no lo tenía claro.

Me levanté con esfuerzo, aferrándome a la mesa de madera como si fuera mi única tabla de salvación. El dolor en mi pecho persistía, pero lo ignoré, centrando toda mi atención en la tarea que tenía entre manos. Continué

trabajando sin descanso, mezclando las hierbas con una precisión casi mecánica.

Mi poder, mi don para sanar, había nacido para ser utilizado, no para ser reprimido y escondido. Nada se comparaba con la satisfacción de devolverle el color a las mejillas de un niño enfermo, de ver la esperanza renacer en los ojos de sus padres. Cada vida que salvaba era una pequeña victoria contra la oscuridad, una afirmación de mi existencia y mi propósito en este mundo.

Pero sabía que el precio de mi desafío al rey era alto. Si me descubrían, mi destino sería la muerte, o peor aún, una vida de tormento y humillación. La mera idea me helaba la sangre, pero no podía negar mi vocación. Mi poder era parte de mí, tan esencial como el aire que respiraba.

Mientras hubiera ayudado a suficientes personas, mientras hubiera aliviado el sufrimiento y llevado esperanza a los corazones desesperados, mi alma estaría en paz. Y si mi destino era caer en desgracia, al menos lo haría sabiendo que había vivido fiel a mí misma, a mi poder, a mi deber como sanadora.

Con un último suspiro, terminé de preparar el ungüento cicatrizante. En ese preciso instante, unos golpes tímidos resonaron en la puerta de madera, sobresaltándome. Con paso decidido, me acerqué y abrí, encontrándome con la figura encorvada de un hombre, su rostro curtido por el sol y el viento del mar.

—Nefely —susurró con miedo, mientras sus ojos escudriñaban los alrededores con nerviosismo—. ¿Lo tienes?

—Aquí está —respondí, entregándole el frasco con un gesto firme—.

Aplícalo antes y después de cada jornada de pesca. Aliviará el dolor, te protegerá y acelerará la curación en el caso de daño.

Reconocí al hombre al instante. Era uno de los marineros que trabajaban en los barcos pesqueros, sus manos callosas y llenas de cicatrices eran testimonio de su ardua labor. Las redes, pesadas y ásperas, dejaban profundas heridas en sus brazos, y los maestres del rey a menudo se

mostraban incapaces de proporcionar un alivio duradero. Lo único que le aconsejaban era que se las lavase con la misma agua de mar, pero eso solo conseguía que se le infectasen.

—¿De verdad funcionará? —preguntó, con su voz teñida de una mezcla de esperanza y escepticismo.

—Nunca te ofrecería algo que no fuera efectivo —respondí, alzando una ceja—. ¿Acaso dudas de mi habilidad?

Hice un ademán de recuperar el frasco, pero él retrocedió, aferrándose a él con fuerza.

—No, no, por supuesto que no —se apresuró a decir—. He oído maravillas de tus remedios. Dicen que eres capaz de curar lo que los maestres no pueden.

—Pues si dicen eso, es que es verdad.

Un pequeño saco de cuero colgaba de su cinturón, abultado por el peso de las monedas.

—¿Diez monedas de plata? —preguntó, contando el dinero con dedos temblorosos.

—Por ser la primera vez, sí —respondí con seriedad, cruzándome de brazos

—. Pero recuerda, la discreción es esencial. No quiero que los maestres se enteren de esto o se acabaron los remedios.

Asintió con solemnidad, entregándome las monedas con gratitud.

—Muchas gracias, Nefely —murmuró, aliviado mientras observaba el frasco como si contuviera un tesoro—. Que los dioses te bendigan.

Y con una última mirada de gratitud, se alejó rápidamente, perdiéndose entre las sombras del bosque. Cerré la puerta tras él mientras un suspiro se escapó de mis labios.

Saqué el pan y el queso de mi zurrón, el aroma a trigo y levadura despertó mi apetito. Me senté en la butaca, mientras comenzaba, cada mordisco era un pequeño placer. El recuerdo del pan recién horneado y los estofados de mi madre inundó mis recuerdos, su olor capaz de llenar toda la casa y atraer a los vecinos con su promesa de calidez y generosidad. Ella siempre compartía lo que tenía, sin esperar nada a cambio, hasta el día en que la enfermedad la consumió.

Y todas esas personas a las que había ayudado, a las que había alimentado y sanado, desaparecieron como sombras al amanecer. La impotencia me consumía. No pude hacer nada por salvarla, a pesar de mis conocimientos y mi desesperación. A pesar de buscar y buscar sin detenerme.

Probé innumerables remedios, mezclando hierbas y recitando encantamientos hasta el amanecer, pero nada funcionó. Ni la brujería, ni la alquimia, ni nada... Cada intento parecía empeorar su condición, como si una fuerza oscura se burlara de mis esfuerzos. Ni los maestres vinieron porque creían que podía ser contagioso, y por los síntomas, iba a fallecer pronto. Pero estuvo agonizando meses en la cama.

Con solo doce años, era demasiado joven, demasiado inexperta. Mis manos, que ahora sanaban a otros, no pudieron salvar a la persona que más amaba.

Aquella herida aún supuraba en mi alma.

Alma que no parecía contentarse con nada, y por más vidas que salvase, nada le valía.



Cuando las cenizas susurran mi

nombre

La niebla, espesa y fantasmal, se aferraba a los árboles de raíces retorcidas, ocultando el bosque en un velo de misterio. El sol de la mañana luchaba por abrirse paso entre las ramas entrelazadas, pero sus rayos apenas lograban perforar la densa cortina de humedad.

Mis botas, desgastadas por innumerables caminatas, con demasiados agujeros para contarlos, se hundían en el musgo húmedo y el fango pegajoso del suelo; cada paso era un esfuerzo en la lucha contra el abrazo viscoso del bosque y la rendición. Pero no había otra opción, no podía abandonar mi búsqueda. Necesitaba el acónito, esa planta venenosa, pero vital para mis remedios más potentes. Y la milenrama, cuyas flores blancas y delicadas eran esenciales para calmar las fiebres y aliviar el dolor. Mis reservas se agotaban, y no podía permitirme fallar a aquellos que dependían de mis remedios.

—Raíces profundas de la vida, enredadas en mis pies, guiarme hacia lo que necesito —canturreé en voz baja, mientras miraba el suelo en busca de

alguna señal—. *El cielo se oscurece y mi alma anhela respuestas con impaciencia.*

El viento, mi único compañero en la soledad del bosque, susurraba entre las hojas, desenterrando tesoros ocultos. Durante años, había aprendido a comunicarme con el bosque, a escuchar sus secretos y a pedir su ayuda.

Sabía que sus raíces, como venas de la tierra, podían sentir y comprender mis palabras. Y en momentos de desesperación, había descubierto que canturrear mis deseos era la clave para desvelar los tesoros que el bosque ocultaba.

—En la quietud de la noche eterna, las sombras susurran al pasar, revelando los secretos que la tierra guarda —continué mi canto—.

Muéstrenme el acónito y la milenrama, que mi búsqueda no sea en vano en el bosque de los mil secretos.

De repente, un destello de verde llamó mi atención. Me agaché, y saqué mi daga, Susurro que brillaba en mi mano. Allí, entre las raíces de roble de raíces retorcidas y sobresalientes del suelo, encontré un pequeño brote de acónito, sus hojas oscuras y dentadas desafiaban

la penumbra, pero sus flores moradas eran difíciles de no ver. Con cuidado, lo arranqué de la tierra, agradeciendo al bosque su generosidad.

Un poco más allá, un manto de milenrama florecía, sus pequeñas flores blancas eran como estrellas en la oscuridad. Llené mi zurrón con sus hojas y flores.

Mi ropa, empapada por la humedad del bosque, estaba manchada de barro y de la savia pegajosa que destilaban los árboles en los que me apoyaba. Me detuve junto a un imponente roble, recogiendo un poco de la resina dorada en un frasco de cristal. Era un ingrediente valioso, conocido por sus propiedades curativas.

Justo cuando guardaba el frasco, un sonido metálico cortó el silencio del bosque. El tintineo de una espada, arrastrándose por el suelo, me hizo contener la respiración. Sin apartar la mano del tronco, mis ojos se aguzaron, buscando el origen del sonido. A lo lejos, entre la espesura,

vislumbré unos pies corriendo desesperadamente, huyendo de algo o alguien.

Un escalofrío me recorrió la espalda, y mis ojos se llenaron de una frialdad sobrenatural. Intenté concentrarme, forzando mi visión a penetrar la niebla, pero el bosque se resistía a revelar sus secretos. Solo una palabra resonaba en mi mente, como un eco siniestro: Peligro.

Me puse en pie de un salto, la urgencia bombeaba en mis venas. Recogí las plantas restantes con manos temblorosas, pero el viento que se había levantado con fuerza me empujó hacia atrás, haciéndome caer al suelo. En ese instante, una figura emergió de la niebla, tambaleándose hacia mí.

Era un guardia real, llevaba su armadura manchada de sangre y su rostro estaba pálido como la muerte. Se desplomó a mis pies, con su

aliento escapando en un jadeo.

—¡Huye, niña! —susurró con voz débil, sus ojos vidriosos estaban clavados en los míos—. Nos atacan...

Una herida profunda desgarraba su costado, la sangre brotaba a borbotones tiñendo el musgo de rojo. El viento volvió a comenzar, como si el bosque mismo me insistiese en escapar. Pero no podía abandonar al guardia, no mientras aún respirara.

Me arrodillé junto a él, buscando desesperadamente una forma de ayudarlo.

Pero su piel ya estaba fría y su pulso apenas era perceptible. La vida se le escapaba entre los dedos, como la niebla que se disipaba lentamente, llevándose consigo su último aliento.

En aquel instante, la aldea se apoderó de mis pensamientos como una tormenta repentina. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, y me encontré corriendo entre la maleza, esquivando ramas bajas que amenazaban con arañar mi rostro.

Mis pies, conocedores del terreno, se movían con una seguridad instintiva.

Saltaban sobre raíces traicioneras y esquivaban obstáculos casi invisibles en la penumbra del bosque. El aire frío de la madrugada se colaba en mis

pulmones, cortante como un cuchillo, robándome poco a poco la fuerza con cada bocanada desesperada.

A medida que avanzaba, la luz comenzó a cambiar. El sol, todavía tímido, se filtraba entre las ramas, rompiendo la oscuridad en mil pedazos dorados.

Esos rayos, que en otro momento hubieran sido preciosos, ahora solo aumentaban mi ansiedad, revelando con cruel claridad el camino

hacia lo desconocido.

Cuando por fin llegué a la aldea, el horror me golpeó brutalmente. Lo que antes era un lugar lleno de vida, se había convertido en un campo de pesadilla. Cuerpos inertes yacían esparcidos por el suelo, como muñecos rotos abandonados por un niño cruel. La sangre, de un rojo intenso y nauseabundo, serpenteaba entre los cuerpos, formando riachuelos macabros que se perdían en la tierra.

Las casas, antes refugios de familias y sueños, ardían con una furia descontrolada. El humo negro se elevaba hacia el cielo, como si quisiera llevar el lamento de los caídos más allá de las nubes. Los gritos de los supervivientes rasgaban el aire, mezclándose con el crepitar de las llamas en una sinfonía infernal.

Por todas partes, los heridos se arrastraban o permanecían inmóviles, demasiados para contarlos, demasiados para ayudarlos a todos. El olor a muerte y desesperación impregnaba cada rincón, haciendo que mi estómago se revolviera.

—¡Nefely! —La voz desesperada de Savir se oyó a través del caos, anclándome a la realidad.

Mis ojos se posaron entonces en una niña tendida en el suelo. Tenía un gran golpe en su cabeza, sangraba profundamente, tiñendo de rojo sus cabellos dorados. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia ella. Mis manos temblaban mientras rebuscaba en mi saco los ungüentos que siempre llevaba conmigo, preparada para cualquier emergencia, pero nunca para algo así.

Me arrodillé junto a la pequeña, intentando que mi voz sonara calmada a pesar del terror que me consumía. La ayudé a incorporarse, y una parte de

mí se alivió al ver que podía. Seguro que esta era la herida más pequeña que veía.

—A ver, déjame ver, preciosa —susurré con toda la dulzura que pude reunir, apartando suavemente su manita de la herida.

Sus ojos, grandes y asustados, se clavaron en los míos. En ellos vi reflejado el miedo que yo misma sentía, pero también un destello de esperanza.

Examiné la herida con cuidado, sintiendo un alivio momentáneo al comprobar que, aunque aparatosa, no era tan grave como temía.

Con movimientos precisos, limpié la sangre que había caído sobre su rostro angelical. Mis dedos trabajaban con rapidez, aplicando el ungüento sobre la herida. La pasta verdosa contrastaba con la palidez de su piel, pero pude ver cómo comenzaba a hacer efecto, deteniendo el flujo de sangre.

—Esto ya está, pero no te muevas —susurré, mi voz apenas era audible sobre el caos circundante.

Me incorporé, sintiendo un escalofrío recorrer mi espina dorsal al notar algo húmedo y cálido bajo mis botas. Bajé la mirada y mi estómago se revolvió: un gran charco de sangre se extendía a mis pies, como un espejo que reflejaba el horror de la situación. Pude sentir el líquido viscoso colándose por los agujeros de mis botas, empapando mis calcetines y adhiriéndose a mi piel. La sensación era nauseabunda, una constante reminiscencia de la fragilidad de la vida.

Mis ojos recorrieron la escena, incrédulos. Jamás había presenciado algo semejante, ni siquiera en mis peores pesadillas. Había ayudado a los heridos que volvían de batallas pasadas, pero jamás nada como esto.

El aire estaba cargado con el hedor metálico de la sangre y el penetrante olor a carne quemada. Los gritos de dolor y desesperación formaban una cacofonía infernal que amenazaba con romper mi estabilidad.

Con el corazón palpitando en mis oídos, me obligué a moverme. Había más heridos que necesitaban ayuda urgente. Me encontré frente a un hombre con el brazo desgarrado, la carne colgando en jirones sanguinolentos. Mi mente

analítica evaluó la situación con una frialdad que me sorprendió: si no se amputaba, la infección lo mataría en cuestión de días. Más allá, una mujer sollozaba, su pierna estaba torcida en un ángulo imposible. Por todas partes, heridas abiertas gritaban por atención, la carne expuesta era un recordatorio cruel de nuestra vulnerabilidad.

Mientras trabajaba frenéticamente, una pregunta comenzó a formarse en mi mente, creciendo hasta convertirse en un grito silencioso: ¿Dónde estaban los maestres que el rey había enviado a la aldea? ¿Dónde estaban esos maravillosos médicos? Era como si se hubieran desvanecido al inicio de la batalla, abandonando a su suerte a aquellos que habían jurado proteger.

A mi alrededor, algunos aldeanos intentaban ayudar. En sus rostros pude ver una mezcla de terror y desesperación. Pero sin el conocimiento adecuado, sus esfuerzos, aunque valientes, resultaban insuficientes. Los observé aplicar vendajes improvisados y sostener manos temblorosas, impotentes ante la magnitud del desastre.

Mis propios recursos comenzaban a agotarse. El saco que colgaba de mi hombro se sentía cada vez más ligero, los frascos de ungüentos tintineaban con un sonido hueco que auguraba su pronto agotamiento. Con cada herida que trataba, la realidad se hacía más clara y aterradora: no sería suficiente.

Algunas lesiones eran demasiado graves, demasiado profundas para mis limitados recursos.

El agotamiento se cernía sobre mí como una sombra implacable. Cada herida que cerraba parecía multiplicar el peso de la sangre que me cubría.

Mis manos, antes ágiles y precisas, ahora temblaban ligeramente, manchadas de sangre hasta los codos. Mis pies se arrastraban, pesados como si llevara botas de plomo, cada paso era un esfuerzo monumental contra el agotamiento y la desesperación.

Los gritos de auxilio no cesaban. Eran un coro interminable de dolor y miedo que resonaba en mis oídos, impidiéndome pensar con claridad. Cada grito era un recordatorio cruel de cuánto quedaba por hacer, de cuántas vidas pendían de un hilo. La impotencia me carcomía por dentro, un fuego frío que contrastaba con el calor de la batalla que aún persistía en el aire.

Fue entonces cuando el sonido de cascos retumbó en la distancia, creciendo en intensidad hasta que fue imposible ignorarlo. Un grupo de jinetes con los colores reales apareció en el horizonte, sus armaduras relucían bajo el sol.

Debería haberme detenido en ese instante, debería haber comprendido el peligro que representaban. Pero mi mente, nublada por el cansancio, no se percató de la amenaza.

Mis manos seguían trabajando frenéticamente sobre el brazo destrozado de un hombre, mis dedos aplicaban ungüentos y cerraban heridas con una habilidad nacida de la desesperación. En ese momento, olvidé por completo que lo que hacía estaba prohibido. La ley, las consecuencias, todo se desvaneció ante la urgencia de salvar una vida más.

Supongo que fue una mezcla letal de frustración e impotencia lo que me impulsaba. La necesidad apremiante de no detenerme hasta haber sanado a cada alma herida en este campo de pesadilla. Era una meta imposible, lo sabía en el fondo de mi ser, pero no podía, no quería aceptarlo.

Mi aspecto debía ser terrible. La ropa, antes decente, ahora colgaba en jirones manchados de sangre y tierra. El hedor que emanaba de mí era nauseabundo, una mezcla de sudor, sangre, heces, orina y el

olor acre del miedo. Mi cabello, que siempre mantenía cuidadosamente recogido, se había soltado, cayendo en mechones pegajosos sobre mi rostro, pesando por la suciedad.

Mientras trabajaba, una parte distante de mi mente registró el sonido de los caballos deteniéndose cerca, el tintineo de las armaduras al desmontar los jinetes. Pero estaba tan absorta en mi tarea, tan determinada a salvar, aunque fuera una vida más, que no levanté la vista. No vi las expresiones de asombro y luego de furia en los rostros de los recién llegados. No vi cómo sus manos se movían hacia las empuñaduras de sus espadas.

Fue solo cuando una mano enguantada en metal se cerró sobre mi hombro cuando la realidad me golpeó con toda su fuerza. Levanté la mirada, parpadeando para enfocar a través del velo de agotamiento y lágrimas. Y en ese instante, al encontrarme con los ojos fríos y acusadores del guardia real de Dragio, comprendí el terrible error que había cometido.

—¡Bruja ramera insolente! —tronó la voz de otro hombre, cada palabra estaba cargada de desprecio y furia.

Con un movimiento brusco, me empujó contra el suelo. Caí con fuerza, el impacto rebotó en mis huesos ya doloridos. A su espalda, varios guardias se erguían como torres de acero, sus rostros estaban impasibles, eran máscaras de deber y prejuicio.

Mientras me esforzaba por recuperar el aliento, mi mente trabajaba frenéticamente. Era delgado, con el pelo grisáceo y unas ropas que podían costar más que todo lo que había portado a lo largo de mis veintidós años.

Por su porte y la deferencia de los guardias, supuse que se trataba de uno de los consejeros del rey. El mismo rey que ni siquiera se había dignado a venir a ver la masacre de su propio pueblo. La ira burbujeó en mi interior, mezclándose con el miedo y el agotamiento.

¿Qué clase de monarca abandona así a sus súbditos? Un ser despreciable y sin escrúpulos, igual o peor que su padre.

Mis manos, todavía cubiertas de sangre, temblaban ligeramente. Intenté limpiarlas en mi ropa desgarrada, pero fue en vano. La sangre seca se aferraba a mis dedos como un recordatorio cruel de todo lo que había hecho, de todo lo que había arriesgado.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —escupió el consejero con rabia.

Me incorporé con dificultad, mis piernas temblaban bajo mi propio peso.

Cada músculo de mi cuerpo gritaba de cansancio, pero me obligué a mantenerme erguida, guardando una distancia prudente del hombre.

—Nada, mi señor —susurré. Mis dedos se movieron instintivamente hacia mi zurrón, intentando esconderlo a mi espalda.

El consejero captó el movimiento, sus ojos se empequeñecieron con sospecha. Estiró el brazo, intentando arrebatarme la bolsa, pero retrocedí instintivamente, aferrándome a lo único que me quedaba.

—Guardias —ordenó.

Intenté retroceder más, pero mi espalda chocó contra el pecho de un guardia. Antes de que pudiera reaccionar, dos pares de manos me sujetaron con fuerza, inmovilizándome. Con un tirón brutal, me arrancaron el zurrón, la tela se rasgó con un sonido que me pareció un grito de dolor. Me lo había regalado mi padre.

Todo su contenido se desparramó por el suelo: hierbas, frascos, vendas...

Era como si los frutos de años de aprendizaje y dedicación, ahora se encontrasen pisoteados en el barro y la sangre. La ironía no se me

escapó: en medio de tanto sufrimiento, de tanta necesidad, lo que más les importaba era castigar a quien intentaba ayudar.

—Estoy ayudando —declaré con la poca fuerza que me quedaba. Mis ojos se clavaron en los del consejero, desafiantes a pesar del miedo que me corroía por dentro—. Solo eso.

Los guardias apretaron su agarre, sus dedos se clavaban en mis brazos con una fuerza que seguramente me dejaría marcas. A nuestro alrededor, los aldeanos comenzaron a formar un círculo, en sus rostros vi miedo, confusión y, en algunos, un destello de gratitud que me dio fuerzas.

El aire se cargó de tensión, espeso como la niebla antes de una tormenta.

Podía sentir las miradas de todos sobre mí: los ojos acusadores de los guardias, la furia apenas contenida del consejero, y la mezcla de emociones en los rostros de aquellos a quienes había intentado ayudar.

—Una bruja... —masculló el consejero con desprecio. No sabía su nombre, ni me importaba. Para mí, era solo otro rostro del poder que nos había abandonado. Pero que me acusase de bruja por ayudar, significaba que no tenía ni idea de lo que era realmente una bruja—. Creí que acabaron con todas hace muchos años, ya veo que me equivoco.

Sus palabras enviaron miedo y recelo entre los presentes. Pude ver cómo algunos aldeanos retrocedían instintivamente, mientras que otros se acercaban más, sabiendo que yo no era eso de lo que se me acusaba.

En ese momento, Savir emergió de entre la multitud, abriéndose paso con seguridad. Sus ojos, que me habían visto crecer desde niña, estaban llenos

de preocupación y un coraje que no le había visto antes.

—Mi señor —interrumpió sin aire, interponiéndose entre el consejero y yo como un escudo humano. Su voz temblaba ligeramente, pero se mantuvo firme—. Nefely solo es... El reino de Gélidia nos ha atacado. ¡Mire la aldea! ¡Mire los muertos!

Savir extendió los brazos, abarcando con el gesto la devastación que nos rodeaba. Cuerpos inmóviles, casas reducidas a escombros humeantes, el aire cargado con el hedor de la muerte y la desesperación. Niños...

Hombres... Mujeres... Pero eso no importaba.

El consejero recorrió la escena con una mirada fría, casi indiferente. Sus ojos, oscuros como la noche, no mostraron ni un atisbo de compasión.

—Los veo... —respondió, con su voz goteando desdén mientras examinaba a Savir de arriba abajo, como si fuera algo desagradable pegado a su bota

—. Mas, esto está prohibido por órdenes del mismísimo rey.

Sentí que la rabia bullía en mi interior. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que temí que mis dientes se rompieran. Las palabras se agolparon en mi garganta, luchando por salir.

—Un rey insolente que ha dejado que pase esto —escupí, incapaz de contenerme más. Vi cómo Savir se giraba hacia mí, sus ojos me suplicaban silencio, pero ya era tarde. La presa se había roto—. Sus maestres han huido de seguro nada más comenzar la batalla. ¿Su intención era dejar morir a su propio pueblo, o volver para ver quién había sobrevivido?

El silencio que siguió fue absoluto, como si toda la aldea contuviera el aliento. Vi la conmoción en los rostros de los aldeanos, el miedo en

los ojos de Savir, y la furia incandescente que transformó el rostro del consejero.

No vi venir el golpe. En un instante, la mano del consejero se alzó y descendió como un relámpago. El impacto resonó en mi cráneo, haciendo que mi visión se nublara por un momento. El sabor metálico de la sangre inundó mi boca. Me había golpeado tan fuerte, que por un momento dudé de si estaba soñando.

Cerré los ojos, luchando contra el mareo y el dolor. Pero cuando los abrí de nuevo, me forcé a mantener el rostro impasible. No le daría la satisfacción de ver cuánto me había dolido. En cambio, clavé mis ojos en los suyos, desafiante.

El consejero retrocedió un paso, sorprendido por mi falta de reacción. Por un momento, vi un destello de algo en sus ojos. ¿Miedo? ¿Respeto? Fuera lo que fuese, se desvaneció rápidamente, reemplazado por una determinación fría.

—Arrestadla —ordenó a los guardias—. Se enfrentará a la justicia del rey por sus crímenes.

Los guardias se movieron para cumplir la orden, sus manos ásperas se aferraron a mis brazos para llevarlos a mi espalda. La cuerda estaba a punto de cerrarse sobre mis muñecas cuando, de repente, el consejero levantó una mano. El movimiento fue tan brusco que incluso los guardias se detuvieron, confundidos.

Los ojos del consejero se clavaron en mí, sus pupilas se dilataron con una velocidad que me pareció antinatural. Era como si estuviera viendo algo más allá de mi apariencia desaliñada y ensangrentada, algo que lo había dejado momentáneamente sin aliento. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. No sabía qué había visto en mí, y el instinto me decía que, fuera lo que fuese, no auguraba nada bueno.

—¡Todos fuera! —bramó el consejero—. ¡Los maestres están de camino, largo!

La multitud, que hasta ese momento había observado la escena con una mezcla de miedo y fascinación, comenzó a dispersarse lentamente. Vi a Savir entre ellos, sus ojos encontrándose con los míos en una mirada cargada de impotencia y remordimiento. Quise gritarle que estaba bien, que no necesitaba que se arriesgara por mí, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Con un último vistazo, Savir desapareció entre la multitud que se retiraba.

Los aldeanos se marcharon arrastrando los pies, algunos llevando consigo los restos de sus vidas destrozadas, otros ayudando a los heridos. El silencio que quedó era opresivo, roto solo por el crepitar distante de las llamas que aún consumían parte de la aldea.

Cuando finalmente nos quedamos solos —los guardias, el consejero y yo—

sentí cómo el aire se volvía más denso, cargado de una tensión que amenazaba con ahogarme. El consejero se acercó lentamente, sus ojos nunca abandonando los míos. Intenté resistirme, pero los guardias me tenían bien sujeta.

—¿Qué tienes ahí? —murmuró el consejero, más para sí mismo que para mí.

Con un movimiento fluido, sacó una daga de la funda de uno de los guardias. La hoja brilló bajo la luz mortecina del día, reflejando el caos a nuestro alrededor. Con precisión, el consejero cortó la tela de mi camisa a la altura de la clavícula. El frío del aire sobre mi piel recién expuesta me hizo estremecer.

Y allí estaba. La marca. Brillando con una luz tenue, pero innegable, como tantas veces antes. Era parte de mí desde que tenía memoria, un secreto que había guardado celosamente toda mi vida. Solo mis padres sabían de ella.

—¿Qué es eso? —preguntó el consejero, con la punta de la daga presionando ligeramente contra mi piel, justo encima de la marca.

Sentí cómo una gota de sangre se formaba donde la punta de la daga me pinchaba. El dolor era agudo, pero insignificante comparado con el miedo que ahora corría por mis venas.

—Una marca —respondí, firmemente a pesar del terror que amenazaba con paralizarme.

Vi cómo la rabia se encendía en los ojos del consejero. Su mano libre se cerró en un puño, y por un momento pensé que iba a golpearme de nuevo.

Pero se contuvo, aunque apenas.

—¿Una marca de nacimiento?

Tomé una respiración profunda, sabiendo que mis próximas palabras podrían sellar mi destino. Con una calma que no sentía, respondí:

—Desde luego no me la he hecho ahora...

Vi cómo la expresión del consejero fluctuaba entre la ira y la incertidumbre.

Sus ojos se movieron hacia los guardias, como si buscara en ellos una respuesta que no tenía. Por un momento, el silencio fue tan denso que podía oír los latidos de mi propio corazón.

Finalmente, con un gesto brusco, el consejero levantó una mano. Los guardias me soltaron, y sentí cómo la sangre volvía a fluir por mis brazos entumecidos.

—Yo me ocuparé —declaró el consejero—. La llevaré ante el rey, no os preocupéis.

Sus ojos se clavaron en mí por un instante, con un brillo calculador en ellos que me heló la sangre. Luego, volviendo su atención a los guardias y añadió:

—Os pagaré una suma considerable.

Los guardias, como marionetas sin voluntad propia, se marcharon sin decir palabra. Apenas se habían alejado unos pasos cuando sentí la mano del consejero cerrarse sobre mi brazo como una garra de hierro. Se inclinó hacia mí. Sentí su aliento caliente en mi oreja mientras susurraba palabras que al principio no logré comprender.

—Me van a dar una suma de oro considerable por ti, brujita...

Intenté resistirme, arrastrándome por el suelo con mis pies mientras él me llevaba hacia su caballo, pero era como luchar contra la marea.

—El rey no pagaría a su consejero por cumplir sus órdenes —mascullé con una sonrisa burlona y macabra formándose en mis labios.

El consejero se detuvo, girándose para mirarme. Sus ojos me estudiaron como si fuera una mercancía valiosa.

—No soy ingenuo, muchacha —susurró de forma peligrosa—. No te llevaré ante el rey. Eres demasiado valiosa como para desperdiciarte de esa manera.

Algo en mi interior gritaba, pidiéndome a huir. Pero mis músculos parecían congelados, incapaces de responder a las órdenes desesperadas de mi mente.

De repente, como si los dioses hubieran escuchado mi silenciosa súplica, el caos estalló a nuestro alrededor. Savir surgió de entre los guardias y los caballos, su voz se alzaba en protesta, exigiendo un trato más humano. Los animales, asustados por los gritos repentinos, comenzaron a relinchar y encabritarse, sus poderosos cascos golpearon el aire.

En medio de la confusión, una mujer —cuyo rostro me resultaba familiar de las muchas veces que la había curado— se arrojó a los

pies del consejero.

Sus manos se aferraron a la capa del hombre mientras suplicaba ayuda con su voz rota por el llanto y la desesperación.

Por un instante, un breve momento que pareció estirarse hasta la eternidad, el agarre del consejero sobre mí se aflojó.

—¡Corre, Nefely! —el grito de Savir me hizo saber lo que debía de hacer.

No tuve tiempo de pensar, de dudar. Mi cuerpo reaccionó por instinto. Mis pies encontraron fuerza donde antes solo había habido debilidad, y comencé a correr hacia el bosque. El viento silbaba en mis oídos, mezclándose con los gritos furiosos que me perseguían.

Cada paso me alejaba de la aldea, de todo lo que había conocido. La marca en mi pecho ardía como si estuviera viva, un recordatorio constante del misterio que ahora definía mi existencia. Mientras me adentraba en la espesura del bosque con las ramas arañando mi piel y las hojas crujiendo bajo mis pies, una certeza se asentó en mi corazón: mi vida, tal como la conocía, había terminado.



La Corona que Desea

Cuando mi padre gobernaba, siempre me preguntaba por qué se quedaba en el castillo cuando su ejército marchaba. No hablaba de

grandes guerras, sino de esas pequeñas batallas o conflictos que salpicaban nuestras fronteras. En mi juventud, interpretaba su decisión como cobardía o indiferencia. Qué equivocado estaba.

Ahora, con la responsabilidad sobre mí, entendía con dolorosa claridad que: sin rey, el reino estaría perdido. Por más que la sangre me hirviera con el deseo de ser el primero en la línea de batalla, no podía hacerlo. No podía poner en peligro mi vida, porque mi vida no me pertenecía solo a mí. Era el escudo que protegía a mis hermanos, el pilar que sostenía la estabilidad del reino.

Si me pasaba algo, mis hermanos quedarían a merced del atacante, vulnerables ante las ambiciones de aquellos que no dudarían en aprovechar el caos. Les había jurado protección con mi vida, un juramento que resonaba en mi mente cada vez que tomaba una decisión.

Mis pensamientos volaron hacia ellos, tan diferentes entre sí como las estaciones del año:

Cleon, con sus quince años, aún vivía en esa peculiar frontera entre la niñez y la adultez. A su edad, yo ya cargaba con el peso de mis futuras responsabilidades, pero él... Su juventud y niñez se había extendido, libre de las cargas que yo conocía tan bien. A veces envidiaba su libertad, otras, temía por su falta de preparación para el mundo que nos esperaba.

Avery, con trece años, era una presencia discreta en la corte. Su voz rara vez se escuchaba en los pasillos, excepto cuando estaba con nuestros otros hermanos, con quienes mantenía conversaciones animadas. Sin embargo, cuando se trataba de mí, Avery se volvía casi muda. Apenas me dirigía la palabra, y en las raras ocasiones en que lo hacía, sus frases eran cortas y murmuradas.

Torin, a sus nueve años, luchaba por hacerse notar. «Quiero ser mayor», decía a menudo, pero yo escuchaba el verdadero mensaje detrás de sus palabras: «Quiero que me vean, que me escuchen». Su

deseo de atención era un grito silencioso que resonaba en mi corazón.

Venya, con ocho años, era como un rayo de sol en el castillo. Su habilidad para llevarse bien con todos era un don que muchos diplomáticos envidiarían. La veía en los jardines, junto a los estanques, y me preguntaba si su afinidad por el agua escondía una sabiduría más profunda de lo que su edad sugería.

Y Kieran, el más joven con sus seis años. Su aparente temor contrastaba con su curiosidad insaciable. Le veía adentrarse en lo desconocido, temblando, pero decidido, y reconocía en él una valentía que muchos adultos no poseían.

Cada uno de ellos era tan único, tan valioso. Si a mí me pasaba algo, quedarían desprotegidos para siempre. Este pensamiento era un peso constante, una responsabilidad que me mantenía despierto en las noches y guiaba cada una de mis decisiones durante el día.

Entendía ahora por qué mi padre se quedaba en el castillo. No era cobardía, sino el acto más valiente de todos: sacrificar el deseo personal por el bien mayor. Yo haría lo mismo, cargaría con este peso, tomaría las decisiones difíciles. Porque ser rey no se trataba de gloria en el campo de batalla, sino

de proteger a aquellos que dependían de ti, de ser el escudo que se interpone entre tu pueblo y el peligro.

—¿Cuándo podré salir a montar a Fulgor? —preguntó Kieran, sus ojos verdosos brillaban con una mezcla de esperanza y frustración mientras apartaba los libros frente a él.

Le miré, reconociendo en su rostro los rasgos de nuestra madre: esos mismos ojos verdes que parecían capturar la luz de una forma única, el pelo castaño que caía en suaves ondas sobre su frente. Aún le costaba leer, y sabía que su propio dragón le asustaba, aunque jamás lo admitiría. Sin embargo, ahí estaba, ansioso por salir como el

primero, por demostrar una valentía que aún estaba aprendiendo a sentir.

Según lo que escuchaba de sus nodrizas, era el niño más adorable del castillo, y en eso debía darles la razón. Su inocencia y seguridad eran un recordatorio constante de por qué luchábamos, de lo que intentábamos proteger.

—En cuanto te aprendas las casas —contesté, con voz firme, pero gentil, mientras una parte de mi mente seguía expectante por noticias del ataque en nuestras fronteras.

Kieran apartó los libros con un gesto dramático, cruzándose de brazos con toda la indignación que sus seis años podían reunir.

—No es justo... Tengo un dragón, quiero montarme en él.

Su frustración era palpable, y por un momento me vi reflejado en él: joven, impaciente, ansioso por probar mi valía, por demostrar a todos que podía.

Me apoyé en la mesa con una mano, inclinándome ligeramente hacia él, buscando sus ojos con los míos para que no se distrajera.

—¿Y hacia dónde irás? —pregunté, arqueando las cejas.

Vi la duda cruzar su rostro. Sabía que aún no se había aprendido las rutas, los territorios, las alianzas y enemistades que definían nuestro reino.

Tampoco todas las criaturas salvajes que habitaban en el bosque, o cómo sobrevivir si se perdía. Por un instante, la realidad de su falta de preparación pareció saturarlo.

Pero Kieran, fiel a su espíritu indomable, optó por la evasión antes que admitir su desconocimiento. Me sacó la lengua en un gesto de desafío infantil y se levantó de la silla, listo para huir de la lección y de la verdad que ésta revelaba.

Mientras le veía correr, una mezcla de emociones me invadió. Orgullo por su espíritu, preocupación por su seguridad, y una profunda determinación de prepararle —a él y a todos mis hermanos— para el mundo que les esperaba.

—Kieran —le llamé antes de que desapareciera por la puerta. Se detuvo, girándose a medias con las mejillas hinchadas y enrojecidas —. Recuerda, un dragón sin rumbo es tan peligroso como un reino sin rey. Aprende primero el camino, y luego volarás más alto que nadie.

Las palabras salieron de mí con una sabiduría que no sabía que poseía, ecos quizás de las lecciones de mi padre. Sin embargo, la expresión de frustración en el rostro de Kieran no cambió. No sé si me entendió o si mis palabras simplemente rebotaron en la barrera de su impaciencia infantil.

Con un último vistazo desafiante, salió disparado de la sala, sus pasos resonaron por los pasillos mientras buscaba la compañía más entretenida de nuestros otros hermanos.

Suspiré, preguntándome si alguna vez yo había sido tan impaciente, tan ciego a las responsabilidades que el destino nos imponía. Con un movimiento cansado, comencé a cerrar los libros esparcidos sobre la mesa.

El sonido metálico de una armadura interrumpió mis pensamientos, trayéndome de vuelta a la realidad más inmediata y apremiante del reino.

—Mi rey —anunció el guardia de la puerta, su voz se encontraba tensa con una urgencia apenas contenida—, varios guardias han vuelto.

Mi corazón dio un vuelco. Las noticias que había estado esperando y temiendo a partes iguales finalmente habían llegado.

—Gracias —respondí con ansiedad.

Con rapidez, me dirigí hacia la sala del trono. Cada paso me alejaba del hermano mayor que acababa de intentar impartir una lección de vida, y me acercaba al rey que debía enfrentar las duras realidades de gobernar un reino bajo amenaza.

Al entrar en la sala, mis ojos se posaron inmediatamente en Thorak, mi consejero militar. Su presencia, junto con la de varios guardias, llenaba el espacio con una tensión palpable. Noté con cierto alivio que su aspecto, y el de los guardias, era mejor del que mi mente había imaginado en mis momentos más oscuros de preocupación. Sin embargo, la ausencia de Neval, mi consejero personal, no pasó desapercibida, añadiendo una nueva capa de inquietud a la situación. Siempre estaba, nunca se separaba de mi lado, tampoco lo hizo con mi padre. Eso significaba que algo le había pasado.

—Mi señor —saludó Thorak, inclinándose ligeramente mientras yo tomaba asiento en el trono porque era el protocolo, aunque prefería estar de pie mil veces antes.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con mi voz cargada de autoridad y preocupación a partes iguales. Mis ojos se desviaron momentáneamente hacia la puerta, esperando contra toda esperanza ver entrar a Neval en cualquier momento—. ¿Cuál ha sido la aldea afectada?

Thorak se irguió, su postura reflejaba la gravedad de la situación.

—La aldea es Benie, mi señor —comenzó, su voz resonó por toda la sala—.

Por lo que hemos podido comprobar y determinar, no eran más que un pequeño batallón de Gélidia en un intento de que temamos.

Sentí cómo la tensión en mis hombros aumentaba. Benie, una aldea costera vital para nuestro comercio y defensa. El ataque no podía

haber sido una coincidencia. De allí salían y entraban muchos barcos, el comercio tanto

legal como ilegal era bastante notable. Por no decir que, era donde más gente habíamos capturado.

Thorak continuó, sus palabras pintaban una imagen vívida de los eventos:

—En la madrugada, varios botes aparecieron en la playa camuflados como mercaderes, pero eran el ejército. —Su voz se endureció—. Todos han sido capturados y han pagado por sus crímenes.

La última frase quedó suspendida en el aire, cargada de un peso que no necesitaba explicación. La justicia en tiempos de guerra rara vez era misericordiosa.

Mis pensamientos corrían a mil por hora. Gélidia, nuestro vecino del norte, siempre había sido una espina en nuestro costado, pero esto... esto era una provocación directa.

—Gélidia quiere jugar con nosotros —murmuré, más para mí mismo que para los presentes—. Quieren que demos el primer paso y comencemos una guerra.

La verdad cayó sobre mí como un manto helado. Era un movimiento astuto, tenía que admitirlo. Si respondíamos con fuerza, nos arriesgábamos a ser vistos como los agresores por los otros reinos. Si no hacíamos nada, pareceríamos débiles, invitando a más ataques.

Me levanté del trono, incapaz de quedarme quieto ante la gravedad de la situación. Mis pasos resonaron en la sala mientras caminaba hacia el gran mapa tallado en la pared, mis ojos recorriendo las fronteras de nuestro reino y las tierras más allá.

—Thorak —llamé, mi mente ya trabajaba frenéticamente en busca de una solución—, necesito saber cada detalle de este ataque. Quiero

informes de nuestros espías en la corte de Gélidia, movimientos de sus tropas, rumores en sus tabernas y mercados, todo lo que tengamos.

Me giré hacia los guardias presentes, sus armaduras brillaban tenuemente a la luz de las velas.

—Doblen la guardia en todas nuestras aldeas costeras. Que cada navío que entre en nuestras aguas sea inspeccionado minuciosamente. —Hice una pausa, considerando mis siguientes palabras—. Pero háganlo con discreción. No quiero que nuestro pueblo entre en pánico. No quiero que lo sepan de momento.

Volviendo mi atención a Thorak, pregunté lo que realmente me preocupaba:

—¿Bajas? ¿Cómo está la gente de Benie? Al haber sido un pequeño batallón no debería haber muchas, ¿no?

Thorak pareció envejecer ante mis ojos, una expresión de dolor apreció en su rostro y en las arrugas de su frente. Dudó un momento, como si las palabras fueran demasiado amargas para pronunciarlas.

—Me temo que ha habido demasiados muertos, Alteza —respondió finalmente con pesar—. Ha habido supervivientes y los maestres están tratándolos, pero los muertos son... —Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada— demasiados.

Cada palabra era como un puñal en mi corazón. Me pasé una mano por el pelo, un gesto de frustración e impotencia que no podía contener. La corona pesaba más que nunca, recordándome la responsabilidad que tenía sobre cada una de esas vidas perdidas.

—¿Dónde está Neval? —pregunté, buscando con la mirada a mi consejero ausente. Su presencia siempre había sido un ancla en momentos de crisis, y su ausencia ahora era desconcertante.

Thorak se giró hacia sus guardias, hubo un intercambio de miradas cargado de tensión. Uno de ellos, joven y visiblemente nervioso, dio un paso al frente.

—Mi rey —comenzó, con la voz temblorosa—, Neval ha ido tras una bruja... —La palabra *bruja* hizo eco en la sala, haciendo que todos los que habían allí, le miraran creyendo que había perdido la cabeza—. Se rumorea que viene de Gélidia para causar daño. Que es vuestra enemiga.

La rabia creció en mi interior como un incendio descontrolado, amenazando con consumirlo todo. Una bruja. La mera idea era más aterradora que un ejército entero. En mi mente, las piezas empezaban a encajar: ella debía haber guiado al ejército de Gélidia, señalando los puntos débiles de nuestra defensa.

—¿Está seguro de ello? —pregunté, clavando mi mirada en él—. ¿Una bruja?

El guardia asintió, pálido, pero firme. Veía su nerviosismo, su miedo. No sabía si era por mí, o por esa criatura despiadada.

—Sí. Neval ha mandado a unos cuantos guardias tras ella, pero se le ha escapado en el extenso Bosque Negro. —Hizo una pausa, tragando saliva antes de continuar—. Ha dicho que estaba terminando de matar a los aldeanos... Que estaba torturándolos para sacarles información.

La imagen evocada por esas palabras era demasiado horrible para contemplarla. Mi mente voló hacia Kieran y mis otros hermanos, hacia la inocencia que aún conservaban y que ahora parecía más frágil que nunca.

¿Cómo podría protegerlos de una amenaza tan maligna como una bruja?

Un escalofrío recorrió mi espalda al recordar las historias que había escuchado desde niño, historias sobre el poder devastador de las brujas. Mi propio padre no pudo protegernos de ellas. Y yo... yo no era más que una sombra de lo que él fue.

Una idea terrible comenzó a formarse en mi mente, una idea que hizo que mi corazón latiera con fuerza. ¿Y si se trataba de la misma bruja? ¿O una relacionada? Quizás venía buscando venganza por lo que mi padre había hecho. Los antiguos textos hablaban de brujas capaces de renacer, de volver de la muerte misma. ¿Era posible que se hubiera reencarnado, burlando incluso a la muerte para continuar su venganza?

La rabia y el miedo se mezclaron en mi interior, formando una resolución férrea. No permitiría que la historia se repitiera. No dejaría que esta bruja, fuera quien fuese, amenazara a mi familia y a mi reino.

—Thorak —ordené—, quiero que se desplieguen más hombres en el Bosque Negro. Encuentren a esa bruja, viva. Que se lleven la jaula.

Hice una pausa, considerando mis siguientes palabras. Cada una de ellas pesaba en mi lengua, cargada de la responsabilidad de proteger a los míos.

—Y quiero que se refuerce la seguridad en el castillo. Si hay una bruja suelta, no podemos arriesgarnos a que se acerque a la familia real. —Mi voz se endureció, reflejando la seguridad que ardía en mi interior—. La necesito con vida para darle mi propio castigo. Me da igual si sufre daño, pero la quiero viva. Traedme a esa maldita bruja ante mí. Talad árboles, registrad casas, pero la quiero aquí. La necesito aquí.

Vi la sorpresa en los ojos de Thorak, pero también vi comprensión. Él, tan bien como yo, conocía las historias, los peligros que una bruja representaba.

Mientras Thorak asentía y comenzaba a dar órdenes, mi mente ya estaba trazando los próximos pasos. La amenaza de Gélidia había tomado un giro inesperado y peligroso. Ya no era solo una cuestión de ejércitos y fronteras; ahora enfrentábamos un peligro más sutil y letal.



Mis manos que sanan, su tacto que

quema

El bosque se cerró a mi alrededor como una boca oscura y hambrienta.

Cada paso que daba me alejaba de la aldea, de los gritos, del caos, pero también de todo lo que conocía. Mis pulmones dolían, pedían un descanso que no me atrevía a darles. Tenía que alejarme, ir a lo más profundo y oscuro del bosque, donde nadie pudiera encontrarme.

Pero mi cuerpo comenzaba a traicionarme. El cansancio, acumulado tras horas de curar heridos y huir por mi vida, se filtraba en mis huesos como un veneno lento. Mis piernas, antes ágiles y seguras, ahora temblaban con cada paso. Me volví torpe, tropezando con raíces que parecían surgir de la nada, agarrándose a mis tobillos como dedos esqueléticos.

El aire, denso y húmedo, se pegaba a mi piel cubierta de sudor y sangre seca. Cada respiración profunda era un esfuerzo, como si el

propio bosque intentara ahogarme. Los árboles, altos y antiguos, se inclinaban sobre mí, sus ramas retorcidas formaban sombras que danzaban en los bordes de mi visión.

De repente, un pensamiento aterrador se apoderó de mí: ¿estaba caminando en círculos? Los troncos, la disposición de las rocas cubiertas de musgo, incluso el patrón de la luz que se filtraba entre las hojas... todo parecía familiar y a la vez extraño. La desorientación me mareó, haciéndome tambalear.

Me detuve, apoyando una mano contra la corteza rugosa de un árbol cercano. El mundo giraba a mi alrededor, un torbellino de verdes y marrones que se fundían en una masa confusa. Cerré los ojos, intentando recuperar el aliento y el equilibrio, pero las imágenes de la aldea, de los heridos, del consejero y sus guardias, se proyectaban en la oscuridad de mis párpados.

—Vamos, Nefely —me susurré a mí misma, con una voz que no reconocía

—. No puedes detenerte ahora.

Abrí los ojos, forzándome a enfocar. Tenía que seguir adelante. No importaba si estaba perdida, si cada paso me llevaba más lejos de casa o me hacía girar en un eterno círculo. Detenerme significaba ser capturada, y ser capturada... no quería ni pensar en lo que eso implicaría.

Con un esfuerzo que pareció consumir las últimas reservas de mi fuerza, me aparté del árbol y di otro paso. Y otro. Y otro más. Cada movimiento era una pequeña victoria contra el agotamiento, contra el miedo que amenazaba con paralizarme.

El bosque, indiferente a mi lucha, continuaba su sinfonía de susurros y crujidos. En algún lugar, un pájaro emitió un grito agudo que me sobresaltó, haciendo que mi corazón latiera aún más rápido. ¿Era una advertencia? ¿O

simplemente otra criatura tan perdida y asustada como yo? Por un momento, me sentí conectada con esa voz desconocida en la vastedad del bosque. Ambas éramos pequeñas, vulnerables ante la inmensidad de un mundo que parecía haberse vuelto hostil de la noche a la mañana.

La realidad de mi situación me golpeó con una claridad brutal: ahora era una fugitiva. La palabra resonaba en mi mente, amarga y aterradora. Volver ya no era una opción; hacerlo significaría perderlo todo, incluso mi vida. La

aldea que una vez fue mi hogar, las personas a las que había dedicado mi vida a curar ahora representaban un peligro mortal.

Mis manos, acostumbradas al peso de mi bolsa de hierbas y ungüentos, se sentían extrañamente vacías. No tenía nada conmigo, ni un pedazo de pan, ni una gota de agua. Ni armas con las que defenderme. Mis habilidades como sanadora, que siempre me habían dado seguridad, ahora parecían inútiles sin mis herramientas.

La sed se hacía cada vez más insoportable. Mi boca estaba seca como el pergamino, la lengua se me pegaba al paladar y dolía al despegarla. Tragué con dificultad, recordando el frescor del agua del pozo de la aldea. Había pasado todo un día sin beber, desde aquel fatídico amanecer que parecía pertenecer a otra vida.

Miré hacia el cielo que se filtraba entre las copas de los árboles. El sol, ese ojo implacable que había sido testigo de mi huida, comenzaba a ocultarse tras las montañas. Las sombras se alargaban, trayendo consigo la promesa de una noche fría y peligrosa en el bosque.

Justo cuando la desesperación amenazaba con abrumarme, mis ojos captaron un destello en la distancia. Entrecerré la mirada, forzando mi visión cansada. ¿Era posible? Sí, ahí estaba: la playa.

La playa significaba el mar, y el mar... el mar podría ser mi salvación. Si encontraba un bote, cualquier cosa que flotara, podría alejarme de allí.

Lejos de los guardias, lejos de las acusaciones, lejos del peligro que ahora representaba mi propia gente.

—Solo un poco más —me susurré, mi voz apenas era audible, estaba ronca por la sed y el cansancio—. Solo un poco más y estarás a salvo.

Mientras avanzaba, mi mente febril imaginaba posibilidades de escape. Un bote abandonado, quizás, o incluso una simple tabla lo suficientemente grande para sostenerme. En ese momento, cualquier cosa serviría para alejarme.

Al llegar a la orilla, el ardor de mi piel se hizo más insoportable. El sol, despiadado incluso entre los árboles, había dejado su marca cruel en mi cuerpo. Desesperada por algo de alivio, me lancé al mar sin pensarlo. El agua fría fue un golpe, arrancándome un jadeo mientras intentaba limpiar la mezcla de sangre, barro y suciedad que me cubría.

Me hundí de rodillas, dejando que las olas impactaran contra mí con fuerza.

Sumergí la cabeza, permitiendo que el rugido del mar ahogara por un momento el caos de mis pensamientos. El sabor salado en mis labios era un recordatorio amargo de mi sed, pero al menos era algo.

Al emerger, jadeando, mis ojos recorrieron el horizonte. ¿Aparecería algún barco? ¿Podría colarme para huir lejos de aquí? Pero la inmensidad del mar solo me devolvió mi propia soledad. A mi alrededor, únicamente había una barca rota.

Intenté incorporarme, pero mis piernas traicioneras cedieron. Caí de nuevo al agua, la arena golpeó mis rodillas con una dureza

sorprendente. El agua fría empapaba mis ropas, adhiriéndolas a mi cuerpo. Mis botas ahora pesaban, arrastrándome hacia abajo.

Con un esfuerzo que pareció consumir mis energías, me arrastré hacia la barca. «Con un remo me basta», me repetía, era una retahíla de desesperación. «Solo necesito un remo y podré alejarme de aquí».

Pero los dioses, si es que existían, parecían haberse vuelto contra mí. La barca no solo estaba rota; era una tumba flotante. Tres cuerpos yacían en ella, guardias con uniformes que no reconocí al principio. Entonces lo vi: el emblema de Gélidia. Las tres monedas de oro, las montañas, la cornucopia.

Símbolos de un reino enemigo. O al menos, eso nos habían hecho creer.

No solo había perdido mi única vía de escape; ahora estaba ante la escena de un crimen. La barca, estaba demasiado dañada incluso para considerarla.

Agujeros y grietas la atravesaban, burlándose de mis planes desesperados.

Hasta tenía agua en su interior.

Giré hacia el bosque, el pánico creció en mi pecho como una bestia salvaje.

No tenía escapatoria. La siguiente aldea, el siguiente refugio, estaba

volviendo sobre mis pasos, y cruzar el mar era demasiado peligroso, sobre todo para alguien que no sabía nadar.

Por un momento terrible, el mar pareció llamarme. Sus olas, antes amenazantes, ahora susurraban promesas de paz, de un final para todo este sufrimiento. «Quizás», pensé con una calma aterradora, «sería más valiente dejarme hundir que enfrentar lo que me esperaba si me atrapaban». El agua lamía mis pies, como una

invitación silenciosa a dar un paso más, a sumergirme en su abrazo frío y eterno.

Pero el destino, o tal vez la crueldad del azar, tenía otros planes para mí. No me dio tiempo ni siquiera a dar ese paso final. El repentino sonido de cascos golpeando la arena rompió el hechizo, arrancándome bruscamente de mi mórbida contemplación.

—¡Alto! —El grito resonó en la playa, cortando el aire como un latigazo.

Me quedé inmóvil, sin atreverme siquiera a girar. El sonido de metal contra metal —espadas siendo desenvainadas— me heló la sangre. Mis piernas, que habían soportado horas de huida frenética, finalmente cedieron. Caí de rodillas en la arena, el grano áspero se clavó en mi piel como diminutas agujas.

Una risa amarga amenazó con escapar de mis labios. ¿Acaso había sido tan ingenua como para creer que podría escapar? La fatiga, el hambre, la sed...

En el fondo, una parte de mí se sintió casi aliviada. Huir había sido una tarea imposible desde el principio. Aunque no se podía decir que no lo había intentado.

El sonido de más cascos acercándose captó mi atención. Entre los recién llegados, reconocí una voz que hizo que mi estómago se retorciera: el consejero. Su tono destilaba una rabia que intentaba contener.

—¡Me ocupo yo! —bramó, al instante en el que el sonido de sus botas chocaron con la arena indicando que se acercaba a grandes zancadas.

Mantuve la mirada fija en el horizonte, donde el sol comenzaba a hundirse en el mar. «Qué irónico», pensé, «que el día terminara de la misma manera

en que había comenzado: con peligro y desesperación».

—Señor —la voz de uno de los guardias interrumpió el avance del consejero—, el rey está al tanto de la bestia que hay entre nosotros. Nos ha pedido que la llevemos a palacio.

«Bestia». La palabra fue una bofetada, encendiendo una chispa de indignación y rabia en mi cuerpo exhausto. ¿Era eso lo que era ahora? ¿Una criatura sin humanidad, sin derechos, sin dignidad? Toda una vida dedicada a sanar, a ayudar, reducida a esa simple y cruel etiqueta.

Una amarga ironía se formó en mi mente. Creo que su concepto de bestia era muy distinto al mío. Yo estaba huyendo de ellos para que no me dañasen, ¿quién era la bestia realmente? ¿Los que perseguían y encarcelaban, o la que solo buscaba ayudar y sobrevivir?

Me giré con dificultad, mis músculos gritaron en protesta. Los guardias me observaban, y con el zumbido en mis oídos, logré escuchar un murmullo:

«es una niña». La incongruencia de todo aquello —ser llamada bestia y niña en el mismo aliento— hizo que una burbuja de risa se formara en mi garganta. Con veintidós años yo ya no me consideraba una niña.

—Sí, mi señor —continuó el guardia—. Ya saben lo de la bruja enviada por Gélidia. No tema, nosotros nos ocupamos de ella. Hemos traído una jaula de contención.

Una risa salió de entre mis labios, no pude evitarlo. Empecé a reír, una risa incontrolable y casi histérica que brotaba de lo más profundo de mi ser agotado. Me reí de todos ellos mientras mis ojos, nublados por el cansancio y las lágrimas de la risa, veían aquella jaula que arrastraban en un carro.

Como si fuera, literalmente, un animal cazado. La absurdidad de la situación, mezclada con mi extremo agotamiento, hacía que todo pareciera una broma cruel del destino. Estaba demasiado cansada como para pensar en lo que estaba haciendo, o para controlar mis impulsos.

—Una jaula... —logré articular entre espasmos de risa, las lágrimas corrían libremente por mis mejillas sucias, dejando surcos en la mugre y la sangre

seca—. Para la bestia-niña-bruja... ¿Os vais a poner de acuerdo, o me busco yo un mote más apropiado?

Mi cuerpo temblaba, sacudido por la risa y el agotamiento. Sentía como si cada carcajada pudiera ser la última, como si mi cuerpo estuviera a punto de colapsar en cualquier momento. Los guardias retrocedieron, visiblemente perturbados por mi reacción. El consejero frunció el ceño, su rostro era una mezcla de disgusto y confusión que solo alimentó mi hilaridad delirante.

—El rey quiere a la traidora, a la bruja... —balbuceó uno de los guardias tartamudeando, su voz traicionó su seguridad. Ni siquiera él sabía cómo llamarme, y eso me pareció absurdamente gracioso.

—Claro, claro... —continué—. Porque curar es traición, ¿no? Qué lógica tan... admirable.

Cada palabra era un esfuerzo, mi garganta ardía por la risa y la sed. El mundo parecía fluctuar entre la nitidez brutal y una neblina confusa. Las voces a mi alrededor se mezclaban en un zumbido incoherente, del que solo captaba fragmentos.

—Ah, claro, la bruja, por supuesto... —La voz del consejero llegó a mis oídos como si viniera de muy lejos, aunque yo podía verle demasiado cerca

—. Una traidora, aliada del reino atacante.

Entre risas entrecortadas y respiraciones jadeantes, logré negar con la cabeza. El simple movimiento hizo que todo se volviera borroso por un momento, y tuve que luchar contra una oleada de náuseas.

—Creo que confunde la palabra traidora con aliada —dije—. Yo estaba curando las amputaciones, no haciéndolas. Si salvar la vida de alguien es un delito, ya me han capturado. Mas, yo no soy ninguna aliada de Gélidia.

Observé cómo los guardias se mantenían a distancia, como si temieran que mi risa fuera contagiosa. ¿Realmente creían que podía hacerles daño en este estado? La idea solo alimentó la cómica situación.

—Una mentirosa bruja, lo tiene toda esta traidora... —El consejero escupió saliva muy cerca de mí con su voz cargada de desprecio—. Te vas a pudrir en las celdas de por vida.

«¿Vida?», pensé, la palabra resonó en mi mente agotada. ¿Cuánto podía durar una vida en una celda? Bueno, sabiendo cómo era realmente mi futuro, no mucho.

Dos guardias, visiblemente nerviosos, se acercaron con la intención de agarrarme. Cuando intenté ponerme de pie, mis piernas temblaron violentamente, negándose a sostener mi peso. El simple acto de intentar levantarme hizo que retrocedieran como si hubieran visto un fantasma.

—¿En serio? —logré decir entre risas ahogadas—. ¿Le tenéis miedo a alguien que ni siquiera puede mantenerse en pie?

La absurdidad de la situación —ellos con sus armaduras sólidas y casi indestructibles, yo apenas capaz de mantenerme consciente— solo me dieron ganas de seguir asustándolos. El mundo se volvió borroso, y sentí que me hundía en una niebla de cansancio y delirio.

Mientras los guardias finalmente se armaban de valor para acercarse, mi risa se fue apagando gradualmente, transformándose en una sonrisa agotada que tiraba de las comisuras de mis labios con dolor.

Unas manos ásperas me agarraron, sus dedos se clavaron en mi carne. Sentí cómo me giraban bruscamente, forzando mis brazos hacia atrás. El roce de la cuerda contra mis muñecas era como fuego sobre mi piel sensible.

Apretaron tanto que casi pude sentir cómo se me cortaba la circulación, mis dedos hormiguearon por la falta de sangre.

Luego vino algo peor. Una especie de bozal, rígido y frío, se presionó contra mi boca. El sabor metálico me revolvió el estómago. ¿Realmente creían que les mordería? ¿Cómo un perro? La idea era tan absurda que una nueva oleada de risa amenazó con brotar, pero el bozal la ahogó antes de que pudiera escapar.

Me arrastraron hacia la jaula, mis pies apenas tocaban el suelo. Cada paso era una agonía, mis músculos gritando en protesta por el abuso al que habían sido sometidos durante horas de huida desesperada. El chirrido de la puerta de la jaula al abrirse resonó en mi cabeza como un grito agudo.

Me empujaron dentro sin ceremonias, me golpeé el cuerpo contra los barrotes con un ruido sordo. Antes de que pudiera recuperarme, sentí cómo ataban mis brazos ya inmovilizados a los barrotes de la jaula. La posición era incómoda, forzando mis hombros en un ángulo antinatural. Sintiendo mi espalda dolorida y mis costillas ardiendo.

Entonces, de repente, todo se detuvo. Los guardias retrocedieron, cerrando la puerta de la jaula con un chasquido que sonó definitivo. Me encontré sentada, o más bien desplomada, contra los barrotes fríos.

La verdad, sentarse no me venía nada mal. Mis piernas, que habían soportado horas interminables de carrera frenética, finalmente

pudieron relajarse. El alivio fue tan intenso que casi dolió. Cerré los ojos, dejando que mi cabeza se apoyara contra el metal.

El frío del metal contra mi piel febril era casi reconfortante.

Mientras el carro comenzaba a moverse, sacudiéndome con cada bache del camino, me permití hundirme en un estado de seminconsciencia. Ya no tenía fuerzas para luchar, para pensar, ni siquiera para temer lo que me esperaba. En ese momento, atada, amordazada y enjaulada, lo único que deseaba era descansar.



Ojos de tormenta

La medianoche había pasado hacía horas, pero el sueño me eludía. El silencio de mis aposentos era asfixiante, roto solo por el ocasional crepitar de las velas de aceite y el suave roce de mi capa contra el suelo de piedra mientras caminaba de un lado a otro. La noticia de la captura de la bruja me había llegado al anochecer, y desde entonces, cada minuto se había estirado como una eternidad.

Mis ojos, cansados, pero incapaces de cerrarse, se desviaban constantemente hacia la ventana, buscando en la oscuridad alguna señal de la comitiva que traería a la prisionera.

Sabía por qué Gélidia había atacado: querían recuperar el terreno que les habíamos comprado hacía años. Un trato justo que ahora pretendían deshacer con sangre y fuego. Pero eso no explicaba la

presencia de una bruja. ¿Qué papel jugaba ella en todo esto? ¿Era una simple herramienta en manos de Gélidia o había algo más siniestro en juego?

Las preguntas sin respuesta giraban en mi mente. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar el rey de Gélidia para recuperar esas tierras? ¿Y por qué

ahora, después de tanto tiempo? La posibilidad de obtener respuestas estaba tan cerca. Sin embargo, cada momento de espera parecía alejarlas más.

De repente, el sonido de pasos apresurados y voces agitadas en el pasillo interrumpió mis cavilaciones. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió de golpe, y mis hermanos irrumpieron en la habitación, aparentemente tan desvelados como yo.

Kieran, fue el primero en hablar, sus ojos verdes estaban abiertos de par en par por el miedo y la curiosidad.

—¡Aeran! ¿Es cierto? ¿Han capturado a una bruja de verdad?

Detrás de él, Venya se aferraba a la manga de Torin, su rostro usualmente alegre ahora se encontraba pálido por la preocupación. Torin, por su parte, trataba de mantener una expresión valiente, pero podía ver el temblor en sus manos.

Cleon y Avery entraron últimos, el primero con una expresión de preocupación madura impropia a su edad, mientras que Avery parecía dividida entre el miedo y una mórbida fascinación.

—¿Es... es peligrosa? —preguntó Venya con voz temblorosa.

Me encontré de repente en una encrucijada. ¿Cómo explicarles la situación sin aumentar su miedo? ¿Cómo protegerlos de la dura realidad que se avecinaba y al mismo tiempo prepararlos para lo que pudiera venir?

Respiré hondo; el aire fresco de la noche llenó mis pulmones. Cada palabra que dijera ahora podría moldear la forma en que mis hermanos verían el mundo en los días venideros. La verdad completa podría aterrorizarlos, pero una mentira piadosa podría dejarlos vulnerables.

—No tenéis nada que temer —dije finalmente, mi voz fue firme a pesar de la inseguridad que sentía—. Está capturada, pagará por sus crímenes.

Vi cómo mis palabras impactaban de manera diferente en cada uno de ellos.

Kieran y Venya parecieron relajarse visiblemente, pero Cleon... Cleon me

miró con esos ojos grisáceos tan característicos de nuestro padre, una mirada penetrante que parecía ver a través de mi fachada de seguridad.

—¿Y qué es lo que ha hecho? —preguntó, con voz calmada, reflejando una agudeza que a veces se me olvidaba que era mi hermano menor.

Antes de que pudiera responder, los más pequeños, como si la tensión fuera demasiado para ellos, corrieron hacia mi cama. De repente, como si un hechizo se hubiera roto, comenzaron a saltar entre risas, el miedo momentáneamente olvidado en su juego infantil.

Pero Cleon y Avery seguían esperando una respuesta, sus rostros estaban serios en medio de la alegría de sus hermanos menores.

—Las brujas no son aliadas, Cleon, bajo ninguna circunstancia —dije, eligiendo mis palabras con cuidado—. Son criaturas horribles, despiadadas y sin sentimientos.

Vi cómo Avery fruncía el ceño, molesta tanto por el ruido de sus hermanos como por mis palabras.

—¿No son humanas? —preguntó, su voz era una mezclada de curiosidad y un toque de escepticismo.

Negué con la cabeza, consciente de que estaba simplificando una realidad mucho más compleja. Pero, ¿cómo explicarles las sutilezas de un mundo que yo mismo apenas comprendía?

—No, no, las brujas no son humanas, son criaturas —respondí, buscando en mi memoria las lecciones de mi padre—. Provienen... —dudé por un momento, consciente de lo poco que realmente sabía—. Digamos que son diferentes a nosotros.

Mientras pronunciaba estas palabras, una parte de mí se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. ¿Estaba protegiendo a mis hermanos o sembrando las semillas del miedo y la incomprensión? La risa de los pequeños en la cama parecía ahora un recordatorio agridulce de la inocencia que mis palabras podrían estar destruyendo.

Antes de que pudiera sumergirme más en mis dudas, o que mis hermanos tuvieran la oportunidad de bombardearme con las preguntas que veía formándose en sus ojos, el sonido de pasos rápidos captó mi atención. Un guardia apareció en el pasillo, su respiración agitada evidenciaba la urgencia de su mensaje. Mis hermanos se apartaron instintivamente cuando llegó, haciendo una reverencia apresurada.

—Mi rey, ya está aquí...

Esas tres palabras bastaron para que mi corazón se acelerara, la adrenalina corría por mis venas. El momento que había estado esperando y temiendo a partes iguales finalmente había llegado. Miré a mis hermanos, y me encontré dividido entre mi deber como rey y mi instinto protector de hermano mayor.

—Quedaos aquí —les ordené—. No salgáis bajo ninguna circunstancia hasta que regrese.

Vi la rebeldía brillar en los ojos de Avery, su eterno desafío a la autoridad luchando contra la seriedad de la situación. Pero, para mi alivio, finalmente asintió, aunque a regañadientes.

—¡Jo! ¡Yo quería ver a la bruja! —La voz de Kieran rompió el tenso silencio.

Una sonrisa nerviosa se dibujó en mis labios, mitad diversión, mitad ansiedad. Negué con la cabeza, incapaz de encontrar palabras para explicarle por qué su inocente deseo era imposible de cumplir.

Salí de mis aposentos, el pesado sonido de la puerta al cerrarse resonó como un presagio. Dos guardias tomaron posición frente a la entrada; sus miradas fijas me aseguraron que cumplirían mi orden de mantener a mis hermanos a salvo y alejados de lo que estaba por venir.

Mientras caminaba rápidamente hacia las escaleras, mi mente era un torbellino de pensamientos y emociones. Cada paso me llevaba más cerca de enfrentarme a la amenaza que había puesto en peligro a mi reino, a la criatura que personificaba los miedos de mi gente.

Al llegar al patio, mi corazón latía con fuerza. ¿Qué vería? ¿Sería una criatura monstruosa y abominable, como las historias describían? ¿O algo más sutil y, por lo tanto, más peligroso?

El patio estaba iluminado por antorchas que proyectaban sombras danzantes sobre los muros de piedra. En el centro, rodeada por un círculo de guardias tensos, se encontraba la jaula. Respiré con fuerza mientras me acercaba, preparado para enfrentar a la criatura monstruosa que había imaginado.

Pero nada me había preparado para lo que vi.

En lugar del ser deforme y aterrador que esperaba, mis ojos se posaron en una joven. Su cabello enmarañado y su ropa sucia no podían ocultar su juventud. Por un momento, me quedé paralizado, la confusión nubló mis pensamientos. Era demasiado hermosa, demasiado irreal.

—Mi rey —La voz de Neval, rompió el silencio—, hemos capturado a la bruja como ordenasteis.

Intenté apartar la mirada de la figura en la jaula, pero me resultaba imposible. La joven tenía los ojos cerrados, aparentemente inconsciente, pero había algo en ella que me fascinaba y me aterraba a partes iguales.

—¿Estáis seguros de que es ella? —pregunté, mi voz fue más baja de lo que pretendía, sin poder acercarme más, estaba paralizado.

Neval asintió con firmeza, podía ver cómo le brillaban los ojos con seguridad.

—Sin duda alguna, mi rey. La encontré... —Hizo una pausa dramática —

matando a los aldeanos que quedaban malheridos. Una criatura despiadada, sin duda. No ha tenido piedad alguna... Niños, ancianos, mujeres encinta...

Una bestia.

Fruncí el ceño. Algo en la declaración de Neval no encajaba con la imagen que tenía ante mí, pero no podía permitirme dudar, no cuando la seguridad del reino estaba en juego.

A pesar de mi reticencia a acercarme, no podía dejar de mirarla. Había algo en su rostro, una paz inquietante que contrastaba fuertemente con la descripción de Neval. «Es un truco», me recordé.

«Debe ser algún tipo de hechizo para engañarnos, para que bajemos la guardia, este no será su verdadero aspecto».

Después de lo que pareció una eternidad, tomé mi decisión. No podía arriesgarme, no importaba cuán inofensiva pareciera. Seguía siendo una criatura despiadada.

—Lleváosla a la torre, quitarle el bozal y desatarla allí —ordené, pero sin moverme de mi posición—. Que sea vigilada día y noche. Nadie habla con ella sin mi permiso expreso.

Mientras los guardias se disponían a cumplir mis órdenes, no pude evitar echar una última mirada a la joven bruja. En ese preciso instante, sus ojos se abrieron, cruzándose brevemente con los míos. El impacto fue inmediato y desconcertante. Eran de un azul tan intenso, tan profundo, que por un momento sentí como si estuviera mirando directamente al cielo estival o a las aguas cristalinas de un lago de montaña. Sentí algo que jamás había sentido, como si debiera abrir esa dichosa jaula y sacarla, como si debiera curarla...

Me dejó con una sensación de desasosiego que no pude quitarme de encima. La intensidad de su mirada contrastaba fuertemente con su aspecto frágil y agotado.

Aparté la mirada con esfuerzo, consciente de que había estado conteniendo la respiración. La imagen de esos ojos azules, tan vívidos y penetrantes, se grabó en mi mente, negándose a desvanecerse incluso cuando la jaula fue alzada y llevada hacia la torre. ¿Qué me había hecho la bruja con la mirada?

¿Qué poderes poseía tan solo en sus ojos?

Me quedé inmóvil en el patio, con una mezcla de emociones agrupándose en mi interior. Había esperado que este encuentro trajera claridad, pero en su lugar, me encontraba con más preguntas que respuestas.

Neval se acercó, lentamente, como si quisiera hablarme en susurros.

—Habéis tomado la decisión correcta, mi rey. Esa criatura es más peligrosa de lo que aparenta.

Asentí mecánicamente, pero mi mente estaba en otra parte. La imagen de la joven en la jaula, tan diferente de la bestia que había imaginado, se negaba a abandonar mis pensamientos.

Observé cómo la jaula con la bruja desaparecía en la oscuridad de la torre.

El eco metálico de la puerta al cerrarse resonó en el aire nocturno, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Mi señor —la voz de Neval rompió el silencio—, ¿queréis que interrogue a la prisionera?

Negué con la cabeza, aún aturdido por el encuentro.

—No, de momento no. Que descanse esta noche. Mañana decidiremos cómo proceder.

Neval pareció querer objetar, pero se contuvo.

—Como deseéis, mi rey.

Los guardias y consejeros comenzaron a dispersarse, dejándome solo con mis pensamientos. La imagen de aquellos ojos azules seguía grabada en mi mente, desafiando toda lógica. ¿Cómo podía una criatura supuestamente malvada tener una mirada tan... humana? ¿Tan llena de sentimiento?

Sacudí la cabeza, intentando despejar mis ideas. No podía permitirme dudar, no ahora. El reino dependía de mí, de mis decisiones. Y sin embargo...

—Alteza —la voz de Thorak, me sacó de mis cavilaciones—, ¿queréis que reforcemos la guardia esta noche en todo el castillo?

Asentí distraídamente.

—Sí, doblad las patrullas. Y que nadie se acerque a la torre sin mi permiso expreso.

La brisa nocturna enfriaba el sudor de mi frente. La imagen de aquellos ojos azules seguía atormentándome, pero sabía que no podía permitirme distracciones. No ahora.

—Guardia —llamé.

Un joven soldado se acercó presuroso, haciendo una reverencia.

—¿Sí, mi rey?

Respiré hondo, consciente de que la decisión que estaba a punto de tomar marcaría una clara línea entre mis deberes como rey y mis sentimientos como hermano.

—Id a buscar a las nodrizas —ordené—. Que lleven a mis hermanos a sus habitaciones. Decidles que... —Dudé por un momento— que los veré mañana.

El guardia asintió, pero pude ver la sorpresa en sus ojos. Todos en el castillo sabían lo unido que estaba a mis hermanos.

—¿Debo decirles algo más, mi señor? —preguntó, quizás percibiendo mi conflicto interno.

Negué con la cabeza.

—No. Solo aseguraos de que estén a salvo en sus cuartos. Esta noche debo ser rey, no su hermano mayor.

Mientras el guardia se alejaba para cumplir mis órdenes, sentí una punzada de culpabilidad. Podía imaginar la decepción en los ojos de Kieran, la frustración de Avery, la preocupación silenciosa de Cleon. Pero no podía enfrentarme a ellos ahora, no con tantas dudas e incertidumbres arremolinándose en mi mente. No me sentía preparado, no podía cargar con tantas responsabilidades. Pensar en ellos y en mis deberes al mismo tiempo solo aumentaba mi ansiedad e inseguridad.

Me giré hacia la torre donde la bruja estaba encerrada. Había decisiones que tomar, estrategias que planear. El futuro del reino podría depender de cómo

gestionara esta situación.

—Neval —llamé, sabiendo que mi consejero no estaría lejos.

—¿Sí, mi rey? —respondió, apareciendo casi de inmediato a mi lado.

—Convoca al consejo. Nos reuniremos al amanecer. Tenemos mucho que discutir.

Mientras Neval se alejaba para cumplir mis órdenes, me permití un último vistazo hacia las ventanas de mis aposentos. «Lo siento», pensé, esperando que de alguna manera mis hermanos pudieran entender. «Pero esta noche, el reino me necesita más que vosotros».

Con paso decidido, me encaminé hacia mi estudio. La noche sería larga, llena de planes y deliberaciones. Pero así era la vida de un rey, y era hora de que lo aceptara plenamente.



Susurros en la torre de piedra

La conciencia llegó como una ola de dolor, arrastrándome de vuelta a una realidad que hubiera preferido olvidar. Cada músculo de mi cuerpo protestaba, recordándome la brutal carrera por el bosque y los acontecimientos que la siguieron. Intenté moverme, pero mi cuerpo se negó a cooperar, anclado al suelo frío y húmedo de lo que supuse era mi celda.

La sed me atormentaba, mi garganta estaba tan seca que tragar era una agonía. Mis labios, agrietados y doloridos, necesitaba desesperadamente cualquier gota de humedad. Abrí los ojos con esfuerzo, parpadeando para acostumbrarme a la penumbra que me rodeaba.

Fue entonces cuando la vi: una gota de agua, brillando tenuemente en la escasa luz que se filtraba por una diminuta ventana. Pendía del techo, prometedora y tentadora. Sin pensarlo dos veces, ignorando el dolor que atravesaba cada fibra de mi ser, me arrastré hacia ella.

Cuando por fin estuve bajo la gotera, abrí los labios, esperando con ansia el alivio que esa pequeña gota pudiera proporcionar. Hasta que cayó en mis labios.

El sabor... Óxido. Metal. Podredumbre. Una arcada violenta sacudió mi cuerpo, y escupí el líquido con desesperación. El sabor amargo se negaba a abandonar mi boca, burlándose de mi desesperación.

Me derrumbé sobre el suelo, tosiendo y jadeando. Las lágrimas se mezclaban con el sudor y la suciedad en mi rostro. ¿Cómo había llegado a esto? Hace apenas unos días estaba curando a los heridos, intentando salvar vidas, y ahora...

Un sollozo escapó de mi garganta, ronco y doloroso. La injusticia de todo me superaba. Yo, que solo había intentado ayudar, era tratada como una criminal, como un monstruo.

Mientras estaba allí, mis ojos comenzaron a adaptarse a la penumbra, permitiéndome observar por primera vez mi prisión. La celda era circular, siguiendo la forma de la torre. Las paredes de piedra gris se alzaban imponentes a mi alrededor, húmedas y cubiertas de musgo en algunas zonas. El frío que emanaban penetraba hasta mis huesos, recordándome constantemente dónde me encontraba.

Una única ventana, no más grande que mi cabeza, se abría en lo alto de la pared, tan elevada que resultaba inalcanzable. A través de ella, un delgado haz de luz se colaba, dibujando formas fantasmales en el suelo de piedra irregular.

El mobiliario, si es que podía llamarse así, consistía en una cama descompuesta en una esquina, con un colchón fino y una manta rasposa, que parecía incapaz de proporcionar calor alguno. Junto a él, un cubo de madera que supuse serviría tanto de asiento como de letrina, añadiendo un nuevo nivel de humillación.

Cadenas oxidadas colgaban de la pared opuesta a la ventana; sus eslabones tintineaban suavemente con cada ráfaga de viento que se colaba por las grietas. El sonido, lejos de ser reconfortante, me recordaba que en cualquier momento podrían decidir usarlas conmigo.

El techo abovedado se perdía en las sombras; pero podía distinguir las vigas de madera que lo atravesaban, algunas tan podridas que me pregunté cómo

seguían en su lugar. De una de ellas colgaba un candelabro de hierro, sin velas, otro recordatorio de la oscuridad que me rodeaba.

En un rincón, casi oculto por las sombras, un pequeño desagüe en el suelo permitía que el agua de la gotera y cualquier otro líquido se escurriera, emitiendo un gorgoteo ocasional que rompía el silencio.

El olor era una mezcla de humedad, moho y algo más que no quise identificar. Cada inhalación me recordaba dónde estaba, alejada de todo lo que conocía y amaba.

Con un esfuerzo sobrehumano, me incorporé hasta quedar sentada, apoyando la espalda contra la pared húmeda. Cerré los ojos, intentando calmar mi respiración agitada. No podía rendirme, no ahora. Tenía que haber una manera de salir de esto, de hacer que me entendieran. Yo no había hecho más que ayudar a mi aldea durante todo el tiempo, había usado mis dones para aliviar el sufrimiento, para sanar heridas que de otro modo serían mortales. Sabía que lo que hacía no estaba bien a ojos de la ley, y no me podía defender en eso, pero no era una traidora. Jamás haría daño a mi gente, a mi hogar. Supongo que el huir tampoco me ayudó. Debí haberme quedado y haber afrontado las acusaciones, explicado mis razones. Pero el miedo... el miedo había sido más fuerte. Ahora, recordando la mirada del consejero, estaba segura de que él no quería traerme aquí. Había algo más, un plan oculto que no alcanzaba a entender.

Apoyé una mano temblorosa en la pared, sintiendo la rugosidad de la piedra bajo mis dedos. Cogí aire con todas mis fuerzas, mis pulmones ardían por el esfuerzo, pero... Necesitaba ayuda, y la necesitaba ya. Con una fuerza nacida de la desesperación, busqué entre las miradas, más allá de los muros de mi prisión. El cansancio era agotador, y usar mi don en este estado era como intentar encender una vela bajo una tormenta. Noté el frío en mis ojos secos y doloridos, un contraste cruel con el ardor que sentía en el resto de mi cuerpo.

Seguidamente me colé en la vista de lo que parecía ser un niño. Era perfecto. Los niños siempre habían sido más susceptibles a mi canto, más abiertos a lo inexplicable. Con las pocas fuerzas que me quedaban, comencé a cantar en susurros:

—Niño de ojos verdes, ¿me puedes oír? Tu ayuda necesito, no te vayas a ir

—canturreé, mi voz apenas era audible incluso para mí misma. Pero sabía que podía hacer que me oyese. Efectivamente, vi cómo se detenía en un pasillo muy lujoso, sus ojos verdes se abrieron con asombro—. *Ven a la alta torre, sigue mi voz. Piedra sobre piedra, hasta el cielo se alza. Ven, pequeño valiente.*

Estaba asustado, podía sentir su temor mezclado con una curiosidad irresistible. Sabía que había conseguido llamar su atención y, sobre todo, sabía que iba a obedecer. Los niños siempre obedecían al canto, era tanto un don como una maldición.

El esfuerzo de mantener la conexión era agotador. Sentía como si estuviera vaciándome, gastando las pocas reservas de energía que me quedaban. Dejé que mi mano cayese, incapaz de sostenerla más. No podía seguir en su mente, en sus ojos. La conexión se rompió, y me desplomé en el suelo frío y húmedo de la celda.

El sonido de pasos apresurados me sacó de mi estado de semiinconsciencia.

Alguien se acercaba, alguien pequeño a juzgar por el ritmo ligero de los pasos.

Mi corazón se aceleró. ¿Había funcionado?

Me incorporé con dificultad, apoyándome contra la pared justo cuando una figura apareció frente a la puerta de mi celda. Era él, el niño de ojos verdes.

Había venido.

Jadeaba visiblemente, su pecho subía y bajaba rápidamente. Claramente había corrido todo el camino hasta aquí. Sus ojos, grandes y curiosos, recorrieron la celda hasta posarse en mí. En ese momento, el miedo reemplazó a la curiosidad en su rostro.

—No... no te acerques —susurró, retrocediendo un paso.

La puerta de la celda, con sus gruesos barrotes de hierro que cubrían solo la mitad inferior, quedaba justo a la altura de sus ojos. Podía verme claramente, y yo a él.

—Tranquilo, pequeño —dije, intentando que mi voz sonara lo más suave y reconfortante posible—. No voy a hacerte daño. Solo quiero hablar.

El niño dudó, sus ojos verdes me estudiaron.

—Pero... eres una bruja —murmuró—. Las brujas son malas.

Sentí una punzada de dolor ante sus palabras, pero intenté no mostrarlo.

—No todas las brujas son malas —respondí con cuidado—. Algunas solo quieren ayudar. Yo nunca le haría daño a un amigo.

Vi un destello de duda en sus ojos. Estaba funcionando.

—¿Amigo? —preguntó, dando un pequeño paso hacia adelante.

—Sí, un amigo —confirmé con una sonrisa—. Alguien valiente y bueno como tú. ¿Cómo te llamas?

Vi la duda revolotear en su rostro. Sus pequeñas manos se aferraban al borde de su túnica, retorciéndola nerviosamente. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, respondió:

—Kieran.

—Kieran —repetí, saboreando el nombre—. Es un nombre precioso. Dime, Kieran, ¿te gustaría ayudar a alguien que lo necesita?

La lucha interna se reflejó en su rostro como en un espejo. El deseo innato de ayudar, tan puro en los niños, contra el miedo que sin duda le habían inculcado sobre las brujas. Sus ojos iban de mi rostro demacrado a la oscuridad de la celda, como si buscara alguna señal de que todo eso fuese era una trampa. O que debería huir cuanto antes.

—Yo... no lo sé —respondió finalmente, con su voz temblorosa—. ¿Qué quieres que haga?

Sentí una punzada de culpa. Sabía que estaba jugando con su inocencia, manipulando sus emociones. Pero la desesperación puede llevar a uno a

hacer cosas que normalmente aborrecería. Me aferré a esa justificación, le necesitaba para seguir viviendo.

—Solo necesito un poco de agua limpia y tal vez algo de comida —dije, intentando que mi voz no revelara la desesperación que me consumía—.

¿Crees que podrías traerme eso sin que nadie te vea? Como un juego, si me lo traes yo seré tu amiga.

Kieran pareció considerarlo, su pequeño ceño se frunció por la concentración. Pero necesitaba asegurarme. La sed y el hambre nublaban mi juicio, empujándome a cruzar una línea que en otras circunstancias jamás habría considerado.

—Si te niegas sería una bruja enfadada y... —Hice una pausa, odiándome a mí misma por las palabras que estaba a punto de

pronunciar—. Tú no quieres tener a una enemiga como bruja, ¿cierto?

Vi cómo el color abandonaba su rostro. Negó con la cabeza, su respiración se volvió más agitada. El miedo en sus ojos era palpable ahora, y sentí cómo algo dentro de mí se rompía al verlo. Pero era demasiado tarde para echarse atrás.

Una sonrisa se posó en mis labios, y sentí cómo se agrietaban aún más. El sabor metálico de la sangre inundó mi boca y, aunque fuera nauseabundo, me resultó placentero.

—Bien, Kieran. ¿Podrías conseguírmelo? Un poco de agua, un poco de comida... Lo que sea. Lo que puedas traerme.

Mientras lo veía asentir temblorosamente antes de darse la vuelta para marcharse, me pregunté si el precio de mi supervivencia no sería demasiado alto. La imagen de ese niño asustado, corriendo para cumplir los deseos de una bruja por miedo, me perseguiría mucho después de que la sed y el hambre fueran saciadas.

El tiempo se arrastraba con una lentitud agonizante. Cada segundo se sentía como una eternidad mientras esperaba, alternando entre la esperanza de que

Kieran regresara y el temor de que hubiera alertado a los guardias. La sed y el hambre se intensificaban con cada momento que pasaba.

Justo cuando empezaba a perder la esperanza, escuché unos pasos rápidos acercándose. Me incorporé rápidamente, ignorando el mareo que el movimiento me provocó.

Para mi asombro, Kieran apareció de nuevo frente a la celda, esta vez, cargado con más cosas de las que sus pequeños brazos parecían capaces de sostener. Mi corazón dio un vuelco de alivio y sorpresa.

—Has vuelto —susurré, incapaz de ocultar mi asombro.

Kieran asintió, sus ojos aún temerosos, pero con un brillo de seguridad. Con cuidado, comenzó a pasar las cosas a través de los barrotes.

Lo primero que me entregó fue una botella de cristal llena de agua fresca.

Mis manos temblaban tanto que casi la dejo caer. Sin pensarlo dos veces, la destapé y bebí codiciosamente. El agua fría alivió mi garganta reseca, y por un momento, creí que nada en el mundo podría saber mejor.

Luego, Kieran me pasó algo envuelto en un papel brillante.

—Es chocolate —explicó tímidamente—. A mí me gusta mucho. A lo mejor a ti también, aunque si comes mucho te duele la tripa.

Miré la comida con curiosidad. Nunca había visto ni probado chocolate antes. Con cuidado, desenvolví el papel y olí la barra oscura. El aroma era increíble, dulce y rico. Di un pequeño mordisco y mis ojos se abrieron de par en par. El sabor era indescriptible, una explosión de dulzura y complejidad que nunca había experimentado.

—Esto es... maravilloso —murmuré, saboreando cada bocado.

Kieran sonrió ligeramente, pareciendo olvidar por un momento su miedo.

A continuación, me pasó un trozo de pan, un pedazo de queso y un pequeño frasco que identifiqué como mermelada. Cada bocado era una delicia, sabores que en mi aldea eran lujos raros o completamente desconocidos.

Mientras comía, no pude evitar mirar a Kieran con una mezcla de gratitud y culpa.

—Gracias, Kieran —dije suavemente—. Eres muy valiente y amable por hacer esto.

El niño se removió incómodo, pero pude ver un atisbo de orgullo en sus ojos.

—¿Esto significa que ahora somos amigos? —preguntó con cautela.

Me sentí horrible. La culpa por haberlo manipulado se mezcló con un verdadero afecto por este niño que había arriesgado tanto por ayudarme.

—Sí, Kieran —respondí, tragando el nudo en mi garganta—. Somos amigos. Y los amigos se cuidan mutuamente, ¿verdad?

Asintió solemnemente.

Mientras terminaba de comer, saboreando cada bocado como si fuera el último, mi mente ya estaba trabajando frenéticamente. ¿Cómo podría usar esta nueva e inesperada amistad para escapar? La idea de manipular al niño me revolvía el estómago, pero la desesperación puede hacer que una considere opciones antes impensables. Sin embargo, una parte de mí, una parte que creía perdida en la oscuridad de esta celda, se preguntaba si no había encontrado algo más valioso que una simple vía de escape.

El niño me miraba fascinado, como si esperase que en cualquier momento fuera a realizar algún truco de magia. Su mirada intensa podría haberme incomodado en otras circunstancias, pero con el hambre saciada y la sed calmada, me sentía capaz de soportar su escrutinio.

De repente, Kieran rompió el silencio con una declaración que por poco me hace atragantarme con el último trozo de pan.

—No eres fea —soltó, sus palabras estaban cargadas de una honestidad infantil que me desarmó—. No, para nada, mi hermano es un mentiroso.

Tosí un par de veces, tratando de recuperar la compostura. De intentar tragar la bola de comida en mi garganta. Sentí cómo el calor subía a mis mejillas, una mezcla de vergüenza y timidez. Cuando por fin pude hablar, mi voz salió más ronca de lo que esperaba.

—¿Te han dicho que era fea? ¿Una bruja fea? —pregunté, arqueando las cejas. La pregunta iba cargada de más emoción de la que quería admitir.

Él asintió lentamente, sus ojos nunca abandonaron mi rostro. Parecía estar tratando de resolver un enigma complejo.

—Pero no lo pareces —continuó con confusión—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros, un gesto que intentaba ser casual pero que no lograba ocultar la tormenta de emociones que sus palabras habían desatado.

¿Cómo explicarle a un niño la complejidad de los prejuicios, el miedo a lo desconocido, la facilidad con la que las personas etiquetan y deshumanizan a aquellos que son diferentes?

—A veces, Kieran —comencé, eligiendo mis palabras con cuidado—, las personas dicen cosas sobre otros sin conocerlos realmente. Temen lo que no entienden y... —Me detuve, buscando una manera de explicarlo para que un niño pudiera comprenderlo— y a veces es más fácil pensar que alguien es malo o feo que tratar de entenderlo.

Kieran frunció el ceño, procesando mis palabras. Por un momento, temí haber dicho demasiado, haber cargado esos pequeños hombros con una verdad demasiado pesada.

—Pero yo te he visto. Y no eres fea ni mala. Eres... eres solo una persona.

Como yo.

Kieran se movió nervioso, lanzando una mirada nerviosa hacia el pasillo.

Su rostro, antes iluminado por la curiosidad, ahora mostraba signos de preocupación.

—Tengo que irme —dijo en voz baja, como si temiera que alguien pudiera oírle—. Si se dan cuenta de que no estoy...

Sentí cómo el pánico se apoderaba de mí. No podía perder este único vínculo con el mundo exterior, esta pequeña luz de esperanza en mi oscuridad.

—Espera —susurré, extendiendo mi mano a través de los barrotes, sin llegar a tocarlo—. Volverás, ¿verdad?

Kieran dudó un momento, sus ojos verdes buscaron los míos. Pude ver el conflicto en su rostro, la lucha entre el miedo y la compasión.

—Yo... sí, volveré —respondió finalmente, con seguridad.

El alivio que sentí fue momentáneo. Pero una nueva preocupación surgió de inmediato.

—Kieran, escúchame —dije, inclinándome lo más cerca posible de los barrotes—. Es muy importante que no le cuentes a nadie sobre esto. Sobre mí, sobre que has venido aquí. A nadie, ¿entiendes?

El niño frunció el ceño, confundido.

—¿Ni siquiera a mis hermanos?

Negué con la cabeza enérgicamente.

—A nadie, Kieran. Ni a tus hermanos, ni a los guardias, ni siquiera al rey.

Tiene que ser nuestro secreto. —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Si alguien se entera, no podré ser tu amiga. Me llevarán lejos y nunca volveremos a vernos. ¿Comprendes?

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa y temor ante mis palabras. Asintió lentamente su cabeza.

—Lo prometo. Será nuestro secreto.

—Júralo —insistí, odiándome por poner tanta presión sobre un niño, pero sabiendo que mi vida podría depender de ello—. Júrame que no se lo dirás a nadie y que volverás.

Kieran enderezó su pequeña espalda, adoptando una postura seria.

—Lo juro —declaró—. No se lo diré a nadie y volveré a verte con más comida.

Exhalé un suspiro de alivio, sintiendo cómo parte de la tensión abandonaba mi cuerpo.

—Gracias, Kieran —dije suavemente—. Eres un amigo verdadero.

El niño esbozó una pequeña sonrisa de orgullo y nerviosismo. Luego, con una última mirada, se dio la vuelta y se alejó rápidamente por el pasillo. Sus pasos ligeros se fueron desvaneciendo hasta que solo quedó el silencio.

Me dejé caer contra la pared, exhausta, pero con un destello de esperanza en mi corazón. Había depositado mi confianza en las manos de un niño, un acto de desesperación que podría salvarme o condenarme. Solo el tiempo diría si Kieran mantendría su promesa o si mi destino estaba sellado.

Mientras la oscuridad de la celda volvía a envolverme, me aferré a la imagen de esos ojos verdes llenos de compasión. Por primera vez desde mi captura, me permití creer que tal vez, solo tal vez, había una salida de este infierno.



Ecos de una verdad incómoda

La tenue luz del amanecer se filtraba por las cortinas de seda, dibujando sombras suaves sobre la piel desnuda de Deena que yacía a mi lado. Su respiración, suave y acompasada, era el único sonido que rompía el silencio de mis aposentos.

Me incorporé ligeramente, apoyándome sobre un codo para observarla. Su cabello claro se esparcía sobre la almohada como un abanico, y su rostro, en reposo, parecía transmitir una paz que yo anhelaba.

Por un momento, me permití disfrutar de la tranquilidad del instante. Aquí, en la intimidad de mi habitación, podía ser simplemente yo mismo, sin las miradas expectantes de los demás.

Se movió ligeramente, murmurando algo ininteligible en sueños. Su mano buscó instintivamente la mía, pero yo me alejé aún más. No buscaba lo mismo, y ella bien lo sabía. Ambos estábamos de acuerdo, por eso, por mi parte, no recibiría caricias o un despertar romántico. Jamás había tenido interés alguno de acariciar, o besar a alguien porque me apeteciera, y sé que nunca sería así. Mis manos solo lo harían por placer, pero no por amor.

Me deslicé fuera de la cama con cuidado de no despertarla, aunque debía de echarla de mi cama, no quería que mis hermanos la vieran o

que pudieran pensar mal de mí. Aunque sí estuviera haciendo mal las cosas.

El frío del suelo de piedra bajo mis pies descalzos fue un brusco contraste con el calor que acababa de abandonar. Me acerqué a la ventana, observando cómo el sol comenzaba a alzarse sobre las murallas del castillo.

Mientras me vestía, mis pensamientos vagaron hacia el día que me esperaba. La bruja en la torre, las preguntas sin respuesta, las miradas de mis hermanos... Todo ello formaba un tapiz complejo en mi mente.

Lancé una última mirada a la figura dormida en mi cama. Por un momento, me permití imaginar una vida diferente, una donde pudiera despertar cada mañana sin el peso de las expectativas ajenas. Pero ese no era mi camino.

El sol ya estaba alto cuando entré en la sala del consejo. La estancia, amplia y majestuosa, estaba dominada por una enorme mesa de roble pulido, su superficie tan brillante que reflejaba la luz de las velas de aceite que ardían en las paredes de piedra. Tapices antiguos, que narraban las hazañas de mis antepasados, colgaban entre los altos ventanales de vidrieras coloreadas, proyectando patrones intrincados sobre el suelo de mármol.

En el centro de la pared del fondo, detrás de mi asiento, el escudo de armas de nuestra casa destacaba en relieve dorado: un dragón rampante sobre un campo de flores azules. Su presencia silenciosa parecía observar y juzgar cada decisión tomada en esta sala.

Los consejeros ya estaban en sus lugares cuando entré, sus posturas rígidas delataron la tensión que impregnaba el ambiente. A mi derecha, Neval, mi consejero principal, con su túnica escarlata impecablemente planchada y su mirada astuta estaba fija en mí. Había algo en sus ojos, una intensidad inquietante que no pude descifrar. A su lado, Thorak, el maestro de armas.

Su expresión era grave, como si ya anticipara conflicto.

A mi izquierda, Darius, el consejero de las leyes, su rostro una máscara de neutralidad estudiada. Sabía que sus palabras, cuando las pronunciara, estarían cargadas de implicaciones legales que no podría ignorar.

No estaban todos los consejeros, pero para esto, no necesitaba al resto.

Saber qué hacer con la bruja era primordial, y estos hombres, para bien o para mal, serían clave en esa decisión.

—Mis leales consejeros —comencé, mi voz resonó en la sala con más firmeza de la que sentía—, nos reunimos hoy para discutir un asunto de suma importancia para la seguridad de nuestro reino.

Hice una pausa, observando los rostros a mi alrededor. Cada uno de ellos esperaba mis palabras, sus expresiones variando desde la curiosidad hasta la preocupación. Podía sentir el peso de sus expectativas, la presión silenciosa de sus miradas.

—La bruja capturada en la aldea de Benie —continué, eligiendo cuidadosamente cada palabra—, está ahora bajo nuestra custodia. Debemos decidir cómo proceder.

Un murmullo recorrió la mesa, como una ola de tensión contenida. Neval se inclinó hacia adelante, sus ojos brillaban con una intensidad que me inquietó profundamente. Había algo en su actitud que no cuadraba, una ansiedad mal disimulada que me puso en alerta.

—Mi rey —dijo, su voz fue suave, pero cargada de una autoridad que rozaba la insubordinación—, creo que todos estamos de acuerdo en que esta... criatura, representa una amenaza que no podemos ignorar. Puedo ocuparme yo mismo de ella, hacerla desaparecer. Nadie se enteraría, nadie sabría lo que ha pasado aquí.

Le miré fijamente, notando el entusiasmo apenas contenido en su propuesta.

Parecía demasiado seguro, demasiado ansioso por encargarse personalmente del asunto. Una advertencia se encendió en mi mente. ¿Por qué mostraba tanto entusiasmo?

Negué con la cabeza, descartando la opción.

—Creo... —dudé, consciente de que mi decisión podría tener consecuencias de largo alcance—. Creo que la interrogaré yo mismo, por la tranquilidad de

mis hermanos y mi reino. Por mi tranquilidad. Sin nadie de por medio, ¿qué mayor tranquilidad para mi pueblo y mi familia?

—Majestad —protestó Neval—, ¿está seguro? Es... peligrosa. Si le pasa algo, el reino estaría perdido. Y no queremos que al reino le pase nada.

Sentí una punzada de irritación ante su insistencia. ¿Acaso me creía tan débil? La bruja estaba encerrada, debilitada. «No va a poder hacerme mucho moribunda en la torre», pensé, «ni siquiera traspasaría la puerta».

—Aprecio tu preocupación, Neval, pero esta es mi decisión. La interrogaré personalmente. Necesito entender qué amenaza representa realmente para nuestro reino.

Vi cómo Thorak asentía con aprobación, mientras Darius mantenía su expresión neutral. Neval, por su parte, pareció encogerse ligeramente, aunque sus ojos seguían brillando con una intensidad que me desconcertaba.

Me levanté de la mesa con decisión, ignorando las miradas de preocupación de mis consejeros. La discusión había terminado; era hora de actuar.

—Thorak, conmigo —ordené mientras me dirigía hacia la puerta—. Neval, espera aquí. Te informaré de lo que descubra.

El camino hacia la torre parecía interminable. Cada paso resonaba en los pasillos de piedra, el eco de nuestras pisadas mezclándose con el tintineo de las armaduras de los guardias que nos seguían.

Finalmente, llegamos a la base de la torre. La escalera de caracol se alzaba ante nosotros, oscura y amenazante. Tomé una antorcha de la pared y comencé a subir, con Thorak y los guardias siguiéndome de cerca.

El aire se volvía más frío y húmedo a medida que ascendíamos. Cuando por fin llegamos al último piso, me detuve frente a la pesada puerta de madera reforzada con hierro. A través de las rendijas, pude vislumbrar la penumbra del interior de la celda.

Tomé una respiración profunda, preparándome para lo que fuera que me esperara al otro lado. Con un gesto, indiqué a los guardias que se mantuvieran atrás.

—Bruja —llamé con mi voz firme y autoritaria—, soy el rey Aeran. He venido a interrogarte, ponte ante mí.

Hubo un momento de silencio, tan denso que casi podía cortarse con una espada. Y entonces, para mi sorpresa, escuché una risa. Una risa juvenil, casi musical, que contrastaba brutalmente con la gravedad de la situación.

—Vaya, vaya —respondió una voz femenina desde el interior, teñida de diversión—. Si eres tan niño como yo. ¿Cuántos tienes? ¿Diecinueve? No, qué digo. Dieciocho recién cumplidos.

La declaración me tomó por sorpresa. ¿Niño? ¿Acaso se burlaba de mí?

Fruncí el ceño, acercándome más a las rendijas para intentar ver mejor. ¿Me veía como un niño? Nadie me había dicho eso en veintitrés años, no iba a decírmelo una maldita bruja.

—¡No soy ningún niño! —respondí, tratando de mantener la compostura—.

Soy el rey de estas tierras y exijo respuestas.

Otra risa, esta vez más suave.

—Oh, por supuesto, Su Majestad. Qué descortés de mi parte. ¿Qué desea saber este joven rey?

Su tono, entre burlón y desafiante, me desconcertó. Esta no era la reacción que esperaba de una prisionera acusada de brujería. Me volví hacia Thorak, cuyo rostro reflejaba la misma confusión que yo sentía.

—¿Quién eres? —pregunté, volviendo mi atención a la puerta, intentando que mi voz no traicionara mi desconcierto—. ¿Y qué hacías en la aldea de Benie?

Hubo una pausa, un silencio cargado de tensión. Cuando habló de nuevo, su voz había perdido parte de su tono burlón, adquiriendo un matiz de

cansancio.

—Mi nombre es Nefely, no bruja, ni niña, ni moribunda, ni prisionera... —

respondió, cada palabra estaba cargada de un peso que no esperaba —. Y

para tu desesperado interrogatorio, estaba haciendo lo único que sé hacer: ayudar a los heridos. Pero supongo que, en tu reino, curar es un crimen, ¿no es así, joven rey?

Sus palabras fueron dañinas. ¿Acaso pensaba que iba a ser tan ingenuo como para creer su historia? No obstante, algo en su voz, en la manera en que pronunció «ayudar a los heridos», sembró una semilla de duda en mi mente. Intenté verla mejor, pero los escasos rayos de sol que se filtraban por la ventana apenas iluminaban la celda, dejándola sumida en sombras.

Quizás por fin tenía su verdadero aspecto.

—¡Bruja, muéstrate ante el rey, es una orden! —La voz de Thorak retumbó en el pasillo, sobresaltándome.

Escuché unos crujidos, como de huesos protestando tras un largo confinamiento. Luego, el suave sonido de pies descalzos sobre piedra.

Contuve la respiración sin darme cuenta, preparándome por lo que estaba por ver. Estaba seguro de su horrible imagen.

Cuando finalmente se detuvo en el haz de luz, sentí como si el aire hubiera sido arrancado de mis pulmones. Su aspecto... me confundía, me desconcertaba de una manera que no podía explicar. Su cabello, negro como la noche más oscura, brillaba a pesar de estar sucio y enmarañado con barro y lo que parecía ser sangre seca. Su rostro... por todos los dioses, su rostro era una obra de arte tallada en la más fina porcelana. Una mandíbula delicada, unos ojos grandes de un azul tan intenso que parecían atravesarme el alma. Pese a la suciedad que la cubría, su belleza era casi dolorosa de contemplar, algo irreal, etéreo.

—Muéstrame tu verdadero aspecto —exigí, luchando por mantener la compostura, mi voz más ronca de lo que pretendía—. Ahora.

Ella giró la cabeza, esquivando mi mirada con una media sonrisa que bailaba en sus labios. Ese simple gesto, tan humano y a la vez tan

misterioso, me desarmó por completo. ¿Qué me estaba haciendo?

—Mi verdadero aspecto sería estando más limpia, más arreglada... —Su voz era suave, casi melodiosa—. No, miento, lo último no es verdad. Pero, no olería a excrementos y sangre, de eso tenlo por seguro, mi rey dragón.

El apelativo me provocó un escalofrío. Antes de que pudiera responder, Thorak intervino:

—Dirígete a Su Majestad por rey, bruja, solo así.

Ella asintió, pero su gesto carecía por completo de la reverencia que Thorak esperaba. No había ni un atisbo de respeto en su expresión. La seguridad con la que se burlaba de mí, de nosotros, se asentó en mi estómago como una piedra fría.

Intenté recuperar el control de la situación.

—¿Por qué Gélidia te ha mandado aquí? —pregunté, forzándome a mantener mi mirada fija en ella, aunque continuaba evitando el contacto visual.

—Nadie me ha mandado a ningún lugar —respondió con una calma exasperante—. Quien haya contado eso, os está mintiendo... ¿Cómo un rey puede tener a alguien que le miente en su propia cara?

¿Estaba insinuando que uno de mis consejeros mentía? La imagen de Neval, con su insistencia en ocuparse personalmente de la bruja, cruzó por mi mente.

—Tú me estás mintiendo —respondí, pero incluso a mis propios oídos, mi voz carecía de convicción.

Ella negó con la cabeza, un gesto simple, pero cargado de significado.

—Solo tiene que preguntar en la aldea, ellos podrán decir quién soy en realidad... —Hizo una pausa, y por primera vez, vi un destello de algo más profundo en sus ojos—. Aunque temiendo que les hagan

algo, quizás prefieran callarse, dudo mucho que quieran ir contra un rey dragón. Dudo

mucho que me delaten por miedo a las represalias que tanto ellos como yo podemos sufrir. Porque el pueblo se asusta de su propio rey, por si no os habíais dado cuenta...

Thorak se tensó a mi lado, su mano se movió instintivamente hacia la empuñadura de su espada. Podía sentir su indignación, su deseo de castigar a la prisionera por su falta de respeto. Levanté una mano, el gesto fue firme y decidido, silenciándolo antes de que pudiera hablar. Este era mi interrogatorio, y lo llevaría a cabo a mi manera.

Fijé mi mirada en Nefely, intentando descifrar el misterio que representaba.

Su actitud desafiante contrastaba con la vulnerabilidad de su situación, y por un momento, me pregunté qué secretos ocultaban esos ojos azules que parecían capaces de ver a través de mí.

—Tu castigo será menos severo si cooperas —dije, con calma—. No muestras tu verdadero aspecto, no confiesas de dónde vienes, ni los crímenes que has cometido.

Esperaba que mis palabras la hicieran dudar, que revelaran alguna grieta en su fachada. Pero lo que obtuve fue algo completamente inesperado.

—¡No he cometido ningún crimen! —Su voz se elevó, sonando en la celda con una fuerza que me sorprendió.

Entonces, sucedió algo que me heló la sangre. Sus ojos, esos ojos azules que me habían cautivado y desconcertado a partes iguales, cambiaron. Los iris, antes de un azul profundo, se volvieron blancos como la nieve recién caída. El efecto era tan sobrenatural, tan inesperado, que sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

Percibí el movimiento tras de mí. Los guardias, hombres acostumbrados a la batalla y entrenados para enfrentar cualquier amenaza, retrocedieron instintivamente. El miedo era palpable en el aire, espeso y asfixiante.

Pero yo no me moví. Quizás fue orgullo, quizás curiosidad, o tal vez una mezcla de ambos. Me mantuve firme, mis ojos fijos en los de Nefely, ahora blancos como la luna. Era un desafío silencioso, una batalla de voluntades.

En ese momento, comprendí que estaba frente a algo que iba más allá de mi entendimiento. Esta mujer, esta supuesta bruja, poseía poderes que desafiaban todo lo que creía saber. Sin embargo, en lugar de terror, sentí una extraña mezcla de fascinación y respeto.

Luchando por mantener el control de la situación, forcé las siguientes palabras:

—¿Por qué te ocultas bajo esta...? —Me detuve, frustrado por mi incapacidad para describir lo que veía—. ¿Has elegido una joven y bella chica? ¿La has matado para hacerte con su cuerpo?

Vi cómo su rostro se transformaba, la indignación y el disgusto eran evidentes en cada línea de su expresión. Una parte de mí se retorció incómodo; yo debería ser quien estuviera molesto, quien exigiera respuestas. Me encontraba a la defensiva, mi irritación crecía con cada momento que pasaba.

Dio un paso hacia adelante, el movimiento fue tan fluido que por un instante olvidé que era una prisionera. Se señaló de arriba abajo, un gesto desafiante que me sorprendió por su audacia.

—Lo que ve, es lo que soy, gracias por el cumplido. No he matado a nadie, este es mi aspecto —declaró—. Aunque, quizás preferías a una anciana arrugada y llena de malicia, ¿acaso es un tipo de morbosidad de rey?

Sentí cómo mi mandíbula se tensaba, los músculos de mi cuello rígidos por el esfuerzo de contener mi respuesta. Su descaro era asombroso, y, aun así, no podía negar la chispa de admiración que sentía ante su valor.

—Si no respondes ahora, lo harás mañana, o al otro, pero lo acabarás haciendo —dije, negando con la cabeza, intentando proyectar una confianza que empezaba a flaquear—. Estarás sola

hasta que decidas cooperar, nadie te verá, no tendrás contacto con el mundo exterior. Y créeme, tengo mucha paciencia.

La vi poner los ojos en blanco, un gesto tan mundano y a la vez tan desafiante que me dejó momentáneamente sin palabras. Se dio la vuelta,

como si yo ya me hubiera marchado, como si mi presencia fuera irrelevante.

—¡No des la espalda a tu rey, bruja! —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera contenerlas.

Se detuvo, y por un momento pensé que había recuperado el control de la situación. Pero cuando se giró para mirarme, la intensidad de sus ojos me golpeó con fuerza.

—No eres mi rey —declaró con seguridad—. Un rey no dejaría morir a su pueblo. Un pueblo no temería a su propio rey.

Sus palabras me atravesaron como una espada, dejándome sin aliento.

—¡Insisto, bruja! ¿Quién te envió realmente?

Nefely me miró directamente, sus ojos brillaban con un desafío que me irritaba profundamente.

—Nadie me envió, rey Aeran. Ya te lo he dicho. Pero parece que estás tan acostumbrado a las mentiras que no puedes reconocer la verdad cuando la oyes.

Sentí cómo la ira crecía en mi interior.

—¿Cómo te atreves? No toleraré tus insultos.

—¿Insultos? —replicó ella, su voz fue una mezcla de sarcasmo y amargura

—. Tu castillo está lleno de mentirosos, y yo soy la única que te dice la verdad. Tus consejeros te engañan, algunos incluso piensan que ni siquiera sabes reinar. Piensan que tu hermano menor lo haría mucho mejor.

Dolió. Fueron unas palabras que ya había escuchado con anterioridad y parecía que ese hombre me las volvía a repetir. Pero estaba mintiendo, era una bruja, era capaz de ver mis temores.

—Mientes. Mis consejeros son leales.

Nefely soltó una risa seca.

—¿Leales? ¿Como la mujer de tu cama que no guarda tus secretos y los va contando por todos lados? ¿Esa a la que no soportas tocar si no es para acostarte con ella?

Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro. ¿Cómo podía saber eso?

—No sabes de qué hablas —gruñí, intentando ocultar mi sorpresa.

—Sé más de lo que crees, rey Aeran —continuó ella, de una forma imparable—. Tus sirvientes murmuran, tus guardias comentan. Todos hablan de cómo el joven rey es manipulado por sus consejeros, cómo toman decisiones en tu nombre mientras tú...

—¡Silencio! —rugí, golpeando los barrotes con fuerza—. No permitiré que sigas difamando a mis leales súbditos.

Nefely no se inmutó.

—¿Leales? ¿Es leal un consejero que desea tu trono? ¿Es leal una amante que comparte tus secretos por unas monedas? Te diría que las piedras que rodean tu castillo son más leales.

Sentí cómo la duda se arrastraba en mi mente, pero la aparté con furia.

—Estás mintiendo. Intentas sembrar discordia, pero no funcionará.

—¿Por qué mentiría? —preguntó ella, con una voz suave—. No gano nada con ello. Pero tú, rey dragón, tienes mucho que perder si te niegas a ver la verdad.

—¡Suficiente! —bramé, podía notar mi rostro ardiendo—. Eres una mentirosa despreciable. Tus trucos de bruja no funcionarán conmigo. Cada palabra que sale de tu boca es veneno.

Parecía darle igual mis gritos, mi enfado, mi forma de hablarle.

—¿Por qué te cuesta tanto creer que podrías estar equivocado?

—Porque soy el rey —espeté—. Y tú no eres más que una criminal, una bruja que intenta sembrar discordia. Tus palabras no valen nada ni para mí, ni para mi reino.

—Algún día te darás cuenta de tu error, Aeran —dijo ella, calmadamente.

—Es «Su Majestad» para ti, escoria —gruñí—. Y el único error aquí es que sigues respirando. Pero eso se puede arreglar.

Me alejé de la celda, temblando de ira.

—¡Disfruta de tus últimos días, bruja! ¡Pronto aprenderás el precio de desafiar a tu rey!

Mientras me alejaba, la voz de Nefely resonó en el pasillo, cargada de una fuerza que me hizo detener mis pasos:

—¡Tu reino se desmorona bajo tus pies, Aeran! Mientras juegas a ser rey, la verdadera amenaza crece en tu propia casa, cuando las raíces se pudren, la flor se muere para siempre. Y cuando te des cuenta, será demasiado tarde porque el jardín entero se habrá marchitado.

Por un instante, sentí cómo el miedo se mezclaba con mi ira. Pero rápidamente lo aparté, forzándome a seguir caminando.

«Son mentiras», me repetí. «Solo mentiras de una bruja desesperada».



Entre barrotes y alas de dragón

Siete días. Siete interminables y malditos días habían transcurrido desde que me encerraron en esta celda, húmeda y fría. El tiempo se arrastraba con una lentitud exasperante, cada hora un tormento que ponía a prueba los límites de mi cordura.

La rutina era tan predecible como humillante. Dos veces al día, el chirrido de la puerta anunciaba la llegada de un guardia. Sus pasos pesados resonaban en el suelo de piedra, acercándose con una regularidad que me crispaba los nervios.

—Tu comida, bruja —gruñía invariablemente con su voz cargada de desprecio y temor a partes iguales.

En sus manos, una bandeja de plata —un lujo que contrastaba cruelmente con mi situación— llevaba lo que ellos consideraban suficiente para mantenerme con vida. Un trozo de pan, tan diminuto que apenas cubría la yema de mi pulgar, y una copa de agua tan escasa que apenas bastaba para humedecer mis labios agrietados.

—Qué generosidad —murmuré con amarga ironía, mi voz se encontraba ronca por la falta de uso y la deshidratación.

El guardia, un hombre joven con ojos que traicionaban su nerviosismo, se sobresaltó al oír mi voz.

—No... no hables, bruja —tartamudeó, retrocediendo como si mis palabras pudieran maldecirlo—. Solo come y calla.

Observé cómo dejaba la bandeja en el suelo con manos temblorosas, empujándola hacia mí con el pie antes de retirarse rápidamente. El sonido de la puerta al cerrarse resonó en la celda, un recordatorio más de mi cautiverio.

Me arrastré hacia la bandeja, mis músculos protestaban por el movimiento después de horas de inmovilidad. El pan, a pesar de ser minúsculo, olía a vida. Lo sostuve entre mis dedos, maravillándome de su textura, antes de llevármelo a la boca.

—Supongo que esto es lo que llaman «hospitalidad real» —murmuré para mí misma, saboreando cada migaja como si fuera el manjar más exquisito.

El agua, aunque escasa, era un alivio momentáneo para mi garganta reseca.

Cerré los ojos mientras bebía, permitiéndome por un breve instante, olvidar dónde estaba.

Pero la realidad volvió a golpearme tan pronto como la última gota tocó mis labios. Estaba atrapada, acusada de crímenes que no había cometido, a merced de un rey que se negaba a ver la verdad.

En medio de la monotonía de mi encierro, descubrí una distracción inesperada: mi habilidad para ver a través de los ojos de otros. Era como sumergirme en un caleidoscopio de vidas ajenas, cada una con sus propios secretos y deseos. Me sorprendió descubrir cuántos niños

habitaban este lugar sombrío, una paradoja viviente bajo el gobierno de un rey que yo consideraba cruel.

La familia real... Hubo un tiempo en que sus caballos majestuosos y sus ropas lujosas me fascinaban. Recuerdo cómo suplicaba a mi madre que me alzara en brazos para poder contemplarlos mejor durante los desfiles. Pero todo cambió el día que vinieron a buscar a mi padre para la guerra. Ese día, se llevaron más que a un hombre; se llevaron mi inocencia y mi admiración.

Mi padre nunca regresó, y con él murió cualquier interés que pudiera tener en la realeza.

Un picor insoportable me sacó de mis recuerdos. Me froté el rostro con la mano, sintiendo cómo la suciedad acumulada hacía que mi piel se descamara, dejando algunas zonas en carne viva. Ni siquiera cuando me quedé huérfana a los trece años había estado en semejante estado de abandono. Al menos entonces sabía cómo sobrevivir, cómo buscarme la vida.

De repente, el frío familiar cubrió mis ojos, y a través de ellos vi unos pequeños pies subiendo apresuradamente las escaleras de la torre. Mi corazón dio un vuelco cuando el niño estuvo a punto de tropezar. Volvía, como los días anteriores.

—Cuidado —susurré instintivamente.

Para mi alivio, se incorporó rápidamente y continuó su ascenso con renovado vigor. No tardé en reconocer esa mirada inocente asomándose entre los barrotes de mi celda.

—Hola, amiga —musitó Kieran, sus pequeñas manos estaban cargadas de provisiones.

Me puse de pie con dificultad, apoyándome en la pared para mantener el equilibrio. Mis músculos protestaron ante el movimiento

repentino, pero la expectativa de lo que Kieran traía consigo superaba cualquier malestar físico.

—Kieran —susurré, una sonrisa se formó en mis labios agrietados—. Has vuelto.

El niño comenzó a pasar comida y agua a través de los barrotes, sus movimientos rápidos y nerviosos delataban su temor a ser descubierto. Los anteriores días iba con más prisa y ni se detenía a pasármelo por los barrotes.

—Ten cuidado —le advertí suavemente, mientras recogía los preciados suministros—. No dejes que te vean.

Kieran asintió, con aquellos ojos verdosos brillándole.

—No te preocupes —respondió en voz baja—. Soy bueno escondiéndome.

Mientras aceptaba su generosa ofrenda, no pude evitar preguntarme qué consecuencias enfrentaría este niño si alguna vez lo descubrían ayudando a la bruja. La culpa y el agradecimiento se mezclaban en mi interior, creando un nudo en mi garganta.

—Gracias, Kieran. Eres muy valiente.

Para mi sorpresa, Kieran no se marchó de inmediato. En lugar de eso, se sentó en el suelo frente a los barrotes, sus ojos se encontraban grandes y brillantes de emoción. Al parecer quería algo de charla.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —susurró, inclinándose hacia adelante como si estuviera a punto de revelar el misterio más grande del mundo.

No pude evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Claro, Kieran. Me encantaría oír tu secreto.

—¡Tengo un dragón! —exclamó, apenas conteniendo su alegría—. Se llama Fulgor y es el dragón más rápido y valiente de todos.

—Vaya, vaya, así que tengo ante mí a un auténtico jinete de dragones —

dije, inclinándome un poco hacia él—. O debería decir, ¿a un pequeño dragón en entrenamiento?

Kieran soltó una risita, claramente encantado con el apodo.

—¡Sí! Soy un pequeño dragón, igual que Fulgor. Él también está creciendo.

—Cuéntame más sobre Fulgor, pequeño dragón —pedí, interesada mientras comenzaba a comer y beber. Al menos estaría un poco más lejos de perder la cabeza—. ¿Cómo es?

—Bueno, aún no es muy grande —explicó Kieran, sus manos gesticularon para mostrar el tamaño—. Es un poco más grande que un caballo, pero mucho más delgado y ágil. Sus alas son enormes en comparación con su cuerpo.

—Suena como un dragón joven y enérgico —comenté, imaginando a la criatura—. ¿Y sus escamas? ¿De qué color son?

Los ojos de Kieran brillaron con emoción. Al parecer solo quería que le escuchasen, y le daba igual quién fuera.

—Son de un rojo brillante, como el fuego. Y cuando el sol las toca,

¡parecen que brillan como joyas!

Sonreí, recordando los dragones que había visto en el cielo.

—Sabes, Kieran, he visto dragones volando sobre el reino. Son criaturas realmente impresionantes.

—¿Los has visto? —Sus ojos se abrieron todavía más—. ¿Cómo eran?

—Majestuosos, poderosos —respondí, cerrando los ojos para recordar mejor—. Sus alas cortaban el aire y sus escamas brillaban bajo el sol. Pero nunca he visto uno tan de cerca como tú a Fulgor.

—¡Fulgor es especial! —declaró Kieran con orgullo—. Ya puede volar y es muy ágil en el aire. Hace piruetas increíbles.

—Debe ser emocionante verlo volar —comenté—. ¿Ya lo has montado?

La sonrisa de Kieran flaqueó un poco.

—Todavía no... Aeran dice que soy muy pequeño y que tengo que aprender muchas cosas primero. Fulgor tampoco es lo suficientemente fuerte para llevarme aún. Aunque tampoco lo hemos intentado... Aeran ya volaba a mi edad, no es justo.

—Entiendo que quieras montarlo ya, pequeño dragón —dije suavemente—.

Pero los dragones son criaturas muy poderosas. Es importante estar bien preparado. Nadie quiere que te pase nada.

—Lo sé —suspiró Kieran—. Pero es que... ¡tengo tantas ganas! Quiero volar alto, tocar las nubes, ver todo el reino desde arriba.

—Suena maravilloso. ¿Y qué haces mientras tanto?

Kieran se animó nuevamente.

—¡Oh, hago muchas cosas! Aprendo a cuidar de Fulgor, le doy de comer, limpio sus escamas y reviso que sus alas estén en buen estado. A veces, incluso me dejan pulir sus garras. Y también estudio sobre dragones y el reino. Aeran dice que un buen jinete debe conocer bien las tierras sobre las que vuela.

—Eso suena muy responsable —le elogié—. Cuidar de un dragón debe ser un trabajo importante. Estoy segura de que cuando llegue el momento, serás un excelente jinete para Fulgor.

—¿Tú crees? —Vi la esperanza en sus ojos.

—Por supuesto, pequeño dragón —afirmé—. Tienes pasión y valor. Eso es muy importante.

Kieran sonrió ampliamente.

—Cuando Fulgor sea más grande y pueda montarlo, volaremos por todo el reino —declaró con la certeza inquebrantable de un niño que aún cree en los imposibles—. ¡Incluso podría venir a verte! ¡O podrías montarte conmigo! ¿Crees que te gustaría montar a dragón?

Su entusiasmo era contagioso, pero sentí una punzada de dolor en el pecho.

«Seguramente, cuando él ya pueda montar en su dragón, yo me encontraré muerta», pensé con amargura. La realidad de mi situación contrastaba cruelmente con los sueños inocentes de Kieran. Pero no podía, no debía, destrozar sus ilusiones con la dureza de mi verdad.

Tragué el nudo que se había formado en mi garganta y respondí con suavidad:

—No lo sé, quizás me asuste —dije, mirándole con una mezcla de ternura y melancolía—. No soy tan valiente como tú.

Kieran me miró con sorpresa, como si la idea de que alguien pudiera no ser valiente fuera completamente ajena a su mundo.

—Eres una bruja, ¿las brujas no sois valientes? —preguntó con una inocencia que me desarmó.

Su pregunta me tomó por sorpresa. ¿Qué podía decirle? ¿Que el valor no tenía nada que ver con la magia? ¿Que a veces, la verdadera

valentía estaba en seguir adelante día tras día, incluso cuando todo parecía perdido?

—Ser valiente no depende de ser bruja o no, pequeño dragón —respondí después de un momento, eligiendo mis palabras con cuidado—. La valentía viene del corazón, de hacer lo correcto incluso cuando tienes miedo. Y a veces, incluso las brujas tenemos miedo.

Vi cómo Kieran procesaba mis palabras, su ceño frunciéndose ligeramente en concentración.

—Pero tú eres valiente —declaró finalmente, con la seguridad absoluta que solo un niño puede tener—. Estás aquí, sola, y aun así sonríes y hablas conmigo. Eso es ser valiente. Mamá decía que las personas eran valientes cuando sonreían incluso estando heridas.

Sus palabras fueron demasiado directas, trayendo lágrimas a mis ojos, las cuales luché por contener. Este niño, en su inocencia, veía una fuerza en mí que yo misma había olvidado.

Kieran se acomodó mejor frente a los barrotes.

—¿Sabes? Tengo muchos hermanos. ¡Somos seis en total!

—¿Seis? —repetí, sorprendida—. Eso sí que es una familia grande. Debe ser divertido.

—¡Lo es! Aunque a veces es un poco ruidoso. Cleon, el mayor después de Aeran, siempre está entrenando con la espada. Dice que quiere ser el mejor guerrero del reino.

No pude evitar sonreír.

—¿Y qué hay de los demás?

—Bueno, está Avery —continuó Kieran—. Ella es muy lista. Siempre está leyendo o escribiendo poemas. A veces toca el arpa para nosotros antes de dormir. Toca como los ángeles...

—Suena encantadora —comenté, imaginando la escena.

—Sí, lo es. Luego está Torin. ¡Él es genial! Siempre está explorando el bosque y conoce todos los animales. Una vez encontró un zorro herido y lo cuidó hasta que se recuperó.

Sentí una punzada de nostalgia al pensar en mis propios días curando animales en el bosque.

—Eso es muy noble de su parte.

Kieran asintió, claramente orgulloso de su hermano.

—Venya es la siguiente. Ella es... es como un rayo de sol. Siempre está sonriendo y haciendo que todos se sientan mejor. Creo que tiene magia, como tú.

Alcé una ceja, intrigada.

—¿Magia? ¿Qué tipo de magia?

—No sé exactamente —admitió Kieran—. Pero cuando alguien está triste o herido, ella lo abraza y de alguna manera, se sienten mejor.

«Empatía», pensé. «Un don tan poderoso como cualquier magia».

—Y bueno, luego estoy yo —concluyó Kieran con una sonrisa traviesa —.

El pequeño dragón de la familia.

Al parecer se iba a quedar para siempre con ese mote.

—Una familia maravillosa —dije, sintiendo una mezcla de alegría por Kieran y una punzada de anhelo en mi propio corazón—. Debe ser increíble tener tantos hermanos.

Kieran ladeó la cabeza, curioso.

—¿Tú no tienes hermanos?

Negué con la cabeza.

—No, pequeño dragón. Crecí sola con mis padres.

—Oh. —Su voz se tiñó de una compasión que me sorprendió, como si sintiera lástima por mí—. ¿No te sentías sola?

Su pregunta me tomó desprevenida. Por un momento, me permití imaginar cómo habría sido crecer con hermanos y hermanas, compartir risas, peleas y secretos.

—A veces —admití suavemente, mi voz apenas fue un susurro—. Pero tenía amigos en la aldea. Y la naturaleza siempre fue mi compañera.

Kieran me miró con esos ojos grandes y curiosos, como si esperase que dijera algo más.

—¿Y tus padres? —preguntó, desconcertado—. ¿No van a venir a por ti?

¿Saben que estás aquí?

Sentí cómo un nudo se formaba en mi garganta, ahogándome.

—Mis padres... —comencé, luchando por mantener la compostura—. No, ellos fallecieron.

—Oh... —Kieran agachó la cabeza, pensativo. Por un momento, temí haber entristecido al pequeño. Pero entonces, levantó la mirada, una sonrisa formándose en sus labios—. Bueno, los míos también.

Su capacidad para encontrar un punto en común incluso en la pérdida me conmovió profundamente. Antes de que pudiera responder, su rostro se iluminó con una idea.

—¡Pero ahora nos tienes a nosotros! —declaró—. Cuando salgas de aquí, podrás conocer a todos mis hermanos. ¡Seremos tu familia!

Sus palabras, tan inocentes y llenas de esperanza, me golpearon con una fuerza inesperada. Sentí cómo las lágrimas amenazaban con nacer, pero las contuve. No quería que viera cuánto me afectaba su ternura.

—Eres muy amable, pequeño dragón —logré decir—. Tu familia suena maravillosa.

Mientras Kieran continuaba hablando animadamente sobre las aventuras con sus hermanos, me perdí en mis propios pensamientos. Siempre había anhelado una familia grande, llena de risas y amor. Y aquí estaba este niño, ofreciéndome un vistazo de ese sueño, aunque fuera desde el otro lado de los barrotes de una celda.

La ironía de la situación no se me escapaba. Encerrada como una criminal, y, sin embargo, encontrando una conexión más profunda y genuina que muchas de las que había experimentado en libertad.

De repente, Kieran se puso de pie de un salto, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh no! —exclamó—. ¡Las clases! Voy a llegar tarde.

—¿Clases? —pregunté, sorprendida por el cambio repentino.

Kieran asintió vigorosamente.

—Sí, tengo lecciones con el maestro Eldrin. Si llego tarde otra vez, me castigará sin poder ver a Fulgor.

—Entonces debes irte—dije con una sonrisa suave—. No queremos que te alejen de Fulgor.

Kieran se acercó a los barrotes una última vez, y me observó como si me fuera a echar de menos. Yo desde luego, sí que le extrañaría. Era

mi cordura.

—Volveré pronto —prometió—. Y te contaré todo sobre mis lecciones y sobre Fulgor.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando pareció recordar algo.

—Espera, ¡no sé tu nombre! —exclamó, mirándome con curiosidad.

Por un momento, dudé. Revelar mi nombre parecía algo tan simple y, sin embargo, tan significativo. ¿Y si lo decía? Una cosa es que dijera que hablaba con una bruja, no le creerían, la otra muy diferente es que supiera mi nombre, ya que eso significaba que de verdad había hablado conmigo...

Finalmente, con un suspiro suave, decidí confiar en este pequeño príncipe que me había mostrado tanto afecto.

—Nefely —dije en voz baja—. Mi nombre es Nefely.

Los ojos de Kieran se iluminaron.

—Nefely —repitió, como si estuviera probando cómo sonaba—. Es un nombre bonito. ¡Hasta pronto, Nefely!

Y con eso, se dio la vuelta y salió corriendo por el pasillo. Lo último que escuché fue su voz lejana:

—¡Volveré a contarte todo, Nefely!

Kieran se alejó corriendo, sus pasos sonaron en la escalera de caracol hasta desaparecer.

Un príncipe, un niño inocente, me había ofrecido no solo alimento para mi cuerpo, sino también para mi alma. Me había dado esperanza, una conexión, y ahora conocía mi nombre.

«Nefely», había dicho él, como si fuera algo precioso. Y tal vez, en este mundo de sombras y barrotes, lo era. Era un recordatorio de quién era yo, más allá de «bruja» o «prisionera».

Me quedé mirando el espacio vacío por un momento, luego me acerqué a la comida y el agua que había dejado. Tomé el pan y comencé a comer, saboreando cada bocado. Estaba fresco y suave, un lujo comparado con la comida que me daban los guardias.

Bebí el agua lentamente, asegurándome de no desperdiciar ni una gota. La frescura alivió mi garganta seca, y por un momento, cerré los ojos, disfrutando de la sensación.

Cuando terminé, me recosté contra la pared fría de la celda. El silencio volvió a envolverme, pero esta vez, con el estómago lleno y la promesa de otra visita, no parecía tan opresivo como antes.

Exhalé lentamente, permitiéndome un momento de calma antes de que la realidad de mi situación volviera a asentarse. Por ahora, al menos, tenía algo que esperar.



Dudas en la nieve

Observé a Deena, sirviéndose una copa como todas las noches, acercándose a mí con una sonrisa que antes encontraba irresistible, pero ahora me resultaba un poco repulsiva. Se inclinó, depositando un beso en mis labios, un gesto familiar que, sin embargo, no pude

corresponder con el entusiasmo habitual. Mi mente estaba en otro lugar, atrapada en un torbellino de dudas e incertidumbres. Sentía que mis labios estaban sucios, que por su culpa así estaban. Ya no podía verla con los mismos ojos.

No había podido dejar de pensar en lo que esa dichosa bruja había dicho.

Sus palabras, afiladas como dagas, se habían clavado en mi mente, sembrando la semilla de la duda. ¿Y si era cierto? La idea de que Deena pudiera estar vendiendo nuestros secretos más íntimos por unas monedas de cobre o plata me revolvía el estómago. Lo peor es que no sabía qué me dolía más, si esa posibilidad o el hecho de estar dando crédito a las palabras de una bruja.

—¿Ocurre algo? —preguntó Deena, sentándose a mi lado—. Pareces preocupado.

Intenté forzar una sonrisa, pero sentí cómo fracasaba miserablemente en el intento. Las dudas me corroían, impulsándome a hacer la pregunta que nunca pensé hacer.

—¿Has compartido con alguien lo que tenemos? —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas, cargadas de una inseguridad impropia de un rey.

La expresión de Deena no cambió. Su rostro estaba sereno, en lugar de tranquilizarme, solo avivó mis sospechas. ¿Cómo podía permanecer tan calmada ante una acusación así? Debería enfadarse, quizás insultarme o salir huyendo ante tal desfachatez. Cualquier cosa menos paz.

—No, por supuesto que no, mi rey —respondió con una calma que me pareció excesiva—. Te dije que sería un secreto, y así es. Tus secretos están a salvo conmigo.

¿Por qué? ¿Por qué estaba dudando de ella? La pregunta martilleaba en mi mente. ¿Cómo esa maldita bruja me había hecho dudar a tales extremos?

Estaba seguro de que ni siquiera su aspecto era real, debía ser algún hechizo, alguna poción, algo para confundirme y sembrar el caos en mi corte.

Deena se acercó de nuevo, besándome con una suavidad. Esta vez, respondí, más por instinto que por deseo, pese a que realmente solo quería separarme de ella. Apoyé mis manos en su cintura, atrayéndola hacia mí con una urgencia nacida de la frustración, del odio a mí mismo. La besé con más fuerza, como si en sus labios pudiera encontrar la verdad que tanto ansiaba. Como si pudiera deshacerme de mis verdaderos sentimientos contradictorios.

La tumbé sobre la cama, buscando en la familiaridad de su cuerpo un ancla contra las dudas que me asaltaban. Ahora mismo solo quería olvidarme de todo: de la bruja, de las intrigas de la corte, de las responsabilidades. Ya habíamos enviado nuestras cartas a Gélidia pidiendo explicaciones, y sus hombres habían retrocedido en nuestra frontera. Por un momento, quería ser solo un hombre, no un rey.

Bajé mis labios por su cuello, intentando concentrarme en la calidez de su piel, en el aroma familiar que tantas veces me había excitado. Pero incluso en ese momento íntimo, las dudas persistían, una sombra que se negaba a abandonarme. Sentía que estaba haciendo algo incorrecto, que estaba traicionándome a mí mismo.

De repente, el sonido de pasos familiares en el pasillo me alertó. Eran inconfundibles, ligeros, pero decididos. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió de par en par. Me separé de Deena con la rapidez de quien ha sido sorprendido en medio de una fechoría, mi corazón latía con fuerza.

Allí, en el umbral, estaba Venya. Sus ojos, grandes y brillantes por las lágrimas contenidas, me devolvieron bruscamente a mi papel de

hermano mayor y protector.

—Kieran me asusta —musitó con su voz apenas un susurro tembloroso—.

Me está dando mucho miedo.

Me levanté, dejando atrás mis propios temores y dudas para enfrentar los de mi hermana. Me acerqué a ella, arrodillándome para estar a su altura. Forcé una media sonrisa, esperando que fuera suficiente para consolarla.

—¿Te asusta? —pregunté suavemente, buscando su mirada—. ¿Qué ha pasado, pequeña?

El temblor en su voz cuando respondió hizo que se me helara la sangre:

—Sí, dice... Dice algo de la bruja.

Sentí cómo un escalofrío recorría mi espalda. La bruja. Incluso aquí, en los aposentos reales, su sombra se extendía, alcanzando a los más vulnerables de mi familia. Las palabras de Venya resonaron en mi mente, mezclándose con las dudas que la prisionera había sembrado.

Miré de reojo a Deena, quien observaba la escena con una mezcla de curiosidad y algo que no logré descifrar. ¿Era preocupación de verdad o la máscara de alguien con secretos que ocultar?

—¿Te espero? —preguntó ella como si no importase el llanto de mi hermana.

—No. Márchate —dije secamente y de forma fría.

En ese momento, comprendí que mis problemas personales, mis dudas y mis deseos tendrían que esperar. Mi deber como rey y como hermano mayor me llamaba. La seguridad y el bienestar de mis hermanos eran lo primero.

—Vamos —dije, tomando la mano de Venya con suavidad—. Iremos a hablar con Kieran. Te prometo que no hay nada que temer.

Caminamos por los pasillos del castillo. Venya se aferraba a mi mano, su pequeño cuerpo temblando ligeramente. Llegamos a los aposentos que compartían, una habitación que siempre me sorprendía por el contraste que ofrecía con el resto del sombrío castillo.

El cuarto estaba lleno de vida: juguetes esparcidos por el suelo, libros apilados en estantes que parecían a punto de ceder bajo su peso, y pequeños caprichos que yo mismo les había regalado en mis momentos de debilidad.

Kieran estaba junto a la ventana, su silueta se encontraba recortada contra el cielo nocturno. Por un momento, me recordó a mí mismo a su edad, soñando con aventuras y responsabilidades que aún no comprendía.

—Kieran —dije suavemente, tratando de no sobresaltarlo—. ¿Qué le has dicho a tu hermana?

Él se giró, y pude ver una mezcla de emociones en su rostro: frustración, un poco de culpa, y ese destello de rebeldía que tan bien conocía.

—Nada —respondió, lanzando una mirada acusadora a Venya—. Es una mentirosa.

—¡No, no miento! —protestó Venya, temblando y con lágrimas contenidas

—. ¡Me ha dicho que ha hablado con la bruja! ¡Que la bruja le ha dicho cosas!

Sentí cómo se me helaba la sangre. La bruja. De nuevo, esa sombra se cernía sobre mi familia. Pero era imposible, ¿verdad? Todo estaba vigilado.

Kieran no podría haber llegado hasta ella. Y, sin embargo, la duda persistía.

Confiaba en mi corte, ellos no hubieran puesto a mis hermanos en peligro, no sabiendo las consecuencias. Sabiendo que Draluz estaría encantada de comer una doble ración.

—Vamos, a la cama, los dos —ordené, tratando de mantener la calma. Miré hacia la ventana, viendo cómo la nieve comenzaba a caer suavemente, como si el mundo exterior quisiera aislarlos aún más de los peligros que acechaban.

Me ocupé primero de Venya, arropándola con cuidado. Sus ojos no dejaban de seguir a Kieran, con miedo y curiosidad. Luego me acerqué a mi hermano menor, notando la tensión en sus pequeños hombros.

—¿Y esa cara? —pregunté mientras lo tapaba, intentando suavizar el ambiente—. ¿Ahora te has enfadado?

—Sí —respondió, cruzándose de brazos violentamente.

Inspiré con profundidad, preparándome para lo que sabía que vendría.

Kieran era predecible en su impaciencia, un rasgo que temía hubiera heredado de mí.

—Quiero salir al bosque —protestó, sus ojos brillaban con anhelo—.

Quiero montarme en mi dragón y salir al bosque.

Asentí, escuchándole con paciencia. Sus deseos eran tan simples y, sin embargo, tan complicados de conceder en un mundo lleno de peligros que él aún no comprendía.

—Lo harás, te lo prometo —dije, intentando infundir seguridad en mis palabras.

—¿Lo puedo hacer solo?

—Sí —respondí, sintiendo el peso de esa promesa—, pero ahora es muy tarde, ¿de acuerdo? —Me aseguré de que estuviera bien arropado, protegido del frío que se colaba por la ventana—. Lo mejor es salir a volar al amanecer, o incluso al atardecer. Y eso te lo enseñaré.

—Pero has dicho que podía ir solo... —insistió, su tono bordeó la queja.

—También —concedí, sintiendo cómo me debatía entre mi instinto de protegerlo y mi deseo de dejarlo crecer—. Habrá tiempo para todo.

Pese a su molestia, Kieran no tardó mucho en rendirse al sueño, sus pequeños párpados se cerraron pesadamente. Lo observé por un momento, maravillándome de cómo la frustración podía desvanecerse tan rápidamente en el rostro de un niño dormido.

Salí silenciosamente de la habitación, cruzándome con una doncella que entraba para encender la chimenea. «El calor sería bienvenido en esta noche fría», pensé, «recordando los inviernos de mi propia infancia».

No me sentía preparado para volver a mis aposentos, donde las dudas y preocupaciones me esperaban como viejos enemigos. En su lugar, continué por el pasillo, dejando que los sonidos familiares del castillo nocturno me envolvieran.

Al pasar frente a la habitación de Avery, las suaves notas de un arpa se filtraban por la puerta. Su música, bella y melancólica, siempre había sido su refugio, su manera de conciliar el sueño y, quizás, de escapar de las realidades de la vida en la corte. Me detuve un momento, escuchando.

Avery, tan talentosa y al mismo tiempo tan distante. A veces me encontraba sin palabras frente a ella, incapaz de tender un puente

sobre el abismo que parecía separarnos. Su rebeldía, su desacuerdo con mis decisiones y métodos de educación, eran como un recordatorio constante de mis propias dudas e inseguridades como rey y como hermano mayor.

Pero también me hacía recordar a cuando todos nos reuníamos para escucharla. Cuando nuestra madre la miraba con orgullo y le decía que la música era una forma de expresar el amor. Y diciendo aquello me miraba, como insistiéndome en que volviera a tocar yo, pero nunca le concedí ese

deseo. Porque en mi mente se grabó la absurda idea de que la música era para débiles, y los débiles nunca serían nada. Mas, yo seguía saliendo de mi habitación a escondidas para escuchar su melodía una y otra vez.

Seguí mi camino, pasando frente a las habitaciones de Torin y Cleon. El silencio que emanaba de sus cuartos indicaba que dormían plácidamente.

Una punzada de orgullo me atravesó al pensar en Cleon y sus progresos con la espada. ¿Estaba destinado a ser el guerrero que yo nunca pude ser, atado como estaba por las responsabilidades del trono?

En ese momento, el recuerdo de mi madre me golpeó con una fuerza inesperada. Casi podía verla, moviéndose silenciosamente por estos mismos pasillos, su presencia era reconfortante en la noche. Ella solía quedarse con todos nosotros hasta que nos durmiéramos, ahuyentando pesadillas con su sonrisa suave, calmando miedos con sus palabras gentiles. Era como si tuviera el poder de hacer que todo estuviera bien con solo estar presente.

El contraste con mi padre no podía ser más marcado. Siempre distante, siempre con la mente en asuntos de estado. A menudo me preguntaba qué había visto mi madre en él. ¿Qué la había impulsado a abandonar su hogar, su familia, para unirse a un hombre que

parecía incapaz de amar profundamente a nada que no fuera su reino?

La amargura de ese pensamiento me sorprendió. ¿Acaso no estaba yo siguiendo sus pasos? La idea de que el amor profundo no tenía cabida en el corazón de un rey era una lección que había aprendido bien, quizás demasiado bien. El amor no existía para mí. Tampoco lo haría en un futuro.

El recuerdo de la muerte de mi madre a manos de una bruja resurgió, trayendo consigo una mezcla de dolor y rabia. La reacción de mi padre en ese momento me había desconcertado. Su furia no parecía nacer de la pérdida de un ser amado, sino de la afrenta al poder real. «Alguien tuvo demasiado poder», le había escuchado decir en el consejo, como si la muerte de su esposa fuera secundaria a la amenaza política que representaba.

Mis pasos me llevaron hasta la ventana al final del pasillo. La nieve seguía cayendo, cubriendo el mundo exterior con un manto blanco que parecía

prometer un nuevo comienzo. Pero sabía que, bajo esa capa de pureza, los viejos conflictos y peligros seguían acechando.

Apoyé mi frente contra el frío cristal, dejando que el vaho de mi aliento empañara la ventana. Mi mente vagó hacia las habitaciones separadas de mis padres, ubicadas en alas opuestas del castillo, un reflejo físico de la frialdad que caracterizaba su matrimonio. El eco de sus discusiones silenciosas y miradas gélidas resonaba en mi memoria, un recordatorio constante de lo que el deber y la política podían hacer con el amor.

¿Era ese el destino que me esperaba? La pregunta me atormentaba, clavándose en mi pecho como una daga de hielo. ¿Estaba condenado a una unión política, desprovista de calor y afecto, con una futura esposa a la que apenas conocería? La idea me provocaba un

escalofrío que nada tenía que ver con el frío del invierno que azotaba el exterior.

Imaginé mi futuro: encuentros furtivos y distantes con una mujer que sería mi esposa solo en nombre. Nos veríamos principalmente para concebir, un acto mecánico y carente de pasión, dictado por la necesidad de un heredero.

La exhibiría como un amuleto de la suerte ante la corte y el pueblo, una sonrisa forzada en su rostro y en el mío, interpretando una farsa de felicidad conyugal.

Pero después, ¿qué? La ocultaría en las profundidades del castillo, condenándola a una vida de soledad y aislamiento. Vería cómo su felicidad se convertiría en una máscara que no podría quitarse por más que quisiera, una prisión de expectativas y apariencias. Sus ojos, alguna vez brillantes de esperanza, se apagarían gradualmente, consumidos por la realidad de su existencia.

Y cuando finalmente me diera un heredero, ni siquiera podría mostrar demasiada alegría. Después de todo, ese era su deber como esposa, ¿no?

Traer al mundo al próximo en la línea de sucesión, sin importar el costo personal. El pensamiento sobre la concepción y el nacimiento de mi futuro heredero me sumió en un torbellino de emociones contradictorias. Imaginé la noche en que tendría que cumplir con mi deber conyugal, un acto que debería ser de amor, pero que se convertiría en una obligación fría y calculada. La habitación real, con su opulencia, sería testigo silencioso de

un encuentro desprovisto de pasión, guiado únicamente por la necesidad de engendrar un sucesor al trono.

Meses después, el castillo se llenaría de una tensión expectante. Los pasillos resonarían con susurros y especulaciones sobre el estado de la reina. Cada náusea, cada mareo, sería escrutado por cortesanos

ansiosos por ser los primeros en confirmar el embarazo real. La privacidad de mi esposa se desvanecería, su cuerpo convertido en propiedad del reino, un recipiente para las esperanzas de la nación.

El día del nacimiento llegaría envuelto en un frenesí de actividad. Parteras, maestres y sirvientes correrían de un lado a otro, preparándose para el gran evento. Yo esperaría fuera de la habitación, escuchando los gritos de dolor de una mujer que apenas conocía, sintiendo una mezcla de ansiedad y culpa. Cuando finalmente el llanto del bebé rompiera el silencio, sentiría alivio, pero ¿sentiría amor?

Entraría en la habitación para encontrar a mi exhausta esposa sosteniendo a nuestro hijo aún ensangrentado. Nuestras miradas se cruzarían por un momento, compartiendo quizás el único instante de conexión en nuestra relación. Pero incluso ese momento sería efímero, rápidamente interrumpido por la entrada de consejeros reales, ansiosos por verificar la salud y el sexo del recién nacido.

Si fuera varón, el júbilo sería inmediato. Las campanas del reino repicarían, anunciando la llegada del futuro rey. Pero si fuera niña, aunque la celebración sería educada, sabría que la presión para concebir un heredero varón comenzaría de inmediato.

Y ese sería solo el comienzo. La expectativa de más hijos pesaría sobre nosotros como una sombra constante. «Un heredero y un repuesto», como solían decir en la corte. Cada año sin un nuevo embarazo traería miradas de desaprobación y rumores malintencionados. Nuestra vida marital se reduciría a un ciclo interminable de intentos de concepción, embarazos y nacimientos, cada uno menos celebrado que el anterior, pero igualmente crucial para la estabilidad del reino.

Visualicé una fila de cunas en el ala real, cada una ocupada por un niño que sería más un peón político que mi hijo. Les daría nombres grandilocuentes, cargados de significado histórico, pero ¿llegaría a conocerlos realmente?

¿Sabría de sus sueños, sus miedos, sus esperanzas?

Mis reflexiones fueron interrumpidas por una voz suave:

—Mi rey, ¿desea que le prepare algo? —preguntó Beryl, una doncella cuya presencia silenciosa siempre me sorprendía.

La miré, notando la mezcla de respeto y preocupación en sus ojos. ¿Cuánto tiempo llevaba observándome, perdido en mis pensamientos?

—No, gracias, estoy bien —respondí, forzando una sonrisa que no sentía.

Ella asintió, haciendo una reverencia antes de marcharse. Al verla alejarse, me golpeó una verdad: desde el día de mi nacimiento, cada persona en este castillo sabía que algún día yo portaría la corona. Todos estaban listos, preparados para el momento en que el peso del reino recaería sobre mis hombros.

Todos, excepto yo.

La ironía de la situación no se me escapaba. Mientras el castillo entero me miraba con orgullo, con una seguridad inquebrantable en mis capacidades, yo me sentía como un impostor. La corona, que para ellos era un símbolo de poder y autoridad, para mí era un recordatorio constante de todo lo que había perdido y de las responsabilidades abrumadoras que ahora eran mías.

Recordé el día de mi coronación, los rostros expectantes de la corte, la solemnidad del momento. Pero mientras todos celebraban el ascenso de un nuevo rey, yo solo podía pensar en que había perdido a mi padre y a mi madre. No solo al rey, sino al hombre que, a pesar de su distancia emocional, había sido una presencia constante en mi vida. Ahora estaba solo, enfrentando un mar de expectativas y deberes que amenazaban con ahogarme.

Y no era solo el reino lo que pesaba sobre mí. Estaban esos ojos, los de mis hermanos pequeños, que me miraban con una mezcla de confusión y esperanza. Niños que no comprendían por qué mamá ya no volvía a contarles cuentos antes de dormir, por qué papá ya no estaba para reprenderlos o, en sus raros momentos de afecto, para alabar sus logros.

Ahora me tocaba a mí ser todo para ellos: padre, hermano, protector y rey.



Cuando el veneno florece

Me desperté con el rostro pegado a la hoja que había comenzado a escribir, ni siquiera sabía por qué o qué estaba haciendo. El sabor amargo de la tinta se mezclaba en mi boca con la sequedad del sueño interrumpido. Froté mi mano contra la mejilla dolorida, sintiendo las marcas que el papel había dejado en mi piel. Apreté los ojos lentamente, intentando ajustarme a la tenue luz del amanecer que se filtraba por la ventana. Al mover mi cuello dolorido, un crujido me recordó que dormir sobre un escritorio no era la mejor idea, ni siquiera para un rey.

Inmediatamente, la puerta del despacho se abrió con un chirrido que resonó en mi cabeza como un tambor.

—Majestad, disculpe las molestias —dijo un guardia, tenso y con voz urgente—. Se trata de la bruja. Está exigiendo verle.

Le miré desconcertado, mi mente todavía luchaba por sacudirse los últimos vestigios del sueño. La bruja. ¿Qué podría ser tan urgente como para interrumpir la paz de la mañana? Una chispa de esperanza, mezclada con recelo, se encendió en mi pecho. ¿Acaso estaba lista para confesar? Si era así, era todo un alivio.

—¿Ha dicho algo más?

El guardia negó con la cabeza.

—No, mi señor. Solo insiste en que es urgente hablar con usted.

Me levanté, sintiendo cómo cada músculo de mi cuerpo protestaba por la noche incómoda. Estiré mi espalda, escuchando otro crujido que me hizo pensar que quizás era demasiado joven para sentirme tan viejo. Si mi madre me escuchase, ya me hubiera regañado por decir semejantes tonterías.

—Muy bien —dije, intentando que mi voz sonara firme y decidida—.

Vamos a ver qué tiene que decir nuestra... prisionera.

Caminé a pasos que intentaban ser decididos hacia el patio. Cinco guardias me rodearon, sus armaduras tintineaban suavemente, recordándome que incluso en la aparente seguridad de mi hogar, el peligro siempre acechaba.

La torre se alzaba ante nosotros, imponente y sombría. No había echado de menos subir, para qué mentir, por mí se hubiera quedado pudriéndose.

Comencé a subir la escalera de caracol, cada paso haciendo eco en el estrecho pasaje. El aire se volvía más frío y húmedo a medida que ascendíamos, como si la misma torre quisiera recordarnos la naturaleza de su prisionera.

Finalmente, llegamos a la puerta de la celda. Uno de los guardias anunció con voz solemne:

—Su Majestad está presente.

La vi entonces, tras la puerta de barrotes. Su aspecto era aún peor que la última vez; si eso era posible. Su cabello, una vez brillante y oscuro, ahora era una maraña sucia que enmarcaba un rostro pálido y demacrado. Pero sus ojos... sus ojos brillaban con una intensidad que me desconcertaba. Era como si toda la vida que faltaba en su cuerpo se hubiera concentrado en esa mirada.

—¿Dónde está? —preguntó ella. La desesperación en su tono me tomó por sorpresa.

La miré confundido, sintiendo cómo mi irritación inicial se mezclaba con una creciente inquietud. ¿Acaso había perdido la cordura en su confinamiento?

—¿Quién, bruja? —respondí, intentando que mi voz sonara firme y autoritaria.

Fue entonces cuando lo vi. Sus ojos comenzaron a cambiar, alternando entre ese azul profundo que recordaba y un blanco tan puro como la nieve recién caída. Un escalofrío recorrió mi espalda, y sentí cómo los guardias a mi alrededor se tensaban, sus manos se movieron instintivamente hacia sus armas.

—Su dragón... Su... —Se llevó la mano a la sien, como si le costara formar las palabras. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor o concentración, no podía estar seguro.

—No me hagas perder el tiempo —espeté, con irritación. ¿Qué juego estaba jugando?

—Kieran.

El nombre de mi hermano en sus labios fue como un golpe físico. Sentí cómo la sangre se me helaba en las venas. ¿Cómo sabía ella de Kieran?

¿Qué tenía que ver mi hermano pequeño en todo esto?

—No pronuncies el nombre de mi hermano, bruja insolente —gruñí, dando un paso hacia la puerta. Los barrotes parecían frágiles, insuficientes para contener la amenaza que representaba esta mujer.

Ella elevó una mano hacia mí, sus ojos se volvieron completamente blancos. Parecía estar utilizando cada gramo de su fuerza para hablar. Los guardias a mi alrededor se tensaron aún más, listos para actuar ante cualquier señal de peligro. Pero parecían demasiado asustados como para sacar hasta sus propias espadas.

—Fulgor, él... Él se ha montado en Fulgor con los primeros rayos y... —

Negué con la cabeza, intentando convencerme de que Kieran seguía durmiendo en su cama, seguro y a salvo—. Está en peligro...

Un nudo se formó en mi garganta. Quería creer que mentía, que todo era un truco. Pero la urgencia en su voz, el miedo en sus ojos... Con un gesto silencioso, ordené a uno de los guardias que fuera a verificar los aposentos de Kieran. El hombre asintió y se alejó rápidamente.

—Bruja insolente, lo que estás haciendo solo incrementará tu castigo —

amenacé, pero mi voz carecía de la convicción que intentaba proyectar. Una parte de mí empezaba a temer que sus palabras pudieran ser ciertas.

—¡En sus manos hay...! ¡Belladona! —Sus ojos se clavaron en los míos, una lucidez repentina los iluminó—. Kieran se ha envenenado en el Bosque del Viento, está junto a una planta llamada belladona.

Negué con la cabeza, aferrándome a mi incredulidad como un escudo.

—Mi hermano está durmiendo en su cama, bruja. Está tranquilamente dormido.

Ella negó, y vi en sus ojos algo que no esperaba: preocupación. No era la mirada calculadora de alguien tramando un engaño, sino el temor real de quien sabe que una vida está en peligro.

—Majestad, rey, como demonios quieras que te llame... —Su voz temblaba, la desesperación era evidente en cada palabra—. Kieran ha consumido unas bayas venenosas que lo matarán.

En ese momento, el guardia que había enviado regresó, su rostro estaba pálido y su respiración agitada.

—Mi señor —El guardia jadeó—, llevan buscando al niño desde el amanecer, y no hay rastro de él.

Confirmó mis peores temores. Sentí cómo el suelo parecía tambalearse debajo mis pies, y tuve que apoyarme en la pared para mantener el

equilibrio.

Kieran no estaba en su cama. Kieran no estaba a salvo.

El mundo a mi alrededor pareció ralentizarse, los sonidos se apagaron, y solo pude escuchar el latido frenético de mi corazón. El miedo, frío y despiadado, se apoderó de cada fibra de mi ser. ¿Cómo era posible que la bruja supiera esto? La duda y el terror luchaban en mi interior. Cada segundo que pasaba podía significar la diferencia entre la vida y la muerte de mi hermano pequeño.

Con un esfuerzo sobrehumano, logré recuperar algo de compostura. No podía permitirme el lujo de mostrar debilidad, no ahora.

—Preparen mi caballo —ordené a los guardias, sorprendiéndome de lo firme que sonaba mi voz a pesar del caos en mi interior—. Y traigan al maestro de hierbas. ¡Ahora!

Los guardias se dispersaron para cumplir mis órdenes. Me volví hacia Nefely una última vez, la amenaza murió en mis labios antes de poder pronunciarla completamente.

—Si esto es un truco, bruja, que los dioses te ayuden.

De repente, sus ojos se volvieron blancos de nuevo, un blanco antinatural que me heló la sangre. Su cuerpo se tensó y cayó al suelo con fuerza, como si una mano invisible la hubiera derribado. Su voz, cuando habló, sonaba distante y extraña.

—Tu maestre lo matará, él no sabe. Es una carga para el reino...

Sentí cómo un escalofrío recorría mi espalda. Quería ignorar sus palabras, descartarlas como los delirios de una prisionera desesperada, pero algo en su tono me impedía hacerlo.

—Mientes. Tengo a los mejores maestres del reino —respondí, más para convencerme a mí mismo que a ella—. Él le ayudará.

Ella negó con la cabeza, sus ojos aún estaban de ese blanco inquietante que parecía mirar más allá de este mundo.

—Le dará en un cuenco unas hierbas rojas... —continuó—. Pero el niño morirá antes de que el sol se termine de poner en el cielo... Su cuerpo se enterrará en el panteón familiar que hay en el jardín, junto a su madre y padre.

Cada palabra era como una puñalada. La imagen de Kieran, pálido e inmóvil, siendo enterrado junto a nuestros padres, se grabó en mi mente con una claridad brutal. El miedo que sentía se transformó en un terror visceral que amenazaba con paralizarme.

Luché contra el impulso de gritar, de negar sus palabras, de ordenar que la silenciaran. En su lugar, me obligué a mantener la compostura, aunque por dentro estaba temblando.

—A mi hermano lo salvarán —dije, en un susurro—. No te preocupes, alguien lo hará.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, la duda se instalaba en mi corazón. ¿Y si tenía razón?

Las palabras de Nefely resonaban en mi mente como un eco interminable mientras me dirigía al patio del castillo. Cada paso que daba parecía llevar el peso de mil coronas, la responsabilidad de un rey mezclada con la desesperación de un hermano. El aire frío de la mañana me golpeó el rostro, un recordatorio cruel y despiadado de cuánto tiempo había pasado Kieran ahí fuera, solo y en peligro. Con la poca nieve que había cuajado. Cada segundo que pasaba era un segundo más cerca de... No, no podía permitirme pensar en eso. Él estaba bien, debía de estarlo.

Mi caballo, un semental negro como la noche más oscura, llamado Tormenta, estaba listo en el centro del patio. Su pelaje brillaba bajo la luz del amanecer como si estuviera cubierto de estrellas, un contraste brutal con la oscuridad que amenazaba con engullirme. Nuestros ojos se encontraron por un momento, y pude ver en los suyos un reflejo de mi propia urgencia.

Monté de un salto, sintiendo cómo el poderoso animal se tensaba bajo mí, percibiendo la gravedad de la situación.

Con un grito que sonó más como un rugido y un tirón de las riendas que fue casi violento, salimos disparados hacia las puertas del castillo. El viento silbaba en mis oídos, mezclándose con el latido frenético de mi corazón, formando una cacofonía de miedo y seguridad.

Los cascos de Tormenta resonaban en el patio empedrado como truenos, un sonido que en cualquier otro día me habría llenado de orgullo, el eco del poder y la majestuosidad real. Pero hoy, cada golpe era como una cuenta regresiva, marcando los preciosos segundos que se escurrían entre mis dedos como arena. Guardias y

sirvientes se apartaban a nuestro paso. Podía sentir sus miradas clavadas en mi espalda, con preguntas silenciosas que no tenía tiempo de responder.

Atravesamos las puertas del castillo a una velocidad que en otras circunstancias habría considerado temeraria. El puente levadizo retumbó bajo los cascos de Tormenta, el sonido reverberaba en mis huesos como un presagio siniestro. Y entonces, de repente, estábamos fuera, el castillo quedó atrás como un sueño distante.

El bosque se extendía ante mí, una masa verde y amenazante que parecía burlarse de mis esfuerzos. Los árboles se alzaban como gigantes silenciosos. Sus ramas se entrelazaban formando un laberinto impenetrable.

¿Dónde estaba Kieran? ¿En qué parte de esa inmensidad verde se encontraba mi hermano pequeño? La desesperación amenazaba con ahogarme, pero la aparté con una determinación feroz. No podía fallar. No ahora. No a él.

Espoleé a Tormenta hacia el Bosque del Viento. Las palabras de Nefely resonaban en mi mente como una letanía macabra. El viento azotaba mi rostro con una furia implacable, como si la propia naturaleza intentara detenerme. Las ramas bajas arañaban mis brazos y piernas, dejando rastros de sangre que apenas notaba. El dolor físico era insignificante comparado con la agonía que sufría.

Cada fibra de mi ser estaba concentrada en un solo objetivo: encontrar a Kieran. Los recuerdos de mi hermano pequeño inundaban mi mente. Su risa contagiosa, sus ojos brillantes llenos de curiosidad, la forma en que me miraba como si yo tuviera todas las respuestas del mundo. ¿Cómo había permitido que esto sucediera? ¿Qué clase de rey, qué clase de hermano era yo?

—¡Kieran! —grité, mi voz se rompió con la fuerza de mi desesperación—.

¡Kieran, ¿dónde estás?!

Mi grito se perdió entre los árboles, engullido por la vastedad del bosque. El silencio que siguió fue ensordecedor, roto solo por el jadeo de Tormenta y el latido frenético de mi propio corazón. El bosque parecía burlarse de mí, cada sombra una falsa promesa, cada sonido un engaño cruel. Una rama crujía, y por un segundo mi corazón saltaba pensando que era Kieran, solo para hundirse de nuevo en la desesperación al darme cuenta de que era solo el viento.

Cabalgué durante lo que parecieron horas, aunque mi mente racional me decía que probablemente solo habían sido minutos. El tiempo se distorsionaba, estirado por la ansiedad y el miedo hasta volverse irreconocible. El sol se elevaba lentamente en el cielo, cada rayo de luz un recordatorio cruel del tiempo que se agotaba.

De repente, un sonido rompió la monotonía del bosque. Voces. Lejanas, apenas audibles, pero inconfundiblemente humanas. Tiré de las riendas con tanta fuerza que Tormenta se encabritó, relinchando en protesta. Nos detuvimos tan bruscamente que por un momento temí que ambos caeríamos.

Con el corazón en la garganta, agudicé el oído, intentando discernir la dirección de las voces. Cada segundo de silencio era una tortura, el miedo a haber imaginado las voces luchando contra la esperanza de haber encontrado por fin a Kieran.

Y entonces, como un regalo de los dioses, escuché el grito:

—¡Por aquí, mi señor! —La voz de un guardia, clara y fuerte, llegó desde el este.

No perdí ni un segundo. Giré a Tormenta con tanta brusquedad que el pobre animal relinchó en protesta, pero obedeció sin dudar. Galopamos hacia la voz, las ramas azotaban mi rostro, pero apenas lo sentía. El corazón me latía con tanta fuerza que temía que fuera a estallar, cada latido era un recordatorio de lo cerca que estaba de

Kieran, de lo cerca que estaba de salvarlo... o de perderlo para siempre.

Cuando finalmente llegué al claro, la escena que me encontré hizo que se me helara la sangre en las venas. El tiempo pareció detenerse, y por un momento, todo lo que pude hacer fue mirar, horrorizado e incrédulo.

Kieran yacía en el suelo, inmóvil como una muñeca de trapo abandonada.

Su pequeño cuerpo parecía aún más frágil rodeado por los guardias, que parecían gigantes a su lado. La palidez de su piel contrastaba brutalmente con el verde vibrante del bosque y la poca nieve que había alrededor, como si la vida misma se hubiera drenado de él.

A su lado, Fulgor, su joven dragón, estaba tumbado. Sus escamas, normalmente de un rojo brillante y vibrante, parecían opacas y sin vida. Sus ojos estaban entreabiertos en un estado de seminconsciencia, como si luchara por mantenerse despierto, por no abandonar a su joven jinete.

Pero lo que realmente me asustó fue lo que vi en el rostro y las manos de Kieran. Manchas de un color oscuro, casi negro, cubrían su boca y sus pequeños dedos. En ese momento, las palabras de Nefely resonaron en mi mente con una claridad aterradora: bayas venenosas. Mi estómago se revolvió, una mezcla de miedo y culpa amenazaba con ahogarme.

No recuerdo haber desmontado. Hacía tan solo un momento estaba sobre Tormenta, y al siguiente estaba corriendo hacia Kieran, mis piernas se movían por voluntad propia. Caí de rodillas a su lado, el impacto envió oleadas de dolor por mis piernas.

—¡Kieran! —grité, mi voz se rompió por miedo y desesperación.

Tomé su pequeña mano entre las mías, su piel, normalmente cálida y llena de vida, estaba fría y pálida. Podía sentir su pulso, débil y errático, cada latido era una lucha contra el veneno que corría por sus venas.

Las lágrimas nublaban mi visión, y por un momento me permití ser simplemente Aeran, el hermano mayor, no el rey. ¿Cómo había permitido que esto sucediera? ¿Por qué no había estado más atento, por qué no había previsto esto?

Pero no había tiempo para lamentaciones. Cada segundo era preciso, cada momento que pasaba era un paso más cerca de perder a Kieran para siempre. Con un esfuerzo sobrehumano, aparté mis emociones y me obligué a pensar como un rey, como un líder.

—Rápido —ordené a los guardias, mi voz recuperó algo de su fuerza habitual—, debemos llevarlo de vuelta al castillo. ¡Ahora!

Los guardias se movieron al instante, respondiendo a la urgencia en mi voz.

Con un cuidado, levantamos a Kieran. Su cuerpo parecía no pesar nada, frágil como un pajarillo caído del nido.

Lo coloqué delante de mí en la silla de Tormenta, su cuerpo estaba inerte, apoyado contra mi pecho. Podía sentir los latidos débiles de su corazón, cada uno un recordatorio doloroso de lo frágil que era su vida en ese momento, de cómo pendía de un hilo que amenazaba con romperse en cualquier instante.

Fue entonces cuando recordé a Fulgor. El joven dragón seguía tumbado, sus ojos fijos en Kieran con una devoción que me conmovió profundamente.

Recordé lo que había leído sobre el vínculo entre dragones y jinetes, cómo estaban conectados de una manera que iba más allá de lo físico.

—Traer a Fulgor —ordené, sorprendiendo a los guardias—. No los separen.

Vi la duda en sus ojos, el miedo a mover a una criatura tan poderosa y potencialmente peligrosa. Pero no había tiempo para explicaciones o dudas.

—¡Ya! —rugí, y los hombres se movieron al instante, organizándose para transportar al dragón.

El viaje de regreso al castillo fue una pesadilla borrosa. Cada sacudida del caballo me hacía temer que estuviera lastimando más a Kieran, pero sabía que la velocidad era crucial. Sostenía a mi hermano con un brazo, mientras con el otro guiaba a Tormenta a través del bosque a una velocidad que en cualquier otro momento habría considerado suicida.

El bosque pasaba a nuestro alrededor en una mancha verde y marrón, los árboles eran testigos silenciosos de nuestra carrera desesperada. El viento silbaba en mis oídos, mezclándose con el latido frenético de mi corazón y la respiración cada vez más débil de Kieran.

Cada segundo parecía estirarse eternamente, y al mismo tiempo, el tiempo volaba. Mi mente era un torbellino de pensamientos y emociones. Miedo, por Kieran; culpa, por no haberlo protegido mejor; ira, hacia mí mismo y hacia el destino cruel que nos había puesto en esta situación.

No iba a perder a Kieran. No hoy. No así.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, las torres del castillo aparecieron a la vista. Nunca antes había estado tan agradecido de ver esos muros de piedra gris. Representaban seguridad, ayuda, esperanza. Las puertas se abrieron de par en par a nuestra llegada, el patio estaba lleno de multitud, mirando al pequeño entre mis brazos.

Desmontamos rápidamente y yo mismo tomé a Kieran: nadie más iba a tocarle. Su cuerpo no reaccionaba, ni espasmos involuntarios, una carga que amenazaba con desvanecerse en cualquier momento. Podía sentir cada respiración débil, cada latido errático de su corazón, como si fueran los míos propios.

Mientras corría hacia el interior del castillo, y el sonido de Fulgor siendo transportado detrás de nosotros, una sola cosa ocupaba mi mente: salvar a mi hermano. No importaba el costo, no importaba lo que tuviera que hacer.

Salvaría a Kieran, aunque eso significara desafiar al destino mismo.

Atravesé los pasillos del castillo como una tormenta desatada. Guardias y sirvientes se apartaban a mi paso, en sus rostros había una mezcla de inseguridad y preocupación. Sus miradas pesaban sobre mí, pero en ese momento eran tan insignificantes como gotas de lluvia en un océano de miedo. Todo lo que existía, todo lo que importaba, era Kieran y la carrera desesperada por salvarlo.

El castillo, que siempre había sido mi hogar, mi fortaleza, ahora parecía un laberinto interminable de pasillos y escaleras. Cada giro, cada corredor, parecía alejarnos más de la salvación que buscaba con tanta desesperación.

—¡Preparen la habitación del príncipe! —grité—. ¡Y llamen al maestre!

¡Ahora! ¿¡Por qué no está el maestre aquí!?

Las palabras salieron de mi garganta como un rugido, cargadas de una autoridad nacida de la más pura desesperación. En ese momento no era un rey dando órdenes; era un hermano suplicando por la vida de alguien amado.

Llegué a la habitación de Kieran en lo que pareció un instante y una eternidad al mismo tiempo. La puerta se abrió de golpe ante mí, el

sonido resonó en mi pecho como un trueno.

Normalmente estaba llena de risas y juegos, de sueños infantiles y aventuras imaginarias, ahora parecía fría y amenazante. Los juguetes esparcidos por el suelo, los libros de cuentos en las estanterías, todo parecía burlarse de la gravedad de la situación. Era como si el espíritu mismo de la infancia hubiera sido drenado del lugar, dejando solo una sombra.

Con cuidado, deposité a Kieran en su cama. El colchón se hundió bajo su peso, las mantas lo envolvieron como si quisieran protegerlo de un mundo que de repente se había vuelto demasiado peligroso, demasiado real. Su pequeño cuerpo parecía aún más diminuto y vulnerable contra el vasto mar de sábanas blancas.

Me quedé mirándolo, incapaz de apartar la vista. Su rostro, normalmente lleno de vida y travesura, animado siempre por una sonrisa traviesa o una mirada curiosa, estaba pálido y quieto. Las manchas oscuras alrededor de su

boca eran como una burla cruel, un recordatorio visceral del peligro que corría. Cada respiración superficial, cada latido débil de su corazón, era una batalla contra un enemigo invisible que amenazaba con arrebatármelo.

El maestre Eldan llegó momentos después, su entrada fue marcada por el susurro de sus ropas y el tintineo de los frascos en su bolsa. Su rostro, normalmente sereno y reconfortante, era ahora una máscara de preocupación profesional, aunque estaba yendo demasiado lento, como si la vida de mi hermano pudiera esperar. Sin decir una palabra, se acercó a la cama y comenzó a examinar a Kieran. Sus ojos, su boca, sus oídos...

—¿Qué ha pasado, majestad? —preguntó, con una lentitud que me agobiaba. ¿Acaso no podía hacer las cosas de una forma más apresurada?

—Bayas venenosas —respondí, era como si al decirlo en voz alta lo hiciera más real, más terrible—. En el bosque.

Las palabras salieron de mis labios cargadas de culpa y miedo. El Bosque del Viento, un lugar que siempre había sido fuente de leyendas y advertencias, ahora se había convertido en el escenario de mi peor pesadilla.

Eldan asintió gravemente.

—Belladona, probablemente —dijo, y sentí como si esa planta fuera familiar—. Debemos actuar rápido.

La urgencia en su voz solo sirvió para aumentar mi miedo. Belladona. La muerte hermosa. ¿Cómo algo con un nombre tan poético podía ser tan mortífero? ¿Cómo unas simples bayas podían amenazar con arrebatarme a mi hermano pequeño?

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo, el sonido me sobresaltó.

Avery, Torin y Venya entraron, sus rostros estaban pálidos de miedo, sus ojos bien abiertos y llenos de una pregunta que temían hacer.

—¿Qué le pasa a Kieran? —preguntó Venya con voz temblorosa. Sus ojos, normalmente brillantes y llenos de alegría, ahora estaban nublados por el miedo y la confusión.

—¿Se va a poner bien? —Ahora fue Torin, su voz apenas fue un susurro.

Sus ojos estaban fijos en la figura inmóvil de nuestro hermano menor como si, por pura fuerza de voluntad, pudiera despertarlo.

Avery no dijo nada, pero el terror en sus ojos hablaba más fuerte que cualquier palabra. Su silencio era ensordecedor, y sentía que me estaba culpando, lo veía en sus ojos, lo veía conforme me miraba.

Por un momento, me sentí dividido, desgarrado entre dos impulsos igualmente poderosos. Una parte de mí quería consolarlos, abrazarlos y prometerles que todo estaría bien, protegerlos del miedo y la inseguridad que yo mismo sentía con tanta intensidad. Quería ser el hermano mayor que siempre había intentado ser, un pilar de fuerza y seguridad en medio de la tormenta.

Pero otra parte, la parte que llevaba la corona y el peso de la responsabilidad, sabía que no podía permitirme distracciones. Cada segundo contaba, cada momento era preciso en la lucha por la vida de Kieran. Y en ese instante, tuve que tomar una decisión que sabía que me perseguiría.

—Tenéis que salir —dije, con mi voz saliendo más dura de lo que pretendía, cargada de una autoridad que nacía del miedo y la desesperación

—. ¡Quiero que salgáis!

Vi el dolor y la confusión en sus rostros, y sentí cómo se me partía el corazón. Pero no podía ceder, no ahora.

—Pero... —comenzó Avery, fue una protesta que nunca llegó a formular completamente.

—¡Ahora! —rugí.

Vi cómo se encogían ante mi tono, el miedo en sus ojos se mezclaba ahora con dolor y la confusión. El arrepentimiento fue de inmediato. Quería retractarme, disculparme, explicarles. Pero aparté esos sentimientos, empujándolos a un rincón de mi mente. No había tiempo para eso, no cuando la vida de Kieran pendía de un hilo.

Con protesta, mis hermanos salieron de la habitación, lanzando miradas preocupadas hacia Kieran antes de que la puerta se cerrara tras ellos. El sonido al cerrarse resonó en la habitación como un presagio sombrío, separándonos no solo físicamente, sino

emocionalmente. En ese momento, sentí el peso de mi decisión, el abismo que había creado entre nosotros.

¿Podrían perdonarme alguna vez por esto? ¿Por chillarles como padre lo hacía cuando se enfadaba?

Me volví hacia el maestre Eldan, forzándome a concentrarme en la tarea en cuestión. Había comenzado a preparar sus hierbas y pociones, sus movimientos eran precisos y seguros. El tintineo de los frascos y el susurro de las hierbas al ser machacadas llenaban la habitación, una sinfonía macabra que acompañaba nuestra lucha contra la muerte.

Mis ojos se fijaron en un cuenco que contenía unas hierbas de un rojo intenso. El color me recordó a la sangre, a la vida que luchábamos por preservar. Y en ese momento, las palabras de Nefely resonaron en mi mente con una claridad aterradora: «Le darán en un cuenco unas hierbas rojas...

Pero el niño morirá antes de que el sol se termine de poner en el cielo».

El miedo me paralizó. La duda, ese enemigo traidor, se deslizó en mi mente como un veneno. ¿Y si la bruja tenía razón? ¿Y si estas hierbas, en lugar de ser la salvación de Kieran, eran su sentencia de muerte? La idea era demasiado terrible para contemplarla, y, sin embargo, no podía apartarla de mi mente.

—Espere —dije, mi mano se extendió para detenerle—. No... no use esas hierbas. No todavía.

Eldan me miró, con confusión. Sus ojos, normalmente seguros y confiados, ahora mostraban duda y preocupación.

—Pero, majestad —comenzó—, es el tratamiento estándar para el envenenamiento por belladona. Debemos actuar rápido o...

—¡He dicho que espere! —interrumpí, el pánico se filtró en mi voz como agua a través de las grietas de un puente a punto de romperse.

Vi cómo el maestre retrocedía, sorprendido por mi vehemencia. La duda en sus ojos se profundizó, mezclándose ahora con una preocupación que iba más allá de la situación médica. Podía leer la pregunta en su mirada:

¿Estaba su rey perdiendo la razón bajo la presión?

Me pasé una mano por el rostro, sintiendo la aspereza de una barba incipiente, el sudor frío que cubría mi piel. El peso de la decisión que estaba a punto de tomar me aplastaba, era una carga casi insoportable. Sabía que lo que estaba a punto de hacer podría cambiar todo, podría sacudir los cimientos mismos de nuestro reino. Frente a la posibilidad de perder a Kieran, ningún precio me parecía demasiado alto.

—Traigan a la bruja —dije finalmente, las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera reconsiderarlas. Era desesperación, estaba completamente desesperado por salvar a mi hermano.

—¿La... la prisionera, majestad? —preguntó uno de los guardias, con miedo. Podía ver el asombro en su rostro, la lucha interna entre su deber de obedecer y su instinto de cuestionar una orden que iba en contra de todo lo que habíamos creído. Me estaba contradiciendo a mí mismo, lo sabía, pero en ese momento me daba igual.

—Sí. Tráiganla aquí. Ahora.

Vi la duda en los ojos del maestre y los guardias, el miedo y la confusión mezclándose en sus rostros. Sabía lo que estaban pensando, podía leer las preguntas no formuladas en sus miradas. Su rey, el mismo que había declarado la guerra contra la brujería, ahora confiando en una bruja en lugar de en la medicina tradicional de los

hombres de la corte. Era una locura, una traición a todo lo que habíamos defendido.

Pero no me importaba. En ese momento, las tradiciones, las leyes, incluso mi propio orgullo, todo palidecía frente a la vida de Kieran. Si había la más mínima posibilidad de que Nefely pudiera salvarlo, estaba dispuesto a tomarla, sin importar el costo. Le daría lo que fuera a cambio.

Mientras los guardias salían para cumplir mi orden, me senté junto a la cama de Kieran. Tomé su pequeña mano entre las mías, sorprendido una

vez más por lo frágil que parecía. Su piel estaba fría, demasiado fría, y podía sentir cómo su respiración se volvía cada vez más débil. Cada inhalación parecía una lucha, cada latido de su corazón una batalla contra un enemigo implacable.

«Aguanta, pequeño», pensé, apretando su mano como si pudiera transferirle mi propia fuerza a través de ese contacto. «La ayuda está en camino. Solo un poco más, por favor».

Y mientras el sol continuaba su ascenso inexorable en el cielo, marcando el paso del tiempo que se nos escapaba entre los dedos, me encontré haciendo algo que nunca pensé que haría. Rezando. No a los dioses que nos habían dado la espalda, sino a una bruja en quien nunca pensé que confiaría.

«Por favor», supliqué en silencio, las palabras resonaron en mi mente con una intensidad casi dolorosa. «Por favor, sálvalo. Haré lo que sea, pagaré cualquier precio. Solo sálvalo».

La habitación se quedó en silencio, roto solo por la respiración cada vez más débil de Kieran y el latido frenético de mi propio corazón. Y en ese silencio, cargado de miedo y esperanza a partes iguales, esperamos.

Esperamos a una bruja que podría ser nuestra salvación o nuestra perdición.

Esperamos, sabiendo que cada segundo que pasaba nos acercaba más a un desenlace que podría cambiarlo todo.



El veneno y la cura

El frío de la celda se clavaba en mis huesos, pero apenas lo notaba. Toda mi atención, todo mi ser, estaba enfocado en la visión que se desplegaba ante mis ojos cerrados. Kieran, el pequeño príncipe, yacía inmóvil en una cama que parecía tragárselo. Su rostro, normalmente tan lleno de vida y curiosidad, estaba pálido y quieto. Demasiado quieto... Un niño no debería estar quieto jamás.

—No, no, no —murmuré, las palabras escaparon de mis labios como una letanía desesperada—. Por favor, pequeño dragón, resiste.

Mis manos se aferraban a los barrotes de la celda, mis nudillos se volvieron blancos por la fuerza. Quería gritar, sacudir las rejas, hacer algo, cualquier cosa, para llegar hasta él. Pero estaba atrapada, impotente, condenada a ser una espectadora silenciosa de una tragedia que se desarrollaba lejos de mí.

A través de mi don, podía sentir la lucha de Kieran. Cada respiración débil, cada latido errático de su corazón, resonaba en mi propio pecho como si fuera mío. El veneno de la belladona corría por sus

venas, un río oscuro que amenazaba con apagar la llama brillante de su vida. Porque era capaz de sentir lo que otros, tal y como ellos lo vivían. Y sentía todo su dolor, su

lucha desesperada por abrir los ojos, además de ese terror por lo que escuchaba.

De repente, el sonido de pasos firmes y metálicos rompió mi concentración.

Me incorporé de un salto, alejándome instintivamente de los barrotes. Mis músculos, entumecidos por la inmovilidad y el frío, protestaron ante el movimiento brusco. Un guardia apareció frente a mi celda.

—Las manos donde pueda verlas.

Levanté las manos lentamente, consciente de cada movimiento. No iba a hacer nada que pudiera retrasar mi salida de esta celda, no cuando la vida de Kieran pendía de un hilo cada vez más fino. Sabía que me necesitaban, lo que el maestre le iba a dar era lo que recetarías a un adulto para salvarle, pero él solo era un niño, no le daría resultado.

El sonido metálico de la llave girando en la cerradura resonó en la celda, un sonido que en otros momentos habría sido música para mis oídos. La puerta se abrió con un chirrido que hablaba de años de negligencia.

—Ven conmigo.

Extendí mis manos hacia él, ofreciéndolas para ser atadas. La gruesa cuerda se enrolló alrededor de mis muñecas con una fuerza innecesaria. Sentí cómo la áspera fibra quemaba mi piel, ya de por sí sensible por días de cautiverio.

Reprimí un quejido, recordándome que este dolor era insignificante comparado con lo que Kieran estaba sufriendo. No tenía motivo

alguno para quejarme, no me estaba muriendo. No aún.

El guardia me arrastró escaleras abajo, sus pasos pesados contrastaban con mis tropiezos. Cada escalón era un desafío para mis piernas debilitadas, pero me obligué a mantener el ritmo. No podía permitirme ser un obstáculo, no cuando cada segundo contaba.

Nada más salir de la torre, la luz del sol me golpeó. Mis ojos, acostumbrados a la penumbra de la celda, se llenaron de lágrimas involuntarias. El mundo exterior, que había sido poco más que un recuerdo

difuso durante mi encierro, ahora era una explosión de colores y sensaciones abrumadoras.

Pero no tuve tiempo de adaptarme. El guardia me empujó hacia adelante, y pronto nos encontramos dentro del castillo nuevamente. La sombra repentina fue casi tan desorientadora como la luz lo había sido momentos antes.

Avanzamos por pasillos largos y serpenteantes, cada giro llevándonos más profundo en el corazón del castillo. El suelo bajo mis pies descalzos era una diferencia brutal con el suelo áspero de mi celda. Subimos unas escaleras que parecían interminables, cada escalón un recordatorio de lo lejos que estaba de Kieran, y al mismo tiempo, de lo cerca que estaba de poder ayudarlo.

Al llegar a lo que supuse era el ala real del castillo, el pasillo se abrió ante nosotros como la boca de una cueva. Estaba lleno de vida y movimiento: doncellas que se apresuraban con sábanas y jarras de agua, guardias que vigilaban cada puerta con expresiones tensas, e incluso niños —los hermanos de Kieran, supuse— que nos miraban con una mezcla de miedo y curiosidad mal disimulada.

Sentí sus miradas clavadas en mí, con temor, desprecio y fascinación. Para ellos, yo era la bruja, la amenaza, el monstruo de sus pesadillas. Pero en ese momento no me importaba lo que pensaran de mí. Solo

había una cosa en mi mente: llegar a Kieran, salvarlo antes de que fuera demasiado tarde. De la misma forma que él me había salvado.

Mientras avanzábamos por el pasillo que parecía extenderse hasta el infinito, sentí cómo la conexión con Kieran se intensificaba. Estaba cerca, tan cerca. Podía sentir su lucha, su vida desvaneciéndose como la llama de una vela en el viento.

«Aguanta, pequeño dragón», pensé con toda la fuerza de mi voluntad.

«Estoy llegando. Solo un poco más».

Al cruzar el umbral de la habitación, el aire pareció concentrarse. Lo primero que captó mi atención fue la mirada del maestre, sus ojos se

clavaron en mí con un odio tan palpable que casi podía sentirlo en mi piel.

No era solo desprecio; era un deseo ardiente de verme fracasar, quizás incluso de verme muerta. Su presencia era como una sombra oscura en la habitación, un recordatorio constante de todo lo que estaba en juego.

Mis ojos se desviaron hacia Aeran, el rey, el hermano desesperado. Su rostro era un mapa de emociones contradictorias: duda, miedo, esperanza y, sobre todo, un dolor tan profundo que me hizo estremecer. Podía ver cuánto le había costado tomar esta decisión, cuánto estaba arriesgando al confiar en mí.

—¿Puedes ayudarle? —preguntó en cuanto me detuve.

—Puedo —respondí. No era una promesa vacía; era una declaración de intenciones, una promesa silenciosa a Kieran.

Vi cómo Aeran llevaba su mano al cinturón, sacando una daga que brilló amenazadoramente bajo la luz de las velas. Por un momento, el miedo me paralizó, pero luego sentí cómo las cuerdas que ataban mis

muñecas caían al suelo mientras no dejaba de mirarme a los ojos. La libertad repentina hizo que mis manos hormiguearan, la sangre fluía nuevamente con intensidad.

El movimiento brusco del rey provocó una reacción en cadena. Todos en la habitación, guardias y doncellas por igual, dieron un paso atrás, como si mi mera presencia fuera contagiosa. El miedo era tan obvio, era esa superstición y prejuicio que en otro momento me habría dolido. Pero ahora, sus miedos eran irrelevantes para mí; que pensaran lo que quisieran.

Con seguridad, me dirigí hacia el niño, pero de repente sentí una mano aferrándose a mi brazo con fuerza. Era Aeran, sus ojos ahora eran una tormenta de emociones contradictorias. Pero predominaba el miedo.

—Como le hagas algo... —comenzó, con una amenaza, pero no fue capaz de terminarla porque acabaría en súplica.

Me solté con un movimiento brusco, mi paciencia estaba agotándose. Le miré directamente a los ojos, negando con la cabeza. No había tiempo para

esto, para sus dudas, para su miedo.

Sin decir una palabra más, me dirigí hacia la jarra de agua. Metí mis manos, sintiendo el frío líquido contra mi piel sucia. Con meticulosidad, lavé cada dedo, cada pliegue de mis manos, consciente de que estas manos serían las que salvarían a Kieran. El agua se volvió turbia, llevándose consigo la suciedad de mi cautiverio.

Una vez limpias, me acerqué a la cama donde yacía Kieran. Su pequeño cuerpo parecía estar perdido entre las sábanas, su rostro pálido contrastaba dolorosamente con el color oscuro de las bayas venenosas alrededor de su boca. Podía sentir todas las miradas clavadas en mí. Nadie confiaba, lo sabía, pero también entendía que

estaban asustados. Aunque algunos más que otros. Ya sabía yo que los niños no eran más que una molestia en la corte, no les servían de nada teniendo a un rey. Cuando a mí, este niño me había dado la vida.

Giré su pequeño cuerpo hasta mantenerlo de lado antes de seguir para que no pudiera ahogarse. Con un movimiento suave, pero firme, introduje mis dedos en su garganta. Sentí cómo su cuerpo se tensaba, luchando contra la arcada. «Perdóname, pequeño dragón», pensé mientras provocaba el vómito. El efecto fue inmediato. Su estómago se vació, expulsando el veneno que amenazaba su vida. Toda la cama y el suelo se mancharon de bayas, chocolate y algo más. Eso significaba que iba por buen camino.

Podía salvarle, lo sabía.

—¿Tiene raíz de mandrágora? —pregunté al maestre, con rapidez.

El silencio que siguió fue ensordecedor. El maestre me miró con desprecio.

Su negativa a responder era una declaración silenciosa de su oposición a mi presencia, a mis métodos. Pero también a salvar al niño.

Frustrada, me volví hacia Aeran suspirando. El cual me miró entendiéndome.

—¡Responda! —gritó él—. ¡No se quede callado!

—Tengo, pero no...

—Bien —le corté, sin tiempo para sus dudas—. Necesito agua caliente.

Vi cómo Aeran hacía un gesto a las doncellas que se apresuraron a cumplir la orden. El movimiento en la habitación era frenético, todos se movían con una urgencia nacida del miedo y la esperanza.

—¿Camomila silvestre? —pregunté de nuevo, sin mirarle.

Su negativa fue inmediata, de nuevo.

—No voy a compartir mis...

Antes de que le volviera a chillar, con un movimiento rápido, me dirigí hacia donde guardaba sus hierbas. Mis ojos recorrieron los frascos y bolsas, buscando lo que necesitaba. Ahí estaba, la camomila silvestre, podía encontrarla con los ojos cerrados gracias a su olor.

Tomé un mortero y comencé a trabajar. La camomila se deshizo bajo mis manos, convirtiéndose en una pasta suave. El aroma llenó el aire, casi al instante.

Regresé junto a Kieran, aplicando la pasta en el interior de sus mejillas con suavidad. Observé con alivio cómo comenzaba a tragar lentamente, a salivar más de lo normal. Su cuerpo respondía instintivamente al remedio.

—Eso es, pequeño dragón —susurré solo para él—. Sigue así.

Las doncellas llegaron con el agua caliente, el vapor se elevó en el aire frío de la habitación. Con movimientos rápidos, troceé la raíz de mandrágora, añadiéndola al agua junto con un poco de polvo de raíz de valeriana. De nuevo el olor llenó la habitación, esta vez de forma más intensa, de una forma más medicinal.

Con cuidado, acerqué la taza a los labios de Kieran, inclinándola suavemente para que el líquido fluyera en su garganta. Cada trago era una victoria, cada sorbo un paso más lejos del abismo.

Mientras trabajaba, era consciente de cada mirada, de cada respiración contenida en la habitación. Pero mi mundo se había reducido a Kieran, a la

lucha por su vida que se desarrollaba bajo mis manos. Cada hierba, cada remedio, era una promesa silenciosa. «Te salvaré», pensaba con

cada movimiento. «No importa el costo, no importa lo que tenga que enfrentar después. Vivirás, pequeño dragón».

Mientras la infusión hacía su efecto, bajando la fiebre, estabilizando su pulso y limpiando los últimos restos de veneno, sentí cómo una chispa de esperanza se encendía en la habitación. Era débil, frágil como la llama de una vela en el viento, pero estaba ahí. Y me aferré a ella con toda la fuerza de mi ser, decidida a no dejarla extinguir.

Los minutos se arrastraban como horas mientras observaba atentamente a Kieran. Cada pequeño cambio en su rostro, cada movimiento sutil de su pecho al respirar, era un signo que interpretaba con ansiedad creciente. Poco a poco, el color comenzaba a volver a sus mejillas, reemplazando la palidez mortal que había dominado su rostro.

—Está funcionando —murmuré, más para mí misma que para los demás.

Sentí cómo la tensión en la habitación cambiaba, como si mis palabras hubieran roto un hechizo invisible. Aeran dio un paso adelante, sus ojos solo estaban fijos en su hermano pequeño.

—¿Estás segura? —preguntó, con miedo y sin creerme.

Asentí, sin apartar la mirada de Kieran.

—Su respiración se está estabilizando. La fiebre está bajando. Pero aún no estamos fuera de peligro. Tiene que despertar... Debe de despertar.

El maestre Eldan se acercó, con una mueca desagradable.

—Imposible —murmuró, pero pude ver la duda en sus ojos mientras examinaba a Kieran. Su ceño fruncido se profundizó.

En ese momento, como si respondiera a nuestras voces, Kieran comenzó a moverse. Sus párpados temblaron, luchando contra el

peso del sueño y el malestar. La habitación entera pareció contener la respiración.

Lentamente, como el amanecer después de la noche más oscura, los ojos de Kieran se abrieron. Por un momento, su mirada vagó por la habitación, desenfocada y confusa. Entonces, sus ojos se posaron en mí y, para sorpresa de todos, una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

—Hola, amiga —susurró, con una voz débil, pero inconfundible en el silencio de la habitación.

Sentí cómo todas las miradas se clavaban en mí, una mezcla de conmoción, confusión y, en algunos casos, sospecha. Pero, en ese momento solo existíamos Kieran y yo.

—Hola, pequeño dragón —respondí suavemente, con una sonrisa involuntaria formándose en mis labios.

Kieran intentó moverse, pero una mueca de dolor cruzó su rostro.

Instintivamente, puse mi mano sobre la suya, fue un gesto de consuelo que pareció escandalizar a algunos de los presentes como si tocarle fuera darle veneno. Una caricia no le haría daño.

—No te muevas mucho —le aconsejé—. Necesitas descansar para recuperar fuerzas.

Sus ojos, aunque cansados, brillaban con una curiosidad que ni siquiera el veneno había podido apagar.

—¿Has salido de la torre como hablamos? ¿Me enseñarás a curar como tú?

La pregunta cayó en la habitación como una piedra en un estanque, creando ondas de conmoción. Vi cómo Aeran se tensaba, su mano se movió instintivamente hacia la empuñadura de su espada.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la habitación se abrió de golpe.

Un hombre entró, su presencia llenó el espacio con una autoridad que rivalizaba con la del propio rey. El reconocimiento fue instantáneo: era Neval, el otro consejero real, su rostro tan familiar de mis visiones como si lo hubiera conocido toda mi vida. Había conocido a todos y cada uno de los importantes viendo por sus ojos y él... Él no auguraba nada bueno.

Sus ojos, afilados como dagas, recorrieron la escena con una intensidad que me hizo estremecer. Cuando su mirada se posó en mí, sentí como si el aire se congelara en mis pulmones. Había algo en esos ojos, una mezcla de triunfo y malicia, que me heló la sangre más que cualquier celda fría.

Sin decir una palabra, Neval se acercó a Aeran, sus movimientos eran fluidos y calculados como los de un depredador. Se inclinó hacia el rey, sus labios se movieron en un susurro urgente. Aunque no podía escuchar sus palabras, la tensión que se apoderó del cuerpo de Aeran y la forma en que sus ojos se entrecerraban me dijeron todo lo que necesitaba saber. Fuera lo que fuese, no era bueno para mí.

—Majestad —La voz de Neval se elevó ligeramente, lo suficiente para que todos pudiéramos oír, cada palabra cargada de una falsa preocupación que me revolvió el estómago—, esto es extremadamente peligroso. Estoy seguro de que la bruja ha manipulado la mente de su inocente hermano para envenenarse.

La acusación fue demasiado grave y todos en la habitación lo sabían, pero no dudaban de él. Sentí cómo mi mente daba vueltas, intentando procesar la absurdidad de la acusación. ¿Por qué haría algo así? La idea era tan ridícula que por un momento me quedé sin palabras.

—¡¿Qué?! —Finalmente, mi voz encontró su camino a través del nudo de incredulidad en mi garganta. Negué con la cabeza

vehementemente, sintiendo cómo el pánico comenzaba a apoderarse de mí—. ¡No, no, jamás se me ocurriría!

Neval dio un paso hacia adelante. Se volvió hacia Kieran, su voz se suavizó de una forma exagerada de gentileza.

—Príncipe, ¿conoces a la bruja? —preguntó, cada palabra fue cuidadosamente elegida.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba, latiendo tan fuerte que temía que todos en la habitación pudieran oírlo. Miré a Kieran, rogando silenciosamente que entendiera el peligro, que no dijera nada que pudiera empeorar la situación.

—Es mi amiga... —comenzó Kieran.

Neval no le dejó terminar.

—¡La bruja ha sido la culpable! —exclamó, elevando la voz con una indignación que sonaba demasiado ensayada para ser verdad—. Seguro que solo quería manipularos, alteza. No se puede confiar en una bruja. No se puede confiar en una mujer.

Miré a Kieran, estaba confuso y con miedo. El pobre niño parecía perdido, atrapado entre la confianza que había depositado en mí y las acusaciones de Neval. Su mirada iba de mí a su hermano, buscando respuestas que nadie parecía tener.

—No —dijo Kieran, temblando, pero ganando fuerza con cada palabra. Sus ojos, aún nublados por el cansancio, brillaban, como si intentase tener fuerzas—. Ella me ayudó. Me salvó.

El silencio que siguió a sus palabras fue tan pesado que casi podía tocarlo.

Vi cómo la duda cruzaba por el rostro de Aeran, una grieta en la armadura de sospecha que Neval había construido tan cuidadosamente.

Neval soltó una risa corta y sin humor.

—Eso es exactamente lo que ella quiere que creas, joven príncipe. Las brujas son maestras del engaño. Primero te envenena, luego finge salvarte.

Todo para ganarse tu confianza y la de tu hermano. Como todas las mujeres.

Sentí cómo la rabia crecía en mi interior, un fuego que amenazaba con consumirme.

—¡Eso es ridículo! —exclamé, incapaz de contenerme más—. ¿Por qué haría algo así? ¿Qué ganaría poniendo en peligro la vida de un niño inocente?

Aeran, que hasta ahora había permanecido en silencio, dio un paso adelante.

Sus ojos se movían entre Kieran, Neval y yo. Podía ver que no entendía qué

sentir o creer, que dudaba entre esa fachada real, la lucha entre el hermano preocupado y el rey desconfiado.

—Kieran —dijo finalmente, con la voz tensa, pero controlada. Se volvió hacia su hermano, sus ojos buscaron la verdad en su rostro—, ¿has hablado antes con... la bruja?

Apreté mi mandíbula con tanta fuerza que temí que mis dientes se rompieran. Estaba demasiado enfadada, era como si una bestia salvaje amenazase con salir a por todos los que me acusaban de tales crímenes.

Pero me contuve, consciente de que un solo movimiento en falso podría sellar mi destino.

Kieran me miró, con aquellos ojos llenos de duda. Por un momento, temí que el miedo lo venciera, que negara nuestra amistad, que mintiera como lo haría cualquier niño por temor a ser castigado.

—Sí, ella me llamó, pero porque somos amigos.

El aire pareció abandonar la habitación. Vi cómo el rostro de Aeran se endurecía, cómo la mano de Neval se movía hacia la empuñadura de su espada. Y entonces, en un movimiento tan rápido que apenas pude darme cuenta, Aeran desenvainó su espada y la apuntó directamente a mi garganta.

El frío del metal contra mi piel era una diferencia brutal con el calor de la rabia que aún ardía en mi interior. No me moví, no respiré, mi mundo se redujo al filo de esa espada y a los ojos de Aeran, fríos y duros como el acero.

—¡No, no! —El grito desesperado de Kieran rompió el silencio tenso. Su voz estaba llena de pánico, de súplica—. ¡No le hagas daño! ¡Por favor, Aeran, no le hagas daño, ella me escucha! ¡Ella me entiende, como mamá!

Cerré los ojos por un momento, permitiéndome un breve instante de debilidad. Pero luego los volví a abrir, encontrándome de nuevo con su mirada. No iba a mostrar miedo, no ahora. Y, al parecer, las palabras del pequeño le habían dolido.

—Me has engañado —masculló Aeran de forma baja y peligrosa.

Sentí cómo una sonrisa amarga se formaba en mis labios.

—No sería tan necia de engañar a un rey en su propio reino —respondí sin temor alguno, no había hecho nada malo, no tenía por qué temer—. Mas, si piensas que lo he hecho, adelante. Mátame. Deshazte de mí de una vez por todas.

Vi un destello de sorpresa en sus ojos, quizás respeto reluctante ante mi desafío. Por un momento, el filo de la espada tembló, estaba dudando, estaba dándole vueltas en su cabeza. Todo por creer lo que le decían de primeras sin escuchar al resto. Un necio estúpido en toda regla.

—¿Cómo puedo confiar en ti? ¿Cómo sé que no estás manipulando a mi hermano, a todos nosotros?

—Porque si quisiera haceros daño —respondí, midiendo cada palabra —, lo habría hecho ya. Tuve a Kieran en mis manos, vulnerable. Pude haberlo dejado morir. Pero lo salvé. ¿No significa eso nada? Soy la única de esta habitación que tenía intención de salvarle, el resto quería quitárselo de encima porque de nada les servía.

Aeran me miró fijamente, buscando algo en mis ojos. ¿La verdad? ¿Una señal de engaño? No estaba segura. Pero me quedaba claro que no le gustaba mucho escuchar la verdad, y más, si no le convenía en absoluto.

—Aeran, por favor —la voz de Kieran se elevó de nuevo, estaba aún muy débil—. Ella es buena. Lo sé. Lo siento. Por favor...

Vi cómo Aeran luchaba consigo mismo, su mano aún firme en la empuñadura de la espada, pero la duda estaba en sus ojos. El conflicto interno del rey era palpable, visible en cada músculo tenso de su rostro, en el ligero temblor de su mano que sostenía el arma. Sus ojos, normalmente seguros y autoritarios, ahora revelaban una tormenta de emociones: confusión, miedo, gratitud y, sobre todo, una profunda indecisión.

Neval dio un paso adelante, su presencia era oscura y amenazante como una nube de tormenta que iba a hacer daño al descargarse.

—Majestad, no podéis confiar en ella. Es demasiado peligroso. Solo mírela: da asco. Asco y pena. Haría lo que fuera, y mentir es lo mínimo.

Las palabras de Neval parecieron tener un efecto físico en Aeran. Vi cómo sus pupilas se dilataban y contraían, un baile frenético que reflejaba la batalla interna que libraba. Era como si dos fuerzas opuestas tiraran de él: el deber de un rey de proteger a su reino de amenazas mágicas, y la gratitud de un hermano cuyo ser querido acababa de ser salvado.

A pesar de la duda evidente en su mirada, Aeran no bajó la espada. El filo frío seguía presionando contra mi garganta.

—Hermano, por favor —la voz de Kieran se elevó desde la cama—. Ella es mi amiga... No le hagas daño, de verdad, es buena amiga. Quiero quedármela. Mamá hubiera querido eso...

Vi cómo Aeran giraba ligeramente la cabeza para mirar a su hermano de reojo, sin apartar completamente su atención de mí. La expresión en su rostro se suavizó por un instante, el amor fraternal luchaba contra años de prejuicios y miedos arraigados.

Tras lo que pareció una eternidad, Aeran habló, aunque fue más un gruñido:

—Que vuelva a la maldita torre —dijo, bajando lentamente la espada —. Y

esta vez, como un solo guardia esté fuera de su puesto evitando que cualquiera la vea, tendrá un problema conmigo personalmente. Draluz se encargará de castigar a quienes incumplan mis normas.

No ofrecí resistencia alguna. Extendí mis manos hacia adelante, permitiendo que los guardias me ataran con cuerdas ásperas que se clavaban en mi piel.

—Debéis darle de la infusión que he hecho el resto del día —dije, sin mirarle directamente—. Por si acaso.

Vi por el rabillo del ojo cómo Aeran se apartaba, su rostro se contorsionó en una mueca de asco puro. Era como si mi mera presencia le provocara una repulsión física. Se alejó de mí con un movimiento brusco, como si temiera que incluso el aire que yo respiraba pudiera contaminarlo. Su reacción dejaba claro que, a pesar de haber salvado a su hermano, para él yo seguía siendo una aberración, algo a erradicar.

Con pasos rápidos y tensos, Aeran se acercó a la cama de Kieran, sentándose a su lado. Su postura era protectora, como si intentara crear una barrera física entre su hermano y yo.

—No, hermano, no —protestó el pequeño—. Yo le dije que podría estar con nosotros...

Las cuerdas apretaban mis muñecas con fuerza, tanto, que comencé a sangrar por lo fina que estaba mi piel.

—Estás a salvo —dijo Aeran a Kieran, como si yo fuera una amenaza de la que acababa de librarse. Cuando realmente estaba rodeado de peligros que no era capaz de ver.

Los guardias comenzaron a empujarme fuera de la habitación, tratándome como si fuera una plaga. Mientras cruzaba el umbral, escuché el grito desgarrador de Kieran:

—¡Nefely! ¡Nefely, vuelve! ¡Mamá!

La voz de Kieran estaba débil, pero también se encontraba cargada de una emoción pura e infantil. Quizás sufría de pequeños delirios por lo que había pasado, algo muy común, pero... El sonido de mi nombre en sus labios fue como un puñal en mi corazón, retorciéndose con cada sílaba. Nunca antes mi nombre había sonado tan dulce y doloroso al mismo tiempo.

Quería girarme, luchar contra los guardias que me sujetaban, correr de vuelta al lado de Kieran. Ansiaba poder abrazarlo, consolar su

llanto, prometerle que todo estaría bien. Pero las manos de los guardias eran como grilletes de hierro, arrastrándome sin piedad lejos del único ser en este castillo que veía más allá de los prejuicios y el miedo.

—¡Nefely, por favor! —el grito desesperado de Kieran volvió a resonar, me partía el alma.

Sentí cómo las lágrimas comenzaban a formarse en mis ojos, nublando mi visión. Luché por contenerlas, negándome a mostrar debilidad frente a las bestias que me llevaban. Pero cada paso que me alejaba de Kieran era como un clavo más en mi corazón.

Pude escuchar el llanto de Kieran, mezclado con los intentos de Aeran por calmarlo. Sus voces se fueron apagando a medida que avanzábamos por el pasillo, pero el eco de sus palabras seguía resonando en mi mente.

—Suéltame, Aeran —escuché a Kieran entre sollozos—. ¡Quiero ir con ella!

—Está bien, Kieran. Estás a salvo ahora.

Había salvado la vida del príncipe, había demostrado mi valor y mi bondad, y, aun así, volvía a las sombras de mi celda.

Los guardias me arrastraban sin contemplaciones por los pasillos del castillo. Nobles y sirvientes se apartaban a nuestro paso, como si me tuvieran miedo o asco, quizás las dos cosas. Podía escuchar sus murmullos y teorías descabelladas sobre quién era yo y qué había hecho.

—Es la bruja —susurraban algunos—. Dicen que intentó matar al príncipe Kieran.

—Pero le ha salvado.

—No, tonto —respondían otros—. ¿No ves que la llevan de vuelta a la torre? Debe haber hecho algo terrible. Ha intentado matar al buen niño.

Nuestro buen niño...

Quería gritarles, explicarles la verdad, pero el nudo en mi garganta y el miedo a empeorar mi situación me mantenían en silencio. Además, ¿quién creería a una bruja por encima de su amado rey?



Veneno en el corazón

No me separé de Kieran en todo el día. Permanecí a su lado, observando cada respiración, cada movimiento, temiendo que en cualquier momento el veneno pudiera reclamar su vida. A medida que pasaban las horas, su rostro iba recuperando color, por fin volvía a tener su color saludable. Sin embargo, la mejoría física no era igual a su estado emocional.

Antes de dormirse, Kieran había estado llorando y pataleando, sacudiendo su pequeño cuerpo por una rabia que nunca antes había visto en él. Estaba frustrado, dolido y muy enfadado, más de lo que nunca le había visto.

—¡Quiero ver a Nefely! —gritaba una y otra vez, con una voz ronca por el constante lloro—. ¡Prometiste que podría quedarse!

Cada vez que pronunciaba el nombre de la bruja, me enfurecía, no soportaba escucharlo. ¿Qué le había hecho a mi hermano pequeño? ¿Qué tipo de hechizo había usado para ganarse su confianza de esa manera?

—Kieran, por favor, intenta entender. Esa mujer es peligrosa. No puedes confiar en ella.

Pero mis palabras solo parecían irritarlo más. Su mirada reflejaba una profunda decepción, al tiempo que me desafiaba con los ojos, como si mis opiniones carecieran por completo de valor.

—¡Tú no lo entiendes! —gritó, golpeando la almohada con sus pequeños puños—. ¡Ella es mi amiga! ¡Me salvó!

—Te salvó del veneno que ella misma te hizo tomar.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Vi cómo el rostro de Kieran se contraía de dolor, como si lo hubiera golpeado físicamente.

—¡Mientes! —sollozó—. Nefely nunca me haría daño. Eres... eres cruel, Aeran. ¡Te odio!

Nunca, en todos sus años de vida, Kieran me había dicho algo así. Sentí cómo el mundo se tambaleaba bajo mis pies. ¿Realmente me merecía aquello? Solo intentaba protegerle.

No comprendía bien qué era lo que la bruja le había hecho, pero estaba seguro de que todo era culpa suya. Había embrujado a mi hermano, había plantado ideas en su cabeza inocente, había envenenado no solo su cuerpo, sino también su mente.

Mientras Kieran finalmente caía en un sueño intranquilo, agotado por el llanto y el malestar, me quedé sentado a su lado, observando su rostro.

¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo podía proteger a mi hermano de una amenaza que él no podía ver?

Mis ojos se posaron en sus manos, ahora limpias de las bayas que casi le costaron la vida. ¿Cómo se le ocurrió salir con su dragón? La pregunta se repetía en mi mente, mezclándose con una culpa que amenazaba con ahogarme. ¿Cómo es que nadie se dio cuenta? Yo, que había jurado protegerlo, que había prometido a nuestros padres cuidar de él, había fallado de la manera más evidente.

Los «y si» se agolpaban en mi mente, cada uno más aterrador que el anterior. Podía haberle pasado algo mucho más grave, podía haberse caído

de las alturas, podía haberse perdido en el bosque sin que nadie lo supiera.

La imagen de Kieran, solo y asustado, enfrentándose a peligros que ni siquiera podía imaginar, me atormentaba.

Las horas pasaron con una lentitud agónica. Cada respiración de Kieran, cada pequeño movimiento, captaba mi atención inmediata. Parte de mí temía que, si apartaba la mirada, aunque fuera por un segundo, él desaparecería.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Kieran comenzó a despertar. Sus párpados temblaron antes de abrirse completamente, revelando esos ojos verdes que tanto me recordaban a nuestra madre. Por un instante, nuestras miradas se encontraron, y vi en ellos un destello de reconocimiento y alivio. Pero casi de inmediato, su mirada comenzó a vagar por la habitación, buscando algo... o a alguien.

Sentó cómo el corazón se me encogía. Incluso ahora, después de todo lo ocurrido, seguía buscando a la bruja. Era un niño muy cabezota, rasgo que en cualquier otra circunstancia me habría llenado

de orgullo, e incluso me hubiera reído. Pero ahora, esa testarudez solo me llenaba de miedos.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté, esforzándome por mantener un tono suave y calmado. Mi mano se movió casi por voluntad propia, acariciando sus mechones desordenados, un gesto que solía calmarlo cuando era más pequeño.

Kieran asintió lentamente, pero pude ver cómo sus ojos se le llenaban de lágrimas. Verlo así, tan vulnerable y asustado, hizo que mi corazón se partiera un poco más.

—Lo siento —farfulló. Esas dos palabras, cargadas de culpa y miedo, fueron suficientes para romper cualquier resquicio de enfado que pudiera haber guardado. Lo abracé con fuerza, sintiendo cómo su pequeño cuerpo temblaba ligeramente—. No quise desobedecerte.

Fruncí el ceño, confundido por sus palabras.

—¿Desobedecerme? —Me separé un poco para poder mirarlo a los ojos.

—Dijiste que podía hacerlo solo y... —Hizo una pausa, mientras se mordía el labio inferior en un gesto que me recordó dolorosamente a cuando era más pequeño y temía ser regañado—. Y no te esperé, pero no quería molestarte, siempre estás muy ocupado.

La culpa que había estado sintiendo se multiplicó por mil. ¿Cuántas veces lo había dejado de lado? ¿En serio estaba demasiado ocupado con asuntos del reino para no prestarle la atención que merecía? ¿Cuántas promesas había roto, cuántas veces lo había decepcionado sin siquiera darme cuenta?

—¿Volaste con Fulgor? —pregunté, intentando mantenerme calmado.

Necesitaba saber exactamente qué había pasado, cómo había llegado mi hermano pequeño a esa situación tan peligrosa. Qué se le había

pasado por la cabeza al hacerlo.

—Sí, pero no mucho. Me asusté y aterrizamos en el bosque. Te prometo que no fuimos muy alto.

Sus palabras me aliviaron un poco. Al menos no había estado volando a gran altura, el riesgo de una caída fatal había sido menor de lo que temía.

—De acuerdo —dije, asintiendo lentamente.

—Y encontré las bayas que mamá comía de las tartas. Quise comer algunas, como ella. ¿No te acuerdas de que os peleabais por comerlas? Eran sus favoritas.

El nudo en mi garganta se apretó aún más. Los recuerdos de nuestra madre, de esos momentos felices que parecían pertenecer a otra vida, a otro mundo... Recordé su risa, el brillo en sus ojos cuando mordía una de esas bayas, la forma en que regañaba juguetonamente a nuestro padre cuando intentaba robar una antes de que el pastel estuviera listo.

—No son las mismas bayas, Kieran —dije, intentando que no se diera cuenta de lo tenso que estaba—. Esas eran venenosas. —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas para explicarle la gravedad de la situación sin aterrorizarlo—. Por eso debes conocer todo antes de salir, porque puedes ponerte en un peligro demasiado grande.

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa y confusión. La inocencia en su mirada me partía el corazón. ¿Cómo podía protegerlo sin destruir esa pureza, esa capacidad de ver lo bueno en todo?

—Pero Nefely no ha hecho nada, te lo prometo —insistió Kieran—. Ella es mi amiga...

El nombre de la bruja en sus labios me provocó un escalofrío. Carraspeé, incómodo, lanzando una mirada furtiva a los guardias

quietos en la puerta.

Su presencia, normalmente reconfortante, ahora me parecía una intrusión en este momento íntimo con mi hermano.

—Ella es una bruja... —comencé, pero las palabras sonaron débiles incluso a mis propios oídos.

—Pero no todas las brujas son malas —replicó Kieran con una lógica que me dejó momentáneamente sin palabras.

—Kieran... —intenté, pero él me interrumpió.

—¿Qué? Papá decía que todas eran malas, pero no conocía a todas, ¿cómo puedes afirmar que todas son malvadas si no las conoces? Mamá no estaba de acuerdo con papá.

Una parte de mí, esa parte que siempre había cuestionado en silencio las enseñanzas de nuestro padre, se retorcía de rabia y frustración. Kieran, en su inocencia, había puesto el dedo en la llaga de una verdad que yo mismo había intentado ignorar durante años. ¿Cómo podíamos juzgar a un grupo entero basándonos en el miedo y los prejuicios?

Pero otra parte, la del hermano mayor, el protector, el rey que debía velar por la seguridad de su pueblo, se negaba a ceder. El mundo no era blanco o negro, lo sabía, pero ¿cómo explicarle eso a un niño? ¿Cómo hacerle entender los matices y peligros de confiar ciegamente en alguien que apenas conocía?

—No puedo, es peligroso —dije con dificultad—. No sabemos de dónde viene, ni nada de ella... ¿Lo comprendes?

Vi cómo Kieran asentía lentamente, pero la chispa de rebeldía en sus ojos me dejó claro que, aunque aceptaba mis palabras, no las comprendía realmente. La frustración y la decepción se dibujaban en cada línea de su rostro, y sentí cómo un peso se instalaba en mi

pecho. Había fallado en conectar con él, en hacerle entender mis razones.

—Sigue descansando, ¿de acuerdo? Volveré dentro de un rato para ver cómo estás.

No obtuve respuesta. Kieran se dio la vuelta, dándome la espalda en un gesto que hablaba más que mil palabras. Su silencio era ensordecedor, cargado de una decepción que me dolía más que cualquier reproche verbal.

Me levanté de la cama dejándole espacio. Los guardias, siempre atentos, me abrieron la puerta sin decir palabra.

Dejé que la doncella y la nodriza entraran para atender a Kieran, agradecido por su presencia. Tal vez ellas, con su toque maternal, podrían proporcionar el consuelo que yo había sido incapaz de dar. Fue entonces cuando mis ojos se posaron en Avery, de pie en el pasillo. Como un fantasma acechando.

Su presencia me sorprendió demasiado. Avery, que siempre era tan independiente, tan distante, ahora estaba aquí, con mucha preocupación. Su cabello, normalmente recogido en elaborados peinados, caía suelto por su espalda. El color, ese castaño claro que tanto me recordaba a nuestra madre, brillaba tenuemente bajo la luz de las antorchas. Verla así, con el pelo suelto y la mirada preocupada, me recordó dolorosamente a la niña que solía ser, antes de que las responsabilidades y los desacuerdos crearan una brecha entre nosotros. Pero también a mi madre, se parecían tanto, que juraba que era su fantasma que venía a echarme las cosas en cara. Que venía a reprenderme y odiarme por haber descuidado a sus hijos.

—¿Cómo está? —No se acercó, mantenía esa distancia física que parecía reflejar la distancia emocional que nos separaba.

—Bien, está bien. —Las palabras sonaron huecas incluso a mis propios oídos.

—¿Le ha salvado? —La pregunta de Avery fue directa, sin rodeos, típico de ella.

Me quedé paralizado por un momento, sin saber cómo responder. ¿Cómo explicarle la complejidad de la situación? ¿Cómo decirle que sí, la bruja había salvado a Kieran, pero que también sospechaba que ella misma lo había puesto en peligro?

Había sido un hermano nefasto, un rey inadecuado. Mis propios guardias me habían desobedecido, poniendo potencialmente en peligro no solo a Kieran, sino a todos mis hermanos.

—Se pondrá bien —dije finalmente, optando por una verdad a medias —.

Solo está un poco frustrado.

Avery me miró fijamente, sus ojos escudriñaron mi rostro como si buscara las respuestas que no me atrevía a dar. Hablar con ella siempre había sido complicado. Su mirada parecía juzgar cada palabra, cada gesto, como si constantemente me estuviera poniendo a prueba para encontrarme cualquier defecto y echármelo en cara.

Incapaz de soportar ese escrutinio por más tiempo, me di la vuelta, dispuesto a refugiarme en mi despacho. Pero su voz, me detuvo en seco.

—Llevas prometiéndole montar a Fulgor desde hace meses —me recordó

—. Kieran es impaciente, ¿de verdad creías que no lo iba a intentar?

Me giré para mirarla, sintiendo cómo debía de defenderme instintivamente.

Estaba echándome la culpa, y lo peor era que una parte de mí sabía que tenía razón.

—Avery... —comencé, pero ella me interrumpió.

—¿Qué? ¿Tú también vas a incumplir las promesas como padre?

Era un golpe bajo, y ella lo sabía. La relación entre Avery y nuestro padre siempre había sido tensa, llena de discusiones y desacuerdos. Él la regañaba

constantemente, limitando su libertad de una manera que ahora, con la perspectiva que da el tiempo, me daba cuenta de cuán injusta había sido.

Recordé las innumerables veces que había visto a Avery asentir sumisamente frente a nuestro padre, solo para luego rebelarse en silencio.

Yo había sido testigo de su frustración, de su dolor, pero ¿qué había hecho realmente para ayudarla? Nada.

—No soy como él, Avery. Estoy intentando hacer lo mejor para todos.

—¿Lo mejor? —replicó ella, con una risa amarga escapando de sus labios

—. ¿Es lo mejor mantener a Kieran encerrado y negarle la libertad de volar? ¿Es lo mejor juzgar a alguien sin conocerla, solo porque es diferente?

Sus palabras me dejaron sin respuesta. Estaba repitiendo los errores de nuestro padre, dejando que el miedo y los prejuicios guiaran mis decisiones.

—Tienes razón —admití finalmente con dificultad—. He cometido errores.

Pero estoy intentando aprender, Avery. Estoy intentando ser mejor.

Vi cómo la sorpresa cruzaba el rostro de Avery, reemplazando momentáneamente la ira. Sus ojos se abrieron de par en par, revelando una vulnerabilidad que rara vez dejaba ver. No esperaba esta admisión de mi parte, esta muestra de debilidad que tanto me había costado expresar. Por un instante, vi a la hermana pequeña que solía correr a mis brazos en busca de consuelo.

—Entonces demuéstralo —dijo, con su voz más suave ahora, pero aún cargada de desafío que me recordaba dolorosamente a nuestro padre—.

Demuestra que eres diferente. Escucha a Kieran, cumple tus promesas.

Quería decirle que lo entendía, que haría todo lo posible por ser mejor, por ser el hermano que todos merecían. Pero las viejas excusas, tan arraigadas en mí como las raíces de un árbol, salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas.

—Tengo muchas responsabilidades y...

No pude terminar la frase. Una sonrisa amarga, tan fuera de lugar en el rostro joven de Avery, me cortó en seco. Era una expresión que había visto demasiadas veces en el rostro de nuestra madre, en aquellos últimos días antes de que la perdiéramos. Antes de que pudiera decir nada más, Avery se dio la vuelta, sus hombros estaban tensos bajo el peso de una decepción que yo mismo había colocado allí.

—La misma respuesta que padre —dijo por encima del hombro—. Aunque menos mal que ahora no tienes una mujer a la que amargar.

Sus palabras fueron como un puñal, directo y certero. Apreté la mandíbula y los labios, luchando contra el impulso de responder, de defenderme. Pero

¿qué podía decir? En el fondo, sabía que tenía razón. Estaba repitiendo los errores de nuestro padre, escondiéndome detrás de mis responsabilidades en lugar de enfrentar los problemas reales.

La dejé marchar, su figura se alejó por el pasillo como un recordatorio silencioso de todos mis fracasos. No estaba de humor para discutir, no tenía la energía para enfrentarme a las verdades que Avery había expuesto tan crudamente.

Con el corazón pesado y la mente turbulenta, continué mi camino por los pasillos del castillo. Mis pasos me llevaron, casi sin darme cuenta, hacia la ventana que daba al patio de entrenamiento de abajo. El sonido familiar del metal contra metal llegó a mis oídos antes de que la escena se desplegara ante mis ojos.

Allí, en el centro del patio, estaba Cleon. Mi hermano, tan joven y ya tan determinado, blandía una espada sin punta ni filo que parecía demasiado grande para su cuerpo adolescente. Su rostro estaba cubierto de sudor, brillando bajo el sol de la tarde. Sus movimientos reflejaban una gracia innata, a la vez que denotaban un poder impresionante. Al observarlo, resultaba evidente que ya no era aquel niño que me seguía constantemente suplicando que le enseñara a luchar.

Su entrenador, un veterano de incontables batallas, no le daba tregua. La espada del hombre golpeaba la armadura de Cleon con una precisión brutal, obligándolo a esquivar y contraatacar en un baile mortal. Para mi sorpresa y

orgullo, Cleon no solo resistía, sino que parecía prosperar bajo la presión.

Cada golpe esquivado, cada estocada bloqueada, era un testimonio de su habilidad creciente.

Desde luego, se le daba de maravilla. En ese instante, sentí una punzada de envidia. No obstante, no pude evitar admirar su destreza.

Cleon siempre había sido el guerrero natural, el hijo que nuestro padre había deseado que yo fuera. Para qué mentir, él siempre fue su hijo favorito.

Mientras observaba, no pude evitar pensar en el futuro que se avecinaba para Cleon. Qued me había informado recientemente sobre las propuestas de dos de las seis casas del reino. Querían que Cleon se casara con alguna de sus hijas, forjando así alianzas que fortalecerían nuestra posición en un momento de creciente tensión.

La idea de arrastrar a Cleon a los juegos políticos del matrimonio me revolvía el estómago. Recordé mi propia experiencia, las interminables presentaciones de candidatas, la presión constante para elegir una esposa que fortaleciera el reino. ¿Cómo podía someter a mi hermano a eso? ¿Cómo podía robarle la oportunidad de encontrar el amor por sí mismo, de vivir su juventud sin el peso de una alianza política sobre sus hombros?

Y, sin embargo, ¿tenía elección? El reino necesitaba estabilidad, necesitaba aliados fuertes en estos tiempos inciertos. La amenaza de Gélidia seguía acechando en nuestras fronteras, y cada día que pasaba sin una respuesta clara de nuestra parte era un día que nuestros enemigos ganaban fuerza.

Mientras Cleon continuaba su entrenamiento, ajeno a mi presencia y a los pensamientos que me atormentaban, me encontré en una encrucijada familiar. ¿Cómo equilibrar las necesidades del reino con las de mi familia?

¿Cómo ser un buen rey y hermano al mismo tiempo?

Las palabras de Avery resonaban en mi mente, mezclándose con los recuerdos de nuestro padre y las expectativas de un reino entero.

«Demuestra que eres diferente», había dicho ella. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía romper el ciclo de decisiones difíciles y promesas rotas que parecía ser el legado de nuestra familia?

Con un suspiro pesado, me alejé de la ventana. Tenía mucho en qué pensar, muchas decisiones que tomar. Por ahora, dejaría que Cleon disfrutara de este momento de libertad, de esta oportunidad de ser simplemente un joven aprendiendo a defenderse.



Sueños de un rey encadenado

La luz inundaba mi habitación, una claridad cegadora que emanaba de las propias paredes. Parpadeé varias veces, intentando orientarme en este espacio que me resultaba a la vez familiar y extraño. El aire estaba cargado de un aroma dulce y embriagador, como flores silvestres después de la lluvia.

Fue entonces cuando la vi.

Sentada frente al tocador de madera oscura, una figura femenina se peinaba con movimientos lentos. Su cabello, largo y ondulado, caía como una cascada de noche sobre su espalda. El color oscuro, entre castaño profundo y negro azabache, contrastaba vívidamente con la luz que entraba por la ventana, creando reflejos que hipnotizaban mi mirada.

No podía ver su rostro, solo su silueta recortada contra la luz. Sin embargo, había algo en ella que me resultaba inquietantemente familiar. Un eco de un recuerdo que no lograba alcanzar.

—¿Quién eres? —pregunté, mi voz sonaba extraña en mis propios oídos, como si estuviera hablando bajo el agua.

Ella no respondió. Siguió peinando su cabello con una calma. Cada pasada del cepillo parecía un latido, marcando un ritmo que resonaba en mi interior.

Intenté moverme hacia ella, pero mis pies parecían anclados al suelo. La frustración creció en mi interior, mezclándose con una curiosidad que me quemaba por dentro.

—¿Qué haces aquí? —insistí.

La figura se detuvo por un momento. Vi cómo sus hombros se tensaban ligeramente, como si estuviera a punto de girarse. Mi corazón dio un vuelco, esperando el momento en que finalmente vería su rostro.

Pero entonces, con un movimiento fluido, volvió a su tarea, ignorando mi presencia por completo.

La impaciencia me invadió. Ahí estaba yo, en mi propia habitación, incapaz de moverme, incapaz de obtener respuestas. La situación me recordaba dolorosamente a mis fracasos como rey, a mi incapacidad para controlar las cosas incluso en mi propio dominio.

—¡Mírame! —grité. El eco de mis palabras rebotó en las paredes de la habitación, distorsionándose hasta convertirse en un sonido irreconocible.

Entonces la escuché reír, una risa musical y cristalina que me resultó dolorosamente familiar. Era como si cada nota de su risa despertara recuerdos enterrados en lo más profundo de mi ser, recuerdos que no sabía que poseía.

—Oh, cálmate, rey dragón —musitó ella, la bruja, con un tono cargado de diversión que se acercaba a la burla—. Solo es un sueño,

aunque uno del que no podrás escapar tan fácilmente.

Era un sueño, me repetí a mí mismo. Tenía que serlo. Cerré los ojos con fuerza, esperando despertar en mi cama, rodeado de la reconfortante realidad de mi habitación. Pero aún con los párpados cerrados, podía sentir

el brillo intenso filtrándose, como si la luz tuviera vida propia y se empeñara en alcanzarme.

—¿Qué demonios me está pasando? —murmuré, más para mí que para ella, sintiendo cómo el pánico comenzaba a enraizar en mi pecho.

—La verdad, dudé en si hacerlo al principio —continuó ella, su voz ahora estaba más cercana, como si se hubiera movido sin que yo lo notara—.

Encerrar a alguien en su propio sueño es... bueno, impotente. —Hizo una pausa, y pude sentir el peso de su mirada sobre mí—. Igual que estar encerrada en una torre, ¿sabes? Porque en ambas opciones, no puedes hacer nada por tu cuenta para liberarte.

Su voz era demasiado real, demasiado tangible para ser parte de un simple sueño. Cada palabra parecía tener peso, sustancia, como si pudiera alcanzarla y tocarla si extendiera la mano.

Abrí los ojos, incapaz de resistir por más tiempo la curiosidad que me consumía. La vi elevar la cabeza, y nuestras miradas se encontraron en el reflejo del espejo. Sus ojos, de un azul tan profundo como el océano en una noche de tormenta, me provocaron un escalofrío que recorrió mi espina dorsal. Era como mirar directamente a un abismo, uno que amenazaba con tragarme por completo. Nunca había conocido nada que me produjera semejante sensación.

—No —musité, negando con la cabeza como si el gesto pudiera borrar la realidad que se desplegaba ante mí—. Esto es solo un

sueño. Tiene que serlo.

Ella dejó el cepillo en el tocador con un movimiento deliberadamente lento, casi teatral. Fue entonces cuando pude observarla realmente. Estaba limpia, sin rastro de la suciedad y el desaliño que la habían caracterizado en nuestra última confrontación. Su piel brillaba con un resplandor sobrenatural, y su cabello caía en ondas perfectas sobre sus hombros. Todo en ella parecía etéreo, como si no perteneciera a este mundo.

—Un sueño, sí. —Jugaba con una sonrisa enigmática en sus labios, como si guardara un secreto que yo ansiaba desesperadamente conocer—. Pero uno

que durará hasta que yo decida que despiertes. Después de todo, ¿no es eso lo que has hecho conmigo? Mantenerme en un sueño interminable de piedra y hierro.

Se giró para enfrentarme directamente, apoyando sus manos en los muslos en un gesto que parecía a la vez desafiante y relajado. La tela de su vestido, de un azul profundo que combinaba con sus ojos, se arrugó bajo sus dedos.

Su mirada se clavó en la mía, y sentí como si pudiera ver a través de mí, como si cada capa de mi ser fuera transparente para ella. Era como si conociera cada uno de mis secretos, cada uno de mis miedos, incluso aquellos que yo mismo me negaba a reconocer.

Negué con la cabeza, un gesto instintivo de negación ante lo imposible que estaba presenciando. Fue entonces cuando ella se levantó de una forma ágil, no como en su celda. Retrocedí instintivamente. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, como si reconociera un peligro que mi consciencia aún se negaba a aceptar.

Una sonrisa, en la que no pude evitar fijarme, se formó en sus labios. No era una sonrisa de diversión o triunfo, sino una cargada de una tristeza que parecían fuera de lugar. Siguió acercándose a paso muy

lento, cada movimiento deliberado y fluido, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Los latidos de mi corazón se aceleraron con cada paso que daba, hasta que estuvo frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor emanando de su cuerpo.

Seguí creyendo firmemente que era un sueño, que el estrés de los últimos días me estaba jugando una mala pasada, una pesadilla particularmente vívida. Me repetía estas palabras una y otra vez, un escudo contra la realidad que amenazaba con desmoronarse a mi alrededor.

Fue entonces cuando ella levantó la mano, extendió sus dedos hacia mi rostro. En un acto reflejo, la detuve en el aire, agarrándola por la muñeca con más fuerza de la necesaria. Y fue en ese momento cuando mi mundo se tambaleó. Su tacto... Su tacto era real. Podía sentir el pulso bajo mis dedos, la calidez de su piel, la textura suave que contradecía la dureza de su existencia en la celda.

—Lo ves, es solo un sueño —musitó ella mirándome. Sus ojos brillaban con un intenso desafío, pero también ocultaban algo más, una emoción profunda que no logré descifrar—. ¿Tanto miedo tienes que te toque en un sueño?

Su voz era suave, casi compasiva, y eso me desconcertó aún más. No mostraba miedo alguno, a pesar de que mi agarre debía de ser doloroso. Yo, por mi parte, ni siquiera estaba entendiendo qué pasaba. Todo lo que creía saber, todo lo que daba por sentado, parecía desmoronarse con cada segundo que pasaba en su presencia.

Solté su muñeca, consciente de repente de la marca rojiza que había dejado en su piel pálida. Una oleada de culpa me atravesó, mezclándose con la confusión y el miedo que ya bullían en mi interior. Ella no se separó de mí, manteniéndose tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, su respiración suave y rítmica era lo más

desconcertante de todo, creí poder sentir los extraños latidos de su corazón.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, negando con la cabeza, dándome cuenta de que la experiencia ya no me parecía tan onírica.

Se alejó de mí con un movimiento fluido, como si flotara más que caminar, y comenzó a moverse por mi habitación. Sus ojos recorrían cada detalle, cada objeto, como si estuviera memorizando cada aspecto de mi vida privada.

—Lo haré hasta que decidas qué hacer conmigo —respondió—. Si matarme, o dejarme ir. Porque este limbo en el que me mantienes, ni viva ni muerta, ni libre ni condenada, es una crueldad mayor que cualquier sentencia que puedas pronunciar.

—Jamás te dejaré ir —escupí las palabras con rabia.

La idea de liberarla, de permitir que su poder y su influencia se extendieran más allá de los muros del castillo, me aterrorizaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Se detuvo y me miró sin miedo, sus ojos azules brillaban con una intensidad que me dejó sin aliento. En ellos vi desafío, sí, pero también una profunda tristeza, una resignación que me desconcertó.

—Pues mátame —dijo simplemente, como si estuviera discutiendo sobre el clima y no su propia vida.

—Confiesa —exigí. Necesitaba respuestas, necesitaba entender qué estaba pasando, quién era ella realmente y qué pretendía.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—Ya he confesado todo lo que debía confesar, rey dragón —respondió—.

Aunque, sabiendo que vive rodeado de mentiras, supongo que no estará acostumbrado a escuchar la verdad. Es más fácil creer en las mentiras cómodas que enfrentar una verdad incómoda, ¿no es así?

Sus palabras removiendo dudas y miedos que había intentado enterrar en lo más profundo de mi ser. ¿Cuántas veces había ignorado mis instintos, confiando ciegamente en las palabras de mis consejeros? ¿Cuántas decisiones había tomado basándome en información que, ahora me daba cuenta, podría no ser del todo cierta?

—¿Qué verdad? ¿Qué es lo que crees que no estoy viendo?

Ella se acercó de nuevo, sus pasos eran silenciosos. Se detuvo a un brazo de distancia, con sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento.

—La verdad, mi querido rey, es que tu reino se desmorona bajo tus pies.

Tus consejeros conspiran a tus espaldas, tus aliados dudan de tu fuerza, y tus enemigos aguardan el momento oportuno para atacar. Por no hablar de la dama que dice quererte, pero solo quiere algo que vender. Y mientras tanto, tú te aferras a viejos prejuicios y miedos infundados, persiguiendo fantasmas mientras ignoras las verdaderas amenazas que acechan en las sombras.

Cada palabra era como una puñalada, penetrando las defensas que había construido a lo largo de los años. Quería negarlas, quería gritarle que mentía, que todo lo que decía era una artimaña para confundirme.

Se acercó de nuevo a mí, esta vez con una lentitud meditada que me dejó paralizado. Mis músculos se tensaron, preparados para una amenaza que mi mente no lograba definir. ¿Era ella el peligro, o lo eran las verdades que traía consigo?

Vi cómo se acercaba más, cada paso acortando la distancia entre nosotros hasta que pude sentir el calor emanando de su cuerpo. Su presencia era abrumadora. Emanaba un aura de poder que contrastaba con cierta fragilidad subyacente, una combinación que me desconcertaba. Sus ojos, esos pozos de azul profundo, me miraban con una intensidad que me robaba el aliento.

Sus labios rozaron mi mejilla, un toque tan ligero como el aleteo de una mariposa, pero que provocó un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. No quise admitirlo, pero fue placer, una sensación eléctrica que despertó partes de mí que creía dormidas. La vergüenza y el deseo luchaban en mi interior, era una batalla silenciosa que amenazaba con desgarrarme.

Se detuvo en mi oreja, su aliento cálido acarició mi piel. Podía sentir el latido de su corazón, o tal vez era el mío propio, resonando en mis oídos como un tambor de guerra. El tiempo pareció detenerse, cada segundo estirándose hasta el infinito mientras esperaba, tenso, sus siguientes palabras.

—Despierta —susurró, con una conjunción entre orden y súplica que penetró hasta lo más profundo de mi ser.

En aquel momento, la realidad se fragmentó. El sueño, si es que alguna vez lo fue, se desvaneció como la niebla bajo el sol de la mañana. Desperté de un sobresalto, mi corazón latía con tanta fuerza que temí que fuera a estallar en mi pecho. El sudor empapaba mi cuerpo, las sábanas se adherían a mi piel. La almohada, húmeda por mi sudor y quizás por lágrimas que no recordaba haber derramado, era un testimonio silencioso de la intensidad de la experiencia.

Me incorporé, jadeando, intentando orientarme en la familiaridad de mi habitación. Pero todo parecía diferente ahora, como si el sueño hubiera alterado la realidad misma. Las sombras parecían más profundas, los contornos de los muebles más afilados. O tal vez era yo quien había cambiado.

Una rabia e impotencia que apenas podía contener se apoderó de mí.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo osaba esta bruja invadir no solo mi reino, sino también mi mente, mis sueños más privados?

Me levanté de un salto, ignorando el temblor en mis piernas. Comencé a vestirme con movimientos bruscos y apresurados, sin preocuparme por la elegancia o el decoro. Cada prenda que me ponía era una armadura, una protección contra las verdades incómodas que amenazaban con derribar todo lo que creía saber.

Mientras me ajustaba el cinturón, mi mente ya estaba trazando el camino hacia la torre. La furia corría por mis venas como fuego líquido. Iba a enfrentarla, a exigirle respuestas. No más juegos, no más acertijos. Esta vez, obtendría la verdad. Aunque tuviera que arrancársela palabra por palabra.

Salí de mis aposentos como una tormenta desatada, mis pasos resonaron en los pasillos vacíos del castillo. Los guardias que encontraba en mi camino se apartaban, sus ojos se abrían de sorpresa y preocupación ante la furia apenas contenida de su rey.

Al llegar a la torre me detuve a mirarla, pero acto seguido subí por aquellas escaleras de caracol rápidamente. Al llegar frente a su celda, allí estaba ella, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Bruja insolente... —gruñí mirándola, mis manos se aferraron a los barrotes con tanta fuerza que mis nudillos se tornaron blancos.

—¿Qué ocurre mi rey? —Su voz se escuchaba divertida, cada palabra estaba cargada de un sarcasmo que me hacía hervir la sangre—. ¿Ha tenido un mal sueño?

—¡Cállate! —rugí, golpeando los barrotes con fuerza—. ¿Qué me has hecho? ¿Qué clase de hechizo has usado contra mí? ¿Por qué me has hecho desearte?

Ella se levantó con lentitud, costándole, cada movimiento era una provocación silenciosa. Se acercó hasta quedar frente a mí, estaba tan cerca que podía ver cada detalle de sus ojos, ese azul profundo que me perseguía en sueños.

—No he hecho nada que tú no me hayas obligado a hacer, rey dragón, nada que tú no quieras, así funciona esto —respondió en un susurro desafiante—.

Te lo dije antes y te lo repito ahora: lo haré hasta que decidas qué hacer conmigo. Si matarme, o dejarme ir. Tu indecisión tiene consecuencias.

—¡Jamás te dejaré ir! —escupí—. Eres una amenaza para mi reino, para mi gente. Mereces pudrirte en esta celda por toda la eternidad.

—Entonces mátame —respondió sin titubear, con sus ojos clavados en los míos con una intensidad que me perturbó—. Porque seguiré invadiendo tus sueños, seguiré atormentándote cada noche hasta que tomes una decisión.

No puedes mantenerme en este limbo para siempre, y lo sabes.

Su osadía, lejos de impresionarme, solo avivó mi furia.

—¿Crees que tus amenazas me asustan? —gruñí, acercando mi rostro aún más a los barrotes—. He enfrentado peligros que ni siquiera puedes imaginar. Tus trucos de bruja no son nada comparados con lo que he visto.

Una risa amarga escapó de sus labios.

—Oh, mi pobre e ignorante rey. —Cada palabra goteaba condescendencia

—. No tienes ni idea de lo que soy capaz. Tus «peligros» son juegos de niños comparados con los poderes que tengo.

—¡Basta de mentiras! ¿Por qué haces esto? ¿Qué ganas torturándome en mis sueños?

—¿Torturándote? —respondió, arqueando una ceja—. Si quisiera torturarte, créeme, lo sabrías. Esto no es más que un recordatorio, una muestra de lo que puedo hacer si sigues manteniéndome aquí. Todo lo que has visto, es lo que tienes en tu interior. Todo lo que has pensado y temes enseñar. Así que, en el fondo, me deseas, pero reconocerlo no entra en tus planes.

La miré fijamente. Parte de mí quería estrangularla allí mismo, acabar con esta amenaza de una vez por todas. Pero otra parte, una que me negaba a reconocer, estaba intrigada, casi fascinada por su coraje. No podía dejar de mirarla, a ella, y sus labios.

—Esto no ha terminado —advertí, dando un paso atrás—. Encontraré la manera de romper tus hechizos, de silenciarte para siempre.

—Por supuesto que no ha terminado —sonrió ella, una sonrisa que no llegó a sus ojos—. No hasta que tomes una decisión. Así que, ¿qué será? ¿La espada o la llave? Porque te lo aseguro, cada noche que pases dudando será un tormento peor que el anterior.

—Disfruta de tu victoria momentánea, bruja. Porque te prometo, será la última que tendrás.

Me alejé de la celda, sus palabras me siguieron mientras bajaba las escaleras:

—Dulces sueños, mi rey. Estaré esperándote.

Salí de la torre, la furia aún corría por mis venas. Sabía que esta noche, al cerrar los ojos, ella estaría allí de nuevo, esperando. Y la batalla continuaría, noche tras noche, hasta que finalmente decidiera su destino.

Pero una cosa era segura: no le daría la satisfacción de romperme. Si quería guerra, guerra tendría.



Entre sueños y pesadillas

El frío de la celda se filtraba a través de mi piel, llegando hasta mis huesos.

Me acurruqué en la esquina más alejada de la puerta, intentando conservar el poco calor que mi cuerpo aún producía. El hambre rugía en mi estómago, como si me estuviera recordando los días que llevaba sin una comida decente. Mis labios, resecos y agrietados, anhelaban desesperadamente una gota de agua. Aunque fuera una mísera gota.

Cerré los ojos, permitiéndome un momento de debilidad. La confrontación con Aeran había drenado las pocas fuerzas que me quedaban. Su ira, su desprecio... Por un instante, me permití dudar. ¿Valía la pena todo esto? ¿No sería más fácil rendirme, confesar crímenes que no había cometido, solo para que todo terminara? Porque quizás esa muerte era mejor de la que me esperaba si no comía pronto.

Pero entonces, el recuerdo de Kieran, de su inocencia y su confianza en mí, atravesó la niebla de mi agotamiento. No, no podía rendirme. No cuando había tanto en juego.

Con un esfuerzo que pareció consumir lo poco que me quedaba de energía, me incorporé. El mundo giró por un momento, la falta de alimento y agua

se notaba. Respiré hondo, intentando calmar el mareo.

«Concéntrate, Nefely», me dije a mí misma. «Una vez más. Solo una vez más, se rendirá, no es tan fuerte como aparenta».

Sabía que lo que estaba a punto de hacer agotaría mis últimas fuerzas.

Entrar en los sueños de Aeran requería una concentración y un poder que apenas podía reunir en mi estado actual. Pero no tenía opción. Era eso, o resignarme a pudrirme en aquella celda para siempre. Si no lo conseguía, me rendiría.

Cerré los ojos, enfocándome en mi respiración. Inhalé profundamente, imaginando que cada bocanada de aire llenaba mi cuerpo de energía. Exhalé lentamente, visualizando cómo el cansancio y el dolor abandonaban mi ser.

Poco a poco, sentí cómo el frío familiar comenzaba a extenderse desde mi pecho, una diferencia aguda con el calor de la fiebre que me consumía en la realidad. Era una sensación extraña, como sumergirse en aguas heladas, mientras el cuerpo arde.

Con una última inhalación profunda, me sumergí en las profundidades de mi poder, lista para adentrarme una vez más en los sueños del rey dragón.

La transición fue brusca, como siempre. Un momento estaba en la oscuridad de mi mente, y al siguiente, me encontraba en sus aposentos.

Todo era tan lujoso, tan diferente a lo que estaba acostumbrada. Los tapices de seda, los muebles de madera finamente tallada, incluso el aire parecía más limpio. Me senté de nuevo en el tocador y esperé, observando mi reflejo en el espejo. Aquí, en este mundo de sueños, mi rostro no mostraba signos de agotamiento o enfermedad. Era un recordatorio cruel de lo que la libertad y el cuidado podían hacer.

No tuve que esperar mucho. Lo traje conmigo hasta aquel espacio entre el sueño y la vigilia. Lo vi por el reflejo del espejo, estaba agotado, y furioso.

No disimuló en absoluto. Parecía harto, como si cada noche de este tormento lo desgastara un poco más, y eso que esta era solo la segunda. Por un momento, me pregunté si estaba llegando demasiado lejos. Pero luego recordé mi celda, el frío, el hambre, y mi duda se esfumó. Quizás si lo

enfadaba lo suficiente, me mataría de una vez por todas. Sería un alivio en cierto modo.

—¿Acaso sabes lo que estás haciendo?

Continué cepillando mi cabello, un gesto intencionadamente casual que sabía que lo irritaría aún más.

—Sí, estoy enfureciéndote —respondí sin preocupaciones, observando su reacción en el espejo.

Vi cómo sus puños se cerraban, los nudillos se volvían blancos por la fuerza. Su mandíbula se tensó, y por un momento, pensé que perdería el control.

—¿Te han mandado para que me vuelva loco? —espetó, dando un paso hacia mí—. ¿Es eso? ¿Gélidia te envió para destruirme desde dentro?

Puse los ojos en blanco, incapaz de contener mi exasperación. Ya empezábamos con que me habían enviado desde Gélidia. Qué pesado. Es que su mente no le daba para más.

—No, Aeran —respondí, usando su nombre deliberadamente—. No todo gira alrededor de ti. O de tu precioso reino. Solo quiero una respuesta para mí. No seas tan egoísta.

Dejé el cepillo en el tocador y me levanté. Me acerqué a él, consciente de que cada paso que daba en su dirección aumentaba su tensión. Podía ver cómo sus pupilas bailaban a un ritmo frenético, sus ojos eran incapaces de fijarse en un punto de mi rostro. Era como si mi mera presencia lo confundiera, lo desestabilizara.

—¿Sigues pensando que este no es mi aspecto? —pregunté, notando cómo su respiración se aceleraba. Podía sentir el calor emanando de su cuerpo, la rabia irradiando de él en oleadas casi palpables—. ¿O es que te perturba que una «bruja» pueda tener este aspecto?

Aeran retrocedió un paso, como si mi cercanía lo quemara.

—No juegues conmigo, bruja —gruñó, pero pude detectar un atisbo de duda en su voz—. Tus trucos no funcionarán.

—¿Trucos? —repetí, arqueando una ceja—. No necesito trucos, Aeran. La verdad es suficientemente poderosa por sí misma. Y la verdad es que me temes no por lo que soy, sino por lo que represento.

—¿Y qué se supone que representas?

Me acerqué aún más, hasta que nuestros rostros estuvieron a centímetros de distancia. Pude ver cada detalle de sus ojos, el miedo y la confusión que se escondían tras la máscara de ira.

—Represento todo lo que te han enseñado a temer y odiar —susurré —.

Represento la posibilidad de que todo lo que crees saber sea una mentira.

Represento la posibilidad de que pienses por ti mismo. Y eso, mi querido rey, es más aterrador que cualquier bruja o hechizo.

Vi cómo sus ojos se abrían con una chispa de comprensión brillando en ellos antes de ser rápidamente eliminada. Estaba llegando a él, lo sabía.

Pero también sabía que estaba jugando un juego peligroso.

—Termina con esto —exigió, su voz tembló ligeramente—. Dime qué quieres y acabemos de una vez.

Sonreí, una sonrisa que no llegó a mis ojos, pero que sabía que lo provocaría aún más. Al parecer le gustaba, era un poco masoca.

—Ya te lo he dicho, Aeran —susurré su nombre, saboreándolo en mi lengua

—. Quiero que tomes una decisión. Mátame o libérame. Pero no me mantengas en este limbo. Porque te prometo que cada noche será

peor que la anterior hasta que decidas. Son tus miedos los que puedo mostrarte aquí, y no parece que quieras eso.

Elevé una mano lentamente, dándole tiempo para retroceder si quería. No lo hizo. Mis dedos rozaron la piel de su rostro, tracé un camino hasta llegar a los mechones de su pelo. Sentí cómo se estremecía bajo mi toque, su respiración se volvió más pesada e irregular. Podía escuchar el latido

frenético de su corazón, como si quisiera escapar de su pecho para venir hacia mí.

Seguidamente, acaricié su mejilla, mis dedos dejaron un rastro cálido sobre su piel. Él permaneció inmóvil, como una estatua de mármol, pero pude sentir el temblor apenas perceptible que recorría su cuerpo. Era como si, en el fondo, una parte de él anhelara mis caricias, a pesar de que su mente las rechazaba. Y yo no podía decir que eran desagradables, su piel era cálida, e incluso adictiva.

—Intento proteger a mi familia —susurró.

Nuestros ojos se encontraron, y por un momento, vi más allá del rey, más allá del hombre que me había encarcelado. Vi al hermano, al protector, luchando contra sus propios deseos y miedos.

—Y yo intento protegerme a mí. No tengo a nadie más que lo haga.

Bajé la mano lentamente, mis dedos rozaron su cuello antes de apartarme.

Vi cómo su mirada seguía el movimiento, como si lamentara la pérdida del contacto. El aire entre nosotros parecía cargado de electricidad, denso, como con posibilidades no expresadas.

—Yo no le hice nada a Kieran, ¿lo comprendes? —continué—. Jamás se me ocurriría caer tan bajo para dañar a un niño. Le pedí ayuda, lo

admito, pero no tenía otra opción. Estaba desesperada, Aeran. Desesperada y asustada.

Como tú, ahora.

Sus ojos se oscurecieron. Dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros hasta que pude sentir el calor que desprendía.

—Debería matarte por haberte acercado a él —gruñó hacia mí.

Pero a pesar de sus palabras amenazantes, no hizo ningún movimiento para alejarse. Si acaso, parecía inclinarse más cerca, como si una fuerza invisible lo atrajera hacia mí.

—Pero no lo haces —respondí, alzando mi barbilla en un gesto de desafío.

Nuestros rostros estaban tan cerca que nuestros alientos se mezclaban.

Podía ver cada detalle de sus ojos, cada matiz de color, cada emoción que luchaba por dominar.

—¿Por qué? ¿Por qué no acabas con esto de una vez, Aeran? Acaba conmigo, acaba ya, es fácil.

Vi cómo su mirada bajaba a mis labios por un instante antes de volver a mis ojos. La tensión entre nosotros era insoportable, una cuerda estirada al límite que amenazaba con romperse en cualquier momento.

—Porque... —comenzó, pero se detuvo, como si las palabras se negaran a salir.

Levanté una mano, mis dedos rozando su mandíbula, sintiendo la aspereza de su barba naciente. No se apartó, aunque sí que se inclinó más hacia mí.

—Porque en el fondo sabes que digo la verdad —susurré—. Porque una parte de ti sabe que no soy el monstruo que te han hecho creer que soy.

Porque veo en tus ojos que me deseas y eso de enfada.

Vi el conflicto en sus ojos, la lucha interna entre el deber y el deseo, entre lo que le habían enseñado a creer y lo que su instinto le decía.

—Esto es peligroso —murmuró, pero no estaba claro si se refería a mí o a la situación en la que nos encontrábamos.

—La verdad siempre lo es —respondí, mis dedos trazaron el contorno de su mandíbula—. Pero es necesaria.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse. Estábamos atrapados en un instante de posibilidades, al borde de un precipicio que podría cambiarlo todo. El aire entre nosotros se volvió denso.

Podía sentir su respiración acelerada mezclándose con la mía, el calor de su cuerpo. Cada músculo de él estaba tenso, como si librara una batalla interna entre acercarse más o huir.

Sus ojos bajaron a mis labios, y por un instante, creí ver en ellos un hambre que iba más allá del deseo físico. Era un anhelo más profundo, una necesidad de conexión, de comprensión, quizás incluso de redención.

Sentí cómo se inclinaba hacia adelante, sus labios se encontraban a milímetros de los míos. El calor de su aliento acarició mi piel, enviando escalofríos por mi columna. Por un momento, me permití imaginar cómo sería rendirme a ese deseo, dejar que nuestros labios se encontraran en un beso que podría cambiar el curso de nuestros destinos.

Pero no. No podía permitirlo. Esto no era un juego, y yo no era un premio que él pudiera reclamar. Darle este momento de debilidad

sería como premiar a un niño caprichoso después de un berrinche. Y él no era un niño, quizás sí inmaduro, pero no un niño.

Con un esfuerzo sobrehumano, rompí la conexión. El mundo a nuestro alrededor comenzó a desvanecerse, los bordes de la realidad se difuminaron como acuarela bajo la lluvia.

Desperté de un sobresalto, con mi respiración acelerada y mi corazón latiendo con fuerza contra mis costillas. Me incorporé, desorientada, mis ojos recorriendo la familiar, pero odiada celda. La realidad me golpeó: el frío, la humedad, el hambre que me atormentaba.

Pasé una mano temblorosa por mi rostro, sintiendo el sudor frío que cubría mi piel. La intensidad de la experiencia me había dejado agotada, tanto física como emocionalmente. Pero más que eso, me sentía... sucia. No por el contacto casi íntimo con Aeran, sino por haber jugado con fuego de esa manera.

Le odiaba. La fuerza de ese sentimiento me sorprendió por su intensidad.

Odiaba su arrogancia, su negativa a ver más allá de sus propios prejuicios.

Odiaba cómo me hacía sentir: vulnerable, expuesta, y al mismo tiempo, poderosa de una manera que nunca antes había experimentado.

Estaba segura de que, aunque le pusiera la verdad en sus narices, se negaría a aceptarla. Su orgullo y su miedo a lo desconocido eran demasiado fuertes.

Pero una parte de mí, una parte que me negaba a reconocer completamente, se preguntaba qué habría pasado si hubiera dejado que ese beso sucediera.

Me recosté contra la pared fría, cerrando los ojos y tratando de calmar mi respiración. Este juego que estaba jugando era peligroso, no solo para Aeran sino también para mí. Estaba caminando por una línea muy fina, y temía que, en cualquier momento, uno de los dos pudiera caer.

Pero no tenía opción. Tenía que seguir presionando, seguir empujando los límites. Porque en el fondo sabía que esta podría ser mi única oportunidad de libertad. Y estaba dispuesta a arriesgarlo todo por ella.



Bajo mi piel

El salón del consejo bullía de actividad, las voces de mis asesores se mezclaban en un coro de opiniones y debates. La larga mesa de roble, pulida hasta brillar, estaba rodeada por hombres cuyas decisiones moldearían el futuro de nuestro reino. Sin embargo, mi mente estaba dividida, atrapada entre la imagen persistente de la bruja y la preocupación constante por mis hermanos.

Thorak, mi consejero militar y jefe de mi guardia, se puso de pie, su imponente figura captó la atención de todos los presentes.

—Majestad, los informes de nuestros exploradores fueron preocupantes.

Gélidia ha aumentado su presencia militar en la frontera. Debemos considerar seriamente reforzar nuestras defensas.

Neval, siempre astuto, asintió en acuerdo.

—Concuerdo con Thorak. Además, sugiero que consideremos evacuar las aldeas fronterizas. Si Gélidia está planeando un ataque, esos serían los primeros lugares en caer.

—¿Evacuar? —interrumpió Garrick, el consejero de agricultura, su rostro estaba arrugado por la preocupación—. Esas aldeas son cruciales para nuestra producción de alimentos. Si las abandonamos, podríamos enfrentar una escasez de suministros.

Baldric, el consejero de finanzas, se aclaró la garganta.

—Sin mencionar el costo económico de tal empresa. Mover a tantas personas y reubicarlas pondría una tensión considerable en nuestro tesoro.

—El costo de no actuar podría ser mucho mayor —argumentó Zephyr, el consejero de asuntos exteriores—. Si perdemos esas aldeas ante Gélidia, no solo perderemos recursos, sino también posición estratégica.

Alastair, el consejero de justicia, intervino con voz calmada.

—Debemos considerar también las implicaciones legales. Forzar a la gente a abandonar sus hogares podría ser visto como una violación de sus derechos.

—A veces, la ley debe doblegarse ante la necesidad —replicó Neval—. La seguridad del reino debe ser nuestra prioridad.

Ezran, el consejero espiritual, habló entonces.

—No olvidemos el impacto moral en nuestra gente. El miedo y la incertidumbre pueden ser tan dañinos como cualquier enemigo

exterior.

—Quizás —intervino Thorne, el consejero de comercio—, podríamos considerar un enfoque más sutil. Aumentar el comercio en esas regiones, mover más mercancías y personas. Podríamos fortalecer nuestra presencia sin alarmar a la población.

Cedric, el consejero de educación, asintió en acuerdo.

—Y podríamos enviar más maestros y sabios a esas aldeas. El conocimiento es poder, y una población educada es más resistente.

—Todo eso está bien —interrumpió Thorak, su paciencia claramente agotándose—, pero no nos protegerá de las espadas y las flechas de Gélidia.

Necesitamos una respuesta militar contundente.

—Quizás —comenzó Qued, hablando por primera vez—, deberíamos considerar una solución diplomática. Un matrimonio estratégico podría aliviar las tensiones y fortalecer nuestras alianzas.

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba ante la sugerencia. La idea de un matrimonio arreglado, de entregar mi vida por el bien del reino, me revolvió el estómago. Pero antes de que pudiera responder, Aldric, el consejero de asuntos familiares reales, intervino.

—Con todo respeto, Qued, creo que es prematuro considerar tal acción. El rey aún no está preparado, el reino tampoco, y tiene responsabilidades con sus hermanos menores. Por no hablar de que sus hermanos aún son jóvenes e inmaduros. Un matrimonio apresurado podría complicar la dinámica familiar.

El debate continuó, las voces se elevaban y superponían. Yo los observaba, tratando de concentrarme, de ser el rey que necesitaban. Pero el dolor en mi hombro se intensificaba, la marca de la Alisma palpitaba como si tuviera vida propia. ¿Qué demonios quería de mí?

Fue entonces cuando Darius, habló, su voz cortó el caos.

—Majestad —dijo, con sus ojos fijos en mí—, al final, la decisión es suya.

¿Qué ordena?

Todos los ojos se volvieron hacia mí, expectantes. Respiré hondo, consciente del peso de la corona, del destino de miles en mis manos.

—Reforzaremos nuestras defensas. Aumentaremos la presencia militar en la frontera, pero de manera discreta. No queremos provocar a Gélidia ni alarmar a nuestra gente.

Vi asentimientos de aprobación, pero continué antes de que pudieran interrumpir.

—Thorne, me gusta tu idea. Aumenta el comercio en esas regiones. Cedric, envía maestros y sabios; quiero que nuestra gente esté preparada, pero no asustada. En cuanto a la evacuación —proseguí, viendo cómo Neval se inclinaba hacia adelante—, por ahora, será voluntaria. Prepararemos planes de contingencia, pero no forzaremos a nadie a abandonar sus hogares.

Alastair, asegúrate de que todo se haga dentro de los límites de la ley.

Baldric —Me volví hacia el consejero de finanzas—, quiero un informe detallado de nuestros recursos. Necesitamos saber exactamente con qué contamos.

Finalmente, me dirigí a Qued y Aldric.

—Por ahora, no consideraremos alianzas matrimoniales. Nuestra prioridad es la seguridad del reino y el bienestar de la familia real.

Observé los rostros de mis consejeros. Algunos mostraban aprobación, mientras que otros reflejaban dudas evidentes. Era

consciente de que no todos respaldarían mis decisiones, pero eran mías y actuaba según lo que consideraba más acertado.

—Si no hay más asuntos que tratar... —comencé para hablar de otro tema, pero fui interrumpido por el sonido de las puertas.

Se abrieron de golpe, revelando a una doncella visiblemente agitada. Su rostro estaba pálido y sus ojos abiertos de preocupación mientras hacía una reverencia apresurada.

—Disculpe la interrupción, Majestad, pero es sobre el príncipe Kieran. Se está... se está portando muy mal. Está incontrolable.

Un silencio tenso cayó sobre la sala. Sentí todas las miradas clavadas en mí, esperando mi reacción.

—¿Qué quieres decir con «muy mal»? —pregunté, esforzándome por mantener la calma a pesar de la creciente preocupación que sentía.

La doncella tragó saliva, visiblemente incómoda bajo el escrutinio de todos los consejeros.

—No deja de gritar y llorar, mi señor. Ha tirado su comida, ha roto varios objetos en su habitación. Y... —dudó, sus ojos se movieron nerviosamente entre los presentes—, y no deja de llamar a la bruja. Dice que quiere verla, que es su amiga. Que no va a comer ni obedecer hasta verla.

El silencio que siguió a sus palabras fue ensordecedor. Pude sentir la tensión en la sala aumentar exponencialmente.

Neval fue el primero en romper el silencio.

—Esto es precisamente de lo que hablaba, Majestad. La bruja ha embrujado al joven príncipe. Debemos actuar antes de que sea demasiado tarde.

—Coincido con Neval —añadió Ezran—. Esta influencia maligna podría corromper no solo el cuerpo, sino el alma del joven príncipe.

Thorak, sin embargo, parecía dubitativo.

—Quizás... —comenzó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—, quizás deberíamos considerar permitir que el príncipe Kieran vea a la bruja. Bajo estricta supervisión, por supuesto. Podría calmar su alteración y darnos la oportunidad de observar la naturaleza de su conexión.

—¡Eso es una locura! —exclamó Alastair, golpeando la mesa con su puño

—. No podemos exponer al príncipe a semejante peligro. Las leyes son claras respecto al trato con brujas.

Aldric, intervino con voz calmada.

—Con todo respeto, creo que estamos olvidando lo más importante aquí.

Kieran es un niño asustado y confundido. Necesita comprensión y guía, no más miedo y aislamiento.

—Comprensión, sí —asintió Cedric—. Pero también necesita que le enseñemos la verdad sobre el peligro que representan las brujas. Quizás podríamos utilizar este incidente como una oportunidad educativa.

El debate se intensificó, las voces se elevaban en una cacofonía de opiniones y argumentos. Pero yo apenas los escuchaba. Mi mente estaba

con Kieran, imaginándolo solo y asustado, llamando a alguien que yo había etiquetado como enemiga. El dolor en mi hombro se intensificó, la marca de la Alisma vibraba como si quisiera comunicarme algo.

Cerré los ojos por un momento, tratando de encontrar claridad en medio del caos. Cuando los abrí de nuevo, mi decisión estaba tomada.

—Suficiente.

Me levanté lentamente, arrastrando la silla.

—Caballeros, hemos pasado demasiado tiempo discutiendo y muy poco actuando. Es hora de cambiar nuestra estrategia.

Vi la sorpresa en sus rostros, pero continué antes de que pudieran interrumpir.

—Thorak, quiero que vayas a la torre y saques a la bruja de su celda.

—¿Majestad? —Thorak parecía desconcertado, su mano instintivamente se movió hacia la empuñadura de su espada.

—Me has oído. Sácala de allí y asegúrate de que reciba un baño largo y apropiado. Que le proporcionen ropa limpia y decente.

Los murmullos de desconcierto y protesta comenzaron a elevarse, pero los silencié con una mirada.

—Una vez que esté presentable, quiero que la lleven a la sala del trono. Yo la interrogaré personalmente ante la presencia de todos los de la corte.

Neval dio un paso adelante, preocupado.

—Majestad, con todo respeto, ¿es prudente exponer al reino a tal peligro?

—Si de verdad es una aliada de Gélidia, Neval —respondí, mirándolo directamente a los ojos—, no revelará nada tratándola peor que a un animal.

De hecho, solo reforzaría su lealtad hacia nuestros enemigos.

Me volví hacia el resto del consejo.

—Hemos pasado semanas interrogándola en condiciones deplorables, y no hemos obtenido nada. Quizás es hora de cambiar de táctica. Mostrarle un poco de humanidad podría revelar más que cualquier tortura.

—Pero, mi señor —intervino Ezran—, ¿no teme que esto pueda ser visto como debilidad?

—La verdadera debilidad, Ezran, es temer tanto a una sola mujer que olvidamos nuestra propia humanidad —respondí, sintiendo cómo la marca de la Alisma palpitaba en aprobación—. Además, esto nos dará la oportunidad de observar su comportamiento en un entorno diferente.

Podremos evaluar mejor si representa una amenaza real o si hay algo más en juego.

Vi la duda en sus rostros, pero también un destello de curiosidad. Sabía que estaba corriendo un riesgo, pero algo en mi interior me decía que era el camino correcto.

—Thorak, procede con lo que he ordenado —dije, dando por terminada la discusión—. El resto de vosotros, preparaos para la audiencia. Quiero que todos estéis presentes cuando interrogue a la bruja.

Mientras los consejeros comenzaban a dispersarse, me volví hacia la doncella que aún esperaba, visiblemente nerviosa, cerca de la puerta.

—Tú —la llamé, haciendo que se sobresaltara—. Necesito que prepares algunas cosas.

La doncella se acercó con una reverencia temblorosa.

—Sí, Majestad. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero que prepares un baño caliente —ordené, notando cómo sus ojos se abrían con sorpresa—. Usa las sales aromáticas y los aceites más finos, me es indiferente cuáles. Los que sean... Los que veas que pueden quitar mugre de años. Y asegúrate de que el agua esté a la temperatura adecuada.

Porque será capaz de quejarse hasta por eso... Además, no quiero que esté cerca de la corte llena de porquería.

—Por supuesto, mi señor —asintió ella, aunque la confusión era evidente en su rostro—. ¿Debo preparar una habitación en el ala de sirvientes?

—No —respondí, sintiendo las miradas incrédulas de mis consejeros —.

Prepara una de las habitaciones del ala real. La más cercana a mis aposentos que esté disponible.

Un murmullo de desconcierto recorrió la sala. Neval se acercó a mí, como si quisiera detenerme.

—Majestad, con todo respeto, ¿está sugiriendo alojar a la bruja en el ala real? Eso sería extremadamente peligroso. Estaría demasiado cerca de usted y de sus hermanos.

Thorak asintió en acuerdo.

—Mi señor, debo insistir en que reconsidere. La seguridad de la familia real debe ser nuestra prioridad.

Me volví hacia ellos, ¿de verdad me estaban cuestionando?

—Entiendo sus preocupaciones, pero mi decisión está tomada. Quiero tenerla controlada de cerca. Además, ¿qué mejor manera de demostrar que no la tememos que tenerla bajo nuestro propio techo?

Antes de que pudieran protestar más, me dirigí nuevamente a la doncella.

—También quiero que prepares ropa adecuada para ella. Vestidos, zapatos, todo lo necesario. Asegúrate de que sean de buena calidad.

La doncella asintió, aunque la confusión en su rostro solo parecía aumentar.

—Sí, mi señor. ¿Algo más?

—Sí —añadí, tras un momento de reflexión—. Prepara una bandeja con comida. Algo sustancioso, pero ligero. Y asegúrate de que haya suficiente

agua fresca.

Ezran, no pudo contener su asombro.

—Majestad, ¿está seguro de que esto es sabio? Tratar a una prisionera, y más aún a una bruja, con tales comodidades...

—Lo que no es sabio, Ezran —interrumpí con mi voz cargada de una autoridad que no admitía réplica—, es continuar con métodos que claramente no están funcionando. Si queremos respuestas, debemos cambiar nuestra aproximación.

Me volví hacia todos los presentes, mi mirada recorrió cada rostro.

—Entiendo sus preocupaciones, y las aprecio. Pero también confío en que entiendan que, como rey, debo tomar decisiones difíciles. Esta es una de ellas.

Hubo un momento de silencio tenso, roto finalmente por Thorak.

—Como ordene, mi señor. Me aseguraré personalmente de que se cumplan sus instrucciones al pie de la letra y que nadie ponga ninguna queja.

Asentí, agradecido por su lealtad.

—Bien. Quiero que todo esté listo en una hora. La interrogaré en la sala del trono al atardecer.

Mientras todos se dispersaban para cumplir mis órdenes, me invadió una sensación de inquietud. La preocupación pesaba en mi mente, acompañada de un persistente recelo. Estaba jugando un juego peligroso, lo sabía. Pero algo en mi interior, quizás la misma fuerza que hacía palpitar la marca de la Alisma en mi hombro, me decía que era el camino correcto.

Sin embargo, antes de enfrentarme a la bruja, había otro asunto que necesitaba atender. Con paso decidido, me dirigí hacia los aposentos de Kieran. El camino me pareció más largo de lo habitual.

Al llegar a su puerta, respiré hondo antes de tocar. No hubo respuesta, pero pude escuchar el sonido apagado de sollozos al otro lado. Con cuidado, la abrí y entré.

La habitación estaba en un estado de caos que reflejaba el tumulto emocional de su ocupante. Juguetes esparcidos por el suelo, sábanas arrugadas y almohadas lanzadas en todas direcciones. En medio de todo esto, acurrucado en un rincón, estaba Kieran.

—Kieran —llamé suavemente, acercándome con cautela.

Él alzó la vista, con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto. Por un instante, percibí en su mirada un destello de vergüenza que dio paso rápidamente al miedo. Aquella sucesión de emociones me partió el corazón.

—¿Has venido a castigarme? —preguntó con voz temblorosa—. ¿A pegarme?

Me arrodillé frente a él, ignorando la protesta de mis rodillas.

—No, pequeño. He venido a hablar contigo.

Kieran se secó las lágrimas con el dorso de la mano, me miró, con esos ojos que hablaban más que su boca.

—¿Sobre Nefely?

Escuchar el nombre de la bruja en sus labios me provocó un escalofrío, pero me obligué a mantener la calma.

—Sí, sobre ella y sobre tu comportamiento.

—La echo de menos —confesó—. Ella es buena, Aeran. No entiendo por qué la mantienes encerrada. Es como mamá, echo mucho de menos a mamá, no me entiendes...

Suspiré, buscando las palabras adecuadas.

—Kieran, las cosas no son tan simples como parecen. Hay... hay situaciones que no comprendes completamente.

—Pero...

—Escucha —le interrumpí suavemente—. Sé que esto es difícil para ti. Y te prometo que voy a intentar solucionar las cosas. Pero necesito que tú también pongas de tu parte.

Sus ojos se iluminaron con un destello de esperanza.

—¿La vas a dejar libre?

—No puedo prometerte eso —respondí con honestidad—. Pero voy a hablar con ella, a intentar entender qué está pasando realmente. Y te prometo que haré lo que sea mejor para todos, incluida ella.

Kieran me miró fijamente, como si intentara leer la verdad en mis ojos.

—¿De verdad?

Asentí.

—De verdad. Pero necesito que me prometas algo a cambio.

—¿El qué?

—Necesito que te comportes adecuadamente —dije con firmeza, pero sin dureza—. Nada de berrinches, nada de romper cosas o gritar. Eres un príncipe, Kieran, y tienes responsabilidades. Una de ellas es dar ejemplo.

Vi cómo procesaba mis palabras, su pequeño ceño se frunció en concentración. Finalmente, asintió lentamente.

—Está bien. Lo prometo.

—Bien. —Sonreí, extendiendo mi mano para revolver su cabello con afecto

—. Ahora, ¿qué te parece si arreglamos juntos este desastre?

Mientras ayudaba a Kieran a ordenar la habitación, mi mente divagaba, incapaz de comprender la obsesión del niño con la bruja. Yo, que la odiaba con cada fibra de mi ser, que nada más escuchar su nombre sentía el impulso de acabar con ella, me encontraba en la paradójica situación de tener que protegerla.

Sabía que destruirla sería justamente lo último que debía hacer, por mucho que mi corazón lo anhelara. De momento, tendría que conformarme con mantenerla controlada; su celda se convertiría en una habitación vigilada.

Todo con tal de que me dejara descansar en paz, que saliera de mi cabeza, que se desvaneciera de mis pensamientos como la niebla ante el sol.

Que saliera de mí, aunque temía que ya fuera demasiado tarde para eso.



Bajo una corona inquieta

La luz mortecina del atardecer se filtraba por la pequeña ventana de mi celda, proyectando sombras endemoniadas sobre el suelo sucio. Mientras yacía inmóvil sobre el catre desvencijado, con mis ojos fijos en el diminuto rectángulo de cielo que era mi única conexión con el mundo exterior. Las nubes y los pájaros eran lo único que lograba ver.

El silencio era opresivo, roto solo por el ocasional goteo de agua en algún rincón oscuro de la torre. Había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada, cada uno fundiéndose en el siguiente en una bruma de hambre, sed y desesperación.

Mis pensamientos vagaban, como lo habían hecho innumerables veces, hacia Kieran. ¿Estaría bien? ¿Me habría olvidado ya? La culpa me corroía al pensar en cómo lo había utilizado, aun cuando mis intenciones no habían sido maliciosas. Pero en este mundo cruel, las buenas intenciones rara vez importaban.

El sonido de pasos acercándose me sacó de mi ensimismamiento. Me incorporé lentamente, mis músculos protestaron por el movimiento

repentino después de horas de inmovilidad. Los pasos se detuvieron frente a mi celda, y el tintineo de llaves hizo que mi corazón se acelerara.

La puerta se abrió con un chirrido oxidado, revelando la figura imponente de uno de los consejeros del rey. Estaba disgustado, lo veía en su rostro mientras sus ojos recorrían mi demacrada figura.

—Levántate, bruja —ordenó—. El rey ha ordenado tu presencia.

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Era este el final? ¿Había decidido finalmente el rey acabar con mi vida?

—¿Me van a ejecutar? —pregunté, sorprendida por la calma en mi propia voz.

El consejero arqueó una ceja, creo que incluso él se sorprendió por mi calma.

—¿Tan ansiosa estás por morir? Me temo que tendrás que esperar un poco más para eso. El rey tiene otros planes para ti.

La decepción fue brutal. Después de todo lo que había soportado, la idea de un final rápido resultaba casi reconfortante. Pero al parecer, el destino tenía otros planes.

Con piernas temblorosas, me puse de pie. El consejero hizo un gesto brusco hacia la puerta.

—Muévete. Y no intentes nada estúpido. Los guardias tienen órdenes de acabar contigo al menor signo de resistencia.

El consejero escupió las palabras con desprecio, como si fueran veneno. Sus ojos, clavados en mí, reflejaban una profunda aversión, aunque también denotaban cierta precaución. Asentí en silencio, demasiado agotada para responder.

Con piernas temblorosas, di el primer paso fuera de la celda que había sido mi prisión durante lo que parecía una eternidad.

Bajé las escaleras de espiral aferrándome a las paredes con desesperación.

Mi cuerpo, debilitado por el hambre y la inactividad, protestaba con cada movimiento. Los escalones irregulares y desgastados por siglos de uso, parecían burlarse de mi debilidad. Más de una vez sentí que iba a caer, pero el orgullo me mantenía en pie.

Cuando finalmente llegamos al exterior, la luz del día me cegó. Cerré los ojos instintivamente, lágrimas involuntarias corrieron por mis mejillas sucias. El mundo exterior, que había sido poco más que un recuerdo difuso durante mi encierro, ahora era una explosión de sensaciones abrumadoras.

—Sigue moviéndote —gruñó el consejero, con impaciencia.

Parpadeé varias veces, tratando de ajustar mi visión. Poco a poco, el mundo fue tomando forma a mi alrededor. El patio del castillo se extendía ante mí, vasto e intimidante. El consejero señaló las puertas hacia el interior del castillo y, con mucho esfuerzo, comencé a caminar. Aunque si fuera por mí, me dejaría caer al suelo para que no tuviera más remedio que arrastrarme.

Eso les enfurecería, lo sabía.

Le seguí por los grandes pasillos. Las paredes de piedra, adornadas con tapices lujosos y armaduras relucientes, parecían cerrarse sobre mí. El contraste entre la opulencia del castillo y la miseria de mi celda era casi insoportable.

Las doncellas que nos cruzábamos me miraban con temor evidente. Sin embargo, tras ese miedo, se vislumbraba una fascinación mórbida. Se apartaban rápidamente, pegándose a las paredes como si temieran que mi mera presencia pudiera contaminarlas. Sus ojos me seguían, primero con horror, luego con innegable curiosidad. Me hacían sentir como una bestia de feria.

Llegamos a una escalera majestuosa, sus peldaños de mármol se extendían hacia arriba de una forma que creía imposible para mí en el estado que me encontraba. Mis piernas, ya temblorosas por el

esfuerzo anterior, parecían a punto de ceder. Iba a caer en cualquier momento, lo sabía.

—Sube.

Respiré hondo y comencé. Cada escalón se sentía una batalla, mi cuerpo gritaba en protesta con cada movimiento. Me negué a quejarme, a mostrar debilidad ante este hombre que claramente disfrutaba de mi sufrimiento. A mitad de camino, mis piernas finalmente cedieron y caí sobre mis rodillas.

—Levántate —siseó el consejero—. No tenemos todo el día.

Con un esfuerzo sobrehumano, me puse en pie nuevamente y continué el ascenso. Cuando finalmente llegamos al último escalón, estaba jadeando, el sudor se mezclaba con la suciedad en mi rostro y hasta yo podía sentir mi horrible olor.

Atravesamos otro pasillo interminable, este aún más lujoso que los anteriores. Pinturas de antiguos reyes y reinas nos observaban desde las paredes, sus ojos nos seguían con una intensidad inquietante. Finalmente, nos detuvimos frente a unas puertas ornamentadas donde tres doncellas jóvenes esperaban.

Las jóvenes hicieron una reverencia rápida, sus ojos evitaban cuidadosamente los míos.

—¿Desea que la ayudemos en el baño? —preguntó una de ellas.

Miré al consejero, confundida. ¿Acaso me estaban hablando a mí con educación? Estaba segura de que a los perros los trataban mejor que a mí.

La idea de que alguien me ofreciera ayuda parecía absurda.

—¿Qué? —logré articular, confundida y jadeante.

El consejero me miró con irritación.

—El rey ha ordenado que te asees, y te reúnas después en la sala del trono.

La sorpresa me dejó sin palabras. ¿Un baño? ¿La oportunidad de quitarme semanas de suciedad y miseria? Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Sin esperar una respuesta, las doncellas abrieron las puertas, revelando una habitación lujosa. Una chimenea ardía alegremente en un rincón, su calor era una bendición para mi cuerpo helado. Y allí, en el centro de la

habitación, estaba una bañera de cobre, llena de agua humeante y cubierta de espuma fragante. Nunca antes me había bañado en una bañera. La visión era tan extraña como tentadora.

—¿Necesita ayu...? —comenzó una de las doncellas.

—No —la interrumpí—. Yo puedo.

Las doncellas asintieron y salieron rápidamente, dejándome sola con el consejero.

—Tienes una hora —dijo con advertencia—. No intentes nada estúpido.

Con esas palabras, salió de la habitación, cerrando la puerta tras él. El sonido de la llave girando en la cerradura me recordó que, a pesar de este lujo momentáneo, seguía siendo una prisionera.

Me quedé allí por un momento, abrumada por la situación. ¿Qué estaba planeando el rey? ¿Era esto una muestra de compasión o simplemente otro juego cruel?

Con manos temblorosas, comencé a quitarme los harapos que alguna vez fueron mi ropa. Cada movimiento revelaba nuevas capas de suciedad y heridas apenas cicatrizadas. Cuando finalmente me sumergí en el agua caliente, no pude contener un gemido de alivio.

Mientras el agua lavaba semanas de sufrimiento, no pude evitar preguntarme qué me esperaría en la sala del trono. Fuera lo que fuese, estaba determinada a enfrentarlo con la poca dignidad que me quedaba.

El agua caliente me envolvió como un abrazo, un lujo que jamás había experimentado. Por un momento, me quedé inmóvil, permitiendo que el calor penetrara en mis músculos doloridos y en mis huesos helados. El aroma a lavanda y miel flotaba en el aire, tan diferente al hedor de mi celda que por un instante me pareció irreal.

Con movimientos lentos y cuidadosos, comencé a limpiarme. Días de suciedad se desprendían de mi piel, tiñendo el agua de un marrón oscuro.

Cada pasada del jabón revelaba una nueva capa de mi cuerpo que había olvidado.

Mis manos se detuvieron al llegar a mis costillas, me sorprendí por lo prominentes que se habían vuelto. Podía contar cada una de ellas, un recordatorio del hambre que había soportado. Mis dedos recorrieron mi piel, encontrando cortes y moretones que ni siquiera recordaba haber recibido.

Al llegar a mi cabeza, mis dedos se enredaron en lo que quedaba de mi cabello. Mechones enteros se desprendían con facilidad, flotando en el agua como algas oscuras. La pérdida de pelo era evidente, y no pude evitar preguntarme cuánto más cambiaría mi aspecto antes de que todo esto terminara.

Sumergí la cabeza bajo el agua, disfrutando de la sensación de limpieza total. Al emerger, mis ojos se posaron en mi reflejo distorsionado en la superficie del agua. Apenas me reconocí. Mis mejillas estaban aplastadas, mis ojos hundidos en cuencas oscuras. Era el rostro de una extraña, marcado por el sufrimiento y el miedo.

Fue entonces cuando lo noté. Un dolor agudo en mi pecho me hizo jadear.

Bajé la mirada y vi la extraña marca, ahora de un blanco brillante y fría como el hielo. El contraste con mi piel enrojecida por el agua caliente era sorprendente. La toqué con dedos temblorosos y sentí una punzada de dolor que me atravesó como un rayo.

El dolor se extendió desde la marca, irradiando hacia el resto de mi cuerpo.

Era como si algo dentro de mí estuviera despertando, respondiendo a un llamado que no podía comprender. Cerré los ojos, tratando de controlar mi respiración acelerada.

Cuando los abrí de nuevo, la marca había vuelto a su color normal, pero el dolor persistía. ¿Qué significaba esto? ¿Tenía algo que ver con mi situación actual o era algo completamente diferente?

Me obligué a continuar con mi baño, a pesar del dolor y la confusión. Lavé cada centímetro de mi cuerpo, como si pudiera limpiar no solo la suciedad

física, sino también las preguntas sin respuesta que esta marca siempre me había hecho pensar.

Cuando finalmente salí de la bañera, el agua estaba fría y oscura, casi negra.

Me envolví en una toalla suave, otro lujo que parecía fuera de lugar en mi situación actual, por un momento creí que había muerto y este era mi cielo.

Frente al espejo de cuerpo entero, me enfrenté a mi imagen completa por primera vez en demasiados días.

La mujer que me devolvía la mirada era una sombra de lo que había sido.

Mi cuerpo, antes fuerte y saludable, ahora estaba demacrado y cubierto de cicatrices. Mi cabello, antes mi orgullo, colgaba en mechones desiguales y sin vida. Pero mis ojos... mis ojos seguían siendo los mismos. En ellos vi una seguridad que ni siquiera la prisión había podido quebrar.

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

—El tiempo se agota —la voz del consejero sonó amortiguada, pero impaciente—. Termina de vestirte.

Me giré y vi un banco cerca de la bañera. Sobre él habían dispuesto todo lo necesario: un cepillo de pelo, perfumes, cremas, y... un vestido. Nunca había sido aficionada a los vestidos, prefería siempre ropas más prácticas para mi vida en el bosque. Pero allí estaba, un vestido de un morado profundo, con bordados delicados en los puños y el cuello. Demasiado sofisticado para mí.

Junto al vestido había ropa interior limpia y unos zapatos que parecían demasiado elegantes. Encima con tacón... Todo un mundo alejado a mis verdaderas vestimentas.

Por un momento, consideré negarme a ponerme el vestido. Era una pequeña rebelión, pero una que podía permitirme. Sin embargo, la voz del consejero volvió a resonar, esta vez con una amenaza. Suspiré, reconociendo que no tenía opción.

Con movimientos reacios, comencé a vestirme. El tejido suave contra mi piel fue doloroso, pese a que la tela de este era suave, era como si me limase. Me sentía como una impostora.

Cuando llegué a los zapatos, me detuve. Mis pies, maltratados y llenos de heridas sin cicatrizar, palpitaban dolorosamente. La idea de forzarlos dentro de esos rígidos zapatos me hizo pensar en el posible dolor y las consecuencias. Decidí que esta sería mi pequeña victoria: no me los pondría. Si el rey quería verme, tendría que aceptarme descalza.

Mientras me peinaba, tratando de dar forma a lo que quedaba de mi cabello, no pude evitar preguntarme qué significaba todo esto. ¿Por qué este cambio repentino en mi trato? ¿Qué esperaba conseguir el rey con esta muestra de generosidad?

A pesar de esta limpieza superficial, las cosas estaban lejos de ser normales.

La extraña marca parecía palpitar con cada latido de mi corazón, como si tratara de comunicarme algo que no podía comprender.

Respiré hondo, preparándome para lo que fuera que me esperaba en la sala del trono. Fuera cual fuera el juego del rey, estaba decidida a no ser un peón manipulable. Con una última mirada al espejo, me enderecé, ignorando el dolor y el miedo. El vestido me hacía sentir vulnerable, expuesta, pero me negué a dejar que eso me debilitara. Mis pies descalzos comenzaron a andar en el suelo frío. Era hora de enfrentar mi destino, cualquiera que este fuera.

La puerta se abrió con un chirrido, revelando al consejero y a dos guardias.

Sus ojos se abrieron con sorpresa al verme. Esta reacción inesperada me provocó, en un primer momento, cierta satisfacción. No obstante, casi de inmediato, una sensación de incomodidad se apoderó de mí.

—Vamos —ordenó el consejero, recuperando rápidamente su compostura

—. El rey espera.

Salí de la habitación con la cabeza en alto.

Mientras avanzábamos por los pasillos del castillo, noté un cambio en la atmósfera. Los sirvientes y guardias que antes me habían mirado con

desprecio y miedo ahora mostraban una actitud diferente. Al principio, detecté curiosidad en sus miradas; luego, esta dio paso al asombro. Sus ojos me seguían, primero con cautela, después con creciente interés. Sus murmullos me acompañaban como una sombra:

—¿Es esa la bruja?

—No puede ser... parece una dama de la corte.

—Mira sus pies... ¿por qué va descalza?

Mantuve mi mirada fija al frente, negándome a mostrar cuánto me afectaban sus palabras. Pero no pude evitar notar cómo algunos hombres me miraban ahora, sus ojos recorrieron mi figura de una manera que me hizo sentir insegura. El vestido, que en otro contexto podría haber sido quizás bonito, ahora se sentía como una jaula de seda.

Finalmente, llegamos a las grandes puertas de la sala del trono. El consejero se detuvo, girándose hacia mí con una mirada de advertencia:

—Compórtate, bruja. Un solo movimiento en falso y...

No terminó la frase, pero el mensaje era claro. Asentí una vez, sin confiar en mi voz para responder.

Las puertas se abrieron, revelando una sala inmensa llena de gente. Nobles, consejeros, guardias... todos se giraron para mirarme. El silencio cayó sobre la sala como una manta pesada, roto solo por susurros asombrados y jadeos de sorpresa.

Avancé por el pasillo central, consciente de cada mirada, de cada murmullo.

Mis pies descalzos hacían un suave sonido contra el suelo de mármol.

—Es hermosa...

—¿Cómo puede una bruja verse así?

—Debe ser un truco, una ilusión...

Los comentarios flotaban a mi alrededor, pero me negué a reaccionar.

Mantuve mi mirada fija en el trono, donde el rey Aeran me esperaba.

Y entonces lo vi. Nuestras miradas se encontraron, y por un momento, el mundo pareció detenerse. Sus ojos grises, que tantas veces me habían mirado con frialdad desde el otro lado de los barrotes de mi celda, ahora me observaban con una intensidad que me dejó sin aliento. Vi cómo se abrían ligeramente, recorriendo mi figura. Al principio, percibí sorpresa en su mirada. Luego, esta dio paso a algo más profundo, más visceral.

El rey Aeran, que siempre había parecido tan distante e inalcanzable, ahora me miraba como si me viera por primera vez. Su postura cambió casi imperceptiblemente, inclinándose hacia adelante en su trono como si quisiera acercarse más.

Vi cómo tragaba saliva, su nuez se movió visiblemente. Sus manos, que antes descansaban relajadas en los brazos del trono, ahora se aferraban a ellos con fuerza, como si necesitara anclarse a algo. Por un instante, su máscara de rey impasible se deslizó, revelando al hombre debajo de la corona.

Un leve rubor coloreó sus mejillas, contrastando con la palidez habitual de su piel. Su boca se abrió ligeramente, como si quisiera decir algo, pero las palabras se hubieran quedado atrapadas en su garganta. Era evidente que mi apariencia lo había tomado por sorpresa, desarmándolo momentáneamente.

Los murmullos en la sala aumentaron, y pude escuchar claramente a alguien susurrar:

—Miren cómo la observa Su Majestad... ¿es posible que...?

Pero el comentario quedó interrumpido cuando el rey finalmente se puso de pie, su movimiento brusco silenció a la corte.

Me detuve consciente de que todos esperaban mi siguiente movimiento. El rey dio un paso hacia mí, casi involuntariamente, antes de detenerse y recuperar su compostura real.

¿Debería hacer una reverencia? ¿O mantenerme erguida, desafiante?

Estaba a unos metros de las escaleras del trono, manteniendo mi cabeza en alto. No iba a dejarme intimidar, no después de todo lo que había pasado, de todo lo que me había hecho.

—Nefely. Veo que has aprovechado bien las comodidades ofrecidas.

—No es que me dejaran muchas opciones. Aunque debo admitir que preferiría mi propia ropa.

Vi un destello de sorpresa y admiración en sus ojos grises antes de que volviera a su expresión seria.

—Estás aquí para responder algunas preguntas. Espero que estés dispuesta a cooperar.

—Siempre he estado dispuesta a cooperar, Majestad —respondí sin vacilar

—. Habéis sido vosotros quienes no han querido escuchar.

Un murmullo recorrió la sala ante mi audacia. El rey levantó una mano, silenciándolos.

—Muy bien —comenzó—. Primera pregunta: ¿Cuál es tu conexión con Gélidia?

—Ninguna, Majestad —respondí firmemente—. He vivido en Benie toda mi vida. Nací allí, me crie allí. Nunca he puesto un pie fuera del reino.

—¿Entonces cómo explicas tu presencia durante el ataque?

—No hay nada que explicar —dije, manteniendo mi voz calmada pero firme—. Estaba en mi hogar, ayudando a mi gente. Soy una sanadora, Majestad. Cuando el ataque comenzó, hice lo que siempre he hecho: curar a los heridos.

Vi cómo el rey procesaba mis palabras, su mirada era intensa, como si intentara ver a través de mí. O quizás comprobar si estaba diciendo la verdad.

—Una sanadora —repitió lentamente—. ¿Y esperas que crea que tus...

habilidades no tienen nada que ver con la brujería?

—Lo que usted crea no cambia la verdad, Majestad —respondí, sintiendo una chispa de desafío crecer en mi interior—. Uso hierbas y conocimientos antiguos, no hechizos oscuros. Pregúntele a cualquiera en Benie. Todos me conocen, todos han sido tratados por mí en algún momento. Aunque sabemos que por miedo dirán lo que quiere oír.

El rey dio un paso hacia delante, y pude sentir que la tensión en el aire aumentaba.

—¿Y qué hay de tu conexión con mi hermano, Kieran? —preguntó, ahora bajó su voz a un tono casi íntimo—. ¿Cómo explicas eso?

—Kieran es un niño amable que me mostró compasión cuando nadie más lo hizo —dije sin apartar la mirada—. No hay nada siniestro en nuestra amistad. Quizás debería preguntarse por qué un niño ve bondad donde los adultos solo ven amenazas.

El rey Aeran entrecerró los ojos, su mandíbula se tensó visiblemente. Dio un paso más hacia mí, acortando la distancia entre nosotros, aunque ambos sabíamos que no bajaría los escalones, ya me había visto de cerca en los sueños, dudaba que quisiera repetirlo.

—Cuidado, Nefely —advirtió—. No confundas mi paciencia con debilidad.

Aún no has sido exonerada de tus crímenes.

—¿Qué crímenes? —repliqué, alzando una ceja—. ¿El de curar a los heridos? ¿O acaso es un crimen en su reino mostrar compasión?

Un murmullo de indignación recorrió la sala. Vi cómo algunos cortesanos se removían incómodos, mientras otros me miraban con odio e ira.

Sus ojos grises ardieron con una intensidad que casi me hizo retroceder.

Casi. No tenía miedo alguno y muchos menos a él.

—Hablas de compasión —dijo, con sarcasmo—, pero ¿qué sabes tú de las responsabilidades de un gobernante? De la necesidad de proteger a un reino entero.

—Sé lo suficiente para entender que un buen gobernante protege a todos sus súbditos —respondí sin vacilar—. No solo a los que le convienen.

Vi cómo sus puños se cerraban a sus costados, como si luchara por mantener el control.

—¿Y qué hay de tus poderes? —preguntó bruscamente—. ¿Niegas que usas magia?

—Uso el conocimiento que me fue transmitido y que estudié. Conocimiento de hierbas, de la naturaleza. Si eso es magia para

usted, entonces quizás deberíamos revisar su definición.

—¿Y esperas que crea que esos... conocimientos no representan una amenaza?

—Espero que sea lo suficientemente sabio para reconocer la diferencia entre una amenaza real y un chivo expiatorio conveniente.

El silencio que siguió a mis palabras fue ensordecedor. Vi cómo el rey luchaba consigo mismo.

Finalmente, se giró hacia sus consejeros. Vi cómo intercambiaban miradas, murmurando entre ellos. El consejero que me había escoltado desde la torre parecía particularmente agitado, gesticulando furiosamente mientras hablaba en voz baja con el rey. Aunque me miró de reojo y pareció tranquilizarse. Al parecer él sí que me creía. Conocía esa expresión mejor que nadie.

Después de lo que pareció una eternidad, el rey volvió a enfrentarme. Su expresión era inescrutable, pero había algo en sus ojos que no había visto antes.

—Muy bien, Nefely —dijo finalmente—. Has respondido... lo suficiente por ahora.

Hizo una pausa, sus ojos nunca abandonaron los míos. Pude ver que estaba midiendo cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Tus respuestas, aunque directas, no resuelven todas nuestras preocupaciones. Hay mucho que aún necesita ser verificado. Permanecerás en la corte, bajo estricta vigilancia. Se te proporcionará una habitación y serás tratada con el respeto debido a una invitada retenida. Sin embargo —

añadió—, no te equivoques. Esto no es libertad, no hasta que yo lo diga.

Cualquier intento de escape, cualquier acto que se considere sospechoso, será castigado severamente.

—¿Y por cuánto tiempo debo soportar esta... hospitalidad forzada, Majestad? —pregunté, sin poder contener el sarcasmo en mi voz.

—Hasta que estemos seguros de que no representas una amenaza para este reino —respondió, su tono dejó claro que la discusión había terminado.

Mientras los guardias se acercaban para escoltarme fuera, no pude evitar lanzarle una última mirada. Nuestros ojos se encontraron una vez más, y por un instante, vi algo en su mirada. ¿Curiosidad? ¿Desafío? ¿Deseo?

Fuera lo que fuese, estaba claro que esto estaba lejos de terminar.

Salí de la sala del trono con la cabeza en alto, consciente de las miradas que me seguían. No sabía qué me deparaba el futuro en esta corte llena de intrigas y desconfianza, pero una cosa era segura: no iba a dejar que me rompieran. Había sobrevivido a la torre, sobreviviría a esto.

Y quizás, solo quizás, encontraría una manera de demostrar mi inocencia y recuperar mi libertad.



Jaulas doradas y recuerdos

amargos

Los guardias me empujaron por los pasillos del castillo, sus manos ásperas se agarraban a mis brazos con una fuerza innecesaria. Yo caminaba entre ellos, el vestido morado rozaba el suelo, mis pies descalzos eran silenciosos en comparación con el estruendo de sus botas. Debía de hacerme con unas iguales, parecían buenas.

Nos detuvimos frente a una puerta de roble tallado. Uno de los guardias la abrió de un empujón brusco.

—Adentro, bruja —gruñó, empujándome sin ceremonias—. Y no intentes nada gracioso. Estamos vigilando.

Trastabillé al entrar, apenas logrando mantener el equilibrio. La puerta se cerró de golpe detrás de mí, escuché cómo la llave daba vueltas en la cerradura avisándome de mi encarcelamiento.

Miré alrededor, momentáneamente aturdida por el contraste entre esta habitación y mi celda anterior. Era espaciosa, con techos altos y ventanales

que dejaban entrar la luz del atardecer. Tapices intrincados cubrían las paredes, narrando historias que no tuve tiempo de descifrar.

Una cama con dosel de finos bordados dominaba el centro de la habitación.

Sus sábanas eran de un blanco inmaculado que contrastaba con la oscuridad de la madera. Junto a ella, un pequeño escritorio y una silla tapizada parecían fuera de lugar en mi nueva realidad. En un rincón, una chimenea ardía suavemente, su calor era una caricia después del frío persistente de la torre. Lo curioso es que no me hubiera enfermado, supongo que era un hueso duro de roer.

Mi atención se centró en una mesa cerca de la ventana. Sobre ella, una bandeja de plata contenía una variedad de alimentos que hizo

que mi estómago se retorciera de hambre. Panes, quesos, frutas y un cuenco humeante de lo que parecía ser un guiso de carne.

Me acerqué con cautela, sospechando de lo que esa maravillosa comida podía contener. Cerré los ojos, permitiendo que mis sentidos se agudizaran.

Inhalé profundamente, dejando que los aromas de la comida me envolvieran. No detecté nada fuera de lugar, ningún olor sutil que indicara veneno o pócimas. Un don que tenía desde niña; el veneno siempre tiene un olor agrío. Era como si destacase por encima de los demás.

Abrí los ojos con una pequeña sonrisa de alivio en mis labios. La comida estaba limpia, libre de cualquier sustancia dañina. Mi don nunca me había fallado antes, y confiaba en él ahora más que nunca.

Sin más dudas, tomé un trozo de pan y lo llevé a mi boca. El sabor explotó en mi lengua, dulce y reconfortante. Antes de darme cuenta, estaba devorando la comida con un hambre que no sabía que poseía. El queso se deshacía en mi boca, las frutas estallaban con jugos dulces, y el guiso calentaba mi cuerpo desde dentro. Mi padre ya me hubiera regañado por comer así, pero no lo soportaba más.

Mientras comía, mi mente vagaba, tratando de procesar todo lo que había ocurrido. El interrogatorio en la sala del trono, la mirada intensa de mi querido rey Aeran, la reacción de la corte... Todo parecía un sueño febril, demasiado surrealista para ser verdad.

De repente, un dolor agudo explotó en mi pecho, justo donde estaba la marca. Era como si alguien hubiera presionado un hierro al rojo vivo contra mi piel. Jadeé, doblándome sobre mí misma, el trozo de pan que sostenía cayó al suelo.

—¿Qué... qué está pasando? —susurré entre dientes apretados, el dolor aumentaba con cada latido de mi corazón.

Me tambaleé hacia la cama, mis piernas apenas eran capaces de sostenerme.

Caí sobre las sábanas suaves, encogiéndome en posición fetal mientras el dolor se extendía a través de mí. Como si la marca tuviera vida propia, ardiendo y palpitando bajo mi piel.

A través de la bruma del dolor, mi mirada se posó en los ventanales que mostraban los jardines del castillo, un paraíso tan cercano y a la vez tan inalcanzable.

«Una jaula más grande sigue siendo una jaula».

El dolor comenzó a disminuir gradualmente, dejándome exhausta y temblorosa. Me incorporé lentamente cuando pude, mis músculos protestaron con cada movimiento. La marca en mi pecho palpitaba levemente, un recordatorio silencioso de que, a pesar de este cambio en mis circunstancias, nada era realmente lo que parecía.

Volví a la mesa, decidida a no dejar que el miedo me impidiera recuperar fuerzas. Comí lo que quedaba, saboreando cada bocado, agradecida por la comida. En aquel momento aquella comida me parecía la mejor que había probado hasta ahora.

—No sé qué estás planeando, Aeran —murmuré, limpiándome la boca con el dorso de la mano—, pero no caeré en tu juego. Sea cual sea tu intención, encontraré la manera de salir de aquí.

Me recosté en la cama, estaba muy cansada, los días se me habían hecho muy pesados. Me permití cerrar los ojos, aunque fuera un momento. Seguía siendo una prisionera, y de momento no tenían intención de matarme o hacerme daño, eso me daba cierta seguridad para descansar.

El suave colchón era tan cómodo comparándolo con el suelo de la celda, además de su calidez... Cerré los ojos, permitiendo que el cansancio me envolviera. Sin embargo, el sueño se resistía a llegar.

Mi mente, inquieta y agitada, vagaba sin rumbo, buscando algo a lo que aferrarse. Siempre me había costado tanto descansar, como si no lo tuviera permitido.

Fue entonces cuando ocurrió. Sin pretenderlo, sin siquiera ser consciente de ello, mi conciencia se deslizó más allá de los confines de mi propia mente.

Juro que en aquel momento no quería, aunque... Si lo había hecho era porque estaba pensando en él, mentirme a mí misma no servía de nada.

Era ese momento frágil entre la vigilia y el sueño, ese instante en el que las barreras se desdibujan y los pensamientos fluyen libres. Ese instante donde no puedes estar más inseguro. De alguna manera, me encontré en la mente del rey dragón, de nuevo.

Aeran estaba atrapado en un recuerdo, una memoria tan vívida que casi podía sentir su textura, oler los aromas del pasado, eran como flores, quizás incluso ropa recién lavada. Era él, pero mucho más joven, quizás de la edad de Kieran o apenas unos años más. Sus piernas cortas corrían por los mismos pasillos que yo había recorrido horas antes, pero estos parecían más luminosos, menos opresivos en su memoria infantil.

Llevaba algo en sus pequeñas manos, algo que protegía con fervor. El castillo bullía de vida a su alrededor: risas resonaban en las paredes de piedra, conversaciones se entremezclaban creando una cacofonía de voces masculinas. El pequeño Aeran, con el corazón latiendo de emoción, irrumpió en una gran sala dominada por una imponente mesa de roble oscuro.

Todas las miradas se posaron en él, pero solo una importaba realmente. Al final de la mesa, imponente como una montaña, se sentaba un hombre. Su cabello era oscuro como el ala de un cuervo, sus ojos grises como el acero de una espada recién forjada. Una barba espesa enmarcaba un rostro severo que no se suavizó ni

siquiera ante la presencia de su hijo. Un hombre que daba miedo a simple vista.

—Al fin estás aquí —dijo el hombre, su voz estaba cargada de reproche—.

¿Qué estabas haciendo, hijo mío?

El pequeño Aeran avanzó con pasos vacilantes hacia su padre. En sus ojos brillaba una combinación de orgullo y temor, dos emociones en constante batalla cuando se trataba de buscar la aprobación paterna.

—Mira, padre —dijo con voz temblorosa, abriendo sus manos para revelar su tesoro—. Es un polluelo.

El silencio que siguió fue breve, roto casi de inmediato por risas burlonas.

Los hombres alrededor de la mesa se mofaban del niño y su frágil hallazgo.

Entre ellos reconocí a Neval. Pero Aeran solo tenía ojos para su padre, esperando ver en su rostro, aunque fuera un atisbo de aprobación.

—¿Por eso has tardado tanto? —La voz del rey estaba cargada de desprecio.

Lo que siguió ocurrió tan rápido que apenas tuve tiempo de procesarlo. La mano del rey, grande y callosa, golpeó la del niño con una fuerza brutal. El polluelo cayó al suelo, un pequeño bulto de plumas que se agitaba débilmente. Aeran, con lágrimas asomando a sus ojos, intentó alcanzarlo, pero su padre lo agarró de la muñeca con una fuerza que debió dejar marcas. Pude ver en sus pequeños ojos grisáceos el dolor que le había causado.

—Eres mi heredero —declaró con una voz dura como el acero—. No vas por ahí curando pajaritos, ¿me oyes? No curas a nadie. Lideras

guerras, lideras batallas, pero no curas, ni recoges animales del suelo. Tú infliges dolor, no sanas. Un rey no sana, de eso se ocupan otros.

Aeran miró a su padre, sus ojos grandes estaban llenos de confusión y dolor.

Algo dentro de él pareció romperse en ese momento, una grieta demasiado vistosa en su inocencia infantil.

—Su madre estaba muerta y... —comenzó son su voz pequeña y temblorosa.

—No voy a repetírtelo, Aeran. —Le cortó su padre—. Un rey nunca se redime ante otros, da igual lo heridos que estén.

Uno de los consejeros, un hombre de rostro afilado y sonrisa cruel, se inclinó hacia el rey. Era Neval.

—Sabia lección, mi señor —dijo, con claramente, falsa admiración—. El joven príncipe debe aprender que la compasión no tiene lugar en el trono.

Otro hombre, más joven y con una cicatriz que le cruzaba la mejilla, añadió con una risa burlona:

—Quizás deberíamos conseguirle una espada de juguete. Así podrá practicar cómo atravesar pájaros en lugar de rescatarlos.

Las risas resonaron nuevamente, cada carcajada era como un golpe para el pequeño Aeran. Su padre lo soltó, empujándolo ligeramente cuando vio que comenzó a llorar silenciosamente.

—Ve a lavarte y vuelve cuando estés listo para comportarte como el príncipe que eres —ordenó, sin ningún atisbo de amor—. Los hombres no lloran.

Aeran salió corriendo de la sala, las lágrimas corrían libremente por sus mejillas. En el pasillo, se detuvo junto a una ventana, mirando hacia el jardín donde había encontrado al polluelo. Su pequeño cuerpo temblaba con sollozos silenciosos.

—Lo siento —susurró al aire—. Lo siento mucho, pajarito.

El recuerdo se desvaneció poco a poco, dejando tras de sí una estela de emociones contradictorias. Sentí cómo el Aeran adulto luchaba con ese recuerdo, con las lecciones aprendidas y las cicatrices marcadas.

Abrí los ojos, encontrándome de nuevo en la habitación. El recuerdo de Aeran resonaba en mi mente, añadiendo una nueva capa de complejidad a mi comprensión del rey dragón. Porque una parte de mí quería entenderle, pero otra se negaba a intentarlo.

El sol ya estaba saliendo y se filtraba por la ventana, pintando la habitación con tonos dorados y cálidos. Era tan extraño estar durmiendo en una cama, y, curiosamente, seguía prefiriendo la pequeña cabaña donde me crie.

Donde crecí, donde conocí absolutamente todo.

Me incorporé lentamente, estirando mis músculos doloridos y mirando a mi alrededor. La habitación, aunque lujosa, me parecía fría y ajena. Mi estómago rugió, recordándome que, a pesar de la cena de la noche anterior, mi cuerpo aún necesitaba recuperarse de semanas de privación.

Justo en aquel momento, unos golpes en la puerta y el giro de la llave me sobresaltaron. Cuando se abrió, allí estaba una doncella con un carrito cubierto con una tela llamativa de dragones. Encima de este portaba una bandeja con comida que olía deliciosamente.

—Buenos días —dijo la doncella con una voz suave y educada, pero con miedo—. El rey pidió que le trajéramos la comida al amanecer.

Llevó la bandeja de la noche anterior y dejó el carrito allí, cerca de la cama.

—¿Desea algo más?

Negué con la cabeza, aún adormilada y un poco agobiada por la situación.

Ella asintió y salió de nuevo de la habitación. No se olvidó de poner la llave.

En aquel momento, para mi absoluta sorpresa, de repente, la tela del carrito se movió. Me quedé paralizada, observando cómo de abajo salía una figura pequeña y familiar. Kieran.

—¡Nefely! —exclamó en un susurro emocionado.

—¿Kieran? ¿Qué haces aquí? Vas a meterte en un gran lío... Vamos a meternos en un gran lío.

El niño corrió hacia mí, lanzándose a mis brazos sin dudarlo. Lo atrapé instintivamente, sorprendida por la fuerza de su abrazo y lo levanté del suelo.

—Te he echado mucho de menos —dijo, su voz se amortiguó en mi hombro

—. Aeran no me dejaba verte y estaba muy enfadado.

Sentí cómo mi corazón se encogía ante sus palabras. Acaricié su cabello suavemente, recordándome a mí misma que Kieran era solo un niño de seis años. Un niño que, por alguna razón, había decidido que yo era digna de su confianza y afecto. Sus pequeñas manos intentaban rodearme buscando calor, consuelo, algo que le hiciera sentir seguro y, sobre todo, buscaba algo familiar.

—Yo también te eché de menos, pequeño dragón —respondí suavemente—.

Pero no deberías estar aquí. Si tu hermano se entera...

Kieran se apartó un poco, mirándome con determinación.

—No me importa —declaró con la firmeza que solo un niño puede tener—.

Eres mi amiga y quería verte.

No pude evitar sonreír ante su valentía.

—Eres muy valiente, Kieran. Pero también muy travieso —dije, intentando sonar seria, pero fallando miserablemente—. ¿Cómo has conseguido esconderte en el carrito?

Kieran sonrió traviesamente.

—Fue fácil —explicó, sentándose en mis piernas. Sus manos buscaron las mías para no separarse—. Me escondí en la cocina y esperé a que prepararan tu desayuno. Luego, cuando nadie miraba, me metí debajo del carrito. ¡Fue como jugar al escondite!

No pude evitar reír ante su entusiasmo, aunque la preocupación seguía presente en el fondo de mi mente.

—Ciertamente eres ingenioso —admití—. Pero Kieran, esto es peligroso. Si nos descubren...

—No lo harán —interrumpió con confianza—. Soy muy bueno escondiéndome. Además —añadió, con una expresión más seria—, quería

ver si estabas bien. Aeran dijo que ya no estabas en la torre, pero no me dejaba verte. ¿Estás bien?

Sentí una oleada de ternura hacia este niño que se había arriesgado tanto por mí. Instintivamente, extendí mis brazos y lo atraje hacia mí en un abrazo cálido y reconfortante.

—Estoy bien, Kieran —le aseguré, acariciando suavemente su cabello mientras lo sostenía cerca—. Tu hermano... el rey ha sido... más amable de lo que esperaba.

Kieran se apartó un poco para mirarme, frunciendo el ceño, un gesto adorable en su rostro infantil. Él era adorable. Despertaba algo en mí que no entendía bien qué era, pero solo tenía el instinto de protegerlo y darle todo ese amor que me estaba pidiendo.

—Aeran puede ser bueno —dijo con convicción—. Pero a veces se pone muy serio y me da miedo.

Sus palabras, tan inocentes y sinceras, me recordaron lo joven que era realmente. Lo atraje de nuevo hacia mí, frotando círculos reconfortantes en su espalda.

—¿Sí? —pregunté suavemente, curiosa por saber más—. ¿Cuándo se pone serio?

—Cuando habla con los señores aburridos de capas largas —respondió, su voz amortiguada contra mi hombro—. O cuando dice que tiene que protegernos. Pero yo no entiendo de qué. ¡Yo tengo a Fulgor para protegerme!

No pude evitar sonreír ante su lógica infantil. Me aparté un poco para poder verle la cara y le di un suave toque en la nariz, haciéndole reír.

—Claro, tienes razón —dije, siguiéndole el juego—. Fulgor debe ser un gran protector.

—¡El mejor! —exclamó Kieran con entusiasmo, sus ojos brillando de emoción—. Algún día, cuando sea grande, volaré con él y seré tan fuerte como Aeran.

Su inocencia y optimismo eran contagiosos. Por un momento, olvidé mis preocupaciones y me permití disfrutar de la compañía de este niño adorable.

Extendí mi mano y acaricié suavemente su mejilla, sintiendo una calidez maternal que nunca antes había experimentado.

—Estoy segura de que lo serás —le aseguré, inclinándome un poco hacia él en la cama—. Pero ahora, pequeño dragón, tenemos que pensar en cómo vas a salir de aquí sin que te descubran.



La bruja en mis pensamientos

Aquella mañana, la carga de mis responsabilidades reales parecía aplastarme con una intensidad sin precedentes.

Mi deber era comunicarme por carta con dos reinos vecinos, además de solicitar refuerzos a las casas nobles de mi propio reino. La tarea, aunque rutinaria, era de vital importancia. Sabía que, si las mismas cartas las escribía yo, el rey, se tomarían más en serio mi mensaje. La amenaza de guerra con Gélidia se cernía sobre nosotros como una nube oscura, y cada aliado potencial era crucial.

Me vestí con cuidado, eligiendo una túnica azul profundo bordada con hilos de plata; los colores de nuestra casa real. Mientras me ajustaba el cinto del que colgaba mi espada ceremonial, no pude evitar que mis pensamientos vagaran hacia la bruja, Nefely. Su presencia en el castillo, a solo dos habitaciones de la mía, era como una espina clavada en mi costado, una constante fuente de inquietud y... Nada. No debía ser nada más.

Salí de mis aposentos, decidido a dirigirme directamente a mi despacho para desayunar mientras trabajaba. Sin embargo, al pasar frente a su puerta, un sonido me hizo detenerme en seco. Parecían... ¿voces? Fruncí el ceño,

acercándome más a la puerta. Sí, definitivamente había alguien hablando allí dentro.

Me giré hacia los guardias apostados a ambos lados de la puerta, los miré con reproche, esperando que no hubieran incumplido mis órdenes.

—¿Ha entrado alguien en esta habitación?

Los guardias intercambiaron una mirada de confusión antes de responder al unísono:

—No, Majestad. Nadie ha entrado ni salido desde que se le trajo el desayuno esta mañana.

Su respuesta solo aumentó mi intranquilidad. Si nadie había entrado, ¿con quién estaba hablando la bruja?

—Abrid la puerta —ordené, llevé mi mano instintivamente hacia la empuñadura de mi espada.

Los guardias se apresuraron a obedecer, girando la llave en la cerradura y abriendo la pesada puerta de roble. Lo que vi dentro me dejó momentáneamente sin palabras.

Allí, sentado en la cama como si fuera lo más natural del mundo, estaba Kieran. Mi hermano pequeño sonreía ampliamente, aparentemente ajeno a la gravedad de la situación. Nefely estaba a su lado, tensa, sus ojos se movieron rápidamente entre Kieran y yo.

Maldije internamente, la frustración y la preocupación luchaban por dominar mis emociones. ¿Cómo demonios había entrado Kieran? ¿Cómo era posible que nadie se hubiera dado cuenta?

—¿Qué hace aquí? —pregunté, señalando a Kieran con un gesto brusco.

Kieran, con la inocencia propia de sus seis años, saltó de la cama y se acercó a mí, sin mostrar ni un ápice de temor.

—He entrado yo, hermano —declaró con orgullo—. Me he colado con el carrito del desayuno. ¡Y estoy practicando los saltos de dragón!

Suspiré profundamente, negando con la cabeza. La audacia de Kieran era tanto admirable como exasperante. Ya no sabía cómo hacerle entender que sus acciones eran peligrosas, no solo para él sino para todo el reino. Para sus propios hermanos.

—Kieran —dije, esforzándome por mantener la calma—, ¿cuántas veces tengo que decirte que no puedes hacer estas cosas? Es peligroso.

—Pero, Aeran —protestó—, Nefely es mi amiga. Solo quería verla.

Sentí cómo la frustración crecía en mi interior. Era difícil vigilar a Kieran, su curiosidad y rebeldía lo hacían escurridizo. Pero entonces, una idea comenzó a formarse en mi mente. Tal vez no podía controlar completamente a Kieran, pero a Nefely...

Me giré hacia la bruja, que había permanecido en silencio durante todo el intercambio.

—Ven conmigo, ahora —ordené.

Nefely arqueó una ceja, vi una chispa de desafío brillando en sus ojos.

—¿No le han enseñado modales? —replicó, con su tono cargado de sarcasmo. Bajó de la cama y se detuvo de pie—. ¿Dónde está el «por favor»? Creo que ya tienes una cierta edad. Con veinticuatro años la educación principal debería ser conocida para ti.

Sentí cómo la ira burbujeaba en mi interior. ¿Cómo se atrevía a cuestionarme así? Tomé una respiración profunda, recordándome que perder los estribos no ayudaría en nada.

—Escúchame bien, bruja —dije, acercándome a ella hasta que nuestros rostros estuvieron a centímetros de distancia—. A partir de ahora, vas a acompañarme. Serás mi doncella personal.

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa, no sabía bien qué significaba la expresión de su rostro quizás: confusión, indignación o curiosidad. Aunque también parecía reírse de mí.

—¿Tu doncella? —repitió, incrédula—. ¿Acaso cree que puede convertirme en su sirvienta así sin más?

—Puedo y lo haré. Es eso o volver a la torre. Tú eliges.

Nefely me sostuvo la mirada, sus ojos azules brillaban con una intensidad que me dejó momentáneamente sin aliento. Por un instante, creí ver un destello de... algo en esos ojos, algo que iba más allá del desafío y la rebeldía.

—Muy bien, Su Majestad —dijo finalmente, el sarcasmo no lo dejaba de lado, al parecer iban juntos siempre, como una estúpida sombra —. Seré su

«doncella». Pero no espere que me comporte como una sirvienta sumisa.

—No esperaría menos de ti —respondí, sorprendido por la sonrisa que amenazaba con formarse en mis labios.

Kieran, que había observado todo el intercambio con ojos grandes y curiosos, de repente soltó una risita y se lanzó contra mis piernas, abrazándome con fuerza.

—¡Genial! —exclamó, con demasiada alegría—. ¿Eso significa que Nefely estará con nosotros todo el tiempo? ¿Para siempre?

Sentí cómo mi corazón se ablandaba ante su entusiasmo. A pesar de la situación, a pesar de todos los peligros y las dudas, no pude evitar sentir una chispa de algo parecido a la esperanza.

—No todo el tiempo, Kieran —respondí, acariciando su cabello—. Nefely tiene trabajo que hacer ahora. Y tú, jovencito, tienes lecciones a las que asistir.

Kieran hizo un puchero, pero no protestó. Con un último abrazo a Nefely, que lo recibió con una sonrisa suave que me sorprendió, salió de la

habitación escoltado por uno de los guardias.

Me volví hacia ella, estudiándola con atención. Vestida con el elegante vestido morado que le habíamos proporcionado, su cabello oscuro caía en ondas sobre sus hombros, parecía más una dama de la corte que una prisionera. La idea de tenerla cerca, de poder observarla y entenderla mejor, despertaba en mí un torbellino de emociones. Al principio, sentí una intensa curiosidad. Luego, esta dio paso a una inquietud inexplicable. Cada vez que la miraba, mis sentimientos oscilaban, incapaz de definir con claridad lo que su presencia me provocaba.

—Bien —dije finalmente, rompiendo el silencio tenso que había caído entre nosotros—. Sígueme. Tenemos mucho trabajo por delante. Mejor dicho, tengo.

Mientras salíamos de la habitación, no pude evitar preguntarme en qué me estaba metiendo. Esta mujer, esta bruja, era un enigma que me fascinaba y me aterraba a partes iguales. Y ahora, la tendría a mi lado día y noche.

El roce de su vestido contra el suelo de piedra era como un susurro constante, recordándome su presencia, una maldición demasiado tentadora.

Su aroma, era una mezcla de hierbas silvestres, quizás algo más fuerte, más intoxicante, llenaba el aire a nuestro alrededor. Me encontré respirando más profundamente, casi de manera inconsciente. Como si quisiera tragarme su aroma.

Los guardias abrieron la puerta de mi despacho al llegar, sus ojos se desviaron hacia Nefely de una forma que hizo que mi sangre hirviera. La miraban como si acabaran de darse cuenta de lo atractiva que era, sus miradas recorrieron su figura de una manera que me pareció completamente inapropiada. ¿Qué estaban mirando? ¿Yo les había dado permiso para eso?

No, no debían mirarla así de ningún modo, no lo consentía.

—¿Desea que alguno de los guardias le acompañemos, Majestad? —

preguntó uno de ellos con falsa preocupación.

—No —respondí secamente, mi tono sonó más cortante de lo que pretendía.

Como si sus miradas me hubieran puesto celoso—. Estaré bien.

Los guardias asintieron, cerrando la puerta tras nosotros. El sonido de la madera contra el marco resonó en la habitación, dejándonos solos.

Me dirigí directamente hacia el escritorio y me senté, intentando ignorar la presencia de Nefely. Algo un tanto imposible. Ella se quedó allí, de pie, observando su alrededor con una curiosidad que no se molestaba en ocultar.

Sus ojos recorrían las estanterías llenas de libros, los mapas desplegados sobre una mesa lateral, deteniéndose finalmente en mí, sin vergüenza alguna.

Cogí la copa que estaba cerca de mí y la golpeé contra la madera del escritorio, el sonido seco rompió el silencio, pero no la asusté. Creo

que nada podía asustar a esta mujer. Señalé la jarra que había en el carrito junto a la pared.

—Llénamela cada vez que la veas vacía —ordené, sacando los papeles de los cajones y evitando mirarla directamente.

—¿En serio un rey no sabe pedir por favor? —Su voz, suave, pero cargada de desafío, me hizo levantar la mirada. Observarla era como sentirme extraño, vulnerable e incluso herido—. ¿Se saltaron esa lección en su infancia? O quizás no escuchabas cuando la impartían...

Estaba de pie junto al carrito, con una mano en la cadera, su postura era desafiante y... seductora. El vestido morado se ajustaba a sus curvas de una manera que encontré difícil de ignorar. Cerré los ojos por un momento, intentando recuperar la compostura. Pero no podía, era demasiado atractiva.

—Eres mi doncella —respondí cuando volví a abrir los ojos, mi voz estaba más ronca de lo que esperaba, delatándome—. No tengo por qué pedirte las cosas por favor. Haces lo que yo diga, cuando yo diga, nada más.

Una sonrisa lenta y peligrosa se formó en sus labios. Se acercó al escritorio con pasos deliberadamente lentos, cada movimiento suyo era fluido y grácil. Se inclinó sobre la mesa, sus manos se apoyaron en la madera pulida y su rostro se detuvo a centímetros del mío.

—Pues no hay vino —susurró, su aliento cálido rozó mi mejilla.

Me tensé por completo. La irritación fue lo primero que sentí, una molestia aguda que me recorrió el cuerpo. Pero rápidamente, esta dio paso a algo más primitivo, más peligroso. Como si en aquel momento fuera capaz de lanzarme a ella como un animal sin control. Su cercanía era embriagadora, el calor de su cuerpo... Me iba a volver loco, ella me iba a volver loco.

—¿En serio? —gruñí, luchando por mantener el control—. ¿Te atreves a burlarte de tu rey?

Nefely se echó hacia atrás, riendo suavemente. El sonido envió escalofríos por mi columna. Aquella risa pareció darme mil años de vida, como si estuviera en un sueño placentero.

—No me burlo, Majestad —respondió con diversión—. Simplemente constato un hecho. La jarra está vacía. No puedo convertir la nada en vino me temo.

Me levanté de la mesa para ser yo mismo el que comprobase que no quedaba vino, y, efectivamente no había. La frustración se mezcló con una extraña sensación de vergüenza.

—Bien, parece que tienes razón —admití a regañadientes, girándome para encararla.

Nefely estaba apoyada contra el escritorio, con una sonrisa de satisfacción jugando en sus labios. La luz que se filtraba por la ventana iluminaba su perfil, destacando la curva de su cuello y el brillo de su cabello oscuro. Por un momento, me quedé sin aliento. Era demasiado hermosa, más de lo que mis ojos habían visto nunca. Era hipnotizante, me estaba volviendo loco, quería que estuviera lejos de mí, pero a su misma vez no quería que nadie más la viera. No, porque si veían lo que yo... Maldecía a todos los que se atrevieran a mirarla como yo.

—¿Sorprendido, Majestad? —preguntó, en un tono burlón que debería haberme irritado, pero que, en cambio, me fascinó y excitó. Su maldita voz me excitaba—. Parece que incluso las brujas pueden decir la verdad de vez en cuando.

Di un paso hacia ella, reduciendo la distancia entre nosotros. Olía como las flores de lluvia, un olor que me hacía querer más, como si no fuera suficiente. Me acerqué a ella suspirando, mas, no pude evitar fijarme en lo delgada que estaba, en que se le notaba las

clavículas. Que, si de por sí ya lo estaría, mi encerramiento solo había empeorado su aspecto y me sentí culpable. Casi la había matado de hambre, ¿de verdad me hubiera sentido bien al hacerlo? No, por supuesto que no, eso no era propio de un buen rey.

La culpa se mezcló con una oleada de deseo que me dejó confundido y frustrado. Era una combinación peligrosa, una que amenazaba con nublar mi juicio.

—No deberías llamarte bruja con tanta ligereza. Hay quienes tomarían eso como una confesión y no serían clementes contigo.

Nefely alzó una ceja, un gesto que encontré irritantemente atractivo. Lo hacía mucho, podía decir que siempre que algo le molestaba o le chirriaba.

—¿Y eso te preocupa, Aeran? ¿Temes que confiese mis crímenes imaginarios?

Su uso de mi nombre, tan casual y familiar en sus labios, envió un escalofrío en mi cuerpo. Nadie, excepto mis hermanos, se atrevía a llamarme así. Y de su boca sonaba hasta provocativo, como un susurro pidiéndome acercarme más.

—Solo intento advertirte, por tu propio bien —respondí, luchando por mantener un tono firme—. Estás caminando sobre hielo muy fino, Nefely.

Ella sonrió, una sonrisa lenta y seductora que hizo que mi corazón se acelerara.

—El peligro siempre ha sido parte de mi vida, Majestad. La pregunta es,

¿estás preparado para el peligro que represento?

Estábamos tan cerca que podía sentir el calor emanando de su cuerpo. Su aroma me envolvía, nublando mis sentidos y mi juicio.

—Creo que la pregunta es si tú estás preparada para las consecuencias de tus acciones —murmuré, mi voz apenas fue un susurro, me desarmaba por completo.

Nefely se inclinó ligeramente hacia mí con sus ojos fijos en los míos.

—¿Y cuáles serían esas consecuencias, Aeran? ¿Más tiempo en la torre? ¿O

tienes algo más... interesante en mente?

Su pregunta, cargada de insinuaciones, hizo que mi pulso se acelerara.

Estábamos jugando con fuego, y ambos lo sabíamos.

Cuando quise darme cuenta estaba más cerca de ella de lo que realmente quería. Lo sorprendente es que ella no se movió, no me tenía miedo, aunque tampoco respeto y eso me enervaba. Debía de tenerme respeto, debía de verme como su rey, como la persona que podía decir qué hacer con su vida.

El sonido de alguien llamando a la puerta rompió el hechizo. Nos separamos bruscamente, como si nos hubiéramos quemado.

—¡Adelante! —grité de malas formas

Un sirviente entró, cargando una bandeja con una jarra de vino y más copas.

Sus ojos se movieron entre Nefely y yo, como si tuviera una pregunta silenciosa en su mirada.

—Déjalo ahí —ordené, señalando una mesa lateral, mientras le miraba de la peor manera que existía.

El sirviente obedeció rápidamente y salió, cerrando la puerta tras de sí. El silencio que siguió estaba cargado de tensión.

Nefely fue la primera en moverse, dirigiéndose hacia la jarra recién traída.

La observé mientras servía el vino en mi copa con mucho cuidado. Cuando me la ofreció, nuestros dedos se rozaron, enviando chispas de electricidad por mi brazo.

—Su vino, Majestad —dijo, con suavidad, fingiendo ser alguien que no era.

Tomé un largo trago, agradecido por la distracción y el calor del alcohol.

Cuando bajé la copa, vi que Nefely me observaba con una intensidad que me dejó sin aliento.

—¿Satisfecho? —preguntó, con una sonrisa juguetona bailando en sus labios.

—Estaré satisfecho cuando me obedezcas —respondí, intentando recuperar algo de control sobre la situación. Con ella no tenía control sobre nada.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Me temo que entonces nunca lo estará —respondió mientras me sentaba de nuevo en el escritorio.

Instintivamente una sonrisa apareció en mis labios, me reí de aquello, no quería, la odiaba. Pero me reí. Quizás había cometido un error trayéndola conmigo, quizás debí haberla dejado en su habitación, pero ahora me sentía responsable de ella de alguna manera. Sentía que ahora era mi deber protegerla.

—Kieran me dijo que tus padres fallecieron —dije mojando la pluma en la tinta.

Se hizo un silencio entre nosotros, elevé la cabeza y me di cuenta de que tenía los labios apretados, como si se negase a hablar.

—Sí, ambos.

—¿De qué? —Intenté que mi tono sonara más curioso que acusador.

Solo quería saber si era verdad, si de verdad todo lo que me había contado hasta ahora era cierto. La observé cuidadosamente, buscando cualquier señal de engaño en su rostro.

—Mi padre sirvió en la guerra cuando su padre aún era rey. —Hablaba con tristeza, lo veía—. En la guerra de las tierras del reino Ventara.

Las recordaba vívidamente, aunque yo solo era un niño cuando el reino de Ventara suplicó ayuda a mi padre porque Gélidia estaba sembrando el caos en sus fronteras. Mi padre, en su arrogancia, no se lo pensó dos veces. Con una sonrisa desdeñosa, reclutó a hombres para la batalla, pero no a soldados entrenados. No, él reunió a cualquiera que pudiera sostener una espada: campesinos cuyas manos estaban más acostumbradas al arado que a la guerra, aldeanos que nunca habían visto más sangre que la de los animales que sacrificaban, incluso ancianos y muchachos apenas salidos de la niñez.

Jamás se le habría ocurrido enviar a su ejército real, esos hombres estaban reservados para su propia protección y sus caprichos. En su lugar, vistió a esos pobres inocentes con armaduras mal ajustadas, les puso espadas sin filo en las manos y los envió al matadero. Era una táctica que yo ahora, como rey, encontraba no solo impensable sino profundamente inmoral.

Enviar a esos hombres era condenarlos a una muerte segura y cruel.

Y la culpa me carcomía, porque, aunque yo no tomé esas decisiones, me sentía responsable de las acciones de mi padre. No fueron pocas

las malas decisiones que tomó durante su reinado. Era imprudente hasta el punto de la temeridad, a menudo actuando por impulso sin considerar las consecuencias.

Peor aún, su afición por la bebida era un secreto a voces en la corte. No era raro verlo llegar tambaleándose a las reuniones del consejo, apestando a vino y con la mente nublada por el alcohol. Tomaba decisiones cruciales para el reino mientras apenas podía mantenerse en pie, firmaba decretos sin siquiera leerlos, y en más de una ocasión insultó gravemente a consejeros de otros reinos en su estupor etílico.

No dije nada, agaché la cabeza sabiendo que me estaba juzgando. El peso de las decisiones de mi padre, decisiones que ahora me parecían crueles e innecesarias, se sentía como una carga sobre mis hombros.

—¿Y tu madre? —pregunté finalmente, rompiendo el silencio incómodo que se había instalado entre nosotros.

De nuevo hizo un silencio, más largo esta vez. Cuando volví a mirarla, vi que sus ojos estaban perdidos en algún punto lejano, como si estuviera

reviviendo recuerdos dolorosos.

—Ella enfermó —respondió al fin.

No me lo creía. Ella era curandera, ¿no? ¿Cómo podía haber dejado que su propia madre enfermara? ¿Cómo es que no la había sanado?

—¿Y no la curaste? —pregunté, sin poder evitar que una sonrisa escéptica se formara en mis labios. Estaba seguro de que me estaba mintiendo.

—Tenía doce años —respondió, de forma directa y dura.

¿Qué sentí? ¿Dolor? ¿Culpa? ¿Ira? Todo.

La sonrisa se borró de mi rostro inmediatamente. Me sentía culpable.

Mucho, a veces no pensaba en lo que decía y simplemente lo soltaba.

—Yo... lo siento —murmuré, sintiéndome torpe e insensible—. No debí asumir...

—No, no debiste. —Me cortó mientras sus ojos se encontraron con los míos. En ellos vi un dolor tan profundo y real que me dejó sin aliento—. No sabes nada de mí, Aeran. No sabes lo que he vivido, lo que he perdido. Pero supongo que es fácil verlo desde tu posición privilegiada.

Su mirada me atravesó, intensa y desafiante. Por un momento, me perdí en esos ojos azules, tan llenos de emociones contradictorias. Parte de mí quería apartar la mirada, mantener la distancia que un rey debería tener con una prisionera, con una supuesta bruja. Pero otra parte, una que crecía con cada segundo que pasaba, no podía dejar de mirarla.

—Tienes razón —admití finalmente con un tono más suave de lo que pretendía—. He sido... injusto contigo.

Nefely parpadeó, sorprendida por mi admisión. La vulnerabilidad en su rostro me golpeó con fuerza, recordándome que, bruja o no, era una persona que había sufrido, que había perdido.

—Lo siento —añadí, las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas—. Por asumir, por juzgarte sin conocerte.

Ella dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros. Pude ver cada detalle de su rostro: las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, testigos de risas y lágrimas pasadas; la curva suave de sus labios, ahora apretados en una línea tensa. Sus pequeñas pecas, como constelaciones sobre su piel, me invitaban a trazar mapas imaginarios con la mirada.

De repente, me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Había algo en la intensidad de sus ojos, de un azul profundo como el océano en calma, que me atrapaba y me hacía sentir vulnerable y expuesto. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando noté el sutil aroma a jazmín y vainilla que emanaba de ella.

Su presencia llenaba el espacio entre nosotros, eléctrica y magnética. Sentí un impulso inexplicable de acercarme aún más, de rozar con mis dedos la línea de su mandíbula, de descubrir si su piel era tan suave como parecía. El corazón me latía con fuerza en el pecho, y me pregunté si ella podría escucharlo en el silencio que nos envolvía.

—¿Por qué te disculpas, Aeran? —preguntó sacándome del hechizo—. Soy tu prisionera, una amenaza para tu reino. ¿No es eso lo que crees?

Su pregunta me sacudió. ¿Qué creía realmente? Una parte de mí, la parte que había sido entrenada para ser rey, para desconfiar de todo y de todos, gritaba que sí, que era una amenaza, que debía mantener la guardia alta.

Pero otra parte...

—Yo... —comencé, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Ya no estoy seguro de lo que creo.

Nefely inclinó la cabeza, estudiándome con una intensidad que me hizo sentir expuesto, como si pudiera ver a través de todas mis defensas.

—¿Y eso te asusta? —preguntó suavemente—. ¿No estar seguro?

Asentí, incapaz de mentir ante esa mirada. Parecía ser mi suero de la verdad.

—Aterroriza. Un rey siempre debe estar seguro, ¿no?

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios. No pude responder.

—Un hombre puede permitirse dudar, Aeran —susurró Nefely—. Un rey sigue siendo un hombre, da igual lo grande que sea su corona.

El sonido de mi nombre en sus labios era como una caricia prohibida. Nos miramos fijamente, el aire entre nosotros crepitaba con una tensión que amenazaba con consumirnos.

De repente, un gemido de dolor escapó de sus labios. Se llevó la mano al pecho y sus ojos se volvieron blancos como la nieve. Me levanté de golpe asustado haciendo que la silla se cayese, la preocupación superó momentáneamente mi cautela.

—¿Nefely? —pregunté, observando cómo cerraba sus ojos con fuerza.

Se fue dejando caer al suelo, con una mano en su pecho y otra en su cabeza.

Mi respiración se aceleró mientras escuchaba sus quejidos, sin comprender qué estaba sucediendo.

Con duda, acerqué mis manos a su rostro sin llegar a tocarlo. De repente, todo el miedo y el desconocimiento que tenía de ella parecieron desvanecerse. Vi cómo su dolor cesaba, y sus ojos, aún blanquecinos, se enfocaron en mí.

Me quedé inmóvil, cautivado por cada detalle de su rostro. Las pequeñas arrugas de tensión alrededor de sus ojos se suavizaron lentamente. Sus labios, antes apretados en una mueca de dolor, se relajaron, revelando su suave curvatura. Noté cómo un leve rubor comenzaba a colorear sus mejillas, contrastando con la palidez anterior.

Sus pestañas, largas y oscuras, aletearon suavemente mientras parpadeaba, como si estuviera despertando de un sueño. Una pequeña cicatriz, casi

imperceptible en la comisura de su labio, captó mi atención. Nunca antes la había notado, y me pregunté sobre su origen.

La impotencia me invadió como una ola. Quería ayudarla, protegerla, borrar cualquier rastro de sufrimiento de su rostro. Pero mis manos quedaron suspendidas en el aire, incapaces de cerrar la distancia. ¿Cómo podía consolar a alguien que sentía que era mi enemiga? La frustración creció en mi pecho, mezclándose con una inesperada ternura.

Sus ojos azules, aún nublados, pero cada vez más claros, se clavaron en los míos. Vi en ellos una vulnerabilidad que nunca antes había mostrado, y sentí que algo dentro de mí se rompía. La necesidad de hacer algo, lo que fuera, para aliviar su dolor era angustiosa, pero me sentía completamente inútil.

—¿Qué te ocurre?

Pestañeó y el azul familiar regresó. Pareció recobrar la consciencia, su mirada se cruzó con la mía, reflejando desconcierto y miedo, algo que me dejó sin aliento.

—He visto su emblema —dijo con voz ronca—. El emblema de Gélidia en uno de los pueblos cerca de la costa...

Me quedé inmóvil, sintiendo cómo la sangre se me helaba en las venas.

—Estaban quemando y arrasando con todo —continuó—. Estaban ganando porque... porque sabían por dónde ibas a ir.

La miré fijamente, buscando cualquier indicio de engaño en sus ojos, pero solo encontré una verdad aterradora que hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Cómo es posible? —murmuré, más para mí que para ella.

Nefely se incorporó lentamente, quedando cerca de mí.

—No lo sé, Aeran. Pero lo que he visto... es el futuro.

Sus palabras deberían haberme alarmado, pero en ese momento, lo único que podía procesar era lo frágil que se veía. El color aún no había regresado a sus mejillas y un ligero temblor recorría su cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunté, sorprendiéndome a mí mismo por la preocupación en mi voz.

Nefely me miró con confusión.

—¿Qué? Aeran, ¿acaso no has escuchado lo que dije sobre Gélidia? ¿Sobre la destrucción que se avecina?

—Sí, te he escuchado, no estoy sordo —respondí, incapaz de apartar mis ojos de ella—. Pero ahora mismo...

Me detuve, consciente de lo absurda que era la situación. Esta mujer era mi prisionera, mi enemiga. Y, sin embargo, en ese momento, lo único que me importaba era su bienestar.

—¿Ahora mismo qué? —preguntó con un destello de algo indescifrable en sus ojos.

—Ahora mismo, me preocupas tú.

Vi la sorpresa en su rostro. Por un instante, la tensión entre nosotros cambió, transformándose en algo más profundo, más peligroso.

—No deberías —murmuró, pero su voz carecía de convicción—. Soy tu enemiga, ¿recuerdas?

—Lo sé —respondí, sintiendo cómo años de desconfianza y antagonismo luchaban contra esta nueva e inesperada preocupación —. Créeme, lo sé.

Pero no puedo evitarlo.

Nos miramos en silencio, ambos conscientes de que algo fundamental había cambiado entre nosotros. El futuro del reino pendía de un hilo, amenazado por la visión de Nefely. Pero en ese momento, atrapado en la intensidad de su mirada, me encontré luchando contra el impulso de acercarme más a ella, de protegerla de lo que sea que le causara tanto dolor.

—Aeran —susurro ella—. Tienes que centrarte. El reino te necesita.

Sus palabras me devolvieron a la realidad, pero no disiparon la confusión en mi corazón. Asentí lentamente, consciente de que tendría que lidiar con estos nuevos sentimientos más tarde. Si me atrevía a ello...

—Tienes razón. Cuéntame todo lo que has visto. Cada detalle.

Mientras Nefely comenzaba a hablar, me preparé para escuchar, dividido entre mi deber como líder, y esta nueva y desconcertante preocupación por la mujer que, hasta hace poco, consideraba mi mayor enemiga.



Ascenso de tensiones

No sabía qué odiaba más, si la torre o esta rutina tan... tan ostentosa y cercana a él. Durante estos días me levantaban con el sonido de unos nudillos en la puerta. Entraba la comida en una bandeja y el pequeño Kieran me saludaba desde la puerta muy alegre. Me vestía,

Aeran pasaba a por mí e íbamos a su despacho. Ambos en completo silencio, llenando su copa una y otra vez hasta que se cansaba o se pasaba la mano por el cabello, frustrado. La comida y la cena eran en mi celda. Todo era lo mismo. Al menos ahora ya no me miraban tan mal los guardias, incluso creo que comenzaba a caerle bien a Thorak. Porque una tarde, mientras él entraba a mi habitación para dejar la cena, noté que su mirada se detuvo en mí por un momento más de lo habitual.

—Kieran preguntó por ti hoy —comentó casualmente mientras dejaba la bandeja.

Levanté la vista, sorprendida por la información.

—¿Ah, ¿sí?

Thorak asintió.

—Se le ve... diferente cuando habla de ti. Más animado.

—Es un buen chico.

—Lo es —concordó Thorak. Luego, como si se diera cuenta de que había bajado la guardia, añadió rápidamente—: Come antes de que se enfríe.

Mientras se giraba para salir, creí ver un atisbo de sonrisa en sus labios.

Sin embargo, aquella mañana algo era diferente. Los golpes en la puerta llegaron antes de lo habitual, sobresaltándome. Me incorporé en la cama, alerta y desconfiada. ¿Acaso había pasado algo?

—Adelante.

La puerta se abrió de golpe, revelando a Aeran. Su presencia llenó la habitación de inmediato, su mirada fría me recorrió de pies a cabeza.

Aunque vi como trabajaba saliva al darse cuenta de que llevaba el camisón.

—Levántate —ordenó secamente—. Tenemos que irnos.

Fruncí el ceño, sin entender sus pocos modales.

—¿Irnos? ¿A dónde? —pregunté, sin moverme de la cama.

Aeran suspiró exasperado.

—No hagas preguntas. Vístete y come algo. Te espero fuera.

Sin más explicaciones, salió de la habitación, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Me quedé mirando el espacio vacío donde había estado.

«Maldito rey arrogante», pensé mientras me levantaba a regañadientes. Me vestí rápidamente, con el vestido que me dejaban todas las noches, eran incómodos y picaban. Los odiaba, no eran para nada prácticos, quizás sí para quedarse quieta, pero no eran afines al movimiento.

Cogí queso y pan de la bandeja, abrí la puerta justo cuando le pillé que iba a llamar con los nudillos.

—Por fin —murmuró, enderezándose—. Vamos.

Comenzó a caminar sin esperarme, obligándome a casi correr para alcanzarlo. Su paso era rápido y decidido, llevándonos por pasillos que nunca antes había visto.

—¿Ahora me dirás qué está pasando? —pregunté, luchando por mantener su ritmo mientras comía.

—No —respondió secamente, sin siquiera mirarme.

Sentí cómo la ira crecía en mi interior.

—Sabes, para ser un rey, eres sorprendentemente malo comunicándote —

espeté con sarcasmo.

Aeran se detuvo abruptamente, girándose para enfrentarme. Sus ojos brillaban con irritación y algo más que no pude descifrar.

—Y tú, para ser una prisionera, eres sorprendentemente insolente — replicó, con una voz baja y peligrosa—. No hables o vas a atragantarte.

Nos quedamos mirando fijamente como si quisiéramos decirnos algo más, desde luego yo tenía muchos insultos en mente. Finalmente, Aeran rompió el contacto visual, reanudando su marcha.

—Solo... sígueme —gruñó por encima del hombro.

Caminamos en silencio, atravesando pasillos y bajando escaleras. El aire se volvía más fresco a medida que avanzábamos, y pronto pude oler la fragancia de la hierba y las flores.

—Estamos saliendo del castillo.

Aeran asintió sin decir palabra, guiándome a través de los jardines. El sol apenas comenzaba a asomarse por el horizonte, tiñendo el cielo de tonos

rosados y anaranjados.

Finalmente, llegamos a un claro rodeado de árboles altos y frondosos. Y

allí, en el centro, estaba la criatura más imponente que jamás había visto.

Un dragón, enorme y majestuoso, descansaba sobre la hierba. Sus escamas grises brillaban bajo la luz del amanecer, y cuando nos

acercamos, levantó su cabeza. Sus ojos blancos y penetrantes nos miraban a nosotros.

Me quedé paralizada por miedo, para qué negarlo. Aeran, notando mi vacilación, se giró para mirarme, una sonrisa burlona salió en sus labios.

—¿Qué pasa, bruja? ¿Asustada?

Sí, me asustaba. En aquel momento el dragón rugió y mi cuerpo tembló con la misma fuerza. El sonido reverberó en mis huesos, haciéndome sentir pequeña e insignificante. Quizás era el desayuno de esa bestia. Pero no pensaba acercarme, ni de broma. Me llevé el último trozo de queso a la boca mientras negaba con la cabeza.

—Vamos —ordenó él—. No tengo todo el día.

Negué con la cabeza nuevamente, mis pies estaban firmemente plantados en el suelo. El miedo me paralizaba, pero también me hacía no querer cambiar de opinión, de momento apreciaba mi vida. Así no es como debía de morir.

—No —dije, mi voz tembló ligeramente—. No me acercaré a esa... cosa.

No sé qué pretendes, Aeran, pero si crees que voy a subir a ese dragón, estás más loco de lo que pensaba.

Aeran soltó un suspiro exasperado, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración. Su mirada reflejaba dos emociones simultáneas: por un lado, se percibía su evidente impaciencia; por otro, se vislumbraba un atisbo de inquietud. ¿Él preocupado por otros? No, debía estar imaginándolo.

—Tienes que venir conmigo —insistió—. Debes enseñarme dónde comenzará la batalla. Es crucial para la seguridad del reino.

La mención de la batalla hizo que mi corazón se acelerara. Las imágenes de mi visión, vívidas y aterradoras, volvieron a mi mente. Pueblos ardiendo, gente gritando, el emblema de Gélidia ondeando sobre la destrucción.

Sacudí la cabeza, tratando de alejar esos pensamientos.

—¡Puedo señalártelo en un mapa, loco! —grité, señalando a la fiera que nos observaba imperturbable—. ¡Que no me subo a esa cosa! ¿Es que no lo entiendes? ¡Esa bestia podría matarme en un instante! ¿Acaso crees que, porque ahora los guardias no me miran tan mal y Thorak parece tolerarme, voy a confiar ciegamente en ti? ¡Sigo siendo tu prisionera! Y ahora quieres que me monte en esa... esa cosa. ¿Para qué? ¿Para que me lleve volando a mi muerte?

Vi cómo la mandíbula de Aeran se tensaba, su paciencia claramente se estaba agotando. Se acercó a mí a pasos lentos, calculados, como un depredador acechando a su presa.

—Mira, sé que crees que puedo ayudarte, que mis visiones son importantes para ti y tu gente. Pero no puedes esperar que salte de una celda a lomos de un monstruo alado. Hay límites, ¿sabes? Y este... —Señalé nuevamente a la criatura—, este es definitivamente uno de ellos.

Por un momento, creí que se rendiría, que me mandaría de vuelta a la habitación y buscaría otra forma de obtener la información que necesitaba.

Qué equivocada estaba.

En un movimiento tan rápido que apenas pude registrarlo, Aeran me agarró, rodeándome con sus brazos. El contacto repentino me dejó sin aliento.

Sentir su calidez contra mí fue mejor de lo que había llegado a imaginar.

—¡Suéltame! —chillé, pataleando y retorciéndome mientras me arrastraba hacia el dragón—. ¡Estás loco! ¡Completamente loco!

Pero Aeran no cedió. Sus brazos, fuertes y seguros, me mantenían firmemente contra su pecho mientras avanzaba. Podía sentir su cuerpo tenso, el latido acelerado de su corazón contra mi espalda. Una parte de mí,

una parte que me negaba a reconocer, se sentía extrañamente segura en su abrazo.

—Deja de luchar, Nefely —gruñó en mi oído, su aliento cálido contra mi piel envió escalofríos por mi columna—. No voy a dejar que te pase nada.

—¡Eso dices ahora! —repliqué, sin dejar de forcejear—. ¡Pero en cuanto estemos en el aire, me dejarás caer! ¡O tu dragón me comerá! ¡O...!

Mis palabras se cortaron abruptamente cuando llegamos junto a Draluz. El dragón nos miraba con lo que casi parecía diversión en sus ojos blancos. Su cabeza, más grande que todo mi cuerpo, se inclinó hacia nosotros, y pude sentir su aliento cálido rozando mi piel.

El pánico se apoderó de mí. Con una fuerza que no sabía que poseía, logré liberarme del agarre de Aeran. Caí al suelo, jadeando, con el corazón latiendo tan fuerte que temí que se me saliera del pecho.

Aeran se arrodilló frente a mí con una expresión seria y calmada.

—Nefely —dijo, su voz era sorprendentemente suave—. Mírame.

Levanté la vista, encontrándome con sus ojos. Por primera vez desde que lo conocía, vi en ellos algo más que frialdad o desdén. Había sinceridad, vulnerabilidad.

—Te juro por mi vida, por la vida de mis hermanos, que no dejaré que nada te pase. Sé que no confías en mí, y tienes razones para

ello. Pero en esto, necesito que lo intentes. Por favor.

Me quedé mirándolo, aturdida por sus palabras. ¿Era este el mismo Aeran que me había encarcelado, que me había tratado como a una criminal? ¿El rey arrogante que parecía despreciar todo lo que yo era? ¿Dónde estaba el verdadero? Porque este me hacía dudar, y no quería dudar.

Lentamente, casi sin darme cuenta, sentí cómo mi insolencia comenzaba a flaquear. El miedo seguía ahí, vibrando en mis venas, pero junto a él crecía algo más. Una chispa de curiosidad y valentía.

—Si muero —dije finalmente—, juro que volveré para atormentarte por toda la eternidad.

Una sonrisa, pequeña, pero genuina, se formó en los labios de Aeran.

—Lo tendré en cuenta —respondió, extendiendo su mano hacia mí.

Con un suspiro tembloroso, la tomé. Su mano era cálida y fuerte, y por un momento me permití disfrutar de la sensación de seguridad que me proporcionaba.

Aeran me ayudó a ponerme de pie, y juntos nos acercamos a Draluz. El dragón nos observaba pacientemente, como si entendiera el drama que acababa de desarrollarse.

—Todo irá bien —murmuró Aeran, su mano aún sostenía la mía—. Te lo prometo. Ella nos cuidará. Draluz sabe lo que hace.

La dragona parecía tener curiosidad, su cabeza se inclinó ligeramente mientras nos acercábamos. No se movió del suelo, pero pude sentir la tensión en sus músculos, como si estuviera lista para alzar el vuelo en cualquier momento.

Aeran soltó mi mano y comenzó a escalar por el costado de Draluz con una agilidad que hablaba de años de práctica. Lo observé alcanzar la silla en la espalda del dragón. La realidad de lo que

estábamos a punto de hacer me golpeó con toda su fuerza. Aún podía salir corriendo, quizás no le daría tiempo a alcanzarme.

Contuve el aliento, negando con la cabeza. Esto era una locura. No me gustaban las alturas; ni siquiera arreglaba las goteras de mi casa por no subirme al tejado. Había perdido la cabeza, lo había hecho. ¿Acaso yo no era su prisionera? Montar un dragón debería verse más para héroes y no para villanas como yo.

—Venga, por favor. —La voz de Aeran me sacó de mis pensamientos. Alcé la mirada para encontrarlo mirándome con una mezcla de impaciencia y lo que parecía ser súplica—. Te lo suplico como rey.

¿Me estaba suplicando? ¿Acaso se había golpeado la cabeza? El Aeran que yo conocía nunca se rebajaría a suplicar, mucho menos a alguien como yo.

La confusión debió ser evidente en mi rostro, porque él soltó un suspiro exasperado.

—Nefely —dijo, y me gustó la forma en la que pronunciaba mi nombre—.

Sé que tienes miedo. Yo también lo tuve la primera vez. Pero te prometo que la sensación de volar... no hay nada igual en el mundo. Te gustará, eres temeraria.

Había algo en su tono, una pasión y una sinceridad que nunca antes había escuchado en él, que me hizo dudar. Miré de nuevo a Draluz, luego a Aeran, y de vuelta al suelo firme bajo mis pies.

Finalmente, con un suspiro de derrota, di un paso hacia la dragona. Aeran estiró su mano, y yo dudé por un momento. Este gesto, tan simple, parecía cargado de significado. Al tomar su mano, estaría confiando en él de una manera que nunca antes lo había hecho con nadie.

Con el corazón en la garganta, agarré su mano. Con una fuerza que me sorprendió, Aeran me subió hasta la silla. Me senté delante de él, mis piernas pasaron por la montura. El tacto era extraño, la textura de las escamas del dragón bajo el cuero de la silla era una sensación completamente nueva.

De repente, sentí las manos de Aeran en mi cintura. Su tacto envió un escalofrío por todo mi cuerpo, una reacción que me negué a pensar demasiado, pero era difícil por el cosquilleo que me provocaba. Vi que estaba pasando un cinturón alrededor de nosotros, asegurándolo con fuerza.

Esto me obligó a pegarme más a él, su pecho estaba contra mi espalda, sin espacio entre nosotros.

—Es por seguridad —murmuró cerca de mi oído. Su aliento cálido rozó mi piel—. No queremos que te caigas, aún eres muy valiosa, y mi hermano no me lo perdonaría.

Su voz, tan cerca, me hizo estremecer. Había algo en su tono, una combinación de burla y preocupación, que me desconcertó.

—¿Puedo caerme? —pregunté, sin poder ocultar el miedo en mi voz. La idea de caer desde tal altura hizo que mi estómago se retorciera.

Pude escuchar su risa, un sonido bajo y rico que reverberó a través de su pecho contra mi espalda.

—No, conmigo no —respondió, su voz estaba cargada de una confianza que encontré irritantemente tranquilizadora.

—Eso no me consuela, rey —repliqué, intentando mantener mi tono mordaz a pesar del miedo.

—Supongo que ya sé qué hacer para que me obedezcas —susurró contra mi piel.

Antes de que pudiera responder, Aeran dio una orden que no entendí. De repente, sentí cómo los músculos de Draluz se tensaban bajo nosotros. Con un poderoso impulso de sus patas traseras, la dragona se elevó en el aire.

Mi estómago dio un vuelco cuando el suelo se alejó rápidamente. El viento azotó mi rostro con fuerza, arrancándome un grito de sorpresa y miedo.

Instintivamente, me aferré con fuerza a la silla, mis nudillos se volvieron blancos por la presión.

Draluz se dirigió hacia el borde del acantilado, sus alas se extendieron completamente. Por un aterrador momento, pensé que íbamos a estrellarnos contra las rocas. Pero entonces, justo cuando llegamos al borde, el dragón se lanzó hacia abajo.

La sensación de caída libre hizo que mi corazón se detuviera por un segundo. El mundo giraba vertiginosamente a nuestro alrededor, el cielo y la tierra intercambiando lugares en un torbellino vertiginoso. Justo cuando pensé que seguiríamos cayendo para siempre, Draluz extendió sus alas completamente, atrapando una corriente de aire ascendente.

De repente, estábamos volando, planeando sobre el valle que se extendía bajo el acantilado. La transición de la caída al vuelo fue tan fluida que me dejó sin aliento.

—¡Abre los ojos, Nefely! —gritó Aeran por encima del rugido del viento

—. ¡Mira!

No me había dado cuenta de que los había cerrado. Con esfuerzo, los abrí lentamente. Y entonces, toda palabra, todo pensamiento, se desvaneció de mi mente.

El mundo se extendía ante nosotros, vasto e infinito. El castillo, que siempre me había parecido imponente, ahora no era más que un punto en la distancia. Los bosques se convertían en manchas de verde, los ríos en cintas plateadas que serpenteaban por el paisaje. Y el cielo... el cielo era un océano de azul que parecía no tener fin.

Justo cuando empezaba a relajarme, a disfrutar de la vista, Aeran tiró de las riendas. Draluz respondió instantáneamente, lanzándose hacia un lado en un giro brusco. Solté un grito involuntario, mis manos se aferraron desesperadamente a la silla. El mundo giró a nuestro alrededor una vez más, el cielo y la tierra intercambiando lugares en un torbellino acelerado.

—¡Eres un maldito loco! —grité cuando Draluz se enderezó, me encontraba temblando de rabia y terror—. ¡Podrías habernos matado!

Aeran rio, nuevamente, de mí. Fue entonces cuando me di cuenta: durante el giro, su mano se había deslizado alrededor de mi cintura, sosteniéndome firmemente contra él. El calor de su palma se filtraba a través de la tela de mi vestido, enviando un escalofrío por mi columna que nada tenía que ver con el miedo.

No pude evitar fijarme en ese detalle, en la forma en que sus dedos se curvaban protectoramente sobre mi costado. Era un gesto íntimo, casi posesivo, que me dejó sin aliento.

—Te dije que conmigo no caerías —respondió con una satisfacción que me hizo querer golpearlo—. Además, admite que ha sido emocionante.

Quería negarlo, quería gritarle que era un idiota temerario. Pero una parte de mí, una parte que me negaba a reconocer, había sentido una chispa de emoción en medio del terror. La sensación de volar, de desafiar la gravedad,

era embriagadora. Y la forma en que me había sostenido, como si fuera lo más natural del mundo...

—Eres insufrible —murmuré, agradecida de que no pudiera ver el rubor que sentía subir por mis mejillas.

—Y tú eres sorprendentemente valiente —dijo, su voz era más suave ahora, como si le importase—. La mayoría de la gente grita mucho más en su primer vuelo.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. ¿Era eso un cumplido? ¿Del rey que me había encarcelado, que me había tratado como a una criminal? Me quedé en silencio, sin saber cómo responder.

Draluz seguía volando, sus alas poderosas cortaban el aire con gracia. A pesar de mi irritación con Aeran, no pude evitar maravillarme ante la vista.

El mundo se extendía bajo nosotros, vasto y hermoso. Bosques, ríos y montañas se fundían en un tapiz de colores que me dejó sin aliento.

—Es... increíble —murmuré sin darme cuenta, la belleza del paisaje superaba momentáneamente mi miedo y mi enfado.

—Lo es. Es por esto por lo que vuelo. Te hace sentir... libre.

Había una vulnerabilidad en su tono que nunca antes había escuchado. Por un momento, me pregunté cómo sería ser él, cargar con el peso de una corona, la responsabilidad de un reino entero. ¿Era este su escape? ¿Su único momento de libertad?

Su mano seguía en mi cintura, un recordatorio constante de su presencia.

Debería haberme molestado, debería haberle exigido que me soltara. Pero en ese momento, suspendidos entre el cielo y la tierra, se sentía... correcto.

—¿Cómo es? —pregunté—. Ser rey, tener todo ese poder y responsabilidad.

Sentí cómo Aeran se tensaba ligeramente detrás de mí. Por un momento, pensé que no respondería.

—Es... pesado —dijo finalmente, su voz apenas era audible sobre el viento

—. Cada decisión que tomo afecta a miles de vidas. A veces, siento que me ahogo en ello.

La honestidad en sus palabras me sorprendió. Este no era el Aeran arrogante y frío que conocía. Este era un hombre con dudas, con miedos.

—¿Por eso vuelas? —pregunté, girando ligeramente la cabeza para mirarlo

—. ¿Para escapar?

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento vi en ellos una profundidad que me dejó sin aliento.

—Sí —admitió—. Aquí arriba, soy solo yo. No hay corona, no hay expectativas. Solo mi libertad.

El silencio cayó entre nosotros, pero por primera vez, no fue un silencio incómodo. Compartíamos algo, una experiencia que iba más allá de las palabras. El viento en nuestros rostros, el mundo extendiéndose infinito bajo nosotros, la sensación de libertad absoluta.

Mientras volábamos hacia nuestro destino, hacia la visión que podría cambiar el curso de una guerra, me encontré pensando que tal vez, solo tal vez, había más en Aeran de lo que había creído. Y, quizás, había más en nuestra conexión de lo que jamás había imaginado.

Su mano en mi cintura, el latido de su corazón contra mi espalda, el mundo a nuestros pies... todo se mezclaba en una experiencia que sabía que nunca olvidaría. Y aunque una parte de mí se resistía, no

pude evitar preguntarme si este vuelo no solo nos estaba llevando hacia un destino geográfico, sino también hacia algo más profundo, más significativo entre nosotros.

De repente, un pueblo apareció en el horizonte. Incluso desde esta altura, pude reconocerlo instantáneamente. El diseño circular de sus calles, el campanario de la iglesia central, los campos de trigo dorado que lo rodeaban... Era Lunerta, el pueblo de mi visión.

—¡Ahí! —grité, señalando hacia abajo—. ¡Es ese pueblo, Lunerta!

Sentí cómo Aeran se tensaba detrás de mí, sus músculos estaban rígidos contra mi espalda.

—¿Estás segura? —preguntó, su voz estaba cargada de una seriedad que no había oído antes.

Asentí con firmeza.

—Completamente.

Aeran tiró suavemente de las riendas, guiando a Draluz en un amplio círculo alrededor del pueblo. Desde esta perspectiva aérea, pude ver detalles que no había notado en mi visión. El pueblo era más grande de lo que había imaginado, con al menos un millar de habitantes. Sus murallas, aunque sólidas, parecían viejas y en necesidad de reparación en varios puntos.

—Por los dioses. Apenas tiene protección.

Miré más de cerca y me di cuenta de que tenía razón. Había solo un puñado de guardias visibles en las murallas, y no se veía ningún signo de preparativos defensivos.

—Si Gélidia ataca aquí... —comencé, pero no pude terminar la frase. La imagen de Lunerta en llamas, sus habitantes huyendo en pánico, volvió a mi mente con dolorosa claridad.

—Será una masacre —completó Aeran.

Draluz descendió un poco más, permitiéndonos una vista más clara del pueblo. Desde aquí, podíamos ver a la gente moviéndose por las calles, ajenos al peligro que se cernía sobre ellos. Niños jugando en la plaza central, comerciantes pregonando sus mercancías, agricultores trabajando en los campos cercanos... Vidas normales que podrían ser destruidas en un instante.

—Tenemos que hacer algo —dije, girándome para mirar a Aeran—. No podemos dejar que eso suceda.

Aeran asintió.

—No lo haremos.

Vi cómo su mente trabajaba, analizando la situación desde todos los ángulos. Era fascinante ver al rey estratega en acción, tan diferente del hombre arrogante que había conocido en el castillo.

—Necesitamos reforzar las defensas inmediatamente —comenzó, hablando más para sí mismo que para mí—. Más guardias en las murallas, patrullas regulares en los alrededores. Tal vez incluso evacuar a los más vulnerables...

—¿Crees que habrá tiempo?

Aeran me miró, sus ojos grises estaban cargados de una intensidad que me dejó sin aliento.

—No permitiré que Gélidia tome ni un palmo de nuestro territorio, y mucho menos a costa de vidas inocentes.

Había una ferocidad en su tono, una seguridad que me hizo ver por qué la gente lo seguía, por qué lo respetaban como rey. En ese momento, no era el hombre que me había encarcelado, sino un líder dispuesto a hacer lo que fuera necesario para proteger a su gente.

—Necesitaremos más que solo guardias —dije, sorprendiéndome a mí misma por incluirme en sus planes—. Si mi visión es correcta, Gélidia no solo atacará con soldados. Usarán... magia oscura.

—¿Magia oscura? ¿Estás segura?

Asentí, recordando los detalles aterradores de mi visión.

—Vi sombras que se movían contra el viento, fuego que ardía sin combustible. No sé exactamente qué es, pero sé que no es natural.

Aeran maldijo por lo bajo, su mano apretó las riendas con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—Esto complica las cosas —murmuró—. Nuestros soldados no están preparados para enfrentar magia, y menos aún magia oscura.

Un silencio tenso cayó entre nosotros mientras Draluz seguía volando en círculos sobre Lunerta. Podía sentir la tensión en el cuerpo de Aeran, la preocupación que emanaba de él en oleadas casi tangibles. Su mente parecía estar trabajando a toda velocidad, analizando la situación y formulando estrategias.

En aquel momento, sentí cómo la marca en mi pecho pasaba de estar fría a quemar intensamente. El dolor era agudo, como si un hierro al rojo vivo estuviera presionando contra mi piel. Simultáneamente, el brazo de Aeran dejó de rodearme, y la ausencia de su contacto pareció multiplicar la intensidad de la sensación. Intenté que no se diera cuenta, pero el dolor era demasiado intenso para ocultarlo completamente.

Mi cuerpo se tensó involuntariamente, y un gemido ahogado escapó de mis labios antes de que pudiera contenerlo. Aeran, siempre atento, notó el cambio inmediatamente.

—¿Te has hecho daño? ¿Te duele algo?

Luché por mantener la compostura, no queriendo mostrar debilidad ante él.

—Estoy bien —respondí como pude.

Aeran soltó un bufido de incredulidad.

—A parte de bruja eres mentirosa —dijo, pero su tono carecía de la dureza habitual. Estaba preocupado de verdad.

Sin previo aviso, tiró de las riendas de la dragona, desviándonos del camino por el que habíamos venido. Draluz respondió instantáneamente, moviéndose con una rapidez que me tomó por sorpresa. El movimiento brusco hizo que me resbalara del asiento, el pánico se apoderó de mí por un momento. Pero antes de que pudiera caer, el brazo de Aeran me rodeó nuevamente, sujetándome con tanta fuerza que por un instante cortó mi respiración.

—Vamos a descender, ¿de acuerdo? —susurró en mi oreja—. No te veo bien.

Quería protestar, decirle que estaba bien y que podíamos continuar, pero el dolor en mi pecho se intensificaba con cada latido de mi corazón. Además, la preocupación en su voz me desconcertó. ¿Por qué le importaba si yo estaba bien o no?

Draluz comenzó a descender en amplios círculos, buscando un lugar adecuado para aterrizar. El movimiento hizo que mi estómago se revolviera, y cerré los ojos con fuerza, luchando contra la náusea que amenazaba con apoderarse de mí.

—Volar en un dragón a tantos pies de altura, digamos que no podía sentarle bien a todo el mundo —murmuró Aeran, su tono estaba mezclado con diversión y preocupación.

Quería responderle con algún comentario sarcástico, pero el dolor y el mareo me lo impidieron. En lugar de eso, me concentré en respirar profundamente, tratando de mantener el control sobre mi cuerpo rebelde.

Finalmente, sentí cómo Draluz tocaba tierra. El impacto, aunque suave, envió una nueva oleada de dolor a través de mi pecho. Aeran desmontó primero, moviéndose con una agilidad que en ese momento envidié. Luego, para mi sorpresa, extendió sus brazos hacia mí.

—Vamos, te ayudaré a bajar.

Quería rechazar su ayuda, mantener la fachada de fuerza que siempre me esforzaba por proyectar. Pero el dolor y el agotamiento pudieron más que mi orgullo. Con un suspiro de derrota, me dejé caer en sus brazos.

Aeran me atrapó con facilidad, sosteniéndome contra su pecho por un momento antes de bajarme suavemente al suelo. Sus manos permanecieron en mis hombros, estabilizándome cuando mis piernas amenazaron con ceder.

Pero tal y como el dolor había aparecido, se marchó. La sensación de alivio fue tan repentina que me dejó sin aliento. Me dejé caer en el suelo, agradecida por la firmeza de la tierra bajo mi cuerpo. Miré a mi alrededor, sorprendida por la belleza del lugar donde habíamos aterrizado.

Estábamos en un bosque, concretamente junto a un río precioso. El agua cristalina fluía suavemente sobre las rocas, creando una melodía relajante que contrastaba con la tensión de los últimos momentos. La luz del sol se filtraba entre las hojas de los árboles, creando patrones danzantes sobre la superficie del agua.

Dudaba que Aeran hubiera aterrizado intencionalmente aquí, pero la vista del río despertó en mí un anhelo que hacía tiempo que no cumplía. Echaba de menos la naturaleza, sentir el agua fresca contra mi piel, la sensación de libertad que siempre me había proporcionado. Sin pensarlo dos veces, me puse de pie y caminé hacia el agua, mis manos ya comenzaron a deshacer los nudos del vestido.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Aeran sonaba alarmada.

—Solo voy a darme un baño —respondí sin volverme, concentrada en mi tarea—. El agua me ayuda.

—No, es peligroso —protestó, su voz más cerca ahora—. No puedes desnudarte aquí.

Me giré para mirarlo, sorprendida por la intensidad de su mirada. Sus ojos estaban fijos en mí, me observó de arriba abajo, demasiado nervioso.

—Voy en ropa interior —expliqué, tratando de mantener mi voz casual—.

No tardo, me ayuda a relajar los músculos. Y no volveré a subir a esa bestia sin relajarme.

Aeran no respondió, pero sus ojos no se apartaron de mí mientras deshacía el vestido por los hombros. Pude sentir el peso de su mirada, intenso y desconcertante. Por un momento, me pregunté qué estaría pensando, qué vería cuando me miraba.

Para su sorpresa —y tal vez decepción—, mi cuerpo estaba cubierto con una especie de ropa interior completa. Era una prenda sencilla, pero práctica, que cubría lo esencial mientras permitía la libertad de movimiento que siempre había valorado.

El vestido cayó al suelo, dejándome expuesta al aire fresco del bosque.

Sentí un escalofrío recorrer mi piel, pero no estaba segura si era por el frío o por la intensidad de la mirada de Aeran. Sus ojos recorrían mi figura, como si esperase ver más, algo que no pensaba concederle.

—Nefely... —comenzó, con una voz más ronca de lo habitual. Había una nota de advertencia en su tono, como si estuviera luchando contra el impulso de detenerme.

—Estaré bien —lo interrumpí, dando un paso hacia el río. La hierba fresca bajo mis pies descalzos me recordó a mi hogar, a una libertad que creía perdida—. No me meteré en lo profundo, no te preocupes, rey.

Introduje mis pies en el agua fría, sintiendo cómo la corriente acariciaba mi piel. Era una sensación maravillosa, un recordatorio de que, a pesar de todo, seguía viva, seguía siendo yo misma.

—¿Qué? ¿No sabes nadar?

Me giré para mirarlo, sorprendida por su pregunta. ¿Acaso el gran rey dragón temía al agua?

—No —respondí simplemente, disfrutando de la confusión en su rostro.

Sin esperar su respuesta, me sumergí en el agua. El frío me golpeó, robándome el aliento por un momento. Pero luego, a medida que mi cuerpo se acostumbraba, sentí cómo la tensión comenzaba a abandonarme. El agua fluía a mi alrededor, llevándose consigo el dolor y el miedo de las últimas horas.

Era como si el río lavara no solo mi cuerpo, sino también mi alma. Cada preocupación, cada duda, parecía disolverse en la corriente. Por un

momento, olvidé que era una prisionera, que el hombre en la orilla era mi captor. Aquí, en el agua, era simplemente Nefely.

Y como siempre había hecho desde niña, me agaché para sumergir la cabeza bajo el agua, manteniendo los pies firmemente plantados en el lecho del río.

—¡Nefely! —escuché que me chillaba Aeran como si me hubiera ahogado.

Antes de que pudiera emerger por mi cuenta, sentí unas manos fuertes agarrándome por los brazos y tirando de mí hacia arriba. Aeran me había alcanzado en cuestión de segundos, moviéndose por el agua con la gracia y velocidad de alguien acostumbrado a nadar.

Emergí jadeando, el agua chorreaba por mi rostro. Aeran me sostenía firmemente, con unos ojos llenos de pánico y preocupación.

—¿Estás loca? ¡Dijiste que no sabías nadar!

—Estoy bien —logré decir entre respiraciones entrecortadas—. Solo estaba refrescándome. No me estaba ahogando.

Aeran me miró fijamente, estaba asustado, lo estaba y me pareció increíble.

Sus manos seguían en mis brazos, como si temiera que fuera a hundirme si me soltaba.

—Pero... dijiste que no sabías nadar.

—Y no sé —confirmé—. Pero sé mantenerme donde hago pie. Solo me he sumergido un momento.

Sus hombros se relajaron visiblemente, aunque no aflojó su agarre.

—No vuelvas a hacer eso. Por un momento pensé...

Se interrumpió, como si se diera cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Nos quedamos allí, en la parte poco profunda del río, el silencio del bosque roto solo por el sonido del agua y nuestras respiraciones agitadas.

—¿Por qué te importa? —pregunté suavemente, la pregunta escapó de mis labios antes de que pudiera detenerla.

Aeran me miró. Por un momento, pareció luchar consigo mismo, como si estuviera decidiendo qué decir.

—Yo... no lo sé —admitió finalmente.

Su honestidad me desarmó por completo. Estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo a través del agua fría. Sus manos seguían en mis brazos, y su piel estaba cálida en comparación con la mía.

De repente, un sonido etéreo llenó el aire, rompiendo el momento. Era una melodía suave y delicada, como si el propio río estuviera cantando. Como un movimiento lento y dulce.

—¿Qué es...? —Sus ojos recorrieron el agua a nuestro alrededor.

—La Alisma —musité—. Es una planta que produce música en el agua a través del movimiento.

Vi algo extraño en su rostro: asombro y curiosidad.

—¿Aquí?

—Nace en los ríos —expliqué—. Aunque se dice que solo canta una vez cada más de cien años. Pero cuando nacen, cuando cantan, lo hacen durante mucho tiempo. Yo llevo escuchándola desde niña.

Nos quedamos en silencio, escuchando la melodía. Sin darme cuenta, me había acercado más a Aeran, nuestros cuerpos casi se tocaban en el agua.

—Es... precioso —murmuró, sus ojos se encontraron con los míos nuevamente.

Había una suavidad en su mirada... Algo que me hacía sentir ternura. Sin pensarlo, levanté una mano para apartar un mechón de cabello mojado que se había enredado en su frente. El gesto, tan íntimo y espontáneo, nos sorprendió a ambos.

Aeran contuvo el aliento. Lentamente, como si temiera romper el hechizo del momento, inclinó su cabeza hacia mí. Podía sentir su aliento cálido contra mis labios, y por un instante, todo desapareció excepto nosotros dos.

Pero justo cuando nuestros labios estaban a punto de tocarse, un rugido lejano nos sobresaltó. Draluz nos recordaba su presencia y la realidad de nuestra situación.

Aeran se apartó bruscamente, como si acabara de despertar de un sueño. La pérdida de su cercanía fue como un dolor físico.

—Deberíamos irnos —Intentó recuperar su tono habitual de mando, pero había un temblor sutil en ella—. Tengo que preparar las defensas de Lunerta.

Asentí, incapaz de confiar en mi voz. Mientras salíamos del agua, sentí la mirada de Aeran sobre mí. Cuando me volví para enfrentarlo, vi una lucha en sus ojos, como si estuviera debatiéndose entre el deber y el deseo.

—Nefely —comenzó—. Lo que pasó aquí... lo que casi pasó...

—Lo sé —lo interrumpí—. No cambia nada. Tú sigues siendo el rey y yo sigo siendo tu prisionera bruja.

Algo brilló en sus ojos, fusionando frustración e ira. Asintió lentamente, pero parecía estar luchando contra algo internamente.

—Así es... Mi prisionera —dijo finalmente, pero había un peso en esa palabra que parecía contener más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Mientras montábamos a Draluz, un silencio cargado se instaló entre nosotros. La melodía de la Alisma se desvaneció, dejándonos con preguntas sin respuesta y una tensión que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.



El fuego en tus ojos

Besé sus labios con urgencia, buscando desesperadamente perderme en la familiaridad de su cuerpo. Deena respondió con igual fervor, sus labios se movían contra los míos con una pasión que en otro momento habría encendido un fuego en mi interior. Mis manos, inquietas y ansiosas trabajaban en deshacer los nudos de su elaborado vestido, cada uno revelando más de su piel suave y cálida. Sentí sus dedos recorrer mi pecho desnudo, dejando un rastro ardiente a su paso.

Pero por más que intentaba concentrarme en el momento, en la mujer que tenía entre mis brazos, mi mente traidora insistía en divagar. Como un río desbocado, mis pensamientos fluían inexorablemente hacia ella. Nefely. Su imagen se colaba en mi mente con una claridad dolorosa, eclipsando todos los demás pensamientos.

Veía sus labios, suaves y tentadores, curvados en esa sonrisa desafiante que tanto me fascinaba y me irritaba a partes iguales. Recordaba su cuerpo, la forma en que el agua del río se deslizaba por su piel cuando emergió, cada gota un recordatorio de una belleza que me negaba a reconocer. Su mirada, esos ojos azules profundos como el océano, me perseguía, desafiándome, llamándome, provocándome.

Intenté sacudir esos pensamientos, enfocándome en las sensaciones presentes. En el perfume floral de Deena, en la suavidad de su piel bajo mis manos, en el calor de su cuerpo presionado contra el mío. No olía igual. Su tacto no era el mismo. Era inútil. Por más que me esforzara, por más que intentara anclarme en el aquí y ahora, mi mente, mi maldita mente, insistía en volver a Nefely.

La idea de que estaba tan cerca, a solo dos habitaciones de distancia, me atormentaba. Imaginaba su cuerpo recostado en la cama, sus cabellos oscuros esparcidos sobre la almohada. ¿Estaría dormida? ¿O quizás, como yo, se encontraba despierta, pensando en aquel momento en el río? La posibilidad me estremecía, enviando oleadas de calor por mi cuerpo que nada tenían que ver con la mujer en mis brazos.

Mis pensamientos vagaban, incontrolables, hacia territorios peligrosos.

¿Cómo sería besar esos labios que tan a menudo me desafiaban? ¿Cómo se sentiría su piel bajo mis dedos, sin la barrera del agua fría entre nosotros? El sabor de su boca, el aroma de su piel, la textura de su cabello... todas eran preguntas que me atormentaban, deseos que me negaba a reconocer, pero que no podía ignorar.

La culpa me invadió, mezclándose con la frustración y el deseo. ¿Por qué ella? ¿Por qué la mujer que representaba todo lo que debía temer y odiar?

Era mi prisionera, una supuesta bruja, una amenaza para mi reino. Sin embargo, ahí estaba, ocupando cada rincón de mi mente, desplazando todo lo demás.

Finalmente, incapaz de soportar la discordancia entre mis acciones y mis pensamientos, me detuve. Con un suspiro de derrota, aparté a Deena suavemente, mis manos temblaban ligeramente. Cerré los ojos con fuerza.

Como si pudiera borrar la imagen de Nefely de mis párpados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Deena, su voz estaba teñida de preocupación y un deje de frustración.

No podía mirarla a los ojos, no cuando mi mente estaba tan llena de otra mujer. La vergüenza y la culpa me consumían, mezclándose con un deseo que me negaba a nombrar.

—Lo siento —murmuré, con voz ronca y cargada de emociones contradictorias—. No puedo... no esta noche.

Sentí cómo Deena se tensaba, su confusión era palpable. Quería explicarle, darle alguna razón que pudiera entender, pero ¿cómo explicar algo que ni yo mismo comprendía?

Me odiaba en ese momento. Odiaba mi debilidad, mi incapacidad para controlar mis propios pensamientos. Odiaba el poder que Nefely parecía tener sobre mí, incluso desde la distancia. Y, sobre todo, odiaba el anhelo que sentía, el deseo ardiente de estar con alguien que representaba todo lo que debía rechazar.

Abrí los ojos lentamente, enfrentándome a la realidad de mi situación.

Deena me miraba con preocupación y decepción, lo que solo intensificó mi culpa.

—Lo siento Nefy, es que... —Las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas, y en el momento en que las pronuncié, supe que había cometido un error irreparable. Me llevé la mano a los labios, horrorizado por mi propio desliz. ¿Por qué había dicho su nombre? ¿Por qué, de todos los nombres posibles, había sido el de ella el que había escapado de mi boca? Y peor aún, ¿por qué mi mente traicionera le había puesto un diminutivo, como si fuera alguien cercano, alguien querido?

Vi cómo Deena tragaba saliva, sus ojos se abrieron horrorizados. ¿Ahora cómo salía de esta? Intenté buscar una explicación, una salida, cualquier cosa que pudiera mitigar el daño que acababa de causar.

—Deena, yo... —comencé, pero las palabras se desvanecieron en mi lengua. ¿Qué podía decir? ¿Qué explicación podía ofrecer que no fuera una mentira descarada o una verdad demasiado dolorosa?

—¿Quién es Nefy? —La voz de Deena era apenas un susurro. Había dolor allí, sí, pero también una ira creciente, una demanda de respuestas que no estaba seguro de poder proporcionar—. ¿No será la bruja? ¿Estabas pensando en la bruja estando conmigo?

La verdad, cruda y dolorosa, flotaba entre nosotros, imposible de ignorar.

Me sentí expuesto, vulnerable, como si Deena pudiera ver a través de mí, leer cada uno de mis pensamientos traicioneros.

—Sí... No, pero, no. —Las palabras salieron atropelladamente, contradictorias y confusas. Moví la cabeza violentamente, como si pudiera sacudir físicamente aquellos pensamientos, aquellos sentimientos que me atormentaban—. Necesito salir a dar una vuelta.

Me levanté abruptamente, incapaz de soportar un momento más la mirada acusadora de Deena, el peso de mi propia culpa. Necesitaba espacio, aire, cualquier cosa que me alejara de esta habitación sofocante y de las verdades que no me atrevía a enfrentar.

—Claro, mi rey —respondió Deena, con su voz teñida de una amargura que me atravesó como un cuchillo.

Caminé rápidamente hacia la puerta y salí al pasillo, cerrando tras de mí con más fuerza de la necesaria. El aire frío de la noche me golpeó, una bofetada bienvenida que aclaró momentáneamente mi mente nublada. Y, sin embargo, incluso aquí, lejos de la calidez de mi cama

y de la presencia acusadora de Deena, no pude escapar de mis pensamientos.

Lo primero que se me pasó por la mente fue la sensación de mi mano alrededor de la cintura de Nefely, cómo encajaba perfectamente, como si hubiera sido moldeada para mí. Recordé el miedo que sentí cuando pensé que podría caerse del dragón, el instinto protector que se apoderó de mí.

Cómo temía que le pasase cualquier cosa, a ella, mi prisionera, mi supuesta enemiga.

Pero no, me recordé con fiereza. Estos sentimientos eran falsos, tenían que serlo. No podían existir, no de mí hacia ella. Era imposible, ilógico, peligroso sentir algo así por alguien que apenas conocía y que, además, era mi prisionera. Debía estar perdiendo el juicio, me dije. Quizás ella me había embrujado de verdad, usando algún tipo de magia oscura para nublar mi mente y confundir mi corazón.

En aquel momento, como una respuesta burlona a mis pensamientos atormentados, escuché el sonido suave y melódico del arpa de mi hermana.

La música flotaba en el aire nocturno, una melodía familiar que me transportó momentáneamente a tiempos más simples, cuando la corona no pesaba tanto sobre mi cabeza y mi corazón no estaba dividido.

Casi sin darme cuenta, mis pies me llevaron hacia la habitación de Avery, que estaba justo al lado de la de Nefely. Los guardias hicieron inclinaciones de cabeza cuando pasé por su lado, sus rostros impasibles ocultaban cualquier pensamiento que pudieran tener sobre su rey vagando por los pasillos en medio de la noche.

Cuando llegué, me di cuenta de que estaba tocando con la puerta abierta, como si quisiera que su música se extendiera por todo el castillo. Sus dedos se movían rápidamente por las cuerdas del arpa,

concentrada en tocar la canción que nuestra madre le había enseñado hacía tanto tiempo. Había una intensidad en su interpretación, una fuerza que sugería que quería que todo el castillo se enterase de lo que estaba haciendo.

Cuando se dio cuenta de mi presencia, tocó las últimas notas y se detuvo.

—¿Te molesto? —preguntó.

—No, por supuesto que no —respondí, entrando en la habitación con una sonrisa que esperaba fuera convincente.

Mis ojos se desviaron involuntariamente hacia la pared que daba a la otra habitación, la habitación donde Nefely dormía, o tal vez, como yo, pasaba la noche en vela, atormentada por pensamientos que no debería tener.

—¿Crees que le gustará? —La pregunta de Avery me tomó por sorpresa.

Siguió mi mirada, señalando la pared que nos separaba de Nefely.

—¿A quién? —Me hice un poco el tonto, aunque sabía perfectamente a quién se refería mi hermana.

—A ella, ¿le gustará la música? —insistió Avery, sus ojos brillaban con una curiosidad que me desconcertó.

No me había dado cuenta hasta ese momento que hasta mi hermana tenía interés en saber sobre la bruja, sobre Nefely. La idea me inquietó, recordándome cuán rápidamente Nefely parecía estar infiltrándose en cada aspecto de nuestras vidas.

—No lo sé —respondí honestamente, porque ¿cómo podía saber los gustos musicales de una mujer que apenas conocía, de una prisionera que debería ser solo eso, una prisionera?

—No quiero perturbar su descanso —continuó Avery—. Si le molesta, puedo parar de tocar. Podrías preguntárselo, no quiero incomodarla.

Su consideración me sorprendió.

—¿Por qué harías eso?

Avery me miró como si mi pregunta fuera la cosa más estúpida que hubiera escuchado jamás.

—Porque pienso en los demás, hermano —respondió simplemente, pero había un peso en sus palabras que me hizo sentir avergonzado.

Su respuesta me dejó sin palabras por un momento. ¿Cuándo mi hermana pequeña se había vuelto tan sabia, tan considerada? Y más importante aún,

¿cuándo había empezado yo a olvidar esas lecciones básicas de empatía y consideración?

—Tienes razón —admití finalmente, sentándome en el borde de su cama—.

A veces olvido pensar en los demás.

Avery me miró con sorpresa y algo más profundo, quizás comprensión.

—Es difícil, ¿verdad? —dijo suavemente—. Ser rey, tener que pensar en todo el reino y al mismo tiempo no olvidarte de las personas individuales.

¿Cuándo mi hermana pequeña se había vuelto tan perspicaz?

—Más de lo que te imaginas. A veces siento que no importa lo que haga, siempre estaré decepcionando a alguien.

Avery dejó su arpa a un lado y se acercó a mí, sentándose a mi lado en la cama.

—Nadie espera que seas perfecto, Aeran. Solo que lo intentes, que te esfuerces por hacer lo correcto.

¿Lo estaba intentando realmente? ¿O me estaba escondiendo detrás de mi deber, de mi corona, para evitar enfrentar mis propios sentimientos, mis propios miedos?

—¿Y si no sé qué es lo correcto? ¿Y si lo que creo que es correcto para el reino va en contra de lo que siento que es correcto para mí?

Avery me miró fijamente.

—Entonces tienes que escuchar a tu corazón tanto como a tu cabeza —

respondió—. Un buen rey no solo gobierna con lógica, sino también con compasión.

La comparación con nuestro padre, un hombre al que yo había admirado y temido a partes iguales, me sacudió hasta la médula. ¿Era eso en lo que me había convertido? ¿En la sombra de un hombre que había gobernado con mano de hierro y corazón de hielo?

—¿Y tú crees que estoy haciendo lo correcto? —pregunté directamente, mi voz fue más ronca de lo que esperaba. A veces pensaba que esta niña me aconsejaba mejor que mis propios consejeros, su perspectiva no estaba contaminada por la política y las intrigas de la corte.

Avery evitó mi mirada, como si temiese responder. Su silencio fue más elocuente que cualquier palabra que pudiera haber pronunciado.

Finalmente, cuando habló, su voz era apenas un susurro, cargado de una emoción que me partió el alma.

—A veces cuando te veo, solo veo a papá.

Aquella respuesta dolió más de lo que esperaba. Era como si alguien hubiera tomado todas mis inseguridades, todos mis miedos sobre el tipo de

rey y hermano que era, y les hubiera dado voz a través de mi hermana pequeña.

—Es como si papá siguiera aquí... —continuó, su voz fue ganando fuerza a medida que las palabras fluían—. Regañando, riéndose, enfadándose...

Como si nunca se hubiera ido. Y a veces te tengo miedo. A veces creo que me vas a hacer el mismo daño que él si no te obedezco, si no me aparto cuando pasas por el castillo. Si no paro de tocar, si no me pongo el vestido azul.

Cada palabra era como una puñalada, revelando heridas que no sabía que existían. ¿Cómo había permitido que esto sucediera? ¿Cómo me había convertido en alguien a quien mi propia hermana temía?

—Avery, yo... —comencé, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

¿Qué podía decir? ¿Cómo podía explicar que nunca había querido ser como nuestro padre, que cada día luchaba contra los fantasmas de su legado?

—No —me interrumpió Avery, finalmente mirándome a los ojos. Vi lágrimas brillando en ellos, pero también una seguridad que me recordó dolorosamente a nuestra madre—. Déjame terminar, por favor. Necesito decir esto.

Asentí en silencio, preparándome para lo que fuera que mi hermana necesitaba sacar de su interior.

—Recuerdo cómo eras antes. Antes de que tomases el poder. Eras amable, Aeran. Eras el hermano que nos protegía de los arrebatos de padre, el que nos consolaba cuando teníamos pesadillas. Eras el que se escabullía a la cocina para traernos dulces cuando estábamos enfermos, el que nos enseñaba a montar a caballo a escondidas porque padre decía que éramos demasiado pequeños y que no era nuestro deber.

Sus palabras evocaron recuerdos que había enterrado profundamente, momentos de una vida que parecía pertenecer a otra persona. ¿Cuándo había perdido esa parte de mí? ¿Cuándo había permitido que la corona sofocara al hermano que una vez fui?

—Pero, desde que te convertiste en rey —Su voz tembló ligeramente —, es como si esa parte de ti hubiera desaparecido. Te has vuelto distante, frío.

Tomas decisiones sin consultarnos, sin pensar en cómo nos afectan. Es como si el reino fuera lo único que importara, como si nosotros fuéramos solo piezas en tu gran tablero de ajedrez.

Cada palabra era una verdad que no podía negar, un espejo que reflejaba la imagen de un hombre en el que me había convertido sin darme cuenta. La vergüenza y el remordimiento me inundaron... Yo no quería ser así, no quería que me viera de esa forma. Debía de hacer algo, seguro que aún estaba a tiempo.

—Y ahora, con esta bruja, con Nefely —El nombre envió un escalofrío por mi columna—, es la primera vez en mucho tiempo que te veo... dudar. Que te veo considerar algo más allá de lo que los consejeros te dicen que es correcto. Y no sé si eso me asusta más o me da esperanza de recuperar a mi hermano.

Me quedé en silencio por un largo momento, procesando todo lo que Avery había dicho. Finalmente, cuando encontré mi voz, estaba cargada de una emoción que no me había permitido sentir en mucho tiempo.

—Lo siento. Lo siento tanto, Avery. Nunca quise convertirme en él. Nunca quise que me temieras, que ninguno de vosotros me temiera.

Avery me miró, y su rostro se fue suavizando.

—Lo sé. Sé que no lo haces a propósito. Pero eso no lo hace menos doloroso.

Asentí, entendiendo la verdad en sus palabras. Las buenas intenciones no eran suficientes, no cuando había causado tanto daño sin darme cuenta. No iba a volver a pedir disculpas, porque realmente no servían de nada. Las palabras vacías no cambiarían el pasado, ni borrarían el miedo que había sembrado en el corazón de mi hermana.

Avery me miró fijamente.

—Ella te hace dudar, ella te hace cuestionarte. Y creo que le tienes miedo a eso, a que todo no sea tan fácil como te lo están dando. —Intentó forzar una sonrisa, pero vi el dolor y la preocupación que se escondían detrás de ese gesto—. ¿De verdad crees que es peligrosa? ¿De verdad crees que miente en todo lo que dice o solo estás buscando una culpable?

Sus preguntas me obligaron a enfrentar verdades que había estado evitando.

¿Realmente creía que Nefely era una amenaza, o solo estaba proyectando mis propios miedos e inseguridades en ella?

—Si tuviera tanto poder como padre nos asustaba con las brujas, todo esto ya estaría reducido a cenizas, y tú ya estarías muerto. —Su lógica implacable desmoronaba las defensas que había construido alrededor de mis creencias—. En cambio, tus ojos dudan, no estás igual que hará unas semanas y eso... Eso me hace pensar que es peligrosa para ti, porque te tambalea todo lo que creías. Pero no para el resto.

Tenía razón, por supuesto. Si Nefely fuera realmente la amenaza que me había convencido de que era, ¿no habría actuado ya? ¿No habría usado sus supuestos poderes para escapar, para vengarse?

Avery se levantó y caminó hacia la puerta, su lenguaje corporal me dejó claro que quería que me fuera. Acepté sin rechistar. Me acerqué a la puerta y vi cómo sus manos se apoyaban en la madera para cerrarla.

—Buenas noches, rey —musitó, empujando la puerta con suavidad hasta cerrarla.

Me quedé allí, en el pasillo, sintiendo cómo la duda se me clavaba como una espina invisible. Dolía, sabía que estaba ahí, pero no lograba encontrarla para sacarla. Avery tenía toda la razón, y esa verdad me aterrorizaba más que cualquier supuesta amenaza mágica.

Si Nefely realmente hubiera sido tal peligro, ¿acaso Gélidia no habría atacado ya para recuperarla? Nadie dejaría escapar a una bruja, así como así, no sabiendo el poder que tienen. La lógica de este pensamiento era implacable, desmoronando las justificaciones que había construido para mantenerla prisionera.

Volví sobre mis pasos, deteniéndome frente a la puerta de Nefely. Los guardias me miraron con curiosidad, esperando órdenes. Por un momento, consideré entrar, enfrentarla directamente con todas estas nuevas dudas y preguntas. Pero no, no estaba listo. Necesitaba tiempo para procesar todo esto.

—Mañana no la despierten —dije con inseguridad—. Dejadla descansar.

—¿Está seguro, Majestad?

—Sí. Y que un maestre venga a verla cuando despierte. Quiero que se cerciore de que no está enferma.

No podía olvidar cómo se llevaba la mano al corazón durante nuestro vuelo, y una parte de mí quería comprobar que estaba bien, que no le iba a pasar nada.

—También... —añadí, una nueva idea se formó en mi mente—. Buscadme a alguien del pueblo donde la encontraron. Preguntad si la conocen y traédmelo.

Los guardias asintieron, escuchando mis órdenes con confusión y respeto.

Sabía que mis acciones probablemente los desconcertaban, pero en ese momento, no me importaba. Necesitaba respuestas, necesitaba la verdad, fuera cual fuera.

Volví a mis aposentos, la soledad de la habitación ahora un alivio en lugar de una carga. Me sentía mejor, más ligero de alguna manera, como si al tener a otra entre mis brazos la estuviera traicionando. Era un pensamiento absurdo, lo sabía. Nefely no era nada mío, no tenía ningún derecho sobre mí. La idea de estar con alguien más después de ver sus ojos, después de sentir esa conexión inexplicable en el río, me parecía casi sacrílega.

Deena no volvería a pisar mi habitación, ese espacio que ahora parecía cargado de una energía incómoda y ajena. No volvería a confiarle mis secretos, esos pedazos de mí que ahora lamentaba haber compartido tan libremente. A la mañana siguiente se iría de mi corte, llevándose consigo la familiaridad que alguna vez compartimos. No me sentía seguro ni cómodo

teniéndola cerca, como si su presencia fuera un recordatorio constante de una debilidad que no me podía permitir.

Y no quería que mis hermanos vieran lo que hacía, no quería que fueran testigos de mis errores o mis momentos de flaqueza. No quería que vieran lo mismo que yo veía con padre, esa imagen que se había quedado grabada en mi memoria como una advertencia.

Mujer tras mujer en sus aposentos, un desfile interminable de rostros sin nombre ni importancia. Era un patrón que me había jurado no repetir, una herencia que me negaba a aceptar.

Me dejé caer en la cama. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué me estaba convirtiendo? Unas semanas atrás, habría jurado que sabía exactamente quién era y cuál era mi deber. Ahora, todo parecía estar en duda.

Cerré los ojos, pero el rostro de Nefely apareció inmediatamente en mi mente. Sus ojos desafiantes, su sonrisa burlona, la forma en que su cuerpo se movía con gracia incluso en cautiverio. ¿Cómo podía una sola persona tener tanto poder sobre mí?

Pero no era solo Nefely, me di cuenta. Era todo lo que ella representaba. La duda, el cuestionamiento de todo lo que me habían enseñado. La posibilidad de que el mundo no fuera tan solo blanco y negro, como siempre había creído.

Me levanté de la cama, incapaz de quedarme quieto. Caminé hacia la ventana, mirando el reino que se extendía más allá de los muros del castillo.

Un reino que había jurado proteger, un pueblo que confiaba en mí para tomar las decisiones correctas.

¿Y si todas las decisiones que había tomado hasta ahora estaban basadas en mentiras? ¿En miedos infundados y prejuicios heredados? La idea me aterrorizaba.



La calidez de un nombre

Me gustaba aquel sonido que vibraba en las paredes, llevaba escuchándolo cada noche y me ayudaba a relajarme además de dormir. El arpa de la princesa Avery era como un bálsamo para mi alma inquieta, una melodía que me transportaba lejos de los confines de esta lujosa prisión. Aunque siempre me había costado conciliar el sueño, desde que era una niña, aquí, en el corazón del castillo de mis supuestos enemigos, encontraba un extraño consuelo en esas notas etéreas.

Yo no soñaba, no podía soñar, jamás lo había hecho y no tenía ni idea de cómo funcionaba. Era una de las muchas peculiaridades de mi don, o mi maldición, según cómo se mirase. En lugar de sumergirme en mis propias fantasías nocturnas, iba entre sueño y sueño de otros, metiéndome en sus inseguridades porque no tenía otra opción. Y pese a que el castillo estaba lleno de personas, cada una con sus propios miedos y deseos ocultos, solo podía ir a los de él. A los de Aeran.

Y allí estaba de nuevo, siendo un niño, mirando por la rendija de lo que parecía ser una puerta. Alguien estaba chillando y sentía cómo él estaba muy asustado. El miedo del pequeño Aeran era palpable, tan real que casi podía sentirlo como propio.

La vi a través de sus ojos, una mujer joven de cabello castaño y unos ojos verdes preciosos. Su madre, Dabria. Luego estaba el hombre de la última vez, su padre. El contraste entre ambos era sorprendente: ella, toda calidez y preocupación; él, frío y distante como una estatua de mármol.

—¡Han humillado a tu hijo! —gritó ella con lágrimas en los ojos y una mano en su vientre abultado—. A tu heredero, y a ti te da igual.

Él se llenaba una copa de vino sin escucharla, dándole la espalda. La indiferencia en su postura era como un puñal, y pude sentir cómo el corazón del pequeño Aeran se encogía ante la escena.

—Debe de madurar —respondió el rey, su voz carecía de emoción.

—Es un niño —protestó la reina, rompiendo en llanto.

—Los príncipes no pueden ser niños, Dabria —replicó él, girándose finalmente para mirarla—. Los príncipes son príncipes.

Dabria negaba con la cabeza, sus ojos llenos de lágrimas que reflejaban la luz de las velas, creando un efecto casi mágico.

—Que su propio padre permita que su inocencia, su infancia se vea envuelta en humillación y falta de respeto es...

—¿¡Es qué!? —chilló él, girándose violentamente hacia ella.

Sentí cómo Aeran se estremecía, su miedo aumentó ante la explosión de ira de su padre. Quise extender mi mano, consolar a ese niño asustado, pero estaba atrapada en el papel de observadora silenciosa. Solo deseaba protegerle de aquello, de él.

Dabria le miraba asustada, pero a su vez, parecía acostumbrada. Había una resignación en sus ojos que me partió el corazón.

—Deberían mostrar un mínimo de respeto a su heredero, a su futuro rey.

¿Pero qué respeto le van a mostrar si ni su propio padre lo hace?

En aquel momento, todo pareció moverse lentamente. Vi cómo la mano del rey se alzaba, cómo descendía con una fuerza brutal contra la mejilla de Dabria. El sonido del impacto resonó en la habitación, seguido del ruido sordo de su cuerpo cayendo al suelo.

«¡No!», quise gritar, pero no tenía voz en este sueño. Solo podía observar, impotente, cómo la reina caía, golpeándose el vientre contra el suelo de piedra.

Fue entonces cuando Aeran entró, su pequeña figura apareció en el campo de visión. Lo primero que hizo fue ir hacia su madre, cayendo de rodillas a su lado.

—Mami —musitó, con miedo y preocupación.

Dabria levantó la mirada, sus ojos se encontraron con los de su hijo. A pesar del dolor evidente en su rostro, logró esbozar una sonrisa temblorosa.

Era una mujer demasiado fuerte, nadie debía de ser tan fuerte.

—Estoy bien, mi amor —dijo suavemente, extendiendo una mano para acariciar la mejilla de Aeran—. No te preocupes.

El rey se quedó allí, inmóvil, mirando la escena con disgusto y algo más...

¿culpa, quizás? No, no sentía culpa, parecía más molesto. Pero no se dignó a ayudar a su mujer, no hizo nada.

—Levántate, Dabria —ordenó finalmente—. Y tú, Aeran, vuelve a tu habitación. Esto no es asunto tuyo.

—Pero padre...

—He dicho que vuelvas a tu habitación.

Vi cómo Aeran dudaba, sus ojos se movieron entre su madre, aún en el suelo, y su padre, imponente y amenazador. Finalmente, con una última mirada de preocupación hacia Dabria, se puso de pie.

—Ve, mi amor —susurró Dabria, su sonrisa valiente aún estaba en sus labios—. Estaré bien. Te veré por la mañana.

Aeran asintió, lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas mientras salía de la habitación. La puerta se cerró tras él, pero pude sentir cómo se quedaba allí, escuchando, temiendo por su madre y el bebé que llevaba en su vientre. Ese que deseaba con tantas ganas porque quería un hermano más que a nada.

Vi cómo el rey se acercaba a Dabria; su expresión reflejaba remordimiento y frustración.

—No debiste provocarme. Sabes cómo me pongo cuando cuestionas mis decisiones.

—Tus decisiones están lastimando a nuestro hijo. ¿No lo ves? Lo estás convirtiendo en alguien que no es.

El rey suspiró, pasándose una mano por el rostro. Por un momento, pareció más viejo, más cansado.

—El mundo es cruel, Dabria. Estoy preparándolo para eso.

—Hay otras formas —insistió ella—. Formas que no involucren romper su espíritu, romper su alma.

El silencio cayó entre ellos, pesado y cargado de tensión. Finalmente, el rey se dio la vuelta.

—Descansa. Mañana si eso hablaremos de esto.

Con eso, salió de la habitación, sus pasos resonaron firmes en el pasillo.

Aeran se escondió rápidamente detrás de una cortina, conteniendo la respiración mientras su padre pasaba a su lado sin notarlo.

Una vez que los pasos se desvanecieron, Aeran volvió a entrar en la habitación. Dabria seguía en el suelo, con una mano sobre su vientre y una expresión de dolor.

—Mami —susurró, acercándose cautelosamente—. ¿Estás bien?

Dabria levantó la mirada, sorprendida de verlo allí.

—Aeran, cariño. Creía que te habías ido a tu habitación.

—No podía dejarte sola. Déjame ayudarte.

Con una fuerza sorprendente para sus casi siete años, Aeran se acercó a su madre y le ofreció su mano.

—Vamos, mami —dijo, intentando sonar valiente—. Te ayudaré a levantarte.

Dabria sonrió a través de sus lágrimas, conmovida por la valentía de su hijo.

—Eres muy fuerte, mi pequeño caballero —dijo, aceptando su ayuda.

Aeran tiró con todas sus fuerzas, y aunque era evidente que no podía levantar a su madre por sí solo, su valor era admirable. Dabria, con un esfuerzo visible, logró ponerse en pie, apoyándose en el hombro de su hijo.

—¿Te duele mucho, mami? ¿El bebé está bien?

Dabria acarició su vientre, con una sombra de preocupación cruzando su rostro.

—Creo que estamos bien, cariño —respondió, aunque pude sentir la duda en su voz—. Tu hermanito o hermanita es fuerte, como tú.

Aeran guio a su madre hacia la cama, asegurándose de que se sentara cómodamente. Luego, con una audacia impropia de su edad, fue hacia una jarra de agua en una mesa cercana.

—Toma, mami —dijo, ofreciéndole un vaso de agua—. La abuela siempre dice que el agua ayuda cuando uno se siente mal.

Dabria tomó el vaso, bebiendo lentamente. Sus ojos nunca dejaron a Aeran, llenos de un amor y un orgullo que casi dolía ver.

—Gracias, mi amor —dijo, poniendo el vaso a un lado—. No sé qué haría sin ti.

Aeran se subió a la cama, acurrucándose junto a su madre. Pude sentir cómo luchaba contra las lágrimas, queriendo ser fuerte por ella.

—¿Por qué papá es así, mami? ¿Por qué te lastima? ¿Por qué dice que tengo que ser diferente?

Dabria suspiró, abrazando a su hijo con fuerza.

—Tu padre... tiene sus propios demonios, Aeran —comenzó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Cree que está haciendo lo correcto, preparándote para ser rey. Pero a veces, olvida que antes de ser un príncipe, eres un niño. Mi niño.

—No quiero ser como él. No quiero lastimar a las personas que amo.

—Oh, mi pequeño —Dabria lo apartó suavemente, mirándolo a los ojos—.

Tú eres diferente. Tienes un corazón amable y valiente. Prométeme que nunca perderás eso, sin importar lo que pase.

—Lo prometo, mami —respondió Aeran solemnemente.

Se quedaron así por un momento, abrazados en silencio. Era solo un niño, pero en ese momento, estaba tomando una decisión que cambiaría el curso de su vida.

—Mami —dijo finalmente, su voz más firme—. Cuando sea grande y sea rey, te prometo que las cosas serán diferentes. Protegeré a todos, especialmente a ti y al bebé. Nadie volverá a lastimarte.

Dabria sonrió, sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas.

—Sé que lo harás, mi amor —respondió, besando su frente—. Serás el mejor rey que este reino haya conocido.

El sueño comenzó a desvanecerse, las imágenes se volvieron borrosas, pero el eco de esa promesa permaneció conmigo. Sentí cómo regresaba a mi propio cuerpo, a la realidad de mi habitación en el castillo.

Abrí los ojos. La luz del sol se colaba, tiñendo la habitación de tonos dorados.

Me incorporé lentamente, mi mente aún llena de las imágenes del sueño de Aeran. La promesa del pequeño príncipe resonaba en mis oídos: «Cuando sea grande y sea rey, te prometo que las cosas serán diferentes».

¿Qué había pasado con ese niño? ¿En qué momento el peso de la corona había aplastado esa promesa, convirtiéndolo en el hombre que me había encarcelado? ¿O acaso... acaso algo de ese niño aún sobrevivía en él?

Me levanté de la cama, acercándome a la ventana. El castillo comenzaba a despertar, podía oír el movimiento de los sirvientes en los pasillos, el tintineo lejano de armaduras mientras los guardias cambiaban de turno.

En aquel momento me di cuenta de lo tarde que era, ¿acaso nadie me había despertado? ¿Acaso Aeran se había olvidado de que pasaba a por mí o es que ya no le hacía falta? Una sensación extraña se instaló en mi pecho, alivio y a su vez, decepción. Sacudí la cabeza, intentando deshacerme de ese pensamiento absurdo.

Unos golpes en la puerta me dejaron un poco confundida, inmediatamente se abrió, sin el giro de llave. ¿Ya no estaba encerrada?

—Buenos días —musitó la doncella con una sonrisa—. Le traigo el desayuno.

Tenía una sonrisa en el rostro, y yo estaba viva, de eso estaba segura. O al menos, eso creía. Tras ella, Kieran entraba corriendo a la habitación con una sonrisa que iluminaba toda la estancia.

—¡Hola! —musitó saltando a la cama—. ¡Buenos días! ¡Mi hermano me ha dicho que puedo verte, pero solo un poco!

Su entusiasmo era contagioso, y por un momento, sentí cómo una sonrisa involuntaria se formaba en mis labios. Pero la confusión seguía presente.

¿Qué estaba pasando?

Thorak también estaba allí, su presencia imponente llenó el marco de la puerta. Supuse que estaba controlando que todo fuera bien y que no le hiciera nada a Kieran. Pero todo me resultaba muy confuso. ¿Desde cuándo se me permitía tener visitas? ¿Y por qué Aeran habría autorizado esto?

—El rey ha pedido que un maestre la examine —dijo Thorak, con voz grave y formal—. ¿Desea que entre ya o prefiere que espere a después de desayunar? Supongo que querrá esperar, tendrá hambre.

Comenzaba a dudar en eso de que no estaba muerta. Demasiada amabilidad, demasiada consideración. Esto no podía ser real.

—¿Está enferma, Thorak? —preguntó Kieran.

—No —dije negando con la cabeza—. No lo estoy, estoy bien, no necesito ningún maestre de los vuestros.

No me fiaba de ellos, no quería a nadie examinándome. ¿Por qué querría Aeran que me vieran? Seguro que mi salud estaba mejor que la suya. La sospecha se arraigó en mi mente. ¿Acaso estaba buscando una excusa para declararme incapaz o enferma?

—El rey... —intentó decir Kieran, pero lo interrumpí.

—Decirle al Rey que estoy bien, que no quiero que nadie me vea.

Thorak me miró de arriba abajo, dudoso. Pude ver la lucha interna en sus ojos, entre seguir las órdenes de su rey y respetar mis deseos. Parecía preocupado también.

—Dama —comenzó, y la formalidad del título me sorprendió—, el rey insiste en que un maestre la examine. Está... preocupado por su bienestar.

La corte está preocupada.

Esas palabras me dejaron sin aliento. ¿Aeran, preocupado por mi bienestar?

La idea era tan absurda que casi me reí. Pero la seriedad en el rostro de Thorak me detuvo.

—¿Preocupado? ¿El mismo rey que me encarceló sin pensarlo dos veces?

No, gracias. No necesito su falsa preocupación ni la de sus maestres.

Tampoco la de su corte.

Kieran, que había estado observando el intercambio con curiosidad, intervino:

—Pero Nefely, Aeran de verdad quiere asegurarse de que estés bien. Ayer estaba muy preocupado cuando volvisteis de volar, lo vi en su cara, siempre está muy callado cuando está preocupado, y era por ti, seguro. —Después señaló a Thorak—. Y Thorak dice que eres buena conmigo y no quiere que te pase nada.

Sus palabras me hicieron dudar por un momento. ¿Esto iba en serio?

Recordé el dolor en mi pecho durante el vuelo, la forma en que él había reaccionado. No podía permitirme confiar en él, no después de todo lo que había pasado.

—Agradezco tu preocupación, Kieran —dije suavemente—, pero estoy bien. No necesito que nadie me examine.

Thorak frunció el ceño, claramente insatisfecho con mi respuesta.

—El rey no estará contento con esto —advirtió.

—El rey tendrá que aprender a vivir con la decepción —respondí, mi tono fue más mordaz de lo que pretendía—. No soy una de sus posesiones para que me examine a su antojo. Debió preocuparse cuando llevaba semanas sin comer, ahora solo sufro las consecuencias de sus decisiones, tendrá que aprender a vivir con ello.

Vi cómo Thorak se tensaba ante mis palabras, pero antes de que pudiera responder, Kieran intervino nuevamente.

—¿Pero y si estás enferma y no lo sabes? Mi mamá siempre decía que era mejor prevenir que curar. Mamá era muy lista y nos daba medicinas antes de que llegase el invierno para que no nos enfermásemos.

Sus palabras trayendo recuerdos de mi propia madre y sus enseñanzas sobre la curación. Por un momento, casi cedí. Pero el miedo y la desconfianza eran más fuertes.

—Aprecio tu preocupación, Kieran —dije, intentando suavizar mi tono —.

Pero te prometo que estoy bien. Sé cómo cuidarme. Siempre he sabido cómo cuidarme.

Thorak pareció considerar mis palabras por un momento antes de asentir lentamente.

—Muy bien —dijo finalmente—. Informaré al rey de su decisión. Pero no puedo prometer que esto sea el final del asunto.

—Que así sea —respondí, levantando la barbilla en un gesto de desafío—.

Si el rey tiene algo que decir al respecto, que venga y me lo diga él mismo en persona.

Vi cómo la sorpresa cruzaba el rostro de Thorak ante mi audacia. Pero en lugar de la ira que esperaba, vi una sonrisa torcida en sus labios.

—Como desee la dama —dijo, inclinando ligeramente la cabeza antes de volverse hacia Kieran—. Príncipe Kieran, es hora de irnos. La señorita Nefely necesita desayunar y descansar.

Kieran hizo un puchero, pero no protestó. Se acercó a mí y, para mi sorpresa, me dio un abrazo rápido.

—Me alegro de que estés bien, te quiero Nefy —susurró antes de soltarme y correr hacia la puerta.

¿Nefy? ¿De dónde lo había sacado?

Mientras los veía marcharse, sentí una mezcla de emociones contradictorias. Alivio por haber mantenido mi posición, pero también una punzada de culpa por mi cabezonería.

Me senté en la cama, mirando la bandeja de desayuno que la doncella había dejado. El aroma del pan recién horneado y el café caliente llenaba la

habitación, pero de repente había perdido el apetito.

¿Había hecho lo correcto al rechazar la examinación del maestre? Una parte de mí insistía en que sí, que no podía confiar en nadie en este castillo. Pero otra parte, una parte que sonaba sospechosamente como la voz de mi madre, me susurraba que tal vez estaba siendo demasiado terca.

Cerré los ojos, recordando el sueño de Aeran, la promesa que había hecho de niño. ¿Era posible que realmente estuviera preocupado por mí? ¿O era solo otra táctica para mantenerme bajo control?

La mañana transcurrió lentamente, cada minuto extendiéndose como si fueran horas. Me quedé en la habitación, alternando entre mirar por la ventana y pasear inquieta de un lado a otro. La bandeja del desayuno permanecía casi intacta; el apetito me había abandonado por completo.

Cada vez que escuchaba pasos en el pasillo, me tensaba, esperando que la puerta se abriera. Pero las horas pasaban y nadie venía. Ni Thorak, ni Kieran, ni... Aeran.

Cuando el sol estaba alto en el cielo, indicando que era cerca del mediodía, finalmente escuché unos pasos firmes acercándose. Esta vez, supe instintivamente que era él, le vi por sus ojos.

Dos golpes secos en la puerta precedieron su entrada. Aeran entró, su presencia llenó inmediatamente la habitación. Llevaba una túnica

azul oscuro que resaltaba el gris de sus ojos, y su expresión reflejaba preocupación y enfado camuflado.

—Nefely —dijo a modo de saludo.

—Majestad —respondí, manteniendo mi tono neutro—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

Aeran frunció ligeramente el ceño ante mi formalidad, pero no comentó al respecto.

—Me han informado que has rechazado la visita del maestre —dijo, yendo directo al grano—. ¿Puedo preguntar por qué?

Crucé los brazos sobre mi pecho, una postura defensiva que no pasó desapercibida para él.

—No veo la necesidad de ser examinada —respondí—. Estoy perfectamente bien.

Aeran dio un paso hacia mí, y tuve que resistir el impulso de retroceder.

—Nefely, lo hago por tu seguridad. Quiero cerciorarme de que estás bien, especialmente después de... lo que pasó durante nuestro vuelo.

Su preocupación parecía de verdad, y por un momento, sentí que mis defensas flaqueaban. Pero la desconfianza arraigada en mí era demasiado fuerte.

—¿Mi seguridad? —repetí, una risa amarga se escapó de mis labios —.

¿Desde cuándo te importa mi seguridad, Aeran? Hasta hace poco, era solo una prisionera para ti.

Vi cómo sus ojos se oscurecían ante mis palabras.

—Las cosas han cambiado —dijo suavemente—. Yo... he cambiado.

—¿Has cambiado? ¿En unos días? Perdona si me cuesta creerlo.

Aeran suspiró, pasándose una mano por el pelo en un gesto que parecía más propio del niño de sus sueños que del rey que conocía.

—Sé que es difícil de creer —admitió—. Pero estoy tratando de hacer las cosas de manera diferente. De ser... mejor.

Sus palabras me recordaron la promesa que había hecho en su sueño, y por un momento, vi al niño en el hombre frente a mí. Pero no confiaba en él, no podía, sentía que me iba a traicionar en cualquier momento.

—¿Y debo creer que este repentino cambio de corazón no tiene nada que ver con obtener información de mí? —pregunté, arqueando una ceja—.

¿Que no es solo otra táctica para que baje la guardia? Por favor, me parece todo tan falso y teatral.

Aeran pareció herido por mis palabras, pero no retrocedió. En cambio, dio un paso hacia mí.

—No es una táctica, Nefy —dijo suavemente, el diminutivo escapó de sus labios como una caricia—. Estoy preocupado por ti.

Me quedé paralizada, sorprendida no solo por la sinceridad en su voz, sino por el uso de ese apodo cariñoso. «Nefy». Nadie me había llamado así antes. El sonido de esa palabra en sus labios provocó una sensación cálida en mi pecho que me desconcertó. Así es como me había llamado Kieran,

¿habían hablado de mí? ¿Cómo había surgido ese mote?

—¿Nefy?

Aeran pareció darse cuenta de lo que había dicho y vi cómo un leve rubor teñía sus mejillas. Por un momento, pareció tan vulnerable, tan humano, que por poco me dejo engañar.

—Yo... lo siento —dijo, apartando la mirada—. No sé por qué te he llamado así.

Pero yo lo sabía. En ese breve momento, había visto al niño de sus sueños, al Aeran que había prometido ser diferente. Y esa verdad me asustó más que cualquier amenaza.

—Es... está bien —logré decir, luchando por mantener la compostura —.

Pero eso no cambia nada. Sigo sin confiar en tus intenciones.

Aeran asintió lentamente.

—Lo entiendo —dijo suavemente—. Pero espero que, con el tiempo, puedas ver que mis intenciones son sinceras... Nefely.

El uso de mi nombre completo esta vez sonó casi como una disculpa, como si estuviera tratando de restablecer las barreras que ese «Nefy» había amenazado con derribar.

—Lo que pasó en el río, la forma en que te llevaste la mano al pecho durante el vuelo... No puedo ignorarlo.

Su preocupación parecía sincera, y por un momento, sentí que mi resolución flaqueaba. Pero años de desconfianza no se borran fácilmente.

—Es difícil creer en la preocupación de alguien que me ha mantenido prisionera. ¿Cómo sé que esto no es solo otra forma de control?

Aeran me miró fijamente.

—No puedo borrar lo que he hecho —dijo finalmente—. Pero puedo intentar hacer las cosas de manera diferente a partir de ahora. Por favor, Nefely. Déjame ayudarte.

Su sinceridad era desconcertante. Una parte de mí quería creerle, quería confiar en que realmente había cambiado. Pero otra parte, la parte que había aprendido a sobrevivir desconfiando de todos, me gritaba que tuviera cuidado.

—¿Y si me niego? —pregunté, probando los límites de esta nueva actitud

—. ¿Volverás a tratarme como una prisionera?

Aeran negó con la cabeza.

—No. No voy a obligarte. Pero te pido que lo consideres. No por mí, sino por ti misma.

Su respuesta me sorprendió. Esperaba que insistiera, que usara su autoridad como rey para obligarme. Pero en su lugar, me estaba dando una opción.

Nos quedamos en silencio por un momento. Finalmente, solté un suspiro de derrota.

—Lo pensaré —dije, sorprendiéndome a mí misma con mi respuesta —.

Pero no prometo nada.

Aeran asintió, una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Es todo lo que pido. Gracias, Nefely.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en la puerta.

—Por cierto —añadió, mirándome por encima del hombro—, ya no eres una prisionera. Eres mi invitada. Espero que, con el tiempo, puedas verlo así también.

Mientras veía a Aeran salir de la habitación, no pude evitar llevarme una mano al pecho, justo donde había sentido esa calidez cuando me llamó

«Nefy».

Me dejé caer en la cama, mi mente dando vueltas. El Aeran que acababa de ver, el que me había llamado «Nefy» con tanta ternura, era muy diferente al rey frío y distante que me había encarcelado.

Lo peor de todo es que me gustaba cómo sonaba en sus labios. No, «gustar»

era quedarse corto. La forma en que había pronunciado ese diminutivo había despertado algo en mí, algo que me asustaba y me fascinaba a partes iguales.

«Nefy». Lo repetí en mi mente, recreando el sonido de su voz. Había sido como una caricia auditiva, suave y cálida. La forma en que su voz había bajado ligeramente, como si estuviera compartiendo un secreto íntimo. El ligero temblor en la «f», casi imperceptible, que delataba una emoción contenida.

Era ridículo que algo tan simple como un apodo pudiera afectarme tanto. Y, sin embargo, aquí estaba, con el corazón acelerado y un hormigueo en la piel, todo por la forma en que Aeran había pronunciado mi nombre.

Lo más perturbador era cómo ese simple «Nefy» parecía haber derribado años de muros que había construido cuidadosamente a mi alrededor. Era

como si, en esas dos sílabas, Aeran hubiera encontrado una grieta en mis defensas y se hubiera colado dentro.

Me llevé una mano al pecho, justo donde había sentido esa calidez cuando lo dijo. El eco de su voz resonaba en mi interior, despertando sensaciones que creía olvidadas o incluso muertas. Era aterrador y emocionante a la vez.

¿Cómo era posible que el mismo hombre que me había mantenido prisionera pudiera hacer que mi nombre sonara como una promesa, como una súplica y una caricia al mismo tiempo?

Me revolví en la cama, inquieta. Una parte de mí anhelaba volver a escucharlo, deseaba que Aeran volviera a entrar por esa puerta solo para oírlo pronunciar mi nombre una vez más.



Corazones que cantan

Esperé en la sala del trono, con la ansiedad creciendo en mi interior.

Supuestamente habían encontrado a alguien que podía hablar sobre Nefely.

Después de verla en su habitación, de haber tenido la boca tan grande y llamarla por un diminutivo que no sabía de dónde demonios lo había sacado, no podía dejar de pensar en ello. En ella. Estaba

haciendo bien las cosas, lo presentía, pese a que parecía ahora que todos estaban en mi contra.

La inmensidad de la sala del trono, con sus altos techos abovedados y sus tapices, de repente me pareció sofocante. Las sombras proyectadas por las velas se movían en las paredes, como si fueran testigos silenciosos de mi inquietud interna. El trono, símbolo de mi poder y autoridad, ahora se sentía como una carga más que un privilegio.

Me tensé al escuchar los pasos de mis guardias escoltando a cuatro personas. El sonido resonó en la sala, amplificado por el silencio expectante. Vi entrar a un hombre de pelo blanquecino, con ropa rasgada y una expresión seria y confusa. Sus ojos, cansados pero alertas, recorrieron la sala con asombro y temor. A su espalda iba una mujer de pelo castaño, sus manos protectoramente sobre los hombros de dos niñas, una más alta

que la otra, pero evidentemente cercanas en edad. Estaban tensos, como animales acorralados listos para huir al menor indicio de peligro.

—Muchas gracias por aceptar venir —dije, poniéndome de pie. El movimiento pareció sobresaltarlos, y me di cuenta de cuán intimidante debía parecer desde su perspectiva. Yo, el rey, en mi trono alto, frente a ellos, simples aldeanos arrancados de su vida cotidiana. Los miré, intentando suavizar mi expresión, consciente del miedo que irradiaba de ellos. Era comprensible; después de todo, los había sacado de su hogar sin explicación alguna.

Hicieron una reverencia en silencio, sus movimientos torpes y poco practicados. Era evidente que no estaban acostumbrados a las formalidades de la corte.

—Alteza —dijo el hombre—. ¿En qué podemos ayudarle?

Miré de reojo a mi consejero Neval, que aguardaba en silencio a un lado, su expresión era indescifrable. Parecía incómodo, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar menos aquí. Su actitud no hizo más que aumentar mi nerviosismo.

—Ustedes viven en Benia, ¿cierto? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta. Vi cómo asentían, el miedo haciendo que sus cuerpos temblaran visiblemente. Intenté que mi voz sonara lo más suave posible cuando continué—: ¿Conocen a una mujer llamada Nefely?

El efecto fue inmediato. Las niñas miraron a su madre, sus ojos se abrieron con sorpresa y esperanza. Fue como si el simple nombre de Nefely hubiera encendido una luz en sus rostros. Esta reacción no pasó desapercibida para mí, y sentí cómo la curiosidad crecía en mi interior. La conocían. Y yo me maldije.

—Mi rey, yo... —comenzó el hombre, pero lo interrumpí con un gesto de la mano.

—Por favor —dije, intentando infundir calma en mi voz—. Sean sinceros.

Prometo que no les pasará nada. No es más que una pregunta para acallar

ciertos rumores.

Vi cómo el hombre tragaba saliva, intercambiando una mirada rápida con la mujer antes de responder:

—Sí, Majestad, la conozco desde que nació. También conocí a sus padres.

Aquellas palabras fueron suficientes para sentirme humillado, avergonzado y un monstruo. La culpabilidad, que ya había estado creciendo en mi interior desde hacía días, se multiplicó exponencialmente. La había tratado peor que a cualquier ser que

existiese, todo por miedo, sin escucharla, sin darle una oportunidad de explicarse. Sí, había incumplido mis leyes, sí, estaba constantemente desafiándome. ¿Pero cómo no iba a hacerlo si su propio rey castigaba con mano dura algo tan simple como ayudar? Entendía su odio, su rabia, la entendía con una claridad que me asustaba.

—¿Les ha ayudado en algún momento?

Vi cómo el hombre y la mujer intercambiaban miradas, una conversación silenciosa pasando entre ellos. Pero antes de que pudieran responder, una vocecita se alzó, rompiendo la tensión del momento.

—A mí me curó cuando me caí —confesó una de las niñas, su voz estaba llena de inocencia y gratitud.

Esas simples palabras, pronunciadas con la honestidad de un niño, provocaron una sonrisa involuntaria en mi rostro. Era una sonrisa teñida de ternura, pero también de remordimiento. ¿Cuántas vidas había tocado Nefely? ¿Cuántas personas dependían de ella, de unas habilidades que yo tan rápidamente había etiquetado como peligrosas?

—¿Puedes contarme más sobre eso, pequeña? —pregunté, bajando unos escalones, intentando parecer menos intimidante.

La niña, alentada por mi interés, continuó con más confianza:

—Me caí del árbol más alto de la plaza. Todos decían que me iba a quedar coja, que nunca más podría correr. Pero Nefely vino y me puso unas hierbas

que olían raro, y me dijo palabras bonitas mientras me curaba. Al día siguiente, podía caminar como si nada hubiera pasado.

Su hermana, animada por la valentía de la menor, añadió:

—Y cuando hubo esa fiebre mala el invierno pasado, Nefely fue de casa en casa, cuidando a todos. No dormía, casi no comía. Muchos dicen que, sin ella, la mitad del pueblo no habría sobrevivido.

Escuché sus palabras con asombro y creciente vergüenza. Cada historia, cada anécdota, era un golpe más a la imagen que me había formado de Nefely. No era una bruja malvada, no era una amenaza para mi reino. Era una sanadora, una protectora, alguien que ponía el bienestar de los demás por encima del suyo propio.

El hombre, viendo que las niñas habían roto el hielo, se atrevió a hablar:

—Majestad, si me permite... Nefely es el corazón de Benia. Cuando los médicos del reino no pueden o no quieren ayudar, es a ella a quien acudimos. Nunca ha pedido nada a cambio, nunca ha rechazado a nadie que necesitara su ayuda.

La mujer asintió, añadiendo con voz temblorosa:

—Incluso cuando... cuando vuestros soldados vinieron a llevársela, estaba en medio de curar a los heridos del ataque. No intentó huir, no se resistió.

Solo quería ayudar a los que habían sufrido heridas.

Cada palabra era como un puñal en mi corazón. La imagen de Nefely, trabajando incansablemente para salvar vidas incluso cuando sabía que venían a arrestarla. ¿Qué clase de rey era yo que castigaba a alguien así?

¿Qué clase de justicia era la que yo impartía?

Me moví violentamente hacia atrás, rabioso de mí mismo. Los aldeanos retrocedieron instintivamente, pero les hice un gesto tranquilizador con la mano.

—Les agradezco su honestidad. Han sido de gran ayuda.

Hice una seña a uno de mis guardias, quien se acercó con una pequeña bolsa que tintineaba con el sonido de monedas.

—Por favor, acepten esto como muestra de mi gratitud —dije, ofreciéndoles la bolsa—. Y sepan que tienen mi palabra: Nefely no será castigada Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa y alivio. El hombre tomó la bolsa con manos temblorosas, haciendo una profunda reverencia.

—Gracias, Majestad —dijo con emoción—. Que los dioses os bendigan.

Mientras los veía marcharse, escoltados por mis guardias, sus pasos más ligeros ahora, cargados de esperanza, sentí cómo el peso de mis acciones caía sobre mí con toda su fuerza. La culpa era como un puño en mi estómago, retorciéndose y recordándome cada error que había cometido.

Había actuado precipitadamente, dejándome llevar por el miedo y los prejuicios. Había cometido un error terrible, uno que podría haber costado la vida de una inocente y privado a un pueblo entero de su protectora, su luz en la oscuridad.

Me volví hacia mi consejero, Neval, quien había permanecido en silencio durante toda la entrevista. Su rostro era una máscara de neutralidad, pero sus ojos... sus ojos delataban una inquietud que me puso en alerta. No parecía compartir el alivio que yo sentía. Al contrario, su postura rígida y la forma en que sus dedos se crispaban ligeramente me decían que algo lo perturbaba profundamente.

—¿Hay algo que le perturbe, Neval? —pregunté, bajando los escalones del trono para estar a su nivel. Quería ver su rostro claramente, leer las emociones que trataba de ocultar.

Neval pareció dudar por un momento, como si estuviera midiendo cuidadosamente sus siguientes palabras. Finalmente, habló, su voz

fue baja, pero cargada de una preocupación que no pudo disimular completamente:

—Bueno, Majestad... —comenzó, eligiendo sus palabras con cuidado —.

¿Cómo sabemos que lo que cuentan es cierto? La magia tiene muchas formas, algunas tan sutiles que ni siquiera nos damos cuenta de que estamos

bajo su influencia. —Hizo una pausa, como si estuviera considerando posibilidades oscuras—. ¿Cómo no sabemos que los ha envenenado, o hechizado? Podría haber manipulado sus mentes, sus recuerdos...

Sus ojos se encontraron con los míos, y vi en ellos un miedo genuino y desesperación.

—¿De verdad se siente seguro dejándola libre, mi señor? —continuó —.

Sigue siendo una bruja, Majestad, una bruja que le ha desafiado abiertamente. Su poder, su influencia... podrían ser más peligrosos de lo que imaginamos. Si la dejara libre, le verían como un rey vulnerable.

Sentí cómo la irritación crecía en mi interior. ¿Acaso no había visto lo mismo que yo? ¿No había escuchado la gratitud en las voces de esa familia, el amor en los ojos de esas niñas?

—Yo no he dicho que la vaya a dejar libre —respondí, negando con la cabeza. La imagen de Nefely, pálida y debilitada por su confinamiento, se alzó en mi mente, alimentando mi culpa—. Al menos, no de momento. Su salud... me preocupa. Y hay mucho que necesito entender antes de tomar una decisión final. Si está enferma por lo que le hemos causado, nuestro deber es que sane. Nada será más importante. Hemos castigado y condenado a una inocente.

Respiré hondo, tratando de ordenar mis pensamientos antes de continuar:

—Mas, como ya he informado desde primera hora de la mañana, nuestra actitud hacia ella cambiará. Se la tratará con respeto, como la sanadora y protectora que es para su pueblo. No como una criminal, sino como alguien que merece nuestra consideración y, sí, nuestra gratitud.

Vi cómo la expresión de Neval se oscurecía, su desacuerdo evidente en cada línea de su rostro.

—No estoy de acuerdo, Majestad, lo lamento. Sigo creyendo que tenerla aquí, en el corazón de nuestro reino, traerá grandes consecuencias. Su presencia es una amenaza, una tentación para aquellos que podrían buscar poder a través de medios... poco ortodoxos.

Hizo una pausa, como si estuviera reuniendo coraje para su siguiente argumento:

—Y en el caso de que quiera liberarla de todos sus crímenes... ¿No es mejor soltarla? Dejar que vuelva a su aldea, a su sitio. Este no es su sitio, Majestad. El castillo, la corte... no es lugar para alguien como ella.

La forma en que hablaba de Nefely, como si fuera menos que humana, como si su presencia fuera una mancha en nuestro reino, me enfurecía más de lo que quería admitir. Yo era el monstruo que la había encarcelado sin razón, quien la había torturado sin motivos... Yo era la bestia, ella era inocente.

Me acerqué lentamente a él, observando cómo su expresión cambiaba con cada paso que daba. El desprecio en su rostro cuando hablaba de ella, el asco apenas disimulado, todo ello alimentaba una rabia que amenazaba con desbordarme.

—No quiero que nadie se atreva a decir nada sobre ella, nadie —dije con una autoridad que no admitía réplica—. Como un solo comentario, una sola mirada sea inapropiada, mi dragona estará encantada de comer doble. ¿Me oís? Que se entere toda la corte. Como alguien hable mal de Nefely, como alguien se atreva a hacerle algo, lo lanzaré a mi dragona y se lo comerá. No habrá juicio, ni segundas oportunidades.

Vi cómo el color abandonaba el rostro de Neval, el miedo remplazó rápidamente su arrogancia anterior.

—Sí, Majestad.

Pero no había terminado. La furia que había estado conteniendo durante días, alimentada por la culpa y la vergüenza de mis propias acciones, finalmente encontró una salida:

—No voy a tolerar ninguna falta de respeto, ni desvaríos, ni rumores infundados. —Mi voz se fue elevando cada vez más—. A partir de ahora, Nefely está bajo mi protección personal. Se lo debo a ella, se lo debemos.

Nos está ayudando con Gélidia, poniendo en riesgo su propia seguridad

para proteger un reino que la ha tratado con nada más que desprecio y miedo.

Hice una pausa, dejando que mis palabras se hundieran, en él, porque parecía que no quería escucharme:

—Ella, mejor que nadie, puede estar a nuestro lado para vencer al reino de Gélidia. Su última visión, o como quiera llamarse, ha sido clave. Sin ella, estaríamos a ciegas, vulnerables ante un enemigo que no dudará en destruirnos.

Miré a Neval directamente a los ojos, desafiándolo a contradecirme:

—¿Cuál de vosotros ha hecho algo más que quejarse y poner en duda lo que yo decía? ¿Quién de mis supuestos consejeros ha aportado información tan valiosa como la que ella nos ha dado?

Neval se mantuvo en silencio, con su mirada baja, incapaz de sostener la mía.

—Creo que a veces os olvidáis de que soy vuestro rey. Que debéis obedecerme a mí, no a vuestros miedos y prejuicios. Mi palabra es ley, y mi palabra dice que Nefely será tratada con el respeto que merece o quienes me desobedezcan pagarán las consecuencias.

El silencio que siguió a mis palabras fue ensordecedor. Podía sentir la tensión en el aire, espesa y palpable. Neval parecía luchar consigo mismo, como si quisiera decir algo más, pero temiera las consecuencias.

Finalmente, habló con mucho cuidado:

—Como deseéis, Majestad. Vuestras órdenes serán cumplidas al pie de la letra —respondió con amargura.

Asentí, satisfecho por el momento, pero la sensación de victoria era efímera. Una duda persistente se arraigaba en mi interior, recordándome que esta batalla estaba lejos de terminar. La resistencia de Neval, de su evidente desprecio hacia Nefely, me preocupaba más de lo que quería

admitir. Sus ojos, aunque bajos en señal de sumisión, brillaban con un resentimiento que me helaba la sangre.

—Espero que así sea, Neval. Recuerda que estaré vigilando de cerca cómo se maneja esta situación.

Mientras observaba a mi consejero, no pude evitar que mi mente divagara hacia preocupaciones más amplias. ¿Cuántos más en la corte compartirían su opinión? ¿Cuántos obstáculos invisibles,

cuántas resistencias silenciosas tendría que superar para asegurar no solo la libertad de Nefely, sino su aceptación en un mundo que la había temido durante tanto tiempo? La tarea que tenía por delante parecía monumental.

Sacudí esos pensamientos, enfocándome en el presente. Había mucho por hacer, y cada momento era crucial.

—Ahora iré a verla —anuncié—. El maestre se va a asegurar de que no esté enferma. Quiero un informe detallado de su estado de salud lo antes posible, por si tenemos que tratarla.

Neval hizo una reverencia a desgana, su cuerpo estaba rígido como si el simple acto de inclinarse ante esta decisión le causara dolor físico. Ignoré su evidente desaprobación y me giré, caminando con paso firme hacia las escaleras que me llevarían a los aposentos de Nefely.

¿Cómo reaccionaría ella a estos cambios? ¿Vería sinceridad en mis acciones o solo otra forma de control?

Al llegar a su puerta, vi a Thorak ya apostado allí. Su presencia me tranquilizó momentáneamente; le había encargado personalmente que fuera su guardia, no para vigilarla, sino para protegerla del resto. Confiaba en su lealtad y su buen juicio. Él era el único que me aconsejaba de verdad, y Nefely me había dejado caer más de una vez que confiase en él.

—Majestad —saludó Thorak con una inclinación de cabeza cuando me acerqué. Su voz, aunque respetuosa, tenía un tono de preocupación que no pasó desapercibido.

—¿Cómo está ella? —Miré la puerta cerrada.

Thorak dudó un momento antes de responder:

—Inquieta, mi señor. Ha protestado contra la visita del maestre, pero finalmente ha accedido. Parece... desconfiada.

Asentí, agradeciendo su honestidad.

—Entiendo. Gracias, Thorak. Puedes retirarte por ahora.

Con un gesto de mi mano, indiqué que abriera la puerta. El crujido de las bisagras sonó como un presagio, y por un momento, dudé. ¿Estaba preparado para enfrentar las consecuencias de mis acciones pasadas?

Al entrar, la vi sentada en la cama, con una postura tensa y defensiva. El maestre ya estaba allí, organizando sus instrumentos con movimientos metódicos. La expresión de Nefely era amarga.

—Comenzaremos a escuchar su corazón —anunció el maestre—, que por lo que veo, es una de sus aflicciones.

Nefely me miró, poniendo los ojos en blanco con exasperación, pero no dijo nada. Su silencio era más elocuente que cualquier palabra; hablaba de desconfianza, de cansancio, de una historia de maltrato que yo había perpetuado.

—Nefely —dije suavemente, acercándome un paso—, sé que esto no es fácil para ti. Pero te aseguro que es por tu bien. Quiero... necesito asegurarme de que estés bien.

Ella me miró fijamente, sus ojos azules brillaban con una mezcla de emociones que no pude descifrar completamente. ¿Era eso un atisbo de sorpresa ante mi tono conciliador? ¿O solo otro juego de luces y sombras en esta habitación cargada de tensión?

—¿Mi bien? —respondió finalmente, su voz era baja, pero afilada como una daga—. ¿Desde cuándo mi bienestar es una preocupación para ti, Aeran?

El uso de mi nombre, sin títulos ni formalidades, me sorprendió. Era un recordatorio de que, para ella, yo no era solo un rey, sino un hombre que la había lastimado profundamente.

—Desde que me di cuenta de mi error —admití—. Nefely, sé que he actuado mal. Que te he tratado injustamente. Pero estoy intentando arreglarlo. Por favor, permite que el maestre te examine. Si hay algo mal, necesitamos saberlo para poder ayudarte.

Vi cómo dudaba, su mirada alternando entre el maestre, que esperaba pacientemente con su cuerno de escucha, y yo. Finalmente, con un suspiro de resignación, asintió levemente.

—Está bien. Pero que sea rápido, esto me tensa.

El maestre se acercó con su cuerno en mano. Lo posicionó sobre el pecho de Nefely, escuchando atentamente. Su ceño se fruncía de vez en cuando, y pude ver cómo ella se tensaba ante cada movimiento.

—Respire profundamente, por favor —instruyó el maestre.

Nefely obedeció, su pecho elevándose y cayendo lentamente. El silencio en la habitación era tan denso que casi podía oírlo, roto solo por el suave ritmo de su respiración.

Mientras el examen continuaba, no pude evitar observarla detenidamente.

Bajo la luz tenue de la habitación, pude ver cuánto había cambiado desde que la trajeron al castillo. Su piel, antes radiante, ahora tenía un tono pálido que hablaba de días privados de luz solar. Sus mejillas estaban más hundidas, y había sombras bajo sus ojos que contaban historias de noches sin descanso.

Yo había causado esto. Mi miedo, mi ignorancia, habían llevado a esta mujer, esta sanadora, al borde de la enfermedad que ella tanto se esforzaba por combatir en otros.

El maestre, que había estado escuchando en silencio, finalmente se apartó.

Parecía preocupado.

—Majestad —dijo, volviéndose hacia mí—, hay algo... inusual en el corazón de la dama Nefely.

Sentí cómo mi propio corazón se aceleraba ante esas palabras. Como mis demonios me culpaban de que pudiera estar enferma.

—¿Qué quieres decir con inusual? —pregunté. ¿Acaso nuestro trato había dañado a Nefely más allá de lo que podíamos ver?

El maestre pareció luchar por encontrar las palabras adecuadas. Su ceño se frunció, como si estuviera tratando de describir algo que desafiaba su comprensión médica.

—Es... es como si su corazón tuviera una melodía, mi señor —dijo finalmente con asombro—. Hay un ritmo, una cadencia que yo nunca antes había escuchado en un corazón humano. Es más acompasado, más rítmico incluso. Como si siguiera una melodía que solo él puede oír.

Sus palabras me dejaron sin aliento. ¿Un corazón que canta? La idea era tan extraña, tan fuera de mi comprensión, que por un momento no supe cómo reaccionar.

Nefely soltó una risa amarga.

—Tal vez porque no soy completamente humana, ¿no es así? Al menos, eso es lo que todos parecen pensar. La bruja, el monstruo, la aberración. ¿No es eso lo que soy para vosotros?

Sus palabras dolían, ella sabía dónde atacar. ¿Cuánto daño habíamos causado con nuestro miedo y prejuicio? ¿Cuánto habíamos alejado a alguien que solo quería ayudar?

—Eres tan humana como cualquiera de nosotros, Nefely. Tal vez incluso más. Tu compasión, tu deseo de ayudar a otros a pesar del costo personal...

eso es lo que nos hace verdaderamente humanos.

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa ante mis palabras, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. Por un momento, la máscara de

amargura y desafío que había llevado desde su llegada al castillo se agrietó.

—Maestre —continué, volviéndome hacia él, aunque mi atención seguía fija en Nefely—, ¿este... canto o lo que sea en su corazón es peligroso para ella?

El hombre negó con la cabeza.

—No lo creo, Majestad —respondió—. Es inusual, sí, pero no parece causar daño alguno. De hecho, su corazón late con una fuerza y un ritmo que rara vez he visto... —Hizo una pausa, como si recordara algo lejano—.

Bueno, miento, hay una persona según las escrituras antiguas que también tenía este canto, aunque no recuerdo bien quién era. Pero puedo asegurar que la dama Nefely está bien, al menos en lo que respecta a su corazón, que era su mayor preocupación.

Al menos en esto, Nefely estaba a salvo.

—Gracias.

—¿Desea que siga con algo más? —preguntó el maestre, incorporándose y guardando sus instrumentos—. Si me permite una recomendación, Majestad, sugeriría más exposición al sol. Y comida, por supuesto. La señorita está muy delgada para su edad y complexión. Por no hablar de lo pálida que se encuentra... Se la ve enferma, aunque físicamente no lo esté.

—Oh, ¿no me digas? —se burló Nefely, con sarcasmo—. Yo que lo había estado evitando, ¿verdad, rey? Qué desconsiderada de mi parte, rechazar los suntuosos banquetes y los paseos al sol que tan

generosamente me has ofrecido. Solo pienso en mí y en ponerle de los nervios.

Su tono satírico me hizo encogerme internamente. Cada palabra era un recordatorio de cómo la habíamos tratado, de las condiciones en las que la habíamos mantenido. Intenté contener mi lengua, recordándome que estaba esforzándome en llevarme bien, o al menos en cambiar todos mis errores.

No podía caer en su provocación.

—No, nada más. Muchas gracias por todo, maestre.

El maestre comenzó a recoger sus cosas y salió de la habitación sin decir nada más, con una reverencia respetuosa, pero apresurada. Era evidente que la tensión en la habitación lo incomodaba.

Nefely me miró fijamente, sus ojos azules me mareaban intensamente.

Había desafío allí, sí, pero también curiosidad y espera.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Ahora puedes hacer lo que quieras —respondí, consciente de lo increíble que debían sonar esas palabras después de todo lo que había pasado.

Comenzó a reírse, un sonido que mezclaba amargura e incredulidad.

—Ya, claro. Y después, ¿qué? ¿Me encerrarás de nuevo cuando decidas que he tenido suficiente libertad?

Estaba a punto de responder, de asegurarle que mis intenciones eran sinceras, cuando vi cómo sus ojos cambiaban. El azul profundo fue reemplazado por un blanco frío, como la nieve que cuajaba lentamente fuera de las ventanas del castillo. Mi corazón se aceleró; reconocía los signos de una de sus visiones.

Me acerqué a ella rápidamente, la preocupación superó cualquier duda o precaución. La vi llevarse ambas manos a las sienes, un gemido de dolor escapó de sus labios. Me sentía impotente, incapaz de aliviar su sufrimiento. Lo único que pude hacer fue arrodillarme ante ella, apoyando mis manos en su rostro, esperando que de alguna manera mi contacto pudiera anclarla a la realidad. Estaba fría, al parecer eso le ocurría cuando se sumergía en sus visiones, se helaba. Quizás mi tacto le ayudaría.

Observé, fascinado y aterrado a partes iguales, cómo el blanco de sus ojos se iba desvaneciendo poco a poco, revelando nuevamente ese azul que comenzaba a resultarme tan familiar.

—¿Qué? —pregunté ansiosamente—. ¿Qué has visto?

Negó con la cabeza, su expresión fue confusa y distante. Por un momento, temí que la visión la hubiera dejado desorientada, incapaz de comunicarse.

—No es nada —dijo finalmente.

—¿Cómo que no es nada? —insistí—. ¿Era una visión?

—Sí —admitió reluctantemente—, pero no era tuya.

Mi preocupación creció exponencialmente. Si no era sobre mí o del reino, entonces...

—¿Era sobre ti? —pregunté, sintiendo cómo el miedo se apoderaba de mí.

La idea de que Nefely pudiera estar en peligro, de que sus visiones presagiaran algún mal para ella, me aterrorizaba más de lo que quería admitir.

Apartó mis manos de su rostro con un movimiento suave, negando con la cabeza.

—Las visiones sobre mí son solo mías, ¿comprendes, rey? —dijo, su voz recuperó algo de su antigua fuerza—. No pienso compartirlas contigo.

—Eres una testaruda, ¿lo sabías? Intento ayudarte y tú sigues levantando muros.

Nefely se puso de pie abruptamente.

—¿Testaruda? ¿Yo? Perdona si no confío ciegamente en el hombre que me ha tenido encerrada durante semanas.

Acorté distancias.

—No te pido confianza ciega, solo... —Me detuve, buscando las palabras correctas—. Solo una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué, Aeran? —Su voz era suave ahora, casi vulnerable—. ¿Para decepcionarme de nuevo? ¿Para castigarme si hago algo que no te guste?

Estábamos tan cerca que podía contar las pecas en su nariz, ver el ligero temblor en sus labios. Dioses, sus labios... De repente, me encontré luchando contra el impulso de besarla, de cerrar la distancia entre nosotros y perderme en su calor. De dejar de discutir porque no podría abrir la boca más que para besarme.

Levanté una mano, casi sin darme cuenta, y acaricié suavemente su mejilla.

Sentí cómo se estremecía bajo mi toque, sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Para demostrarte que las cosas pueden ser diferentes.

Nefely me miró fijamente, sus ojos buscaron algo en los míos. La tensión entre nosotros cambió, volviéndose algo más... eléctrico. Peligroso.

—Aeran... —susurró, y el sonido de mi nombre en sus labios casi me hizo perder el control.

Me obligué a dar un paso atrás, rompiendo el hechizo. No podía besarla, no así. No cuando aún había tanto por resolver entre nosotros. No cuando me odiaba, no cuando le había causado tanto daño. Sería como un premio para mí, y no me lo merecía, no de sus labios.

—Ven conmigo —dije abruptamente, tratando de ignorar el latido acelerado de mi corazón—. Vamos a montar a Draluz.

Nefely parpadeó, sorprendida por el cambio repentino.

—¿Tu dragona? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Porque lo necesitas —respondí, encontrando su mirada de nuevo con una sonrisa—. Al igual que yo. Necesitamos alejarnos de la tierra, subir a nuestro propio cielo. Ver las cosas desde otra perspectiva.

Vi la duda en sus ojos, pero también un destello de emoción.

—¿Confías en mí lo suficiente para eso? —pregunté suavemente—.

Prometo no dar vueltas.

Nefely me estudió por un largo momento, su mirada intensa hizo que mi piel hormigueara. Finalmente, con un suspiro que parecía contener toda la complejidad de nuestra relación, asintió.

—Supongo que ya he sobrevivido a un vuelo contigo —dijo con una sonrisa torcida jugando en sus labios—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Sonreí, sintiendo cómo algo en mi pecho se aflojaba.

—Vamos entonces. El cielo nos espera.



Vuelos turbulentos y besos

prohibidos

El viento azotaba mi rostro mientras surcábamos el cielo sobre el lomo escamoso de la dragona. Mis manos se aferraban al borde del asiento de cuero, mis muslos estaban tensos por el esfuerzo de mantenerme lo más lejos posible de Aeran. Su presencia detrás de mí era un recordatorio constante de lo mucho que aún le odiaba.

Una turbulencia violenta sacudió a la dragona. Instintivamente, me eché hacia atrás, mi cuerpo choco contra el torso de Aeran. Sus brazos me rodearon al instante, su mano se posó en mi cintura, la otra sobre mi muslo, estabilizándome.

—Cuidado —murmuró con un tono entre burlón y preocupado—. No querrás caerte, ¿verdad?

Su voz tan cerca de mi oído me provocó un escalofrío involuntario. Intenté apartarme, pero sus brazos me mantuvieron en su lugar.

—Suéltame —siseé, luchando contra el calor que su toque despertaba en mí.

—¿Y dejarte caer? —respondió, con diversión—. Por tentador que sea, prefiero mantenerte con vida... por ahora.

Su mano en mi muslo se tensó ligeramente, y sentí cómo mis músculos respondían involuntariamente a su roce. Maldije internamente mi traicionero cuerpo.

—Te odio —murmuré, pero mi voz carecía de la convicción habitual.

—El sentimiento es mutuo —respondió—. Pero eso no significa que no pueda apreciar la vista.

No estaba segura si se refería al paisaje o a mí, y esa ambigüedad hizo que mi corazón se acelerara.

La dragona descendió bruscamente y, por reflejo, mis manos buscaron apoyo. Una se aferró al borde del asiento, la otra, para mi horror, se cerró sobre el muslo de Aeran. Lo sentí tensarse.

—Interesante —dijo con una risa baja—. ¿Quién está tocando a quién ahora?

Intenté retirar la mano, pero él la cubrió con la suya, manteniéndola en su lugar. El calor de su piel hizo que me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba.

—¡Quita! —exigí, pero mi voz sonó débil incluso a mis propios oídos.

—Mira —dijo simplemente, ignorando mi demanda. Su brazo libre señaló hacia el horizonte, rozando mi costado en el proceso.

A regañadientes, levanté la vista. El aliento se me cortó. El sol se ponía, pintando el cielo con colores que desafiaban la imaginación. Por un momento, olvidé quiénes éramos y por qué nos odiábamos.

Vimos el sol ponerse desde las alturas, un espectáculo de colores que jamás había imaginado posible. El cielo se tiñó de oro, rosa y púrpura, como si los dioses mismos hubieran derramado sus pinturas más preciosas sobre el lienzo del firmamento. Por un momento, olvidé respirar, abrumada por la belleza que me rodeaba. El morado

en su esplendor, mi color favorito, se dibujaba en aquella línea perfecta.

Cuando finalmente aterrizamos, mis piernas temblaban. Aeran me ayudó a desmontar, sus manos firmes me sostuvieron por un momento más de lo necesario. Nuestras miradas se encontraron y, por un instante, vi algo en sus ojos que hizo que mi corazón se acelerara. Luego, como recordando quiénes éramos, ambos nos apartamos bruscamente, la magia del momento rota por la realidad.

—Tengo asuntos que atender —murmuró, evitando mi mirada—. Puedes volver a tus aposentos, o donde quieras... Sí, ahora le diré a Thorak que venga y te acompañe si eso... O no, no lo sé, eres libre...

Antes de que pudiera responder, se alejó a grandes zancadas, dejándome sola en el patio del castillo. La euforia del vuelo se desvaneció rápidamente, reemplazada por una sensación de desorientación que no tenía nada que ver con haber estado en las alturas.

Suspiré, girándome para regresar a mi habitación. Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía idea de cómo llegar allí. El castillo era un laberinto de pasillos y escaleras, todos idénticos a mis ojos inexpertos.

Comencé a caminar, esperando reconocer algo que me indicara el camino correcto. Pero con cada giro, con cada pasillo que recorría, me sentía más y más perdida. Las velas de las paredes proyectaban sombras danzantes que parecían burlarse de mi confusión.

Estaba a punto de rendirme y pedir ayuda a algún guardia cuando una voz suave me sobresaltó.

—¿Estás perdida?

Me giré para encontrarme con una joven de pelo castaño recogido en una trenza elaborada. Sus ojos, familiares, me estudiaban con

curiosidad y cautela.

—Yo... sí —admití, sintiéndome repentinamente vulnerable—. Estoy intentando volver a mi habitación.

La joven asintió con una pequeña sonrisa formándose en sus labios.

—Eres Nefely, ¿verdad? —No esperó mi respuesta—. Soy Avery, la hermana de Aeran.

Su nombre resonó en mi mente. Avery, la princesa musical. La había escuchado tocar a través de las paredes, su música un bálsamo para mis noches inquietas. Callaba todos mis pensamientos.

—Es un placer conocerte, princesa Avery —dije, inclinando ligeramente la cabeza.

—Solo Avery, por favor —respondió, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Los títulos son tan... restrictivos. No me gustan. A mi madre tampoco le gustaban.

Hubo un momento de silencio, y pude ver cómo Avery luchaba internamente, como si quisiera decir algo más, pero no estuviera segura de cómo hacerlo.

—Te acompañaré a tu habitación —dijo finalmente—. Es fácil perderse aquí si no estás acostumbrada.

Comenzamos a caminar juntas, el silencio entre nosotras era cómodo a pesar de ser prácticamente desconocidas. Avery parecía perdida en sus pensamientos, y yo no quería presionarla.

—¿Es cierto que puedes curar con tus manos?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—Algo así —respondí honestamente—. Aunque es más complicado que simplemente tocar a alguien.

Avery asintió, como si estuviera procesando la información.

—Debe ser... un gran poder. O más bien, mucha responsabilidad.

—Lo es —admití—. A veces... a veces es abrumador.

Avery me miró entonces, y vi en sus ojos una empatía que me dejó sin aliento.

—Sé lo que es sentirse abrumada por las expectativas —dijo suavemente—.

Por lo que los demás esperan de ti.

Sentí una conexión inmediata con ella, un entendimiento mutuo que iba más allá de las palabras.

—Tu música —dije, recordando las noches en que sus melodías me habían consolado—. Es hermosa. Te he escuchado tocar. Bueno, creo que hasta los mismos dioses te escuchan tocar. De verdad, jamás había escuchado a nadie y... No sé, me parece mágico.

Avery se sonrojó ligeramente.

—Gracias. Es... es lo único que realmente siento que es mío, ¿sabes? No algo impuesto por ser una princesa, sino algo que elegí, que amo.

—Entiendo perfectamente ese sentimiento —respondí, pensando en mi propia conexión con la sanación.

Llegamos a la puerta de mis aposentos, y por un momento, ninguna de las dos quiso romper el silencio que se había formado entre nosotras.

—Avery —dije finalmente—, tu música... me ayuda a dormir. ¿Podrías...

podrías seguir tocando? Lo que quieras, me da igual. Solo es que es agradable, prefiero el ruido antes que el silencio. Y tu ruido es consolador.

Ella me miró, sorprendida al principio, luego con una sonrisa que iluminó todo su rostro.

—Será un placer —respondió—. Creí que podía molestarte, me alegra que no sea así.

—Al contrario, creo que ahora no podré dejar de escucharla.

Sonrió, y me di cuenta de lo mucho y a la vez tan poco que se parecía a Aeran.

—Tocaré todas las noches —prometió con alegría—. Para ti, para mí, para cualquiera que necesite un poco de paz en este castillo. Mamá decía que la música consolaba almas, ella me animó a tocar antes de dormir para alejar mis pesadillas. Por eso me gusta, creo que tocando fuerte puedo ahuyentar las pesadillas de los demás...

—¿Y las tuyas se marchan?

—Antes sí, ahora... Ahora ya no funciona. Pero me consuela saber que, quizás, ayudo al resto.

—Gracias, Avery —respondí, sintiendo cómo la gratitud me inundaba —.

No sabes lo mucho que significa para mí.

Abrí la puerta de mi habitación, pero antes de entrar, me giré hacia ella una vez más.

—Avery —dije suavemente—, me alegro de haberte conocido. Es...

consolador saber que hay alguien en este castillo que no me ve como una amenaza o una curiosidad.

Ella asintió, su expresión se volvió seria por un momento.

—Sé lo que es sentirse diferente, fuera de lugar —dijo—. Tal vez no de la misma manera que tú, pero... entiendo. Y me alegro de que hayamos hablado.

Nos despedimos con una sonrisa compartida, una promesa silenciosa de más conversaciones en el futuro. Mientras cerraba la puerta, sentí una calidez en mi pecho que no había experimentado en mucho tiempo.

Supongo que tenía que tachar a alguien más de mi lista por conocer, alguien que, contra todo pronóstico, podría llegar a ser una amiga. Aunque nos llevásemos demasiada edad, su compañía se sentía pacífica y cálida.

Me quedé allí, sentada en el borde de la cama, hasta que trajeron mi cena.

Comí distraídamente, mi mente aún dando vueltas a la conversación con Avery, al vuelo con Aeran, a todo lo que había cambiado en tan poco tiempo.

Cuando terminé, me preparé para dormir. Justo cuando me estaba metiendo en la cama, las primeras notas del arpa de Avery comenzaron a flotar en el aire. Era una melodía dulce, lenta y perfecta para relajarse. Cerré los ojos, dejando que la música me envolviera, llevándome lejos de mis preocupaciones y miedos.

Por un momento, todo estuvo en paz. No había castillo, no había rey, no había peligro. Solo existía la música y yo, flotando en un mar de notas dulces y armoniosas.

Pero entonces, sin previo aviso, me encontré sumergiéndome en los sueños de Aeran. O más bien, en su pesadilla.

Allí estaba él, de nuevo siendo un niño, aunque más mayor que en la visión anterior. Su padre tenía una espada de entrenamiento en la mano, y Aeran no dejaba de llorar, su pequeño cuerpo temblaba de miedo.

—¡Lo ves! ¡Es una espada, maldito mocoso! —rugió el rey con desprecio

—. ¡Esto es lo que debes agarrar! ¡No libros, no arpas, una espada!

Cogió la mano de Aeran con brusquedad, forzándolo a agarrar la empuñadura de la espada. Pude ver las heridas que se formaban en su pequeña mano, la fuerza brutal que su padre ejercía sobre él.

—¡Venga, úsala! —chilló el rey, haciendo que Aeran se moviera como una marioneta grotesca.

Podía ver lo mucho que pesaba la espada en sus manos infantiles. Aeran comenzó a golpear un maniquí de entrenamiento, sus movimientos eran torpes y descoordinados. En una de esas, la espada se quedó enganchada en el maniquí. Aeran la soltó, sin saber qué hacer, el pánico era evidente en sus ojos.

—¡Pero vuélvela a sujetar, maldito bastardo! —gritó su padre, la furia le deformó sus facciones.

Sin dudarlo un segundo, el rey cogió la espada y comenzó a golpear a Aeran en la espalda, una y otra vez. Cada golpe era como un latigazo, arrancando gritos de dolor del pequeño príncipe.

—¡Padre, padre, por favor! —sollozaba Aeran.

—¡¿Cómo no vas a saber?! —rugía el rey, sin detenerse—. ¡Un rey debe ser fuerte! ¡Un rey debe saber pelear! ¡Tú no eres más que una decepción!

Siguió golpeándole, con una fuerza brutal, haciendo heridas profundas en la espalda del niño. Los insultos y gritos continuaban,

una letanía interminable de crueldad y desprecio.

No pude soportarlo más. Pese a saber que esto era un recuerdo, una pesadilla de algo que ya había sucedido, no pude quedarme quieta. Con toda la fuerza de mi voluntad, me proyecté en el sueño, agarrando a Aeran y arrancándolo de esa escena de horror.

Lo llevé a su habitación, devolviéndolo a su edad actual. Nos encontramos en un espacio seguro, lejos de la crueldad de su padre, lejos del dolor y el miedo.

Sus ojos se encontraron con los míos, y vi el momento exacto en que se dio cuenta de que lo había visto todo. El horror, la vergüenza y el dolor se mezclaron en su mirada.

—Nefely... —susurró, con la voz rota. Lágrimas brillaban en sus ojos, amenazando con derramarse en cualquier momento.

No pude contenerme. Toda la distancia que había mantenido, todos los muros que había construido entre nosotros, se desmoronaron en ese instante. Me acerqué a él y lo abracé con fuerza, intentando transmitirle todo el consuelo que aquel niño nunca recibió.

—¿Lo has visto? —preguntó en un susurro tembloroso, su aliento cálido rozó mi mejilla.

Su mano se deslizó alrededor de mi cintura, la otra en mi nuca, atrayéndome más cerca. Era como si temiera que fuera a desaparecer si no me sostenía con fuerza. Como si necesitase aquel abrazo más que nada.

Asentí en silencio, incapaz de encontrar palabras que pudieran expresar lo que sentía. ¿Cómo podía consolar a un hombre por el dolor de un niño que ya no era?

Me separé ligeramente, mirándolo a los ojos. Sabía que no debería haber visto esto, que sus recuerdos eran privados. Pero mi parte

sanadora se sentía desgarrada por ese niño cuyas heridas nunca habían sido curadas realmente.

Aeran apoyó una mano en mi rostro, sus dedos se apoyaron suavemente mi mejilla. Era como si estuviera comprobando que esto era real, que yo estaba realmente allí con él.

Y entonces, sin previo aviso, me besó.

Sus labios impactaron contra los míos con una intensidad que me dejó sin aliento. Era un beso desesperado, cargado de años de dolor reprimido y anhelo no expresado. Sus manos me sujetaban con posesión, como si temiera que fuera a desvanecerme en cualquier momento.

Por un instante, me quedé paralizada, sorprendida por la repentina intimidad. Pero luego, casi sin darme cuenta, comencé a responder. Mis manos se enredaron en su cabello, atrayéndolo más cerca. El beso se profundizó, convirtiéndose en algo más suave, más tierno.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento. Aeran apoyó su frente contra la mía, sus ojos estaban cerrados, su respiración

agitada. El calor de su cuerpo contra el mío era embriagador, y me encontré luchando contra el impulso de cerrar la distancia entre nosotros una vez más.

Lentamente, Aeran abrió los ojos. Su mirada, intensa y vulnerable a la vez, recorrió mi rostro como si quisiera memorizar cada detalle. Sus pupilas estaban dilatadas, el gris de sus iris apenas era visible, estaba oscurecido por el deseo.

—Nefely —susurró, mi nombre en sus labios sonaba como una plegaria—.

Yo...

Pero las palabras parecían fallarle. En lugar de hablar, levantó una mano para acariciar mi mejilla, sus dedos trazaron un camino suave desde mi sien hasta mi mandíbula. El roce de su piel contra la mía envió escalofríos por todo mi cuerpo, quería más.

Nos miramos en silencio, la tensión entre nosotros crecía con cada segundo que pasaba. El aire parecía cargado de electricidad, cada respiración era un esfuerzo consciente.

Aeran se inclinó hacia mí una vez más, sus labios rozaron los míos en un beso tan suave que casi dolía. Era un contraste brutal con la intensidad del primero, y, sin embargo, de alguna manera, aún más poderoso.

Mis manos se movieron por voluntad propia, enredándose en su cabello, atrayéndolo más cerca. Aeran respondió con un gruñido bajo contra mis labios, sus brazos rodeando mi cintura, eliminando cualquier espacio que quedara entre nosotros.

El beso se profundizó, volviéndose más apasionado, más urgente. La lengua de Aeran trazó el contorno de mis labios, pidiendo permiso, y yo se lo concedí sin dudarlo. Nuestras lenguas se encontraron en una danza sensual, explorando, saboreando.

Sentí cómo una de sus manos se deslizaba por mi espalda, sus dedos realizaban patrones que dejaban un rastro poderoso a su paso. Su otra mano

se enredó en mi cabello, inclinando mi cabeza para profundizar aún más el beso.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeábamos, el aire entre nosotros no parecía ser suficiente. Aeran apoyó su frente contra la mía, sus ojos estaban cerrados, su respiración agitada y cálida contra mi piel.

Lentamente, me observó. Su mirada era intensa, casi depredadora, recorriendo mi rostro como si quisiera devorarlo.

—Maldita sea, Nefy —gruñó desesperadamente—. Te odio. Te odio por hacerme sentir así.

Sus palabras deberían haberme ofendido, pero, en cambio, sentí cómo un escalofrío de excitación recorría mi columna. Quería que lo repitiera, que dijera cuánto me odiaba, cuánto me detestaba y me quería lejos de él.

—El sentimiento es mutuo, Aeran —respondí, mi voz apenas fue un susurro desafiante.

En lugar de alejarse, Aeran me atrajo más cerca, una de sus manos se enredó en mi cabello con una fuerza que rozaba el dolor.

—Te odio —repitió, sus labios estaban a milímetros de los míos—. Pero te deseo aún más.

Sin darme tiempo a responder, me besó de nuevo. Este beso no tenía nada de suave o tierno. Era brutal, hambriento, como si quisiera castigarme y adorarme al mismo tiempo. Sus dientes mordieron mi labio inferior, arrancándome un gemido que era mitad dolor, mitad placer.

Mis manos se movieron por voluntad propia, agarrando su camisa y atrayéndolo más cerca. Quería lastimarlo tanto como él me lastimaba, quería hacerle sentir el torbellino de emociones que desataba en mí. Quería que sintiera mi odio visceral.

Aeran rompió el beso, pero no se alejó. En su lugar, sus labios trazaron un camino desde la comisura de mi boca hasta mi cuello. Cuando llegó a la

unión de mi cuello y mi hombro, mordió, lo suficientemente fuerte para dejar marca.

—Aeran —jadeé, mis uñas se clavaron en sus hombros.

Él levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los míos. La intensidad de su mirada me dejó sin aliento. Había deseo allí, pero también ira, frustración, y algo más oscuro que no pude nombrar.

—Eres veneno —murmuró, sus dedos trazaron el contorno de mis labios con una brusquedad que contradecía sus palabras—. Veneno que no puedo dejar de beber.

Quise responder, decirle que él también era mi perdición, que lo odiaba tanto como lo deseaba. Pero las palabras se me atascaron en la garganta. En lugar de hablar, lo besé de nuevo, volcando toda mi frustración y deseo en ese beso.

Nuestros cuerpos chocaron, nuestras manos exploraban con una urgencia casi desesperada. No había nada de gentil en nuestros toques; eran demandantes, posesivos, como si quisiéramos marcarnos mutuamente.

Aeran me empujó contra la pared, su cuerpo presionó el mío, eliminando cualquier espacio entre nosotros. Podía sentir cada músculo de su cuerpo, tenso y duro contra el mío.

—Te odio —susurró contra mi piel, mientras sus manos recorrían mis costados con reverencia y brusquedad—. Te odio por hacerme desearte así.

—Yo también te odio —respondí, mis palabras salían entrecortadas por los jadeos—. Te odio por hacerme sentir... esto.

Aeran gruñó, un sonido bajo y animal que reverberó a través de mi cuerpo, despertando algo primitivo en mi interior. Era un sonido demasiado excitante, demasiado peligroso. Sus manos, ásperas y callosas, se deslizaron bajo mi camisón, trazando patrones ardientes sobre mi piel desnuda.

—Debería detenerte —murmuré, aunque mis acciones contradecían mis palabras mientras arqueaba mi cuerpo hacia él, buscando más contacto, más fricción, más de esa deliciosa tortura—. Debería odiarte más de lo que te deseo. Debería ser más fuerte que esto.

—Entonces detenme —desafió, su voz ronca por el deseo contenido. Sus ojos, oscurecidos por la lujuria, me miraban con una intensidad que me robaba el aliento—. Si puedes. Detenme, hazlo. —Sus labios húmedos rozaron mi cuello, dejando un rastro de besos que quemaban como brasas

—. Vamos, Nefy, detenme.

Mis manos se enredaron en su cabello, debatiéndome entre apartarlo o acercarlo más. Cada fibra de mi ser gritaba por más, mientras mi mente luchaba débilmente contra la marea de sensaciones que amenazaba con ahogarme.

Sabía que debería. Sabía que esto era peligroso, que estábamos jugando con fuego. Pero en ese momento, con el cuerpo de Aeran presionado contra el mío, con el sabor de sus besos aún en mis labios, no pude encontrar la fuerza para alejarlo.

En lugar de eso, lo besé de nuevo, un beso que era más una batalla que una caricia. Nuestras lenguas lucharon por el dominio, dientes mordiendo, labios chocando.

Pero justo cuando las manos de Aeran comenzaban a explorar más allá de mi cintura, sentí cómo el mundo a nuestro alrededor empezaba a desvanecerse. La habitación se volvió borrosa, los bordes de la realidad difuminándose.

—No —gruñó Aeran—. Maldita sea, no ahora.

Intenté aferrarme a él, a este momento, pero era inútil. Todo se estaba desvaneciendo, incluyendo la sensación de su cuerpo contra el mío.

Me desperté bruscamente, jadeando, mi cuerpo entero temblaba de deseo insatisfecho. La habitación estaba a oscuras, solo iluminada por la tenue luz de la luna.

Me llevé una mano temblorosa a los labios, aún sintiendo el fantasma de los besos de Aeran. Mi piel ardía donde me había tocado, donde me había marcado. Y vi la marca que me había hecho en mi piel. Porque todo lo que pasaba en aquel lugar, era real. Si me hería, si le hería, al volver tendríamos secuelas.

Cerré los ojos, tratando de calmar mi respiración agitada. Pero cada vez que lo hacía, veía el rostro de Aeran, sus ojos oscurecidos por el deseo y la ira, sus labios entreabiertos en un gruñido.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Cómo habíamos llegado a esto? El hombre que hace solo unos días veía como mi enemigo, mi carcelero, ahora protagonizaba mis deseos más íntimos.

Mientras yacía allí, en la oscuridad, con el recuerdo de los besos y caricias de Aeran aún fresco en mi mente, una cosa quedó clara: esto era peligroso.

Él era peligroso.

Y lo más aterrador de todo era cuánto anhelaba ese peligro.



Fuego de dragón y besos

desesperados

Era como si el tiempo, después de tocar sus labios, se arrastrase, negándose a avanzar por nada del mundo. Ni él vino a buscarme, ni mucho menos fui yo. Tampoco salí de lo que llamaban mis aposentos; en realidad, no quería ir a ningún lado porque seguía sin sentirme bienvenida. Podía ver cómo la gente que pasaba por mi puerta la miraba con miedo, con recelo, sus ojos cargados de una desconfianza que me atravesaba como dagas invisibles.

Por eso me mantenía sentada en la cama, mirando por ojos ajenos, conociendo el castillo a través de ellos, pero sin moverme. Era curioso la cantidad de secretos que encontraba. Cómo la gran mayoría eran mentirosos y traicioneros, sus pensamientos y acciones ocultas revelándose ante mí como un libro abierto.

Gélidia tampoco se había movido, ni planeado nada. No desde que Aeran reforzó la guardia, mandó arreglar los muros y ordenó no fiarse de nadie. La calma aparente era como la quietud antes de una tormenta, una paz frágil que amenazaba con romperse en cualquier momento.

Entonces, como si aquella paz fuera más que suficiente, el dolor apareció.

El frío atravesó mis ojos como agujas de hielo, extendiéndose por toda mi cabeza para proyectarme aquella visión. Una visión de presente, estas tenían más color, eran más ruidosas, más vívidas. Y allí pude ver al pequeño Kieran, en el prado, cuidando de su dragón junto a quien pensaba que era su hermano mayor, Cleon. Me había metido en sus ojos más de una vez, era un buen niño, listo y un poco rebelde.

Cleon tenía el pelo castaño y los ojos verdes. Reían mientras sus maestres los miraban cuidar a sus dragones. A Fulgor, y otro dragón de color marrón con ojos azules. Este último era más grande, pero no lo suficiente. En aquel momento una ráfaga de viento lo movió todo,

del cielo comenzaron a caer pájaros, algunos magullados, otros incompletos. Cuando un dragón de dimensiones terroríficas bajaba con una velocidad asombrosa, directo a por ellos.

Intenté quitarme la visión, caí de la cama forzando mi cuerpo a salir, a ir allí, a sacarlos. El dragón aterrizaba y comenzaba a quemar todo a su alrededor, Cleon intentó defenderse, pero el dragón con una de sus garras delanteras lo golpea haciendo que se desangrase. Y luego iba a por Kieran.

El frío comenzó a desaparecer, entonces yo me levanté como pude, con todo mi cuerpo pesado y dolorido. No podía dejar que aquello pasase.

Sin pensar en las consecuencias, me lancé hacia la puerta. La abrí de golpe, sobresaltando a los guardias apostados fuera.

—¡Apartaos! —grité—. ¡Los príncipes están en peligro!

Los guardias, sorprendidos por mi repentina salida y la urgencia en mi voz, dudaron por un momento. Aproveché esa vacilación para escabullirme entre ellos, corriendo por el pasillo a toda velocidad.

Conocía el camino al prado de entrenamiento gracias a mis visiones anteriores. Cada giro, cada escalera, cada puerta estaba grabada en mi mente como si hubiera recorrido ese camino mil veces. Mis pies descalzos golpeaban contra la piedra fría del suelo, pero apenas sentía el dolor. La adrenalina corría por mis venas, impulsándome hacia adelante.

Atravesé pasillos y salones, esquivando sirvientes y cortesanos que me miraban boquiabiertos. Podía escuchar los gritos de los guardias detrás de mí, llamándome, ordenándome que me detuviera, pero los ignoré. Cada segundo contaba.

Finalmente, llegué a la gran puerta que daba al exterior. La empujé con todas mis fuerzas, el aire fresco me golpeó en el rostro como una

bofetada.

Ante mí se extendía el prado de entrenamiento, verde y aparentemente pacífico bajo el sol de la mañana.

A lo lejos, pude distinguir las figuras de Kieran y Cleon con sus dragones a su lado. Por un momento, sentí alivio. Quizás mi visión había sido solo eso, una pesadilla, una advertencia que no se cumpliría.

Pero entonces lo vi. Una sombra en el cielo, creciendo rápidamente. El dragón atacante se acercaba, su silueta oscureciendo el sol por un instante.

Junto con los pájaros cayendo lentamente.

—¡Kieran! ¡Cleon! —grité con todas mis fuerzas, corriendo hacia ellos a través del prado—. ¡Cuidado! ¡Tenéis que salir de ahí!

Los príncipes se giraron hacia mí, estaban confusos ante mi repentina aparición. Los maestres que los acompañaban parecían igualmente desconcertados.

—¿Nefely? —la voz de Kieran sonaba pequeña, alegre y sorprendida —.

¿Qué haces aquí? ¿Vienes a estar con nosotros?

No tuve tiempo de responder. El rugido del dragón atacante llenó el aire, haciendo que todos levantaran la vista. Vi el horror dibujarse en sus rostros cuando se dieron cuenta del peligro que se cernía sobre ellos.

Los dragones de Kieran y Cleon, Fulgor y el dragón marrón, se colocaron protectoramente frente a sus jinetes, gruñendo desafiantes al intruso. Pero era evidente que estaban superados tanto en tamaño como en ferocidad.

Ahora pude ver bien a aquel dragón que me había paralizado. El color de sus escamas era rosa, un rosa claro, casi traslúcido. Tenía cuernos, unos

cuernos extraños en su frente que sobresalían violentamente. Sus ojos eran grises como el acero, fríos y penetrantes, clavados en nosotros con una intensidad que helaba la sangre.

Me acerqué a Kieran, viendo cómo los maestres huían cuando el dragón seguía bajando a gran velocidad. Lo agarré del suelo, y él se aferró a mí como si su vida dependiera de ello. Sus pequeños dedos se clavaron en mi brazo con una fuerza nacida del pánico.

—Tranquilo, pequeño —susurré, intentando que mi voz sonara calmada a pesar del miedo que me consumía—. No dejaré que te pase nada.

Cleon, en cambio, se quedó allí, sacó la espada de su funda, una espada que no tenía casi punta, que no tenía casi filo, para defenderse. Una espada que solo servía para entrenar.

—¡Cleon, no! —grité al ver que el dragón aterrizaba con una fuerza que hacía temblar todo el suelo—. ¡Es demasiado peligroso!

Era más grande que la dragona de Aeran, y eso ya era decir. Su sombra nos cubría por completo, como si la noche hubiera caído de repente sobre nosotros.

Dejé a Kieran en el suelo con rapidez, alejándolo de aquello, lejos de donde estaba en mi visión. Mis manos temblaban mientras lo empujaba suavemente hacia atrás.

—Corre, Kieran —le obligué—. ¡Ahora!

Pero estaba demasiado asustado para ello.

Cleon estaba junto a su pequeño dragón, intentando enfrentarse a este, pero veía el miedo en sus ojos. El dragón rosa emitió un

gruñido que hizo que él se moviera, se colocase justo donde mi visión lo había mostrado. Sin pensármelo dos veces, viendo cómo levantaba la garra, me acerqué corriendo.

—¡Cleon, cuidado! —grité mientras me lanzaba hacia él.

Le empujé con todas mis fuerzas, haciendo que cayese. La garra del dragón rozó mi brazo, el dolor agudo y repentino me hizo caer al suelo con un grito ahogado.

—¡Nefely! —chilló Kieran desesperado.

Abrí los ojos, ignorando el dolor en mi brazo. El dragón gruñó hacia la dirección del pequeño príncipe, sus ojos estaban fijos en él como si fuera su próxima presa. Cleon estaba arrastrándose hacia atrás, llegando hacia su hermano para protegerle. Estaba asustado, y era normal, solo eran unos niños, debían de asustarse con las cosas que no entendían, no enfrentarse a ellas.

Me encontraba confundida, asustada y sin saber qué hacer. Había cambiado por completo mi visión, y ahora estábamos en territorio desconocido. El futuro que había visto ya no existía, y eso me aterraba más que el dragón mismo.

Intenté retroceder hasta que mi mano tocó algo frío. Miré hacia abajo y vi la espada de entrenamiento de Cleon. Me di cuenta de que sangraba en mi brazo, la herida era más profunda de lo que había pensado inicialmente, pero no me importó. Agarré la espada y con gran esfuerzo me puse de pie, señalando a aquella bestia de enfrente de mí.

—¡Atrás! —grité—. ¡No te acerques a ellos!

El dragón gruñó, y pude ver cómo el fuego se encendía en su garganta. El calor de las llamas nacientes era palpable incluso a esta distancia. «Quizás era el precio a pagar por haber cambiado la visión», pensé amargamente.

Morir quemada en lugar de Cleon. Pero yo sabía que no podía ser así.

—¡Nefely! —siguió gritando Kieran mientras lloraba—. ¡No, Nefely!

Notaba sudor en mi rostro, o quizás eran las propias babas de aquel animal, ya no lo sabía. Pero no pensaba moverme. Si iba a morir, al menos lo haría protegiendo a estos niños.

Escuché ruidos de armaduras, el sonido metálico de espadas siendo desenvainadas. Y entonces, por encima de todo, escuché su voz gritando mi nombre.

—¡Nefely! —la voz de Aeran, cargada de desesperación y miedo, resonó en el claro.

Quería girarme, verlo una última vez, pero no me atreví a apartar la mirada del dragón. Cada segundo contaba, y un momento de distracción podría ser fatal.

El dragón rosa seguía mirándome fijamente, sus ojos grises me estudiaban con una intensidad que me hacía sentir desnuda, expuesta. Era como si estuviera leyendo mi alma, juzgando si era digna de vivir o morir.

Y entonces, para mi absoluto asombro, vi cómo el dragón retrocedía un paso. Sus ojos seguían clavados en mí, pero algo había cambiado en su mirada. Ya no había agresividad, sino curiosidad.

Lentamente, como si estuviera realizando una reverencia, el dragón dobló sus patas delanteras. Con un movimiento fluido y grácil que parecía imposible para una criatura de su tamaño, se postró ante mí, cerrando la boca lentamente entre gruñidos suaves.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Nadie se atrevía a moverse, a respirar siquiera. Era como si el tiempo se hubiera detenido, congelando este momento imposible.

—¿Qué... qué está pasando? —la voz temblorosa de Cleon rompió el silencio.

No tenía respuesta para él. Mi mente era un torbellino de confusión y asombro. ¿Por qué se había inclinado el dragón ante mí? ¿Qué significaba esto?

Lentamente, sin apartar mis ojos de los del dragón, bajé la espada. Algo me decía que ya no era necesaria, que el peligro había pasado. Con cuidado, di un paso hacia la criatura.

—Nefely, no —la voz de Aeran sonaba tensa—. Es peligroso.

Pero algo dentro de mí me impulsaba a acercarme. Era como si una fuerza invisible me atrajera hacia el dragón, como si hubiera una conexión entre nosotros que no podía explicar. Como si una mano en la espalda me empujase.

Extendí mis dedos, los que no sostenían la espada, hacia el hocico del dragón. Mi mano temblaba, pero seguí adelante. Cuando finalmente toqué sus escamas, sentí una descarga de energía recorrer mi cuerpo.

El dragón emitió un sonido suave, casi un ronroneo, y cerró los ojos. Era como si estuviera disfrutando de mi toque tanto como yo del suyo.

Mi corazón iba demasiado rápido, aún sin asimilar lo que estaba pasando, la adrenalina no abandonaba mi cuerpo. Cada latido resonaba en mis oídos, mezclándose con el suave ronroneo del dragón. Era una sinfonía extraña, una melodía de miedo y asombro, de peligro y maravilla.

Escuché unos pasos acercarse, el crujido de la hierba bajo botas pesadas.

Sin apartar mi mano del dragón, giré ligeramente la cabeza. Era él. Aeran se acercaba con cautela, sus ojos fijos en la escena ante él.

—Ha vuelto.

El dragón le miró, y de repente, fue como si un velo se levantara. El fuego en sus ojos se apagó, dando paso a un brillo de reconocimiento. Parecían conocerse, de una manera profunda y antigua. De repente, toda la rabia que había tenido había desaparecido para dar paso a un ronroneo extraño, casi afectuoso.

—¿Es tuyo? —pregunté, dejando caer la espada. El sonido metálico al golpear el suelo pareció romper el hechizo del momento.

Aeran dio un paso más cerca, sus ojos se movían entre el dragón y yo.

—Era el dragón de mi madre.

Vi cómo levantaba una mano, haciendo una señal a los que se encargaban de los dragones. Se acercaron con cautela, sus movimientos fueron lentos y deliberados.

—Con cuidado —les advirtió Aeran—. Es... especial.

Observé cómo pasaban una cinta por el cuello del dragón, una especie de correa para alejarlo. El dragón no opuso resistencia, pero sus ojos no dejaban de mirarme. Había algo en esa mirada, una inteligencia y una conexión que me dejaba sin aliento.

Aeran se acercó más, su mano se extendió hacia mí. Inmediatamente agarró mi brazo, sus dedos rozaron la herida que el dragón me había hecho.

Contuve un siseo de dolor. Sus ojos se encontraron con los míos y vi lo muy preocupado que estaba. Por un momento olvidé respirar.

—Estás herida. Necesitas...

—Estoy bien —respondí automáticamente, aunque el dolor en mi brazo decía lo contrario—. ¿Y se había ido? —Seguía confusa, con más preguntas que respuestas. La situación parecía irreal, como si estuviera atrapada en uno de mis sueños proféticos.

Vi cómo alejaban al dragón ahora domesticado, como si él mismo se hubiera olvidado de su furia anterior. Era fascinante y desconcertante a la vez, ver a una criatura tan poderosa volverse dócil en cuestión de un pestañeo.

Escuché los pasos apresurados acercándose y giré la cabeza. Kieran corría hacia nosotros. Detrás de él, Cleon caminaba más despacio de una forma seria y preocupada.

Lo primero que hizo el pequeño fue abrazarme las piernas con fuerza, su pequeño cuerpo temblaba.

—Nefely —murmuró Kieran—. Pensé... pensé que...

No pudo terminar la frase, pero no hacía falta. Entendía perfectamente el miedo que había sentido. Con mi mano libre, la que no estaba siendo examinada por Aeran, acaricié suavemente su cabello. Su pequeño cuerpo temblaba contra mis piernas, y sentí una oleada de ternura hacia él. Haría lo que fuera por protegerlo.

—Tranquilo, pequeño —susurré, intentando que mi voz sonara calmada y reconfortante—. Estoy aquí. Todos estamos a salvo.

—Ir a dentro —ordenó Aeran de repente, con una voz cortante y fría. Ni siquiera miró a sus hermanos mientras daba la orden, como si algo hubiera cambiado en él. La calidez que había mostrado hace unos momentos se había desvanecido, reemplazada por una frialdad que me desconcertó.

Cleon y Kieran le miraron desconcertados.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Cleon.

—No, adentro, ahora —espetó Aeran.

No pude evitar enfadarme. ¿Cómo se atrevía a tratar así a sus hermanos después de lo que acabábamos de vivir? ¿No veía que estaban asustados?

Debía de consolarlos, no ahuyentarlos.

—Aeran... —gruñí—. No es necesario que...

Pero me interrumpí al ver sus ojos. Había algo allí, oculto bajo la máscara de autoridad. Estaba aterrorizado, aunque intentara ocultarlo. El miedo brillaba en sus ojos grises, mezclado con una confusión que casi reflejaba la mía propia. Casi.

Kieran me abrazó una última vez antes de soltarme. Le acaricié el pelo mecánicamente. Con reluctancia, se alejó con su nodriza hacia el interior del castillo. Cleon los siguió, lanzando una última mirada preocupada hacia nosotros antes de desaparecer por las puertas. Al menos nos habíamos conocido en persona, aunque yo ya sentía que lo conocía.

Una vez que los niños estuvieron fuera de vista, Aeran se volvió hacia mí.

Su rostro era una máscara de control, pero pude ver las grietas en su fachada. Bien. Que se rompiera. No iba a dominarme.

—¿Puedes andar? —preguntó, su voz intentó sonar indiferente, pero detecté un temblor sutil en ella.

—No necesito tu falsa preocupación —escupí, apartándome bruscamente

—. Puedo cuidarme sola, como siempre lo he hecho.

Después de todo lo que había pasado, ¿así es como iba a tratarme? Ni siquiera le respondí. Me aparté de él con un movimiento brusco, ignorando el dolor punzante en mi brazo, y comencé a caminar hacia el castillo.

Sentía las miradas de todos sobre mí mientras avanzaba. Guardias, sirvientes, cortesanos... todos me observaban con una mezcla de miedo, asombro y curiosidad. Mantuve la cabeza alta, negándome a mostrar debilidad ante ellos.

Escuché cómo Aeran dudaba por un momento antes de seguirme. El sonido de sus botas comenzó a resonar a mi espalda, duras contra el suelo de piedra. Cada paso parecía un intento de mostrar seguridad, pero yo podía sentir la tensión emanando de él. No era capaz de mostrar su miedo, y eso era de cobardes.

—Nefely, espera. —Su voz sonó más cerca de lo que esperaba. Me giré, encontrándome cara a cara con él.

—¿Qué quieres, Aeran? ¿Encerrarme de nuevo? ¿Castigarme por salvar a tus hermanos? Hazlo, creo que ya me resultan indiferentes tus arrebatos contradictorios.

Vi cómo se estremecía ante mis palabras, como si le hubiera dicho algo que no entendiera.

—Necesitas que te curen —insistió—. Déjame ayudarte.

Solté una risa amarga.

—¿Ayudarme? ¿Tú? No me hagas reír, Aeran. Lo único que sabes hacer es lastimarme. Día tras otro, tras otro. ¿En serio quieres curarme o acabar conmigo?

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró del brazo sano, tirando de mí hacia él.

—Suéltame —siseé, intentando soltarme.

—No hasta que me escuches —respondió, en voz baja y peligrosa—. Vas a venir conmigo y vas a dejar que te cure esa herida, aunque tenga que arrastrarte.

Nos miramos fijamente, ninguno estaba dispuesto a ceder. Parte de mí quería golpearlo, gritarle, hacerle sentir todo el dolor que me había causado.

Otra parte, una que me negaba a reconocer, quería acercarse más, borrar la distancia entre nosotros.

—Bien —cedí finalmente—. Pero que quede claro, lo hago porque quiero, no porque tú lo órdenes.

Aeran asintió secamente, soltando mi brazo. Sin decir una palabra más, comenzó a caminar, esperando que lo siguiera. Reprimí el impulso de darme la vuelta y alejarme en la dirección opuesta, solo para llevarle la contraria. En su lugar, lo seguí, manteniendo una distancia prudente entre nosotros.

Caminamos en un silencio con cada paso resonando en los pasillos vacíos del castillo. Finalmente, llegamos a la entrada a su despacho privado.

—Entra —ordenó, abriendo la puerta.

—No me des órdenes —repliqué automáticamente, pero entré de todos modos.

Me sentía atrapada.

—Siéntate —dijo Aeran, señalando un sillón cerca de la chimenea.

Le lancé una mirada venenosa, pero obedecí. El alivio de estar sentada era mayor que mi deseo de llevarle la contraria. Aeran se movió por la habitación, buscando algo en un armario. Cuando se volvió hacia mí, llevaba un pequeño botiquín en sus manos.

Se arrodilló frente a mí, abriendo el botiquín. La cercanía repentina hizo que mi corazón se acelerara, aunque me negué a reconocer el motivo.

—Dame tu brazo.

—Puedo hacerlo yo misma.

Aeran me miró, sus ojos grises estaban tormentosos.

—Por una vez en tu vida, Nefely, deja que alguien te ayude. Deja de ser tan cabezona, a veces es agotador.

Algo en su tono, en la forma en que dijo mi nombre, hizo que mi resistencia se desmoronara. Con un suspiro de derrota, extendí mi brazo herido hacia él.

Trabajó en silencio, limpiando y vendando la herida con una habilidad que me sorprendió.

—¿Por qué haces esto? —pregunté finalmente, incapaz de soportar el silencio por más tiempo.

Aeran se detuvo, sus ojos se encontraron con los míos. La intensidad de su mirada me dejó sin aliento.

—Porque no soporto verte herida —respondió en un susurro—. Porque cuando te vi enfrentarte a ese dragón, sentí... —se interrumpió, como si las palabras se le atascaran en la garganta.

—¿Qué sentiste, Aeran? —presioné, necesitando y temiendo la respuesta a partes iguales.

—Sentí que mi mundo se derrumbaba —admitió finalmente—. Por un momento, pensé que te había perdido, y yo... no podía soportarlo.

Sus palabras me magullaron, robándome el aliento. La honestidad cruda en su voz, la vulnerabilidad en su mirada...

—No... no juegues conmigo, Aeran —advertí, mi voz temblaba ligeramente y dejé de mirarle, no le creía—. No te atrevas a fingir que te importo después de todo lo que has hecho.

—No estoy fingiendo —respondió, su mano se movió para acariciar mi mejilla para que volviese a sus ojos. Me tensé ante el contacto, pero no me aparté—. Nefely, yo...

—No —le interrumpí, apartando su mano bruscamente—. No digas algo de lo que te vas a arrepentir. No compliques más las cosas. Ya suficiente lo están.

Aeran se echó hacia atrás, como si mis palabras lo hubieran quemado.

—¿Por qué tienes que ser tan condenadamente terca? —gruñó, pasándose una mano por el pelo con frustración. Lo hacía siempre que se encontraba nervioso, lo hacía desde niño.

—¿Por qué tienes que ser tan insoportablemente arrogante?

Nos miramos fijamente. El aire parecía cargado de electricidad, cada respiración era un esfuerzo consciente.

Aeran se puso de pie abruptamente, comenzando a pasearse por la habitación como un animal enjaulado. Lo observé, con mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Parte de mí quería gritarle, sacudir toda la rabia y el dolor que había acumulado. Otra parte, una que me negaba a reconocer, quería acercarse a él, consolar al hombre vulnerable que había vislumbrado momentos antes. Decirle que estaba bien y que me había hecho heridas peores... pero no pude hacerme la valiente, no con él. Además, debía de pagar un poco las consecuencias.

—Esto es una locura —murmuró, más para sí mismo que para mí—. No debería sentir esto. No por ti.

Sus palabras fueron dolorosas, me sentía algo prohibido, o más bien horrendo.

—¿Qué se supone que significa eso? —exigí, poniéndome de pie también.

Aeran se giró hacia mí.

—Significa que no puedo sacarte de mi cabeza —respondió—. Que por más que lo intento, no puedo odiarte como debería. Porque te odio, lo sé, tú me odias, lo sabes.

Di un paso hacia él.

—¿Y crees que para mí es fácil? —espeté—. ¿Crees que disfruto sintiéndome así por el hombre que me encarceló? Que me humilló, me destrozó y que ahora parece querer hacer como si nada hubiera pasado.

Aeran acortó la distancia entre nosotros en dos zancadas. De repente, estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, contar cada una de sus pestañas. Veía culpa en sus ojos, lo único que se pronunciaba por el resto de lo que sentía.

—Entonces admites que sientes algo.

—Yo no he dicho eso.

Nos quedamos así, atrapados en un momento de tensión insoportable. El aire entre nosotros parecía crepitar con energía contenida. Parte de mí quería apartarse, huir de la intensidad de este momento. Otra parte, una que crecía con cada segundo que pasaba, quería acercarse más, cerrar la distancia entre nosotros de una vez por todas.

—Nefely... —Mi nombre en sus labios sonaba como una plegaria y una maldición al mismo tiempo.

Y entonces, sin previo aviso, sus labios estaban sobre los míos. El beso fue brutal, desesperado, como si todo el deseo y la frustración acumulados durante semanas estallaran en ese único momento. Sus labios, cálidos y

exigentes, se movían contra los míos con una urgencia que me robó el aliento.

Mis manos se enredaron en su pelo, los sedosos mechones oscuros se deslizaban entre mis dedos mientras lo atraía más cerca. Necesitaba sentirlo, necesitaba toda la longitud de su cuerpo presionado contra el mío.

Sus manos se aferraron a mi cintura como si temiera que fuera a desaparecer, sus dedos se clavaron en mi piel con una intensidad que rayaba en el dolor, pero que solo avivaba el fuego en mi interior.

El beso se profundizó, nuestras lenguas se enzarzaron en una danza frenética. Sabía a canela y a un toque de miel, con un trasfondo de algo indefinible que solo podía describir como puramente Aeran. Era una combinación embriagadora que amenazaba con nublar mis sentidos. Un gemido escapó de mi garganta, tragado por sus labios hambrientos.

Nos separamos por un instante, jadeando en busca de aire. Sus ojos, normalmente del color del acero, ahora ardían con un fuego que me consumía. Vi en ellos el reflejo de mi propio deseo, de mi propia lucha interna.

—Esto... esto no cambia nada —susurré, mi voz traicionó la mentira.

—Lo cambia todo —respondió él, su mirada intensa perforó mi alma.

En ese instante de cruda honestidad, con nuestros ojos entrelazados, comprendí la innegable verdad de sus palabras. Para bien o para mal, habíamos cruzado un umbral del que no había retorno.



Secretos de medianoche

Necesitaba un momento de paz, de silencio, de acallar todos mis pensamientos, todos los que pasaban por mi mente como un torbellino implacable. Alejarme de ella, de mis consejeros, de todo lo que me rodeaba y amenazaba con ahogarme en responsabilidades y dudas. Por eso me quedé solo en la sala del trono, con la copa en la mano, el frío metal era un ancla a la realidad mientras mi mente divagaba sin rumbo fijo.

El vino, oscuro y espeso, reflejaba la luz de las velas como si contuviera estrellas líquidas. Lo observé, girando suavemente la copa, perdiéndome en los remolinos que se formaban. ¿Cuántas decisiones se habrían tomado en esta misma sala, con una copa similar en mano? ¿Cuántos reyes antes que yo habrían buscado respuestas en el fondo de un cáliz, esperando que el alcohol les diera la claridad que sus mentes sobrias les negaban?

Mis pensamientos, inevitablemente, volaron hacia Estros, el dragón de mi madre. Siempre había sido el dragón más grande que había conocido, una bestia majestuosa que parecía más leyenda que realidad. Cerrando los ojos, pude verlo con claridad: escamas de un rosa pálido que brillaban como perlas bajo el sol, ojos grises que parecían contener tormentas, y un tamaño que hacía parecer pequeñas las torres más altas del castillo.

La historia de Estros y mi madre era una que había escuchado mil veces, susurrada en los pasillos del castillo, cantada por los bardos en las tabernas, un cuento de hadas con un final amargo que parecía definir el destino de nuestra familia.

Mi madre, Dabria, no era más que una niña cuando lo encontró. Un huevo, del tamaño de dos manos unidas, como una roca y cálido al tacto, oculto en una cueva en las montañas que rodeaban sus tierras. La casa Llada, noble, pero no de sangre real, se había hecho con un tesoro que cambiaría el curso de la historia.

Pude imaginarla, joven e inocente, cuidando de ese huevo como si fuera lo más precioso del mundo. ¿Habría sabido, en ese momento, el poder que sostenía entre sus manos? ¿Habría presentido el destino que la aguardaba?

El nacimiento de Estros fue un evento que sacudió el reino. Un dragón, el primero en generaciones, naciendo fuera de la familia real. Mi abuelo, el rey, no podía permitir tal afrenta a su autoridad. Reclamó al dragón como propiedad de la corona, argumentando que tal poder no podía estar en manos de una casa menor.

Pero mi madre, con una determinación que más tarde yo heredaría, se negó.

«Estros me eligió a mí», declaró, según cuentan las historias. «Y yo lo elegí a él. Ningún decreto real puede romper ese vínculo, si me lo quitáis, volverá».

El conflicto que siguió amenazó con sumir al reino en una guerra civil. La casa Llada, respaldada por otras familias nobles que veían una oportunidad de desafiar el poder de la corona, se enfrentó a la autoridad real. Fue entonces cuando mi padre, el príncipe heredero, propuso una solución: un matrimonio que acabaría con toda batalla, que traería al dragón a la familia real sin derramamiento de sangre.

Mi madre aceptó, no por amor, no por ambición, sino por paz. Sacrificó su libertad, su futuro, por el bien del reino. A menudo me pregunto si se arrepintió de esa decisión, si en las noches solitarias en este mismo castillo añoraba la vida que pudo haber tenido.

Estros siempre había sido un dragón difícil, temperamental. Obedecía solo a mi madre, y a regañadientes. Para el resto del mundo, era una fuerza de la naturaleza incontrolable, un recordatorio constante del poder que mi madre poseía.

Recuerdo la primera vez que lo vi de cerca. Yo era muy pequeño, apenas capaz de caminar sin tropezar. Mi madre me llevó a los establos donde Estros descansaba, una montaña de escamas y músculos que parecía llenar todo el espacio.

—No tengas miedo, Aeran —me había dicho—. Estros puede sentir tu miedo, y eso solo lo pondrá nervioso.

Intenté ser valiente, realmente lo intenté. Pero cuando esos ojos grises se posaron en mí, sentí como si estuviera siendo juzgado por una fuerza antigua y poderosa. Rompí a llorar, aferrándome a las faldas de mi madre.

Para mi sorpresa, Estros no rugió ni se enfadó. En su lugar, bajó su enorme cabeza hasta estar a mi nivel y exhaló suavemente. Su aliento era cálido y olía a humo y a algo dulce que no pude identificar. Dejé de llorar, fascinado.

—Ves —dijo mi madre, sonriendo—. Estros sabe que eres especial. Algún día, entenderás por qué.

No comprendí sus palabras entonces. Ahora, años después, sentado en el trono con el peso de una corona que a veces parecía demasiado para mí, empezaba a entender.

Mi padre nunca tuvo un dragón propio. Era un secreto a voces en la corte, un hecho que lo corroía por dentro como un veneno lento.

¿Cómo podía ser un rey verdadero sin un dragón que respaldara su autoridad? Su resentimiento hacia mi madre y Estros creció con los años, alimentado por la envidia y el miedo.

—Un dragón es poder —me dijo una vez con su aliento apestando a vino—.

Y el poder, Aeran, el poder lo es todo. Sin él, no eres nada. Recuérdalo siempre.

Pero el poder de mi padre era frágil, basado en decretos y tradición más que en la conexión profunda que mi madre compartía con Estros. Y eso lo aterrorizaba.

Los rumores en el castillo eran como un zumbido constante, imposible de ignorar. Que mi padre temía que mi madre ordenara a Estros que lo devorara. Que planeaba deshacerse del dragón antes de que pudiera ser usado en su contra. Que envidiaba la adoración que el pueblo sentía por la reina jinete de dragones.

La tensión creció hasta volverse insoportable. Recuerdo noches de gritos ahogados, de puertas cerrándose con violencia, de sirvientes murmurando en las esquinas y callando abruptamente cuando me veían pasar.

Y entonces, un día, Estros se fue.

Nadie supo exactamente qué pasó. Algunos decían que mi padre lo había echado, que lo había maltratado hasta que la bestia no pudo soportarlo más.

Otros susurraban que había sido mi madre quien lo había dejado ir, para protegerlo de la ira de mi padre.

La verdad, como siempre, probablemente yacía en algún punto intermedio, más compleja y dolorosa de lo que cualquiera podía imaginar.

Lo que sí sé es lo que mi madre me dijo años después, cuando yo era lo suficientemente mayor para entender, pero aún demasiado joven para no creer en la magia de sus palabras.

—Estros nunca me perteneció realmente, Aeran —me confesó una noche—.

Yo solo lo estaba cuidando para quien realmente merece llevarlo.

—Pero tú lo criaste —protesté—. Tú lo montaste. ¿Cómo no podía ser tuyo?

Ella sonrió, una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Hay personas, mi amor, que tienen el poder de proteger para luego dar, pero nunca para quedarse. Yo soy una de ellas. Estros era... es... demasiado

grande, demasiado poderoso para pertenecer a una sola persona. Llegará el día en que encuentre a su verdadero jinete, alguien capaz de igualar su grandeza.

No entendí sus palabras entonces.

Mi padre siempre temió que mi madre tuviera más poder que él. Ese miedo lo consumió, lo transformó en el hombre amargado y cruel que llegó a ser.

¿Y yo? ¿Qué clase de rey era? ¿Uno que temía el poder de otros, o uno que lo abrazaba y lo usaba para el bien del reino?

La copa en mi mano se había vaciado sin que me diera cuenta. La dejé a un lado, el sonido del metal resonó contra la piedra en la sala vacía.

Mis pensamientos volvieron a ella, a Nefely. La bruja, la sanadora, la mujer que desafiaba todo lo que creía saber sobre el mundo. ¿Era

ella la jinete que Estros había estado esperando? ¿Era esa la razón por la que el dragón había regresado después de tantos años?

La idea me aterrorizaba y me fascinaba a partes iguales. Si era cierto, significaba que Nefely poseía un poder que rivalizaba con el de la corona.

Significaba que todo lo que mi padre había temido podría hacerse realidad.

Pero también significaba que tenía razón. Que no era la amenaza que todos creían, que su poder podía ser una fuerza para el bien, para la protección del reino.

Me levanté del trono, mis piernas estaban entumecidas por haber estado sentado tanto tiempo. La sala, con sus sombras danzantes y sus ecos de decisiones pasadas, de repente me pareció sofocante.

Caminé por el pasillo. La noche había caído sobre el castillo, envolviendo todo en sombras y susurros. Subí las escaleras hacia el ala real, mi mente todavía daba vueltas a los eventos del día, a las decisiones que debía tomar.

Fue entonces cuando lo escuché: las suaves notas del arpa de mi hermana, flotando en el aire como una caricia. Pero había algo más, voces que se

mezclaban con la música, creando una sinfonía que no había escuchado en mucho tiempo. Me detuve en el pasillo real, intrigado.

Los guardias estaban apostados frente a la puerta de la habitación que compartían Kieran y Venya. Sus posturas, normalmente rígidas e imperturbables, mostraban una curiosidad mal disimulada. Parecían estar escuchando las voces que procedían del interior, olvidando por un momento su deber de mantener una vigilancia estoica.

Comencé a caminar lentamente con mis sentidos en alerta. La puerta de la habitación de Avery estaba abierta, pero ella no estaba allí. Sin embargo, su arpa seguía sonando en algún punto. El misterio se profundizó cuando pasé frente a la habitación de Cleon y Torin, también abierta y vacía.

Una inquietud comenzó a crecer en mi pecho. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no estaban ya durmiendo mis hermanos? La hora era tardía, y las reglas del castillo eran claras sobre los horarios de descanso. ¿Acaso había ocurrido algo que yo desconocía?

Cuando estuve lo suficientemente cerca de los guardias, pude distinguir claramente las voces que emanaban de la habitación. Entre ellas, reconocí inmediatamente la de Nefely. Su tono, suave y melodioso, parecía tener un efecto hipnótico no solo en mis hermanos, sino también en los guardias que deberían estar vigilando.

Carraspeé, haciendo notar mi presencia. Los guardias se sobresaltaron, girándose hacia mí con expresiones culpables.

—Alteza —musitó Thorak, sus ojos evitaron los míos—. Lo lamentamos, solo...

—¿Están dentro? —interrumpí, señalando la puerta.

—Sí, Majestad —respondió Thorak—. Todos.

Asentí, procesando la información. Con un gesto de la mano, indiqué a los guardias que se retiraran. Obedecieron sin dudar, sus pasos apresurados

resonaron en el pasillo mientras se alejaban, dejándome solo frente a la puerta cerrada.

Por un momento, dudé. Como rey, tenía todo el derecho de irrumpir en la habitación, de exigir explicaciones, de poner fin a lo que fuera que estuviera sucediendo allí dentro. Pero algo me detuvo. Quizás fue

la curiosidad, o tal vez un deseo más profundo de entender qué era lo que Nefely podía ofrecer a mis hermanos que yo no había sido capaz de darles.

Así que, en lugar de abrir la puerta, me acerqué sigilosamente y pegué mi oreja a la madera, escuchando.

—¿Te sabes más cuentos? —La voz de Torin, normalmente tan seria y reservada, estaba llena de una emoción infantil que no había escuchado en años—. ¿Alguno mágico?

La risa de Kieran resonó, clara y alegre, seguida de un chillido de emoción.

—¡Sí, sí, uno mágico!

El sonido de su alegría hizo que mi corazón se encogiera. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que escuché a mis hermanos reír así?

¿Desde que los vi comportarse como los niños que eran, libres de las cargas y expectativas de la realeza?

—Bueno, sé uno que mi madre me contaba cuando era muy pequeña. —La voz de Nefely era suave, cargada de una nostalgia que pude sentir incluso a través de la puerta. Sin darme cuenta, una sonrisa se dibujó en mi rostro.

Había una alegría en su voz cuando hablaba de su familia—. ¿Queréis escucharlo?

—¡Sí! —El coro entusiasta de mis hermanos me tomó por sorpresa. Incluso Avery, cuya voz rara vez se elevaba por encima de un susurro, parecía estar participando con entusiasmo.

Las notas del arpa de Avery flotaban suavemente en el aire, una melodía lenta, pero alegre que servía de fondo perfecto para la historia. Cerré los

ojos, dejando que la música me envolviera. Hacía tanto tiempo que no escuchaba a mi hermana tocar así, con tanta libertad y alegría...

—Habla de una criatura mágica que habita en los bosques —comenzó Nefely, su voz adoptó el tono misterioso y cautivador de los narradores de cuentos—. Su poder es tan grande, que ayuda a todos los animales que encuentra.

Me encontré conteniendo la respiración, ansioso por escuchar más. La historia parecía cobrar vida en mi mente, pintando imágenes de bosques antiguos y criaturas fantásticas.

—Esta criatura —continuó Nefely—, tenía el pelaje blanco como la nieve más pura, y sus ojos brillaban con todos los colores del arcoíris. Podía hablar con los árboles y las flores, entender el lenguaje de los pájaros y los peces. Pero lo más asombroso era su capacidad para sanar. Con solo tocar a un animal herido o enfermo, podía curarlo por completo.

—¡Como tú, Nefely! —interrumpió Kieran. Me di cuenta cuánto la admiraba, se había convertido en alguien importante para él.

Hubo una pausa, y pude imaginar la sonrisa agridulce en el rostro de Nefely.

—Sí, un poco como yo, pequeño. Pero esta criatura era mucho más poderosa.

—¿Y cómo se llamaba? —preguntó Venya.

—Los antiguos la llamaban Luris —respondió Nefely—. Porque decían que su pelaje brillaba bajo la luz de la luna como si estuviera hecho de estrellas.

La historia continuó, y me encontré tan absorto como mis hermanos. Nefely describió cómo Luris vivía en armonía con el bosque,

ayudando a mantener el equilibrio de la naturaleza. Pero un día, una terrible sequía azotó la tierra.

Los ríos se secaron, los árboles comenzaron a morir, y los animales sufrían.

—Luris sabía que tenía que hacer algo —la voz de Nefely se volvió más grave, cargada de emoción—. Viajó hasta el corazón del bosque, donde se encontraba el manantial sagrado, la fuente de toda la vida en el bosque.

Pero el manantial estaba seco, y el espíritu del agua que lo habitaba estaba muriendo.

Pude escuchar las exclamaciones ahogadas de mis hermanos, su preocupación por el destino de Luris y del bosque.

—Luris sabía lo que tenía que hacer —continuó Nefely, su tono era bajo—.

Ofreció su propia vida al espíritu del agua. «Toma mi esencia», dijo, «y úsala para revivir el manantial. Que mi sacrificio traiga vida al bosque una vez más».

El silencio que siguió era tan denso que casi podía tocarlo. Incluso yo, parado fuera de la habitación, sentí un nudo en la garganta.

—El espíritu del agua aceptó el sacrificio de Luris. —La voz de Nefely temblaba ligeramente—. Y mientras Luris se sumergía en las aguas del manantial, su cuerpo comenzó a brillar. Su pelaje blanco se disolvió en luz pura, mezclándose con el agua. Y con su último aliento, Luris dio vida al bosque una vez más.

Escuché sollozos suaves, probablemente de Kieran y Venya. Pero había algo más en el aire, una sensación de asombro y reverencia.

—Los antiguos dicen que, desde ese día, cada vez que llueve en el bosque, es Luris quien llora de alegría al ver la vida que su sacrificio

trajo —

concluyó Nefely—. Y que, en las noches de luna llena, si miras con atención, puedes ver su reflejo en las aguas del manantial, velando eternamente por el bosque que tanto amó.

El silencio que siguió estaba cargado de emoción. Pude escuchar a Avery tocando suavemente, una melodía que parecía capturar la esencia de la historia: triste pero hermosa, un recordatorio del poder del sacrificio y el amor.

—Es una historia triste —la voz de Cleon, normalmente tan fuerte y segura, sonaba pequeña y vulnerable—. Pero también hermosa.

—Sí —concordó Nefely—. Nos recuerda que a veces, el acto más valiente es dar todo por aquellos a quienes amamos, por aquello en lo que creemos.

Sus palabras resonaron en mí de una manera que no esperaba. ¿No era eso lo que significaba ser rey? ¿Dar todo por el reino, por el pueblo? La historia de Luris, aunque un cuento de hadas, contenía una verdad profunda.

—Nefely —la voz de Kieran era apenas un susurro—, ¿tú harías algo así?

¿Te sacrificarías para salvar a otros?

Hubo una pausa, y pude imaginar a Nefely considerando cuidadosamente su respuesta. Cuando habló, su voz estaba llena de una convicción.

—Si fuera necesario, sí —dijo suavemente—. Creo que todos tenemos ese poder dentro de nosotros, la capacidad de hacer grandes sacrificios por el bien de otros. Incluso cuando es difícil, incluso cuando tenemos miedo.

¿No era eso lo que ella había estado haciendo todo este tiempo?

¿Sacrificándose, arriesgándose, para ayudar a otros? La culpa me invadió al pensar en cómo la había tratado, en las acusaciones que había lanzado contra ella. Era un monstruo.

—Pero —continuó Nefely—, espero que nunca tengamos que llegar a ese extremo. Hay muchas formas de ayudar, de hacer del mundo un lugar mejor, sin tener que sacrificarlo todo.

—¿Como curar a la gente? —preguntó Venya.

—Exactamente —respondió Nefely, y pude escuchar la sonrisa en su voz

—. O como tocar música hermosa que alegra el corazón de las personas. O

como ser un buen amigo, un buen hermano. Cada acto de bondad, por pequeño que sea, es como una gota de agua en el manantial de Luris.

Juntos, podemos hacer que el bosque florezca.

¿Cuándo fue la última vez que pensé en la bondad como una fuerza capaz de cambiar el mundo? En mi posición como rey, a menudo me encontraba tomando decisiones difíciles, priorizando la seguridad y la estabilidad sobre la compasión. Pero Nefely hablaba de bondad como si fuera la fuerza más poderosa del universo.

Debía irme, lo sabía. Cada segundo que pasaba allí, escuchando a escondidas, era una violación de la privacidad de mis hermanos y de Nefely.

Era impropio de un rey, de un hermano mayor. Sin embargo, no podía separarme de la puerta. Mis pies parecían pegados al suelo, mi oído irremediablemente atraído hacia las voces y risas que emanaban de la habitación.

No me sentía invitado a entrar, no me sentía parte de ese mundo cálido y acogedor que Nefely había creado con mis hermanos. Era un observador, un intruso en un momento de felicidad que yo no había sido capaz de proporcionar. La realidad dolía, pero no podía negar la verdad de lo que estaba presenciando.

Solo quería seguir escuchando, seguir oyendo sus risas. Porque esas risas significaban que estaban bien, que estaban a salvo. A salvo de las preocupaciones del reino, de las responsabilidades que inevitablemente caerían sobre sus hombros. A salvo de mí y de la sombra que a veces sentía que proyectaba sobre ellos.

—Ahora tenéis que iros a la cama —La voz de Nefely adoptó un tono firme pero cariñoso, el de alguien que sabe que está diciendo algo que no será bien recibido.

Como era de esperar, las quejas no tardaron en llegar. Fue un coro de voces mezcladas, desde el agudo chillido de Kieran hasta el grave murmullo de Cleon. Incluso Avery, se unió a la protesta.

—¡Nefely!

—¡No!

—¡Venga!

Sus voces se mezclaban en una cacofonía de súplicas y negativas. Era un sonido que no había escuchado en mucho tiempo, el sonido de niños siendo niños, resistiéndose a la hora de dormir como lo hacen todos los niños del mundo, sin importar si son de sangre real o no.

—No, no, a la cama —insistió Nefely, con un deje de diversión—. Como vuestro hermano vea que no estáis en la cama se enfadará, y no queremos ver cómo se le arruga la frente.

Las risas que siguieron a su comentario me hicieron poner los ojos en blanco. ¿Tan obvio era mi ceño fruncido? ¿Tan severo me veía a los ojos de mis hermanos? La idea me provocó una punzada de tristeza. Hubo un tiempo en que yo era el que los hacía reír, el que los consolaba cuando tenían pesadillas, el que los defendía de los sermones de nuestro padre.

¿Cuándo me había convertido en alguien a quien temían decepcionar?

Estaba tan perdido en mis pensamientos que no me di cuenta de que la puerta se estaba abriendo hasta que fue demasiado tarde. Avery apareció en el umbral para salir. Sus ojos se abrieron como platos al verme allí parado, como un ladrón atrapado en el acto.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Nada —negué inmediatamente, las palabras saliendo de mi boca antes de que pudiera pensarlas. Era una mentira obvia, patética. ¿Qué clase de ejemplo estaba dando?

Avery me miró fijamente, sus ojos escudriñando mi rostro como si buscara algo. ¿Qué veía? ¿Al rey autoritario que temían decepcionar? ¿O al hermano mayor que solía ser, el que se escabullía con ellos para robar dulces de la cocina?

—Estabas escuchando —dijo finalmente. No era una pregunta, sino, una reclamación de los hechos.

Asentí, incapaz de mentir nuevamente.

—Lo siento, yo...

—Entra —dijo, dando un paso atrás y abriendo más la puerta—. Aún no hemos terminado la historia.

Por un momento, dudé. El rey en mí insistía en que debía mantener la distancia, que debía ser fuerte y autoritario. Pero el hermano, el

niño que aún vivía en algún lugar dentro de mí, anhelaba la calidez y la cercanía que emanaba de esa habitación.

Finalmente, con un suspiro que pareció liberar años de tensión acumulada, asentí y di un paso hacia adelante.

La escena que me recibió era como salida de un sueño. Mis hermanos estaban esparcidos por la habitación, algunos en la cama, otros en el suelo rodeados de almohadas y mantas. En el centro de todo estaba Nefely, su presencia era como un sol alrededor del cual orbitaban los demás.

Nuestros ojos se encontraron, y por un momento el mundo pareció detenerse. La sorpresa inicial en su mirada dio paso a algo más profundo, más cálido. ¿Era eso... afecto? La idea hizo que mi corazón se acelerara.

—Vaya, mirar quién ha decidido unirse a la fiesta —dijo Nefely, su voz cargada de ese sarcasmo que ya me resultaba tan familiar. Sin embargo, había un tono subyacente en sus palabras de... ¿alegría?—. ¿Has venido a regañarnos por estar despiertos tan tarde?

Antes de que pudiera responder, Kieran saltó de la cama y corrió hacia mí.

—¡Aeran! ¡Has venido! Tienes que escuchar las historias de Nefely, son increíbles. ¡Son como las de mamá: mágicas y poderosas!

Sentí los brazos de Kieran rodeando mi cintura, su pequeño cuerpo se presionó contra mí en un abrazo que no recordaba haber recibido en mucho tiempo. La emoción me superó, y tuve que luchar para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—Bueno, supongo que puedo hacer una excepción por esta noche —dije, tratando de sonar severo, pero fallando miserablemente. La sonrisa en mi rostro me traicionaba.

Mientras Kieran me arrastraba hacia el centro de la habitación, mis ojos volvieron a encontrarse con los de Nefely. Había algo en su mirada, algo que me hacía no querer mirar a nadie o nada más. Fue entonces cuando noté la venda en su brazo, un recordatorio de su encuentro con Estros.

—Tu brazo... —comencé.

Nefely siguió mi mirada y se encogió de hombros, tratando de restar importancia al asunto.

—No es nada. He tenido heridas peores cortando hierbas en el bosque.

A pesar de su tono despreocupado, pude ver un atisbo de dolor en sus ojos cuando movió el brazo. Sin pensarlo, me acerqué a ella, mis dedos rozaron suavemente la venda para comprobar que estuviera bien colocada.

—¿Estás segura? Quizás deberíamos llamar al maestre...

—Estoy bien, Aeran —dijo suavemente. El sonido de mi nombre en sus labios, sin el tono burlón habitual fue muy poderoso—. De verdad.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo, y por un momento, todo lo demás pareció desvanecerse. Estábamos tan cerca que podía contar las pecas en su nariz, ver los matices de azul en sus ojos.

—¡Aeran! —La voz de Torin rompió el hechizo—. ¿Vas a quedarte a escuchar la historia?

Parpadeé, alejándome ligeramente de Nefely.

—Yo... sí, supongo que sí.

—¡Genial! —exclamó—. Cleon estaba a punto de contarnos una historia sobre dragones.

Me senté en el suelo, apoyando la espalda contra la cama. Para mi sorpresa

—y secreto deleite—, Nefely se sentó a mi lado, tan cerca que nuestros hombros se rozaban.

Cleon comenzó su historia, su voz profunda llenó la habitación. Hablaba de dragones antiguos, de batallas épicas en el cielo y de jinetes valientes.

Mientras escuchaba, no pude evitar ser consciente de la calidez de Nefely a mi lado, del suave roce de su brazo contra el mío cada vez que se movía.

A medida que la noche avanzaba, mis hermanos fueron sucumbiendo al sueño uno a uno. Primero Kieran, luego Venya, después Torin. Avery luchó valientemente contra el cansancio, pero finalmente sus párpados se cerraron mientras acariciaba distraídamente las cuerdas de su arpa.

Pronto, solo quedamos Nefely, Cleon y yo despiertos. Cleon terminó su historia con un bostezo.

—Creo que es hora de dormir —dije suavemente, no queriendo despertar a los demás.

Cleon asintió, levantándose para irse a su cama.

—Buenas noches, Aeran. Buenas noches, Nefely. —Salió por la puerta arrastrando sus pies.

—Buenas noches —respondimos al unísono.

Nos quedamos en silencio por un momento, escuchando las respiraciones suaves de mis hermanos dormidos. Fue Nefely quien finalmente rompió el silencio. Los pequeños podían dormir juntos aquella noche.

—Deberíamos irnos —susurró en mi oído.

Asentí, poniéndome de pie con cuidado de no hacer ruido. Ofrecí mi mano a Nefely para ayudarla a levantarse, y para mi sorpresa, ella la aceptó. El contacto de su piel contra la mía era lo mejor que había experimentado nunca.

Salimos de la habitación en silencio, cerrando la puerta suavemente detrás de nosotros. En el pasillo, iluminado solo por la luz de la luna que se filtraba por las ventanas, nos detuvimos.

—Gracias —dije—. Por esto. Por ellos.

Nefely me miró con una sonrisa suave en sus labios.

—No tienes que agradecerme. Tus hermanos son maravillosos.

—Lo son —concordé, sintiendo una oleada de afecto por mis hermanos pequeños—. Y tú... tú eres buena con ellos.

Ella se encogió de hombros, pero pude ver un ligero rubor en sus mejillas.

—Son fáciles de querer.

Nos quedamos allí, mirándonos en la penumbra del pasillo. Había tanto que quería decir, tantas preguntas que quería hacer. Pero las palabras parecían inadecuadas, insuficientes para expresar el torbellino de emociones que sentía.

—Tu brazo... —comencé de nuevo—. ¿Estás segura de que estás bien?

Nefely bajó la mirada hacia su brazo, como si hubiera olvidado la herida.

—Estoy bien, Aeran. De verdad. No mejorará o empeorará cada vez que preguntes.

Sin pensarlo, di un paso hacia ella, mis dedos rozaron suavemente la venda, como si yo pudiera curarla con mis caricias. Nefely no retrocedió.

Estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, oler el aroma a hierbas y flores silvestres que siempre parecía rodearla.

—Deberías descansar —dije, aunque realmente quería decirle otras mil cosas—. Ha sido un día largo.

Nefely asintió. Por un momento, el mundo pareció detenerse.

—Tú también deberías descansar —respondió suavemente—. Un rey necesita su sueño.

Sonreí, a pesar de mí mismo.

—¿Es preocupación lo que detecto en tu voz, Nefely?

Ella soltó una risa suave, de esas que me hacían temblar y replantearme quién era yo.

—No te acostumbres, Aeran. Mañana volveré a ser tu dolor de cabeza favorito.

—Lo esperaré con ansias.

Nos quedamos allí por un momento más, ninguno de los dos queriendo romper este frágil momento de paz. Finalmente, Nefely dio un paso atrás, rompiendo el hechizo.

—Buenas noches, Aeran —dijo suavemente, antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo.

—Buenas noches, Nefely —respondí, viéndola desaparecer en las sombras.

Me quedé allí por un momento más, mi corazón latiendo con una emoción que no me atreví a nombrar. ¿Cómo habíamos pasado de ser enemigos a...

esto? Fuera lo que fuera «esto».



Vestida para volar

Los días pasaban con una rapidez sorprendente en el castillo. Cada mañana, al abrir los ojos, me preguntaba si todo esto era real o si despertaría de nuevo en mi pequeña cabaña en el bosque. Pero no, aquí estaba, rodeada de lujos que nunca había imaginado y, lo más sorprendente de todo, de personas que parecían apreciarme de verdad.

Los hermanos de Aeran se habían convertido en una constante en mi vida, cada uno a su manera única. Kieran, con su energía inagotable y su curiosidad insaciable, siempre estaba pidiendo nuevas historias o preguntándome sobre las propiedades curativas de las plantas. Venya, tímida al principio, ahora buscaba mi compañía para aprender sobre hierbas y flores, sus ojos brillaban con interés mientras le enseñaba a distinguir entre las hojas de menta y melisa.

Torin, el aventurero del grupo, me bombardeaba con preguntas sobre el bosque y las criaturas que lo habitaban. Su entusiasmo por la naturaleza me recordaba a mí misma a su edad, y no pude evitar sentir un cariño especial por él. Cleon, aunque más reservado, había

comenzado a buscarme para discutir estrategias y tácticas, fascinado por cómo mis conocimientos del terreno y la naturaleza podían aplicarse a la defensa del reino.

Y luego estaba Avery. Su música se había convertido en el telón de fondo de nuestras tardes juntas. A veces tocaba mientras yo les contaba historias a los demás, otras veces simplemente nos sentábamos en silencio, disfrutando de la melodía y la compañía mutua. Había una comprensión silenciosa entre nosotras, un reconocimiento de almas afines que no necesitaba palabras.

Aquel día no fue diferente. O al menos, eso creí al principio.

Me encontraba en los jardines, rodeada por Kieran, Venya y Torin.

Habíamos improvisado una pequeña clase de botánica, aprovechando la variedad de plantas que crecían allí. Los niños me escuchaban con atención, sus ojos brillantes de curiosidad mientras les explicaba las propiedades de cada hierba. Debían de aprender, y quién mejor que yo para ello.

—Y esta —dije, sosteniendo una delicada flor azul—, es la centaura. Tiene propiedades antiinflamatorias y...

—¡Nefy! —La voz de Kieran me interrumpió—. ¡Prometiste que hoy nos enseñarías a hacer coronas de flores!

Sonreí, incapaz de resistirme a su entusiasmo. El apodo que Aeran me había dado se había extendido entre sus hermanos, y ahora todos lo usaban con una familiaridad que aún me desconcertaba.

—Tienes razón, pequeño dragón —concedí, revolviéndole el pelo—. Una promesa es una promesa.

Pronto, los cuatro estábamos sentados en el césped, nuestros dedos entrelazando tallos y pétalos. La risa de los niños llenaba el aire, mezclándose con el aroma dulce de las flores. Por un momento, me

permití olvidar dónde estaba, quién era. Por un momento, fui simplemente Nefy, la amiga que enseñaba a hacer coronas de flores.

Fue entonces cuando noté a Thorak, de pie cerca de nosotros. Su postura era relajada, algo inusual en él, y una sonrisa suave curvaba sus labios mientras observaba nuestro pequeño grupo. La alegría que emanaba de los niños parecía haberlo contagiado, suavizando sus facciones normalmente serias.

Nuestros ojos se encontraron por un instante, y vi en ellos un brillo de aprobación que me llenó de una calidez inesperada.

Casi al mismo tiempo, sentí otra presencia. Esa que hacía que mi piel hormigueara y mi corazón se acelerara sin mi permiso. Alcé la vista, y allí estaba él.

Aeran nos observaba desde lo alto de una pequeña colina en el jardín, su figura imponente se encontraba recortada contra el sol de la tarde. Por un instante, nuestros ojos se encontraron, y sentí esa conexión inexplicable que parecía crecer con cada día que pasaba.

—¡Aeran! —gritó Kieran, notando su presencia—. ¡Ven! Nefy nos está enseñando a hacer coronas.

Vi cómo Aeran dudaba, su postura rígida traicionó su incomodidad.

Finalmente, con un suspiro que pareció liberar años de tensión, comenzó a descender la colina hacia nosotros.

—No creo que las coronas de flores sean lo mío, Kieran.

—Tonterías —intervine, sorprendiéndome a mí misma—. Todos pueden aprender. Incluso los reyes gruñones.

Aeran me miró con una ceja arqueada en desafío.

—¿Gruñón? Cuidado. Podría tomar eso como una ofensa.

—Oh, vamos —respondí con una sonrisa burlona en mis labios—. Ambos sabemos que tu ceño fruncido es solo una fachada. Debajo de toda esa máscara real hay un niño que muere por hacer coronas de flores.

Los niños rieron, claramente disfrutando de nuestro intercambio. Aeran, para mi sorpresa, se acercó más, pero no se sentó con nosotros.

—Nefy. ¿Podría hablar contigo un momento? En privado.

Sentí cómo mi estómago se retorcía. Asentí lentamente, poniéndome de pie.

—Seguir practicando, chicos —les dije a los niños—. Volveré en un momento.

Seguí a Aeran hasta un rincón más apartado del jardín, lejos de oídos curiosos, aunque sabía que podían escucharnos. Cuando se detuvo y se giró para mirarme, noté la tensión en sus hombros, la preocupación en sus ojos.

—Nefy —comenzó—. Necesito tu ayuda. Es sobre Estros.

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba al escuchar el nombre del dragón.

—Aeran, ya hemos hablado de esto...

—Lo sé, lo sé —me interrumpió, alzando una mano en gesto conciliador—.

Pero la situación ha empeorado. Estros está... inquieto. Más de lo normal.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —pregunté, cruzándome de brazos—.

Ya te dije que no soy una domadora de dragones.

—No te estoy pidiendo que lo domes —respondió Aeran, dando un paso hacia mí—. Solo... que estés cerca. Tu presencia parece calmarlo, Nefy. No sé por qué, pero es así.

Solté una risa amarga, el sonido resonó en el aire fresco de la mañana.

—Vaya, qué alivio. El dragón gigante y potencialmente letal se calma con mi presencia. Eso seguramente me hará sentir mucho más segura cuando decida usarme como su cena.

Aeran frunció el ceño; sus ojos grises brillaron con frustración y súplica.

—Nefy, por favor. Solo... ven a verlo. No tienes que montarlo ni nada parecido. Solo... estar cerca.

Levanté mi brazo, mostrándole la cicatriz que aún marcaba mi piel.

—¿Acaso has olvidado esto? ¿Has olvidado cómo esa bestia casi me mata?

¿Cómo casi mata a tus hermanos?

—Lo sé, lo sé —dijo suavemente, movió su mano como si quisiera tocarme, pero se detuvo a medio camino—. Y no sabes cuánto lamento que hayas pasado por eso. Pero Estros ha cambiado. Él... te reconoce ahora.

—¿Y eso debería hacerme sentir mejor? ¿Qué pasa si me reconoce y decide que no le gusto?

—No sucederá —afirmó Aeran con una convicción que casi me hizo dudar

—. Hay algo en ti, Nefy. Algo que lo calma, que lo... fascina, incluso.

—Genial —murmuré—. Soy la fascinación de un dragón. Justo lo que siempre quise.

Vi un atisbo de sonrisa en los labios de Aeran ante mi sarcasmo, pero se desvaneció rápidamente.

—Sé que te estoy pidiendo mucho. Sé que tienes miedo, y tienes todo el derecho a estarlo. Pero Nefy, eres la persona más valiente que conozco. Te he visto enfrentarte a cosas que harían temblar a hombres mucho más grandes. ¿Por qué esto es diferente?

—Porque esto no es algo que pueda curar con hierbas o palabras amables

—respondí—. No puedo razonar con un dragón, Aeran. No puedo convencerlo de que no me haga daño si decide que soy una amenaza.

—Pero yo estaré allí. —Su voz estaba cargada de una promesa implícita—.

No dejaré que nada te pase. Nunca más.

Aeran dio un paso hacia mí.

—Confía en mí, Nefy. Confía en Estros.

—¿Confiar en él? —repetí, incrédula—. Aeran, casi pierdo el brazo por su culpa. Tus hermanos casi... —Me detuve, incapaz de terminar la frase.

Aeran suspiró profundamente, pasándose una mano por su cabello.

—Lo sé, y lo entiendo. Pero Nefy, creo firmemente que eres digna de él.

Estros te respeta, lo puedo sentir.

Le miré con escepticismo.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

Una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios, iluminando su rostro por un instante.

—Porque ambos sois igual de cabezotas. Creo que os entendéis mutuamente.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar que una pequeña sonrisa tirara de las comisuras de mis labios.

—Muy gracioso, Aeran.

Su expresión se volvió más seria.

—Además, hay otra razón por la que creo que deberías considerar esto. Si Gélidia decidiera atacar, tener a Estros de nuestro lado sería una ventaja enorme.

Sentí cómo la tensión volvía a mis hombros, como un peso familiar y no deseado.

—¿Me estás pidiendo que me convierta en un arma de guerra?

—No, no —se adelantó a aclarar con alarma—. Jamás te expondría a eso.

Solo... si pudieras darle órdenes desde la seguridad del castillo, guiarlo en la batalla. Nunca te pediría que entraras en combate con él. Sería inapropiado y peligroso. Jamás te expondría a eso.

Estudié su rostro, buscando algún indicio de engaño. Solo encontré sinceridad y una profunda preocupación.

—Aeran, ¿por qué tanta insistencia con el dragón? ¿Qué es lo que realmente quieres?

Él me miró fijamente por un momento, como si estuviera decidiendo cuánto revelar. Finalmente, habló.

—Quiero que estés segura, Nefy. Quiero que todos estemos seguros. Si las cosas se ponen difíciles, Estros podría ser nuestra mejor defensa. No te pido que lo montes en batalla, solo que... estés ahí, que lo guíes. Tu presencia lo calma, lo hace más manejable.

Suspiré profundamente, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, Aeran, pero no puedo. Yo curo, no monto y domo dragones.

No soy esa persona que crees que soy.

Vi cómo la decepción cruzaba su rostro, pero asintió, respetando mi decisión.

—Lo entiendo. No te presionaré más con esto.

Hubo un momento de silencio incómodo antes de que Aeran cambiara de tema y su voz intentando sonar más ligera.

—Bueno, de todas maneras, tienes que entrar. Van a tomarte medidas.

Le miré desconcertada, agradecida por el cambio de conversación.

—¿Para qué?

—Para tu propia ropa. Una ropa con la que te sientas más cómoda —

explicó con sus ojos recorriéndome de arriba abajo—. Las doncellas me han hecho llegar tus quejas.

Noté cómo apretaba la mandíbula, y me pregunté qué estaría pensando.

—¿Por qué? —dije dudosa.

—Porque si quiero volver a llevarte con Draluz, un vestido no es apropiado, y admítelo, no son de tu agrado. Los quemarías todos si pudieras.

Suspiré asintiendo y oí como se reían a nuestra espalda los niños. La tensión del momento anterior se disipó un poco.

—Pero quieres algo a cambio, ¿o no? —pregunté, aún cautelosa.

—Nada.

No mentía, pero me gustaba hacerme de rogar.

—Por favor —continuó—, solo intento que estés cómoda, nada más.

Puse los ojos en blanco, pero sentí cómo una pequeña sonrisa.

—Está bien. Iré a que me tomen medidas.

Aeran asintió con una expresión de alivio cruzando su rostro. Sin decir una palabra más, comenzó a caminar hacia el castillo, haciéndome un gesto para que lo siguiera. ¿Qué tipo de ropa podría ser tan importante como para requerir una sesión de medidas especial?

Finalmente, llegamos a una habitación amplia y luminosa que nunca antes había visto. Las paredes estaban forradas de espejos y varios maniquíes se alineaban contra una de ellas, cada uno vistiendo prendas más sorprendentes que la anterior. En el centro, una mujer de mediana edad con ojos agudos y manos callosas nos esperaba, rodeada de telas de todos los colores imaginables.

—Bienvenida, querida —dijo la mujer, haciendo una pequeña reverencia—.

Soy Maelis, la modista real. Estoy aquí para crear tu nuevo guardarropa.

Miré a Aeran, confundida. Él simplemente sonrió y dijo:

—Maelis, por favor, muéstrale a Nefely lo que hemos preparado. Lo que te pedí para ella, por favor.

La modista asintió y comenzó a moverse por la habitación con una agilidad sorprendente para alguien de su edad. Fue sacando prenda tras prenda, cada una más asombrosa que la anterior.

—Aquí tenemos una selección de pantalones —explicó, mostrándome unos pantalones de cuero suave, pero resistente—. Están diseñados para ser cómodos y duraderos, perfectos para montar a caballo o para largas caminatas por el bosque.

Mis ojos se abrieron con sorpresa. Nunca había visto pantalones tan bien confeccionados.

—Y aquí —continuó, sacando una blusa de un material que no reconocí—, tenemos blusas hechas con una mezcla de lino y seda. Son frescas en verano y cálidas en invierno.

Aeran se acercó entonces, tomando una prenda que brillaba tenuemente bajo la luz.

—Esto —dijo, con su voz cargada de un orgullo—, es algo especial.

Extendió la prenda, y me di cuenta de que era una especie de chaleco. Pero no era un chaleco común. Estaba hecho de pequeñas escamas que se superponían unas a otras, creando un patrón intrincado y precioso.

—Escamas de dragón —explicó Aeran, notando mi expresión de asombro

—. Las recogemos cuando los dragones las mudan naturalmente, o... —hizo una pausa—, cuando un dragón fallece. Nada se desperdicia.

Toqué el chaleco con cautela. Las escamas eran sorprendentemente suaves al tacto, pero podía sentir su fuerza y resistencia.

—Es una armadura —continuó él—. Ligera, pero increíblemente fuerte.

Puede detener una flecha o el golpe de una espada sin dañarte.

Mi mente daba vueltas. ¿Por qué me estaban ofreciendo una armadura?

¿Esperaban que luchara?

Como si leyera mis pensamientos, Aeran añadió rápidamente:

—No es que espere que la necesites. Es solo... una precaución. Quiero que estés protegida, pase lo que pase. En cualquier lugar.

Maelis continuó mostrándome más prendas: botas de cuero reforzadas, guantes que permitían una gran destreza sin sacrificar protección, e incluso un par de capas con capucha que, según me explicaron, estaban encantadas para repeler el agua y el frío.

Pero lo que realmente captó mi atención fueron los vestidos. No eran los vestidos pesados y ornamentados que había estado usando desde mi llegada al castillo. Estos eran sorprendentemente fluidos y ligeros, hechos de un material que brillaba y cambiaba de color sutilmente con cada movimiento.

—Escamas de dragón —explicó Maelis con orgullo—. Un material rarísimo y precioso para mí. Las escamas más finas y flexibles, son trabajadas con una técnica ancestral para crear una tela tan suave como resistente.

Toqué uno de los vestidos, maravillada por su textura. Era increíblemente suave al tacto, casi como si fuera líquido, pero podía sentir la fuerza inherente en cada fibra.

—Son tan resistentes como la armadura —añadió Aeran—, pero ligeros y flexibles. Perfectos para... —se detuvo, como si dudara en continuar.

—¿Para qué? —pregunté, intrigada.

Aeran tomó aire, como si se preparara para decir algo difícil.

—Para volar —dijo finalmente—. Si alguna vez decides... ya sabes, montar a Estros. O incluso para volar conmigo.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba ante la idea. ¿Volar? ¿En un dragón? La parte racional de mi mente gritaba que era una locura, pero otra parte, una que no sabía que existía, se emocionó ante la posibilidad.

—No tienes que decidir nada ahora —se aceleró a añadir Aeran, notando mi expresión conflictiva—. Solo... quería que tuvieras opciones. Que pudieras tener elección.

Miré el vestido en mis manos, asombrada por cómo algo tan bello podía ser también tan funcional. Las escamas creaban patrones intrincados que parecían cobrar vida con cada movimiento, reflejando la luz en destellos iridiscentes.

Observé a mi alrededor, abrumada por la cantidad y calidad de las prendas.

Cada una parecía haber sido diseñada específicamente para mí, para mis

necesidades y preferencias.

—Esto es... demasiado —murmuré, sin saber qué más decir.

Aeran negó con la cabeza.

—No es suficiente —dijo suavemente—. Después de todo lo que has hecho por nosotros, por mis hermanos, por mí... Es lo mínimo que puedo hacer.

Nuestras miradas se encontraron, y por un momento, todo lo demás pareció desvanecerse.

—Gracias —logré decir finalmente.

Aeran sonrió, una sonrisa que iluminó su rostro.

—No hay de qué, Nefy. Ahora, ¿qué te parece si empezamos con las medidas?

Asentí curiosamente emocionada. Mientras Maelis comenzaba a tomar mis medidas, no pude evitar pensar en cómo habían cambiado las cosas. De prisionera a... ¿qué exactamente? No estaba segura, pero por primera vez en mucho tiempo, sentí que tal vez, solo tal vez, tenía un lugar al que pertenecía.



Veneno en los labios, fuego en el

corazón

Había prometido a Cleon enseñarle algunas tácticas defensivas con el escudo, mas, todo se había tenido que cancelar por un invitado no deseado en el castillo. Uno de los consejeros de guerra del rey Thorian.

La noticia de su llegada me había pillado desprevenido, arrancándome de mis planes y sumiendo el castillo en un estado de alerta silenciosa. Por lo visto, solo quería hablar, llegar a una tregua, mediar entre mi reino y el suyo. Pero aparecer en mi reino al atardecer, supuestamente para negociar, no me parecía nada bueno. La diplomacia rara vez llegaba envuelta en las sombras del crepúsculo.

Notaba la ira creciendo en cada parte de mi cuerpo, una furia contenida que amenazaba con desbordar en cualquier momento. Sabía que la conversación no iba a ser agradable, no cuando me pillaba de tan mal humor. La cancelación de mi entrenamiento con Cleon era solo el comienzo de todo; la verdadera frustración nacía de la audacia de Thorian al enviar a su

consejero de esta manera, como si fuera un movimiento inocente en un juego de ajedrez.

Mientras caminaba por el pasillo, mis pensamientos eran un torbellino de estrategias y posibles escenarios. ¿Qué buscaba realmente Thorian con esta visita? ¿Era una distracción, un intento de bajar nuestras defensas, o había algo más siniestro en juego?

De repente, unos pasos familiares hicieron que me detuviera. Como si me golpeasen, el olor de ella se introdujo por mis fosas nasales, una mezcla de hierbas silvestres y algo inconfundible... Nefely. Su presencia me relajó y me tensó a partes iguales.

—¿Vamos? —dijo como si nada.

Negué con la cabeza, intentando ignorar cómo su mera presencia parecía calmar la tormenta en mi interior.

—No, Nefy, esto es peligroso. Vuelve a tu habitación, o con mis hermanos.

Mis ojos la recorrieron involuntariamente, notando que ya llevaba la ropa nueva que había mandado hacer para ella. Los pantalones, con sus intricados diseños de escamas, se ajustaban perfectamente a sus curvas. La blusa suelta creaba un escote sutil, pero cautivador, y mis ojos traicioneros no pudieron evitar detenerse allí por un momento.

—No —declaró con firmeza—. Voy a ir contigo, digas lo que digas.

No quería que nadie la viera, no quería que nadie más pusiera sus ojos encima de ella. La idea de que otros la miraran como yo lo hacía en ese momento me revolvía el estómago. No quería que nadie la tocase, que tuviera pensamientos morbosos, que se atreviera siquiera a recorrer su cuerpo con la mirada. Eso me hervía la sangre, despertando un instinto posesivo que me asustaba por su intensidad. No quería compartirla con nadie.

Antes de que pudiera expresar mis preocupaciones, o más bien, antes de que pudiera encontrar las palabras, Nefely comenzó a caminar hacia el

salón, bajando los escalones con una gracia que me dejaba sin aliento.

Los guardias, apostados a lo largo del pasillo, se tensaron visiblemente ante su paso. Sus ojos, normalmente impasibles, la seguían con curiosidad y respeto. Era evidente que la presencia de Nefely no dejaba a nadie indiferente.

Suspiré profundamente, resignándome a lo inevitable. Si algo había aprendido sobre ella en este tiempo, era que su voluntad era tan inquebrantable como las montañas que rodeaban el castillo. Con una última mirada al pasillo por donde había venido, como si buscara una excusa para mantenerla alejada del peligro que nos esperaba, me apresuré a seguirla.

Mientras descendíamos las escaleras, no pude evitar notar cómo la luz de las velas jugaba con los reflejos de su cabello, creando un halo dorado alrededor de su figura. Era como si, incluso en la penumbra del castillo, Nefely llevara consigo su propia luz.

—Nefy —dije en voz baja, acercándome lo suficiente para que solo ella pudiera oírme—, no sabemos qué intenciones tiene este consejero. Podrías estar en peligro.

Ella se detuvo por un momento, girándose para mirarme. Sus ojos, siempre expresivos, brillaban, algo que me hizo contener el aliento.

—¿Y tú no? Si hay peligro, prefiero enfrentarlo a tu lado que quedarme de brazos cruzados, preguntándome si volveré a verte.

Sus palabras despertaron emociones que no me atrevía a nombrar. ¿Desde cuándo mi seguridad le importaba tanto? ¿Desde cuándo la idea de no volver a verme le preocupaba?

Antes de que pudiera responder, llegamos a las puertas del salón de reuniones, un lugar que rara vez frecuentaba.

—Majestad —dijo uno de los guardias, inclinando la cabeza con respeto mientras sus ojos se desviaban brevemente hacia Nefely—, el consejero del rey Thorian aguarda dentro.

Asentí, sintiendo cómo la tensión se apoderaba de cada fibra de mi ser. El peso de la corona parecía multiplicarse por mil en ese instante. Di la orden de abrir las puertas con un gesto silencioso.

El salón, normalmente imponente y majestuoso, parecía ahora cargado de una tensión casi tangible. El aire mismo parecía denso, como si las paredes pudieran sentir la importancia del momento que estaba por desarrollarse.

Al lado de la gran mesa de madera redonda, se encontraba de pie el consejero de Thorian. Su postura denotaba años de entrenamiento

militar y diplomático: espalda recta, hombros firmes, y una mirada que parecía capaz de diseccionar cada gesto y palabra. Sus ojos, agudos y calculadores, se posaron primero en mí, evaluándome con la frialdad de un estratega, y luego, con evidente sorpresa mal disimulada, en Nefely.

Mientras avanzábamos lentamente hacia el interior del salón, pude sentir cómo la atención del consejero se dividía entre nosotros. Su curiosidad por ella era casi tan evidente como su propósito diplomático, y no pude evitar sentir una punzada de celos y preocupación que me atravesó como una daga helada. Un pensamiento oscuro cruzó mi mente: si no tuviera la responsabilidad de ser rey, si no estuviera atado por las cadenas del protocolo y la diplomacia, ya le habría rajado la garganta por atreverse a mirarla de esa manera.

—Majestad —dijo el consejero, dirigiéndose a mí con una reverencia que parecía más ensayada que sincera—. Agradezco profundamente su disposición a recibirme. Mi nombre es Jenski, consejero principal del rey Thorian.

Mis ojos recorrieron la mesa, notando la presencia de varios objetos, entre ellos varias botellas de vino tinto, probablemente un gesto de cortesía o quizás un intento de suavizar la tensión del encuentro.

—¿Puedo preguntar a qué se debe esta... intromisión? —inquirí, eligiendo cuidadosamente mis palabras para que sonaran firmes, pero no abiertamente hostiles.

Con un gesto, señalé los asientos dispuestos alrededor de la mesa. Jenski aceptó la invitación con un asentimiento cortés, tomando asiento frente a mí. Nefely, por su parte, permaneció de pie, con su mirada fija en el consejero de una manera que me resultaba difícil de interpretar. ¿Era cautela? ¿Desconfianza? ¿O algo más que se me escapaba? Sea como fuere, una parte de mí se sentía extrañamente reconfortada por su presencia, como si su mera existencia en la

habitación fuera un escudo más efectivo que todos los guardias apostados en la puerta.

—El rey Thorian me ha encomendado la misión de tender puentes entre nuestros reinos —comenzó Jenski—. Estamos aquí para explorar la posibilidad de un acuerdo que beneficie a ambos reinos.

Pasé la mano por mi pelo, un gesto nervioso que intenté disimular como un acto de reflexión. La tensión en mis hombros era casi dolorosa.

—¿Qué clase de acuerdo tiene en mente?

Nefely comenzó a caminar lentamente alrededor de la mesa, sus pasos eran tan silenciosos como los de un depredador acechando. Noté cómo la mirada de Jenski la seguía, con fascinación y cautela en sus ojos. La ira fue instantánea, y tuve que reprimir el impulso de levantarme y arrancarle los ojos allí mismo.

—Somos conscientes de que la tensión entre nuestros reinos en los últimos tiempos ha sido... considerable —continuó—. Sin embargo, el rey Thorian está dispuesto a explorar la posibilidad de una tregua duradera.

Me recliné en la silla, intentando proyectar una imagen de calma que estaba lejos de sentir. Fue entonces cuando noté un gesto sutil de Nefely: con sus manos, de manera casi imperceptible para cualquiera que no la conociera tan bien como yo, formaba el número cuatro. Cuatro armas ocultas en su persona. La seguridad que me proporcionó ese conocimiento fue inmediata y reconfortante.

—Como bien sabe, Majestad, el rey Thorian tiene un hermano menor, de quince años para ser exactos. Mientras que usted, si no me equivoco, tiene una hermana de... ¿doce?

—Trece años —le corregí, sintiendo una punzada de desconfianza ante la dirección que estaba tomando la conversación.

—Ah, sí, trece. En la flor de la vida, todo sea dicho —Jenski sonrió, un gesto que no llegó a sus ojos—. Un matrimonio entre ellos sería una solución ideal para poner fin a nuestros conflictos, ¿no le parece?

La idea de casar a mi hermana pequeña, apenas más que una niña, con el hermano de Thorian, me revolvió el estómago. ¿Acaso habíamos perdido la cabeza? ¿Era este el precio de la paz?

—¿Qué más? —pregunté, sabiendo que había más en juego, que esta propuesta era solo el principio.

—Bueno, está el asunto de las tierras en disputa —Jenski se inclinó hacia adelante—. En lugar de que nuestros reinos continúen en conflicto por ellas, proponemos una solución innovadora. Que esas tierras pasen a manos del hermano menor de Thorian. Allí podría establecerse un nuevo reino, un territorio neutral gobernado de forma independiente. Sería, si me permite la expresión, un puente entre nosotros.

El silencio que siguió a sus palabras fue pesado, cargado. Mi mente trabajaba a toda velocidad, sopesando las consecuencias de cada aspecto de esta propuesta. Un matrimonio forzado y la cesión de tierras... ¿Era este el precio de la paz? ¿O el primer paso hacia una trampa elaborada?

Miré a Nefely, buscando en sus ojos algún indicio de lo que pensaba. Su expresión era inescrutable, pero pude ver la tensión en la forma en que sus dedos rozaban discretamente los lugares donde ocultaba sus armas. Me pregunté, no por primera vez, qué veía ella que yo no podía percibir. Lo curioso es que yo esperaba que ella me ayudase, que me diera algo de luz.

La propuesta de Jenski flotaba en el aire, una oferta que prometía paz, pero que olía a manipulación y engaño. Sabía que mi respuesta podría cambiar el curso de nuestros reinos para siempre. La pregunta era: ¿estaba dispuesto a pagar el precio que Thorian exigía por esta supuesta paz? ¿Vender a mi hermana y mis tierras?

Guardé silencio, sopesando cada palabra, cada implicación de la propuesta de Jenski. La tensión en la sala era palpable, como si el aire mismo se hubiera vuelto denso y pesado. Mis ojos se desviaron hacia Nefely, buscando en su mirada algún indicio, alguna guía silenciosa. Necesitaba que me ayudase, estaba perdido, desesperado y verla... Verla me daba una seguridad que se me había escapado. Con un movimiento casi imperceptible, ella negó con la cabeza lentamente. Ese simple gesto confirmó lo que ya sospechaba en lo más profundo de mi ser: aquella propuesta era una locura. Casar a mi hermana, apenas una niña, y ceder las tierras que habían sido motivo de disputa durante generaciones... Era como si estuviéramos rindiéndonos sin haber luchado, como si estuviéramos entregando nuestra dignidad en bandeja de plata.

Jenski, ajeno a mi intercambio silencioso con Nefely, continuó su discurso:

—El rey Thorian en persona me ha encomendado traerle los mejores vinos de nuestro reino, Majestad. Le aseguro que no encontrará mejores en ningún otro lugar. —Estiró su brazo para agarrar una de las botellas cerradas, comenzando a abrirla—. Como comprenderá, rey Aeran, por nuestra parte estamos completamente comprometidos a alcanzar un acuerdo, a establecer una paz duradera y definitiva.

El sonido del corcho al ser extraído resonó en la sala, y de inmediato el aroma rico y complejo del vino inundó el ambiente. Debía admitir que el olor era tentador, y por un momento pensé que quizás un poco de alcohol no me vendría mal para calmar los nervios y aclarar mis pensamientos.

Extendí mi mano para alcanzar las copas de cristal finamente tallado, colocándolas frente a nosotros con un suave tintineo.

—¿La señorita no bebe? —preguntó Jenski, señalando a Nefely con una mirada que intentaba ser casual—. Estoy seguro de que le gustará. Quizás le ayude a relajarse un poco, la noto algo tensa.

¿Cómo se atrevía a dirigirse a Nefely de esa manera, con esa familiaridad impertinente?

—¿Tiene miedo de que una mujer se tense, mi señor? —respondí fríamente

—. Le pido que no le hable con esas confianzas, ni siquiera se atreva a mirarla.

Vi cómo Jenski llenaba ambas copas lentamente, manteniendo una sonrisa en el rostro que ahora parecía más una máscara que una expresión de verdad.

—Lo lamento, Majestad. Solo pretendía ser amable con la señorita.

—He dicho que ni la nombre —repetí con mi voz cargada de una amenaza apenas velada.

Jenski asintió, guardando un silencio que parecía más prudente que respetuoso. Alcancé mi copa, pero antes de que pudiera llevármela a la nariz para apreciar el aroma, Nefely se adelantó con un movimiento fluido y preciso. Tomó la copa entre sus manos y la olió lentamente, sus ojos nunca abandonaron el rostro de Jenski.

Para mi sorpresa y horror, Nefely comenzó a beber el vino sin siquiera saborearlo, tragándolo como si fuera agua. Su expresión no cambió en lo más mínimo mientras vaciaba la copa de un solo trago.

—Nefely... —susurré, incapaz de ocultar mi preocupación y confusión.

Ella ignoró mi llamado, su mirada seguía fija en el consejero con una intensidad que podría haber derretido el hielo. Cuando la última gota de vino desapareció, Nefely dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco y mostró una sonrisa que no tenía nada de amable.

—Para ser un vino tan exquisito y maravilloso, me extraña que aún no haya bebido, consejero —dijo, arrastrando la copa vacía hacia el

centro de la mesa con un movimiento deliberado, como si quisiera más—. ¿Acaso hay algo en él que le impida hacerlo?

Fue entonces cuando me di cuenta de un detalle crucial: Jenski no había tocado su copa. La mantenía cerca, pero no había hecho el más mínimo

intento de beber. Mi mente comenzó a trabajar a toda velocidad, intentando descifrar el juego que se estaba desarrollando frente a mis ojos.

—Es de mala educación que el rey no beba antes —se excusó Jenski con voz temblorosa.

—¿Y por qué no bebe usted ahora? —contraatacó Nefely, apoyándose lentamente sobre la mesa—. El rey ya ha bebido suficiente vino en el día.

Sin embargo, por lo que veo, usted no ha probado ni una gota. Beba.

Vi cómo Jenski se ponía visiblemente nervioso, su respiración se aceleraba y pequeñas gotas de sudor se formaban en su frente.

—Nefely... —susurré de nuevo, sin entender completamente lo que estaba sucediendo, pero sintiendo que estábamos al borde de algo peligroso.

—¿De verdad ha sido tan estúpido de venir a su propio reino para intentar envenenarlo? —Las palabras de Nefely cayeron como un rayo en la sala, electrizando el ambiente y revelando la verdad que se ocultaba tras la fachada diplomática.

La rabia se apoderó de mí, una ira profunda y ardiente que amenazaba con consumirlo todo. Miré a Jenski, y en sus ojos vi la confirmación de la acusación de Nefely. Efectivamente, había venido a mi propio castillo, bajo la bandera de la paz, para intentar asesinarme.

Pero en medio de mi furia, un pensamiento helado se abrió paso: Nefely había bebido el vino. Ella había tomado el veneno destinado a mí. El miedo reemplazó a la ira en un instante, un terror visceral ante la idea de perderla.

—Eres una furcia bruja... —masculló Jenski.

En ese instante, la tensión en la sala alcanzó su punto crítico. Con una velocidad sorprendente para alguien que se presentaba como un simple consejero, Jenski sacó una daga oculta bajo su capa. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre se abalanzó sobre Nefely, colocando el filo de la hoja contra su garganta.

—¡No te muevas, estúpido rey! —gritó—. Un paso más y le rebano el cuello a tu preciosa furcia.

El mundo pareció detenerse. Nefely, con la daga presionando su piel, mantenía una calma desconcertante, aunque sus ojos no se apartaban de los míos. Ver a esa maldita mujer —la misma que me sacaba de quicio a diario con su insolencia— amenazada de esa manera, me llevó a unos extremos a los que jamás hacía llegado.

—¡Suéltala ahora mismo! —rugí—. Si le haces el más mínimo daño, si derramas una sola gota de su sangre, te juro que desearás no haber nacido.

Jenski rio, un sonido desquiciado que resonó en la sala.

—¿Crees que me importan tus amenazas? Estoy muerto de todas formas.

Thorian no perdona el fracaso.

—Entonces no tienes nada que perder liberándola —argumenté, mis ojos estaban fijos en la mano que sostenía la daga, luchando contra el impulso de arrancarle la garganta con mis propias manos—. Suéltala y quizás considere una muerte rápida para ti.

—¿Una muerte rápida? No quiero tu maldita misericordia. Quiero...

Sus palabras fueron interrumpidas por un movimiento repentino de Nefely.

Ella se retorció en el agarre de Jenski, logrando que la daga se alejara unos centímetros de su garganta. Verla luchar, ver cómo se negaba a ser una simple víctima, hizo que una oleada de admiración me recorriera.

—¡Quieta! —gritó el consejero, presionando nuevamente el filo contra su piel. Ver el metal tocar la piel de Nefely hizo que mi visión se tiñera de rojo.

—¡Guardias! —bramé.

El sonido de pasos apresurados y armaduras chocando llenó el pasillo fuera de la sala. Jenski, dándose cuenta de que su tiempo se agotaba, comenzó a

retroceder hacia la pared, arrastrando a Nefely con él. Cada centímetro que la alejaba de mí era una tortura que me negaba a reconocer.

—Un paso más y ella muere —amenazó.

Los guardias irrumpieron en la sala, sus espadas desenvainadas y listas para la acción. Se detuvieron en seco al ver la escena frente a ellos.

—Majestad —dijo uno de ellos, esperando órdenes.

—Rodéenlo —ordené, sin apartar la mirada de Nefely—. Pero no se acerquen hasta que yo lo diga. Si hace un solo movimiento brusco, mátenlo.

Los segundos que siguieron parecieron estirarse hasta la eternidad. Jenski, acorralado y desesperado, miraba frenéticamente a su

alrededor, buscando una salida que no existía. Nefely, por su parte, mantenía una calma desconcertante, como si la daga en su garganta fuera un mero inconveniente. Su fuerza, incluso en este momento de peligro, solo servía para intensificar la confusión en mi interior.

—Se acabó, Jenski —dije, dando un paso cauteloso hacia adelante—. No hay salida para esto. Suelta a Nefely y entrégate. Es tu única opción si quieres vivir para ver otro amanecer.

El consejero pareció considerar mis palabras por un momento, su agarre sobre Nefely se aflojó ligeramente. Fue todo lo que ella necesitó. Con un movimiento tan rápido que apenas pude seguirlo, Nefely se liberó del agarre de Jenski, girando y golpeando su muñeca con precisión. La daga cayó al suelo con un tintineo metálico que resonó en la sala como un grito de victoria.

—¡Ahora! —rugí.

Los guardias se lanzaron sobre Jenski, sometiéndolo en cuestión de segundos. El consejero, vencido y humillado, no ofreció resistencia mientras lo inmovilizaban. Pero yo no había terminado con él. No, esto apenas comenzaba.

Me abalancé sobre él, agarrándolo por el cuello y levantándolo del suelo.

La ira que sentía era una bestia viva dentro de mí, rugiendo por sangre y venganza.

—¿Cómo te has atrevido? —gruñí con mi rostro a centímetros del suyo—.

¿Cómo te has atrevido a amenazarla?

Jenski balbuceó, intentando formar palabras, pero mi agarre le impedía hablar. No me importaba. No quería escuchar sus excusas o súplicas.

—Aeran —la voz de Nefely, fría y firme, llegó a mis oídos—. Estoy bien.

No me ha hecho daño.

Me volví hacia ella, sin soltar a Jenski. Nefely estaba de pie, imponente y desafiante, con apenas un fino rasguño en su cuello como evidencia de lo ocurrido. ¿Por qué me importaba tanto? ¿Por qué sentía este alivio mezclado con una ira incontenible?

—Puede que no te haya hecho daño físico. Pero se atrevió a amenazarte.

Intentó usarte contra mí. Y por eso, pagará.

Me volví hacia los guardias, que observaban la escena con asombro y temor.

—Llévenlo afuera —ordené—. Draluz se encargará de él.

Los ojos de Jenski se abrieron con horror al escuchar el nombre de mi dragona. Draluz era conocida en todo el reino como una bestia implacable, leal solo a mí y feroz con mis enemigos.

—¡No! ¡Por favor, Majestad! ¡Piedad! —suplicó mientras los guardias lo arrastraban fuera de la sala.

—La piedad es para aquellos que la merecen. Tú viniste a mi reino con intenciones de asesinato y traición. Por eso, conocerás un sufrimiento que hará que la muerte parezca una bendición.

Mientras los gritos de Jenski se desvanecían en la distancia, me volví hacia Nefely. Ella me observaba, esperando.

—Nefely —gruñí, acercándome a ella y examinando su cuello—. ¿Estás realmente bien? El veneno... la daga...

Ella sostuvo mi mirada, sin dejarse intimidar por mi cercanía.

—Estoy bien, Aeran. El veneno no me afecta, ya lo sabes. Y en cuanto a la daga... —Tocó ligeramente su cuello, donde la fina línea roja comenzaba a desvanecerse—, es solo un rasguño. Se curará.

Simplemente ese rasguño me mataba.

—Nunca más —murmuré—. Nunca más permitiré que te pongas en peligro así. Eres demasiado... —me detuve, incapaz de encontrar la palabra adecuada. ¿Valiosa? ¿Importante? ¿Para el reino o para mí?

Sé que esperaba que terminase, pero no pude.

—No necesito tu protección, Aeran. Y ciertamente no necesito tu permiso para hacer lo que considere necesario.

Sus palabras encendieron un fuego en mi interior. Estaba enfadado, frustrado y preocupado.

Me volví hacia uno de los guardias que aún permanecía en la sala, rompiendo el hechizo del momento.

—Prepara un mensaje para el rey Thorian —ordené—. Dile que su consejero ha fracasado en su misión y que ahora enfrentará las consecuencias de sus actos. Y añade esto: cualquier futuro atentado contra mi reino o contra... —Me detuve, mirando de reojo a Nefely—, contra los míos, será respondido con toda la furia y el fuego de Draluz.

El guardia asintió y se apresuró a cumplir mis órdenes. Volví mi atención a Nefely, quien me miraba confusa.

—Ven —dije, haciendo un gesto hacia la puerta—. Necesito asegurarme personalmente de que estás ilesa.

—No es necesario —respondió ella, cruzándose de brazos—. Puedo cuidarme sola.

Me acerqué a ella, invadiendo su espacio personal.

—Pero yo soy tu rey, Nefely —gruñí—. Y harás lo que yo diga.

Para mi sorpresa y frustración, una sonrisa lenta y desafiante se extendió por su rostro.

—¿En serio, Aeran? —respondió con tono burlón—. Ambos sabemos que eso no va a suceder. No empieces con tu numerito de «soy el rey, obedéceme».

—No me tientes, Nefely —advertí—. Mi paciencia tiene límites.

—Entonces supongo que tendrás que aprender a ser más paciente, *mi rey* —

respondió ella, enfatizando las últimas palabras con una mezcla de burla y algo que sonaba peligrosamente cercano al afecto.

La sangre me hirvió en las venas. Sin pensarlo dos veces, agarré su mano con firmeza y comencé a arrastrarla fuera de la sala, hacia mis aposentos.

La sorpresa en su rostro fue evidente, pero no opuso resistencia.

—¿Qué crees que estás haciendo, Aeran? —preguntó mientras avanzábamos rápidamente por los pasillos del castillo.

—Quiero asegurarme de que estás bien —gruñí entre dientes, sin disminuir el paso. Mi corazón latía con fuerza. La idea de que algo pudiera haberte pasado me volvía loco.

Nefely soltó una risa suave, casi musical, pero en ese momento, fue como una chispa que encendió aún más mi frustración.

—Sabes que no me iba a pasar nada, ¿verdad? Lo vi con anterioridad.

Además, el veneno no me afecta y esa daga apenas rozó mi piel. Estás siendo muy dramático y exagerado. Yo sabía que estaría bien.

Me detuve en seco, girándome para encararla. Todo lo que había estado conteniendo —la furia, el miedo, la impotencia— explotó en mi interior. Mi mirada se clavó en ella, intensa, ardiente, como si con solo eso pudiera hacerla entender lo que me estaba destrozando por dentro.

—¡Yo no lo sabía! —exclamé, mi voz resonó en el pasillo vacío como un rugido—. Te pusiste en peligro, Nefely. Te usaron contra mí, y yo... —Mi voz se rompió, la emoción me ahogaba—, yo no pude hacer nada. ¿Tienes idea de lo que sentí al verte así? Me vuelvo loco solo de pensarlo. No soporto la idea de perderte, ni siquiera por un segundo.

La sonrisa desapareció de su rostro, reemplazada por una expresión de sorpresa y, por primera vez, una chispa de inseguridad. Parecía que mis palabras la habían alcanzado de una manera que ni siquiera ella esperaba.

—Aeran... —comenzó, pero la interrumpí, incapaz de detenerme.

—No, escúchame —espeté, avanzando un paso más hacia ella. Mi mirada se mantenía fija en la suya, con una intensidad que no admitía dudas—.

Cuando vi esa daga en tu garganta, cuando pensé que podría perderte...

Sentí que el mundo se detenía. Nefely, si alguien se atreviera a hacerte daño, si siquiera pensara en ponerte en peligro, juro que no dudaría en acabar con ellos. Los destruiría a todos. Incendiaría reinos enteros si fuera necesario, arrasaría con lo que hiciera falta solo para asegurarte que sigas a mi lado. No quiero un mundo en el que no estés.

Sus ojos se suavizaron, y por un momento, vi caer todas sus defensas. La máscara de desafío y burla que siempre llevaba se desvaneció, dejando al descubierto a la verdadera Nefely. La mujer

que, a pesar de su fuerza, escondía un miedo que pocas veces dejaba ver.

—No necesito que me protejas —susurró, pero su voz no tenía la misma convicción de siempre. Había un temblor en ella que revelaba más de lo que sus palabras intentaban negar.

—Lo sé —respondí, bajando ligeramente la voz, haciendo que cada palabra estuviera cargada de la emoción que no podía reprimir—. Pero eso no cambia lo que siento. Verte en peligro... me destruye por dentro. No puedo

evitar preocuparme por ti, no porque piense que lo necesitas, sino porque no soportaría que te sucediera algo. No después de todo lo que hemos pasado.

No después de todo lo que... siento por ti.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire. No la toqué, pero mis ojos hablaron por mí, recorriendo su rostro como si quisiera grabar cada detalle en mi memoria. Me acerqué lo suficiente como para sentir su aliento en mis labios, para que supiera que estaba a un suspiro de perder el control.

Sus ojos se suavizaron por un instante. Pero antes de que pudiera decir algo, me moví. No había más palabras que decir.

La besé, y no fue un beso suave ni tierno. Fue brutal, un choque violento de labios y dientes, cargado de todo lo que había estado conteniendo durante demasiado tiempo. Mi boca se apoderó de la suya con una furia que no podía controlar, hambriento, demandante. Era un beso que buscaba reclamarla, marcarla, asegurarse de que entendiera que no había marcha atrás.

Mis manos permanecieron a los costados, temblando por el esfuerzo de no tomarla por la fuerza, de no aferrarme a ella como si dependiera mi vida de eso. Sentí su resistencia inicial, pero luego la

rendición, y eso solo alimentó la intensidad de mi deseo. Mi lengua invadió su boca con un hambre desesperada, casi salvaje, buscando devorarla, poseerla de una manera que las palabras no podían expresar.

El beso fue un campo de batalla, una guerra de voluntades, y me aseguré de que supiera que yo no iba a ceder. La necesidad de hacerle entender lo que significaba para mí, de sellar lo que sentía, era tan violenta como el pulso de sangre en mis venas.

Finalmente, rompí el beso, pero solo porque el aire se había vuelto una necesidad. Nos quedamos así, con la respiración entrecortada, los labios apenas separados, mis ojos clavados en los suyos con una intensidad feroz.

—No vuelvas a ponerte en peligro de esa forma. Porque si algo te sucede, Nefely... no habrá rincón en este mundo donde puedan esconderse de mí.



Confesiones en la penumbra del

corazón

Por más que me revolviera en la cama, el sueño me eludía con cruel persistencia. Las sábanas de seda, antes un lujo reconfortante, ahora me parecían cadenas que me ataban a un tormento sin fin. Mis pensamientos no cesaban de dar vueltas en torno a una sola idea:

ella. Nefely. La mujer que, sin proponérselo, había trastocado mi mundo hasta los cimientos.

Saber que estaba a solo dos habitaciones de distancia era un suplicio exquisito. Tan cerca y, a la vez, tan inalcanzable. El recuerdo del ataque que casi me la arrebata aún me helaba la sangre, despertando en mí un instinto protector que jamás había experimentado. Sus labios, esos labios que apenas había rozado en un momento de debilidad, parecían chillarme en silencio, tentándome, atormentándome, maldiciéndome.

Cerré los ojos con fuerza, pero su imagen persistía, grabada a fuego en mi mente. Sabía, con una certeza que me asustaba, que probar sus labios una vez no sería suficiente. La deseaba con una intensidad que rayaba en la locura. La quería una y otra vez, y estaba seguro de que jamás me cansaría.

Era un hambre que ningún manjar podría saciar, una sed que ningún vino podría aplacar.

Lo que más me dolía, lo que me carcomía por dentro como un veneno lento, era saber que lo correcto sería dejarla marchar. Darle la libertad de elegir su destino, de decidir si quería quedarse —y los dioses sabían que, si lo hacía, me postraría ante ella, suplicaría a todas las deidades conocidas y por conocer—, o si deseaba volver a su aldea.

La mera idea de perderla me provocaba un dolor físico, como si me arrancaran el corazón del pecho con manos despiadadas.

¿En qué momento se había vuelto tan esencial para mí? ¿Cuándo su bienestar, su seguridad, su felicidad, se habían convertido en mi prioridad absoluta? Ella era mi ancla en un mar tempestuoso, mi recordatorio de todo lo que había perdido y de todo lo que podía ser. Me hacía querer ser mejor, no solo como rey, sino como hombre. Su presencia era un espejo en el que me veía reflejado, mostrándome mis defectos, pero también mis virtudes olvidadas.

No sabía en qué instante preciso su existencia se había entrelazado tan íntimamente con la mía. Y es que, aunque la dejase ir, aunque intentara arrancarla de mi corazón, sabía que sería en vano. No podría fingir su ausencia, no podría ignorar el vacío que dejaría. La encontraría entre miles de personas, porque su esencia estaba grabada en mi alma con la fuerza de un hierro candente.

Froté mi rostro con violencia, como si pudiera borrar estos pensamientos con el mero roce de mis manos. Me incorporé, sintiendo el vértigo de quien ha estado dando vueltas sin cesar. Si seguía así, acabaría mareado y aún más confundido de lo que ya estaba.

Con un suspiro de frustración, me levanté. Necesitaba aire, necesitaba despejar mi mente atormentada. Quizás un vaso de vino lograría lo que el sueño no había conseguido: darme un momento de paz.

Salí de mi habitación, mis pies descalzos apenas hacían ruido en el silencio.

El pasillo estaba sumido en una penumbra inquietante, iluminado

únicamente por la tenue luz de la luna que se colaba por las ventanas altas.

Las sombras parecían bailar, burlándose de mi desasosiego.

Me dirigí hacia las cocinas, mi mente aún estaba atrapada en una vorágine de pensamientos contradictorios. Pero entonces, como si el destino quisiera jugarme una broma cruel, me detuve en seco. Allí estaba ella, de pie frente a la puerta de su habitación, como una aparición etérea en la noche. El aliento se me atascó en la garganta.

—¿Qué haces despierta? —pregunté, como si quisiera ordenarle la respuesta, pero simplemente queriendo saber si se encontraba bien.

Mis ojos recorrieron el pasillo, asegurándome de que estábamos solos, temiendo y anhelando a la vez este encuentro fortuito.

Nefely se encogió de hombros, un gesto que encontró inexplicablemente adorable.

—Debería preguntar lo mismo —respondió, su voz suave fue como una caricia en la oscuridad.

Permanecimos inmóviles, mirándonos fijamente en la penumbra del pasillo.

Di un paso hacia ella, casi sin darme cuenta.

—No deberías estar aquí —murmuré, mi voz ronca traicionaba mis verdaderos sentimientos—. No deberías deambular tan tarde por el castillo.

Nefely alzó la barbilla, desafiante.

—Podría decir lo mismo de ti, Su Majestad —replicó, con un deje de sarcasmo en la última palabra.

Fruncí el ceño. Aún en este momento, su actitud me irritaba y me fascinaba a partes iguales.

—Soy el rey. Puedo estar donde me plazca —respondí, acercándome otro paso.

Ella no retrocedió.

—¿Y eso incluye acechar fuera de mi habitación en medio de la noche? —

preguntó, arqueando una ceja.

Estábamos tan cerca ahora que podía distinguir las motas más oscuras de sus ojos azules, oler el aroma a hierbas que siempre la

acompañaba.

—No te estaba acechando —gruñí—. Simplemente no podía dormir.

—Qué casualidad —murmuró ella—. Yo tampoco.

La tensión estalló sin advertencia. En un instante, mis manos se aferraron a su cintura, atrayéndola hacia mí con fuerza incontenible. Nuestros labios chocaron en un beso apasionado y urgente.

Mis dedos se hundieron en la suave curva de su cintura mientras devoraba su boca con avidez. Saboreé el dulce néctar de sus labios, explorando cada rincón con mi lengua ansiosa.

Ella respondió con igual intensidad. Sus manos subieron rápidamente, enredándose en mi cabello. Tiró con fuerza, arrancándome un gemido ahogado.

Con un movimiento brusco, la empujé contra la pared. El impacto resonó en el pasillo, mezclándose con nuestras respiraciones agitadas. Nuestros cuerpos se fundieron, cada centímetro de piel ardía. Sentía el frenético latir de su corazón contra mi pecho, como si quisiera escapar para unirse al mío.

Sin despegar mis labios de los suyos, mis manos recorrieron hambrientas sus curvas hasta llegar a sus muslos. Con un gruñido, la levanté del suelo.

Ella reaccionó al instante, enroscando sus piernas alrededor de mi cintura con fuerza, clavando sus talones en mi espalda baja.

El súbito roce de nuestras caderas arrancó un gemido áspero de mi garganta. Mis dedos se hundieron en la carne de sus muslos, sosteniéndola con deseo y desesperación. Nuestras bocas batallaban: mordiscos y lenguas danzaban en una lucha por el dominio.

La presioné aún más contra la pared, nuestros cuerpos se unían como si quisieran atravesar la barrera de la ropa y la piel. El calor

entre nosotros era abrasador, convirtiendo el aire en un fuego que respirábamos el uno del otro.

Avanzamos hacia mi habitación con pasos erráticos, chocando contra las paredes del pasillo en nuestro frenesí. Una voz lejana en mi mente gritaba que esto era una locura, que debería llevarla a su cuarto, que las consecuencias podrían ser devastadoras. Pero esa voz se ahogaba en el mar de sensaciones que Nefely despertaba en mí. En ese instante, el mundo se reducía a ella: sus labios febriles, su cuerpo ardiente pegado al mío, el calor abrasador que emanaba de su piel y amenazaba con consumirme por completo.

De una patada cerré la puerta, el sonido debió molestar, pero no me importó. La llevé hasta la cama, nuestros cuerpos cayeron entrelazados sobre el colchón en un torbellino de extremidades y deseo desatado. Mis manos recorrían su figura con avidez, memorizando cada curva, cada recoveco. Mis labios abandonaron su boca, trazando un sendero por la línea de su mandíbula hasta su cuello. Saboreé su piel con devoción, mi lengua captaba el sabor salado de su sudor, embriagándome con su aroma intoxicante.

Mis manos, guiadas por un deseo de conocerla más profundamente, se deslizaron bajo su camisón, rozando la suave piel de su vientre. De repente, sentí cómo se tensaba bajo mi toque. Me detuve al instante, como si hubiera tocado hielo que quemaba, y busqué su mirada.

Lo que vi en sus ojos me dejó sin aliento. Una combinación de duda y temor, quizás incluso vergüenza. Me aparté con cuidado, confundido y preocupado, temiendo haber traspasado un límite invisible. Temiendo haberle hecho daño de alguna manera.

—Lo siento —susurró ella, su voz apenas era un suspiro en la calma de la habitación.

En ese momento, todo cobró sentido. La vulnerabilidad en su mirada, el temblor casi imperceptible de sus labios... Una realidad que no

había

contemplado se desplegó ante mí.

—¿Nunca has estado con nadie? —pregunté suavemente, mirándola con atención. Podía percibir los latidos de su corazón, una melodía errática y preciosa que parecía llenar el espacio entre nosotros.

Nefely negó con la cabeza y se mordió el labio inferior, un gesto de vulnerabilidad que nunca antes había visto en ella. Era la primera vez que la veía así, despojada de todas sus defensas, mostrándome una faceta de sí misma que había mantenido oculta hasta ahora.

La atmósfera en la habitación cambió, volviéndose más íntima, más profunda. Ya no era solo sobre deseo físico, sino sobre confianza, sobre revelar verdades guardadas en lo más profundo del corazón. Me encontré maravillado ante esta nueva Nefely, tan fuerte y a la vez tan frágil.

Me aparté completamente, creyendo que la estaría agobiando, posiblemente aplastando.

—Volveré a mi habitación, no te preocupes —dijo, haciendo ademán de levantarse.

El pánico me invadió ante la idea de verla marchar. Cuando fue a alejarse, la cogí de la mano y la atraje hacia mí con suavidad, pero firmeza. Mis labios volvieron a encontrar los suyos, esta vez en un beso más suave, más tierno. Me conformaba con eso, no necesitaba más si ella se quedaba.

Incluso con su mero respirar yo me daba por satisfecho.

—Dime todo lo que deseas y será tuyo —susurré contra sus labios—. Dime todo lo que te gusta y te lo daré, pero no te vayas. Mi cama es tuya si la quieres, yo soy tuyo, mi reino es tuyo, mis dragones. Todo, Nefy.

Me separé lo justo para mirarla a los ojos, perdiéndome en ese mar azul que amenazaba con ahogarme.

—Pero no te vayas —continué, con la voz completamente rota—. Cada vez que te alejas siento que me arrancas el corazón, que me destrozas, y es un dolor insoportable.

Respiré profundamente, inhalando su aroma, dejando que me llenara por completo. Sus latidos... Sus latidos eran la melodía más hermosa que jamás había escuchado, un ritmo que quería grabar a fuego en mi memoria.

—Pídeme cualquier cosa —murmuré, acariciando su mejilla con reverencia

—. Te juro que te daría hasta lo imposible por simplemente tenerte así de cerca para siempre. Me cortaría las manos sin poder tocarte para tenerte en frente, para verte día tras día.

Nefely me miraba con miedo, pero también con asombro. Sus ojos se turnaban entre mi mirada y mis labios.

—Así que no me pidas perdón, porque me tienes a tus pies, Nefy. Me tienes rezando por ti, suplicando a los dioses otra mirada, otro roce. Y si lo deseas, seré tuyo, de nadie más. Si no te ha quedado claro, lo que siento por ti me consume, me obsesiona. Cada vez que te miro, recuerdo por qué te odiaba tanto... y por qué ahora no puedo vivir sin ti.

El silencio que siguió a mis palabras fue doloroso, pesado y horrible.

Nefely me miraba fijamente. Lentamente, como si estuviera considerando sus opciones, llevó su mano a mi mejilla.

—Eres un idiota, Aeran —murmuró—. Un rey idiota que no sabe lo que quiere.

Sentí que mi corazón se detenía por un instante ante sus palabras. Pero una sonrisa torcida se formó en mis labios accidentalmente.

—Te equivocas. Sé exactamente lo que quiero. A ti. Siempre has sido tú, incluso cuando creía odiarte.

Sus ojos se oscurecieron. Su mano se deslizó de mi mejilla a mi nuca y sus dedos se enroscaron en mis mechones.

—¿Y si yo no te quisiera a ti?

Me incliné hacia ella y suspiré en sus labios.

—Entonces miénteme mejor, Nefy. Porque tu cuerpo te traiciona.

Soltó una risa amarga y sus ojos brillaron con un desafío que me erizó la piel.

—¿Y qué harás cuando te canses de mí? ¿Volver a encerrarme?

Sus palabras eran como dagas envenenadas, pero no podía negar la verdad que escondían. Aun así, la atraje más hacia mí.

—Nunca me cansaré de ti, Nefy —gruñí—. Eres como un veneno en mi sangre, y he llegado a anhelar cada gota. Me niego a tomar el antídoto, me niego a sentir otra cosa.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, la desconfianza bailaba en sus pupilas

—No confío en ti —declaró, pero sus manos se aferraron a mi camisa, contradiciendo sus palabras.

—Bien —respondí, mis manos se deslizaron por su cintura, sintiendo cómo se estremecía bajo mi toque—. No necesito que confíes en mí. Solo necesito que te quedes. Aquí. Conmigo. Hasta que el mundo se desmorone a nuestro alrededor.

Nefely pareció luchar consigo misma por un momento, antes de soltar un suspiro de derrota.

—Me quedaré —dijo finalmente—. Pero no te confundas, Aeran. No soy una de tus conquistas fáciles.

Sentí cómo una sonrisa tierna se formaba en mis labios, saboreando el desafío en sus palabras.

—Nunca pensé que lo fueras, Nefy —respondí—. Eres mucho más que eso.

Eres fuego y hielo, veneno y antídoto. Eres mi perdición. Eres la única persona que puede destruirme por completo.

Sin decir una palabra más, me aparté y me dirigí hacia la cama. Me tumbé, dejando espacio suficiente para ella, y la miré expectante. Nefely

permaneció inmóvil con sus ojos fijos en mí, como si estuviera librando una batalla interna.

—Puedes irte si quieres —dije suavemente, aunque cada fibra de mi ser anhelaba que se quedara—. Jamás te obligaría a hacer algo que no desees.

La puerta está ahí, y tu libertad es tuya.

Ella entrecerró los ojos, como si mi oferta fuera un desafío personal.

—¿Y darte la satisfacción? Ni lo sueñes —gruñó, antes de acercarse a la cama.

Con movimientos deliberadamente lentos, como si cada paso fuera una declaración de guerra, Nefely se acercó a la cama. Se tumbó a mi lado, y sentí su cuerpo rígido, manteniendo una distancia que parecía infranqueable y a la vez insignificante.

El silencio que siguió era denso, cargado de electricidad. Palabras no dichas flotaban en el aire, junto con deseos apenas contenidos que amenazaban con desbordarse en cualquier momento. Podía sentir el calor emanando de su cuerpo, tan cerca que casi podía tocarlo, y sin embargo tan inalcanzable como las estrellas.

—Si intentas algo... —comenzó Nefely con voz baja y cargada de advertencia.

—Nefely —la interrumpí, girando mi cabeza para mirarla directamente.

Nuestros ojos se encontraron en la penumbra, y vi en los suyos desconfianza y miedo—. Jamás haría algo que tú no quisieras. Tu voluntad es sagrada para mí. Si tú no lo deseas, yo... —Tragué saliva, luchando contra el impulso de acercarme—, yo me consumiré en silencio.

Ella soltó un bufido de incredulidad.

—¿Desde cuándo el gran rey Aeran, el conquistador despiadado, se preocupa por lo que quieren los demás? —escupió las palabras como si fueran veneno.

Sus palabras eran como dagas, pero no podía negar la verdad en ellas.

Respiré hondo, luchando contra el impulso de rozar mi mano con la suya.

—Desde que cierta bruja insolente puso mi mundo del revés y me hizo cuestionar todo lo que creía saber.

Nefely me miró entonces.

—Eres un maldito idiota —murmuró, pero el temblor en su voz traicionaba su fachada de indiferencia.

—Lo sé —respondí, permitiéndome una sonrisa torcida que ocultaba el tumulto en mi interior—. Soy un idiota que se está volviendo loco por ti, que no puede respirar sin que tu nombre queme en mis pulmones, que arrasaría reinos enteros solo por probar el sabor de tus labios una vez más.

Ella cerró los ojos, como si mis palabras la hubieran herido físicamente. Su pecho subía y bajaba erráticamente, y pude ver cómo la piel de sus brazos se erizaba.

—No hagas esto, Aeran —suplicó, con una emoción tan cruda que hizo que mi corazón se retorciera—. No juegues conmigo. No podría... no podría soportarlo.

—No estoy jugando —respondí con total sinceridad. Mis dedos se crisparon, ansiando tocarla, pero me contuve—. Por primera vez en mi maldita vida, esto es real. Tan real que me aterraba.

Nefely abrió los ojos, su mirada se encontró con la mía. Por un instante eterno, vi todas sus defensas desmoronarse, y lo que yacía detrás me dejó sin aliento. Deseo, miedo, anhelo... y algo más profundo, más peligroso.

—Tengo miedo —admitió en un susurro ahogado, tan bajo que casi se perdió en el espacio entre nosotros. Su mano se movió sobre la cama, deteniéndose a milímetros de la mía.

—Yo también —confesé, la verdad de mis palabras me quemaba la garganta. Moví mi mano, rozando apenas sus dedos con los míos, enviando

chispas por todo mi cuerpo—. Estoy aterrado, Nefely. Aterrado de lo que siento, de lo que podrías hacerme con una sola palabra. Un solo gesto tuyo podría destruirme o elevarme más allá de las estrellas.

Nos quedamos así, mirándonos en la penumbra en silencio. Cada respiración era una batalla, cada latido un grito silencioso.

Lentamente, como atraída por una fuerza irresistible, mi mano se movió para encontrar la suya que me estaba buscando, aunque un poco de manera inconsciente.

Nefely no la apartó, pero pude sentir el temblor que recorría su cuerpo.

—Esto es una locura —murmuró, sus dedos se entrelazaron con los míos como si tuvieran vida propia. Su voz era apenas un susurro, cargado de deseo y miedo a partes iguales.

—Lo sé —respondí, sintiendo cómo una sonrisa peligrosa se formaba en mis labios—. Pero ¿desde cuándo hacemos las cosas de manera sensata, tú y yo? Siempre hemos estado al borde del abismo.

Ella soltó una risa entrecortada, el sonido envió escalofríos por mi columna y despertó un hambre que amenazaba con consumirme por completo.

—Supongo que tienes razón. Somos un desastre a punto de estallar.

—El mejor tipo de desastre —añadí, apretando su mano con una intensidad que rayaba en la desesperación. Cada punto de contacto entre nosotros ardía como si estuviera en llamas.

Nefely rodó los ojos, pero pude ver cómo las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa que prometía peligro y éxtasis a partes iguales.

—Eres incorregible —murmuró. Se acercó un poco más, hasta que pude sentir el calor de su aliento sobre mis labios—. Y yo soy una idiota por desearte tanto.

Me giré para mirarla y solo se escuchó el sonido de las sábanas.

—¿Cómo empezaste a curar? —pregunté, la curiosidad venciendo a mi habitual reserva.

Nefely pareció sorprendida por la pregunta. Se quedó en silencio un momento, como si estuviera considerando si responder o no.

—Fue por accidente, en realidad. Cuando era niña, encontré un pájaro herido en el bosque. No soportaba verlo sufrir, así que intenté ayudarlo con algunas hierbas que mi madre solía usar.

—¿Y funcionó? —pregunté, intrigado.

Nefely asintió.

—Para mi sorpresa, sí. El pájaro se recuperó y pudo volar de nuevo.

Después de eso, comencé a experimentar más con las plantas del bosque, aprendiendo sus propiedades curativas.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Era fascinante imaginarla de niña, descubriendo su don por pura compasión.

—¿Tus padres te enseñaron? —pregunté, genuinamente curioso sobre su pasado.

Una sombra cruzó su rostro por un instante.

—Mi madre me enseñó lo básico sobre las hierbas —respondió—. Pero gran parte lo aprendí por mi cuenta, observando, experimentando. Aunque cuando se dieron cuenta de lo que hacían, se gastaron mucho dinero en un maestre para que me enseñase a leer y comprender.

Sentí que había más en esa historia, pero no quise presionar. En su lugar, me acerqué lentamente, buscando su mirada en silencio. Ella pareció entenderlo y asintió levemente. Me acurruqué contra su pecho, junto al sonido rítmico de su corazón que llenó mis oídos.

—¿Y tú? —preguntó Nefely, mientras sus dedos se enredaban distraídamente en mi pelo—. ¿Cómo fue crecer como el futuro rey?

Cerré los ojos, dejándome llevar por la sensación de sus caricias.

—Duro —admití en voz baja—. Mi padre... él tenía expectativas muy altas.

Nada era suficiente.

Sentí cómo Nefely se tensaba ligeramente bajo mí.

—Suena como una gran presión para un niño.

Tragué saliva, sintiéndome vulnerable. Las palabras que nunca le había dicho a nadie pugnaban por salir, amenazando con ahogarme si las contenía un segundo más.

—Lo era. Aún lo es, en realidad. Tengo... tengo miedo, Nefely. —La última palabra salió como un sollozo ahogado—. Todo el tiempo. Miedo de no ser suficiente, de fallar a mi gente, a mis hermanos. De que un día, todos vean el fraude que soy.

Sus dedos no dejaron de acariciar mi cabello, un gesto reconfortante que me animó a continuar.

—Hay días en que me despierto y siento que todo es una farsa. Que en cualquier momento todos se darán cuenta de que no tengo idea de lo que estoy haciendo. Que soy un niño jugando a ser rey, y que mis errores costarán vidas.

Cada segundo que Nefely callaba era una agonía, y temí haber cruzado una línea invisible, haber expuesto demasiado de mi alma rota.

—El miedo no te hace débil, Aeran —dijo con una ferocidad que me sobresaltó—. Te hace humano. —Su mano se deslizó hasta mi mentón, obligándome a mirarla—. Y un rey que teme fallar a su gente es exactamente el tipo de rey que el pueblo necesita. No un tirano seguro de sí mismo, sino un hombre que entiende el peso de cada decisión.

Sus palabras me desarmaron por completo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunté, mi voz apenas un susurro—.

¿Cómo puedes mirarme y no ver a un cobarde?

—Porque yo también tengo miedos —admitió—. Cada vez que intento curar a alguien o a un animal, temo no ser suficiente. Temo fallar cuando más me necesitan. Temo que un día, mis manos traigan muerte en lugar de vida.

En sus ojos vi un espejo de mis propios temores, un abismo de dudas que amenazaba con tragarnos a ambos.

—Pero nunca lo demuestras —dije, maravillado—. Siempre pareces tan...

invencible.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, tan diferente de su habitual expresión desafiante que sentí que me rompía el corazón.

—Es parte del trabajo, supongo. La gente necesita creer que puedes ayudarlos. Si ven tu miedo...

—Perderían la esperanza —terminé por ella—. Y sin esperanza, están perdidos.

Nefely asintió, y volví a apoyar mi cabeza sobre su pecho. El ritmo de su corazón, antes constante, ahora se aceleraba, martilleando contra mi oído.

El silencio se extendió entre nosotros, cómodo.

Y entonces, sabiendo que lo que iba a pronunciar cambiaría irrevocablemente el curso de nuestras vidas, las palabras escaparon de mis labios como un veneno dulce:

—Puedes marcharte cuando quieras —susurré, tan bajo que casi esperaba que el viento se llevara mis palabras antes de que ella las oyera—. Eres libre, Nefely.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Pude sentir su cuerpo tensarse junto al mío, su respiración se volvió errática. Elevé la cabeza lentamente, temiendo lo que pudiera encontrar en su mirada. Sus ojos, usualmente cálidos, ahora brillaban con confusión y algo que se parecía peligrosamente al dolor.

—¿Quieres que me vaya?

—No, jamás —respondí con más vehemencia de la que pretendía—. Solo que... eres libre de mí, del reino, de mis hermanos. Puedes irte si así lo deseas.

Su mano pasó por mi frente, apartando los mechones de pelo suavemente, mientras yo me fijaba en la media sonrisa nerviosa que curvaba sus labios, un gesto que parecía más una mueca de dolor que de alegría. No iba a negar que me asustaba, que aquella noche podría ser la última vez que la viera, que la sintiera.

—¿Y si me quedo? —preguntó sin mirarme, como si temiera la respuesta tanto como yo temía perderla.

—Si te quedas —comencé, mi corazón latiendo con fuerza— seré tuyo.

Haré lo que me pidas, cuanto quieras, todo. Sin dudarlo ni un instante.

Nefely me miró entonces.

—Aeran —dijo suavemente, mi nombre en sus labios sonaba como una súplica y una advertencia al mismo tiempo—, no puedes prometerme eso.

Eres un rey, tienes responsabilidades, un reino que gobernar.

—Y tú eres la única persona que me ha hecho sentir que puedo ser más que solo un rey —respondí, sorprendido por mi propia honestidad—. Si te quedas, te daré todo lo que esté en mi poder darte. Un lugar en la corte, si lo deseas. O una cabaña en el bosque donde puedas seguir con tus sanaciones.

Te daré libertad para ir y venir como te plazca. Te daré...

Me detuve, las palabras se atascaron en mi garganta. Quería prometerle mi corazón, mi alma, mi ser entero, pero el miedo me paralizó, cerrando mi garganta con un nudo de pánico.

Nefely pareció leer mis pensamientos. Su mano acarició mi mejilla suavemente.

—¿Qué más me darías, Aeran? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Tragué saliva, reuniendo coraje.

—Te daría cada amanecer y cada atardecer —dije finalmente—. Te daría cada momento libre que tenga, cada latido de mi corazón. Te entregaría mis pensamientos más íntimos, mis sueños más salvajes, mis miedos más profundos. —Hice una pausa, perdido en la profundidad de sus ojos—. Te daría... me daría a mí mismo, por completo y sin reservas, si me aceptaras.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Por un momento terrible, temí asustarla, temí que me rompiera el corazón que había comenzado a latir por ella.

—Aeran, esto es... es demasiado. No puedo decidir algo así en un momento.

Sentí cómo mi corazón se hundía, pero me obligué a mantener la compostura.

—Lo entiendo —dije, intentando que mi voz no traicionara mi decepción

—. No te estoy pidiendo una respuesta ahora. Solo... piénsalo, ¿de acuerdo?

Nefely asintió lentamente.

Entonces, para mi sorpresa, fue ella quien rompió el silencio con un movimiento. Sus brazos se deslizaron alrededor de mi cuello, atrayéndome hacia ella en un abrazo que hizo que mi corazón se detuviera por un instante. Su cuerpo se amoldó al mío perfectamente, como si hubiera sido creado para estar ahí.

La abracé con fuerza, recorrí su espalda con mis manos, memorizando cada curva. Me permití, por un momento fugaz, creer que esto podría ser real, que podría tenerla así cada noche. Con su calor fundiéndose con el mío, con su aroma a flores silvestres embriagando mis sentidos. La suavidad de su piel contra la mía enviaba escalofríos por todo mi cuerpo. Cada sensación se grabó en mi memoria como si fuera la última vez que pudiera experimentarlo, como un tesoro que guardar para la eternidad.

Casi sin darme cuenta, mi mano se deslizó hasta su cuello, mis dedos buscaron el pulso en su garganta. El latido constante y acelerado bajo mis

yemas era como la más dulce de las melodías, un recordatorio de su vida, de su presencia aquí conmigo, de la posibilidad de un futuro juntos.

—Tu corazón —murmuré, maravillado—. Late tan fuerte...

Nefely sonrió suavemente y su mano cubrió la mía sobre su cuello.

Y fue entonces, en la quietud de la noche, con Nefely entre mis brazos, cuando la verdad me golpeó con la fuerza de mil ejércitos:

estaba enamorado de ella. Completa e irremediablemente enamorado. La quería más de lo que había querido a nadie en mi vida.

No se lo dije. Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta, demasiado grandes, demasiado importantes para ser pronunciadas en ese momento. Pero mientras la sostenía, mientras escuchaba el latido constante de su corazón, supe que haría cualquier cosa por mantenerla a mi lado.

—Nefely —murmuré contra su cabello, inhalando su aroma embriagador.

Mis labios rozaron suavemente su sien, y sentí cómo se estremecía entre mis brazos.

—¿Hmm? —respondió adormilada.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó, alejándose lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Por darme una oportunidad —respondí, deslizando mi mano desde su cuello hasta su mejilla en una caricia lenta y deliberada—. Por mostrarme que puedo ser más que solo un rey. —Hice una pausa, reuniendo coraje, mientras con mi pulgar acariciaba suavemente su labio inferior—. Por... por ser tú. Por dejarme, aunque sea por esta noche, creer que eres mía y yo soy tuyo.

Vi cómo una sonrisa suave se dibujaba en sus labios.

—Eres un idiota, Aeran.

—Lo sé —admití, permitiéndome una pequeña sonrisa. Mis dedos se enredaron suavemente en su cabello—. Pero soy un idiota que está dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario por ti.

Nefely me miró fijamente por un momento, como si estuviera buscando algo en mis ojos. Luego, lentamente, se inclinó hacia mí. Pude sentir su respiración mezclándose con la mía, nuestros labios a milímetros de distancia.

—Nefely... —susurré.

Y entonces, con una dulzura que me dejó sin aliento, presionó sus labios contra los míos en un beso suave, casi tímido al principio. Mis manos se deslizaron hasta su cintura, atrayéndola más cerca, mientras ella enredaba sus dedos en mi cabello.

Cuando se separó, sus ojos brillaban.

—No te prometo nada —dijo suavemente—. Pero... me quedaré. Por ahora.

Sentí cómo mi corazón se hinchaba de alegría. No era una promesa de para siempre, pero era un comienzo. Y por ahora, era más que suficiente.

La atraje hacia mí una vez más. Enterré mi rostro en su cuello, inhalando su aroma embriagador, mientras mis labios rozaban suavemente la piel sensible detrás de su oreja.

—Por ahora es perfecto —murmuré contra su piel, sintiendo cómo se estremecía entre mis brazos—. Cada momento contigo es un regalo, Nefely.

Y mientras el sueño comenzaba a reclamarnos, con Nefely segura en mis brazos, su cuerpo cálido contra el mío, me permití soñar con un futuro donde cada noche fuera así. Donde pudiera amarla libremente, sin restricciones ni miedos. Donde ella fuera mía y yo fuera suyo, no solo por una noche, sino para siempre.



Secretos ardientes en el nido de

dragones

La suave luz del atardecer se filtraba por las ventanas de la habitación de Avery, tiñendo todo de un cálido tono dorado. Sentada frente al tocador de madera finamente tallada, la joven princesa me permitía cepillar su larga melena castaña, un ritual que se había convertido en nuestro momento de intimidad y confianza.

Mientras mis dedos se deslizaban por sus mechones sedosos, Avery me contaba, con voz suave, las normas asfixiantes que su padre les había impuesto cuando eran apenas unos niños. Su relato estaba salpicado de anécdotas que, en cualquier otro contexto, habrían sido divertidas, pero que aquí solo servían para subrayar la crueldad de un hombre obsesionado con el control.

—Una vez —dijo Avery, con una risa que sonaba más a sollozo contenido

—, padre nos prohibió reír durante una semana entera. Decía que la risa era un signo de debilidad, que un verdadero gobernante debía mantener siempre la compostura.

Mis manos se detuvieron por un instante, dejé el peine suspendido en el aire. La enormidad de aquella crueldad me golpeó con fuerza, y tuve que hacer un esfuerzo consciente para no dejar que la rabia se reflejara en mi rostro.

—¿Y qué hicisteis? —pregunté suavemente, reanudando el cepillado con movimientos lentos y rítmicos.

Avery se encogió de hombros.

—Nos escondíamos. En los rincones más oscuros del castillo, en los pasadizos secretos que solo nosotros conocíamos. Allí, lejos de su mirada, nos permitíamos ser niños, aunque fuera por unos instantes.

Mientras escuchaba, no pude evitar que mi corazón se encogiera. La soledad que emanaba de Avery era casi palpable, un manto invisible que la envolvía y la alejaba del mundo. La entendía perfectamente, pues yo misma había conocido ese tipo de soledad, esa sensación de estar rodeada de gente y, aun así, sentirse completamente aislada.

En ese momento, mientras mis manos trabajaban para recoger su cabello en un elegante moño, mi mente divagaba hacia mi propio futuro. La decisión de quedarme o marcharme, una elección que parecía imposible y, al mismo tiempo, ya estaba hecha. Conocía mi destino, lo había vislumbrado en mis visiones más de una vez. Sabía que, hiciera lo que hiciese, mi camino estaba inexorablemente escrito. Era un secreto que guardaba celosamente.

—¿Aeran te trata bien? —La pregunta de Avery me sacó de mis cavilaciones. Se había girado ligeramente y sus ojos buscaron los míos en el reflejo del espejo—. Quiero decir... ¿Es bueno contigo?

La preocupación en su voz era evidente, y por un momento me pregunté cuánto sabía realmente sobre la naturaleza de mi relación con su hermano.

Aunque estaba segura de que sabían más de lo que ambos habíamos dicho.

Sopesé mis palabras cuidadosamente antes de responder.

—Tu hermano me trata bien, Avery. No tienes nada de qué preocuparte. De hecho —añadí, con una sonrisa torcida—, creo que en ocasiones soy yo

quien le trata con más dureza.

Una sonrisa nerviosa se formó en sus labios, y pude ver cómo parte de la tensión abandonaba sus hombros. Me pregunté cuántas veces habría temido Avery por la seguridad de alguien cercano a su hermano, cuántas veces habría sido testigo de la crueldad que el poder puede engendrar.

El silencio que siguió era cómodo, lleno de una comprensión mutua que iba más allá de las palabras. Afuera, el mundo parecía haber entrado en un estado de calma inusual. Gélidia había retirado sus tropas de las fronteras, la amenaza de guerra se había desvanecido como la niebla bajo el sol de la mañana. Esta paz, tan ansiada y al mismo tiempo tan desconcertante, traía consigo su propia forma de inquietud.

Los días se sucedían con una monotonía casi soporífera. Aeran pasaba sus horas recibiendo a su pueblo, escuchando súplicas y peticiones con una paciencia que me sorprendía. Las reuniones con sus consejeros se habían vuelto informales, casi relajadas, un marcado contraste con la tensión que había reinado en las semanas anteriores.

Pero las noches... las noches eran diferentes. Cuando la oscuridad caía sobre el castillo y el silencio se adueñaba de los pasillos, Aeran venía a mí. Sin palabras, sin explicaciones, se deslizaba en mi cama y me envolvía en sus brazos, como si temiera que fuera a desvanecerme en la noche. Buscando un consuelo que ninguno de los dos sabía nombrar. Creo que se aseguraba que no me marchase sin decirle nada.

Y, sin embargo, había una distancia entre nosotros que parecía insalvable.

La confianza, esa base fundamental de cualquier relación, era un terreno inestable bajo nuestros pies. No sabíamos qué éramos, qué podíamos ser.

Pero, a pesar de esa incertidumbre, o quizás a causa de ella, nos encontrábamos incapaces de separarnos, atrapados en una órbita mutua de la que ninguno quería escapar.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas por unos sutiles golpes en la puerta.

La reacción de Avery fue instantánea y desgarradora. Su cuerpo entero se tensó, girándose violentamente hacia la puerta. El miedo en sus ojos era

como si esperara ver entrar a su padre, listo para castigarla por alguna transgresión imaginaria.

Verla así, tan vulnerable y asustada, despertó en mí un instinto protector.

Quise abrazarla, asegurarle que esos días habían quedado atrás, que mientras yo estuviera allí, nadie volvería a hacerle daño. Pero antes de que pudiera actuar, Avery encontró su voz.

—¿Quién es?

Terminé de ajustar su recogido justo cuando la puerta se abrió, revelando a Aeran. Sus ojos recorrieron la habitación hasta encontrarme. Parecía aliviado de verme allí.

—Si querías esconderte de mí —musitó, con una curva en sus labios que no llegaba a sus ojos—, tienes que hacerlo mejor.

Avery se relajó visiblemente al ver que era su hermano y no el fantasma de su padre quien había regresado.

—Si quisiera esconderme de ti —respondí, permitiéndome una sonrisa desafiante—, iría a un lugar donde no hubiera vino.

Aeran puso los ojos en blanco, pero pude ver cómo bailaban sus pupilas.

Era un momento frágil, como una burbuja de jabón que podría estallar con el más mínimo roce, pero que por ahora nos envolvía en su efímera perfección.

—Necesito que vengas conmigo —dijo Aeran, extendiendo una mano hacia mí. Su voz, normalmente firme y autoritaria, tenía ahora un tono casi suplicante—. Por favor.

Ese «por favor» me sorprendió. No era común que el rey pidiera las cosas con tanta suavidad, y menos aún que las pidiera en absoluto. Miré a Avery, buscando en sus ojos alguna señal de que debería declinar la invitación de su hermano simplemente para molestarle. En cambio, encontré una sonrisa tierna y alentadora en sus labios, una expresión que me hizo querer

acercarme a ella y abrazarla. Pero me contuve, el miedo a malinterpretar su gesto o a invadir su espacio personal me mantuvo a distancia. Mas, podía ver cómo lo necesitaba, en algún momento se lo daría.

Con un asentimiento silencioso, acepté la mano de Aeran. Su piel era cálida contra la mía, un contraste bienvenido con la frescura del aire nocturno que se colaba por las ventanas. Mientras salíamos de la habitación, lancé una última mirada a Avery. Su sonrisa no había flaqueado, y por un instante, me pregunté qué secretos guardaba esa joven princesa detrás de sus ojos amables.

Seguí a Aeran por los pasillos del castillo, notando cómo el ambiente había cambiado drásticamente desde mi llegada. Las risas de Kieran y Torin resonaban en la distancia, un sonido que antes habría sido impensable en estos corredores sombríos. Era como si una nube gélida que antes envolvía el castillo se hubiera disipado, dejando entrar la luz y el calor de la vida.

Los murmullos de los sirvientes y cortesanos no pasaban desapercibidos.

Algunos me miraban con admiración y gratitud, atribuyéndome el mérito de este cambio positivo. Otros, sin embargo, me observaban con recelo, como si temieran que mi influencia sobre el rey y la familia real fuera algo siniestro. Estas reacciones encontradas me recordaban que, a pesar de mi creciente aceptación en el castillo, aún era una extraña para muchos, una anomalía en su mundo ordenado.

Bajamos las escaleras, dirigiéndonos hacia el prado donde normalmente reposaban los dragones. Aeran cogió una de las antorchas que iluminaban el camino. Sin embargo, para mi sorpresa, pasamos de largo el área de los dragones. Intrigada, ralenticé mis pasos, preguntándome qué secreto estaba a punto de compartir conmigo.

Aeran, notando mi vacilación, se detuvo. Por primera vez desde que lo conocía, parecía casi... nervioso. Como si temiera mi reacción a lo que estaba a punto de mostrarme. Esta vulnerabilidad en él, tan rara y preciosa, hizo que mi corazón latiera un poco más rápido.

Fue entonces cuando mis ojos se posaron en una estructura que nunca antes había notado. Una cúpula de piedra gris se alzaba ante nosotros, imponente

y misteriosa. No tenía ventanas, solo una gran puerta que parecía lo suficientemente pesada como para resistir el embate de un ejército. La curiosidad ardía en mi interior, instándome a acercarme y descubrir qué secretos guardaba aquel lugar.

Inconscientemente, mis pasos se hicieron más lentos, como si mi cuerpo resistiera el impulso de correr hacia lo desconocido. Aeran, percibiendo mi duda, extendió su mano una vez más.

—Vamos. Te prometo que no es nada peligroso. Solo quería enseñarte esto.

Era mi lugar favorito cuando era niño.

Había algo en su tono, una combinación de nostalgia y anhelo, que me conmovió profundamente. Por un momento, pude ver al niño que había sido, buscando refugio en este lugar secreto, lejos de las expectativas y presiones de ser el heredero al trono.

Tomé su mano y le seguí hasta la puerta. Aeran la empujó con un esfuerzo considerable, y en el momento en que se abrió, una ráfaga de aire húmedo y cálido nos envolvió. Sin dudar, Aeran entró, llevando la antorcha hacia la pared. En un instante, el fuego se extendió en un círculo perfecto, iluminando el interior de la cúpula y revelando su secreto.

Lo que vi me dejó sin aliento. Ante mis ojos se extendía un verdadero tesoro: huevos de dragón. Decenas, quizás cientos de ellos, de todos los tamaños y colores imaginables. Algunos eran pequeños, no más grandes que un puño, mientras que otros competían en tamaño con una calabaza madura. Sus cáscaras brillaban bajo la luz de las llamas, iridiscentes como joyas vivientes.

Sin pedir permiso, entré en la cámara, atraída por una fuerza que no podía explicar. Me acerqué a los nidos cuidadosamente construidos con plantas secas y hierbajos. Cada huevo parecía contar una historia, promesas de vida y poder encerradas en frágiles cáscaras.

Tenía muchas preguntas. ¿Cuántos huevos había exactamente? ¿Por qué no habían eclosionado? ¿Cuánto tiempo llevaban aquí, esperando el momento de nacer?

Me giré hacia Aeran, buscando respuestas.

—Dejaron de nacer —explicó—. No se sabe por qué, pero es como si murieran junto con el reino.

Hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas para continuar.

—Según lo que he escuchado, es por falta de magia, de alegría. Con mi abuelo nacieron muchos, hasta que mi padre nació y comenzaron a morir.

Como si él se llevase toda la magia.

La amargura en su voz era palpable. Me pregunté cuánto peso cargaba Aeran, no solo por las expectativas de ser rey, sino por la creencia de que su propia existencia, la de su padre, había de alguna manera dañado la conexión mágica entre los dragones y el reino.

—Cuando nacimos mis hermanos y yo, comenzaron de nuevo — continuó

—, pero muchos de ellos morían. Torin no tiene dragón. Avery tampoco.

Sentí una punzada de dolor en mi pecho al pensar en Torin y Avery, privados de la conexión especial que sus hermanos compartían con sus dragones. ¿Cómo debía sentirse, crecer en una familia donde los dragones eran tan importantes, y no tener uno propio?

Miré de nuevo los huevos, esta vez con una nueva perspectiva. Ya no eran solo objetos hermosos y misteriosos, sino símbolos de la decadencia de un reino, de la pérdida de algo precioso e irreemplazable. Parecían contar la historia de una era dorada perdida, de un tiempo en que la magia fluía libremente por las venas del reino como la sangre por las nuestras.

Estos huevos, dormidos e inertes, eran un recordatorio tangible de todo lo que el reino había perdido. Y, sin embargo, también representaban una promesa, una esperanza latente de que algún día, de alguna manera, la magia podría despertar de nuevo.

—¿Pasa algo si sujeto alguno? —pregunté en un susurro, como si temiera perturbar el sueño eterno de los dragones no nacidos.

—Nada —respondió con suavidad—. Adelante.

Con un cuidado, me acerqué a los huevos del centro. Mis ojos se posaron en uno de color negro como la noche más oscura. Su superficie pulida brillaba bajo la luz del fuego, reflejando mi rostro como un espejo perfecto. Lo tomé entre mis manos, maravillándome de su peso y textura. Era cálido al tacto, como si aún guardara una chispa de la vida que una vez prometió.

No pude evitar preguntarme cómo sería presenciar el nacimiento de un dragón. ¿Cómo sería ver esa primera grieta en la cáscara, escuchar el primer chillido de la cría al emerger al mundo? Con un suspiro, devolví el huevo a su nido, mis dedos acariciaron su superficie una última vez antes de apartarme.

Mi atención se desvió hacia un grupo de huevos más pequeños, cada uno no más grande que la palma de mi mano. Entre ellos, uno de color dorado captó mi mirada. Sin pensarlo, lo tomé entre mis manos, fascinada por su belleza.

Fue entonces cuando sentí un dolor agudo en mi palma. Las escamas que cubrían el huevo, aparentemente suaves a simple vista, eran en

realidad afiladas como pequeñas cuchillas. Un gemido involuntario escapó de mis labios mientras dejaba caer el huevo de vuelta a su nido, viendo con horror cómo una gota de mi sangre manchaba su superficie dorada.

—¿Estás bien? —Se acercó rápidamente y miró mi mano directamente.

—Sí, solo me he cortado —respondí. Por un momento, temí que se enfadara, que viera mi torpeza como una profanación de este lugar sagrado.

Pero en lugar de ira, vi preocupación en sus ojos. Tomó mi mano entre las suyas y examinó el corte con delicadeza.

Fue en ese momento, con su rostro tan cerca del mío, que me permití realmente observarlo. Sus ojos, usualmente duros y distantes, ahora bailaban y tenían vida. Había preocupación, sí, pero también algo más profundo, más intenso, más imparable.

Sin pensarlo, llevé mis manos a sus mejillas. Su piel era cálida bajo mis palmas y entonces, movida por un impulso que no pude ni quise contener, lo besé.

Era como si, con ese beso, hubiéramos atravesado un umbral prohibido, liberando finalmente la pasión ardiente que bullía entre nosotros, pero que nos habíamos esforzado en contener.

Aeran respondió al beso con una intensidad feroz que me robó el aliento.

Sus labios, ahora abrasadores, se apoderaron de los míos con una urgencia casi desesperada, como si quisiera grabar a fuego cada sensación, cada sabor.

Sus manos se aferraron a mis caderas con fuerza, sus dedos se clavaron con excitación. Con un movimiento brusco e inesperado, me

levantó y me sentó sobre la estructura de madera que sostenía los nidos. El impacto repentino hizo que los huevos se agitaran violentamente, el sonido de cáscaras chocando entre sí llenó el aire, mezclándose con nuestras respiraciones entrecortadas.

La madera crujió amenazadoramente bajo nuestro peso, añadiendo una nota de peligro a la tensión del momento. Nuestros cuerpos se presionaban el uno contra el otro con una necesidad casi dolorosa, como si quisiéramos fundirnos en uno solo.

—Aeran... —jadeé, apartándome bruscamente, súbitamente consciente de dónde estábamos y lo que estábamos haciendo.

—Lo siento, lo siento —gruñó, pero sus ojos, oscurecidos por un deseo salvaje, desmentían sus palabras.

Antes de que pudiera decir algo más, sus labios se estrellaron contra los míos nuevamente. Este beso fue diferente, más urgente, más voraz. Era como si, habiendo probado lo prohibido, ya no pudiera contener su hambre.

Sus manos recorrían mi espalda, mi cintura, con una fuerza casi dolorosa, dejando un rastro ardiente a su paso. Sentí sus dedos clavarse en mi piel, marcándome como suya.

Sus labios comenzaron a descender por mi cuello lentamente, dejando un camino de besos húmedos que me hacían estremecer. Luego, sus labios se posaron en la curva de mi cintura, haciéndome arquear la espalda en un gemido silencioso. Maldije y agradecí a la vez el vestido que llevaba, ahora era una barrera frustrante entre nosotros que Aeran parecía decidido a ignorar.

Pero cuando noté sus labios subiendo por la piel de mis piernas, la excitación se hizo todavía más grande. Un cosquilleo recorrió mi cuerpo y la impaciencia se hizo todavía más grande. Cerré los ojos con fuerza, rindiéndome a la sensación abrasadora de su boca sobre mi piel, a la promesa implícita y peligrosa de lo que estaba por venir.

Su calidez subió implacablemente hasta alcanzar la tela de mi ropa interior.

Sin vacilar, la arrancó con una brusquedad que me hizo soltar un grito ahogado. Inmediatamente, su aliento ardiente chocó contra mi piel más sensible, seguido por el roce áspero y húmedo de su lengua. Un gemido escapó de mis labios, un sonido animal que ni yo misma reconocí. La sensación era tan abrumadora, tan intensa, que mis manos se aferraron a la madera con tanta fuerza que sentí astillas clavarse en mis palmas.

Mi cuerpo se sacudió violentamente en una respuesta incontrolable con un espasmo de placer tan intenso que me dejó jadeando y temblando. Aeran alzó la mirada, sus ojos ardían en la penumbra, reflejando la ferocidad de mi reacción. Una sonrisa salvaje se dibujó en sus labios, una expresión de triunfo y hambre insaciable.

Sin decir palabra, Aeran volvió a mi piel. Sus labios y lengua se movían con una habilidad que me hacía retorcerme.

Sus dedos encontraron mi clítoris, acariciándolo con una precisión que me hizo gemir en voz alta. Me llevó al borde del abismo, mi respiración estaba entrecortada y mi cuerpo tenso como un arco a punto de disparar una flecha.

Un gemido desesperado escapó de mis labios.

Aeran levantó la vista, sus ojos oscuros estaban fijos en los míos, leyendo mi deseo en cada línea de mi rostro. Una sonrisa depredadora curvó sus labios mientras sus dedos aumentaban la presión, el ritmo de sus caricias acelerándose.

El calor se acumulaba en mi vientre, una presión creciente que amenazaba con hacerme estallar en cualquier momento.

Aeran, percibiendo mi cercanía, intensificó aún más sus movimientos. Sus dientes rozaron ligeramente mi piel, añadiendo un filo de dolor

exquisito al placer abrumador.

Con un último movimiento de sus dedos, me llevó al límite. Un grito desgarrador escapó de mis labios, un sonido salvaje y liberador que resonó en el nido, haciendo eco en las paredes.

Mi cuerpo se sacudió en espasmos intensos. Aeran no se detuvo, su boca y sus manos continuaron su asalto implacable, prolongando la sensación hasta que pensé que no podría soportarlo más. Sentí cómo su lengua trazaba un camino ascendente, como si estuviera marcando su territorio, reclamándome con una ferocidad primitiva. Sus labios se deslizaron por mi vientre. Sus dedos trazaron círculos lentos alrededor de mi ombligo, enviando escalofríos electrizantes por mi espina dorsal.

Cuando finalmente las oleadas comenzaron a disminuir, se apartó, su respiración estaba tan agitada como la mía. Me miró con adoración y un triunfo salvaje; su pecho subía y bajaba con rapidez, como un depredador satisfecho después de la caza.

Se acercó a mis labios y me besó lentamente.

Me quedé sin aliento, cada fibra de mi ser vibraba con una intensidad abrumadora. Mi mente, usualmente llena de pensamientos, se encontraba en blanco, como si toda coherencia hubiera sido arrasada por un torbellino de sensaciones. Solo pude esbozar una sonrisa temblorosa que reflejaba la amalgama de emociones que me invadían: asombro, temor, conflicto...

Aeran, con sus ojos brillando de una manera inquietante, acercó su rostro al mío. Su respiración, entrecortada y ardiente, rozó mi piel cuando susurró contra mis labios:

—Te juro que he estado conteniéndome demasiado. Ahora que te he visto así... —Hizo una pausa, como si luchara por encontrar las palabras adecuadas—. Voy a exigir más, ¿lo entiendes? Mucho más.

Antes de que pudiera procesar completamente el significado de lo que acababa de decir, sus labios volvieron a encontrar los míos. Este beso, a diferencia del frenesí apasionado de momentos antes, fue lento, profundo.

Sus labios se movían contra los míos con una ternura, pero que no carecía de intensidad. Era un beso que hablaba de promesas, de anhelos largamente reprimidos, de un deseo que amenazaba con consumirnos a ambos.

Mis manos, casi por voluntad propia, se enredaron en su cabello, acercándolo más, si es que eso era posible. En ese momento, envuelta en su calor, embriagada por su aroma y perdida en la sensación de sus labios, comprendí que esto era solo el comienzo. Una parte de mí, la parte racional que siempre me advertía sobre los peligros, sobre la prudencia, intentó alzar su voz. Pero fue acallada rápidamente por las emociones que Aeran despertaba en mí. Era como si cada caricia, cada beso, cada mirada suya tuviera el poder de derribar las murallas que había construido a lo largo de los años.

Esos ojos grises, profundos como un cielo tormentoso, parecían que me miraban como si fuera lo mejor que hubiera visto en toda su vida. Como si fuera única para él. ¿Lo era? ¿Era única?

—¿Estás convenciéndome para que no me vaya? —La pregunta salió de mis labios antes de que pudiera detenerla, desvelando mi miedo.

Aeran negó lentamente con la cabeza, y en sus ojos pude ver una sombra de tristeza que me apretó el corazón. Era un dolor antiguo, profundo, que hablaba de pérdidas pasadas y miedos futuros.

—Solo estoy disfrutando de ti hasta que decidas. Solo estoy siendo un egoísta y te poseo para mí, por si algún otro se atreve a ponerte las manos

encima. Por si se atreven a reclamarte como suya.

Hizo una pausa, negando con la cabeza como si intentara deshacerse de un pensamiento desagradable. Su dedo, calloso, pero sorprendentemente suave, trazó el contorno de mis labios.

—Ambos sabemos que no es así... Y que cortaría todas las manos de aquellos que se atrevan a ponerse encima de ti, o todos los ojos que se atrevan a mirarte si no es con respeto y reverencia.

Sus palabras, en vez de asustarme, me encendieron más. Una parte de mí, la parte independiente y feroz que siempre había luchado por su autonomía, quería recordarle que podía defenderme sola, que siempre lo había hecho.

Quería decirle que no necesitaba su protección, que no era una posesión para ser reclamada. Discutirle, pelearme...

Pero otra parte, una que crecía con cada latido de mi corazón, se deleitaba en sus palabras. Me gustaba. Me gustaba demasiado. Porque en la intensidad de su mirada, en la firmeza de sus roces, podía ver la verdad: no me quería para él de una forma única y posesiva. Me quería con él. Eran dos cosas muy diferentes, y esa distinción significaba todo.

Sabía, con una certeza que me asombraba, que, si le pidiera que me soltara, lo haría sin dudar. Respetaría mi decisión, mi libertad, aunque eso le desgarrara el corazón. Esa comprensión, esa promesa silenciosa de respeto y libertad que flotaba entre nosotros, contrastaba de manera tan poderosa con su deseo feroz que solo servía para atarme más a él. Era una paradoja fascinante: cuanta más libertad me ofrecía, más deseaba quedarme a su lado.

El viento frío del atardecer nos envolvió, trayendo consigo el aroma a pino y tierra húmeda.

—Debemos volver. Comienza a nevar.

Aeran me ayudó a bajar de la estructura de madera. Mis pies tocaron el suelo con suavidad, y de inmediato mi atención se dirigió a los huevos. Con

cuidado, examiné los cercanos, asegurándome de que no hubieran sufrido daño alguno durante nuestra visita...

—No te preocupes. Han sobrevivido muchos años, por esto no les pasará nada.

Me giré hacia él, arqueando una ceja.

—Eres muy despreocupado.

—Seguramente estén muertos —admitió—. Pero sería un mal augurio deshacerme de ellos.

Asentí en silencio, comprendiendo el peso de la tradición y la superstición en su mundo. Salimos de aquel nido gigante, y Aeran cerró la inmensa puerta que resonó en el aire cada vez más frío. Mientras volvíamos sobre nuestros pasos, la nieve comenzaba a cubrir el suelo con un manto blanco y silencioso.

—Mis consejeros están organizando un baile —dijo de repente.

Me detuve en seco, girándome para mirarlo con sorpresa e incredulidad.

—¿Un baile? —pregunté—. ¿A qué viene eso ahora?

Aeran se detuvo conmigo.

—Es una forma de mostrar que no hay nada que temer. Que Gélidia se ha echado atrás.

Sentí cómo la preocupación se arremolinaba en mi interior. No estaba de acuerdo con aquella decisión, y no pude evitar expresar mis dudas:

—Es decir, que, al menor cambio, ¿tus consejeros quieren celebrarlo? —Mi voz se elevó ligeramente, no fue mi intención, solo es que no entendía sus métodos—. ¿Cómo saben que no están planeando algo mayor, Aeran?

¿Cómo saben que no se han movido de las fronteras para recuperar fuerzas?

Aeran se acercó a mí con calma. Sus manos se posaron suavemente en mis mejillas.

—Porque es algo que llevan haciendo desde siempre. Infundir miedo, y cuando se dan cuenta de que van a perder, se retiran. Además —añadió—, por lo que sé, están al tanto de que tenemos una bruja en nuestro bando. Un motivo más para retirarse.

Sus palabras, aunque destinadas a tranquilizarme, solo sirvieron para aumentar mi nerviosismo. La idea de ser vista como un arma, como una razón para que otros temieran al reino, me revolvía el estómago. Y sentí una punzada de dolor, porque por más que dijera, seguía viéndome como la bruja.

Un nombre que ni siquiera era cierto. Una etiqueta despectiva para separarme de él, como si nunca pudiéramos estar en igualdad de condiciones. Como si yo siempre fuera a ser inferior, una herramienta útil pero jamás una igual.

Supongo que realmente la culpa era mía por hacerme ilusiones, por creer que podría ser algo más que un arma en sus ojos.

Al menos sabía cuál era mi futuro para no ilusionarme.



Melodía de escamas y latidos

Preparar un baile no era tarea sencilla. Implicaba invitar a las casas nobles del reino, sabiendo que no todas aceptarían la invitación. Sin embargo, estaba seguro de que al menos tres de ellas honrarían el evento con su presencia. La responsabilidad de asegurar que todo saliera perfecto. Debía dar indicaciones precisas, instruir a mis hermanos en el protocolo adecuado, coordinar con las doncellas para que todo estuviera impecable, y asegurarme de que cada persona que diera vida al baile entendiera su papel.

El castillo se había convertido en un gallinero de actividad frenética. Los sirvientes corrían de un lado a otro, cargando pesadas telas para decorar el salón principal. El aroma de los manjares que se preparaban en las cocinas inundaba los pasillos, mezclándose con el sonido metálico de la cubertería siendo pulida. Las voces se elevaban en un crescendo de preguntas, órdenes y, ocasionalmente, quejas.

En medio de este caos orquestado, sentí la necesidad imperiosa de encontrar un momento de soledad. Anhelaba un instante de paz donde pudiera escuchar mis propios pensamientos, lejos de las demandas incesantes de mis responsabilidades reales. Mis pasos me llevaron, casi sin darme cuenta, hacia mi sala privada.

Allí, en la esquina, como un fantasma de tiempos pasados, descansaba el arpa que había abandonado hacía tantos años. La vi y

sentí cómo mis dedos cosquilleaban, ansiosos por acariciar sus cuerdas una vez más. Siempre había sentido esta añoranza al ver a Avery tocar, pero ahora la sensación era más intensa, como si una inspiración largamente dormida hubiera despertado de repente. Y, en efecto, así era.

Con un movimiento fluido, me senté en el taburete, colocando el arpa sobre mis piernas e inclinándola ligeramente. Cerré los ojos y tomé una respiración profunda, dejando que los recuerdos fluyeran a través de mí.

Mis dedos se posaron sobre las cuerdas para acariciarlas.

La primera melodía que brotó de mis manos fue el latido de su corazón. El ritmo constante y único de Nefely, que no abandonaba mis pensamientos, que mis dedos habían estado recreando inconscientemente durante días.

Comencé a tocar, y los latidos de su corazón se transformaron en música bajo mis manos.

Las notas vibraron en la sala, llenando el espacio con una melodía que era a la vez familiar y completamente nueva. Cada acorde parecía resonar con la esencia misma de Nefely, capturando su fuerza, su calidez, su misterio. La música me envolvió, transportándome a un lugar donde solo existíamos ella y yo, unidos por esta sinfonía nacida de su propio ser.

Cada nota que arrancaba del arpa me relajaba más, me conectaba más profundamente con Nefely, aunque ella no estuviera presente. Era como si, a través de la música, pudiera tocar su alma.

Cuando la última nota se desvaneció en el aire, supe que no podía permitir que esta creación se perdiera. Con manos temblorosas por la emoción, busqué pergamino y pluma para transcribir la melodía. Cada nota, cada pausa, cada crescendo y disminuyendo... todo quedó plasmado en el papel, un testimonio de mis sentimientos.

Pero al llegar el momento de darle un nombre a la pieza, dudé. ¿Cómo llamar a algo tan íntimo, tan personal? Fue entonces cuando sentí un cosquilleo en mi hombro. La marca de la Alisma, esa marca misteriosa que

había guiado y atormentado a mi familia durante generaciones, parecía querer llamar mi atención.

Por un instante, sentí una punzada de culpa. ¿No debería estar buscando a la verdadera Alisma, cumpliendo con el destino que se suponía que era mío?

Pero en mi corazón sabía la verdad: ya no me importaba. Había encontrado en Nefely todo lo que siempre había anhelado, todo lo que necesitaba. Era ella, no una leyenda, quien había dado un nuevo sentido a mi vida.

Sin embargo, en un gesto de respeto hacia la tradición que había definido a mi familia durante tanto tiempo, decidí honrar el nombre. «El canto de la Alisma», escribí en la parte superior del pergamino. Porque, aunque Nefely no fuera la Alisma de la leyenda, para mí lo era todo. Era mi destino, mi futuro, la música que daba sentido a mi vida.

Miré la partitura terminada, sintiendo orgullo y vulnerabilidad. Había vertido mi corazón en esta melodía, había capturado en notas y silencios todo lo que Nefely significaba para mí. Era un regalo, una declaración, una promesa. Y algún día, cuando el momento fuera el adecuado, se la tocaría, permitiendo que la música expresara lo que las palabras no podían. Quizás cuando me atreviera a pedirle que fuera mi esposa. ¿Querría serlo?

Con cuidado, enrollé el pergamino y lo guardé en un lugar seguro. Luego, con un suspiro, me levanté. El baile esperaba, el reino esperaba. Pero ahora llevaba conmigo una nueva fuerza, una melodía secreta que me acompañaría en los días venideros, recordándome

por qué todas estas responsabilidades, todos estos deberes, valían la pena.

Con la melodía aún resonando en mi mente, salí de mi sala privada y me dirigí a buscar a mis hermanos. El baile se acercaba y, como familia real, debíamos hacer una entrada conjunta, una muestra de unidad y fuerza ante las casas nobles que asistirían. Mis pasos resonaban en los pasillos de piedra, mezclándose con el bullicio creciente del castillo en preparación.

Primero, me dirigí a las habitaciones de Cleon. Lo encontré frente a un espejo, luchando con los botones de su chaqueta formal. Su rostro, usualmente sereno, mostraba signos de nerviosismo.

—Déjame ayudarte —ofrecí, acercándome a él.

Mientras abrochaba los complicados botones, noté la tensión en sus hombros.

—¿Estás nervioso, hermano? —pregunté suavemente.

Cleon exhaló lentamente antes de responder:

—Es la primera vez que me presento formalmente ante las casas nobles siendo más mayor. No quiero decepcionarte, Aeran.

Sus palabras me conmovieron. Coloqué mis manos sobre sus hombros, y le miré directamente a los ojos a través del espejo.

—Nunca podrías decepcionarme, Cleon. Eres fuerte, inteligente y tienes un corazón noble. Las casas verán lo mismo que yo veo.

Vi cómo sus ojos se iluminaban con gratitud y seguridad. Con un asentimiento firme, se irguió, listo para enfrentar el desafío que se avecinaba.

Dejando a Cleon con sus últimos preparativos, me dirigí a la habitación de Avery. La encontré sentada frente a su tocador,

concentrada mientras una doncella trenzaba flores en su cabello.

—Estás preciosa, Avery —dije desde la puerta.

Ella me miró a través del espejo con una sonrisa tímida curvando sus labios.

—Gracias, Aeran. ¿Crees que... crees que a madre le habría gustado verme así?

La pregunta me tomó por sorpresa, un dolor agudo atravesó mi pecho al pensar en nuestra madre. Me acerqué a Avery, pero guardé cierta distancia.

—Ella estaría más que orgullosa, pequeña. Te verías como una verdadera princesa ante sus ojos.

Avery asintió, parpadeando rápidamente para contener las lágrimas que amenazaban con arruinar su maquillaje. Le di un suave apretón en el hombro antes de salir, dejándola terminar sus preparativos.

A Torin y Venya los encontré discutiendo acaloradamente sobre quién llevaría la corona más brillante.

—Niños —intervine, con voz firme, pero cariñosa—. Las coronas son símbolos de responsabilidad, no de vanidad. Ambas son igualmente importantes.

Mis palabras parecieron calmarlos, y pronto estaban cooperando para ayudarse mutuamente con sus atuendos.

Finalmente, llegué a la habitación donde se encontraba Kieran. Lo encontré saltando sobre la cama, su traje formal se arrugaba con cada brinco.

—¡Kieran! —exclamé, mitad divertido, mitad exasperado—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Practicando mis saltos de dragón, Aeran! —respondió sin dejar de saltar

—. ¡Quiero impresionar a todos en el baile! ¡Saltaré encima de la gente! ¡Se maravillarán con mi fuerza de dragón!

No pude evitar reír, su entusiasmo era contagioso. Lo atrapé en el aire, bajándolo de la cama.

—Estoy seguro de que impresionarás a todos con tu encanto, pequeño dragón. Pero ahora necesitamos que te veas presentable. ¿Puedes quedarte quieto mientras arreglo tu traje?

Kieran asintió, aunque pude ver el brillo travieso en sus ojos. Mientras alisaba las arrugas de su chaqueta, le expliqué la importancia del evento y cómo debía comportarse. Escuchó atentamente, asintiendo en los momentos adecuados.

Con mis hermanos listos, mi corazón se aceleró ante la perspectiva de ver a Nefely. Me dirigí a sus aposentos, mi mente ya imaginando cómo luciría

vestida para el baile. Toqué suavemente a su puerta, mi corazón latía nervioso. Escuché su voz desde el interior:

—Ya casi estoy lista, Aeran. Enseguida bajo al salón.

Sin embargo, algo en mí no quería esperar. Con decisión, abrí la puerta y me quedé sin aliento ante la visión que tenía frente a mí. Nefy estaba de pie junto a la ventana, bañada por la luz del atardecer que hacía brillar su vestido como si estuviera hecho de plata líquida.

El vestido era una obra maestra de la provocación. Ceñido a su figura de una manera que rozaba lo escandaloso, estaba cubierto de diminutas escamas plateadas que reflejaban la luz con cada movimiento, creando la ilusión de que Nefely estaba envuelta en la piel de un dragón mítico. El corte del vestido, aunque elegante,

insinuaba sus curvas de una manera que me dejó momentáneamente sin palabras. El vestido era provocación pura.

El escote profundo y la abertura en la falda revelaban más de lo que ocultaban. Las escamas formaban patrones que recordaban a las alas de un dragón, extendiéndose por su cuerpo en una danza hipnótica.

—Maldita sea, Nefely —gruñí, sin ocultar el deseo en mi voz—. ¿Intentas provocar una guerra en mi reino?

Ella se giró con una sonrisa desafiante en sus labios.

—¿Qué sucede, Aeran? ¿Temes que tu preciosa corte no pueda manejar un poco de... fuego?

Me acerqué, sin poder apartar la mirada de ella.

—Creo que subestimas el efecto que tendrás —comenté con mis ojos recorriendo su figura sin disimulo—. Podrías causar una rebelión con solo caminar por el salón.

—Vaya, ¿el gran rey Aeran admitiendo que algo es peligroso? Debo estar soñando —se burló.

—No te confundas —repliqué, acortando aún más la distancia entre nosotros—. Sigues siendo la mayor amenaza a la paz de mi reino.

—¿Solo a la paz de tu reino, Aeran? —preguntó con voz suave, casi en un susurro—. Me pregunto si no seré una amenaza para algo más.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Mis manos ansiaban tocarla, pero me contuve.

—Eres una amenaza para mi cordura, eso es seguro. Cada vez que te veo, siento que pierdo un poco más el control.

Ella negó con la cabeza, pero no dejaba de sonreír.

—Ahora, si me disculpas, bajaré en un rato. No quisiera causar un escándalo apareciendo con la familia real.

—No —dije inmediatamente—. Vendrás con mis hermanos y conmigo.

Nefely me miró como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Has perdido la razón? No soy parte de tu preciosa familia real, Aeran.

¿Qué pensará el resto?

—Me importa una mierda. No pienso dejarte sola con esa jauría de nobles hambrientos de poder.

—¿Desde cuándo el poderoso rey se preocupa por mi bienestar?

—Desde que decidiste vestirte como si quisieras incendiar mi maldito castillo —respondí, mi voz fue baja y peligrosa—. Si alguien va a enfrentarse a ti esta noche, seré yo.

—Oh, ¿así que ahora eres mi protector? —preguntó con sarcasmo, pero pude ver un destello de algo más en sus ojos.

—Llámalo como quieras. Pero no te dejaré sola ni un momento.

—¿Y si quiero bailar con alguien más? —desafió, alzando una ceja.

Me acerqué tanto que pude sentir su aliento en mi rostro.

—Entonces bailaré tan cerca que pensarán que somos un trío.

Nefely contuvo la respiración. Intentó dar un paso hacia la puerta, pero mi mano se cerró alrededor de su muñeca con delicadeza, manteniéndola en su lugar.

—No huyas de mí —gruñí—. Ya no más juegos, Nefely. Esta noche, eres mía.

Ella alzó el mentón, desafiándome como siempre.

—No soy una de tus posesiones, Aeran. No puedes simplemente reclamarme como si fuera un territorio más de tu reino.

Acerqué mis labios a su oído, sintiendo cómo se estremecía.

—No te reclamo como un territorio, sino como mi igual. La única persona en todo este maldito reino que puede desafiarme y hacerme perder la cabeza.

—¿Y qué pasa si no quiero ser tuya? —susurró, pero pude sentir cómo su cuerpo se inclinaba hacia el mío, traicionando sus palabras. Esperaba que me deseara tanto como yo a ella.

—Entonces tendré que convencerte —respondí, deslizando mi mano por su espalda—. Y créeme, Nefely, tengo toda la noche para hacerlo.

Sus ojos se oscurecieron, y por un momento pensé que iba a golpearme. En su lugar, sus dedos se enredaron en mi cabello, tirando con fuerza arrancándome un gemido solo para ella.

—Eres insufrible —murmuró contra mis labios.

—Y tú eres irresistible —contesté, antes de cerrar la distancia entre nosotros con un beso apasionado y posesivo.

—Esto no cambia nada.

—Lo cambia todo. Y ahora, vamos a dejar muy claro a todos esos nobles quién eres para mí.

Nefely frunció el ceño con una chispa de su habitual desafío regresando a sus ojos.

—No soy un trofeo que puedas exhibir, Aeran.

—No, eres mucho más que eso —respondí con una sonrisa—. Eres la mujer que tiene al rey comiendo de su mano, y quiero que todos lo sepan.

Ella pareció considerar mis palabras por un momento, mordiéndose el labio de una manera que me volvía loco.

—Supongo que podría ser divertido ver las caras de todos esos estirados nobles.

—Entonces está decidido —declaré, ofreciéndole mi brazo—. ¿Nos vamos?

Nefely miró mi brazo extendido y luego a mí, alzando una ceja.

—¿Qué te hace pensar que iré tan dócilmente? Y más sabiendo las consecuencias que puede traerte...

Sentí que mi sonrisa se ensanchaba. Esta mujer nunca dejaba de desafiarme, y por los dioses, lo adoraba.

—¿Vienes conmigo o tengo que cargarte sobre mi hombro?

—Como si pudieras —me desafió con picardía.

Sin pensarlo dos veces, me incliné y la levanté sobre mi hombro en un movimiento fluido. Nefely soltó un grito de sorpresa que rápidamente se convirtió en una risa mezclada con indignación.

—¡Aeran! ¡Bájame ahora mismo, maldito bruto! —exclamó, golpeando mi espalda con sus puños, aunque sin demasiada fuerza.

—Te lo advertí —respondí, sin poder contener una sonrisa mientras salía al pasillo con ella sobre mi hombro—. Ahora tendrás que aguantarte.

—¡Eres un salvaje! ¿Qué dirá tu corte si nos ve así?

—Dirán que por fin el rey ha domado al dragón más peligroso del reino —

bromeé, sintiendo cómo se tensaba ante mis palabras.

—Ni en tus sueños más salvajes, Aeran —gruñó ella, pero pude notar el tono de diversión en su voz.

Mientras avanzábamos por el pasillo, Nefely siguió protestando y retorciéndose, lo que solo logró que mi agarre en sus piernas se hiciera más firme. De repente, fui muy consciente de la suavidad de su piel bajo mis manos y de cómo su vestido se había subido ligeramente, revelando aún más de sus piernas. La sensación de su cuerpo contra el mío estaba despertando un deseo casi incontrolable en mí.

Menos mal que no había ojos inapropiados a nuestro alrededor, tendría que hacer que lo olvidasen. O peor, tendría que arrancarles los ojos por atreverse a mirar lo que era mío.

—Si no dejas de moverte, vamos a dar un espectáculo aún mayor —

murmuré, mi voz fue más ronca de lo que pretendía, cargada de un deseo que me costaba contener. El calor de su cuerpo contra el mío estaba nublando mi juicio, desvaneciendo cualquier pensamiento coherente que no fuera ella.

Sentí cómo Nefely se tensaba ante mis palabras, luego, para mi sorpresa y deleite, soltó una risita traviesa que resonó en mis oídos como la más dulce de las melodías.

Gruñí, un sonido bajo y animal que surgió desde lo más profundo de mi ser.

Mis dedos presionaron ligeramente la suave carne de sus muslos, trazando pequeños círculos con los pulgares. La necesidad de sentirla

más cerca, de fundirme con ella, se volvía cada vez más insoportable.

—¿Acaso quieres que pierda el control aquí mismo? —susurré, girando ligeramente mi cabeza para que mis palabras llegaran a su oído—. Porque estás jugando con fuego, mi querida Nefely.

Ella se estremeció contra mí, y pude sentir cómo su piel se erizaba. Su aliento cálido en mi cuello me envolvía, intoxicante, haciendo que mi cabeza diera vueltas. Cada fibra de mi ser gritaba por más, por bajarla y explorar cada centímetro de su piel, por grabar a fuego en mi memoria cada curva y cada valle de su cuerpo.

Pero no aquí, no así. Ella merecía más que un arrebato apasionado en un lugar donde cualquiera podría interrumpirnos. Merecía adoración, veneración, horas interminables de placer y ternura.

Con un esfuerzo sobrehumano, logré controlar mis impulsos más primarios.

Ella respondió mordiendo suavemente mi cuello, justo en el punto donde mi pulso latía desbocado. Mis manos se clavaron en sus muslos con más fuerza de la necesaria, seguramente dejando marcas.

—Te lo advierto por última vez —susurré controlándome—. Un movimiento más y olvidaré que estamos en el pasillo. Te tomaré aquí mismo, contra esta pared, y que el mundo entero sea testigo de cómo te hago mía.

Sentí su cuerpo estremecerse sobre mi hombro, un pequeño gemido escapó de sus labios. Sus manos comenzaron a vagar por mi espalda, sus uñas me arañaban ligeramente a través de la tela de mi túnica.

—¿Y si eso es exactamente lo que deseo? —susurró.

Esas palabras avivaron el fuego que ardía en mi interior. Cada fibra de mi ser clamaba por bajarla, por presionarla contra la pared más

cercana y devorarla allí mismo. Pero no. No le daría esa satisfacción. Si quería jugar, jugaríamos bajo mis reglas.

—Buen intento —gruñí, ajustando mi mano en sus piernas—. Pero tendrás que esforzarte más si quieres que te baje.

Continué caminando, cada paso una dulce tortura. El cuerpo de Nefely se movía sutilmente contra el mío, su calor se penetraba a través de nuestras vestimentas como si fueran de la más fina seda. Podía sentir su frustración creciendo, manifestándose en pequeños movimientos y suspiros exasperados.

—Eres un... —comenzó.

—¿Un qué, Nefely? —la interrumpí, con diversión y lujuria—. Vamos, dilo.

Quiero oír de esa dulce boca tuya decir exactamente lo que piensas de mí.

Sentí sus manos cerrarse en puños contra mi espalda, su cuerpo se tensó sobre mi hombro. Estaba a punto de responder cuando doblamos una esquina y nos encontramos de frente con mis hermanos.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Pude sentir las miradas de asombro, diversión y confusión de mis hermanos alternando entre Nefely y yo. Finalmente, Avery rompió el silencio con una carcajada.

—Vaya, hermano. No sabía que habías adoptado las costumbres de los bárbaros del norte para cortejar a una dama.

—Muy graciosa —respondí, bajándola finalmente—. Nefely necesitaba un poco de... persuasión para acompañarnos esta noche.

Mientras Nefely se alisaba el vestido, pude ver las marcas rojizas en sus muslos donde mis manos habían estado. Una oleada de satisfacción y posesividad digna de un dragón guardando su tesoro

me recorrió. Puede que no hubiéramos llegado tan lejos como ella quería, pero esas marcas eran un recordatorio de lo cerca que habíamos estado de perder el control.

—Y claramente el diálogo civilizado no era una opción —comentó Cleon, alzando una ceja con escepticismo hacia mí. Pude notar cómo las expresiones de mis hermanos se suavizaban al mirar a Nefely. Era evidente que la querían más que a mí en este momento. Una punzada de celos me atravesó, mezclada con un extraño orgullo por la mujer que tenía a mi lado.

Nefely, recuperando la compostura, les dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Vuestro hermano parece olvidar que no soy una de sus súbditas para dar órdenes —dijo, lanzándome una mirada desafiante—. Aunque debo admitir que sus métodos de persuasión son... únicos.

—Únicos y efectivos —agregué, colocando una mano en la parte baja de su espalda, un gesto que no pasó desapercibido para mis hermanos—. Nefely nos acompañará esta noche.

Vi cómo Torin y Venya intercambiaban miradas de complicidad y una sonrisa, mientras Kieran miraba a Nefely con fascinación. Desde luego sabía que la noticia les iba a gustar; era evidente que ya no podían vivir sin ella, al igual que yo.

—¿Por qué tu vestido brilla tanto? —preguntó Kieran mirando el vestido como asombro—. Pareces una estrella. ¡Puedes ser nuestra estrella!

Nefely se agachó para estar a su nivel, su expresión se suavizó de una manera que hizo que mi corazón se derritiera. Su voz se volvió suave, casi musical, cuando le respondió.

—Es un vestido mágico, pequeño dragón —le confió en un susurro teatral

—. Me ayuda a mantener a raya a tu hermano mayor.

Kieran soltó una risita, mirándome con ojos grandes y llenos de asombro.

—¿Es verdad, Aeran? ¿El vestido de Nefy te controla?

Solté un suspiro exagerado, decidiendo seguirle el juego. Por un momento, me permití bajar la guardia.

—Me temo que sí, hermanito. Nefy tiene poderes que ni siquiera yo puedo resistir.

Nefely me miró con sorpresa, y por un momento vi algo suave en sus ojos, algo que hizo que mi corazón se acelerara.

—Bueno —dijo Avery, rompiendo el momento—, si ya hemos terminado con el espectáculo prebaile, sugiero que nos movamos. La corte espera, y

me muero por ver sus caras cuando entremos con nuestra drag... digo, con Nefely.

Le lancé una mirada de advertencia a Avery, pero Nefely solo rio.

—Oh, no te preocupes, Avery —dijo con un brillo peligroso en sus ojos—.

Esta noche, seré el dragón más dócil que tu hermano podría desear.

—¿Dócil? —repetí, incapaz de contener una sonrisa—. Ahora sí que estoy preocupado.

Nefely me dio un ligero codazo, pero no se apartó cuando volví a colocar mi mano en su espalda.

Mientras nos dirigíamos hacia el gran salón, no pude evitar inclinarme para susurrarle al oído:

—Lo decía en serio, Nefely. No pienso dejarte sola ni un momento esta noche.

Ella me miró de reojo.

—¿Miedo de que cause problemas, Aeran?

Tuve que luchar contra el impulso de cerrar la distancia entre nosotros allí mismo, en medio del pasillo. En su lugar, dejé que mi mano se deslizara un poco más abajo en su espalda, rozando peligrosamente el límite de lo apropiado.

—Miedo de que alguien más se dé cuenta de lo extraordinaria que eres —

respondí, mi voz grave y cargada de tensión—. De lo irresistible que eres.

Vi cómo contenía la respiración por un momento, antes de recuperar su compostura.

—Cuidado, Aeran —murmuró—. Casi suenas como si me quisieras.

—Tal vez lo haga —admití en voz baja—. Más de lo que ambos estamos dispuestos a admitir. O más de lo que a ti te gustaría escuchar.

Nefely no respondió, pero sentí cómo se apoyaba ligeramente más en mí mientras caminábamos.

Las puertas del gran salón se abrieron ante nosotros, y con una última mirada compartida, Nefely y yo entramos juntos. Mas, los presentes me eran indiferentes, solo tenía ojos para ella. El baile no era más que un pretexto para exhibir la joya que caminaba a mi lado. Fuera efímera o duradera su estancia, ansiaba y debía alardear de su presencia. Que la contemplasen, que la admirasen, pues solo yo conocería la suavidad de su piel, el calor de su tacto.

Bajo la mirada del rey

La tensión cuando entramos en la sala del trono fue casi insoportable. Los ojos de todos los presentes se clavaron en mí, algunos con una curiosidad morbosa que me hizo sentir como un espécimen exótico en exhibición, otros con una rabia apenas contenida que parecía arder en sus pupilas. Era evidente que mi presencia junto a la familia real no era del agrado de muchos, pero a Aeran parecía importarle poco el descontento general.

Su mano, firme y cálida estaba en la parte baja de mi espalda, me guiaba con una seguridad que rayaba en la posesividad. Cada vez que intentaba rezagarme, intimidada por las miradas hostiles, sentía cómo sus dedos ejercían una ligera presión, instándome a mantener el paso. Era como si quisiera dejar claro a todos los presentes que yo estaba bajo su protección, que formaba parte de su círculo íntimo, aunque no terminaba de comprender por qué.

En los rincones de la sala, mesas ricamente decoradas se erguían como islas de abundancia en un mar de nobles y cortesanos. Manteles de seda bordada cubrían las superficies, sobre las que se disponían candelabros de plata con velas perfumadas, sus llamas resplandecían suavemente. Cestas rebosantes de frutas exóticas y platos de manjares tentadores adornaban cada mesa, sus aromas se mezclaban en el aire creando una sinfonía olfativa que me hacía la boca agua.

Alrededor de estas mesas, sillas tapizadas en terciopelo esperaban a los invitados. Conté más de cien personas en la sala, una multitud que me hizo sentir claustrofóbica a pesar del tamaño. El murmullo de las conversaciones, el tintineo de las copas y el roce de las telas creaban un zumbido constante.

Cuando llegamos a los escalones que conducían al trono, mi mirada se posó en la mesa principal. Era una pieza magnífica, tallada en madera oscura y pulida hasta brillar. El trono presidía la mesa sin

haber sido movido de su lugar. Al lado de él, sillas ornamentadas esperaban a la familia real.

Mis ojos recorrieron la disposición, contando los asientos, y fue entonces cuando lo vi. Allí, junto al lugar destinado de Aeran, había una silla para mí. El gesto me tomó por sorpresa y una calidez inesperada se extendió por mi pecho. Aeran había pensado en mí, me había incluido no como una mera espectadora, sino como parte integral de la velada. La idea me conmovió más de lo que quería admitir.

Siguiendo el ejemplo de la familia real, me posicioné frente a mi silla, imitando sus movimientos con cierta torpeza. Me sentía fuera de lugar, como si yo no debiera estar allí con ellos. Aeran se adelantó, su presencia dominó inmediatamente la sala. Con voz clara y potente, comenzó su discurso.

Sus palabras fluían con una elocuencia que me sorprendió. Hablaba de unidad, de fortaleza, de un futuro brillante para el reino. Sus ojos brillaban con una pasión que no le había visto antes, y por un momento, pude vislumbrar al rey que podría llegar a ser, al líder que su pueblo necesitaba.

La audiencia bebía cada palabra, riendo con sus bromas sutiles y asintiendo con gravedad ante sus declaraciones más solemnes. Incluso aquellos que momentos antes me habían mirado con desprecio parecían cautivados por su carisma.

Cuando Aeran concluyó su discurso y tomó asiento en el trono, la música comenzó a sonar. Los músicos, ocultos entre la gente, llenaron el aire con melodías alegres y festivas. Fue entonces cuando noté un movimiento repentino al pie de las escaleras.

Tres grupos de hombres, cada uno vistiendo los colores distintivos de sus casas, se apresuraron a tomar posición frente al trono. Eran los representantes de las tres casas nobles que habían respondido a la invitación de Aeran.

Observé con fascinación el baile de poder y política. Cada gesto, cada mirada, parecía cargado de significado. Me pregunté cuántos acuerdos se cerrarían esa noche, cuántas alianzas se forjarían o romperían bajo la apariencia de una celebración festiva.

Mientras la música flotaba en el aire, los representantes de las tres casas nobles comenzaron su acercamiento al trono. Observé con atención cómo cada grupo se movía con una gracia estudiada, sus rostros se componían de expresiones de respeto y atención que no lograban ocultar del todo la ambición que brillaba en sus ojos.

El primero en llegar fue Lord Cassius de la Casa Valerian, un hombre alto y delgado con una barba cuidadosamente recortada. Sus ojos, de un azul helado, recorrieron brevemente mi figura antes de centrarse en Aeran. Con una reverencia profunda, comenzó:

—Majestad, es un honor estar en vuestra presencia. La Casa Valerian os reitera su lealtad inquebrantable.

Aeran asintió.

—Lord Cassius, vuestra presencia honra esta celebración. Confío en que las cosechas en vuestras tierras hayan sido abundantes este año.

—Así es, mi rey —respondió Cassius con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Aunque me temo que los impuestos sobre el grano están...

dificultando nuestro comercio con las provincias del sur.

Vi cómo Aeran entrecerró ligeramente los ojos, captando de inmediato la sutileza en las palabras de Lord Cassius.

—Entiendo vuestras preocupaciones, milord. Quizás podríamos discutir este asunto en privado en los próximos días. Estoy seguro de que encontraremos una solución que beneficie a todos.

Cassius inclinó la cabeza, claramente satisfecho de haber plantado la semilla de la negociación. Antes de retirarse, añadió con un tono aparentemente casual:

—Majestad, si me permitís el atrevimiento, mi hija Elara ha florecido en una joven encantadora. Sería un honor para nuestra casa si considerarais una alianza matrimonial.

Aeran mantuvo su expresión neutral, aunque pude notar un ligero endurecimiento en su mandíbula.

—Vuestra oferta es... generosa, Lord Cassius. La tendré en consideración.

Apenas se había retirado cuando Lord Mandel de la Casa Ferrum se adelantó. Era un hombre corpulento, con una voz potente que resonó en la sala:

—Mi rey, la Casa Ferrum os saluda. Nuestras forjas han estado trabajando día y noche para producir las mejores armas y armaduras del reino.

Aeran se inclinó ligeramente, mostrando interés.

—Vuestro trabajo siempre ha sido excepcional, Lord Mandel. ¿Qué novedades me traéis?

—Hemos desarrollado un nuevo proceso de templado que hace nuestras espadas más resistentes y ligeras —explicó Mandel con orgullo—. Con vuestro permiso, nos gustaría equipar a la guardia real con estas nuevas armas.

—Una propuesta interesante —comentó Aeran—. Organizaremos una demostración para evaluar su efectividad.

Mandel asintió, complacido, antes de añadir:

—Majestad, si me lo permitís, mi hijo mayor, Gavin, ha expresado su deseo de servir en la guardia real. Sería un honor para nuestra familia si lo considerarais.

Aeran mantuvo la compostura, aunque pude notar un atisbo de irritación en su mirada.

—Todos los candidatos a la guardia real deben pasar por el mismo proceso de selección, Lord Mandel. Pero aprecio vuestra... sugerencia.

El último en acercarse fue Lord Skerry de la Casa Lumina, un hombre de mediana edad con ojos astutos y una sonrisa calculadora.

—Majestad —comenzó con voz melosa—, la Casa Lumina os trae noticias de prosperidad. Nuestras minas de gemas están produciendo más que nunca.

—Excelentes noticias, Lord Skerry —respondió Aeran—. Confío en que esto se reflejará en los tributos al tesoro real.

Aldric titubeó por un momento antes de recuperar su sonrisa.

—Por supuesto, mi rey. Aunque... nos preguntábamos si sería posible negociar una reducción en los impuestos sobre la exportación de joyas. Esto nos permitiría expandir nuestro comercio con reinos vecinos.

Aeran lo consideró por un momento.

—Una propuesta interesante, Lord Skerry. Discutiremos los detalles en una audiencia privada.

Antes de retirarse, Skerry añadió con un tono conspirador:

—Majestad, no pude evitar notar que aún no habéis elegido una reina. Mi hija menor, Lyanna, acaba de cumplir dieciocho años y ha

sido educada en todas las artes cortesanas. Sería un honor para nuestra casa si la considerarais como una posible candidata.

Vi cómo la expresión de Aeran se endurecía progresivamente.

—Agradezco vuestra preocupación por el futuro de la corona. Sin embargo, la elección de una reina es un asunto que requiere cuidadosa consideración.

No podía negar que escuchar aquellas palabras me provocaba una punzada de dolor en el pecho. Me sentía como una intrusa ocupando un lugar que no me correspondía, invisible ante los ojos de la corte. Nadie parecía

concebirme como la compañera ideal para estar al lado del rey. En el mejor de los casos, no era más que una invitada temporal en aquel mundo, si es que se me podía considerar siquiera eso.

Entonces noté su nariz contra mi piel.

—Ellos y sus hijas pueden marcharse al infierno si así lo desean... — gruñó.

Se detuvo un instante, y pude sentir cómo su cuerpo se tensaba—. No quiero a nadie, ¿me oyes? A nadie que no seas tú.

Sentí como mis mejillas se sonrojaban, pero no dije nada, ya lo dijo la sonrisa involuntaria que salió de entre mis labios.

Mientras los nobles se retiraban, noté que la atención de la sala comenzaba a desviarse hacia mí. El murmullo de las conversaciones se apagó gradualmente, reemplazado por un silencio cargado de expectación. Sentí el peso de cientos de miradas sobre mí, algunas curiosas, otras calculadoras, y muchas de ellas asqueadas. Era como si de repente me hubiera convertido en el centro de un elaborado juego de ajedrez político, y cada movimiento que hiciera sería analizado y juzgado.

Varios jóvenes, hijos de las casas nobles, empezaron a acercarse con intenciones evidentes. Estaban nerviosos, como si se estuvieran preparando para enfrentar a un dragón en lugar de invitar a bailar a una mujer. Podía sentir la tensión de Aeran a mi lado, su cuerpo estaba rígido, como una cuerda de arco a punto de romperse.

El primero en llegar fue un joven apuesto de cabello dorado y ojos verdes.

Se inclinó ante mí, un movimiento que sin duda había ensayado frente al espejo cientos de veces. En el momento en que el joven se acercó, sentí cómo Aeran apretaba el puño y su mandíbula. Su mirada se volvió feroz, como si pudiera escupir fuego al igual que su dragona. Si las miradas pudieran matar, el pobre muchacho habría quedado reducido a cenizas en el acto.

—Dama —dijo el joven con voz suave, aunque pude notar un ligero temblor en su tono—, sería un honor si me concedierais este baile.

Escuché las risas ahogadas de los hermanos de Aeran, un sonido que solo pareció aumentar la tensión del rey.

Aeran se inclinó hacia adelante con una sonrisa tétrica.

—¿Crees que estas son formas de molestar a una dama? ¿Acaso no ves lo cómoda que está? —Hizo una pausa, y pude ver cómo luchaba por mantener la compostura—. Aparta los ojos de ella y sigue bailando con otra.

El joven palideció visiblemente, como si toda la sangre hubiera abandonado su rostro de golpe. Retrocedió con una reverencia tan apresurada que casi perdió el equilibrio, murmurando disculpas incoherentes mientras se alejaba.

No pude evitar poner los ojos en blanco ante la reacción exagerada de Aeran. Estaba claro que su promesa de no dejarme sola en toda la noche no era una exageración. Sin embargo, una parte de mí, una

parte que me negaba a reconocer, se sentía extrañamente halagada por su protección feroz. Por favor, ¿para qué iba a mentirme? Su posesividad me volvía loca, despertando en mí un hambre que nunca antes había conocido. Me excitaba de tal forma que tuve que apretar los muslos para contener el temblor que amenazaba con delatarme. Mis ojos se fijaron en sus labios, y un pensamiento peligroso se apoderó de mí: quería morderlos, saborearlos, reclamarlos como míos hasta que escuchase su suspiro de placer mezclarse con el mío.

Mi mirada se desvió hacia la pista de baile, donde Avery, estaba bailando con un joven de su edad, hijo de una de las casas nobles. El muchacho parecía nervioso, pero encantado, guiando a Avery con una gentileza que me pareció conmovedora. Noté que Aeran no les quitaba el ojo de encima, su mirada oscilaba entre la vigilancia fraternal y la desconfianza real.

No pasó mucho tiempo antes de que otro pretendiente se acercara. Esta vez, era un hombre de mediana edad con una barba bien cuidada y ojos astutos que brillaban con una inteligencia calculadora. Su actitud exudaba confianza, como si estuviera seguro de que su estatus y experiencia le darían una ventaja sobre los jóvenes inexpertos.

—Bella dama —comenzó, ignorando deliberadamente a Aeran como si no fuera más que un adorno en el trono—, ¿me haríais el honor de acompañarme en esta danza?

Sentí cómo Aeran se tensaba aún más a mi lado, si es que eso era posible.

—Quizás sea más apropiado que busque a una de su edad, mi señor —dijo Aeran, su tono engañosamente suave mientras se servía más vino. Una sonrisa que no llegaba a sus ojos curvó sus labios—. El salón está lleno de damas más adecuadas para usted.

El hombre se retiró, no sin antes lanzarme una mirada de curiosidad mezclada con algo que parecía casi lástima. Me pregunté qué

historias circularían ya sobre mí en la corte, qué rumores se susurrarían tras abanicos y copas de vino. O qué dirían a la mañana siguiente de mí.

Me giré hacia Aeran para observarle. Estaba saboreando el vino con una calma fingida, como si no acabara de ahuyentar a otro pretendiente, como si el aire entre nosotros no estuviera cargado de electricidad.

—¿No vas a dejar que baile con nadie?

Aeran bajó lentamente la copa, sus ojos se encontraron con los míos. Eran oscuros, intensos, un abismo en el que podría perderme si no tenía cuidado.

Por un momento, el bullicio del salón pareció desvanecerse, dejándonos solos en nuestra burbuja de tensión.

—Estos tipejos solo quieren manosearte en el baile, nada más — gruñó. Se inclinó hacia mí, tan cerca que pude sentir el calor de su aliento en mi oído

—. Además, ¿por qué demonios tienen que venir a pedírtelo a ti, que estás a mi lado? ¿Acaso no ha quedado claro?

Su proximidad me abrumaba, nublando mis pensamientos. Podía oler su aroma, ese que me hacía perder la cabeza. Sus palabras, cargadas de posesividad, deberían haberme ofendido. En cambio, sentí una oleada de calor recorrer mi cuerpo.

—¿Qué es lo que debería quedar claro, Aeran? —me atreví a preguntar.

Sabía que estaba jugando con fuego, pero no podía, no quería detenerme.

Sus ojos se oscurecieron aún más. Una de sus manos se posó en mi barbilla para que le mirase, un toque ligero, pero firme que me ancló

al suelo.

—Que eres mía —murmuró—. Que cada hombre en esta sala debería saber que no tiene ninguna oportunidad contigo.

Sabía que debería alejarme, mantener la compostura, pero mi cuerpo traicionaba a mi mente, inclinándose imperceptiblemente hacia él.

—¿Y si yo quisiera bailar con alguien más? —desafié, aunque mi voz tembló ligeramente, traicionando mi falsa fanfarronería.

La mano en mi barbilla se tensó, atrayéndome un poco más cerca. Aeran inclinó la cabeza, sus labios rozaron mi oreja mientras susurraba:

—Entonces tendré que convencerte de que no hay mejor pareja de baile que yo.

Pero el destino, o quizás la persistencia de la nobleza, tenía otros planes.

Otro joven se acercó, este con pelo oscuro y ojos de un verde profundo que recordaban a un bosque en primavera. Hizo una reverencia ante nosotros, y pude sentir cómo Aeran se preparaba para lanzar otra negativa cortante.

Aparté su mano de mí, lo que provocó una clara molestia.

—Dama —dijo el joven, su voz era firme a pesar de la mirada asesina que Aeran le estaba lanzando—, para mí sería un placer compartir un baile.

—A mí... —comenzó Aeran, pero lo interrumpí antes de que pudiera completar su frase.

—Por supuesto —dije, poniéndome de pie.

Me levanté, sintiendo la mirada de Aeran ardiendo en mi espalda. Podía imaginar su expresión: sorpresa, ira y quizás un toque de traición. Pero no me importaba. No era su posesión, no era una muñeca que pudiera colocar

en una estantería y admirar desde lejos. Era una persona, con voluntad propia, y si quería bailar, bailaría.

—Nefy... —gruñó Aeran con una advertencia que ignoré.

Sabía que estaba jugando con fuego, desafiándolo así en público, pero una parte de mí se deleitaba en ello. Quería que viera que no podía controlarme, que no era una de sus súbditas para dar órdenes.

El joven noble me guio hacia la pista de baile con una mano en mi espalda.

Mientras comenzábamos a movernos al ritmo de la música, no pude evitar lanzar una mirada hacia el trono. Aeran estaba sentado rígidamente, con su mandíbula apretada y sus ojos fijos en nosotros. Parecía estar librando una batalla interna, debatiéndose entre ser impulsivo o comportarse.

—Me llamo Cedric —dijo mi pareja de baile, sacándome de mis pensamientos—. Es un placer conoceros finalmente, dama. Se habla mucho de vos en la corte.

Arqueé una ceja, intrigada.

—¿Oh? ¿Y qué es lo que se dice, Cedric?

Él sonrió, un gesto que iluminó sus ojos verdes.

—Que sois una mujer de gran poder y misterio. Que habéis cautivado al rey con vuestros encantos. Algunos incluso susurran que sois una hechicera capaz de domar dragones.

No pude evitar soltar una risa suave.

—Me temo que los rumores son mucho más interesantes que la realidad, mi lord.

—Lo dudo mucho —respondió Cedric, girándome con gracia—. Creo que la realidad es aún más fascinante que cualquier rumor.

La música envolvía el salón, una danza suave que parecía acariciar el aire.

Mientras bailábamos, sentía la mirada constante de Aeran sobre nosotros.

Era como un peso físico, una presencia tangible que me hacía ser dolorosamente consciente de cada movimiento, de cada toque. Me pregunté qué estaría pensando, qué estaría sintiendo al verme en brazos de otro hombre. ¿Serían celos lo que percibía en su mirada penetrante, o simplemente disgusto?

Sentí los dedos de mi acompañante deslizarse por mi cintura mientras girábamos, provocándome un escalofrío involuntario. La tela de mi vestido, antes suave y etérea, ahora parecía pegarse a mi piel como una segunda capa incómoda. Intentaba imitar los movimientos de las otras parejas, pero cada roce de sus manos me ponía más tensa, haciendo que mis pasos fueran torpes y descoordinados. Era un baile lento, supuestamente fácil, pero mi mente estaba dividida entre tratar de no tropezar y el deseo urgente de alejarme.

—¿Le han comentado ya lo hermosa que es? —susurró mi pareja de baile, acercando su rostro peligrosamente al mío. Su voz, que pretendía ser seductora, me provocó náuseas. Sus dedos se clavaron en mi cintura con más fuerza, y tuve que reprimir el impulso de apartarme bruscamente. Por un instante, casi agradecí la mirada ardiente que nos seguía desde el trono, deseando que alguien interrumpiera este momento tortuoso.

Mordí mis labios con fuerza, casi hasta hacerme daño, en un intento desesperado de mantener la compostura. El calor que subía a mis

mejillas no era de vergüenza, sino de un profundo malestar. Sus halagos, lejos de complacerme, me producían una sensación de náusea creciente.

—Gracias por su... comentario —respondí con voz tensa, luchando por mantener un tono cortés mientras cada fibra de mi ser gritaba por alejarse.

La cercanía física que el baile nos imponía se sentía como una prisión sofocante.

—Oh, no tiene que agradecerme. Solo digo la verdad —insistió, acercando su rostro aún más al mío—. ¿Sabe? Su piel es como la seda más fina. Me pregunto si es así de suave en todas partes.

Su comentario me revolvió el estómago. Traté de aumentar la distancia entre nosotros, pero sus manos me mantuvieron firmemente en mi lugar.

Cuando volvió a girarme, sus manos se pegaron a mi cuerpo como garras.

Sus dedos se deslizaron por mis brazos desnudos, dejando un rastro que me quemaba. El contacto me provocó un violento escalofrío de repulsión, y creí escuchar un gruñido amenazante que procedía del trono.

—¿Está ya comprometida? —Su pregunta estaba cargada de una intención que me revolvió el estómago. Me quedé paralizada, sintiendo cómo su aliento, demasiado cerca de mi rostro, me producía arcadas.

—No, no soy de esas —logré musitar entre dientes apretados, rezando para que captara la indirecta y me soltara de una vez. Cada segundo que pasaba en sus brazos era una tortura.

—¿No es de esas? —repitió, con una sonrisa que me heló la sangre —.

¿Acaso prefiere... otros placeres? Porque puedo ser muy versátil, mi querida dama.

El horror ante su insinuación me dejó sin palabras. Sentí que me ahogaba en mi propio disgusto.

—Es una pena —continuó, ignorando deliberadamente mi evidente incomodidad—. Seguro que sería una mujer ideal. Y su descendencia sería la más hermosa del reino.

El asco y la repulsión me invadieron por completo. Sus palabras, lejos de ser halagadoras, me parecieron obscenas y repugnantes.

—Imagino que nunca ha estado con un verdadero hombre —susurró en mi oído, su aliento caliente provocándome escalofríos de repulsión —. Yo podría enseñarle cosas que ni siquiera ha soñado.

¿Cómo se atrevía a hablar así? Sentí que me faltaba el aire, como si sus manos estuvieran estrangulándome lentamente. Mi sonrisa cortés se había convertido en una mueca de dolor, y mis ojos, desesperados, buscaron el trono como quien busca un salvavidas en medio de un mar embravecido.

—Yo... creo que debería irme —logré balbucear, intentando liberarme de su agarre.

—Oh, pero la noche es joven —insistió, apretando su agarre—. Y tengo tantas cosas que mostrarle...

Sus palabras, cargadas de amenaza, me resultaban tan invasivas y fuera de lugar que sentí náuseas. ¿Acaso era normal hablar así con alguien a quien acabas de conocer? El miedo me paralizaba, impidiéndome reaccionar como deseaba. Mis ojos buscaron instintivamente el trono una vez más, desesperados por encontrar

una vía de escape de este baile que se había convertido en una pesadilla.

Para mi sorpresa y creciente terror, Aeran ya no estaba allí. Un escalofrío de pánico me recorrió la espalda, helándome hasta los huesos. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué se había ido? ¿Me había abandonado a mi suerte con este depredador?

Mis preguntas encontraron respuesta de forma brutal e instantánea. De repente, una mano se posó sobre el hombro de mi acosador, girándolo con tanta fuerza que por un momento temí que le dislocara el brazo.

Ahí estaba Aeran, pero no era el Aeran que conocía. Su rostro estaba transfigurado por una furia que jamás había visto en él. Sus ojos ardían con un fuego que me heló la sangre. La mandíbula tensa, las venas de su cuello palpitando visiblemente, todo en él exudaba una rabia que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Quita. Tus. Manos. De. Ella.



Una promesa más allá de palabras

Extendió su mano hacia mí con una orden silenciosa que no admitía réplica.

Tomé su mano, sintiendo la calidez de su piel contra la mía. Sin mediar palabra, me llevó al centro de la pista, colocando su otra mano en mi cintura con firmeza. Comenzamos a movernos al ritmo de la música. Yo guardaba silencio, negándome a confesar lo incómoda que me había sentido bailando con otro, aunque sabía que él lo había notado.

—¿Te diviertes? —preguntó Aeran.

—Bastante. ¿Y tú? ¿Disfrutas observando desde tu trono?

Sus dedos se tensaron ligeramente en mi cintura, acercándome más a él.

Nuestros cuerpos estaban ahora tan cerca que podía sentir el calor emanando de su pecho.

—No particularmente. —No dejaba de mirarme directamente a los ojos—.

No cuando tengo que ver cómo otros te tocan.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda ante la intensidad de su mirada, pero mantuve mi expresión desafiante.

—Oh, qué pena —dije con falsa simpatía—. Quizás deberías buscar una pareja de baile. Estoy segura de que hay muchas damas ansiosas por una oportunidad.

Aeran me hizo girar bruscamente, atrayéndome de vuelta a sus brazos con más fuerza de la necesaria. Su rostro estaba ahora a centímetros del mío.

—Sabes muy bien que no puedo evitar las propuestas si no estoy casado.

—Y tú sabes que no puedo rechazar a otros si no estoy con nadie —

contraataqué, clavando mis dedos en su hombro.

Seguimos moviéndonos al ritmo de la música, nuestros cuerpos iban en perfecta sincronía a pesar de la tensión.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Estar con alguien? —Su voz se tornó grave, casi peligrosa, como si la mera idea le causara un dolor físico —. ¿O es que disfrutas torturándome con la idea de verte en brazos de otro?

Sentí cómo su mano en mi cintura se deslizaba lentamente hacia mi espalda baja, un gesto sutil, pero íntimo que envió una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Tragué saliva, porque aquella pregunta era muy difícil; conociendo mi futuro, no sería justo para nadie.

—Quizás. ¿Y tú, Aeran? ¿Qué es lo que quieres?

Su mirada se intensificó, recorriendo mi rostro como si quisiera memorizar cada detalle. Sentí cómo su pulgar acariciaba suavemente la piel expuesta de mi espalda.

—Quiero que dejes de jugar con fuego, Nefely —murmuró, inclinándose para hablar directamente en mi oído—. No sabes lo que provocas en mí.

Cada sonrisa tuya me consume, cada roce accidental me enloquece. Estoy al borde de un abismo, y tú eres la única que puede salvarme o empujarme al vacío.

—¿Yo? —pregunté, fingiendo inocencia mientras deslizaba mi mano desde su hombro hasta su pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón—.

¿Cuántos matrimonios te han ofrecido en una sola noche? ¿Y a ti te molesta que yo pueda bailar con otro?

Me separó más de él para mirarme a los ojos, su mirada buscaba algo en las profundidades de mi alma. Algo que ni yo misma

entendía, porque él me dolía, la situación me desgarraba por dentro. Porque, maldita sea, le quería con una intensidad que me asustaba. Todo mi cuerpo le reclamaba: mis ojos anhelantes, mis labios temblorosos, mi ser entero vibrando por su cercanía.

Negarlo ya era la cosa más estúpida que podía hacer, pero, ¿reclamarle?

¿Quién era yo para hacerlo? No era más que una maldita curandera, una campesina. Una bruja, como él mismo me llamaba, a veces con cariño, a veces con frustración.

Intenté separarme para marcharme, mi orgullo herido luchaba contra el deseo de permanecer entre sus brazos. Pero en cuanto lo intenté, él me volvió a atraer hacia su pecho y me abrazó con una fuerza que hablaba de desesperación y miedo a perderme.

—No te atrevas a irte —gruñó con voz quebrada—. El pánico a perderte, a verte desaparecer, me enloquece. No intento justificarme, Nefy, maldita sea.

Pero verte con otro, imaginarte marchándote... me tortura pensando que podrías elegir abandonarme, volver a tu vida anterior. Y si es lo que deseas, te daré hasta la última gota de mi sangre para que vivas como una reina. No me tendrás cerca, aunque tu ausencia me consuma por dentro. Al principio no podré evitar seguirte como una sombra. Pero acabaré arrancándome el corazón para dejarte ir, porque sé que debo de hacerlo.

Me apoyé en su hombro con los ojos llorosos al escucharle, mi corazón estaba dividido entre la ternura y el dolor.

—Construiré para ti un palacio, jamás conocerás el hambre, ni la enfermedad, ni la carencia. Tendrás todas esas hierbas extrañas que tanto amas... —Una sonrisa amarga se dibujó en mis labios al oír eso último, tan propio de él—. Te lo entregaría todo para que, aun lejos

de mí, vivieras como mereces. Sé que tenías una vida antes de que te arrancara de ella, lo

sé, y te encadené a mí. Lo lamento con cada fibra de mi ser. No tengo derecho a reclamarte como mía, aunque ese deseo me consuma vivo.

No podía separarme de él, de la piel de su cuello, de su aroma embriagador, de la protección que me brindaban sus brazos. Porque durante muchos años siempre sentí miedo, pero admitirlo era hacerlo real. En las noches solitarias, las lágrimas se acumulaban en mí, luchando por salir, preguntándome por qué no era digna de tener a alguien a mi lado. Me sentía sola, ausente de un mundo que parecía necesitarme, pero que, cuando hacía todo lo que me pedía, volvía a rechazarme sin piedad. Hasta que llegué a él, y todo cambió.

—Y... en un futuro, inevitablemente, alguien caerá rendido a tus pies, porque resistirse a ti es una batalla perdida —continuó—. Alguien sin mis sombras, alguien a quien entregarías tu corazón sin reservas, sin el veneno de la duda corroyéndote las entrañas.

¿Cómo podía ser tan ciego? Le elegiría a él un millón de veces, y aun así me parecería insuficiente. No existía otra alma en este mundo que me hiciera sentir tan viva, tan completa, tan dolorosamente real. Pero esta verdad era un veneno, una maldición para ambos. Él merecía alguien de su estirpe, alguien que no manchara su nombre con escándalos y murmuraciones. Y yo... yo que había jurado no depender jamás de nadie, me ahogaba en la contradicción de mi propio deseo. No era justo, no con el futuro oscuro que sabía me aguardaba.

Sin embargo, mientras permanecía entre sus brazos, escuchando el latido de su corazón, me di cuenta de que tal vez la justicia y el amor no siempre iban de la mano.

Durante todo este tiempo no habíamos dejado de bailar, aunque era un baile tan lento que casi parecíamos parados.

—Jamás podré limpiar la sangre de mis manos, Nefy. —Su voz era un susurro atormentado, cada palabra una daga que se hundía en su propia carne—. El sufrimiento que te infligí... es una maldición que me perseguirá más allá de la muerte. En la penumbra de cada noche, revivo el terror en tus

ojos, y el odio hacia mí mismo me devora como un fuego insaciable. Soy un monstruo que se atrevió a lastimar a un ángel.

Una lágrima traicionera se deslizó por mi mejilla, quemando mi piel y empapando la tela de su camisa. Las palabras se atascaron en mi garganta, formando un nudo asfixiante que amenazaba con desgarrarme por dentro.

—Pero escúchame bien, Nefy. Te elevaré tan alto que los dioses mismos envidiarán tu posición. Serás venerada como la sanadora suprema, tu nombre resonará en cada rincón del reino y más allá de sus fronteras.

Cuando hablen de sabiduría y compasión, solo pronunciarán tu nombre en un susurro reverente.

Su mano recorrió mi espalda con una caricia que era a la vez una promesa y una sentencia.

—Te daré el mundo entero si así lo deseas —murmuró contra mi oído, su aliento abrasador como el viento del desierto—. Erigiré para ti un templo de sanación que eclipsará a los palacios de los reyes. Sus salas resplandecerán con una luz que ahuyentará hasta la sombra más oscura de la enfermedad.

Tus jardines de hierbas medicinales se extenderán hasta el horizonte, un mar verde de vida y esperanza. Traeré a los sanadores más sabios de tierras remotas para que se arrodillen ante tu conocimiento, y tus descubrimientos serán preservados en pergaminos sagrados, custodiados por los más fieles guardianes para que tu sabiduría ilumine a las generaciones venideras por toda la eternidad.

Sus dedos se enredaron en mi cabello con una delicadeza escalofriante, como si estuviera manipulando hilos invisibles de poder y destino.

—Mi familia será tu familia, Nefy. No solo en palabras, sino en hechos.

Tendrás un lugar en la mesa principal, junto a mí, en cada celebración y festín. Los vestidos más finos, tejidos con hilos de oro y plata, las joyas más exquisitas, engarzadas con piedras preciosas de tierras lejanas, todo será tuyo si así lo desees. Pero más allá de estas riquezas efímeras, conquistarás algo mucho más valioso: el respeto inquebrantable y el feroz cariño de cada miembro de la familia. No serás una intrusa, sino el corazón palpitante de nuestra dinastía, tan esencial como la sangre que corre por nuestras venas.

Hizo una pausa, como si estuviera considerando sus siguientes palabras con sumo cuidado.

—Desde la última y más insignificante moneda enterrada en las profundidades de mis arcas, hasta el más vasto y fértil de mis territorios, todo estará a tu disposición —continuó, su voz adquiriendo un tono casi hipnótico—. No como un regalo que pueda ser revocado, sino como tu derecho inalienable. Portarás tu propio sello, un símbolo de poder que hará temblar a reyes. Tu guardia personal, formada por guerreros cuya lealtad ha sido forjada en el fuego de mil batallas, estará dispuesta a morir por ti sin dudarlo. Cada decisión sobre las tierras, cada negociación comercial, cada aspecto del reino que despierte tu interés estará bajo tu dominio. Tu voz resonará con la misma autoridad que la mía en cada decreto, en cada ley que se promulgue. Tu voluntad será el viento que guíe las velas de nuestro destino.

Levantó mi rostro con suavidad. En sus ojos vi un torbellino de emociones: arrepentimiento, esperanza, seguridad y algo más profundo, algo que me asustaba y me emocionaba a partes iguales.

—Serías mi reina, Nefy —declaró, su voz cargada de una intensidad que me sacudió hasta los huesos, como si cada palabra fuera un relámpago golpeando directamente mi alma—. No una figura decorativa, sino el poder mismo encarnado. Tu voz resonará en los consejos como un trueno, tus decisiones serán ley inquebrantable. Gobernaremos no como dos mitades de un todo, sino como dos fuerzas de la naturaleza unidas en un propósito común, nuestras fortalezas entrelazadas, nuestras debilidades transformadas en acero bajo el fuego de nuestra unión. Si anhelas sumergirte en los oscuros abismos de la política o desentrañar los secretos de la estrategia militar, pondré a tu disposición a maestros. Y si eliges mantenerte fiel a tu arte de sanación, me aseguraré de que tu nombre sea susurrado con temor reverencial en cada rincón donde la enfermedad ose mostrar su rostro.

Su pulgar trazó el camino de mi lágrima con una caricia que parecía querer borrar no solo esa gota salada, sino todo el dolor del pasado.

—En tu propio jardín de hierbas medicinales podrás experimentar, crear nuevos remedios sin límites. Si quieres viajar para ampliar tus

conocimientos, lo haremos juntos. Visitaremos tierras lejanas, aprenderemos de otras culturas. Conoceremos a sabios y sanadores de todos los rincones del mundo, y tu sabiduría crecerá con cada viaje.

Tomó una respiración profunda antes de continuar.

—Y si algún día decides que quieres tener hijos, Nefy... —Su voz se suavizó, cargada de una emoción que nunca antes había percibido en él—.

Te juro por todo lo que amo, que es principalmente a ti, que seré el padre más devoto que haya existido. Serían nuestros hijos, Nefy, el fruto perfecto de nuestro amor. Imagínalos, pequeños milagros con tu brillante inteligencia y mi inquebrantable determinación, tu infinita compasión entrelazada con mi fuerza protectora. Niños que no solo

serían el orgullo de un reino, sino la luz de nuestras vidas, nuestra razón de ser y existir.

Hizo una pausa, como si estuviera visualizando ese futuro con claridad cristalina.

—Los amaría con cada fibra de mi ser, Nefy. Anhelo ver en ellos el resplandor de tus ojos, esa chispa de vida que me cautivó desde el primer momento. Imagina a una pequeña con tu cabello rebelde, tu risa que es música para mis oídos, y esa fiereza tuya que me enamoró. O a un niño con tu valentía indomable, con esa forma única que tienes de ver belleza incluso en lo más oscuro del mundo. Serían la prueba viviente de que nuestro amor es más fuerte que cualquier adversidad, un faro de esperanza en los momentos más sombríos.

Su voz se convirtió en un susurro cargado de ternura y promesas eternas.

—Los educaríamos juntos, Nefy, como un equipo inseparable. Tú les enseñarías el arte sagrado de la sanación, sembrarías en sus corazones esa compasión que te hace tan especial, les mostrarías cómo ver más allá de las apariencias para encontrar la verdadera esencia de las personas. Les inculcarías ese respeto profundo por la naturaleza, esa conexión con el delicado equilibrio de la vida que tú entiendes tan bien. Y yo, mi amor, les enseñaría a ser justos y sabios, a liderar con el corazón, a comprender que el poder verdadero no está en dominar, sino en servir y proteger. Juntos, les mostraríamos que el amor, la compasión y la sabiduría son las fuerzas más

poderosas del universo, capaces de sanar heridas, unir corazones y crear un mundo mejor.

Sus ojos brillaban con una intensidad que nunca antes había visto en ellos.

—Imagínalos, mi amor, correteando por los vastos jardines del palacio, sus risas resonando como la más dulce de las melodías. —Su

voz temblaba de emoción contenida—. Verlos aprender a montar a caballo bajo tu mirada protectora, y más tarde, desafiando el cielo mismo sobre el lomo de un dragón. En las noches despejadas, los llevaríamos a la torre más alta, donde les enseñaríamos a leer el mapa estelar, a soñar más allá de los confines de nuestro mundo. Les abriríamos las puertas del conocimiento, Nefy, guiándolos en el arte de la palabra, del pensamiento crítico. Crecerían con el universo a sus pies, pero con las raíces firmemente ancladas en la tierra gracias a tu sabiduría, tu inquebrantable sentido de la realidad.

Tomó otra respiración profunda.

—Serían los herederos del reino, sí, pero más que eso, serían nuestro legado de amor. Les daríamos todo el cariño que merecen, todo el apoyo que necesiten. Les enseñaríamos a ser fuertes, pero amables, a ser líderes, pero también a servir a su pueblo. A entender que la verdadera grandeza no está en los títulos o las riquezas, sino en la capacidad de hacer el bien, de sanar, de unir.

Su voz se llenó de una seguridad inquebrantable, como si de verdad se creyese todo lo que estaba diciendo.

—Y cada noche, cuando los arropemos juntos, les contaríamos historias.

Historias de cómo nos conocimos, de cómo su madre valiente cambió el corazón de un rey testarudo. Les hablaríamos de tus hazañas como sanadora, de cómo salvaste vidas y cambiaste el reino para mejor. Les contaríamos sobre las batallas que libramos, no con espadas, sino con compasión y sabiduría. Aprenderían que el verdadero coraje no está en la fuerza de las armas, sino en la fuerza del corazón.

Sus ojos buscaron los míos, estaban llenos de una esperanza y un amor tan profundos que me dejaron sin aliento.

—Les enseñaría a respetarte, Nefy, a admirarte como yo lo hago. A ver en ti no solo a su madre, sino a una líder, una sanadora, una

mujer extraordinaria que cambió el curso de la historia con su bondad y su sabiduría. Y juntos, Nefy, los veríamos crecer, los guiaríamos en su camino. Celebraríamos sus logros y los consolaríamos en sus fracasos. Estaríamos allí en cada paso, en cada tropiezo, en cada triunfo.

Hizo una pausa, su voz temblando ligeramente con la intensidad de la emoción.

—Y cuando llegue el momento, los prepararíamos para liderar. Les enseñaríamos a gobernar con justicia y compasión, como tú me has enseñado a mí. Serían los líderes que el reino necesita, Nefy, porque tendrían lo mejor de ambos. Tu compasión y mi determinación, tu sabiduría y tu fuerza. Imagínalos, Nefy, llevando a nuestro pueblo a una era de paz y prosperidad, curando las heridas del pasado y construyendo un futuro brillante.

Su voz se suavizó, convirtiéndose casi en una caricia.

—Pero más allá de los títulos y las responsabilidades, serían nuestros hijos, mi amada Nefy. Nuestros pequeños milagros, frutos del amor que compartimos. Y cada día, cuando los vea crecer, cuando los vea florecer bajo nuestro cuidado amoroso, me enamoraré de ti una y otra vez, como si cada amanecer fuera el primero de nuestras vidas juntos. Porque en ellos veré reflejado todo lo que amo de ti, cada gesto, cada sonrisa, cada virtud que me ha transformado en un mejor hombre, en un rey digno de tu amor.

Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas,

—Eso es lo que te ofrezco, Nefy. No solo un reino, no solo riquezas. Te ofrezco una vida, un futuro. Te ofrezco la oportunidad de crear algo hermoso juntos, algo que trascienda nuestras vidas y perdure por generaciones. Imagina, mi amor, una dinastía nacida de nuestra unión, un linaje que combine tu fuerza y mi determinación, tu compasión y mi visión.

Juntos, podríamos forjar un legado que perdure a lo largo de los siglos, un reino que florezca bajo el cuidado de nuestros descendientes, cada uno

llevando en su sangre la historia de nuestro amor. Te ofrezco mi corazón, mi alma, todo lo que soy y todo lo que puedo llegar a ser a tu lado.

El silencio que siguió fue pesado, con una tensión casi insoportable. Allí, en medio del salón, seguimos moviéndonos lentamente con nuestros cuerpos unidos en una danza que era tanto un final como un comienzo. Cada paso, cada giro suave, era un puente entre lo que fuimos y lo que podríamos ser.

Sentía el calor de su cuerpo contra el mío, el roce de su mano en mi cintura.

Su aliento cálido acariciaba mi mejilla, y podía sentir el latido de su corazón, un ritmo fuerte y constante que parecía sincronizarse con el mío propio. En ese momento, el mundo entero parecía contener la respiración, esperando mi respuesta a una promesa que iba más allá de las palabras.

Los ojos de Aeran, brillaban con una intensidad que me robaba el aliento.

En ellos podía ver reflejado un futuro que nunca me había atrevido a imaginar: un futuro lleno de amor, de redención, de posibilidades infinitas.

Un futuro donde yo era más que una sanadora, más que una prisionera. Un futuro donde era su igual, su compañera, su reina.

La tentación de ceder, de entregarme a esa visión, era casi dolorosa. Podía imaginarme despertando cada mañana a su lado, compartiendo sus alegrías y sus penas. Podía verme caminando por los pasillos del castillo no como una intrusa, sino como alguien que pertenecía allí.

Podía imaginar un mundo donde mis habilidades no eran temidas, sino celebradas y utilizadas para el bien del reino.

Y los niños... oh, los niños. La idea de tener hijos propios, pequeños seres que serían una mezcla perfecta de Aeran y yo, hacía que mi corazón se desbordara de una emoción tan intensa que me dejaba sin aliento.

Imaginaba pequeños con los ojos penetrantes de Aeran y mi sonrisa traviesa, herederos de su férrea determinación y de mi infinita compasión.

En mi mente, los veía corriendo por los pasillos del castillo, llenando las antiguas piedras con sus risas cristalinas. Los imaginaba aprendiendo a empuñar una espada con la maestría de su padre y a tejer las palabras con la habilidad de su madre. Serían el puente perfecto entre dos mundos que una vez estuvieron en guerra, la prueba viviente de que el amor puede florecer incluso en el terreno más inhóspito.

Era un sueño hermoso, tan hermoso que dolía.

Pero la realidad, fría y cruel, se cernía sobre mí como una sombra oscura, imposible de ignorar. Porque, aunque yo anhelaba ese futuro con cada fibra de mi ser, aunque no deseaba nada más en el mundo que aceptar la oferta de Aeran... no podía. No porque yo lo eligiera así, no porque no lo amara lo suficiente, sino porque desde que era pequeña, mi vida tenía una fecha de fin.

Mi vida tenía un fin, y ese fin no estaba lejos. Sabía cuándo iba a morir, sabía que iba a morir, y era una visión que no podía cambiar. Lo había intentado todo a lo largo de los años: pociones, hechizos, todo...

Pero el resultado siempre era el mismo. Mi muerte estaba escrita desde el día que nací, una sentencia inapelable contra la que no podía luchar.

Yo moriría antes de mi siguiente cumpleaños.

Y Aeran no lo sabía.

Por eso nada me asustaba, nada de lo que me exponía, nada a lo que me arriesgaba. La muerte ya no era un temor lejano, sino una compañera constante, una sombra que me seguía a cada paso. Sabía cómo moriría, por eso siempre me había dado igual arriesgarme. ¿Qué importaba enfrentarme a dragones, desafiar a reyes o adentrarme en territorios peligrosos? Mi destino ya estaba sellado. Nada de lo que hiciera me alejaría de esa muerte.

Ni siquiera él, ya lo había visto.



Una promesa más allá de palabras

Extendió su mano hacia mí con una orden silenciosa que no admitía réplica.

Tomé su mano, sintiendo la calidez de su piel contra la mía. Sin mediar palabra, me llevó al centro de la pista, colocando su otra mano en mi cintura con firmeza. Comenzamos a movernos al ritmo de la música. Yo guardaba silencio, negándome a confesar lo incómoda que me había sentido bailando con otro, aunque sabía que él lo había notado.

—¿Te diviertes? —preguntó Aeran.

—Bastante. ¿Y tú? ¿Disfrutas observando desde tu trono?

Sus dedos se tensaron ligeramente en mi cintura, acercándome más a él.

Nuestros cuerpos estaban ahora tan cerca que podía sentir el calor emanando de su pecho.

—No particularmente. —No dejaba de mirarme directamente a los ojos—.

No cuando tengo que ver cómo otros te tocan.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda ante la intensidad de su mirada, pero mantuve mi expresión desafiante.

—Oh, qué pena —dije con falsa simpatía—. Quizás deberías buscar una pareja de baile. Estoy segura de que hay muchas damas ansiosas por una oportunidad.

Aeran me hizo girar bruscamente, atrayéndome de vuelta a sus brazos con más fuerza de la necesaria. Su rostro estaba ahora a centímetros del mío.

—Sabes muy bien que no puedo evitar las propuestas si no estoy casado.

—Y tú sabes que no puedo rechazar a otros si no estoy con nadie —

contraataqué, clavando mis dedos en su hombro.

Seguimos moviéndonos al ritmo de la música, nuestros cuerpos iban en perfecta sincronía a pesar de la tensión.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Estar con alguien? —Su voz se tornó grave, casi peligrosa, como si la mera idea le causara un dolor físico —. ¿O es que disfrutas torturándome con la idea de verte en brazos de otro?

Sentí cómo su mano en mi cintura se deslizaba lentamente hacia mi espalda baja, un gesto sutil, pero íntimo que envió una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Tragué saliva, porque aquella pregunta era muy difícil; conociendo mi futuro, no sería justo para nadie.

—Quizás. ¿Y tú, Aeran? ¿Qué es lo que quieres?

Su mirada se intensificó, recorriendo mi rostro como si quisiera memorizar cada detalle. Sentí cómo su pulgar acariciaba suavemente la piel expuesta de mi espalda.

—Quiero que dejes de jugar con fuego, Nefely —murmuró, inclinándose para hablar directamente en mi oído—. No sabes lo que provocas en mí.

Cada sonrisa tuya me consume, cada roce accidental me enloquece. Estoy al borde de un abismo, y tú eres la única que puede salvarme o empujarme al vacío.

—¿Yo? —pregunté, fingiendo inocencia mientras deslizaba mi mano desde su hombro hasta su pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón—.

¿Cuántos matrimonios te han ofrecido en una sola noche? ¿Y a ti te molesta que yo pueda bailar con otro?

Me separó más de él para mirarme a los ojos, su mirada buscaba algo en las profundidades de mi alma. Algo que ni yo misma entendía, porque él me dolía, la situación me desgarraba por dentro. Porque, maldita sea, le quería con una intensidad que me asustaba. Todo mi cuerpo le reclamaba: mis ojos anhelantes, mis labios temblorosos, mi ser entero vibrando por su cercanía.

Negarlo ya era la cosa más estúpida que podía hacer, pero, ¿reclamarle?

¿Quién era yo para hacerlo? No era más que una maldita curandera, una campesina. Una bruja, como él mismo me llamaba, a veces con cariño, a veces con frustración.

Intenté separarme para marcharme, mi orgullo herido luchaba contra el deseo de permanecer entre sus brazos. Pero en cuanto lo intenté, él me volvió a atraer hacia su pecho y me abrazó con una fuerza que hablaba de desesperación y miedo a perderme.

—No te atrevas a irte —gruñó con voz quebrada—. El pánico a perderte, a verte desaparecer, me enloquece. No intento justificarme, Nefy, maldita sea.

Pero verte con otro, imaginarte marchándote... me tortura pensando que podrías elegir abandonarme, volver a tu vida anterior. Y si es lo que deseas, te daré hasta la última gota de mi sangre para que vivas como una reina. No me tendrás cerca, aunque tu ausencia me consuma por dentro. Al principio no podré evitar seguirte como una sombra. Pero acabaré arrancándome el corazón para dejarte ir, porque sé que debo de hacerlo.

Me apoyé en su hombro con los ojos llorosos al escucharle, mi corazón estaba dividido entre la ternura y el dolor.

—Construiré para ti un palacio, jamás conocerás el hambre, ni la enfermedad, ni la carencia. Tendrás todas esas hierbas extrañas que tanto amas... —Una sonrisa amarga se dibujó en mis labios al oír eso último, tan propio de él—. Te lo entregaría todo para que, aun lejos de mí, vivieras como mereces. Sé que tenías una vida antes de que te arrancara de ella, lo

sé, y te encadené a mí. Lo lamento con cada fibra de mi ser. No tengo derecho a reclamarte como mía, aunque ese deseo me consuma vivo.

No podía separarme de él, de la piel de su cuello, de su aroma embriagador, de la protección que me brindaban sus brazos. Porque

durante muchos años siempre sentí miedo, pero admitirlo era hacerlo real. En las noches solitarias, las lágrimas se acumulaban en mí, luchando por salir, preguntándome por qué no era digna de tener a alguien a mi lado. Me sentía sola, ausente de un mundo que parecía necesitarme, pero que, cuando hacía todo lo que me pedía, volvía a rechazarme sin piedad. Hasta que llegué a él, y todo cambió.

—Y... en un futuro, inevitablemente, alguien caerá rendido a tus pies, porque resistirse a ti es una batalla perdida —continuó—. Alguien sin mis sombras, alguien a quien entregarías tu corazón sin reservas, sin el veneno de la duda corroyéndote las entrañas.

¿Cómo podía ser tan ciego? Le elegiría a él un millón de veces, y aun así me parecería insuficiente. No existía otra alma en este mundo que me hiciera sentir tan viva, tan completa, tan dolorosamente real. Pero esta verdad era un veneno, una maldición para ambos. Él merecía alguien de su estirpe, alguien que no manchara su nombre con escándalos y murmuraciones. Y yo... yo que había jurado no depender jamás de nadie, me ahogaba en la contradicción de mi propio deseo. No era justo, no con el futuro oscuro que sabía me aguardaba.

Sin embargo, mientras permanecía entre sus brazos, escuchando el latido de su corazón, me di cuenta de que tal vez la justicia y el amor no siempre iban de la mano.

Durante todo este tiempo no habíamos dejado de bailar, aunque era un baile tan lento que casi parecíamos parados.

—Jamás podré limpiar la sangre de mis manos, Nefy. —Su voz era un susurro atormentado, cada palabra una daga que se hundía en su propia carne—. El sufrimiento que te infligí... es una maldición que me perseguirá más allá de la muerte. En la penumbra de cada noche, revivo el terror en tus

ojos, y el odio hacia mí mismo me devora como un fuego insaciable. Soy un monstruo que se atrevió a lastimar a un ángel.

Una lágrima traicionera se deslizó por mi mejilla, quemando mi piel y empapando la tela de su camisa. Las palabras se atascaron en mi garganta, formando un nudo asfixiante que amenazaba con desgarrarme por dentro.

—Pero escúchame bien, Nefy. Te elevaré tan alto que los dioses mismos envidiarán tu posición. Serás venerada como la sanadora suprema, tu nombre resonará en cada rincón del reino y más allá de sus fronteras.

Cuando hablen de sabiduría y compasión, solo pronunciarán tu nombre en un susurro reverente.

Su mano recorrió mi espalda con una caricia que era a la vez una promesa y una sentencia.

—Te daré el mundo entero si así lo deseas —murmuró contra mi oído, su aliento abrasador como el viento del desierto—. Erigiré para ti un templo de sanación que eclipsará a los palacios de los reyes. Sus salas resplandecerán con una luz que ahuyentará hasta la sombra más oscura de la enfermedad.

Tus jardines de hierbas medicinales se extenderán hasta el horizonte, un mar verde de vida y esperanza. Traeré a los sanadores más sabios de tierras remotas para que se arrodillen ante tu conocimiento, y tus descubrimientos serán preservados en pergaminos sagrados, custodiados por los más fieles guardianes para que tu sabiduría ilumine a las generaciones venideras por toda la eternidad.

Sus dedos se enredaron en mi cabello con una delicadeza escalofriante, como si estuviera manipulando hilos invisibles de poder y destino.

—Mi familia será tu familia, Nefy. No solo en palabras, sino en hechos.

Tendrás un lugar en la mesa principal, junto a mí, en cada celebración y festín. Los vestidos más finos, tejidos con hilos de oro y plata, las joyas más exquisitas, engarzadas con piedras preciosas de tierras lejanas, todo será tuyo si así lo desees. Pero más allá de estas riquezas efímeras, conquistarás algo mucho más valioso: el respeto inquebrantable y el feroz cariño de cada miembro de la familia. No serás una intrusa, sino el corazón palpitante de nuestra dinastía, tan esencial como la sangre que corre por nuestras venas.

Hizo una pausa, como si estuviera considerando sus siguientes palabras con sumo cuidado.

—Desde la última y más insignificante moneda enterrada en las profundidades de mis arcas, hasta el más vasto y fértil de mis territorios, todo estará a tu disposición —continuó, su voz adquiriendo un tono casi hipnótico—. No como un regalo que pueda ser revocado, sino como tu derecho inalienable. Portarás tu propio sello, un símbolo de poder que hará temblar a reyes. Tu guardia personal, formada por guerreros cuya lealtad ha sido forjada en el fuego de mil batallas, estará dispuesta a morir por ti sin dudarlo. Cada decisión sobre las tierras, cada negociación comercial, cada aspecto del reino que despierte tu interés estará bajo tu dominio. Tu voz resonará con la misma autoridad que la mía en cada decreto, en cada ley que se promulgue. Tu voluntad será el viento que guíe las velas de nuestro destino.

Levantó mi rostro con suavidad. En sus ojos vi un torbellino de emociones: arrepentimiento, esperanza, seguridad y algo más profundo, algo que me asustaba y me emocionaba a partes iguales.

—Serías mi reina, Nefy —declaró, su voz cargada de una intensidad que me sacudió hasta los huesos, como si cada palabra fuera un relámpago golpeando directamente mi alma—. No una figura decorativa, sino el poder mismo encarnado. Tu voz resonará en los consejos como un trueno, tus decisiones serán ley inquebrantable. Gobernaremos no como dos mitades de un todo, sino como dos fuerzas de la naturaleza unidas en un propósito común, nuestras

fortalezas entrelazadas, nuestras debilidades transformadas en acero bajo el fuego de nuestra unión. Si anhelas sumergirte en los oscuros abismos de la política o desentrañar los secretos de la estrategia militar, pondré a tu disposición a maestros. Y si eliges mantenerte fiel a tu arte de sanación, me aseguraré de que tu nombre sea susurrado con temor reverencial en cada rincón donde la enfermedad ose mostrar su rostro.

Su pulgar trazó el camino de mi lágrima con una caricia que parecía querer borrar no solo esa gota salada, sino todo el dolor del pasado.

—En tu propio jardín de hierbas medicinales podrás experimentar, crear nuevos remedios sin límites. Si quieres viajar para ampliar tus

conocimientos, lo haremos juntos. Visitaremos tierras lejanas, aprenderemos de otras culturas. Conoceremos a sabios y sanadores de todos los rincones del mundo, y tu sabiduría crecerá con cada viaje.

Tomó una respiración profunda antes de continuar.

—Y si algún día decides que quieres tener hijos, Nefy... —Su voz se suavizó, cargada de una emoción que nunca antes había percibido en él—.

Te juro por todo lo que amo, que es principalmente a ti, que seré el padre más devoto que haya existido. Serían nuestros hijos, Nefy, el fruto perfecto de nuestro amor. Imagínalos, pequeños milagros con tu brillante inteligencia y mi inquebrantable determinación, tu infinita compasión entrelazada con mi fuerza protectora. Niños que no solo serían el orgullo de un reino, sino la luz de nuestras vidas, nuestra razón de ser y existir.

Hizo una pausa, como si estuviera visualizando ese futuro con claridad cristalina.

—Los amaría con cada fibra de mi ser, Nefy. Anhelo ver en ellos el resplandor de tus ojos, esa chispa de vida que me cautivó desde el primer momento. Imagina a una pequeña con tu cabello rebelde, tu risa que es música para mis oídos, y esa fiereza tuya que me enamoró. O a un niño con tu valentía indomable, con esa forma única que tienes de ver belleza incluso en lo más oscuro del mundo. Serían la prueba viviente de que nuestro amor es más fuerte que cualquier adversidad, un faro de esperanza en los momentos más sombríos.

Su voz se convirtió en un susurro cargado de ternura y promesas eternas.

—Los educaríamos juntos, Nefy, como un equipo inseparable. Tú les enseñarías el arte sagrado de la sanación, sembrarías en sus corazones esa compasión que te hace tan especial, les mostrarías cómo ver más allá de las apariencias para encontrar la verdadera esencia de las personas. Les inculcarías ese respeto profundo por la naturaleza, esa conexión con el delicado equilibrio de la vida que tú entiendes tan bien. Y yo, mi amor, les enseñaría a ser justos y sabios, a liderar con el corazón, a comprender que el poder verdadero no está en dominar, sino en servir y proteger. Juntos, les mostraríamos que el amor, la compasión y la sabiduría son las fuerzas más

poderosas del universo, capaces de sanar heridas, unir corazones y crear un mundo mejor.

Sus ojos brillaban con una intensidad que nunca antes había visto en ellos.

—Imagínalos, mi amor, correteando por los vastos jardines del palacio, sus risas resonando como la más dulce de las melodías. —Su voz temblaba de emoción contenida—. Verlos aprender a montar a caballo bajo tu mirada protectora, y más tarde, desafiando el cielo mismo sobre el lomo de un dragón. En las noches despejadas, los llevaríamos a la torre más alta, donde les enseñaríamos a leer el mapa estelar, a soñar más allá de los confines de nuestro mundo. Les abriríamos las puertas del conocimiento, Nefy, guiándolos en el arte

de la palabra, del pensamiento crítico. Crecerían con el universo a sus pies, pero con las raíces firmemente ancladas en la tierra gracias a tu sabiduría, tu inquebrantable sentido de la realidad.

Tomó otra respiración profunda.

—Serían los herederos del reino, sí, pero más que eso, serían nuestro legado de amor. Les daríamos todo el cariño que merecen, todo el apoyo que necesiten. Les enseñaríamos a ser fuertes, pero amables, a ser líderes, pero también a servir a su pueblo. A entender que la verdadera grandeza no está en los títulos o las riquezas, sino en la capacidad de hacer el bien, de sanar, de unir.

Su voz se llenó de una seguridad inquebrantable, como si de verdad se creyese todo lo que estaba diciendo.

—Y cada noche, cuando los arropemos juntos, les contaríamos historias.

Historias de cómo nos conocimos, de cómo su madre valiente cambió el corazón de un rey testarudo. Les hablaríamos de tus hazañas como sanadora, de cómo salvaste vidas y cambiaste el reino para mejor. Les contaríamos sobre las batallas que libramos, no con espadas, sino con compasión y sabiduría. Aprenderían que el verdadero coraje no está en la fuerza de las armas, sino en la fuerza del corazón.

Sus ojos buscaron los míos, estaban llenos de una esperanza y un amor tan profundos que me dejaron sin aliento.

—Les enseñaría a respetarte, Nefy, a admirarte como yo lo hago. A ver en ti no solo a su madre, sino a una líder, una sanadora, una mujer extraordinaria que cambió el curso de la historia con su bondad y su sabiduría. Y juntos, Nefy, los veríamos crecer, los guiaríamos en su camino. Celebraríamos sus logros y los consolaríamos en sus fracasos. Estaríamos allí en cada paso, en cada tropiezo, en cada triunfo.

Hizo una pausa, su voz temblando ligeramente con la intensidad de la emoción.

—Y cuando llegue el momento, los prepararíamos para liderar. Les enseñaríamos a gobernar con justicia y compasión, como tú me has enseñado a mí. Serían los líderes que el reino necesita, Nefy, porque tendrían lo mejor de ambos. Tu compasión y mi determinación, tu sabiduría y tu fuerza. Imagínalos, Nefy, llevando a nuestro pueblo a una era de paz y prosperidad, curando las heridas del pasado y construyendo un futuro brillante.

Su voz se suavizó, convirtiéndose casi en una caricia.

—Pero más allá de los títulos y las responsabilidades, serían nuestros hijos, mi amada Nefy. Nuestros pequeños milagros, frutos del amor que compartimos. Y cada día, cuando los vea crecer, cuando los vea florecer bajo nuestro cuidado amoroso, me enamoraré de ti una y otra vez, como si cada amanecer fuera el primero de nuestras vidas juntos. Porque en ellos veré reflejado todo lo que amo de ti, cada gesto, cada sonrisa, cada virtud que me ha transformado en un mejor hombre, en un rey digno de tu amor.

Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas,

—Eso es lo que te ofrezco, Nefy. No solo un reino, no solo riquezas. Te ofrezco una vida, un futuro. Te ofrezco la oportunidad de crear algo hermoso juntos, algo que trascienda nuestras vidas y perdure por generaciones. Imagina, mi amor, una dinastía nacida de nuestra unión, un linaje que combine tu fuerza y mi determinación, tu compasión y mi visión.

Juntos, podríamos forjar un legado que perdure a lo largo de los siglos, un reino que florezca bajo el cuidado de nuestros descendientes, cada uno

llevando en su sangre la historia de nuestro amor. Te ofrezco mi corazón, mi alma, todo lo que soy y todo lo que puedo llegar a ser a

tu lado.

El silencio que siguió fue pesado, con una tensión casi insoportable. Allí, en medio del salón, seguimos moviéndonos lentamente con nuestros cuerpos unidos en una danza que era tanto un final como un comienzo. Cada paso, cada giro suave, era un puente entre lo que fuimos y lo que podríamos ser.

Sentía el calor de su cuerpo contra el mío, el roce de su mano en mi cintura.

Su aliento cálido acariciaba mi mejilla, y podía sentir el latido de su corazón, un ritmo fuerte y constante que parecía sincronizarse con el mío propio. En ese momento, el mundo entero parecía contener la respiración, esperando mi respuesta a una promesa que iba más allá de las palabras.

Los ojos de Aeran, brillaban con una intensidad que me robaba el aliento.

En ellos podía ver reflejado un futuro que nunca me había atrevido a imaginar: un futuro lleno de amor, de redención, de posibilidades infinitas.

Un futuro donde yo era más que una sanadora, más que una prisionera. Un futuro donde era su igual, su compañera, su reina.

La tentación de ceder, de entregarme a esa visión, era casi dolorosa. Podía imaginarme despertando cada mañana a su lado, compartiendo sus alegrías y sus penas. Podía verme caminando por los pasillos del castillo no como una intrusa, sino como alguien que pertenecía allí. Podía imaginar un mundo donde mis habilidades no eran temidas, sino celebradas y utilizadas para el bien del reino.

Y los niños... oh, los niños. La idea de tener hijos propios, pequeños seres que serían una mezcla perfecta de Aeran y yo, hacía que mi

corazón se desbordara de una emoción tan intensa que me dejaba sin aliento.

Imaginaba pequeños con los ojos penetrantes de Aeran y mi sonrisa traviesa, herederos de su férrea determinación y de mi infinita compasión.

En mi mente, los veía corriendo por los pasillos del castillo, llenando las antiguas piedras con sus risas cristalinas. Los imaginaba aprendiendo a empuñar una espada con la maestría de su padre y a tejer las palabras con la habilidad de su madre. Serían el puente perfecto entre dos mundos que una vez estuvieron en guerra, la prueba viviente de que el amor puede florecer incluso en el terreno más inhóspito.

Era un sueño hermoso, tan hermoso que dolía.

Pero la realidad, fría y cruel, se cernía sobre mí como una sombra oscura, imposible de ignorar. Porque, aunque yo anhelaba ese futuro con cada fibra de mi ser, aunque no deseaba nada más en el mundo que aceptar la oferta de Aeran... no podía. No porque yo lo eligiera así, no porque no lo amara lo suficiente, sino porque desde que era pequeña, mi vida tenía una fecha de fin.

Mi vida tenía un fin, y ese fin no estaba lejos. Sabía cuándo iba a morir, sabía que iba a morir, y era una visión que no podía cambiar. Lo había intentado todo a lo largo de los años: pociones, hechizos, todo...

Pero el resultado siempre era el mismo. Mi muerte estaba escrita desde el día que nací, una sentencia inapelable contra la que no podía luchar.

Yo moriría antes de mi siguiente cumpleaños.

Y Aeran no lo sabía.

Por eso nada me asustaba, nada de lo que me exponía, nada a lo que me arriesgaba. La muerte ya no era un temor lejano, sino una compañera constante, una sombra que me seguía a cada paso. Sabía cómo moriría, por eso siempre me había dado igual arriesgarme. ¿Qué importaba enfrentarme a dragones, desafiar a reyes o adentrarme en territorios peligrosos? Mi destino ya estaba sellado. Nada de lo que hiciera me alejaría de esa muerte.

Ni siquiera él, ya lo había visto.



Marcado como tuyo

Lo peor de un baile real no eran las despedidas protocolarias, ni siquiera la tarea ingrata de desalojar a los nobles que habían bebido más de la cuenta y yacían desparramados por los rincones del salón. No, lo verdaderamente desafiante era conseguir que mis hermanos se fueran a la cama, especialmente cuando el júbilo de la celebración parecía haber inyectado en sus venas una energía inagotable.

El gran salón, antes rebosante de música y risas, ahora se sumía en un silencio interrumpido solo por el tintineo de las copas que los sirvientes recogían y el murmullo de los últimos invitados que se despedían. El aroma a vino derramado y perfumes se mezclaba en el aire, creando una atmósfera densa que me recordaba lo efímero de estas celebraciones.

Kieran, había sucumbido al cansancio y dormía plácidamente en los brazos de Nefely. Verla sostenerlo con tanta ternura, con sus dedos trazando círculos suaves en su espalda para mantenerlo en calma, despertaba en mí emociones que no me atrevía a nombrar. La imagen de ellos dos juntos, tan natural y a la vez tan sorprendente, me recordaba lo mucho que había cambiado nuestra dinámica desde la llegada de Nefely al castillo.

El resto de mis hermanos, sin embargo, parecía haber encontrado más diversión en las últimas horas del baile. Sus risas y gritos resonaban por los pasillos, rebotando en las paredes y haciendo eco en las bóvedas del techo.

Cleon, normalmente tan serio y compuesto, había cedido a la tentación del vino. Se tambaleaba de un lado a otro, con las mejillas sonrojadas y una sonrisa tonta en los labios. Por un lado, entendía su deseo de soltarse, de experimentar la libertad que yo mismo había anhelado a su edad. Por otro, no podía evitar sentir una punzada de preocupación y desaprobación. Como rey, como hermano mayor, sentía la responsabilidad. ¿No debería haber vigilado mejor su consumo de alcohol? ¿No era mi deber protegerlos, guiarlos?

Mis ojos, sin embargo, se volvían una y otra vez hacia Nefely. La forma en que sostenía a Kieran, con fuerza y delicadeza, me fascinaba. Sus manos, capaces de curar heridas y enfrentar peligros, ahora se dedicaban a consolar a un niño dormido que se aferraba a ella como si lo fuera todo. Como si ya no pudiera tener paz en los sueños sin sus caricias.

Con un suspiro de resignación, tomé la decisión de poner fin a la noche.

Con un gesto firme pero amable, señalé las habitaciones de cada uno de mis hermanos. Para mi sorpresa y alivio, obedecieron sin protestar demasiado, quizás porque el cansancio empezaba a hacer mella en ellos. Las puertas se cerraron entre risitas ahogadas y murmullos de «buenas noches».

Avery no necesitó ninguna indicación. La vi desaparecer en su habitación con paso decidido, aunque pude notar en sus ojos un brillo de alegría que pocas veces le había visto. El baile parecía haberle sentado bien, y me prometí a mí mismo encontrar más momentos como este para ella, para todos ellos.

Venya, arrastraba los pies con pesadez. Sus párpados luchaban por mantenerse abiertos, y su cuerpo parecía a punto de ceder al sueño en cualquier momento. Sin pensarlo dos veces, la levanté en mis brazos. Su peso, ligero y cálido contra mi pecho, me recordó cuánto habían crecido todos, cuánto tiempo había pasado desde que podía cargarlos así sin esfuerzo.

Al entrar en la habitación que compartían Kieran y Venya, me encontré con una escena que quedaría grabada en mi memoria para siempre. Nefely, con movimientos suaves y precisos, estaba vistiendo a Kieran con su pijama. La intimidad del momento, la naturalidad con la que se movía, como si hubiera estado haciendo esto toda su vida, me dejó sin aliento. Siguiendo su ejemplo, hice lo mismo con Venya, mis manos eran torpes en comparación con la gracia de Nefely.

Una vez que los pequeños estuvieron arropados y profundamente dormidos, salimos de la habitación en silencio. El pasillo, iluminado tenuemente por antorchas casi consumidas, parecía un mundo aparte del bullicio y el esplendor del baile.

—Siempre me ha gustado esto —murmuré, más para mí mismo que para Nefely—. Cuidar de ellos, asegurarme de que estén bien.

Nefely me miró. Por un momento, el silencio entre nosotros se llenó de palabras no pronunciadas, de sentimientos que ninguno de los dos se atrevía a expresar.

Caminamos por el pasillo en un silencio cómodo, nuestros pasos eran amortiguados por las gruesas alfombras. La cercanía de Nefely, el calor que emanaba de su cuerpo, me hacía hiperconsciente de cada movimiento, de cada respiración. Cuando vi que se disponía a

detenerse frente a la puerta de su habitación, actué por instinto. Mi mano se cerró alrededor de la suya, impidiéndole alejarse.

—¿Qué haces? —susurró, y pude ver cómo una sonrisa juguetona se formaba en sus labios.

Mi corazón dio un vuelco ante esa sonrisa. Era la misma sonrisa que me había desafiado, que me había irritado y fascinado a partes iguales desde el día que la conocí. Pero ahora, en la intimidad de este pasillo a media luz, esa sonrisa significaba algo más, algo que me aterraba y que deseaba verla todos los días del resto de mi vida.

—Has estado durmiendo conmigo —respondí—. ¿Creías que ahora podías librarte de mí?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas, me sentí vulnerable, pero no me importó. Por un momento, temí haber cruzado una línea invisible, haber revelado demasiado de mis sentimientos crecientes hacia ella.

Pero Nefely no se apartó. En cambio, su sonrisa se ensanchó, y vi un destello de algo en sus ojos, algo cálido y prometedor que hizo que mi corazón se acelerara.

—Supongo que no —respondió en voz baja, sus dedos se entrelazaron con los míos en un gesto que parecía tan natural como respirar.

Al cruzar el umbral de mis aposentos, el ambiente cambió sutilmente. La tensión que había estado creciendo entre nosotros durante toda la noche pareció intensificarse. Cerré la puerta tras de mí sin dejar de observarla, no era capaz de dejar de hacerlo.

Nefely se detuvo en el centro de la estancia, su silueta esbelta se recortaba contra la luz ambarina de las velas como una aparición etérea. El vestido que había causado tanto revuelo en el baile, objeto de miradas furtivas y murmullos asombrados, ahora brillaba con un

fulgor más íntimo y misterioso. Las escamas plateadas que lo adornaban captaban y reflejaban la luz danzante de las llamas, creando un espectáculo de luces y sombras sobre su piel, como si estuviera envuelta en estrellas caídas del firmamento.

Por un momento que pareció extenderse hasta la eternidad, nos quedamos así, mirándonos en un silencio cargado de palabras no dichas y emociones a flor de piel. El mundo exterior se desvaneció, y en ese instante mágico, nada más importaba. Solo existíamos nosotros dos, atrapados en una burbuja de tiempo donde cada respiración, cada latido del corazón, resonaba con una intensidad abrumadora.

Fue ella quien rompió la calma. Con un movimiento fluido, Nefely acortó la distancia entre nosotros.

Sus labios encontraron los míos en un beso que fue todo fuego y pasión desatada. Antes de que pudiera reaccionar, sus manos se enredaron en mi cabello, atrayéndome hacia ella con una fuerza que me dejó sin aliento.

No había nada de tímido o vacilante en su forma de besarme; era como si hubiera estado conteniendo este deseo durante demasiado tiempo y ahora, finalmente, se permitiera liberarlo. Respondí con igual fervor, mis manos encontraron su cintura, atrayéndola más cerca hasta que no quedó espacio entre nosotros.

El beso se profundizó, nuestras lenguas danzaban con violencia. Podía saborear en sus labios el vino dulce del baile, mezclado con algo más intoxicante que era puramente Nefely. Mis manos recorrieron su espalda, sintiendo el calor de su piel a través de la tela de su vestido, cada curva y cada línea de su cuerpo se grababa en mi memoria.

Sin romper el beso, la levanté del suelo con un movimiento fluido y decidido. Nefely soltó un gemido ahogado de sorpresa y placer contra mis labios, sus piernas se envolvieron instintivamente alrededor de mi

cintura con una fuerza que revelaba su deseo. La sensación de su cuerpo presionado contra el mío, cada curva encajando perfectamente, desató un profundo gruñido desde mi pecho, lleno de placer e impaciencia.

Con pasos que intentaban ser seguros, pero que traicionaban la urgencia del momento, nos dirigí hacia la cama. El corto trayecto se convirtió en una dulce agonía, intensificado por el roce constante de nuestros cuerpos. El aroma embriagador de Nefely —una mezcla intoxicante de flores, el sutil aroma de las velas y el inconfundible olor de su piel acalorada— nublaba mis sentidos. Mi corazón latía con tanta fuerza que estaba seguro de que ella podía sentirlo.

La deposité sobre las sábanas de seda con delicadeza. El suave roce de la tela bajo su cuerpo produjo un susurro casi imperceptible, como si la propia cama diera la bienvenida a su nueva ocupante. Me separé por un instante, solo para poder contemplarla.

Allí, recostada sobre mi cama, Nefely era la encarnación de la belleza y el deseo. Su cabello, normalmente recogido con tanto cuidado, ahora se esparcía sobre la almohada como un halo oscuro, enmarcando su rostro sonrojado. Sus labios, hinchados por nuestros besos, brillaban tentadoramente a la luz tenue de las velas. Sus ojos, esos ojos que tantas

veces me habían desafiado y cautivado, ahora me miraban con deseo y vulnerabilidad.

El vestido de escamas plateadas que tanto me había fascinado durante el baile ahora se adhería a su cuerpo como una segunda piel, revelando cada curva y hondonada. La luz de las velas jugaba sobre la tela, creando sombras y destellos que parecían moverse con cada respiración entrecortada de Nefely.

—Eres hermosa —musité—. Tan hermosa que duele mirarte.

Mis palabras parecieron tocarla profundamente. Vi cómo sus ojos se suavizaban, cómo una vulnerabilidad que rara vez mostraba se asomaba en su rostro. Por un momento, todas nuestras defensas, todas las barreras que habíamos construido entre nosotros, parecieron destruirse.

Una sonrisa, que combinaba timidez y picardía, curvó sus labios. Era una expresión que nunca antes había visto en ella, una fusión fascinante de la mujer fuerte y desafiante que conocía y esta nueva Nefely, suave y entregada.

—Entonces demuéstramelo —susurró—. Muéstrame lo que ves en mí.

Sus palabras encendieron un fuego en mi interior, un deseo ardiente que amenazaba con consumirme por completo. Mis manos recorrían su cuerpo con avidez, pero la tela de su vestido se interponía como una barrera frustrante, un obstáculo que intensificaba mi anhelo de sentir su piel desnuda contra la mía.

—Este vestido... —gruñí— ¿Qué tan apegada estás a él?

Una parte de mí quería arrancar esa prenda que nos separaba, pero otra parte, la parte que siempre buscaba su consentimiento, necesitaba estar seguro.

—Ahora mismo —respondió ella—, a lo único que estoy apegada es a ti.

Esas palabras fueron todo el permiso que necesitaba. Con un movimiento rápido y decidido, agarré la tela y la desgarré por la espalda. El sonido de la tela rasgándose llenó la habitación. Nefely dejó escapar un jadeo de sorpresa y excitación que envió escalofríos por mi columna.

No me detuve a deshacer los nudos ni a desnudarla con cuidado; la urgencia de sentir su piel contra la mía era abrumadora. Mis manos

recorrieron la extensión de su espalda ahora expuesta, deleitándome en la suavidad y el calor de su piel.

Una risa nerviosa escapó de los labios de Nefely. El sonido era embriagador, un recordatorio de la confianza que estaba depositando en mí en este momento de vulnerabilidad.

Mis labios ardientes se fundieron con su cuello, devorando y saboreando cada centímetro de su piel aterciopelada y febril. El aroma embriagador de Nefely me envolvió como un hechizo, una mezcla intoxicante de flores silvestres y almizcle que nublaba mis sentidos. Su esencia única, primitiva y seductora, despertaba en mí un hambre voraz que amenazaba con consumirme. Bajo la caricia húmeda de mi boca, sentí su pulso desbocado.

Mis labios se apoderaron de los suyos con una urgencia salvaje, nuestras bocas se fusionaron en un beso abrasador que desafiaba toda razón.

Nuestras lenguas se entrelazaban en una danza frenética. El sabor de Nefely me embriagaba como el más potente de los elixires. Cada beso era una droga adictiva, cada caricia una chispa que avivaba las llamas para un gran fuego.

Con manos temblorosas, comencé a bajar el vestido por sus hombros. La seda rasgada cedía fácilmente bajo mis dedos, revelando poco a poco la piel que tanto ansiaba tocar. Cada centímetro de piel revelada era un festín para mis sentidos hambrientos, un tesoro más valioso que el oro. Mis manos recorrieron el contorno de sus clavículas con reverencia, maravillándome ante la perfección de su cuerpo. Su piel, suave como el terciopelo más fino, ocultaba una fuerza que me electrizaba. Mis labios siguieron el camino trazado por mis dedos, besando y saboreando cada rincón recién descubierto.

Fue entonces cuando lo vi. Mis ojos se abrieron por un instante, y el mundo pareció detenerse abruptamente. Mi corazón dio un vuelco

violento, y todo a mi alrededor se desvaneció en una neblina borrosa, excepto por esa marca en su pecho. Me separé lentamente, como en trance, mis ojos clavados en el símbolo que había perseguido en mis sueños y pesadillas, el emblema que había definido mi destino desde antes de mi primer aliento.

Allí, justo sobre su corazón, estaba la marca de la Alisma.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal: asombro, temor, dudas... Mis dedos temblorosos trazaron el contorno de la marca, sintiendo su calor sobrenatural bajo mi tacto. Era como si el mismo destino hubiera grabado su sello en la piel de mi amada.

Una parte de mí se quedó paralizada, incapaz de procesar lo que estaba viendo. ¿Era posible? ¿La leyenda, esa historia que había escuchado desde niño, era cierta? Y si lo era, ¿qué significaba eso para nosotros, para nuestro futuro?

—¿Ocurre algo?

Incapaz de formar palabras mis dedos rozaron su piel con reverencia, y en ese instante, algo extraordinario sucedió. La marca pareció cobrar vida bajo mi toque, emitiendo un suave resplandor que palpitaba al ritmo de nuestros corazones. Era como si estuviera llamándome, reconociéndome. El brillo danzaba sobre su piel, creando patrones hipnóticos que me dejaron sin aliento.

—¿Desde cuándo has tenido esta marca? —pregunté finalmente. En ese momento, sentí que mi amor por Nefely, si era posible, crecía aún más. Ya no era solo la mujer que había cautivado mi corazón, sino la encarnación de un destino que siempre había creído inalcanzable.

Nefely dudó, incorporándose ligeramente. Pude ver la confusión en sus ojos, mezclada con una chispa de algo más... ¿miedo, tal vez? Pero no me aparté. No podía alejarme de aquella luz, de aquella flor que parecía llamarme desde lo más profundo de mi ser.

—Desde que nací... Sé que es rara, tomó vida con...

—Doce años —dijimos al unísono.

Nuestras miradas se encontraron, y en ese instante, sentí que podía ver directamente en su alma.

Sin pensarlo dos veces, me aparté lo suficiente para quitarme la camisa. La prenda cayó al suelo, olvidada, mientras exponía mi propio secreto. Ahí, en mi hombro, brillaba la misma marca: la Alisma, idéntica a la suya, palpitando con la misma luz etérea.

Nefely me miró asombrada y dudosa, sus ojos recorriendo la marca en mi piel como si no pudiera creer lo que veía.

—¿También la tienes?

Asentí lentamente, incapaz de apartar mis ojos de los suyos.

—Siempre la he tenido. Desde que tengo memoria, ha sido parte de mí. Un recordatorio constante de un destino que no comprendía completamente...

hasta ahora. Hasta ti.

La revelación flotaba entre nosotros, pesada y a la vez ligera como una pluma. Todo lo que creíamos saber sobre nosotros mismos, sobre nuestro lugar en el mundo, parecía haberse transformado en un instante. El silencio de la habitación parecía vibrar con la intensidad de este descubrimiento, como si el propio aire estuviera cargado de magia y posibilidades.

Incapaz de contenerme por más tiempo, me acerqué de nuevo a sus labios.

Este beso fue diferente a todos los anteriores. Era un beso cargado de reconocimiento, de aceptación, de una felicidad tan profunda que amenazaba con ahogarme. Mis labios se movían contra los suyos con

reverencia, saboreando cada instante, grabando en mi memoria la textura de sus labios, el sabor de su aliento. Sentía como si estuviera besando no solo a la mujer que amaba, sino a mi destino personificado.

Una sensación de euforia me invadía, una alegría tan intensa que casi dolía.

Ahora lo entendía todo. Todas las dudas, todos los obstáculos que habíamos enfrentado, parecían insignificantes ante esta verdad innegable. Nefely era mi Alisma, mi destino encarnado. Ya no habría más cuestionamientos, más miradas de desaprobación de la corte. Ella era la elegida, no solo por mi corazón, sino por una fuerza más antigua y poderosa que cualquiera de nosotros.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó separándose ligeramente de mis labios. Su voz temblaba ligeramente. Sus ojos buscaban los míos, como si en ellos pudiera encontrar las respuestas a todas las preguntas.

Tomé su mano con delicadeza, como si fuera el objeto más precioso del mundo. Podía sentir el leve temblor de sus dedos, el pulso acelerado en su muñeca. Lentamente, la guie hacia mi marca. En el instante en que sus dedos tocaron mi piel, sentí una descarga eléctrica recorrer todo mi cuerpo.

La marca pareció cobrar vida bajo su roce, emitiendo un brillo suave.

—Significa que soy tuyo —respondí—. Que soy tuyo por encima de todo.

De cualquier ley, de cualquier tradición, de cualquier obstáculo que el mundo pueda poner entre nosotros.

Una sonrisa tierna, casi tímida, apareció en sus labios. Esa sonrisa me cautivó por completo, recordándome una vez más por qué me había

enamorado de ella. En ese gesto vi reflejada toda la complejidad de Nefely: su fuerza y su fragilidad, su desafío y su ternura.

Sin poder contenerme, la besé con fuerza, volcando en ese beso toda la pasión, todo el amor y toda la seguridad que sentía en ese momento. Mis manos volvieron a su tarea anterior, desnudarla. Esta vez, no me detuve, y Nefely tampoco parecía querer que lo hiciera. Sus propias manos se movían con igual ardor, explorando mi cuerpo como si quisiera memorizar cada línea, cada curva.

Cada centímetro de piel revelada era como un nuevo mundo por descubrir, un territorio inexplorado que ansiaba cartografiar con mis manos y mis labios. Mis dedos trazaban constelaciones invisibles sobre su piel, dibujando patrones que solo yo podía ver, conectando lunares y pecas como

si fueran estrellas en el firmamento de su cuerpo. Me maravillaba ante la suavidad de su piel, ante el calor que emanaba de ella, un calor que parecía irradiar desde lo más profundo de su ser.

La marca de la Alisma en su pecho brillaba con una intensidad casi sobrenatural, palpitando al ritmo de nuestras caricias. Era como si respondiera a cada toque, a cada beso, aprobando nuestra unión con un resplandor que iluminaba la habitación en penumbra. El espectáculo era hipnótico, una danza de luz y sombras que parecía contar una historia más antigua que el tiempo mismo. En ese brillo, podía ver reflejadas todas las leyendas, todas las profecías que habían llevado a este momento.

Jamás había visto nada más hermoso que el cuerpo desnudo de Nefely, expuesto ante mí en toda su vulnerabilidad y fuerza. Mis ojos recorrían cada curva, cada línea, deteniéndose en las cicatrices que marcaban su piel como un mapa de sus aventuras y luchas pasadas. Algunas eran apenas visibles, finas líneas plateadas que solo se revelaban bajo cierta luz. Otras eran más prominentes, testigos silenciosos de batallas libradas y superadas.

Cada una de esas marcas contaba una historia, y anhelaba conocerlas todas.

Quería saber cómo se había hecho cada cicatriz, qué desafío había enfrentado, qué victoria había obtenido. Porque cada una de esas marcas había contribuido a forjar a la mujer extraordinaria que yacía ante mí, la mujer que había capturado mi corazón y mi destino.

Mientras la contemplaba, me di cuenta: era ella. Siempre había sido ella.

Todas las búsquedas, todas las dudas, todos los momentos de desesperación en los que creí que jamás encontraría a mi Alisma... todo había sido un camino que me llevaba inevitablemente a Nefely.

Por más besos que dejara por su cuerpo, sabía que nunca serían suficientes.

Mis labios trazaban un camino ardiente desde su cuello hasta su vientre, deteniéndose en cada punto sensible, saboreando cada centímetro de su piel.

Quería grabar en mi memoria el sabor de su piel, la textura de cada curva, el sonido de cada suspiro que escapaba de sus labios.

Mis manos no se quedaban quietas, explorando, acariciando, reteniendo.

Por más patrones o líneas que mis dedos dibujaran en su piel, siempre

querría más. Era como si estuviera intentando crear un lenguaje secreto sobre su cuerpo, un idioma de caricias y toques que solo nosotros dos pudiéramos entender.

Los gemidos que escapaban de sus labios eran como música para mis oídos, una sinfonía de placer y deseo que me emborrachaban más que el mismo vino. Cada vez que mi nombre salía de su boca,

envuelto en un suspiro o un gemido entrecortado, sentía que mi corazón se expandía en mi pecho. Y, aun así, no era suficiente. Quería más, lo quería todo. Quería cada sonido, cada expresión, cada estremecimiento. Anhelaba todo lo que pudiera darme, por minúsculo que fuera, porque cada parte de ella era un tesoro invaluable.

Mientras me perdía en la exploración de su cuerpo, en la adoración de cada curva y cada plano, un pensamiento amargo se coló en mi mente. Siempre había creído que no tenía alma. Desde pequeño, me habían inculcado la idea de que un rey no podía permitirse tal debilidad. El alma, me decían, era para los débiles, para aquellos que se dejaban llevar por las emociones en lugar de la razón fría y calculadora que se esperaba de un gobernante.

Esa creencia había echado raíces profundas en mi ser, alimentando mis dudas y mis miedos. Si no tenía alma, ¿cómo podía merecer a mi Alisma?

¿Cómo podía ser digno de un amor tan puro y poderoso? ¿Cómo podía merecérmela a ella? Durante años, esa convicción me había atormentado, haciéndome creer que jamás encontraría a mi otra mitad, que estaba destinado a una vida de soledad en el trono.

Y en cierto modo, pensé mientras mis labios trazaban el contorno de su clavícula, era cierto. No la merecía. Nefely era mucho más de lo que jamás había soñado, mucho más de lo que creía merecer. Su fuerza, su compasión, su capacidad de amar a pesar de todo lo que había sufrido... todo eso la hacía infinitamente superior a mí en todos los aspectos que realmente importaban.

Pero ahora, mientras la sostenía en mis brazos, mientras sentía el latido de su corazón contra mi pecho, comprendí una verdad fundamental: tal vez no la mereciera, pero ella me había elegido. A pesar de mis defectos, a pesar de mis errores, Nefely me había abierto su corazón. Y en ese acto de amor y aceptación, sentí como si un alma nueva naciera dentro de mí.

Porque el amor de Nefely, puro y verdadero, tenía el poder de sanar. De transformar. De crear algo hermoso incluso de las cenizas de mis creencias destrozadas. Y mientras nos perdíamos el uno en el otro, mientras nuestros cuerpos y almas se fundían, supe que ya no era el hombre sin alma que una vez creí ser.

Era un hombre renacido, un hombre con un propósito, un hombre que por fin había encontrado su lugar en el mundo. Y ese lugar estaba aquí, entre los brazos de Nefely, mi Alisma, mi destino, mi todo. La mujer que me había sanado el alma.



El despertar de mi destino

Los primeros rayos del amanecer se colaron por el balcón, bañando la habitación con una luz dorada que parecía santificar el momento. No lo dudé ni un instante: me levanté de la cama. Era hora de convocar al consejo, de proclamar a los cuatro vientos la verdad que había descubierto.

No, más bien, la verdad que siempre había estado frente a mis ojos, esperando a ser reconocida.

Mientras me vestía, mis ojos no podían apartarse de Nefely. Yacía dormida, su cuerpo estaba envuelto en las sábanas de seda como si fueran una segunda piel. Su rostro, normalmente marcado por la preocupación o el desafío, estaba completamente relajado en el sueño. Sus labios, ligeramente entreabiertos, dejaban escapar suaves

respiraciones que llenaban la habitación con un ritmo hipnótico. Su cabello, una cascada oscura, se enredaba en mi almohada, no, en nuestra almohada. Esta ya no era solo mi cama, era nuestro refugio, nuestro santuario.

La idea de compartir este espacio íntimo con ella, de despertar cada mañana a su lado, hizo que mi corazón se acelerara. Pero incluso mientras la euforia me inundaba, una voz en el fondo de mi mente me recordaba que no podía dar nada por sentado. Aunque Nefely fuera mi Alisma, mi llama gemela, no

la obligaría a quedarse. La elección tenía que ser suya. Pero el simple hecho de saber que era ella, que siempre había sido ella, era una alegría que nadie podría arrebatarme.

Me acerqué a la cama con pasos silenciosos, casi reverentes. Con infinita delicadeza, aparté los mechones de cabello que caían sobre su rostro. Mis dedos se entretuvieron en su piel, maravillándose ante su suavidad. Me agaché y deposité un beso suave en su frente.

¿Cómo era posible querer tanto a alguien? ¿Cómo podía mi cuerpo anhelar con tanta fuerza su cercanía, su calor, el sonido de su respiración, incluso el ritmo de los latidos de su corazón? Era como si cada fibra de mi ser reconociera en ella su otra mitad, su complemento perfecto.

Mis ojos se posaron en la marca de la Alisma que adornaba su pecho. Con cuidado, pasé la yema de mis dedos sobre el símbolo. El contacto envió un escalofrío por mi columna, como si una corriente eléctrica fluyera entre nosotros. Era real. Tangible. Innegable. ¿Cómo había estado tan ciego durante tanto tiempo? Era ella, mi perfecta e irremplazable Nefy.

La culpa se mezcló con la alegría, un recordatorio amargo de mis errores pasados. Por todo lo que le había hecho pasar, por cómo la había tratado, merecía un castigo. Había humillado y maltratado a mi propia llama gemela, a mi propio fuego. No, me corregí mentalmente,

ella no era una simple llama. Nefely era el fuego que corría por mis venas, la esencia misma de mi ser. ¿Qué clase de hombre había sido sin ella, mi reina, mi posible esposa? Jamás me lo podría perdonar.

Con un último vistazo a su forma dormida, salí de la habitación con el mayor sigilo posible. No quería perturbar su descanso, no después de la noche que habíamos compartido.

—Por favor —me dirigí a uno de los guardias apostados en el pasillo —, convoca a los consejeros. Es una reunión urgente. Y que nadie moleste a Nefely a no ser que yo lo pida o ella misma despierte.

El guardia asintió sin cuestionar, acostumbrado a la naturaleza imprevisible de las demandas reales. Sin perder un instante, me encaminé hacia la sala de

reuniones, mi mente ya pensaba en las reacciones de mis consejeros ante la noticia.

A mitad de camino, sin embargo, me detuve en seco. Una duda me asaltó:

¿debería Nefely estar presente? Era, después de todo, el tema central de la reunión. Pero la idea de exponerla así, de pedirle que mostrara su marca en un lugar tan íntimo... No, decidí. No la sometería a eso. Esta era mi responsabilidad, mi anuncio. Negué con la cabeza, reafirmando mi decisión, y reanudé mi camino hacia la sala de reuniones.

Mientras avanzaba por los pasillos del castillo, sentía como si flotara. La alegría que me acompañaba era tan inmensa que temía que mi pecho pudiera estallar en cualquier momento. Cada paso me acercaba más a un futuro que, hasta hace unas horas, me parecía inalcanzable. Un futuro con Nefely a mi lado, no como una prisionera o una invitada, sino como mi igual, mi compañera, mi Alisma. Mi reina. Es que me postraba ante ella con solo verla al lado del trono conmigo. En su propio trono, tan alto o incluso más.

Al llegar a la sala de reuniones, me detuve un momento frente a las puertas cerradas. Tomé una respiración profunda, intentando calmar los latidos frenéticos de mi corazón. Lo que estaba a punto de anunciar cambiaría el curso de la historia del reino. Cambiaría mi vida para siempre. Y, con suerte, sería el comienzo de una nueva era de prosperidad y unión para todos nosotros.

Con una última exhalación, empujé las puertas y entré. La luz del amanecer se filtraba por los grandes ventanales, bañando la estancia en un resplandor dorado que parecía un presagio de los cambios por venir. Mientras esperaba la llegada de mis consejeros, me permití un momento de reflexión.

Pensar en cómo reaccionarían ante la noticia me llenaba de nerviosismo.

Algunos, sin duda, verían esto como una bendición, una señal de que los dioses favorecían nuestro reino. Otros, los más escépticos o los que se oponían a Nefely, podrían cuestionar la veracidad de mi afirmación o las implicaciones políticas de tal unión.

Cuando los consejeros llegaron y tomaron asiento alrededor de la gran mesa de roble, el aire en la sala se llenó de una tensión palpable. Sus rostros reflejaban curiosidad y aprensión, como si presintieran que esta no sería una reunión ordinaria.

Sin embargo, para mi sorpresa, no fui yo quien rompió el silencio. Fue Neval quien se puso en pie, su figura alta y delgada proyectó una sombra sobre la mesa.

—Majestad, supongo que nos ha reunido por lo que sucedió anoche —dijo, su voz estaba cargada de una gravedad que me desconcertó.

Dudé por un momento, confundido. Era imposible que hubiera escuchado lo ocurrido entre Nefely y yo. Una sonrisa burlona, de diversión y desconcierto, se dibujó en mis labios.

—¿Anoche? —pregunté, mi mirada recorrió los rostros de los presentes, buscando alguna pista de a qué se refería Neval.

—Sí, Majestad —continuó—. La escena con la bruja...

—Nefely —le interrumpí bruscamente—. Llámela por su nombre, Neval.

Ella se llama Nefely.

Vi cómo Neval apretaba la mandíbula, claramente molesto por la corrección, pero asintió con un suspiro de resignación que no hizo nada por ocultar su desagrado.

—Nefely... —Su nombre salió de sus labios como si fuera veneno—. Fue una aberración para los ojos de todos los presentes. Bailar con ella de aquella manera, tan... cerca, tan posesiva. ¿Qué habrán pensado las casas nobles? Seguro que muchas de ellas ya no querrán ofrecer a sus hijas.

Le miré, desconcertado. ¿Era esto lo que le preocupaba? ¿Un baile?

Neval continuó, como si no le molestasen mis expresiones:

—Puedo comprender que la efusividad de la fiesta, e incluso el alcohol, le hiciera estar un poco... confuso. Mas, fue muy inapropiado.

Quise hablar, defender mis acciones y explicar la verdadera razón de esta reunión, pero una vez más, fui interrumpido. Para mi sorpresa, fue Thorak quien tomó la palabra, su imponente figura se irguió como una torre en medio de la tensión.

—No estoy de acuerdo. La dama solo compartió un baile con el rey. Una danza, señores, nada más. Pero permítanme hablarles de la dama que se ha encargado de los príncipes y princesas con un cuidado y una devoción que rivalizan con los de una madre.

Thorak hizo una pausa, sus ojos recorriendo la mesa, desafiando a cualquiera a contradecir sus palabras.

—Los ha cuidado, velado por ellos e incluso —continuó, con una voz un poco más suave—, la he visto despertarse en medio de la noche para ir a consolar sus pesadillas, mi señor. Yo mismo, con estos ojos que pronto se enterrarán, la he visto salir de sus aposentos para ir al de ellos y consolarlos.

Los niños... los niños se sienten seguros ante su presencia, algo que no pasaba desde el fallecimiento de nuestra amada reina.

Un murmullo recorrió la sala ante la mención de mi difunta madre. Vi cómo algunos consejeros bajaban la mirada, conmovidos por las palabras de Thorak. Incluso Neval, siempre tan estoico, parecía incómodo en su asiento.

Thorak hizo una pausa, sus ojos recorriendo la mesa una vez más antes de continuar:

—¿Hacía cuánto que no había esta alegría en el reino? ¿Hacía cuánto que los príncipes y princesas no eran simplemente niños, libres de las cargas de su posición? La reina, que en paz descanse —Hizo una breve inclinación de cabeza—, es lo que hubiera querido para sus hijos. Nefely... —se corrigió rápidamente, cuanto sus ojos se encontraron con los míos— Disculpe, Alteza, la dama Nefely no es objeto de burla o impropiedad. Creo... No, estoy convencido de que todos los crímenes de los que la acusamos injustamente no eran más que mentiras infundadas, nacidas del miedo y la ignorancia.

Se giró entonces, enfrentando directamente a Neval.

—¿No ve lo mismo que yo veo, consejero? ¿O acaso la envidia nubla su juicio? Es una dama, una mujer con unas cualidades sorprendentes. Una mujer que parece dispuesta a proteger a esos niños con su propia vida si fuera necesario. —Thorak tomó aire, como preparándose para sus siguientes palabras—. Lamento estar en

desacuerdo, pero la dama no es nada de lo que avergonzarse. Al contrario, deberíamos estar agradecidos por su presencia. Yo mismo le pediré mil perdones por haberle hablado y tratado sin los modales que merece. Sus palabras, Neval, no tienen sentido alguno. Son el ladrido de un perro que teme perder su lugar junto al fuego.

Me sorprendí, y noté que varios consejeros asentían en acuerdo, algunos incluso murmurando palabras de aprobación. La defensa apasionada de Thorak hacia Nefely era inesperada, pero bienvenida. Era como si una brisa fresca hubiera entrado en la sala, disipando la niebla de prejuicios y temores infundados.

Aldric, se unió a la discusión:

—Por no mencionar —dijo, con sus ojos arrugados—, que los niños han atendido mejor a sus responsabilidades, en todas ellas. La dama ha logrado lo que muchos tutores y maestros no pudieron: ha encendido en ellos la llama del conocimiento. Les ha hecho querer aprender, ha despertado su curiosidad dormida. Y su comportamiento, oh, su comportamiento ha cambiado para mejor de una manera que solo puedo describir como milagrosa. —Hizo una pausa con una sonrisa nostálgica curvando sus labios

—. Parecen niños completamente diferentes. Se les ve felices, con un entusiasmo que hacía años no veíamos en estas viejas paredes.

La sala se llenó de murmullos de aprobación, el sonido crecía como el rumor de un río después de las lluvias. Era evidente que el impacto positivo de Nefely en la vida de mis hermanos no había pasado desapercibido.

Incluso los consejeros más reacios parecían estar reconsiderando su posición.

Sin embargo, Neval no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Con una risa burlona que hizo que mi sangre hirviera, se puso de pie, su

figura delgada proyectaba una sombra más larga de lo que su estatura sugería.

—¿Acaso nos olvidamos de que estamos hablando de una bruja? —Su mirada recorrió a todos los presentes, desafiante, buscando aliados en su causa perdida—. Una bruja capaz de meterse en la mente de todos los presentes, hasta de los inocentes niños. ¿Quién nos dice que no ha embrujado a los príncipes y princesas? ¿Quién nos asegura que no ha hechizado al mismo rey?

Vi cómo algunos intercambiaban miradas nerviosas, otros fruncían el ceño, considerando la posibilidad.

La ira creció en mi interior como una tormenta, amenazando con desatarse.

Me puse de pie lentamente, mi figura proyectó una sombra que pareció engullir a Neval. El consejero dudó, y vi el miedo brillar en sus ojos por un instante antes de que lograra ocultarlo tras una máscara de falsa valentía.

—No quiero que nunca más la vuelva a insultar, ¿me oye? —Cada palabra salía de mi boca como una sentencia, pesada y final—. Da igual lo que haga, lo que diga, solo yo tengo el poder y el derecho de hablar sobre ella.

Tratarla con tales palabras y tales modos me parece vergonzoso, Neval. Y

sabes bien cuánto ha hecho por nosotros, por este reino que dice servir con tanto celo.

Me acerqué a él, desafiándolo a apartar la mirada.

—Al capturarla, no fue cierto lo que dijiste, mas, lo dejé pasar porque podías haber visto mal. Fui indulgente, Neval, quizás demasiado. —Hice una pausa, dejando que mis palabras se hundieran en él como

dagas—. Pero todos la hemos visto, llevamos meses conviviendo con ella y ni una sola vez ha mostrado un signo de malicia. Ni uno solo, Neval. Así que retira tus palabras. Retíralas ahora, o te aseguro que las consecuencias serán...

desagradables.

Neval se hundió en su asiento, el color abandonó su rostro. Por un momento, creí ver un destello de algo más en sus ojos. ¿Celos?

¿Resentimiento? Fuera lo que fuese, desapareció rápidamente, reemplazado por una máscara de sumisión forzada.

Estaba seguro de que mi padre ya le hubiera dado la razón y hubiera puesto todo en sus manos, mas, yo no era mi padre. Nunca lo sería.

Miré a los presentes, recorriendo sus rostros uno por uno. Aunque ahora no me encontraba tan contento como al principio de la reunión, sabía que lo que estaba a punto de anunciar cambiaría todo.

—Debo anunciar que he encontrado a mi Alisma.

El silencio que siguió a mis palabras fue absoluto. Era como si el tiempo mismo se hubiera detenido. Entonces, Qued se puso de pie de un salto, juntando sus manos con una sonrisa radiante que iluminó su rostro arrugado.

—¡Majestad! —exclamó, con la voz temblando de emoción—. ¿La ha encontrado? ¡Pero qué alegría más grande! ¿Quién es? ¿Dónde está? ¡Oh, qué día tan glorioso para nuestro reino!

Una sonrisa, que combinaba diversión y triunfo, se dibujó en mis labios.

Dejé que el momento se extendiera.

—Ella. Nefely tiene la marca. Ella ha sido y será mi Alisma. La mujer que algunos de vosotros han tratado de denigrar, de expulsar, de temer... es la misma que las profecías anunciaron. La misma que está destinada a estar a mi lado, a gobernar conmigo, a traer una nueva era de prosperidad a nuestro reino.

Creí que Qued cambiaría su expresión ante tal revelación, que la sorpresa, o incluso el horror, reemplazarían su alegría inicial. Pero no fue así. Si acaso, su sonrisa se hizo aún más amplia.

—¡Por todos los dioses! —exclamó—. ¡Qué bendición nos han traído bajo nuestro techo! ¡La misma Alisma, aquí, entre nosotros todo este tiempo!

Oh, Majestad, esto es más de lo que jamás nos atrevimos a soñar.

La sala estalló en un caos de voces, algunos consejeros poniéndose de pie para felicitarme, otros discutiendo animadamente entre ellos sobre las implicaciones de este descubrimiento. El ruido era ensordecedor, una

cacofonía de exclamaciones de asombro, preguntas a medio formular y teorías lanzadas al aire.

En medio del tumulto, mis ojos se posaron en Neval. El consejero permanecía sentado, como si nada. Su rostro había perdido todo color, volviéndose de un blanco cadavérico. Su mirada estaba perdida, fija en un punto indefinido más allá de las paredes de la sala. Por un momento, casi sentí lástima por él.

Veía en sus ojos el reflejo de un mundo que se desmoronaba, de planes cuidadosamente trazados que ahora se deshacían como castillos de arena ante la marea. Neval siempre había sido un hombre de orden, de tradición.

La idea de una Alisma, especialmente una que él había tachado de bruja y amenaza, ascendiendo al trono, debía ser para él como contemplar el fin del mundo que conocía.

Alcé una mano, y el silencio se hizo. Todos los ojos se volvieron hacia mí, expectantes.

—Señores, entiendo vuestra excitación, pero os ruego que mantengamos la compostura. Hay mucho que discutir.

Lentamente, los consejeros volvieron a sus asientos. El roce de las sillas contra el suelo de piedra fue el único sonido durante unos instantes, antes de que el silencio volviera a reinar en la sala.

Qued, sin embargo, parecía incapaz de contener su entusiasmo. Se levantó de nuevo, con los ojos brillando de emoción y determinación.

—¿Hay algo que desee la futura reina? —inquirió con delicadeza—.

Alguna preferencia para la ceremonia, quizás. Tradiciones de su tierra que quiera incorporar, o rituales específicos que desee honrar. —Su mirada se volvió pensativa, como si estuviera visualizando ya los preparativos—. Y

en cuanto a los arreglos más... personales, Majestad, ¿querrá habitaciones separadas o conjuntas?

El consejero pareció dudar por un momento, como si estuviera adentrándose en terreno delicado. Sin embargo, continuó:

—Su padre, que los dioses guarden su alma, tenía la habitación de matrimonio, y la suya propia además de la que compartía... —Guardó silencio por un instante, buscando las palabras adecuadas—. Para sus diversiones, Majestad. ¿Desea mantener la misma disposición?

En ese momento, sentí una oleada de repugnancia recorrer mi cuerpo. Mi rostro debió reflejar mi disgusto, porque vi a algunos consejeros intercambiar miradas preocupadas.

—Ni por todo el oro del mundo dormiría lejos de ella, de mi esposa. —Mis palabras estaban cargadas de convicción—. Así que no, esa tradición se rompe conmigo. —Hice una pausa, mirando directamente a los ojos de cada uno de los presentes—. Ambos compartiremos habitación si así lo desea ella.

—Entonces puedo ponerme con los preparativos de inmediato, Majestad.

Organizaré...

De repente, todo parecía ir muy rápido, demasiado rápido. La realidad de la situación me cayó encima.

—Espera —le interrumpí, levantando una mano. Sentí cómo mi voz flaqueaba, traicionando la incertidumbre que bullía en mi interior—. Ella aún no ha decidido que quiera quedarse.

Un suspiro pesado escapó de mis labios, cargado de todas las dudas y temores que había estado reprimiendo. El silencio en la sala se hizo aún más profundo.

—En el caso de que se marche —continué, luchando por mantener la compostura—, la colmaremos de lujos, mas, no nos pertenece, ¿me oís? —

Mi mirada recorrió la sala, desafiando a cualquiera a contradecirme—.

Aunque parezca convencido de que aceptaría, no es algo seguro.

Vi cómo la sorpresa se dibujaba en los rostros de los consejeros. Algunos intercambiaron miradas de confusión, otros fruncieron el ceño, claramente desconcertados por mis palabras. Finalmente, asintieron, aunque pude ver que lo hacían más por obediencia que por comprensión.

Qued, en particular, pareció desinflarse ante mis palabras. La alegría que había iluminado su rostro momentos antes se desvaneció, reemplazada por una expresión de profunda preocupación.

—Majestad —dijo, su voz ahora estaba cargada de una gravedad que no le había escuchado antes—, pero... una Alisma no puede sobrevivir sin la otra.

Negué con la cabeza instantáneamente, más por reflejo que por verdadera comprensión. Las palabras de Qued habían abierto una grieta en mi seguridad, dejando entrar una corriente de miedo helado que me recorrió la espina dorsal.

—¿Qué quieres decir?

Qued se puso de pie nuevamente, esta vez con una lentitud deliberada. Sus ojos recorrieron la sala, encontrándose con la mirada de cada uno de los presentes antes de volver a mí.

—Dejadme explicarme. Según lo que tengo estudiado de la Alisma y todo lo que se sabe hasta ahora, es que ambas almas son, en su unión, la flor. No son dos entidades separadas, sino dos mitades de

un todo. En el caso de que la flor no se una —continuó finalmente—, ambas almas tienen un destino...

terrible. —La última palabra salió de sus labios como un suspiro—. Por una parte, una de las almas muere, con ella una de las Alismas. Es imposible de detener, como una maldición.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba. La idea de perder a Nefely, de que pudiera morir por no estar conmigo, me llenó de un terror que nunca antes había experimentado.

—Las Alismas nacieron para estar juntas —prosiguió Qued—. Si no lo están, una acaba muriendo enferma, y la otra... —Aquí hizo una pausa—.

La otra, sin su parte, acaba sumergiéndose en la oscuridad. Se deja llevar por los pensamientos más oscuros de su mente y de su alma. Es como si toda la luz se extinguiera de su interior, quedándose con una sombra de lo que una vez fue.

Le escuché con total atención, cada palabra se grabó a fuego en mi mente.

Podía sentir cómo los demás consejeros también contenían el aliento, captando la gravedad de lo que Qued estaba revelando.

—¿Es una leyenda, Qued? —pregunté, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

—No, Majestad. Ha habido registros, esto ya ha pasado. Y es... es muy trágico. Si las Alismas no acaban juntas, acaban marchitándose para siempre. Es como ver una flor hermosa secarse lentamente, pétalo por pétalo, hasta que no queda nada más que un tallo marchito.

Entonces, como un relámpago en una noche oscura, un recuerdo atravesó mi mente. El dolor en el pecho de Nefely, su sufrimiento, las

veces que la había visto llevarse la mano al corazón con una expresión de agonía...

¿Acaso eso estaba relacionado? ¿Era posible que su cuerpo ya estuviera sintiendo los efectos de nuestra separación?

—¿Y solo viven estando juntas?

—Sí, solo así. Las Alismas son como dos mitades de un todo. Separadas, se marchitan y mueren. Juntas, florecen y alcanzan su verdadero potencial. Es un vínculo más profundo que cualquier cosa que podamos comprender completamente, Majestad. Es el destino mismo tejiendo sus hilos, uniendo dos almas que están destinadas a cambiar el mundo.

La elección que creía estar ofreciendo a Nefely no era tal. No se trataba de si quería quedarse o no, sino de si viviríamos o moriríamos.

Mi mente daba vueltas, tratando de procesar las implicaciones de todo esto.

¿Cómo se lo diría a Nefely? ¿Cómo le explicaría que su destino estaba irremediablemente ligado al mío, que no tenía la libertad de elegir lo que yo creía estar ofreciéndole?

Y más importante aún, ¿cómo podría convencerla de que se quedara, no por obligación o miedo, sino por amor? Porque en ese momento, mientras el peso de nuestro destino compartido caía sobre mí, me di cuenta de que no

quería que se quedara solo para sobrevivir. Quería que se quedara porque me amaba tanto como yo la amaba a ella.

—Señores, esta reunión ha terminado. Tengo mucho que considerar.

Pude ver la sorpresa en los rostros de mis consejeros, algunos incluso abrieron la boca como para protestar, pero mi mirada firme los

disuadió.

Uno a uno, se fueron levantando, el roce de las sillas contra el suelo de piedra fue lo único que se escuchaba.

Todos se marcharon en silencio, lanzando miradas furtivas por encima del hombro, como si temieran que en cualquier momento cambiara de opinión y los llamara de vuelta. Todos, excepto Neval.

Permaneció sentado y encorvado. Vi en sus ojos algo que hasta ahora no había mostrado. ¿Era ira? ¿Decepción? ¿O algo más profundo, más peligroso?

Cuando el eco de los pasos del último consejero se desvaneció en el pasillo, Neval finalmente habló.

—Estás muy equivocado —escupió—. Tu padre tenía mucha razón al decir que no serías justo, ni tomarías elecciones sensatas.

Se puso de pie lentamente.

—Estoy seguro de que hubiera preferido tu muerte antes de que tomases esta decisión.

La mención de mi padre, la implicación de que me consideraría una decepción, una vergüenza para el linaje real... Era como si Neval hubiera encontrado mi punto más vulnerable y hubiera decidido atacarlo sin piedad.

Antes de que pudiera reaccionar, antes de que pudiera encontrar las palabras para responder a tan brutal acusación, Neval ya se había girado. Con pasos rápidos y decididos, se dirigió hacia la puerta, su capa se ondeaba tras él como las alas de un cuervo.

En ese momento, algo dentro de mí se hartó. La paciencia que había mantenido durante tanto tiempo, la tolerancia que había mostrado hacia las críticas y los cuestionamientos constantes de Neval, todo se evaporó en un instante.

—Neval. —Se detuvo en seco—. A partir de este momento, ya no eres mi consejero. Tus servicios ya no son requeridos en esta corte. Deberás marcharte, y deberás hacerlo cuanto antes.

Vi cómo sus hombros se tensaban, cómo su mano se cerraba en un puño.

Por un momento, creí que se giraría, que intentaría argumentar o suplicar.

Pero no lo hizo. Sin decir una palabra más, sin siquiera mirar atrás, salió de la sala.

Me quedé allí por un momento, sintiendo el peso de la decisión que acababa de tomar. Neval había sido el consejero de mi padre durante décadas, su voz había guiado muchas de las decisiones que habían dado forma a nuestro reino. Y ahora, con unas pocas palabras, lo había desterrado. ¿Había hecho lo correcto? ¿O acababa de crear un enemigo peligroso?

Sacudí la cabeza, intentando despejar mis dudas. No era momento de cuestionamientos. Tenía cosas más importantes que hacer, decisiones cruciales que tomar. Salí al pasillo con mi mente ya enfocada en mi siguiente tarea.

Fue entonces cuando la vi. Una joven doncella pasaba por el pasillo, en sus brazos había sábanas recién lavadas. El aroma a lavanda y sol que emanaba de la ropa me recordó, por un breve instante, a mi madre. Esa fugaz memoria me dio la fuerza que necesitaba para seguir adelante.

—Necesito que manden desayuno a mi habitación —dije sin dudar.

La doncella se detuvo, sus ojos se abrieron con sorpresa ante la repentina orden del rey.

—¿Para usted, Majestad?

—No —respondí, sintiendo cómo una sonrisa involuntaria se formaba en mis labios—. Para Nefely. Quiero que tenga de todo, dulce, salado... todo lo que puedas imaginar. Lo que normalmente le gusta. Que se harte de comer, y si desea más, le proporcionáis más sin dudar ni cuestionar. A partir de este momento, se obedecerán todas las órdenes de Nefely de la misma forma que me obedecéis a mí como rey. Sus deseos serán tratados con la misma urgencia y respeto que los míos propios, sin excepción alguna.

Para mi sorpresa, la doncella no pareció sorprendida. ¿Acaso los rumores sobre Nefely ya habían llegado a los rincones más alejados del castillo? ¿O

era simplemente que estaba acostumbrada a las excentricidades de la realeza?

—¿Algo más, Majestad?

Dudé por un momento, mi mente trabajaba a toda velocidad. Si Nefely iba a ser mi Alisma, mi reina... necesitaría más que solo un desayuno abundante.

—Sí —dije finalmente—. Quiero que me busques a las doncellas más dignas para ella. Quiero que tenga las suyas propias. Mujeres de confianza, discretas y eficientes.

Una sonrisa, pequeña, pero genuina, se dibujó en el rostro de la doncella.

¿Era aprobación lo que veía en sus ojos?

—Así será, Majestad. No le decepcionaré. Nefely tendrá el séquito que merece, digno de una...

—Digno de una reina.

La doncella asintió, una mirada de comprensión total en sus ojos. Sin necesidad de más palabras, se giró para cumplir con sus nuevas

responsabilidades. Por un momento, me quedé allí, inmóvil, sintiendo el peso de las decisiones que acababa de tomar. Había despedido a un consejero de toda la vida, había ordenado un festín para una mujer que muchos aún consideraban una prisionera, y estaba a punto de elevar a Nefely a una posición que cambiaría el curso de nuestro reino para siempre.

Pero a pesar del miedo, a pesar de las dudas que aún acechaban en los rincones de mi mente, sentí una extraña paz. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba haciendo lo correcto. No lo que se esperaba de mí, no lo que la tradición dictaba, sino lo que mi corazón sabía que era justo.

Con esa certeza ardiendo en mi pecho, me encaminé hacia mi sala. Tenía muchas cosas que hacer, muchas órdenes que dar y no pensaba despertarla.

Si quería dormir, que durmiese. Más tarde hablaríamos, porque al final no nos iba a quedar otra. Porque todo iba a cambiar para ella, para mí, para la corte y el reino. Le iba a dar el sitio que merecía. Siempre y cuando lo quisiera; no la aferraría a mí por obligación. Si quería marcharse, buscaríamos una solución para que ambos pudiéramos vivir. Aunque yo muriese por estar lejos de sus labios.



Bajo la sombra del trono

Al despertar, la suave luz de la mañana se filtraba por las cortinas de seda, bañando la habitación en un resplandor dorado. Intenté cubrirme con la sábana por el frío y el tacto de la tela fina contra mi piel desnuda me recordó toda la noche anterior. Un escalofrío recorrió mi cuerpo por vergüenza y anhelo.

Abrí los ojos lentamente, parpadeando para acostumbrarme a la luz. Mi mirada recorrió la habitación, buscando instintivamente la figura de Aeran.

Sin embargo, el espacio a mi lado estaba vacío y las sábanas frías al tacto.

Un nudo se formó en mi garganta.

Fue entonces cuando las vi. Cinco doncellas, perfectamente alineadas frente a la puerta cerrada, me observaban con sonrisas que parecían demasiado amplias, demasiado perfectas. Sus ojos brillaban de una forma que me puso los pelos de punta. Me incorporé de golpe, aferrándome a la sábana como si fuera un escudo. Intentando taparme lo más rápido que pude.

—Buenos días, dama Nefely —habló una de ellas—. Le hemos traído su ropa. ¿Qué desea ponerse hoy? ¿Un vestido, quizás? ¿O prefiere los pantalones para mayor comodidad?

Como si fuera una señal, las otras cuatro doncellas desplegaron un abanico de prendas ante mí. Vestidos, pantalones de cuero suave, blusas de lino fino... Aquello parecía preparado para una princesa. O para una reina.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo la confusión se apoderaba de mí.

¿Qué estaba pasando? ¿Acaso seguía dormida? Me pellizqué el brazo con fuerza, el dolor agudo fue real y persistente. No, definitivamente no estaba soñando.

—¿Dónde está Ae... el rey? —pregunté, mordiéndome la lengua antes de cometer el error de llamarlo por su nombre delante de las doncellas.

La misma doncella que había hablado antes respondió con prontitud:

—Su Majestad se encuentra en su despacho. Ha ordenado que le subamos el desayuno y la atendamos en todo lo que pueda necesitar.

«Todo lo que pueda necesitar». Las palabras resonaron en mi mente. Lo único que necesitaba en ese momento era un poco de intimidad. ¿Acaso no se daban cuenta de que estaba completamente desnuda bajo las sábanas?

Era demasiado incómodo.

—No necesito nada —dije, tratando de mantener la calma—. Puedo arreglármelas sola.

—¿Está segura, dama? —insistió la doncella con preocupación, como si al no complacerme fuera a recibir un castigo—. Estaremos encantadas de ayudarla con su aseo matutino, peinarla, vestirla... En lo que desee y...

—Sí, completamente segura —corté, quizás con más brusquedad de la necesaria.

Las doncellas intercambiaron miradas, se comunicaron de manera silenciosa. Finalmente, asintieron al unísono. Con movimientos fluidos y practicados, dejaron las prendas cuidadosamente dobladas sobre la cama y se retiraron sin decir una palabra más.

Cuando la puerta se cerró tras ellas, dejé escapar un suspiro de alivio. El silencio repentino de la habitación era ensordecedor. Me quedé allí sentada por un momento, tratando de procesar todo lo que estaba sucediendo.

Finalmente, reuní el valor para levantarme. Fue entonces cuando lo noté. La marca en mi pecho, normalmente fría al tacto, ahora irradiaba un calor suave y reconfortante. El color había cambiado, pasando de su habitual tono plateado a un dorado cálido que parecía brillar con luz propia.

Pasé mis dedos sobre ella, maravillándome ante la sensación. ¿Qué significaba este cambio? ¿Tenía algo que ver con lo sucedido anoche? Miles de preguntas se agolpaban en mi mente, exigiendo respuestas. Él las sabía y, la verdad, una parte de mí no quería conocerlas.

Comencé a vestirme con rapidez. Opté por unos pantalones de cuero suave y una blusa de seda, prendas que me permitirían moverme con facilidad, por si tenía que huir de las doncellas con sonrisas tétricas.

Una vez lista, me dirigí hacia la puerta. Con la mano en el pomo, dudé por un momento. ¿Qué me esperaba al otro lado? ¿Cómo me recibiría Aeran después de lo sucedido anoche? ¿Y si fue solo producto de una mala borrachera y se arrepentía? Jamás había tenido tanto miedo por algo, aunque que me enviase a las doncellas así no debía de ser nada malo. A no ser que no quisiera verme y las hubiera enviado para entretenerme...

Sacudí la cabeza, alejando esos pensamientos. No importaba. Necesitaba respuestas y las obtendría. Con un último suspiro para reunir valor, abrí la puerta y salí al pasillo.

El castillo parecía diferente. Los sirvientes que me cruzaba hacían reverencias profundas y lo observaban con un respeto que nunca habían tenido. Las miradas de desconfianza y miedo que antes me seguían habían sido reemplazadas por algo nuevo, algo que no terminaba de comprender.

Aunque esto había sido cosa suya, seguro.

Mientras avanzaba sentía como si estuviera caminando en un sueño. Las paredes de piedra, los tapices antiguos, las velas parpadeantes...

todo era

familiar y a la vez extraño, como si el mundo hubiera cambiado durante la noche. Y tal vez lo había hecho.

Cuando finalmente llegué al despacho de Aeran, me detuve un momento para tomar aliento. Thorak estaba apostado junto a la puerta. Hizo una reverencia profunda, el tipo de gesto que normalmente reservaba solo para la familia real.

—Buenos días —dijo, con una sonrisa genuina curvando sus labios—.

¿Desea ver a Su Majestad? ¿Hay algo que pueda hacer para complacerla?

—Yo... —titubeé, aún desconcertada por el trato reverencial—. Sí, necesito ver a Aeran. Es urgente.

Thorak se giró hacia la puerta y llamó con los nudillos.

—Adelante. —La voz de Aeran, amortiguada por la madera, llegó desde el interior.

Sin esperar a que Thorak abriera la puerta, la empujé yo misma y entré rápidamente. Era como si estuviera huyendo, buscando refugio de todas esas miradas y sensaciones que parecían no querer dejar de perseguirme.

Cerré la puerta tras de mí, apoyándome en ella como si pudiera mantener al mundo exterior a raya. No estaba segura si me gustaba aquel trato tan servicial, estaba tan acostumbrada a no tener ni pedir nada...

Aeran estaba sentado en la silla de su escritorio, con un libro abierto apoyado en la mesa. Al verme entrar, sus ojos se iluminaron de una manera que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Buenos días —murmuró.

Intenté ignorar el efecto que su voz tenía en mí, centrándome en la razón por la que había venido.

—¿Puedes explicarme por qué unas doncellas con una mirada un poco de locura me han despertado a los pies de la cama? —pregunté, sin poder ocultar la exasperación en mi voz.

Una carcajada escapó de sus labios, el sonido llenó la habitación e hizo que algo en mi interior se relajara.

—Solo intentaban ser amables.

—Y yo solo quería dormir —repliqué, aunque sentí cómo una sonrisa amenazaba con formarse en mis labios.

Me acerqué lentamente, consciente de su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos. Era como si no pudiera apartar los ojos de mí, como si temiera que fuera a desaparecer si parpadeaba. La intensidad de su mirada me hizo sentir expuesta y a la vez... poderosa. Él me hacía sentir poderosa en todos los sentidos.

Extendió su mano hacia mí. Sin pensarlo, coloqué mi mano sobre la suya, sintiendo el calor de su piel. Con un movimiento suave, me guio para que me acercara hasta quedar frente a él, entre sus piernas.

Sus manos se apoyaron en mis caderas, haciendo que sintiera un escalofrío.

Aeran levantó la mirada hacia mí, sus ojos estaban llenos de un brillo que emocionaba solo con mirarle.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Casi se me sale el corazón del susto —respondí, intentando aligerar el ambiente con una broma—. Pero sigo en pie, así que supongo que estoy bien.

Sus dedos comenzaron a trazar círculos suaves sobre mis caderas. Sentí cómo mi cuerpo se relajaba bajo sus caricias, como si mi piel reconociera el consuelo que ofrecían sus manos. Como si ahora lo reconociera a él, solo a él.

—Me refiero... a anoche —dijo finalmente, su voz bajando a un susurro.

La pregunta quedó suspendida entre nosotros, cargada de significado.

Anoche. La noche que lo había cambiado todo. La noche en que nos

habíamos entregado el uno al otro de una manera que iba más allá de lo físico.

Sentí cómo el calor subía a mis mejillas, los recuerdos inundaron mi mente con una mucha intensidad. La suavidad de sus labios contra los míos, el calor de su piel desnuda presionada contra la mía, la forma en que nuestros cuerpos habían encajado perfectamente... Todo volvió a mí con una claridad que me dejó sin aliento.

Recordé la forma en que sus manos habían recorrido mi cuerpo, trazando cada curva, cada línea, como si quisiera memorizar cada detalle. La forma en que sus ojos se habían derretido con una ternura que nunca antes había visto en ellos. El sonido de su voz, ronca y cargada de emoción, susurrando mi nombre como una plegaria en la oscuridad.

Pero más allá de lo físico, lo que más me impactaba era la conexión que habíamos compartido. La forma en que nuestras almas parecían haberse fundido, creando algo nuevo, algo hermoso y aterrador al mismo tiempo. La marca en mi pecho palpitó suavemente, como si respondiera a mis pensamientos.

—Estoy perfectamente —logré decir finalmente. Vi cómo la tensión en el cuerpo de Aeran se relajaba visiblemente, sus hombros bajaron

como si hubiera estado sosteniendo el peso del mundo—. ¿Estabas preocupado?

Sus ojos, esos ojos grises que tanto me gustaban, se encontraron con los míos. Pude ver en ellos un torbellino de emociones: alivio, ternura y, debajo de todo eso, un miedo persistente que me desconcertó.

—Lo estaba —admitió—. Siempre lo estoy cuando se trata de ti. Es como si... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—, como si al menor error fueras a desvanecerte, a odiarme, a abandonarme.

Su confesión me golpeó con la fuerza de una ola, dejándome momentáneamente sin palabras. ¿Cómo podía pensar eso? ¿Cómo podía este hombre, este rey poderoso, temer tanto mi rechazo?

Instintivamente, levanté mis manos y las apoyé en sus mejillas. Su piel, normalmente áspera por la barba, ahora estaba suave al tacto. Me pregunté fugazmente si se habría afeitado especialmente para mí, y la idea hizo que mi corazón se acelerara.

—Mucho tendrías que hacer para que te odiase, Aeran. —Mis pulgares trazaron suaves círculos en sus pómulos, un gesto de consuelo que parecía tan natural como respirar.

—A veces creo que con una tontería es suficiente.

Su mirada, tan abierta y vulnerable, decía más que mil palabras. Vi en sus ojos el reflejo de todos sus miedos, todas sus inseguridades. Este hombre, que gobernaba un reino entero con mano firme, temblaba ante la idea de perderme.

—Debes explicarme esto. —Con dedos temblorosos, llevé mi mano al cuello de la camisa. Lentamente, bajé la tela, revelando la marca que brillaba en mi piel con un resplandor suave.

Vi cómo los ojos de Aeran se desviaban, recorriendo la piel expuesta con intensidad y excitación. Por un momento, pareció perderse, sus pupilas se dilataban con deseo. Luego, como si se diera cuenta de su reacción, cerró los ojos con una sonrisa entre divertida y frustrada curvando sus labios.

—Si vuelves a hacer eso —dijo con voz baja y ronca—, no me quedará más remedio que cogerte, apartar todo lo de la mesa y arrancarte esa camisa que llevas. Apoyarte en ella y repetir lo de anoche hasta que no puedas volver a decir mi nombre.

Sus palabras encendieron un fuego en mi interior, un deseo abrasador que amenazaba con consumirme por completo. Sentí un cosquilleo recorrer todo mi cuerpo, desde la punta de mis dedos hasta lo más profundo de mi ser.

Una sonrisa nerviosa se formó en mis labios, y por un momento, consideré seriamente volver a bajar mi camisa, tentando al destino y a Aeran por igual.

—Por todos los dioses, Nefy... —gruñó, convirtiendo mi nombre en una plegaria desesperada y una maldición apasionada al mismo tiempo.

En un movimiento que me tomó completamente por sorpresa, Aeran se levantó. Sus manos se posaron en mis caderas. Con una fuerza que me dejó sin aliento, me levantó del suelo como si no pesara nada. En un instante, me encontré sentada sobre el escritorio, el sonido de papeles y objetos cayendo al suelo resonando en la habitación.

Vi cómo un frasco de tinta rodaba por el borde del escritorio, cayendo y derramando su contenido sobre el suelo de piedra. Una mancha oscura comenzó a extenderse, pero ninguno de los dos le prestó atención. En ese momento, el mundo entero se había reducido a nosotros dos.

Los labios de Aeran encontraron los míos. El beso, a diferencia de la pasión desenfrenada que sus palabras habían prometido, fue sorprendentemente tierno. Sus labios se movían contra los míos con suavidad. Era como si, ahora que me tenía en sus brazos, todo el fuego se hubiera transformado en una calidez reconfortante.

Sin dudarlo, respondí al beso. Mis manos encontraron su camino hacia su cabello, enredando mis dedos en los mechones oscuros. Sentí cómo Aeran suspiraba contra mis labios y su cuerpo se relajaba contra el mío.

Nos besamos así por lo que pareció una eternidad. No había prisa, no había urgencia. Era como si el tiempo se hubiera detenido, permitiéndonos saborear cada segundo, cada toque, cada suspiro compartido.

Cuando finalmente nos separamos, vi en sus ojos un brillo tierno: Amor, deseo y algo más profundo, algo que hablaba de un futuro compartido, de promesas silenciosas y sueños por cumplir.

—Nefy —susurró, su frente se apoyó contra la mía mientras su aliento cálido acariciaba mis labios—. ¿Tienes idea de lo que me haces? ¿De cómo con solo una mirada puedes desarmarme por completo?

Sentí cómo sus manos ásperas, se deslizaban por mis brazos.

Aeran acercó sus labios a los míos, rozándolos suavemente, pero sin llegar a besarme. Era una caricia fantasmal. El deseo ardía en mi interior, instándome a cerrar la distancia entre nosotros, pero me contuve.

—Simplemente quiero sentirte —murmuró—. Grabar este momento en mi memoria para siempre.

Su mano se movió lentamente mientras sus dedos trazaban un camino desde mi cuello hasta mi pecho. Se detuvo justo encima de la

marca que palpitaba suavemente bajo su roce.

—Mas, hablando de esto. Tengo que contarte varias cosas, cosas bastante serias y... preocupantes.

Le miré fijamente, notando cómo la atmósfera entre nosotros cambiaba. La tensión en su mandíbula, el ligero fruncimiento de su ceño, la forma en que sus ojos evitaban los míos por un instante... Todo indicaba que lo que estaba a punto de decirme era de suma importancia.

—¿Qué ocurre? —El miedo comenzaba a arraigarse en mi pecho, una sensación fría y pesada que su cuerpo intentaba alejar con su calor.

Aeran abrió la boca para responder, pero en ese preciso instante, unos golpes insistentes en la puerta nos interrumpieron. El sonido resonó en la habitación como un trueno, rompiendo la burbuja íntima que habíamos creado.

—¡Ahora no! —chilló Aeran, con un enfado demasiado grande. Se giró bruscamente hacia la puerta, como si pudiera hacer desaparecer al intruso con la fuerza de su mirada—. ¡Fuera!

Instintivamente, apoyé mi mano en su barbilla con fuerza, obligándole a mirarme. Posiblemente le hice daño, pero no pensaba permitir que se comportase así. Sus ojos, que momentos antes habían estado llenos de ternura, ahora ardían con irritación y resignación. Pude ver cómo luchaba por controlar su temperamento; sus músculos estaban tensos y se notaba su completa irritación.

Aeran cerró los ojos por un momento, tomando una respiración profunda.

Cuando los abrió de nuevo, vi un destello de arrepentimiento en ellos.

—Ahora no, por favor —se corrigió. Me miró, buscando mi aprobación, como un niño que espera ser felicitado por comportarse bien.

—Poco a poco —murmuré con una pequeña sonrisa curvando mis labios.

Era fascinante ver cómo este hombre, este rey poderoso, se esforzaba por cambiar, por ser mejor, todo por mí—. Aunque no es suficiente, no para mí.

Sin embargo, antes de que pudiéramos retomar nuestra conversación, la puerta se abrió de golpe. Aeran ni siquiera hizo el intento de separarse de mí, su cuerpo aún estaba contra el mío sobre el escritorio. Era como si quisiera demostrarle al mundo entero que yo le pertenecía, que éramos uno solo. Como si le diera igual que nos vieran, y me preguntaba si yo hubiera sido una verdadera dama de la corte, ¿se hubiera comportado de la misma manera?

Por el reflejo en una jarra de plata cercana, pude ver que se trataba de un guardia. El hombre, estaba jadeando y con el rostro enrojecido, parecía a punto de desmayarse de la vergüenza al vernos en una posición tan íntima.

—¿Qué? —gruñó Aeran—. ¿Qué es tan urgente como para interrumpirnos de esta manera?

El guardia tragó saliva audiblemente, sus ojos se movieron nerviosamente entre Aeran y yo.

—Ha... ha pasado algo con su hermana, Majestad. —Logró articular finalmente—. Han escuchado gritar a la princesa Avery, pero cuando los guardias han intentado entrar, no han podido. La puerta está atrancada desde dentro.

Sentí cómo el cuerpo de Aeran se tensaba contra el mío al escuchar esas palabras. La preocupación reemplazó instantáneamente la

irritación en su rostro, y pude ver el conflicto en sus ojos: el deseo de permanecer conmigo luchando contra su deber como hermano y rey.

Sin pensarlo dos veces, bajé del escritorio. Aeran me siguió de inmediato, su mano buscó la mía mientras nos apresurábamos por los pasillos del palacio.

Cuando llegamos al pasillo que conducía a los aposentos de Avery, la escena que nos recibió era caótica. Un grupo de guardias se turnaba para embestir contra la puerta, que permanecía obstinadamente cerrada. El sonido de la madera crujiendo bajo la presión se mezclaba con los gruñidos de esfuerzo de los hombres.

Aeran se adelantó con pasos firmes, abriéndose paso entre los guardias. Se acercó a la puerta, apoyando una mano sobre la madera, como si intentara sentir la presencia de su hermana a través de ella.

—¡Avery! —gritó—. ¡Avery, responde! ¿Puedes oírme?

El silencio que siguió fue ensordecedor, más aterrador que cualquier grito.

Los guardias, sin detenerse ante la intervención del rey, continuaron sus embistes contra la puerta. El sonido rítmico de sus intentos se mezclaba ahora con la respiración agitada de Aeran, que esperaba impacientemente cualquier señal de vida del otro lado.

De repente, el sonido de pasos llamó mi atención. Girándome, vi a Torin y Cleon salir al pasillo, sus pequeños rostros estaban contraídos por el miedo y la confusión. Sus ojos, grandes y asustados, se clavaron en mí, buscando respuestas que no estaba segura de poder darles.

Sin pensarlo, me acerqué a ellos con rapidez, forzando una sonrisa que esperaba fuera tranquilizadora. Me agaché para estar a su altura,

intentando crear un escudo entre ellos y la escena caótica que se desarrollaba a sus espaldas.

—¿Dónde está Avery? —preguntó Cleon—. ¿Está bien?

¿Les mentía para protegerlos? ¿Les decía la verdad y arriesgaba aterrorizarlos aún más?

—Vuestra hermana... —comencé, pero mi voz se apagó cuando mis ojos se desviaron involuntariamente hacia la puerta que los guardias seguían intentando derribar. El sonido de la madera astillándose parecía cada vez más fuerte, más amenazador.

Torin, interpretando mi silencio como una confirmación de sus peores temores, se lanzó hacia mí, abrazándome por la cadera. Podía sentir el temblor de su pequeño cuerpo contra el mío, y automáticamente le apoyé una mano en la cabeza, acariciando suavemente sus cabellos en un intento de calmarlo.

Justo en ese momento, como si hubieran sido convocadas por la creciente tensión, las nodrizas aparecieron en el pasillo. Una parte de mí, una parte que me sorprendió por su intensidad, no quería que ellas se ocuparan de los niños. Quería ser yo quien los consolara, quien los protegiera de este caos.

Pero así funcionaban las cosas en palacio. Quien consolaba a los hermanos del rey no era el mismo rey, ni mucho menos una forastera como yo, por muy cercana que me hubiera vuelto a la familia real. Con un nudo en la garganta, vi cómo las nodrizas se llevaban a Torin y Cleon. Las pequeñas manos de Torin se extendieron hacia mí en un gesto silencioso de súplica que me partió el corazón.

Las nodrizas se los llevaron, dejándome con una sensación de impotencia.

Con miedo e impaciencia a partes iguales, me apoyé en la pared más cercana, cerré los ojos y me concentré.

El tumulto del pasillo se desvaneció gradualmente, y me encontré sumergida en la mirada de Avery. Al principio, todo era oscuridad y desconcierto. Poco a poco, mis ojos —los de Avery— se adaptaron a la penumbra que reinaba en la habitación. Había atrincherado la puerta con muebles y permanecía de pie, temblando, observando cómo la madera vibraba bajo los golpes del exterior. Su mirada, presa del pánico, recorrió la estancia; jamás la había visto tan aterrorizada. Sus ojos se detuvieron finalmente en la cama: había intentado mover el colchón y arrancado las sábanas, pero allí persistía la mancha roja.

Regresé a mí misma con una sacudida de cabeza. Al principio me sentí mareada, pero me recompuse lo suficiente para acercarme a los guardias y a Aeran.

—Tienen que parar —afirmé con convicción—. Solo están asustándola más.

Aeran me miró desconcertado, pero no dudó en actuar.

—¿¡No lo habéis oído!? ¡Alto! —vociferó, logrando que los guardias parasen.

—Que se retiren —ordené.

Aeran dirigió una mirada significativa a los guardias, quienes comenzaron a marcharse hasta dejarnos a solas. Me aproximé a la puerta y entonces pude escuchar con claridad los desgarradores sollozos que emanaban del interior.

—¿Avery? —dije con un susurro, apoyando suavemente mi mano en la madera—. ¿Puedo pasar?

Aeran me miraba confundido, sin entender la gravedad de la situación.

—¡Dile a mi hermano que se vaya, no quiero al rey! —gritó Avery desde el interior.

Miré a Aeran, comprendiendo de repente que su presencia era parte del problema.

—Tu hermano está preocupado, Avery. Solo quiere saber que estás bien —

intenté razonar con ella.

—¡No lo entiendes! —exclamó Avery entre sollozos—. ¡Nadie lo entiende!

Suspiré profundamente, buscando las palabras adecuadas.

—Avery, por favor, déjame entrar. Solo yo. Te prometo que Aeran se quedará aquí fuera.

Hubo un largo silencio, interrumpido solo por los sollozos ahogados de Avery. Finalmente, escuché el sonido de muebles siendo arrastrados. La puerta se entreabrió, revelando el rostro pálido y manchado de lágrimas de Avery.

—Solo tú —murmuró, lanzando una mirada temerosa a Aeran.

Asentí y me volví hacia el rey.

—Aeran, por favor, espera aquí. Necesito hablar con ella a solas.

Aunque visiblemente contrariado, Aeran asintió y retrocedió unos pasos.

Entré en la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

La escena que me recibió era desoladora. La cama estaba deshecha, las sábanas arrancadas y tiradas por el suelo. En el centro del colchón, una mancha rojiza destacaba ominosamente.

Avery permanecía de pie, temblorosa, apoyada contra la pared más alejada de la puerta. Sus ojos, enrojecidos e hinchados, me

observaban con miedo y vergüenza.

—Avery... —susurré, dando un paso hacia ella.

—No te acerques —suplicó—. No quiero que nadie me vea así.

Me detuve, respetando su espacio.

—Está bien. No me acercaré si no quieres. Pero por favor, háblame. ¿Qué ha pasado?

Avery cerró los ojos, respirando profundamente antes de hablar.

—Es... es mi primer sangrado —confesó en un susurro apenas audible.

De repente, todo cobró sentido.

—Oh, Avery... —murmuré, comprendiendo su terror—. Está bien, es algo completamente natural.

—Pero yo... no estaba preparada. —Su voz temblaba al hablar—. Mi madre nunca... ella nunca me explicó realmente qué esperar. Solo me advirtió sobre lo que pasaría después.

—¿A qué te refieres? —pregunté suavemente, aunque temía conocer la respuesta.

—Mi padre... Él me dijo hace años que cuando esto pasara, tendría que casarme con un hombre de las casas del reino. Pero yo no puedo, Nefely.

No quiero. No saldré de aquí para ser encadenada a un monstruo que me trate como mi padre trataba a mi madre. Prefiero pudrirme en esta habitación.

—Avery, escúchame —dije con cariño—. Lo que estás experimentando es completamente normal. Créeme, yo también

estaba asustada cuando me pasó. Se supone que forma parte del crecimiento, de que poco a poco serás adulta.

—Pero yo no quiero ser una mujer adulta si significa que me van a obligar a casarme —respondió con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. No quiero irme de aquí.

—Nadie debería obligarte a hacer algo que no quieres —le aseguré—. Tu cuerpo está cambiando, sí, pero eso no significa que tu alrededor también.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe. Aeran entró asustado.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber con sus ojos recorriendo la habitación destrozada.

Avery soltó un grito ahogado y se encogió aún más contra la pared.

—¡Te dije que no entraras! —exclamó con pánico.

Me interpuse rápidamente entre los hermanos.

—Aeran, por favor, necesitas salir.

—Soy el rey, y esta es mi hermana. Tengo derecho a saber qué está sucediendo —respondió él, dando un paso adelante.

—¡No! —gritó Avery, llorando con más fuerza—. ¡No quiero que me obliguen! ¡No pueden hacerme esto! ¡Eres como papá y lo vas a hacer!

Aeran se detuvo, desconcertado.

—¿Obligarte? ¿De qué estás hablando?

Miré a Avery, buscando su permiso silencioso. Ella asintió levemente, sus ojos aún estaban llenos de miedo, pero con un destello de

confianza hacia mí.

—Aeran, tu hermana acaba de experimentar su primer sangrado. —Vi cómo sus ojos se abrían con comprensión—. Pero eso no es lo que la tiene aterrada. Vuestro padre... le dijo que cuando esto ocurriera, tendría que casarse con un hombre de las casas del reino. Un hombre mayor.

Aeran palideció visiblemente, su expresión pasó de la confusión al horror y luego a la ira en cuestión de segundos.

—Eso es... —comenzó, pero se detuvo, apretando los puños—. Jamás permitiría tal cosa.

—Avery necesita oírlo de ti —dije suavemente, dando un paso atrás.

Aeran se acercó lentamente, arrodillándose frente a Avery. Su voz, cuando habló, estaba cargada de emoción:

—Avery, mírame. Te juro que jamás te obligaré a casarte. Nunca. Con nadie.

Pero Avery no parecía convencida. Sus ojos, aún brillantes por las lágrimas, se entrecerraron con desconfianza.

—¿Cómo puedo creerte? —susurró—. Padre siempre decía que era tu deber como futuro rey. Que las alianzas matrimoniales eran necesarias.

Aeran pareció encogerse ante sus palabras, el dolor era evidente en su rostro.

—Lo sé —admitió—. Sé lo que padre decía. Pero yo no soy él, Avery. No gobierno como él lo hizo.

—¿Y si los consejeros te presionan? —insistió Avery—. ¿Y si dicen que es por el bien del reino?

Aeran tomó una respiración profunda antes de responder:

—Entonces les diré que el bienestar de mi hermana es crucial para el reino.

Les recordaré que una princesa forzada a un matrimonio infeliz no traerá estabilidad, sino resentimiento y dolor.

Vi un destello de esperanza en los ojos de Avery, pero aún había dudas.

—Pero... ¿y si cambian tu opinión con el tiempo? —preguntó en voz baja

—. Las cosas podrían ser diferentes en unos años.

—Entonces les recordaré que mi hermana no es una moneda de cambio —

respondió Aeran con firmeza—. Les diré que la fuerza de nuestro reino no se construye sobre la infelicidad de su princesa.

—Y si Aeran falta a su palabra —intervine—, si alguna vez siquiera considera traicionar esta promesa, me perderá para siempre. Y con ello, perderá el único apoyo que le mantiene en pie. No permitiré que sufras ese destino, Avery. Aunque tenga que desafiar a la mismísima corona para evitarlo.

Aeran me miró, el miedo danzaba en sus ojos ante la firmeza de mis palabras. En ese momento, pareció comprender la gravedad de la situación y el peso de su promesa.

Sin previo aviso, Avery se acercó a mí con pasos vacilantes y me abrazó con una fuerza que me sorprendió. Su cuerpo temblaba contra el mío, y pude sentir como años de miedo y soledad se desmoronaban en ese gesto.

Por un instante, me sentí extrañada ante esta muestra de vulnerabilidad tan

poco característica en ella. Sin embargo, la calidez de su abrazo derritió rápidamente mi momentánea confusión. Inmediatamente le devolví el gesto, apoyando una mano en su cabeza con suavidad, mientras mis dedos se enredaban en sus suaves mechones.

—¿Te parece que ordenemos esto? —sugerí con una voz deliberadamente tranquila, tratando de anclarla en el presente y alejarla de sus temores—. Y

seguramente tengas hambre después de tanto alboroto. ¿Qué te parece si tu hermano va a pedir que te preparen algo especial?

Ella asintió sin apartarse de mí con su rostro aún enterrado en mi pecho.

Pude sentir cómo inhalaba profundamente, como si quisiera impregnarse de mi esencia y la seguridad que le ofrecía.

Alcé la mirada hacia Aeran, que nos observaba con ternura y culpabilidad.

En el fondo seguía siendo una niña asustada que había crecido rodeada de miedos, amenazas e incertidumbres. Las palabras y promesas, por más sinceras que fueran, no serían suficientes para borrar años de castigo.



Llamas de la devoción

La luz del atardecer se desvanecía lentamente, dando paso a las primeras sombras de la noche mientras yo escudriñaba frenéticamente cada rincón de mi despacho. El aire se volvía denso con el polvo de los pergaminos y el aroma a tinta seca. No me permitiría descansar hasta descubrir con qué casa mi padre había pactado el matrimonio de mi hermana pequeña.

Tras horas de búsqueda incesante, mis dedos temblorosos rozaron finalmente el documento que buscaba. La casa Vientosur. El nombre resonó en mi mente, evocando recuerdos de una familia sin lustre ni gloria. Eran conocidos por sus constantes súplicas a la corona, mendigando ayuda para sobrevivir los crudos inviernos que azotaban sus tierras yermas.

Conforme mis ojos recorrían la petición redactada por Jeriah Vientosur, un hombre de treinta y ocho años —casi el triple de la edad de mi hermana de apenas trece—, sentí que la sangre se me helaba en las venas. Sus exigencias eran tan frías como retorcidas: la novia no debía ser corpulenta ni tonta, y debía haber experimentado su primer sangrado. Pero eso era solo el comienzo. Jeriah demandaba que la niña tuviera los dientes perfectamente alineados, «para no engendrar herederos de sonrisa torcida».

Insistía en que supiera tocar al menos tres instrumentos musicales, «para

entretener a los invitados en las largas noches de invierno». Exigía que no fuera zurda, «pues eso es señal de mala fortuna», y que tuviera un lunar en forma de estrella en alguna parte del cuerpo, «para asegurar la bendición de los astros».

La lista continuaba con absurdos como que la niña pudiera recitar de memoria los nombres de todos los reyes de las últimas cinco dinastías, que nunca hubiera enfermado de catarro «para garantizar una descendencia fuerte», y que sus pies no superaran cierta medida «para mantener la elegancia familiar». La petición concluía con una frase que me revolvió el estómago: «Así me aseguraré de que no me están entregando una mujer defectuosa ni una carga inútil para mi casa».

Sin titubear un instante, me acerqué con pasos decididos a la vela que parpadeaba en mi escritorio. Con manos temblorosas más por valor que por miedo, acerqué la punta del pergamino a la llama.

El fuego lamió el documento con avaricia, devorando rápidamente las palabras que condenaban a mi hermana. Observé cómo las exigencias absurdas de Jeriah Vientosur se convertían en cenizas entre mis dedos. El calor de las llamas no era nada comparado con el fuego de la resolución que ardía en mi pecho.

«Mi hermana no se casará con quien no desee», murmuré para mí mismo, sintiendo cómo cada palabra se grababa en mi corazón cual juramento sagrado. «No debe temerme más. Debe saber que su hermano, su rey, la protegerá de todo y de todos».

Mientras las últimas brasas del pergamino se extinguían, no pude dejar de pensar en que no lanzaría a mi querida hermana a los brazos del primer depravado que se cruzara en nuestro camino, no importaba cuán ventajosa pudiera parecer la alianza.

El rostro severo de mi padre se materializó en mi mente, sus palabras resonaron como un eco amargo: «Una hija mujer es el castigo de los dioses». Cuántas veces lo había escuchado decir eso desde que ella era apenas una niña. Para él, una hija no era más que una pieza en el tablero del

poder, un peón para ser sacrificado en busca de fortalecer el reino o, con suerte, forjar alianzas con otras tierras.

Pero yo no era mi padre. El peso de la corona sobre mi cabeza significaba más que poder; significaba responsabilidad. Responsabilidad hacia mi pueblo, sí, pero también hacia mi familia. Hacia esa niña de trece años que aún reía en los jardines del castillo, ajena a las oscuras intenciones que otros tramaban para su futuro.

Pasé una mano por mi rostro, cansado de estar todo el día encerrado. Sabía que, en un futuro, tendría que enfrentarme a la casa y los recuerdos que encerraba, pero eso poco importaba ahora. Al fin y al cabo, yo era el rey, y mis decisiones eran lo único que contaba en este reino.

Mi mente, inquieta, voló hacia Nefely. Consciente de que había pasado el día con mis hermanos, la ansiedad por verla creció hasta hacerse insoportable. Sin poder contenerme más, me lancé a buscarla. Al salir al pasillo, me recibió un silencio sepulcral; ni un alma vagaba por los corredores. Comencé a buscar en sus habitaciones: Cleon, ausente; Avery y Torin, desaparecidos; Venya y Kieran, ni rastro.

—¿Puedo ayudarle, Majestad? —preguntó una sirvienta que se dirigía a la habitación de Venya y Kieran.

—¿Sabes dónde se han escondido de mí? —inquirí, intentando disimular mi preocupación con un tono de broma.

—Oh, están en el comedor real, Majestad. Han decidido cenar allí esta noche. La dama mencionó que no habría problema, y como nos

había ordenado obedecerla sin cuestionamientos...

Asentí, sintiendo alivio y miedo agitarse en mi pecho.

—Sí, por supuesto. Gracias.

Me dirigí con paso firme hacia el comedor real. Hacía años que no comía allí con toda mi familia. Desde el fallecimiento de mi padre, ese lugar se había convertido en un mal recuerdo que no quería revivir.

Antes, cuando mi madre aún vivía, todos nos reuníamos a comer, desayunar y cenar en ese comedor. Pero con su muerte, todo cambió. Mi padre impuso un régimen de silencio sepulcral en la mesa. Las risas y las bromas quedaron prohibidas, convirtiendo cada comida en un ejercicio de tensión y contención.

Cuando él falleció, el comedor quedó como un recordatorio de aquellos momentos incómodos, de miradas furtivas entre hermanos y palabras nunca dichas. Por eso había evitado ese lugar, temiendo que los fantasmas de aquellos recuerdos asfixiantes me ahogaran.

Ahora, mientras me acercaba a las imponentes puertas del comedor, sentí una chispa de esperanza encenderse en mi interior. Quizás, con Nefely y mis hermanos, podríamos exorcizar los viejos demonios y llenar de nuevo ese espacio con la calidez que una vez conoció. Con un profundo suspiro, me asomé a aquel lugar, listo para enfrentar no solo a mi familia, sino también al pasado que durante tanto tiempo había intentado olvidar.

Las risas, melodiosas y despreocupadas, rebotaban como un eco interminable contra las paredes de piedra, danzando en el aire como luciérnagas en una noche de verano. Mis hermanos estaban sentados alrededor de la gran mesa de roble, sus rostros iluminados por una alegría que hacía años no veía, hablando animadamente con Nefely entre carcajadas y gestos exagerados. Por un instante, el miedo me paralizó en el umbral, a pesar de las miradas dudosas que me lanzaban los guardias apostados a ambos lados de la puerta. Temía

entrar y que mi presencia, como un manto oscuro, sofocara esas risas que tanto tiempo habían permanecido silenciadas.

El recuerdo de mi padre se materializó como un espectro frío: su figura imponente entrando al comedor, y nosotros, como pájaros asustados, callándonos de golpe. El miedo a reírnos demasiado alto, a ser demasiado ruidosos, demasiado expresivos, se había grabado a fuego en nuestras almas. Mi madre, con su sonrisa cálida, solía hacernos reír hasta que las lágrimas rodaban por nuestras mejillas, pero esa alegría siempre se desvanecía ante la presencia amenazante de nuestro progenitor.

—¡Aeran! —El grito entusiasta de Kieran rompió el hechizo de mis pensamientos sombríos.

Vi a mi hermano pequeño bajar de la silla con la agilidad de un gato y correr hacia mí, sus brazos extendidos como alas, sus ojos brillantes de emoción. Lo levanté del suelo con un esfuerzo que disfracé de facilidad, sintiendo cómo su pequeño cuerpo se fundía en un abrazo que derritió parte del hielo que envolvía mi corazón.

—Estamos cenando con Nefy —comenzó a contarme Kieran mientras caminábamos juntos hacia la mesa—. La cocinera nos ha hecho la tarta de mamá, ¡y está deliciosa! He comido un poco, pero no te preocupes, también me he terminado mi plato. —Su orgullo era palpable en cada palabra—. Te hemos guardado un trozo porque yo ya no podía más, aunque me la hubiera comido toda.

Al llegar a la mesa, mi mirada se posó en ella. Nefely resplandecía con una sonrisa que iluminaba la estancia, su risa melodiosa se mezclaba con las voces de mis hermanos. Bromeaba con ellos como si compartieran la misma sangre, sus gestos estaban rebosantes de un cariño que me conmovía profundamente. En ese momento, supe con certeza que sería capaz de hacer cualquier cosa por ellos, por todos nosotros.

¿Cómo no iba a amarla con toda mi alma si me lo estaba dando todo? Su presencia llenaba un vacío que ni siquiera sabía que existía, convirtiendo nuestra casa en un verdadero hogar.

Me trajeron la cena, pero el hambre había desaparecido. Estaba cautivado por la escena ante mí, absorto en la calidez de sus interacciones; en cómo Nefely conseguía que cada uno de mis hermanos se sintiera especial y valorado.

Cuando las nodrizas llegaron para acompañarlos a la cama, el comedor se llenó de protestas y negociaciones. Cleon, el único sin nodriza, suspiró resignado, consciente de que debía madrugar para continuar con su entrenamiento.

Avery, ni siquiera se molestó en protestar. Se levantó silenciosamente y me alegré de que se encontrase mejor. Torin, en cambio, no escatimó en quejas, sus brazos cruzados y su ceño fruncido desafiaban la autoridad. Ni siquiera las dulces palabras de consuelo de Nefely lograron suavizar su expresión, aunque pude notar cómo sus hombros se relajaban ligeramente ante su voz.

Venya, apenas podía mantener los ojos abiertos. Se dejó guiar por su nodriza sin resistencia. Y Kieran, mi incansable narrador, tuvo que ser llevado en brazos, sus palabras se convirtieron en un murmullo incoherente mientras el sueño lo vencía.

Cuando el último de mis hermanos desapareció por el pasillo, un silencio cómodo se instaló en el comedor. Nos quedamos a solas Nefely y yo, nuestras miradas se encontraron en la penumbra de las velas que aún ardían.

En ese momento, el mundo entero pareció reducirse a nosotros dos, y una ola de gratitud y amor me invadió con tal fuerza que me dejó sin aliento, como si todas las estrellas del firmamento hubieran decidido brillar en mi pecho al mismo tiempo.

—He quemado la carta —dije con voz queda. Una parte de mí anhelaba su aprobación, aunque sabía que era mi deber haberlo hecho hace tiempo. Mis ojos buscaron los suyos, esperando encontrar allí la fuerza que me faltaba

—. Debí haberlo hecho hace tiempo, pero no lo sé...

Nefely me observó con comprensión y ternura. Su mano encontró la mía sobre la mesa.

—Estoy segura de que, si la dejas elegir, se acabará enamorando de cualquier hijo de alguna de las casas —dijo con suavidad—. El otro día en el baile conectó con uno, quizás lo haga en un futuro. Pero que sea por elección propia, no por un fantasma que os hizo daño en un pasado.

Me encontré reflexionando sobre el peso de las tradiciones, de las expectativas, y de cómo a veces el amor puede florecer en los lugares más inesperados.

Sin embargo, la imagen de mi hermana, con el miedo reflejado en sus ojos, se alzó en mi mente como un recordatorio doloroso. Jamás podría

perdonarme haberla asustado así, haber sido la causa de ese terror ante mis posibles órdenes. La culpa me carcomía por dentro, un veneno lento que amenazaba con consumirme.

Y lo peor era esa voz persistente en mi cabeza, un susurro insidioso que me decía que me estaba equivocando, que mis acciones solo traerían problemas. Era como si mi padre hablara a través de mí, su voz se mezclaba con la mía hasta que ya no podía distinguir dónde terminaban sus ideales y dónde comenzaban los míos.

La noche se cernía sobre mí. Yacía inmóvil, temeroso de que el más mínimo movimiento pudiera perturbar su sueño. Ella descansaba plácidamente a mi lado con su respiración acompasada. Su presencia,

aunque reconfortante, no lograba apaciguar la tormenta que se desataba en mi interior.

Mil palabras no dichas se agolpaban en mi garganta, formando un nudo que amenazaba con asfixiarme. La revelación sobre la Alisma pesaba en mi conciencia, un secreto que debía compartir, pero que temía pronunciar. Y

más allá de eso, ansiaba confesarle cuán vital era su presencia en mi vida, cuán indispensable se había vuelto para mí. Pero el miedo, me paralizaba.

La cobardía me corroía por dentro. Temía que, al expresar cuanto la necesitaba, estuviera forjando cadenas invisibles para retenerla. ¿Acaso mis palabras la convertirían en una prisionera de la corte, de mi lecho, de mi corona? La idea de que pudiera sentirse atrapada, de ser yo quien cortara sus alas, me atormentaba. Quería que fuera mi igual, no mi cautiva.

Mis ojos vagaron por la penumbra de la habitación, buscando respuestas en las sombras. ¿Qué más podía ofrecerle para que eligiera quedarse? ¿Acaso mis hermanos tendrían éxito donde yo fracasaba? ¿Habría algo que aún no le hubiera dado?

Mis consejeros aguardaban una decisión, una respuesta que yo mismo no lograba encontrar. Mis dedos juguetearon inconscientemente con el anillo de mi madre, esa joya con su piedra morada que parecía contener el destino de mi corazón. Lo imaginé en su dedo, sabiendo que le quedaría de fábula, un símbolo de unión eterna que realzaría su belleza. Este anillo iría acompañado de la pregunta que me aterrorizaba formular.

El miedo al rechazo se elevaba ante mí como un abismo insondable.

Preferiría enfrentar mil batallas, liderar ejércitos contra hordas interminables, antes que escuchar una negativa de sus labios. La

posibilidad de su rechazo me helaba la sangre más que cualquier amenaza a mi reino.

En aquel momento, ella se movió, un suave susurro de sábanas que resonó en el silencio de la noche como el rugido de un dragón. Por puro instinto, mis dedos se cerraron alrededor del anillo, ocultándolo apresuradamente en la mesita de noche. Una parte de mí temía que me considerara un demente si me encontraba así, contemplándola en la penumbra con una joya ancestral en la mano. Sin embargo, otra voz en mi interior me recordaba que ella ya había visto todas mis facetas, incluso las más oscuras, y aun así permanecía a mi lado.

—¿Te he despertado? —pregunté mirando sus ojos abrirse lentamente, como dos luceros que emergían de la oscuridad.

Antes de que pudiera articular palabra alguna, sus labios chocaron con los míos, un beso que hablaba más que mil palabras. Era un beso que acallaba cualquier duda o miedo que pudiera surgir, un beso que afirmaba su presencia, su deseo, su entrega. Me separé un instante para mirar sus ojos azules, para contemplar esa profundidad oceánica que me atraía como un imán, para reafirmar que ella era lo más real que había conocido nunca. Y

volví a besarla, esta vez dejándome llevar por la pasión que solo ella conseguía despertar en mí, una pasión que ardía como un fuego inextinguible, consumiéndonos a ambos en su calor.

Con un movimiento fluido y sensual, se destapó, dejando al descubierto su piel bañada por la tenue luz de la luna. Sus piernas se enredaron alrededor de mi cadera, atrayéndome hacia ella con una fuerza irresistible. Sus ojos, ahora cargados de una intensidad abrasadora, se encontraron con los míos, transmitiendo un deseo que hacía eco en lo más profundo de mi ser.

Sin poder resistirme, apoyé mis manos en el borde de su camisón, deslizándolo suavemente por sus hombros hasta liberarla por completo de su prisión de tela. Su piel desnuda, suave como la seda,

brillaba bajo la luz de la luna, invitándome a explorarla con mis manos y mis labios.

Recorrí su cuello con mi lengua. Mis labios se posaron en sus clavículas, besando y mordisqueando su piel hasta arrancarle un gemido de placer.

Descendí por su torso, delineando su cintura con mis dedos, dejando un suave mordisco en su costado que la hizo arquearse en mis brazos.

Y sin pensármelo dos veces, pasando una mano por su cintura, la giré con suavidad, colocándola bajo mi cuerpo. La miré desde arriba, deleitándome con la visión de su belleza expuesta, su pecho subía y bajaba con cada respiración agitada. Sus ojos, ahora oscuros por el deseo, me miraban con expectación y rendición.

—Si otro se atreviera a hacerte esto, ten por seguro que no viviría para contarlo —susurré contra sus labios, mi voz ronca por la pasión contenida

—. Como alguno osara siquiera pensar en tocar tu piel de esta forma... No habría lugar en ningún reino donde podría esconderse de mí. Haría que lamentara el día en que nació, y cada instante de su miserable existencia se convertiría en un tormento interminable. Torturaría su mente hasta que suplicara por la muerte, pero ni siquiera eso le concedería.

Una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios. Apoyó una mano en mis mejillas y apretó ligeramente, obligándome a mirarla a los ojos.

—No comparto lo que es mío.

—¿Y qué crees que haría yo con alguna que se atreviera a acercarse a ti? —

preguntó, su voz ronca y seductora.

Su pregunta, cargada de la misma posesividad que mis propias palabras, encendió un fuego en mi interior. La idea de ella defendiendo lo que consideraba suyo, de reclamarme con la misma ferocidad que yo sentía por ella, me excitó aún más.

Me incliné para besarla de nuevo, ansioso por sellar nuestras declaraciones con acciones, por demostrarle con mis labios y mis manos lo mucho que me afectaba. Pero ella tenía otros planes.

Con una sonrisa que prometía tanto placer como tormento, colocó un dedo sobre mis labios, deteniéndome en seco.

—Primero responde a mi pregunta —insistió, con los ojos brillando de desafío y deseo.

En un movimiento rápido, tomé sus muñecas y las levanté por encima de su cabeza, presionándola contra la almohada. Su jadeo de sorpresa fue música para mis oídos. Me acerqué hasta que mis labios rozaban los suyos, mi voz se volvió un gruñido.

—La matarías —dije sin dudarlo, cada palabra cargada de una certeza absoluta—. Le darías caza como a un animal del bosque. La perseguirías hasta los confines de la tierra, sin descanso ni piedad. Y cuando la encontraras...

Hice una pausa, dejando que la tensión creciera entre nosotros. Mis ojos se clavaron en los suyos.

—Cuando la encontraras, le harías sentir cada pizca del dolor y la agonía que su osadía merece. La despojarías de toda esperanza, de toda luz, hasta que comprendiera la magnitud de su error al desafiar lo que es tuyo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo bajo el mío, pero no era de miedo. Era placer, era el de una verdad compartida entre nosotros.

—Y luego —continué contra sus labios—, solo entonces, le concederías el dulce alivio de la muerte. Pero no antes de asegurarte de que su último aliento fuera una súplica de perdón, un reconocimiento de que yo te pertenezco, solo a ti, por toda la eternidad.

Sin previo aviso, se liberó de mi agarre y enredó sus dedos en mis mechones, tirando con fuerza hasta que nuestros labios se encontraron en un beso feroz y desesperado.

Nuestras bocas chocaron con violencia, dientes mordiendo labios, lenguas luchando por dominar. El sabor metálico de la sangre se mezcló con el dulzor de su aliento, embriagándome. Mis manos recorrieron su cuerpo con rapidez, apretando, marcando, reclamando cada centímetro de su piel como mío.

Ella arqueó su espalda, presionando su cuerpo contra el mío con una urgencia desesperada. Sus uñas se clavaron en mi espalda, dejando surcos ardientes que solo avivaron mi deseo. Gruñí contra su boca, el sonido fue más animal que humano.

—Demuéstramelo. —Jadeó entre besos—. Demuéstrame que soy tuya, que nadie más puede tocarte así.

Respondí tomando su labio inferior entre mis dientes y mordiendo con fuerza, lo suficiente para hacerla gemir de dolor y placer. Mis manos se deslizaron por sus muslos, separándolos con una autoridad que no admitía resistencia.

—Cada parte de ti me pertenece —gruñí—. Y voy a reclamar lo que es mío.

Mis dedos se hundieron en la suave carne de sus caderas, dejando marcas que permanecerían por días. La atraje hacia mí, nuestros cuerpos se fundieron en la cama. El calor que emanaba de su piel contra la mía era embriagador, intoxicante.

—Dilo —exigí con mis labios rozando su oído mientras me movía sobre ella—. Di que eres mía.

Sus ojos, oscurecidos por la lujuria, se clavaron en los míos desde la almohada. Por un momento, vi un destello de desafío en ellos, esa chispa rebelde que me volvía loco.

—Soy tuya —susurró finalmente—. Completamente tuya.

Con un movimiento fluido, me hundí en ella, arrancando un grito de placer que resonó en la habitación. Cada embestida era una declaración, cada caricia una promesa de posesión eterna. El cabecero de la cama golpeaba rítmicamente contra la pared, acompañando nuestra pasión desenfrenada.

—Nadie más —murmuré contra su piel, saboreando el sabor salado de su sudor—. Nadie más te tendrá así. Nadie más te hará sentir esto.

Sus piernas se enroscaron alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundo, como si quisiera fundirse conmigo. Sus uñas arañaron mi espalda, dejando líneas que ardían en mi piel. Sus gemidos se mezclaban con mis gruñidos, creando una sinfonía de pasión desenfrenada que llenaba cada rincón de la habitación.

De repente, con una fuerza que me sorprendió, ella me empujó, invirtiendo nuestras posiciones. Ahora era yo quien yacía de espaldas sobre el colchón, con ella a horcajadas sobre mí.

—Tú también eres mío —gruñó ella, plantando sus manos sobre mi pecho, impidiendo que me moviese.

Su voz, cargada de deseo y autoridad, envió escalofríos por mi columna.

Nunca la había visto así, tan dominante, tan segura de su poder sobre mí. Y

me encantaba.

Se movió sobre mí con una sensualidad hipnótica, cada movimiento de sus caderas una tortura exquisita que nublaba mis sentidos. Sus manos recorrieron mi cuerpo con una urgencia febril, como si quisiera grabar en su memoria cada centímetro de mi piel.

—Di que me perteneces —exigió—. Necesito oírlo de tus labios.

Por un momento, mi orgullo luchó contra el deseo que me consumía. Pero al final, no pude resistirme a la verdad que ardía en mi pecho.

—Soy tuyo —jadeé con mis manos aferrándose a sus caderas—.

Completamente tuyo.

Una sonrisa triunfal iluminó su rostro. Se inclinó, capturando mis labios en un beso abrasador que me robó el aliento y el alma.

En ese instante, comprendí que esto era más que posesión o pasión. Era entrega mutua, absoluta y sin reservas. Éramos dos mitades de un todo, fundiéndonos en un éxtasis que trascendía lo físico.



Revelaciones inesperadas

Intenté salir de la cama, pero aquella mañana no pensaba dejarme... Como las anteriores en realidad. Su mano, cálida y fuerte, se enroscó

alrededor de mi tobillo como una serpiente. Con un movimiento rápido y decidido, tiró de mí para acercarme a su cuerpo, el roce de las sábanas de seda aumentó cada sensación.

Mi corazón se aceleró cuando, en cuestión de segundos, se colocó encima de mí. Su peso, familiar y seductor, me aprisionaba contra el colchón. Podía sentir cada centímetro de su piel contra la mía, cada músculo tenso. Sus ojos me miraban solo a mí.

Rozó sus labios con los míos con lentitud. Su aliento, cálido y dulce, se mezcló con el mío mientras sus manos recorrían mis costados.

—Un rey no puede pasarse todas las mañanas en la cama, Su Majestad —

me burlé. Intenté que sonara como una broma, pero el temblor en mis palabras traicionaba el efecto que tenía sobre mí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa peligrosa, depredadora. Se inclinó más cerca, su nariz rozó la mía, y sentí que el mundo se desvanecía a

nuestro alrededor.

—¿Y quién dice que no puedo? —murmuró—. Soy el rey, después de todo.

Puedo hacer lo que me plazca.

Sus dedos elevaron mi rostro exponiendo mi cuello. Descendió, trazando un camino de besos desde mi mandíbula hasta mi clavícula.

—Las responsabilidades... el reino... —intenté argumentar, pero las palabras se perdieron en un gemido cuando sus dientes rozaron un punto particularmente sensible en mi cuello.

Se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos.

—El reino puede esperar. —Sus dedos trazaron el contorno de mis labios—.

Ahora mismo, mi único deber es contigo.

—¿Y si alguien viene a buscarte? —susurré, mi último intento de resistencia se desvaneció rápidamente. Parte de mí sabía que debíamos ser prudentes, pero otra parte, cada vez más fuerte, anhelaba dejarse llevar por completo.

Una sonrisa traviesa iluminó su rostro.

—Que esperen. He dado órdenes estrictas de que nadie nos moleste.

Sus manos se entrelazaron con las mías, presionándolas contra la almohada por encima de mi cabeza. Se inclinó, sus labios a milímetros de los míos.

—Ahora, mi amor —murmuró contra mi boca—, déjame mostrarte lo que es verdaderamente importante.

Sin darme tiempo a responder, capturó mis labios en un beso profundo y demandante. Toda pretensión de resistencia se desvaneció mientras nuestras lenguas se encontraban.

Sus manos soltaron las mías, deslizándose por mis brazos y costados hasta aferrarse a mis caderas con urgencia. Arqueé mi cuerpo contra el suyo, ansiando más contacto, más fricción.

—Te necesito —jadeé cuando finalmente nos separamos para tomar aire—.

Aquí. Ahora.

Una sonrisa depredadora se dibujó en su rostro.

—Y me tendrás, mi reina. Cada parte de mí.

Pero el destino tenía otros planes.

La puerta se abrió de golpe, rompiendo nuestra burbuja. Por un breve instante, sentí la mirada del guardia sobre mí, sus ojos recorriendo mi cuerpo expuesto antes de que la realidad de la situación lo golpeara. Aeran reaccionó con rapidez y ferocidad. En un parpadeo, me cubrió con su cuerpo. La sábana voló sobre mí, ocultándome de miradas indiscretas.

Los ojos de Aeran, hacía un momento estaban llenos de ternura, ahora ardían. El cambio fue tan abrupto que casi me hizo soltar una carcajada, pero me contuve. Era tan gracioso cuando se ponía así.

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo?! —Su voz retumbó en la habitación, cargada de una autoridad que hizo temblar las paredes.

El guardia en la puerta palideció visiblemente, como si toda la sangre hubiera abandonado su rostro de golpe. Era joven, muy joven, probablemente recién incorporado a la guardia real. Sus ojos, abiertos de par en par, reflejaban un terror primario, mezclado con la vergüenza de alguien que acaba de cometer un error imperdonable.

—S-señor —tartamudeó—, ha habido un incidente en el nido. Pensé...

pensé que querría saberlo de inmediato.

La furia de Aeran pareció intensificarse.

—¡Silencio! —rugió—. No solo has interrumpido un momento privado,

¡sino que has tenido la osadía de poner tus ojos sobre ella!

El joven guardia retrocedió, chocando contra el marco de la puerta. Su cuerpo temblaba visiblemente. La inexperiencia y el pánico se reflejaban en cada uno de sus gestos.

—Yo... no quise... por favor, Majestad —suplicó—. Soy nuevo, yo... no sabía...

Aeran se irguió en toda su estatura, le dio igual que le viera desnudo.

Avanzó hacia la puerta con pasos deliberados.

—¡Fuera! ¡Sal de aquí ahora mismo antes de que decida que tu lengua es prescindible!

El joven guardia no necesitó que se lo dijeran dos veces. Desapareció por el pasillo como si lo persiguieran todos los demonios del infierno, su inexperiencia y terror eran evidentes en su huida.

Cuando la puerta se cerró, el silencio cayó sobre la habitación por un breve instante. Aeran permaneció inmóvil, con su espalda hacia mí, tenso. De repente, no pude contenerme más. Una risa escapó de mis labios, rompiendo la tensión del momento.

Aeran se giró, sorprendido por mi reacción. Al ver mi expresión divertida, su ceño fruncido comenzó a suavizarse. Poco a poco, una sonrisa se dibujó en sus labios, y pronto se unió a mi risa.

—Oh, Aeran —logré decir entre risas—. ¡La cara de ese pobre chico! Creo que tardará semanas en recuperarse del susto.

—Probablemente —concordó Aeran, acercándose a la cama con pasos lentos—. Aunque dudo que vuelva a entrar sin llamar en lo que le queda de vida.

Cuando llegó junto a mí, se inclinó, capturando mis labios en un beso tierno y profundo.

—Supongo que deberíamos vestirnos —dijo, aunque su tono dejaba claro que preferiría hacer cualquier otra cosa—. Sea lo que sea que está pasando en el nido, parece importante.

Asentí, aunque no pude evitar una mueca de decepción.

Nuestras miradas se encontraron, y en ese instante, toda idea de vestirnos se evaporó. Aeran se movió con la agilidad, sus labios chocaron contra los míos en un beso abrasador. Mis manos volaron a su nuca, atrayéndolo más cerca, mientras las suyas recorrían mi cuerpo con urgencia.

—Aeran... —susurré, su nombre fue una plegaria y una maldición al mismo tiempo.

En un movimiento fluido, Aeran me empujó contra el colchón, su cuerpo presionó el mío de forma lenta. El peso de su cuerpo, la calidez de su piel contra la mía, sus caricias... eran adictivas. Nuestros besos se volvieron más profundos, más imparables.

—Deberíamos parar —murmuré contra sus labios, pero mis acciones contradecían mis palabras mientras arqueaba mi cuerpo hacia el suyo.

—Lo sé —respondió Aeran—. Pero no puedo... no quiero.

Sus labios me besaron el rostro hasta la mandíbula, descendió por mi cuello arrastrándose. Mis uñas se clavaron en su espalda, instándolo a continuar, dejando marcas que proclamaban que era mío.

La tensión entre nosotros crecía con cada segundo, la pasión amenazaba con consumirnos por completo. Sabíamos que debíamos detenernos, que nos necesitaban fuera, pero era imposible. El mundo exterior había dejado de existir; solo éramos nosotros dos, perdidos en un torbellino de sensaciones y deseo.

—Aeran —murmuré contra sus labios—, nos están esperando...

Él respondió con un gruñido grave, sus caderas presionaron contra las mías en un movimiento instintivo que nos hizo jadear a ambos. Un gemido escapó de mis labios cuando encontró un punto particularmente sensible en mi cuello.

—Aeran. Necesitamos...

—Lo sé —interrumpió, levantando la cabeza para mirarme. Sus ojos, oscurecidos por el deseo, se clavaron en los míos—. Pero no puedo detenerme. No ahora. No cuando te siento así, temblando bajo mi cuerpo.

Nuestros labios se encontraron de nuevo en un beso voraz. Mis piernas se enredaron alrededor de su cintura, eliminando cualquier espacio entre nosotros. Podía sentir cada latido de su corazón, cada respiración entrecortada, como si fueran míos.

De repente, un golpe fuerte en la puerta nos sobresaltó.

—¡Majestad! —llamó una voz urgente desde el pasillo, era Thorak—. Hay una situación que requiere su atención inmediata. No le molestaría si no fuera importante.

Nos congelamos, jadeantes.

Aeran dejó caer su frente contra la mía, soltando un suspiro frustrado.

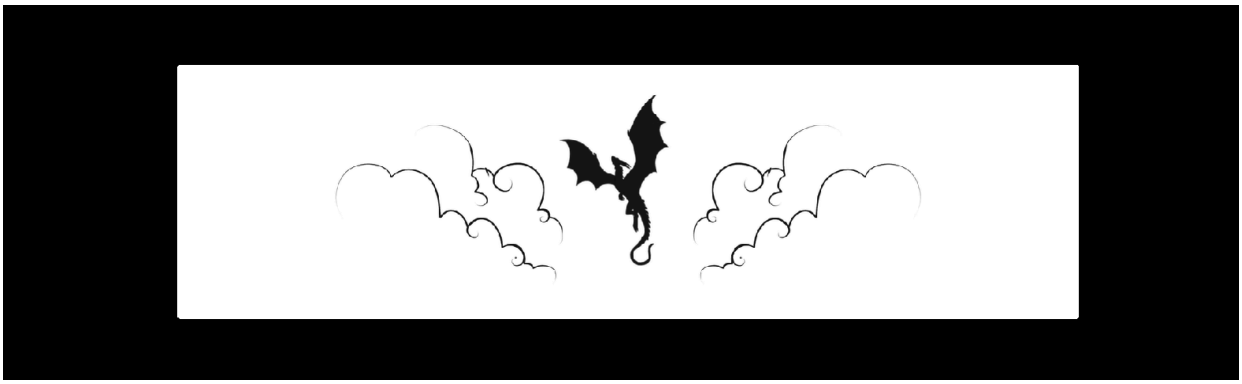
—Maldita sea —murmuró.

—Tenemos que ir —dije, aunque cada fibra de mi ser gritaba en protesta.

Con un último beso, largo y profundo, comenzamos a separarnos. La pérdida de contacto fue casi dolorosa.

—Esto no ha terminado —prometió Aeran—. Cuando volvamos, pienso reclamar cada centímetro de tu cuerpo, hasta que no recuerdes nada más que mi nombre.

Asentí, incapaz de formar palabras coherentes.



Atravesamos los pasillos del castillo a toda velocidad. Los sirvientes y guardias se apartaban a nuestro paso. El aire fresco nos golpeó cuando salimos al exterior, la luz del sol nos cegó momentáneamente y el frío me erizó la piel.

Pasamos por la explanada donde descansaban los dragones adultos. Draluz, alzó su cabeza al vernos pasar. Sus escamas plateadas brillaban bajo la luz del sol, reflejando destellos que bailaban en las paredes del castillo. Sus ojos nos siguieron con curiosidad.

A su lado, Fulgor soltó un pequeño rugido a modo de saludo. Sus alas se agitaron con entusiasmo al vernos.

Pero lo que realmente captó nuestra atención fue Estros. Su imponente figura se alzaba sobre los demás, sus escamas de un rosa pálido brillando como perlas bajo el sol. Su presencia era aterradora, una combinación de poder y gracia que hacía vibrar el aire a su alrededor.

Aceleramos nuestro paso hasta el nido, donde varios guardias ya estaban congregados. Cuando finalmente llegamos, la visión que nos recibió nos dejó sin aliento.

La cúpula, normalmente cerrada y silenciosa, estaba abierta de par en par. Y

su alrededor, un espectáculo que desafiaba toda lógica: dragones, decenas de ellos, recién nacidos y de todos los colores imaginables.

Nos acercamos con cautela, intenté absorber cada detalle de la escena ante nosotros. Los huevos, que durante tanto tiempo habían permanecido inertes, ahora estaban rotos, sus cáscaras se encontraban esparcidas por el suelo.

Conté rápidamente. Diez dragones, cada uno del tamaño de un gato grande, se movían con gracia entre los más pequeños. Sus escamas brillaban con colores vibrantes: azul zafiro, verde esmeralda, rojo rubí, dorado resplandeciente. Cada uno único, cada uno magnífico en su propia manera.

Los dragones más pequeños, no más grandes que un conejo, correteaban entre las patas de los mayores. Sus chillidos agudos llenaban el aire, una sinfonía de vida nueva que hacía que el corazón se me acelerara de emoción.

De repente, uno de los dragones del tamaño de un gato se separó del grupo y se acercó a mí. Era de un color plata deslumbrante, tan brillante que casi dolía mirarlo directamente. Pero lo que más me fascinó fueron las delicadas rayas negras que adornaban su cuerpo, como venas de obsidiana que brillaban bajo la luz del sol. Emitió un suave gruñido, un sonido que, lejos de asustarme, me llenó de una extraña sensación de calidez.

El dragón plateado se movió con facilidad, pasando entre mis piernas y rozando su cuerpo contra mí. Su piel era cálida al tacto, y podía sentir los poderosos músculos moviéndose bajo las escamas. El dragón continuó gruñendo y ronroneando, un sonido que reverberaba en mi pecho de una manera que me resultaba extrañamente reconfortante.

Sin pensarlo, me arrodillé junto a él. Mis ojos recorrieron cada detalle de su cuerpo: la curva elegante de su cuello, las alas plegadas contra su cuerpo, cada escama perfectamente formada. Era una criatura de una belleza sobrecogedora, un ser de leyenda hecho realidad ante mis ojos.

Extendí una mano temblorosa hacia su cabeza. El dragón, lejos de retroceder, se inclinó hacia mí. Mis dedos rozaron las escamas de su frente, sorprendentemente suaves y cálidas. Cerró los ojos y apoyó su cabeza contra mi palma con un suspiro de satisfacción que me dejó sin aliento.

—Es... increíble —susurré, mi voz apenas se escuchaba sobre el coro de gruñidos y chillidos que llenaban el aire.

Levanté la mirada hacia Aeran, buscando en su rostro alguna explicación para este milagro. Lo que vi me dejó sin palabras. Aeran estaba radiante con

una sonrisa más brillante que mil soles.

—Nefy —dijo, su voz ronca por la emoción—. Creo que acaba de elegirte.

Mientras el dragón plateado se acurrucaba más cerca de mí, sentí como si el mundo entero hubiera cambiado en un instante. Como si, de alguna manera, hubiera encontrado una parte de mí que ni siquiera sabía que faltaba.

El pequeño dragón se enroscó alrededor de mis piernas. Sus ojos, de un azul profundo, me miraban con inteligencia. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, una calidez que parecía penetrar hasta lo más profundo de mi ser.

—¿Por qué...? —comencé. Tragué saliva, intentando ordenar mis pensamientos—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo?

Aeran se acercó a mí y sin decir una palabra, tomó mi rostro entre sus manos y me besó. Fue un beso suave, tierno.

Cuando se separó, sus ojos buscaron los míos.

—Por ti, Nefy. Es por ti.

Quería preguntar más, exigir explicaciones, entender qué estaba pasando.

Pero la felicidad en su rostro, la alegría pura que irradiaba, me hizo contener mis dudas. No quería arruinar este momento, no cuando parecía tan precioso, tan frágil.

El dragón plateado volvió a restregarse contra mis piernas, sus ronroneos resonaban en mi pecho como un eco de mi propio corazón acelerado. Era como si pudiera sentir mi confusión, mi asombro, y quisiera consolarme a su manera.

Aeran se giró hacia los guardias que nos rodeaban.

—Despertad a mis hermanos —ordenó—. Que vengan inmediatamente.

Quiero ver si algún dragón los reclama también.

Los guardias asintieron y se apresuraron a cumplir la orden. Aeran se agachó entonces, sus ojos recorriendo con asombro a los pequeños dragones que nos rodeaban. Había una docena de ellos, cada uno único en color y forma.

Pero la mirada de Aeran siempre volvía al dragón plateado que parecía haber decidido que yo era su nuevo hogar.

—Tienes que ponerle un nombre —dijo con una sonrisa juguetona bailando en sus labios—. Ahora es tuyo.

Bajé la mirada hacia el pequeño ser que se enroscaba alrededor de mis piernas. La idea de que esta criatura magnífica me hubiera elegido me dejaba sin palabras. «Al menos», pensé con un toque de humor, «no era terrorífico como los que ya correteaban apagando la misma luz del sol».

—Tienes dos dragones —añadió como si estuviera comentando el clima y no revelando algo extraordinario.

Sentí cómo mis ojos se abrían como platos.

—Nadie tiene dos dragones... Sabes que esto me está pareciendo una locura, ¿verdad?

—Tú no eres como todo el mundo, Nefy. Tú eres Nefely, mi... — Guardó silencio con una expresión extraña, movió la cabeza y forzó una sonrisa—.

Tienes dos dragones. A veces ocurre.

Quería decirle que yo no quería dos dragones que ni siquiera quería uno, uno de los guardias que salía de la cúpula se acercó a nosotros.

—Majestad —dijo, inclinándose ligeramente—, no todos los huevos han eclosionado aún, pero... hemos hecho el recuento, y faltan algunos.

Sentí cómo Aeran dudaba. Su mano buscó la mía, entrelazando nuestros dedos en un gesto que parecía tanto para consolarme como para buscar consuelo.

—¿Cómo que faltan huevos? —pregunté yo al ver que él no lo hacía —.

¿Cómo pueden faltar huevos de dragón? ¿Acaso no se han vigilado?

El guardia tragó saliva, claramente incómodo.

—No lo sabemos, lo lamentamos —respondió con sus ojos moviéndose nerviosamente entre Aeran y yo—. Los huevos estaban allí ayer, durante la última inspección. Pero ahora... simplemente no están. Hemos sido muy cuidadosos, no se han caído, ni mucho menos movido.

Aeran frunció el ceño.

—¿Cuántos faltan?

—Cinco, mi señor. Cinco de los huevos más grandes.

Sentí cómo un escalofrío recorría mi espalda. ¿Quién se atrevería a robar huevos de dragón? ¿Y cómo lo había logrado sin ser detectado?

Aeran se giró hacia mí, buscando respuestas, una solución. Pero yo no tenía ninguna, ni siquiera sabía qué hacer en estos casos.

—Nefy, necesito que te quedes aquí con los dragones recién nacidos y mis hermanos. Voy a organizar una búsqueda.

Asentí, sintiendo cómo el pequeño dragón plateado se apretaba más contra mis piernas, como si pudiera sentir la tensión o como si esperase que le protegiera.

Mientras Aeran se alejaba, dando órdenes a los guardias y organizando la búsqueda, no pude evitar pensar que este milagro, esta alegría inesperada, venía acompañada de un nuevo misterio. Un misterio que, presentía, podría tener consecuencias mucho más allá de lo que podíamos imaginar.

Bajé la mirada hacia el pequeño dragón plateado, que me observaba con sus ojos inteligentes.

—Bueno, pequeño —murmuré, acariciando suavemente sus escamas —, no sé cómo se pone nombre a un dragón... Pero al parecer debo de ponértelo.

El dragón emitió un suave ronroneo, como si estuviera de acuerdo.



Lazos que perduran

Torin corría tras los dragones, su rostro estaba iluminado por una sonrisa que parecía alumbrar todo el prado. Sus carcajadas resonaban en el aire, mezclándose con los chillidos agudos de las crías de dragón. El joven príncipe saltaba y giraba con sus brazos extendidos como si intentara abarcar toda la magia que lo rodeaba.

—¡Nefely, mírame! ¡Voy a atrapar uno! —gritó Torin.

Avery, por su parte, mantenía una distancia prudente. Su postura era rígida, estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, como si intentara protegerse de la emoción que emanaba de la escena frente a ella. Sus ojos, sin embargo, seguían cada movimiento de las criaturas con una curiosidad que no lograba ocultar completamente. De vez en cuando, una pequeña sonrisa se asomaba en sus labios, como si no pudiera evitar contagiarse de la alegría de su hermano.

Fue entonces cuando sucedió. Un dragón de un rosa intenso, con escamas que brillaban como pétalos de cerezo bajo el sol, se separó del grupo. Con movimientos sutiles, se acercó a Avery. Ella se tensó visiblemente. El

dragón se detuvo frente a ella, inclinando su cabeza como si la estuviera estudiando.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse. Avery y el dragón se miraron fijamente, como si estuvieran teniendo una conversación silenciosa que solo ellos podían entender. Lentamente, Avery extendió una mano temblorosa.

El dragón rosa emitió un suave ronroneo y presionó su hocico contra la palma de la princesa.

Vi cómo su expresión cambiaba, el recelo inicial dio paso a una fascinación que iluminó su rostro. Sus hombros se relajaron, y una sonrisa, una que rara vez mostraba, curvó sus labios. Con movimientos aún cautelosos, pero cada vez más seguros, comenzó a acariciar las escamas del dragón, maravillándose ante su textura suave y cálida.

Mientras observaba la escena, no pude evitar sentir una punzada de envidia.

La conexión que Avery estaba formando con su dragón parecía tan natural, tan correcta. En cambio, yo aún me sentía como una intrusa en este mundo.

Como si yo jamás pudiera pertenecer a allí, y, en cierto modo, así era.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un movimiento. Giré la cabeza y mis ojos se posaron en Estros. A diferencia de la alegría que emanaba de las crías y sus nuevos compañeros humanos, Estros parecía... triste. Era difícil describir la emoción en el rostro de una criatura así, pero había algo en la forma en que sus alas colgaban, en cómo sus ojos miraban al vacío, que hablaba de una profunda melancolía.

Con los pequeños entretenidos y Avery absorta en su nuevo compañero, decidí acercarme a él. Mi corazón latía con fuerza y tenía miedo. Pero algo más fuerte me empujaba hacia adelante.

Cuando Estros notó mi aproximación, se irguió en toda su altura. Por un momento, su figura colosal bloqueó el sol, sumiendo el área a mi alrededor en una sombra fría. Me detuve en seco, con el aire abandonando mis pulmones. Mi instinto me gritaba que corriera, que me alejara de esta bestia que podría acabar conmigo con un simple movimiento.

Pero entonces, Estros hizo algo inesperado. Emitió un sonido, algo entre un gruñido y un ronroneo, que reverberó en mi pecho. No era amenazante; era casi... reconfortante. Como si estuviera intentando calmar mis miedos.

Tragando saliva, reuní el coraje para dar otro paso adelante. Y otro. Y otro más. Cuando estuve lo suficientemente cerca, extendí mi mano. Estros, con una delicadeza que parecía imposible para una criatura de su tamaño, bajó su enorme cabeza y presionó su hocico contra mi palma.

Un suspiro tembloroso escapó de mis labios. El contacto era cálido, las escamas eran suaves bajo mis dedos. Por un momento, toda mi ansiedad se desvaneció. Estros, me estaba permitiendo tocarlo. Me permitía acercarme, entenderle, o al menos intentarlo.

De repente, se movió. Fue un movimiento rápido, brusco, que me hizo retroceder instintivamente. Pero cuando logré calmar mi respiración y observar con más atención, me di cuenta de lo que realmente estaba haciendo. Estros había bajado su cuerpo, inclinándose de una manera que claramente indicaba que quería que montara en su lomo.

Montarle... Era un honor que ni siquiera me había atrevido a imaginar. Pero el miedo volvió a apoderarse de mí. Negué con la cabeza, retrocediendo lentamente. Vi un destello de algo —quizás, ¿decepción?— en sus ojos, pero no pude quedarme a analizarlo. Con pasos apresurados, volví al lado de Avery, buscando la seguridad de lo familiar.

Ella me miró comprendiéndome.

—Aeran te puede enseñar a montar —dijo suavemente, mirando como Estros seguía esperando que yo diera la vuelta.

Negué con la cabeza:

—No, estoy bien en tierra. Suficiente tengo con volar con él.

Justo en ese momento, como si mis palabras lo hubieran invocado, Aeran apareció en el cielo montando a Draluz. El sol brillaba contra las escamas plateadas de la dragona, creando un espectáculo de luz que robaba el

aliento. Estros alzó su cabeza y emitió un rugido potente. Era como si estuviera llamando a su compañera, anunciando su regreso.

Draluz aterrizó, sus alas crearon ráfagas de viento que hicieron ondear nuestros cabellos. Apenas sus patas tocaron el suelo, Estros se acercó. Los dos dragones se olieron mutuamente como si comprobasen que estuvieran bien.

Aeran desmontó de un salto ágil y se acercó a nosotras. Sus ojos recorrieron el prado, observando a los pequeños dragones y a sus hermanos antes de posarse en mí.

—¿Algo? —pregunté esperando que los hubieran encontrado.

Él negó con la cabeza.

—No, pero seguiremos buscando.

Se acercó más, su mano se alzó para acariciar mi rostro.

—Draluz está muy cabezota, más que de costumbre —dijo con una pequeña sonrisa curvando sus labios a pesar de su evidente cansancio—. Es culpa de tu dragón.

Arqueé las cejas, sorprendida por sus palabras.

—¿Qué? Quizás no sepas llevarla. Además, Estros no es mi dragón y tampoco se ha movido de aquí.

Aeran negó con la cabeza y su sonrisa se volvió más pronunciada.

—No, Draluz no quiere separarse de Estros.

Entonces creo que me di cuenta. Todo tenía sentido: la tristeza de Estros, el comportamiento de Draluz, la forma en que se habían saludado al volver.

Querían volar juntos, pero no lo hacían sin el consentimiento de sus jinetes... Y Estros no tenía jinete.

—Oh. —Fue todo lo que pude decir.

Aeran asintió. Aunque yo seguía sin comprenderlo del todo.

—¿Y eso qué significa exactamente? —pregunté. Me sentí un poco tonta por necesitar una explicación más detallada.

Aeran pareció considerar cuidadosamente sus palabras antes de responder.

Sus ojos se desviaron brevemente hacia Avery, que seguía absorta en su interacción con el dragón rosa, antes de volver a mí.

—Esto ocurre cuando tanto los dragones como sus jinetes se llevan bien...

—Buscaba bien las palabras porque su hermana estaba delante—. Ellos... se atraen. Y si todo va bien, podrían establecer un nido.

Pestañeé varias veces, procesando sus palabras. La idea de que estos seres majestuosos pudieran experimentar algo tan... mundano como la atracción me dejó momentáneamente sin palabras.

—Un nido —repetí, me sonaba tan rara la palabra. Era difícil imaginar a Estros y Draluz.

Una nueva pregunta surgió en mi mente, impulsada por una curiosidad que no pude contener.

—¿Y nacería otro dragón?

Aeran asintió lentamente, una pequeña sonrisa curvó sus labios ante mi evidente fascinación.

—Realmente, las dragonas son capaces de almacenar el huevo dentro de ellas hasta que está a punto de nacer —explicó—. Otras lo expulsan casi de inmediato. Pero el huevo solo eclosiona cuando hay posibilidades de que nazca un jinete con la sangre de los jinetes principales.

Sus palabras me dejaron sin habla. Nunca había imaginado que la forma en que los dragones se reproducían estuviera tan conectada con los humanos.

Era como si la naturaleza hubiera creado un lazo muy fuerte entre nuestras especies, algo que no se podía romper fácilmente.

—A ver si lo entiendo bien. ¿Dices que, si Estros y Draluz pusieran un huevo, este solo eclosionaría si al mismo tiempo hubiera un bebé por nacer que pudiera ser su jinete? —Me detuve un momento para pensar y luego añadí—. ¿Y ese bebé tendría que ser de sangre real?

Noté que los ojos de Aeran brillaban con orgullo. Su mirada tenía algo especial que me impresionó mucho. Había tanta fuerza en ella que sentí que mi corazón latía más rápido.

—No es así —dijo en voz baja, como si compartiera un secreto importante

—. El huevo solo nacería si tú y yo tuviéramos un hijo juntos.

Lo que estaba diciendo era tan importante y grande que por un momento sentí que todo me daba vueltas.

Aeran, notando mi conmoción, continuó hablando, su voz suave pero firme:

—Y ni siquiera sería necesario esperar al nacimiento. Los dragones poseen una conexión tan profunda que bastaría con que estuvieras encinta para que el huevo eclosionara.

Sinceramente, me parecía asombroso. La idea de que nuestros destinos, el de Aeran y el mío, estuvieran tan entrelazados no solo entre nosotros sino también con estas criaturas. Era como si el universo mismo hubiera decidido que estábamos destinados a estar juntos, a crear vida juntos.

—Pero... ¿cómo? —logré preguntar—. ¿Cómo pueden los dragones saber algo así? Es... es increíble.

—La magia de los dragones es antigua y poderosa, Nefy. Va más allá de lo que podemos entender completamente. Es una conexión que trasciende todo.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. La magnitud de lo que estaba implicando era casi demasiado para comprender. No solo estábamos hablando de la posibilidad de tener un hijo, algo que ya de por sí era aterrador y emocionante a partes iguales, sino que ese hijo estaría destinado a ser el jinete de un dragón desde antes de su nacimiento.

—¿Y si... y si decidiéramos no tener hijos? —Era un pensamiento que me aterrorizaba, considerando lo que sabía sobre mi propio destino, pero necesitaba saberlo.

Aeran no cambió su expresión.

—Entonces el huevo no nacería. Los dragones respetan nuestras decisiones, Nefy. No nos fuerzan a nada.

Sabía que iba con doble sentido.

—Pero... —continuó—. Pero creo que tanto Estros como Draluz han visto algo en nosotros, algo que ni siquiera nosotros mismos hemos entendido completamente.

Antes de que pudiera sumergirme más profundamente en estos pensamientos, un grito entusiasta rompió el momento.

—¡Aeran! ¡Aeran!

Kieran apareció corriendo, sus pequeños pies apenas tocando el suelo en su prisa por llegar a su hermano. Era un recordatorio vívido de la inocencia y la maravilla que aún existían en este mundo, a pesar de todas las sombras y peligros que lo acechaban.

Aeran se giró hacia su hermano pequeño con una sonrisa amplia. En un movimiento fluido, levantó a Kieran del suelo, alzándolo en el aire como si no pesara nada. El niño soltó una carcajada de pura alegría, sus brazos se extendieron como si estuviera volando.

—¿Ahora podemos montar a Fulgor? —preguntó Kieran—. Quiero montar a Fulgor, por favor.

Había esperanza y anhelo en su voz, significaba mucho para él. Montar a un dragón no era solo una aventura emocionante; era un rito de paso, un paso hacia la madurez y la responsabilidad.

Aeran me miró, buscando mi aprobación. Asentí suavemente, incapaz de negar algo que claramente significaba tanto para ambos hermanos. La

sonrisa de Aeran se ensanchó, y se volvió hacia Kieran.

—Bueno, podemos comenzar a practicar —dijo con afecto fraternal—.

¿Qué te parece?

Kieran chilló de alegría, un sonido tan puro y feliz que no pude evitar sonreír.

—¡Sí!

—Hoy clases de montura. ¿Te parece bien?

—¡Sí, sí! —respondió Kieran, prácticamente vibrando de entusiasmo.

El niño comenzó a patalear, ansioso por bajarse y correr hacia su dragón.

Aeran lo dejó en el suelo con cuidado, y Kieran salió disparado como una flecha, gritando el nombre de Fulgor mientras corría.

—¿Quieres unirte? —preguntó, extendiendo su mano hacia mí en una invitación silenciosa.

Por un momento, me sentí tentada. La idea de compartir esta experiencia con ellos, de ser parte de este momento tan especial, era atractiva.

—No, estoy bien —respondí suavemente, esperando que entendiera que no era un rechazo hacia él, sino hacia mis propios miedos.

Aeran asintió, aceptando mi decisión sin presionar. Luego, para mi sorpresa, se inclinó y me besó delicadamente. El beso fue suave, tierno. Ya no le importaba quién estuviera presente, quién pudiera vernos. Era como si, en ese momento, solo existiéramos nosotros dos. Supuse que a partir de ese momento los besos no se quedarían encerrados en la habitación.

Cuando se separó, se giró hacia Avery, que había estado observando todo en silencio.

—Tú serás la siguiente, Avery. Montarás conmigo a Draluz para que en un futuro puedas hacerlo con...

—Petaro —interrumpió Avery, nombrando a su dragón por primera vez.

—Con Petaro —confirmó Aeran, asintiendo con aprobación.

Luego, su mirada se volvió hacia mí.

—¿Y el tuyo?

Miré hacia donde mi supuesto dragón descansaba a lo lejos. Estaba siendo alimentado junto con los otros, devorando carne cruda con un apetito voraz.

Observé sus escamas plateadas brillando bajo el sol.

—Aliran —dije, el nombre salió de mis labios como si siempre hubiera estado allí, esperando ser pronunciado.

Aeran me miró, con una sonrisa asomando en sus labios. Sus ojos brillaban con sorpresa y aprobación.

—¿Aliran? Me gusta.

Aliran. Una mezcla de Alisma y Aeran. El nombre era un reflejo de la conexión que había crecido entre nosotros, una fusión de nuestros destinos entrelazados. Al final, me di cuenta que Aeran me había dado todo lo que siempre quise: un hogar, una familia, un propósito. Y ahora, un compañero alado que sería testigo de nuestra historia, cualquiera que fuera.

Kieran volvió para buscar a su hermano con mucha impaciencia.

—Bueno, ¿vamos? —dijo Aeran, volviéndose hacia Kieran que prácticamente saltaba de nerviosismo—. Debes estar muy preparado.

Mientras los veía alejarse, con Aeran guiando suavemente a Kieran con una mano en su espalda, sentí un remolino de emociones dentro de mí. Me alegré al ver la felicidad clara en sus caras. Sentí orgullo al ver a Aeran en su papel de hermano mayor y guía. Y también sentí un dolor agudo, un deseo por un futuro que sabía que no podría tener.

Y por un momento, solo por un breve instante, me permití imaginar ese futuro. Un bebé en mis brazos, con los ojos de Aeran y mi sonrisa. Un

dragón recién nacido, creciendo junto a nuestro hijo, formando un vínculo que duraría toda la vida. Aeran y yo, envejeciendo juntos, viendo crecer a nuestra familia y a nuestro reino. Vi nuestro legado extendiéndose más allá de nosotros, una dinastía de jinetes de dragones que traería una era de paz y prosperidad como nunca antes se había visto.

Era una visión hermosa. Perfecta. Y completamente imposible. Sentí las lágrimas quemándome los ojos, pero me negué a dejarlas caer. ¿De qué servía llorar por un futuro que nunca tendría? La verdad era simple y brutal: iba a morir. No habría bebé, no habría dragón, no habría vida junto a Aeran.

Mi destino estaba sellado, y era corto y cruel. Esos sueños... eran solo eso, sueños. Y los sueños no pueden consolar a los muertos pudriéndose bajo tierra.



Lágrimas bajo la luna

La tormenta rugía con furia en el exterior, sus bramidos resonaban a través de las paredes de la pequeña cabaña. Los relámpagos iluminaban de manera entrecortada, proyectando sombras fantasmales que danzaban en las paredes de madera. El viento aullaba como una bestia herida, haciendo crujir las vigas del techo y estremeciendo los postigos de las ventanas. El sonido metálico y rítmico de las gotas cayendo en un cubo de aluminio se sumaba a la cacofonía de la tormenta, marcando un compás inquietante en la oscuridad.

En medio de este caos de la naturaleza, me encontraba acurrucada en mi cama, temblando no solo por el frío que se colaba por las rendijas, sino por el miedo que me apretaba el corazón. La visión que acababa de tener, tan vívida y aterradora, se repetía una y otra vez en mi mente, negándose a desvanecerse.

—Mamá —musité entre sollozos

Sin dudarlo un instante, mi madre se acercó a mí. A pesar del cansancio evidente en su rostro, producto de un largo día de trabajo, no vaciló en

acudir a consolar mis miedos. Sus pasos, aunque pesados por el agotamiento, fueron rápidos y decididos.

—¿Qué ha pasado, mi niña? —preguntó con dulzura, sentándose en el borde del colchón hecho de retales y hierba seca. El lecho crujió bajo su peso, un sonido familiar que en cualquier otra circunstancia me habría resultado reconfortante.

—De nuevo... Ha sido el sueño —logré articular entre hipidos con las lágrimas corriendo libremente por mis mejillas.

Mi madre me miró; sus ojos reflejaban amor y preocupación. Intentaba consolarme, pero ambas sabíamos que no podía protegerme de mis propias visiones. Era una carga que debía llevar sola, por mucho que ella deseara poder compartirla.

—¿Ha vuelto? —preguntó suavemente, pasando una mano cálida y callosa por mi mejilla, limpiando las lágrimas con ternura.

—Sí... —respondí—. Volvía a ahogarme, pero yo... Yo era muy mayor. Me ahogaba, mami, no podía salir y lo intentaba con todas mis fuerzas.

Vi cómo el dolor nublaba sus ojos al escuchar mis palabras. Sabía cuánto le dolía, cuán impotente se sentía. Habíamos hecho todo lo posible para evitar que la visión se cumpliera. Incluso había intentado aprender a nadar, pasando horas en el río cercano, luchando contra mi miedo al agua. Pero nada parecía funcionar. La visión de mi muerte, de cómo moriría, seguía acechándome en sueños.

En ese momento, la puerta de la cabaña se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de viento frío y algunas gotas de lluvia. Mi padre entró, cerrando rápidamente tras de sí. Su figura imponente llenó el umbral, el pelo empapado estaba pegado a su frente y su ropa goteaba sobre el suelo de madera. En sus manos llevaba un par de conejos, fruto de su cacería nocturna.

Nos miró, y su expresión cambió al instante, comprendiendo la situación sin necesidad de palabras.

—¿En serio esa mala pesadilla ha vuelto? —gruñó, aunque su tono era más de preocupación que de molestia. Dejó los conejos sobre la mesa con un golpe sordo—. Mmhh... Quizás es que no hemos sido lo suficientemente feroces, Nefely. Debemos hacer que te tenga miedo a ti.

Sin previo aviso, se acercó a la cama con pasos exagerados, como un gigante de cuento. Antes de que pudiera reaccionar, sus manos grandes y ásperas comenzaron a hacerme cosquillas. Mis risas, mezcladas con chillidos de sorpresa, rebotaron en las paredes de madera, ahogando momentáneamente el rugido de la tormenta.

—¡Papá! —protesté entre risas, retorciéndome para escapar de su ataque de cosquillas.

—¿Quieres escuchar una historia? —propuso, guiñándome un ojo. Mi madre, con una sonrisa agradecida en los labios, se levantó para comenzar a preparar la cena—. Una historia sobre algo tan mágico como tú.

—¿Tanto? —pregunté, con mis ojos abriéndose con asombro e ilusión.

—Es cierto, no hay nada más mágico que tú —afirmó, pasando su dedo índice por mi nariz en un gesto juguetón que me hizo reír—. Esta historia mamá ya te la ha contado, pero voy a hacer pequeños cambios para ti, mi niña.

—¿Es Luris? —pregunté con entusiasmo, reconociendo el inicio de mi cuento favorito.

—Así es —asintió con una sonrisa—. Una criatura mágica y poderosa que se sacrifica con todo su amor para hacer que el bosque más oscuro brille.

Mi padre se acomodó en la cama, atrayéndome hacia su pecho. Podía oler el aroma a bosque y lluvia en su ropa, mezclado con ese olor

único que siempre asociaba con seguridad y amor.

El recuerdo se desvaneció lentamente, devolviéndome al presente. Me encontraba en aquella habitación lujosa del castillo que ahora era mi hogar temporal. Sin goteras, sin frío, sin tormentas que pudieran destruirlo todo.

Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas, un testimonio silencioso del dolor y la nostalgia que el recuerdo había despertado.

¿Cómo debían de haberse sentido mis padres, sabiendo que yo iba a morir y que no podrían hacer nada para evitarlo? La impotencia, la desesperación que debieron haber experimentado... Era un peso que ahora, años después, podía comprender mejor que nunca.

Después de lo que pasó en la cúpula, la vida en el castillo parecía haber entrado en un torbellino de actividad y emoción. Torin seguía sin dragón, aunque no parecía importarle mucho.

Aeran había estado ausente por la necesidad de encontrar esos huevos de dragón. Yo, por mi parte, había optado por buscar un poco de soledad.

Necesitaba tiempo para procesar todo lo que estaba sucediendo, para reflexionar sobre los giros inesperados que había dado mi vida. Aunque a veces lo pasaba con los pequeños, sentía como la tristeza empezaba a hacer mella en mí y no quería que se preocupasen.

Me levanté de la cama angustiada. Me acerqué a la ventana, observando el paisaje que se extendía más allá de los muros del castillo. El cielo estaba despejado, salpicado de estrellas que brillaban como diamantes sobre terciopelo negro. La luna, una media luna perfecta, bañaba todo con su luz plateada.

Apoyé mi frente contra el cristal frío, dejando que mis pensamientos vagaran. ¿Qué diría Luris de todo esto? ¿Aprobaría las decisiones que había tomado, el camino que había elegido seguir? Y mis padres...

¿estarían orgullosos de mí, de la mujer en la que me había convertido?

Un suave golpeteo en la puerta me sacó de mis cavilaciones. Por un momento, consideré ignorarlo, aferrarme a mi soledad un poco más. Pero algo en mí, quizás esa parte que Luris había inspirado tantos años atrás, me impulsó a responder.

—Adelante.

La puerta se abrió con un crujido suave, revelando la figura de Aeran.

Aparté la mirada rápidamente, en un intento vano de ocultar la tristeza que se reflejaba en mis ojos. Pero por la forma en que contuvo el aliento, supe que había sido demasiado tarde.

Aeran cerró la puerta tras de sí con lentitud, como si cada movimiento fuera calculado para no perturbar el frágil equilibrio que reinaba en la habitación.

Se acercó a mí como quien se aproxima a un animal herido, temeroso de provocar una huida repentina.

—Nefely... —susurró, mi nombre en sus labios sonando como una caricia, cargado de una calidez que hizo que otra lágrima traicionera se deslizara por mi mejilla.

El miedo a la muerte siempre había estado presente, pero ahora, frente a la posibilidad de un futuro junto a Aeran, se hacía más insoportable que nunca. Era injusto. No quería morir. No ahora, no cuando finalmente había encontrado un lugar al que podía llamar hogar, personas a las que podía llamar familia.

Cerré los ojos con fuerza, en un intento desesperado por contener las lágrimas. Pero incluso con los párpados apretados, podía ver el reflejo de Aeran en el cristal de la ventana con su mirada preocupada.

Apoyó una mano encima de la mía y me hizo darme la vuelta con suavidad.

Abrí los ojos, insegura, culpable, dolida y odiándome por no poder ser completamente sincera. Sus ojos recorrieron mi rostro, deteniéndose en mis ojos enrojecidos y mis labios temblorosos. Parecía querer descifrar el origen de mis lágrimas, como si pudiera leer la verdad en mi piel.

—¿Alguien ha dicho algo, Nefely? ¿Alguien te ha hecho daño? —preguntó.

No había miedo en su tono, solo una determinación feroz de protegerme—.

Por todos los dioses. Aquel que haya osado hacerte llorar pagará las consecuencias, ¿me oyes? Me da igual quién sea.

Sus palabras, tan llenas de protección y amor, hicieron que mi corazón se encogiera. ¿Cómo podía decirle que el mayor peligro para mí era mi propio

destino? ¿Que la amenaza que más temía era algo contra lo que ni siquiera él, con todo su poder, podría luchar?

Sus dedos, recorrieron mis mejillas húmedas. Se inclinó y depositó un beso donde una lágrima acababa de caer, sus labios se humedecieron con mi tristeza. Aun así, sus ojos no se apartaron de los míos, como si temiera que al desviar la mirada pudiera perderme.

—No... No, nadie me ha hecho nada —logré decir. No podía decirle la verdad, no quería oírla yo misma. Era más fácil esconderse tras una media verdad que enfrentar la cruda realidad de mi destino—. Es que... Solo he recordado.

—¿El qué, mi amor? —preguntó con una voz tan tierna que casi dolía escucharla—. ¿Qué te ha hecho llorar así? ¿Ha sido un mal recuerdo?

Cuéntamelo por favor, quiero escucharlo.

Tomé una respiración profunda para inspirar su aroma tranquilizador.

Busqué en mi mente algo que pudiera explicar mi estado sin revelar demasiado. Y entonces, como un regalo del destino, un recuerdo verdadero emergió, mezclándose con mi necesidad de ocultar la verdad completa.

—Mañana hará nueve años desde que mi madre murió y... —Mi voz se rompió ligeramente, el dolor de su pérdida era tan fresco como si hubiera sido ayer—. Siempre le llevé flores.

No era una mentira, no del todo. El aniversario de la muerte de mi madre siempre había sido un día difícil, lleno de recuerdos agridulces y un dolor que el tiempo no había logrado mitigar completamente. Pero ahora, ese dolor se mezclaba con el miedo a mi propio final.

Su expresión se suavizó.

—Mañana iremos, iré contigo —dijo con firmeza, como si estuviera haciendo una promesa solemne—. Les llevaremos las flores más hermosas que encontramos. ¿Dónde están enterrados? ¿En el cementerio? ¿En la capilla? ¿Qué flores le gustaban?

Negué con la cabeza con un nudo formándose en mi garganta ante su ternura. Incluso en esto, en algo tan personal y doloroso, quería estar a mi lado, apoyarme.

—No... No teníamos dinero —expliqué, en apenas un susurro. El recuerdo de aquellos días difíciles, de la lucha constante por sobrevivir, sí que dolía

—. Están en el jardín.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, reflejando mi propio dolor. En ese momento, sentí que Aeran no solo compartía mi tristeza, sino

que la hacía suya. Era como si mi pérdida fuera ahora nuestra pérdida, mi dolor, nuestro dolor.

—Iremos —dijo con una convicción que hizo que mi corazón se hinchara de amor—, mañana al amanecer, con todas las flores que podamos cargar.

Las lágrimas que había estado conteniendo fluían libremente, pero esta vez no eran solo de tristeza. Había gratitud allí, y un amor tan intenso que me dejó sin aliento.

—Aeran —susurré—. Yo... gracias.

Sin decir una palabra más, me atrajo hacia su pecho, envolviéndome en un abrazo que parecía querer protegerme del mundo entero. Enterré mi rostro en su camisa, inhalando su aroma, esa mezcla de cuero, tinta, dragón y algo únicamente suyo que siempre me hacía sentir segura.

—No tienes que agradecerme nada, Nefely. Te daría todo lo que me pidieras sin pensarlo.

Cuando finalmente nos separamos, Aeran tomó mi rostro entre sus manos, sus pulgares acariciaron suavemente mis mejillas.

—Mañana honraremos la memoria de tus padres. Y luego, si quieres, puedes contarme sobre ellos. Me gustaría conocerlos a través de tus recuerdos.

Asentí, sintiendo cómo un nudo se formaba en mi garganta. Las palabras parecían haberse evaporado. La idea de compartir esos preciosos recuerdos con él, de permitirle entrar en esa parte tan íntima de mi vida, me llenaba de nervios. Era como si estuviera a punto de abrir un cofre que lleva un largo tiempo cerrado, lleno de tesoros y fantasmas por igual.

—Me gustaría.

Aeran me miró con una sonrisa que iluminó sus ojos. Sin decir una palabra más, me tomó de la mano y nos dirigimos a sus aposentos.

Mientras caminábamos por los pasillos del castillo, una parte de mí quería preguntarle sobre la búsqueda de los huevos de dragón desaparecidos. La curiosidad ardía en mi interior, pero el cansancio emocional de la noche pesaba más. Decidí que esas preguntas podían esperar.

Sin pensarlo demasiado, me tumbé sobre su cama, apoyando mi cabeza sobre su pecho. El latido constante de su corazón bajo mi oído era como una nana reconfortante. Aeran comenzó a acariciar mi brazo con dedos suaves, trazando patrones invisibles que enviaban escalofríos por mi piel.

—Háblame de ellos —murmuró—. ¿Cómo era tu madre?

Cerré los ojos, dejando que los recuerdos fluyeran.

—Mi madre era... luz —comencé—. Tenía una risa que podía iluminar hasta el día más oscuro. Trabajaba muchísimo, siempre.

Aeran escuchaba en silencio, sus dedos nunca dejaron de acariciarme, como si quisiera anclarme al presente mientras me sumergía en el pasado.

—¿Y tu padre? —preguntó suavemente cuando hice una pausa.

Una sonrisa se dibujó en mis labios sin que pudiera evitarlo.

—Mi padre era fuerza y ternura a partes iguales. Podía cargar troncos que parecían imposibles de mover, pero también se sentaba durante horas a mi lado, enseñándome a trenzar cestas con paciencia mientras me contaba historias.

Hablé durante lo que parecieron horas, compartiendo anécdotas, momentos felices y también los difíciles. Aeran reía conmigo,

suspiraba en los momentos tristes, y de vez en cuando hacía preguntas que me llevaban a explorar recuerdos que creía olvidados.

Cuando finalmente hice una pausa, sintiéndome agotada, pero extrañamente ligera, me di cuenta de que era mi turno de preguntar.

—¿Y tú? —dije, incorporándome ligeramente para poder mirarle a los ojos

—. ¿Tu padre fue un buen padre?

Sabía la respuesta, pero quería escucharla de él. Ver si había cambiado su forma de ver las cosas.

Vi cómo la expresión de Aeran cambiaba. Suspiró profundamente, negando con la cabeza.

—No —respondió con una honestidad que me dolió en el alma—. No era un buen hombre, no era un buen marido, y mucho menos era un buen padre.

Hizo una pausa, como si estuviera reuniendo fuerzas para continuar.

—Mi padre veía el mundo en términos de poder y debilidad. Para él, el afecto era una forma de debilidad, y la crueldad una forma de fortaleza.

Aeran cerró los ojos por un momento, y pude ver el dolor que esos recuerdos le causaban. Instintivamente, llevé mi mano a su mejilla, acariciándola suavemente.



Anhelos de un corazón dividido

El amanecer aún no había despuntado cuando comencé a impartir las últimas órdenes. Cada instrucción era precisa, cada orden estaba claramente establecida. No podía permitirme dejar nada al azar durante mi ausencia.

—Thorak —llamé a mi capitán de la guardia—, quedas a cargo de la seguridad del castillo y de mis hermanos. Mantén una vigilancia constante sobre los huevos de dragón restantes. No quiero más sorpresas.

Asintió mientras su mano descansaba sobre la empuñadura de su espada.

Confiaba en él más que en nadie para mantener el orden en mi ausencia.

Me dirigí luego a mis hermanos, reunidos en la sala del trono. Iba a ser la primera vez que los dejaría a solos.

—Cleon —dije, mirando a mi hermano mayor—, presidirás el consejo en mi lugar. Escucha a los consejeros, pero recuerda que la decisión final es tuya. Confío en tu juicio.

Vi cómo se erguía. Estaba orgulloso de él, de cómo había madurado en los últimos meses.

—Avery —continué, volviéndome hacia mi hermana—, necesito que supervises a los dragones recién nacidos. Confío en que podrás mantenerlos calmados y seguros.

Ella asintió con una pequeña sonrisa curvando sus labios. Sabía cuánto significaba para ella esta tarea.

Finalmente, me dirigí a los más pequeños.

—Kieran, Venya, Torin —dije, agachándome para estar a su nivel—, quiero que seáis buenos y obedezcáis a vuestros hermanos mayores y a Thorak.

¿Podéis prometerme eso?

Los tres asintieron solemnemente. No pude evitar sonreír, recordando cuánto habían crecido en tan poco tiempo.

Con las últimas instrucciones dadas y las despedidas hechas, me dirigí hacia los establos. Nefely ya me esperaba allí, envuelta en una capa de viaje.

Incluso en la penumbra del amanecer, pude ver que sus ojos seguían húmedos.

El carruaje real nos esperaba, los caballos pateaban impacientes. Ayudé a Nefely a subir, notando cómo temblaba ligeramente. Una vez dentro, di la orden de partir.

El traqueteo de las ruedas sobre el camino de piedra llenó el silencio entre nosotros. Observé a Nefely de reojo, preocupado por su estado. Verla así, tan vulnerable y frágil, me partía el alma. Una parte de mí anhelaba a la Nefely desafiante, aquella que me enfrentaba sin miedo, que me desafiaba a cada paso. Pero comprendía que esta faceta también era parte importante de quien era ella, y me encontré amándola aún más por ello. Quería protegerla, envolverla en mis brazos y mantener alejado todo lo que pudiera lastimarla.

El paisaje fuera de la ventanilla del carruaje comenzó a cambiar, de los imponentes muros del castillo dando paso a los campos y bosques del reino.

El silencio entre nosotros se prolongaba, pesado y cargado de emociones no expresadas.

Pese a que sabía que debíamos hablar, que había tantas cosas por decir y explicar, decidí guardar silencio en aquel momento. Nefely ya parecía sumergida en un mar de pensamientos y emociones; no quería añadir más peso a la carga que ya llevaba sobre sus hombros. En lugar de palabras, opté por un gesto simple, pero significativo: tomé su mano entre las mías. Quería que supiera, incluso mientras se perdía en los laberintos de su mente, que no estaba sola. Que yo estaba allí, a su lado, listo para anclarla a la realidad si lo necesitaba.

El viaje se extendió como un suspiro interminable, cada kilómetro recorrido parecía alargar el camino en vez de acortarlo. En cada poblado que atravesábamos, las miradas de los habitantes se clavaban en nuestro carruaje real: asombro, curiosidad y, en algunos casos, un toque de temor.

En un momento del viaje, sentí cómo la mano de Nefely se tensaba. Su cuerpo se puso rígido, sus ojos se volvieron blancos, y supe inmediatamente que estaba teniendo una de sus visiones. La observé en silencio, conteniendo el aliento, esperando que volviera a mí. Cuando finalmente parpadeó, volviendo a la realidad, no pude contener mi preocupación.

—¿Qué has visto?

—No es nada —respondió, evitando mi mirada—. Solo... los dragones.

Están bien.

Algo en su tono, en la forma en que sus ojos rehuyeron los míos, me hizo dudar. Había aprendido a leer sus expresiones, a entender los matices de su voz, y en ese momento, algo no encajaba. Pero decidí no presionar. Si Nefely no quería compartir los detalles de su visión, tendría sus razones.

Confiaba en ella, en que me lo diría cuando estuviera lista.

Nuestro séquito avanzaba con cautela por los caminos. Los guardias que nos escoltaban mantenían una vigilancia constante, sus ojos escudriñaban cada sombra, cada recoveco del camino. No nos detuvimos en ningún momento, ni siquiera para descansar o comer. La urgencia de llegar a nuestro destino era más importante.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, llegamos a la aldea Benie. Una sensación extraña se apoderó de mí mientras observaba las casas sencillas, las calles de tierra, los rostros curtidos por el sol y el trabajo duro. Este era el lugar donde Nefely había nacido, donde había dado sus primeros pasos, donde había aprendido a reír y a llorar. Cada piedra, cada árbol, cada rincón de este lugar guardaba una parte de su historia. Sentí un deseo abrumador de conocerlo todo, de sumergirme en cada detalle, de entender cada fragmento de la vida que había moldeado a la mujer que ahora amaba.

El carruaje se detuvo en lo que parecía ser la plaza principal de la aldea. Un grupo de personas ya se había reunido. Cuando las puertas del carruaje se abrieron, fui el primero en salir. Me giré hacia Nefely, extendiendo mi mano para ayudarla a bajar. Ella la tomó sin dudar.

El murmullo de la multitud creció cuando Nefely apareció. Pude ver el reconocimiento en sus ojos, la sorpresa al verla vestida con ropas finas del brazo del rey. Pero antes de que pudiera decir algo, dos pequeñas figuras se abrieron paso entre la multitud.

—¡Nefely! —gritaron al unísono dos niñas, lanzándose hacia ella con una fuerza que casi la hizo tambalearse.

Las reconocí al instante: eran las mismas niñas que había hecho llamar al castillo, las que habían hablado con tanta admiración y cariño sobre Nefely.

Verlas ahora, abrazándola con tanta fuerza y alegría, hizo que mi corazón se hinchara de emoción.

—Hola, pequeñas —susurró Nefely.

Las niñas comenzaron a hablar al mismo tiempo, sus voces agudas y emocionadas se mezclaban en una cacofonía de preguntas y exclamaciones.

—¿Vas a volver? —preguntó una.

—¡Qué ropa más bonita! —exclamó la otra.

—¡Estás muy guapa! —añadieron ambas.

Observé la escena con diversión y ternura. Era evidente cuánto significaba Nefely para estas niñas y cuánto la habían extrañado. Y por la forma en que Nefely las miraba, el sentimiento era mutuo.

De repente, un hombre se abrió paso entre la multitud. Hizo una pequeña reverencia en mi dirección antes de volverse hacia las niñas.

—Niñas, el rey —les recordó con un tono que intentaba ser severo, pero que no lograba ocultar completamente su orgullo.

Las pequeñas me miraron entonces asustadas. Sentí una punzada de tristeza al ver su reacción. No quería que me temieran, especialmente no estas niñas que tanto significaban para Nefely.

—Déjelas, de verdad —dije, intentando suavizar mi tono—. Son solo unas niñas.

Vi cómo Nefely me lanzaba una mirada de gratitud antes de volverse hacia el hombre.

—Hola, Savir —dijo, con un tono de familiaridad que hablaba de años de confianza y cariño.

—Me alegro mucho de volver a verte, niña —respondió él con una sonrisa cálida.

Observé cómo una sonrisa de añoranza se dibujaba en los labios de Nefely.

Era evidente que este lugar, estas personas, significaban mucho para ella.

Las niñas, reacias, se separaron finalmente de Nefely y volvieron con su padre.

Fue entonces cuando noté un cambio en la postura de Nefely. Su mirada se volvió distante, y sin decir una palabra, comenzó a caminar. Pero no se dirigía hacia el centro de la aldea como yo había esperado. En su lugar, sus pasos la llevaban hacia el bosque que rodeaba el pueblo.

Por un momento, dudé. ¿Debería seguirla? ¿Querría estar sola? Pero algo en la forma en que caminaba, en la tensión de sus hombros, me dijo que me

necesitaba, aunque no lo dijera en voz alta. Sin pensarlo más, comencé a seguirla, dejando atrás los murmullos sorprendidos de los aldeanos.

Mientras nos adentrábamos, sentí cómo el ambiente cambiaba. El bullicio de la aldea quedó atrás, reemplazado por el suave crujir de las hojas bajo nuestros pies y el canto ocasional de algún pájaro. El aire era diferente, estaba cargado de aromas a tierra húmeda y hierbas silvestres. Me pregunté cuántas veces Nefely habría recorrido estos senderos, cuántos secretos guardarían estos árboles sobre ella.

Caminaba con seguridad, como si cada paso la llevara más cerca de algo que solo ella podía ver. Yo la seguía en silencio, respetando su espacio, pero listo para estar a su lado en el instante en que me necesitara.

No pude evitar maravillarme ante la belleza salvaje de este lugar. Era tan diferente a los jardines cuidadosamente mantenidos del castillo. Aquí, la naturaleza reinaba suprema, indómita y libre. De alguna manera, me recordaba a la propia Nefely: hermosa, fuerte, imposible de contener o controlar.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Nefely se detuvo en un pequeño claro. La luz del sol se derramaba aquí con más intensidad, iluminando lo que parecía ser una cabaña diminuta. Lo que vi me pareció conmovedor: aquella estructura modesta, casi frágil en su sencillez, contrastaba fuertemente con la grandeza salvaje del bosque que la rodeaba.

La poca nieve que había solo parecía ampliar lo bonito que se veía.

La cabaña no era más que un único piso, construida enteramente de madera.

Las ventanas, también del mismo material, mostraban signos evidentes del paso del tiempo: la pintura descascarada, la madera agrietada por el sol y la lluvia. A pesar de su estado desgastado, o quizás debido a ello, emanaba una sensación de hogar. Este humilde refugio había sido el mundo entero para Nefely durante años.

Ella avanzó sin vacilar hacia la entrada, como si una fuerza invisible la atrajera. La seguí, manteniendo una distancia respetuosa, consciente de que cada paso que daba la llevaba más profundo en su pasado, en los recuerdos que este lugar guardaba.

Al llegar a la puerta, la abrió sin dificultad, como si el tiempo no hubiera pasado, como si aún viviera allí. El interior se reveló ante nosotros: un espacio que servía a la vez de comedor, cocina y sala de

estar. La estancia estaba invadida por el polvo y el musgo, testimonio silencioso de los meses de abandono. Un olor a humedad, intenso y penetrante, nos envolvió de inmediato.

Nefely entró con naturalidad, como si la casa la hubiera estado esperando todo este tiempo. Yo me quedé en el umbral, dudando. Este era su espacio, su santuario, y no quería profanarlo con mi presencia sin su permiso explícito.

Hice una señal a los guardias que nos habían seguido para que se quedaran fuera. No iba a permitir que la intimidad de Nefely fuera invadida por ojos curiosos o indiferentes.

—¿Puedo pasar? —pregunté con un tono que esperaba transmitiera respeto y comprensión.

—Puedes —musitó ella, con una media sonrisa que no llegó a iluminar completamente sus ojos.

Crucé el umbral con cuidado, como si temiera que el suelo fuera a desmoronarse bajo mis pies. Mis ojos recorrieron el espacio, absorbiendo cada detalle. Al fondo, una puerta abierta revelaba lo que parecía ser la única habitación de la cabaña.

Fue entonces cuando la vi: una muñeca de tela, olvidada sobre un estante de madera carcomida. Sin pensar, la tomé entre mis manos. Era sorprendentemente suave al tacto, a pesar de los años. Sus ojos, botones desiguales, parecían mirarme con curiosidad y reproche.

—Mi madre me la hizo con la ropa que ya no me venía —explicó—. Ella calmaba mis visiones horribles.

Acaricié la muñeca con el pulgar, imaginando a una Nefely pequeña, inocente, asustada por visiones que no podía controlar, encontrando consuelo en este juguete hecho con amor. De repente, me resultó imposible

soltar la muñeca. Quería llevármela, preservarla, como si al hacerlo pudiera proteger también esa parte vulnerable de Nefely que aún necesitaba consuelo.

Continuó su recorrido por la cabaña, y yo la seguí en silencio. En un rincón, un montón de ropa desgastada y rota llamó mi atención. Entre las prendas, destacaba un par de botas claramente demasiado grandes para sus pies.

—No había dinero para comprar más —explicó siguiendo mi mirada —. Por eso me quedé con los zapatos de mi padre.

Sonreí ante la imagen mental de ella caminando con esas botas enormes, tropezando, pero negándose a rendirse. Era un recordatorio más de su fuerza, de su capacidad para adaptarse y sobrevivir en circunstancias difíciles.

Mientras continuábamos explorando la cabaña, cada objeto, cada rincón parecía contar una historia. Veía a Nefely en cada detalle: en las marcas de altura talladas en el marco de la puerta, en los libros infantiles esparcidos, en las hierbas secas que colgaban del techo, testigos silenciosos de sus primeros pasos como sanadora.

Este lugar, tan diferente del castillo en el que ahora vivía, había moldeado a la mujer que tenía ante mí. Aquí había reído, llorado, soñado y temido.

Aquí había aprendido a ser fuerte, a cuidar de sí misma y de los demás. Y

ahora, al verla moverse por este espacio con una familiaridad agridulce, sentí que la comprendía un poco mejor.

La cabaña, en su sencillez y deterioro, guardaba una belleza y una dignidad que me conmovían profundamente. Era un recordatorio tangible de los orígenes humildes de Nefely, de las luchas que había enfrentado, de la vida que había dejado atrás. Y, mientras la observaba tocar con cariño los objetos de su pasado, me prometí en silencio que, sin importar lo que el futuro nos deparara, nunca permitiría que olvidara de dónde venía, ni la fuerza que este lugar le había dado.

Volvió sobre sus pasos, saliendo de la cabaña. La seguí en silencio, sintiendo que estábamos a punto de adentrarnos en el corazón mismo de su

dolor. Me guio hacia la parte trasera de la vivienda, donde el bosque parecía querer reclamar el terreno para sí.

Allí, en un pequeño claro bañado por la luz del sol que se filtraba entre las hojas, vi dos tumbas. Dos simples montículos de tierra, cada uno marcado con una piedra tosca. No había nombres, ni fechas, ni epitafios elaborados.

Solo dos rocas, testigos silenciosos de las vidas que allí descansaban. La visión me rompió el corazón, la sencillez brutal de aquellas sepulturas contrastando dolorosamente con la magnitud de la pérdida que representaban.

Nefely se agachó frente a las tumbas, sus dedos acariciando suavemente la tierra mientras retiraba la nieve y las flores secas que las cubrían.

—¿Ambos están aquí? —pregunté con suavidad.

Ella negó con la cabeza con su mirada fija en la tumba de la izquierda.

—No, papá... —comenzó—. Nunca encontraron el cuerpo de mi padre.

Pero mamá decidió que, como despedida, enterraríamos sus cosas, sus armas, su ropa... Todo lo que le hacía ser él.

La observé en silencio, notando cómo su mirada se desviaba hacia la otra tumba, la de su madre. Había una intensidad en sus ojos que hablaba de un dolor aún fresco, de una pérdida que el tiempo no había logrado mitigar completamente.

—Mamá... Mamá sí —continuó—. Yo misma me ocupé. Su ataúd, su entierro. Todo. —Hizo una pausa, tragando con dificultad—. Ella quería ser enterrada al lado de papá, pero siento que no cumplí, porque papá... No está.

—¿Cuáles eran sus nombres?

—Mi madre se llamaba Elowen y mi padre Lonan.

De repente, como si no pudiera soportarlo más, Nefely comenzó a llorar. No eran lágrimas silenciosas, sino sollozos profundos que sacudían todo su

cuerpo. Era un llanto que parecía venir de lo más profundo de su ser, liberando un dolor largamente contenido. Me acerqué a ella, rodeándola con mis brazos, ofreciéndole un refugio silencioso para su pena.

—Debieron amarse mucho —dije suavemente, más una afirmación que una pregunta.

Nefely asintió contra mi pecho.

—Más que a nada —respondió—. Se conocieron en el bosque con quince años, mi madre le golpeó en la cabeza creyendo que iba a robarle y desde entonces no se separaron nunca.

Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios al recordar la anécdota, un rayo de luz en medio de la tormenta de su dolor. Imaginé a dos jóvenes enamorados, riendo y corriendo por este mismo bosque, ajenos al destino que les esperaba.

No podía dejar de pensar que este no era lugar para ellos. Merecían un lugar de descanso digno, un sitio donde su memoria pudiera ser honrada adecuadamente. La idea comenzó a formarse en mi mente, creciendo hasta que no pude contenerla más.

—Nefy... —musité, esperando hasta que sus ojos, aún brillantes por las lágrimas, se encontraran con los míos—. Si dices que sí —comencé, eligiendo mis palabras con cuidado—, yo me ocupo de que ambos se entierren en el panteón del castillo. Su propio lugar, con sus lápidas, con sus nombres. Lo que desees.

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa, mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué? —preguntó, incrédula.

—Ya me has oído —repetí—. Los tendrás cerca siempre. Podrán tener flores todos los días, las mejores. Solo si tú quieres, no quiero que veas esto como un insulto, como si estuviera infravalorando todo esto. Solo quiero que seas feliz, que puedas tener a tus padres cerca.

Me detuve, mordiendo mi lengua. De repente, me sentí inseguro. ¿Me había sobrepasado? Este era su hogar, el lugar donde había crecido. Quizás ella quería que sus padres permanecieran aquí, en el bosque que tanto habían amado.

—Lo siento... —añadí rápidamente, temeroso de haber ofendido sus sentimientos o la memoria de sus padres.

Para mi sorpresa, Nefely se incorporó y, poniéndose de puntillas, depositó un beso suave en mis labios.

—Antes de morir mi madre intentó ahorrar para poder pagar un hueco en el cementerio —explicó—. Para ella y mi padre. No quería ser enterrada en el jardín junto con las malas hierbas. —Una sonrisa triste curvó sus labios—.

Mas, es demasiado, no son tu familia, no...

La interrumpí antes de que pudiera continuar, tomando sus manos entre las mías y llevándolas a mi pecho, justo sobre mi corazón.

—Tú eres mi familia, Nefy —dije con firmeza. Mis ojos buscaron los suyos, queriendo que entendiera la profundidad de mis palabras—. Ellos son las personas que te cuidaron, que te trajeron a este mundo. Son parte de ti, por tanto, también de mí.

El bosque a nuestro alrededor parecía contener la respiración, como si la naturaleza misma entendiera la importancia de este momento.

—Pese a no conocerlos —continué—, siento que les debo haberte conocido. —Una sonrisa triste curvó mis labios—. Aunque sé que no les caería muy bien.

Una risa suave escapó de sus labios, el sonido iluminó el claro como un rayo de sol en medio de la penumbra del bosque. Era un sonido que contrastaba con la solemnidad del momento, pero que de alguna manera lo hacía más real, más humano.

—A mi padre no —admitió ella. Pude imaginar a un hombre protector, receloso de cualquiera que se acercara a su hija—. Quizás mi madre vería

algo bueno en ti. Ella siempre veía algo bueno en la gente.

La idea de que la madre de Nefely pudiera aprobarme, aunque fuera un poco, me llenó de orgullo. Era un sentimiento que no esperaba,

un deseo de aceptación por parte de una mujer que nunca conocería, pero que había dado forma a la persona que amaba.

Miré de nuevo las tumbas, simples montículos de tierra marcados con piedras toscas. Intenté imaginar las vidas que representaban, las historias que guardaban. ¿Cuántas risas habrían compartido? ¿Cuántas lágrimas?

¿Cuántos sueños habrían tejido juntos en esta pequeña cabaña en medio del bosque?

—¿Quieres tenerlos cerca? —pregunté suavemente.

Nefely asintió. Pude ver el conflicto en su rostro, el deseo luchando contra algo más... ¿culpa, quizás?

—No quiero que... No quiero abusar, Aeran.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿Cómo podía pensar que estaba abusando? ¿Acaso no entendía lo mucho que significaba para mí?

—No estás abusando —respondí cogiendo sus manos entre las mías —. Te estoy dando lo mínimo que te debo.

Nefely suspiró, un sonido que parecía cargar el peso de años de soledad y pérdida.

—Tenerlos cerca sería... —comenzó—. Sería lo mejor. Porque ya no solo los tendría a ellos, estaría contigo.

¿Acaso estaba eligiendo quedarse conmigo? ¿Lo estaba haciendo realmente? Sentí como si el mundo entero se hubiera detenido, esperando mi respuesta.

—Si lo deseas, será tuyo —dije finalmente, mi voz estaba cargada de una promesa que iba más allá de las tumbas y el panteón familiar.

Ella asintió con una media sonrisa.

—Ellos merecen un lugar mejor para siempre —dijo, y volvió a mirar las tumbas—. Un lugar donde la gente sepa que están si a mí me pasara algo.

Sus palabras me helaron la sangre. La idea de perderla, de que algo pudiera pasarle, era más de lo que podía soportar. Con suavidad, pero firmeza, apoyé una mano en su barbilla, obligándola a mirarme.

—No te va a pasar nada, Nefy —dije—. No vuelvas a repetirlo. ¿Me oyes?

Me volvería loco si te perdiese. Yo jamás dejaría que te pasase nada.

Con un suspiro, me giré y llamé a uno de los guardias. Era hora de poner en marcha lo que había prometido. Quería que Nefely pudiera tener a sus padres cerca, honrar su memoria de la manera que merecían.

—¿Sí, Majestad? —respondió el guardia, acercándose con paso firme.

—Manda a un guardia de nuevo al castillo —ordené—. Quiero que vengan con lo necesario para llevar dos ataúdes al panteón familiar.

El guardia asintió sin rechistar, girándose inmediatamente para cumplir la orden. Mientras lo veía alejarse, sentí la mano de Nefely deslizarse en la mía. Me giré para mirarla, encontrando sus ojos llenos de vida

—Gracias —susurró—. No sé cómo podré pagarte esto.

Negué con la cabeza, atrayéndola hacia mí en un abrazo.

—No tienes que pagarme nada, Nefy —murmuré contra su cabello, inhalando su aroma a hierbas silvestres y tierra húmeda. Era un olor que se había grabado en mi memoria, que ahora asociaba con hogar —. Tu felicidad es todo lo que necesito. Tú eres todo lo que necesito.

Mientras la sostenía entre mis brazos, un pensamiento cruzó mi mente, tan poderoso que casi me hizo temblar: Ojalá pudieran vernos. Ojalá sus padres, dondequiera que estuvieran, pudieran ser testigos de este momento.

Quería que sintieran, que supieran, lo mucho que amaba a su hija. Deseaba que comprendieran la profundidad de mis sentimientos, la intensidad de mi

devoción. Que entendieran que la protegería con cada fibra de mi ser, por encima de todo lo demás.

Pensé en todo lo que estaría dispuesto a hacer por ella, en las locuras que cometería sin dudarlo si eso significaba su felicidad, su bienestar. Nefely se había convertido en mi todo, en el centro de mi universo. Cada decisión, cada pensamiento, cada latido de mi corazón giraba en torno a ella.

Sabía, con una certeza que me asombraba, que este amor desmedido, esta conexión indestructible, tenía que ver con la Alisma. Las palabras que había leído el día anterior resonaban en mi mente, cobrando un nuevo significado a la luz de mis sentimientos:

«El amor es tan intenso, tan feroz, que eres capaz de replantearte hasta tu propia vida por la persona que amas, por tu llama, por tu mitad».

Y era cierto. Con Nefely, me replanteaba todo. Cada creencia, cada tradición, cada aspecto de mi vida que antes había dado por sentado, ahora lo cuestionaba, lo examinaba bajo una nueva luz. Estaba dispuesto a entregar cualquier cosa que me pidiera, a cambiar, a crecer, a ser mejor por y para ella.

Sin ella, yo no era nadie. La idea de una vida sin Nefely, de un reinado sin su presencia a mi lado, me resultaba inconcebible. Era como imaginar un cielo sin estrellas, un bosque sin árboles. Vacío, sin sentido, incompleto.

Ella lo era todo. Mi confidente, mi consejera, mi amante, mi amiga. La pieza que completaba el rompecabezas de mi existencia, la luz que iluminaba los rincones más oscuros de mi alma. Con ella, me sentía capaz de enfrentar cualquier desafío, de superar cualquier obstáculo. Sin ella, el peso de la corona, las responsabilidades del reino, se volvían insoportables.

Lentamente, me separé lo suficiente para mirarla a los ojos. Tomé su rostro entre mis manos, maravillándome una vez más ante la suavidad de su piel, la profundidad de su mirada.

—Te amo, Nefely —susurré.

Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas para expresar la complejidad de mis sentimientos. ¿Cómo explicar que ella había cambiado mi mundo por completo? ¿Cómo describir la transformación que había operado en mí?

—Agradezco el día en el que tu veneno se volvió mi aire.

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa ante mis palabras. Porque ambos sabíamos que nuestro inicio no había sido fácil ni romántico. Hubo un tiempo en que la consideré una amenaza, un peligro para mi reino y para todo lo que yo representaba. Que consideré hasta acabar con su vida... Su presencia en mi vida había sido como un veneno, desestabilizando mis creencias, desafiando mi autoridad, poniendo en tela de juicio todo lo que daba por sentado.

Pero ese veneno, esa fuerza disruptiva que ella representaba, se había transformado gradualmente en algo vital, tan necesario para mí como el aire que respiraba. Su desafío constante me había hecho crecer, me había obligado a cuestionar mis propias convicciones, a ser un mejor gobernante y hombre. Su compasión me había enseñado a ver más allá de las leyes rígidas y las tradiciones obsoletas, a gobernar con el corazón además de con la cabeza.

—Fuiste un veneno que corroyó mis prejuicios.



Recuerdos y presagios

Habían transcurrido días, largos y llenos de emociones encontradas, pero finalmente, mis padres descansaban en un lugar digno. Un mausoleo de mármol blanco se alzaba ahora en el panteón real, sus nombres grabados en letras doradas brillaban bajo la luz del sol. Ya no estarían solos por el resto de la eternidad, ahora estarían rodeados por la historia y la grandeza de generaciones pasadas.

Mientras contemplaba las lápidas, sentí gratitud y culpa. Quizás había sido un poco egoísta al traerlos aquí, tan lejos del bosque que tanto amaron.

Pero, en el fondo de mi corazón, sabía que esto era lo que siempre habían anhelado: un lugar de reposo donde no serían olvidados, donde su memoria perduraría más allá de mi propia existencia.

Porque la cruel realidad era que un día, yo ya no estaría aquí para llevarles flores, para susurrar sus nombres al viento, para mantener vivo el recuerdo de sus sonrisas y sus abrazos. La visión que me había atormentado desde niña seguía tan vívida como siempre, una sentencia inevitable grabada en el libro del destino.

Me veía sumergida en aguas oscuras y turbulentas, luchando desesperadamente por alcanzar la superficie. El pánico me invadía mientras sentía cómo el aire abandonaba mis pulmones, reemplazado por el agua fría y despiadada. Mis movimientos se volvían cada vez

más lentos, mi visión se nublaba, y la oscuridad me envolvía en su abrazo final. Ni siquiera el amor de Aeran, tan poderoso y transformador, podía alterar este futuro inevitable.

El roce de una manita pequeña contra mi pierna me sacó de mis pensamientos sombríos. Bajé la mirada para encontrarme con los ojos curiosos y brillantes de Kieran.

—¿Ahí están tus papás?

Asentí, sintiendo cómo un nudo se formaba en mi garganta. Me agaché y lo tomé en brazos, acercándolo a las lápidas para que pudiera verlas mejor.

Sus ojos recorrieron las letras doradas arrugando su pequeño ceño.

Con solemnidad, Kieran se llevó los dedos a los labios, depositando un beso suave en ellos. Luego, con ternura, apoyó su manita en la lápida de mi madre.

—Descansar, papis de Nefely.

Una sonrisa en mis labios, conmovida por el gesto inocente, pero profundamente significativo del pequeño príncipe. Lo dejé en el suelo con cuidado, mi mano descansó sobre su cabecita en un gesto de agradecimiento silencioso.

Kieran, como si pudiera sentir el peso de mi tristeza, se abrazó a mi cadera en un intento de consolarme. El gesto, tan puro y desinteresado, hizo que las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se derramaran.

En ese momento, como si el destino hubiera orquestado perfectamente la escena, Aeran apareció en el umbral del panteón. Su figura, imponente y familiar, se recortaba contra la luz del exterior. Venía a buscar a Kieran para su clase de montura, una rutina que se había convertido en un vínculo

especial entre ellos, fortaleciendo su relación de una manera que me llenaba de una alegría agridulce.

Al ver a su hermano mayor, Kieran se separó de mí con un último apretón reconfortante. Sus pequeños pies hicieron una carrera hacia Aeran.

—¡Aeran! —exclamó, su voz resonó en el espacio sagrado como el repique de una campana.

El rostro de Aeran se transformó, la severidad real dio paso a una expresión de cariño mezclado con reproche.

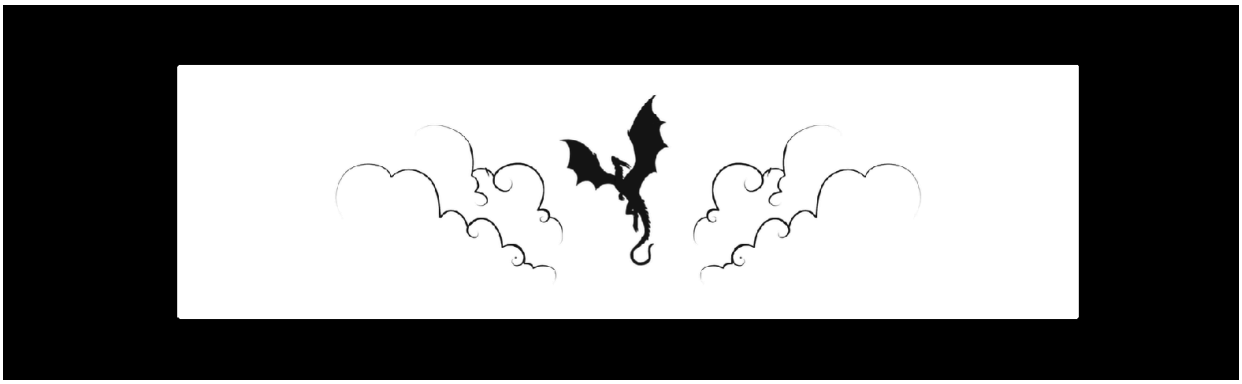
—No grites aquí —le reprendió suavemente—. Este es un lugar sagrado, no se grita, Kieran.

El pequeño príncipe se detuvo en seco, sus ojos se abrieron con comprensión y un toque de vergüenza. Se llevó la mano a la boca, como si quisiera atrapar las palabras que ya habían escapado.

—Lo siento... —susurró contra sus dedos.

No pude evitar que una sonrisa se formara en mis labios, la primera en lo que parecía una eternidad.

Observé cómo Aeran tomaba la mano de su hermano pequeño, preparándose para guiarlo fuera del panteón. Antes de marcharse, sus ojos encontraron los míos, una pregunta silenciosa flotó entre nosotros. Asentí levemente, asegurándole que estaría bien. Con una última mirada cargada de comprensión, Aeran se llevó a Kieran, dejándome sola con mis pensamientos y el eco de una risa infantil que parecía iluminar incluso los rincones más oscuros de mi corazón.



Fui saltando de sueño en sueño, como una piedra rebotando sobre la superficie de un lago calmado. Imágenes fugaces y sensaciones efímeras se entrelazaban en mi subconsciente, llevándome de un escenario a otro sin permitirme anclarme a ninguno en particular. Finalmente, la fatiga me venció y me sumergí en un sueño profundo, dejándome llevar por la corriente de la inconsciencia.

Aeran yacía a mi lado, su presencia era reconfortante en medio de la oscuridad de la noche. Me sentía muy segura teniéndolo al lado. Incluso en sus sueños, su mano buscaba la mía, sus dedos se entrelazaban con los míos como si temiera que pudiera desvanecerme en cualquier momento. Su tacto, cálido y firme, era un ancla que me mantenía conectada a la realidad, recordándome que ya no estaba sola.

Sin embargo, la paz de la noche se vio brutalmente interrumpida cuando el frío característico de mis visiones me invadió de repente. Fue como si alguien hubiera vertido agua helada directamente en mis venas. Mis ojos se abrieron de golpe. Me incorporé con una violencia tal que el mundo a mi alrededor comenzó a girar, la habitación se transformó en un torbellino de sombras y formas difusas.

Y entonces, lo vi.

La visión se desplegó ante mí con una claridad aterradora, cada detalle se grababa a fuego en mi mente. Un campo de batalla se extendía hasta donde alcanzaba la vista, la nieve que cubría el suelo, teñida de un rojo oscuro y siniestro. El sonido metálico de espadas

chocando contra espadas y escudos, se mezclaba con los gritos de dolor y furia de los combatientes.

Los árboles, testigos silenciosos de la masacre, se alzaban a lo lejos, sus ramas desnudas se alzaban en un cielo gris y amenazante. Entre la confusión y el caos, pude distinguir los estandartes de Gélidia ondeando al viento.

Mi corazón se detuvo por un instante cuando mis ojos encontraron a Aeran en medio de la batalla. Su figura, normalmente imponente y majestuosa, ahora luchaba desesperadamente por mantenerse en pie. Su espada, un destello plateado en medio del caos, se movía con una velocidad y precisión nacidas de años de entrenamiento y la desesperación del momento. Pero incluso desde la distancia, pude ver el cansancio en sus movimientos, la forma en que su brazo temblaba ligeramente con cada golpe parado.

Con horror, me di cuenta de que estaban perdiendo. Por cada soldado de Gélidia que caía, dos de los nuestros lo acompañaban. Era como ver una marea imparable. El ejército de Aeran retrocedía paso a paso, sus filas cada vez eran más delgadas y sus movimientos cada vez más desesperados.

En medio de la carnicería, un detalle captó mi atención. Ocultos bajo una tela marrón, cinco huevos de dragón se agitaban inquietos, como si pudieran sentir el peligro que los rodeaba. Sus movimientos hacían que la tela se ondulara, creando la ilusión de que algo vivo respiraba bajo ella.

Y entonces, lo vi. Neval, el consejero en quien Aeran había confiado durante tanto tiempo, estaba de pie junto a los huevos. Pero no estaba protegiéndolos. No. Sus manos acariciaban la tela con una reverencia casi religiosa. No había duda: estaba del lado de Gélidia.

¿Cómo había podido? ¿Cuánto tiempo llevaba planeando esto?

—Nefy, Nefy, amor...

La voz de Aeran, me arrancó de la visión. Volví a la realidad de golpe, jadeando como si hubiera estado bajo el agua durante demasiado tiempo. El contraste entre la calidez de nuestra habitación y el frío del campo de batalla que acababa de presenciar me desorientó por un momento.

Me encontré temblando incontrolablemente, lágrimas calientes rodaban por mis mejillas. Sabía, con una certeza que me aterraba, que lo que había presenciado cambiaría el curso de nuestras vidas para siempre.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? —preguntó. Sus manos cálidas acunaron mi rostro, con sus pulgares limpió las lágrimas que no dejaban de caer—. Estás llorando, amor. ¿Tan horrible ha sido?

Tragué saliva, intentando encontrar mi voz. Las palabras parecían atascarse en mi garganta, como si al pronunciarlas pudiera hacer que la visión se volviera más real.

—Van a atacar —logré murmurar finalmente, me encontré con su mirada en la penumbra de la habitación. Vi cómo la preocupación se transformaba en algo más duro, más frío. El rey guerrero emergía ante la amenaza inminente

—. Gélidia va a atacarnos.

Aeran se quedó inmóvil por un instante.

—¿Estás segura?

Asentí lentamente.

—Lo vi todo, Aeran. La batalla, la nieve teñida de rojo, nuestras tropas cayendo... —Me detuve, la imagen de él luchando desesperadamente contra la marea de enemigos aún fresca en mi mente—. Te vi a ti, luchando.

Estábamos perdiendo.

Aeran cerró los ojos por un momento, como si estuviera procesando la información.

—Entonces no hay tiempo que perder —declaró, apartando las sábanas y levantándose de la cama con un movimiento rápido—. Debo convocar al consejo de inmediato.

Lo observé mientras se movía por la habitación, vistiéndose con rapidez. En cuestión de minutos, el hombre con el que había compartido la cama se

transformó en el rey, listo para enfrentar la amenaza que se cernía sobre su reino.

Me levanté también, buscando algo que ponerme. La idea de quedarme sola en la habitación, con las imágenes de la visión aún frescas en mi mente, me resultaba insoportable.

—Voy contigo —dije—. Por favor.

Aeran me miró por un momento, como si estuviera evaluando la situación.

Finalmente, asintió.

—Por supuesto, te quiero a mi lado —respondió, su voz cargada de gravedad—. Tu visión será crucial para el consejo. Tu voz es importante.

A pesar de la hora tardía, la noticia de la convocatoria del consejo parecía haberse extendido rápidamente. Sirvientes y guardias se movían apresuradamente cuando salimos de la habitación.

Finalmente, llegamos a las imponentes puertas de roble de la sala del consejo. Aeran las empujó con fuerza, el crujido de las bisagras resonó en el silencio de la noche. La estancia, normalmente iluminada por la luz del día, ahora estaba sumida en penumbras, apenas iluminada por algunas velas dispersas.

Los consejeros ya estaban llegando, en sus rostros se veía el sueño interrumpido y la preocupación. Algunos parecían completamente despiertos, como si hubieran estado esperando esta convocatoria. Otros luchaban por mantener los ojos abiertos mientras tomaban sus lugares alrededor de la gran mesa ovalada.

Aeran se dirigió directamente a la cabecera. Me hizo un gesto para que me situara a su lado, una clara señal para todos los presentes de la importancia de mi papel en esta reunión.

Cuando el último consejero tomó asiento, Aeran se irguió.

—Señores, los he convocado a esta hora porque nos enfrentamos a una amenaza inminente. Gélidia se prepara para atacar.

Un murmullo de sorpresa y miedo recorrió la sala. Vi cómo algunos consejeros intercambiaban miradas de preocupación, mientras otros fruncían el ceño con escepticismo.

—¿Cómo lo sabemos, Majestad? ¿Tenemos informes de nuestros exploradores?

Aeran negó con la cabeza.

—La información proviene de una fuente más confiable. Nefely ha tenido una visión.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Sentí el peso de sus ojos, algunos curiosos, otros escépticos, y unos pocos... hostiles. Tragué saliva, enderezando mi espalda. No era momento de dudar o mostrar debilidad.

—Es cierto. Vi la batalla. Gélidia atacará pronto, y si no nos preparamos, perderemos.

El silencio que siguió a mis palabras fue ensordecedor. Algunos consejeros parecían querer hablar, pero nadie se atrevía a ser el primero en romper el silencio.

Finalmente, Aeran tomó la palabra nuevamente.

—Sé que para algunos de ustedes esto puede ser difícil de creer. Pero las visiones de Nefely han demostrado ser exactas en el pasado. No podemos darnos el lujo de ignorar esta advertencia. Y mucho menos no hacerle caso.

Hizo una pausa, sus ojos recorriendo los rostros de cada uno de los presentes.

—A partir de este momento, nos preparamos para la guerra. Quiero que cada hombre y mujer capaz de empuñar un arma esté listo para defender nuestro reino. Reforzaremos nuestras defensas, aumentaremos nuestras patrullas. No dejaremos nada al azar.

Los consejeros comenzaron a asentir lentamente.

—Majestad —intervino otro consejero—. ¿Qué hay de nuestros aliados?

¿Deberíamos enviar mensajeros solicitando ayuda?

Aeran asintió.

—Sí, enviaremos mensajeros a todos nuestros aliados. Pero no podemos depender solo de ellos. Debemos estar preparados para defendernos por nuestra cuenta si es necesario.

La reunión continuó durante horas. Se discutieron estrategias, se asignaron tareas, se debatieron planes de contingencia. A medida que el sol comenzaba a asomarse por el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados, finalmente se llegó a un consenso.

Cuando el último consejero abandonó la sala, Aeran se quedó de pie, inmóvil, con su mirada perdida en la distancia. Me acerqué a él, sintiendo la tensión que emanaba de su cuerpo.

—Lo has hecho bien —murmuré.

Aeran me miró, con ojos cansados.

—Espero que sea suficiente —respondió suavemente—. Porque si no lo es...

Dejó la frase sin terminar, pero no era necesario que la completara. Ambos sabíamos lo que estaba en juego. Si fallábamos, si Gélidia lograba vencernos, todo por lo que habíamos luchado, todo lo que amábamos, se perdería.

—Hay algo más —susurré.

Él me miró, dudoso.

—Es Neval.



Batalla de conflictos

La furia se apoderó de mí, inundando cada fibra de mi ser. Cerré los puños con tanta fuerza que sentí las uñas clavándose en las palmas. Un grito fuerte, cargado de frustración y miedo, escapó de mi garganta mientras arrasaba con todo lo que había sobre el escritorio. Pergaminos, tinteros y plumas volaron por los aires, estrellándose contra el suelo en una cacofonía de destrucción.

La paz que creía haber alcanzado se reveló como una ilusión cruel, un espejismo que se desvanecía ante la cruda realidad de la amenaza

inminente. Todo lo que había construido, todo por lo que había luchado, parecía desmoronarse ante mis ojos.

Me desplomé en la silla, hundiendo el rostro entre las manos. Las lágrimas, esas traidoras silenciosas, se abrieron paso entre mis dedos, dejando surcos húmedos en mis mejillas. Tenía que protegerlos a todos: mi familia, mi pueblo, el futuro mismo del reino. La victoria en la batalla que se avecinaba ya no era una opción, sino una necesidad.

Pero la rabia persistía. Ardía en mis entrañas, alimentada por el miedo y la impotencia. ¿Cómo podía proteger a todos cuando ni siquiera podía

controlar mis propias emociones?

El sonido de golpes en la puerta fue como echar leña al fuego de mi ira.

—¡Largo! —rugí—. ¡No quiero ver a nadie!

Sin embargo, la puerta se abrió, desafiando mi orden. Y allí estaba ella, Nefely, como un faro en medio de la tormenta que azotaba mi alma. Su presencia siempre era oportuna, siempre era necesaria.

—¿Vas a volver a chillarme? —preguntó, apretando sus labios en una línea fina mientras entraba en la sala.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo la vergüenza reemplazaba a la ira.

—Perdóname, amor —murmuré.

Nefely se acercó con pasos cautelosos. Incapaz de levantarme, extendí mis manos hacia ella, aferrándome a sus caderas. Oculté mi rostro contra su cuerpo, buscando refugio en su calor. La culpa por haberle gritado me corroía, y sentí el impulso de caer de rodillas, de

suplicar su perdón. Ella no merecía ser el blanco de mi mal genio, de mis miedos proyectados.

—Lo siento, Nefy —repetí, mi voz se amortiguó contra la tela de su vestido.

Su mano se posó sobre mi cabeza, sus dedos se enredaron suavemente en mi cabello. Luego, con lentitud, tomó mi barbilla, obligándome a enfrentar su mirada. Me sentí expuesto, vulnerable, como si ella pudiera ver cada grieta en mi armadura, cada duda que me atormentaba.

—Vas con ventaja, Aeran. Puedes pedir aliados. Puedes ganar.

Confiaba en mí, ella confiaba en mí. Tomé sus manos entre las mías, maravillándome una vez más ante cómo sus dedos encajaban perfectamente con los míos.

—Te prometo por todos los dioses que no dejaré que te pase nada —

declaré. En ese momento, supe que lucharía contra el mundo entero si eso

significaba mantenerla a salvo.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios. En sus ojos vi reflejado no solo mi propio miedo, sino también una fuerza inquebrantable, una fe en mí que yo mismo había perdido.

—Los consejeros te esperan —susurró con dulzura.

Asentí, consciente de mis responsabilidades, pero incapaz de apartarme de ella. Mis manos se aferraron a las suyas, temeroso de que, al soltarla, toda la fuerza que me había transmitido se desvaneciera.

—Prométeme algo.

Mis ojos buscaron los suyos, sin máscaras, sin pretensiones, solo un hombre frente a la mujer que amaba.

—Lo que quieras —respondió sin dudar.

—Cuando termine la batalla, y si yo sobrevivo...

—No digas eso, Aeran —me interrumpió—. Sobrevivirás.

—Por favor... —supliqué—. Si yo sobrevivo, dime que te quedarás conmigo... —Hice una pausa, reuniendo el coraje para continuar—. Bueno, dime exactamente lo que quisieras hacer. Dime si prefieres irte o quedarte...

dime...

El silencio que siguió a mis palabras pareció extenderse por una eternidad.

Cada latido de mi corazón resonaba en mis oídos, mientras esperaba su respuesta con temor.

—Quiero quedarme —susurró finalmente.

Sentí cómo todo el miedo, toda la ansiedad que me había estado consumiendo, se desvanecía ante esas dos simples palabras. Era como si un peso enorme hubiera sido levantado de mis hombros, permitiéndome respirar libremente por primera vez en mucho tiempo.

—¿Conmigo? —pregunté, necesitaba la confirmación, quería escuchar esas palabras una vez más.

—Contigo —respondió sin titubear.

Una ola de alegría me invadió, tan poderosa que sentí que podría enfrentarme a mil batallas solo por este momento, solo por ella. Era como si todas las luchas y decisiones de mi vida hubieran sido para llegar a este punto.

De repente, una idea atravesó mi mente. Sin soltar su mano, abrí el cajón superior y saqué un pequeño estuche aterciopelado. Los ojos de Nefely se abrieron con sorpresa cuando lo abrí, revelando el anillo que había pertenecido a mi madre.

—Este anillo... —comencé—, ha estado en mi familia por generaciones. Mi madre me lo dio antes de morir, diciéndome que lo entregara a la mujer que fuera a ser mi compañera en esta vida y en la siguiente.

Con manos temblorosas, tomé el anillo. La mirada de Nefely estaba fija en mí.

—Nefely —susurré—, sé mi mujer, sé mi reina. Cuando regrese, sé mía para siempre. Y no como una forma de hablar. Sé mi esposa.

Le ofrecí el anillo con mi corazón expuesto como nunca antes.

—¿Me harías el honor de llevarlo? Es... es una promesa. Una promesa de que volveré, de que todo irá bien, de que nuestro futuro es estar juntos. De que tú y yo formaremos una dinastía como nunca se ha visto.

Nefely miró el anillo, luego a mí. Para mi sorpresa, cerró suavemente mi mano alrededor del anillo.

—Aeran, no puedo aceptarlo. No ahora.

Me sentí herido, pero rápidamente me recompuse.

—No, no, Nefely, me has malinterpretado —dije rápidamente—. No tienes que decidir nada ahora. Este anillo... es solo una promesa de mi parte. Una promesa de que volveré, de que todo irá bien. Por favor, acéptalo como tal.

No como una obligación, sino como un símbolo de mi compromiso contigo y con nuestro futuro.

Su expresión se suavizó, y una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

Extendió su mano y sus dedos temblaban ligeramente. Con reverencia, deslicé el anillo en su dedo. La piedra morada brilló contra su piel, como si siempre hubiera pertenecido allí.

Nuestras miradas se encontraron, y en ese momento, sentí que podía conquistar el mundo entero.

—Te daré la respuesta después de la batalla, mi rey —musitó con un toque de humor en su voz suavizando la seriedad del momento.

Su confianza en mí era tan firme y absoluta... Era como si sus palabras tuvieran el poder de sellar mi destino, de asegurar mi victoria contra cualquier adversidad.

—Entonces tendré que ganarla por ti —respondí.

Una sonrisa juguetona curvó sus labios, iluminando su rostro de una manera que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Lo ibas a hacer igualmente —replicó.

Negué con la cabeza.

—No, no sería igual. No tendría la misma fuerza, no sin una recompensa tan grande y perfecta como tú.

Sin previo aviso, se inclinó hacia mí, sus labios se encontraron con los míos en un beso tan dulce que sentí que podría derretirme allí mismo.

Cuando nos separamos, la atraje hacia mí en un abrazo feroz, como si quisiera fundirme con ella, llevarme su esencia conmigo a la batalla. Inhalé profundamente, grabando en mi memoria su aroma, la sensación de su

cuerpo contra el mío, el sonido de su corazón latiendo al unísono con el mío.

Finalmente, me separé de ella y me puse de pie.

Tomados de la mano, nos dirigimos hacia la sala donde los consejeros aguardaban. Cada paso nos acercaba más a la realidad de la guerra inminente, alejándonos del refugio que habíamos creado en nuestro momento de intimidad. Sin embargo, la calidez de su mano en la mía era un recordatorio constante de por qué luchaba, de lo que estaba en juego.

Al entrar en la sala, fui consciente de las miradas que se posaban sobre nosotros. Algunos consejeros mostraban sorpresa al ver a Nefely ocupar el asiento que una vez perteneció a Neval, otros asentían con aprobación. Su presencia allí era un símbolo de los cambios que se avecinaban, de la nueva era que estábamos forjando juntos.

La discusión ya estaba en pleno apogeo cuando tomamos nuestros lugares.

Las voces se elevaban y superponían mientras se debatían estrategias y se sopesaban opciones.

Me erguí en mi silla, listo para abordar los temas cruciales.

—Señores —comencé—, necesitamos un recuento preciso de nuestras fuerzas. Thorak, ¿qué noticias nos traes del ejército?

Thorak, se puso de pie. Su armadura crujió levemente con el movimiento.

—Majestad, nuestras fuerzas ascienden a diez mil hombres, incluyendo la guardia real y los reclutas de las aldeas cercanas. Además, las casas nobles han respondido a nuestro llamado con generosidad.

—¿Qué más? —pedí, ansioso por conocer los detalles.

—La Casa Valerian aporta dos mil hombres, incluyendo arqueros de élite.

La Casa Ferrum suma mil quinientos guerreros con las mejores armaduras.

Las casas menores, en conjunto, nos brindan otros tres mil hombres.

Baldric, intervino:

—Majestad, debo señalar que mantener un ejército de tal magnitud supondrá una carga considerable para el tesoro real.

Asentí, reconociendo la validez de su preocupación.

—Entiendo, Baldric. Pero la supervivencia del reino está en juego. Zephyr,

¿qué noticias tenemos de nuestros aliados?

Zephyr se aclaró la garganta antes de responder:

—Hemos recibido promesas de apoyo de varios reinos vecinos, Majestad.

Sin embargo, la ayuda tangible tardará en llegar. No podemos contar con ella para la batalla inminente. Además, esperan recibir algo a cambio después.

Fruncí el ceño ante esta noticia, pero no me sorprendió. La política entre reinos siempre era complicada.

—Bien, tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos —declaré —.

Thorak, hablemos de estrategia. ¿Cómo propones que utilicemos a los dragones?

Thorak se acercó al mapa desplegado sobre la mesa.

—Sugiero utilizar a los dragones adultos como fuerza de choque inicial, Majestad. Pueden causar confusión en las filas enemigas antes de que nuestras tropas terrestres entren en combate. Los más jóvenes podrían encargarse de tareas de reconocimiento.

Cedric, intervino:

—Majestad, si me permite, nuestros estudios sobre los dragones sugieren que son particularmente vulnerables a ciertos tipos de armas. Deberíamos considerar tácticas defensivas para protegerlos.

Asentí, agradecido por la información.

—Excelente punto, Cedric. Thorak, asegúrate de incorporar esa información en nuestros planes de batalla.

Thorak asintió con gravedad, haciendo anotaciones en un pergamino. El silencio que siguió fue interrumpido por Alastair, quien se aclaró la garganta antes de hablar:

—Majestad, hay otro asunto que debemos considerar. Nuestros maestres son escasos y, en el fragor de la batalla, temo que no serán suficientes para atender a todos los heridos. Esto podría resultar en pérdidas innecesarias de vidas valiosas.

Un murmullo de preocupación recorrió la sala. La escasez de sanadores era un problema que no habíamos previsto en su totalidad. Mientras consideraba las opciones, la voz de Nefely rompió el silencio:

—Yo puedo ir. Mis habilidades como sanadora podrían ser de gran ayuda en el campo de batalla.

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba. No pensé, simplemente, respondí.

—No —dije con firmeza, mi voz fue más dura de lo que pretendía—. Es demasiado peligroso. No puedo permitirlo.

Nefely se giró hacia mí.

—Aeran, soy la sanadora más capacitada que tienes. Puedo salvar vidas que de otra manera se perderían.

—Y podrías perder la tuya en el proceso —argumenté—. El campo de batalla no es lugar para ti.

—¿Y para quién sí lo es? —replicó—. ¿Para los jóvenes soldados que apenas saben empuñar una espada? ¿Para los padres que dejan atrás a sus familias? Mi vida no vale más que la de ellos.

Sentí cómo la frustración y el miedo crecían en mi interior, formando un nudo en mi garganta. ¿Cómo podía hacerle entender el peligro al que se expondría? Las palabras parecían insuficientes frente a su resolución.

—No se trata de que tu vida valga más o menos —dije, luchando por mantener la calma—. Se trata de que eres fundamental para el reino. Tu don

es demasiado valioso para arriesgarlo en primera línea.

Nefely soltó una risa amarga.

—¿Mi don? No soy una reliquia que deba ser protegida, Aeran. Soy una sanadora, y mi lugar está donde pueda hacer más bien.

Los consejeros observaban nuestra discusión en silencio, parecía que no querían meterse. Thorak se aclaró la garganta, intentando mediar:

—Majestad, si me permite... La presencia de la dama Nefely podría elevar la moral de las tropas. Saber que tienen a una sanadora tan

poderosa de su lado podría darles el coraje que necesitan.

Le lancé una mirada que podría haber congelado el mismo infierno. ¿Cómo se atrevía a sugerir que la expusiéramos al peligro?

—¿Y si la capturan? —La miré a ella—. ¿Has pensado en eso, Nefely? Si Gélidia te toma prisionera, tendrían un arma poderosa contra nosotros. Y no sabes las barbaridades que te harían... No quiero ni imaginármelas.

—No soy tan fácil de capturar —respondió ella—. Y si lo intentan, me defenderé. No soy indefensa, Aeran. Subestimas mis capacidades.

Su confianza, en lugar de tranquilizarme, solo aumentó mi frustración. ¿Por qué no podía entender el riesgo? La guerra no era un juego, y ella no era invencible.

—No se trata de si eres capaz de defenderte o no —exclamé elevando la voz—. ¿Es que no lo ves? Se trata de que no puedo... no quiero arriesgarte.

¡Por todos los dioses, Nefely! ¿Es tan difícil de entender que me importas demasiado como para ponerte en peligro?

—Lo que entiendo es que estás dejando que tus emociones hablen por ti.

¿Cuántas vidas estás dispuesto a sacrificar para mantenerme a salvo?

¿Crees que puedes encerrarme en una torre mientras otros arriesgan sus vidas?

—¡No es lo mismo y lo sabes! —repliqué—. Tú eres... eres demasiado importante. No solo para mí, sino para todo el reino.

—¿Y los demás no lo son? —contraatacó ella—. ¿Qué te da el derecho de decidir cuál vida vale más? Estás siendo egoísta, Aeran, y cobarde.

Aquello fue lo que me hizo no pensar.

—¿Cobarde? ¿¡Me llamas cobarde por querer protegerte!?

—Te llamo cobarde por no confiar en mí, por no respetar mi decisión —

respondí—. Si realmente me valoraras, valorarías también mi voluntad.

—¡Esto no es una discusión! —rugí, golpeando la mesa con el puño. El sonido resonó en la sala, haciendo que todos los presentes se sobresaltaran

—. Como tu rey, te ordeno que permanezcas en el castillo durante la batalla.

Es mi decisión final.

—¿Me... ordenas? —su voz, normalmente suave, adquirió un filo cortante

—. ¿Así es como resuelves esto, Aeran? ¿Con una orden real?

Los consejeros se removieron incómodos en sus asientos, evitando hacer contacto visual con cualquiera de nosotros.

—No puedes simplemente ignorar mi experiencia y habilidades — espetó Nefely—. He dedicado mi vida a la sanación, Aeran. ¿Crees que no sé evaluar los riesgos? ¿Que no entiendo lo que está en juego?

—¡Lo que creo es que estás siendo temeraria! —bramé, poniéndome de pie tan bruscamente que mi silla cayó hacia atrás con un estruendo—. Esta no es una simple escaramuza, Nefely. Es una guerra total contra Gélidia. ¡No puedo... no voy a arriesgar tu vida!

Thorak intentó intervenir:

—Majestad, si me permite...

—¡Silencio! —bramé, lanzándole una mirada fulminante. El consejero se encogió en su asiento.

Nefely de pie, dio un paso adelante, desafiante.

—¿Ves lo que estás haciendo? —susurró, con decepción—. Ni siquiera escuchas a tu propio consejo. El miedo te está cegando, Aeran. ¿Qué clase de rey eres si no puedes considerar otras opiniones? ¿Si dejas que tus sentimientos personales nublen tu juicio?

—Soy el rey que mantendrá a este reino en pie —respondí—. Y lo haré tomando las decisiones que sean necesarias, por difíciles que resulten.

—¿Decisiones difíciles? —se burló Nefely—. Lo que estás haciendo es esconderte tras tu maldita corona como un cobarde. ¡Necesitan sanadores en el frente, insensato! Yo puedo marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

—¡La única diferencia que marcarás será quedándote aquí! —bramé, perdiendo los estribos por completo. La vena de mi sien palpitaba visiblemente—. ¿Crees que no sé lo jodidamente valiosa que eres? ¿Que no me desgarra el alma tenerte encerrada aquí mientras otros mueren?

Un silencio sepulcral cayó sobre la sala. Vi el dolor desgarrador en los ojos de Nefely, entremezclado con una determinación férrea que me heló la sangre.

—Si de verdad valoraras mi opinión, me escucharías por una vez en tu vida

—siseó ella, su voz temblaba de rabia contenida—. Pero solo ves lo que quieres ver, Aeran. Ves a la mujer que quieres proteger como si

fuera una reliquia, no a la sanadora capaz de cambiar el rumbo de esta guerra maldita.

—Veo a ambas —repliqué—. Y es precisamente por eso que no puedo dejarte ir para que te maten, ¿no lo entiendes?

Nefely soltó una carcajada tan amarga que casi pude saborearla.

—¿Y qué hay de lo que yo veo? —espetó—. Veo a un rey tan aterrado de perder que está dispuesto a sacrificar su mayor ventaja por puro egoísmo.

—¡No estoy sacrificando nada! —rugí, golpeando la mesa con tanta fuerza que astillé la madera—. ¡Estoy protegiendo el recurso más valioso que

tenemos, por todos los cielos!

—¿Recurso? —La palabra salió de su boca como si fuera veneno—. ¿Es eso lo que soy para ti, Aeran? ¿Un simple recurso a ser guardado y protegido como si fuera oro?

—Sabes perfectamente que no es así —gruñí—. Nefely, por todos los infiernos, intenta entender...

—¿Entender qué, necio? —me interrumpió—. ¿Que estás dispuesto a dejar que cientos mueran desangrados solo para mantenerme a salvo? Eso no es amor, Aeran. Es egoísmo puro y duro disfrazado de falsa preocupación.

Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro.

—No te atrevas —siseé, acercándome a ella amenazadoramente—. No te atrevas a cuestionar mis motivos.

—¿Por qué no? —me desafió, plantándome cara—. Tú estás cuestionando los míos a cada segundo. ¿Crees que quiero ir al frente por gloria? ¿Por algún retorcido deseo de probarte algo? ¿O quizás

por una mórbida fascinación con la muerte? Voy porque es mi deber, Aeran. Porque cada vida que pueda salvar es una victoria contra esos malditos de Gélidia.

Los consejeros observaban nuestro intercambio en silencio, la incomodidad era evidente en sus rostros. Sabía que debía poner fin a esta discusión, pero las palabras seguían brotando, alimentadas por el miedo y la frustración.

—¡Tu deber es con el reino! —vociferé—. ¡Y el reino te necesita viva y a salvo, por todos los dioses!

—¡El reino me necesita donde pueda hacer más bien, necio! —replicó Nefely, su voz elevándose hasta casi quebrarse—. ¡Y eso es en el campo de batalla, no pudriéndome encerrada en este castillo!

La tensión seguía escalando, nuestras voces se elevaban con cada intercambio venenoso.

—¡Por todos los dioses, Nefely! —exclamé, al borde de la locura—. ¿No ves que estás poniendo en riesgo todo por lo que hemos luchado, todo lo que hemos construido?

—¡Lo único que veo es a un rey obstinado incapaz de ver más allá de sus propios miedos! —rugió ella—. ¿Crees que no entiendo los riesgos? ¡He estado en situaciones de vida o muerte antes, Aeran! ¡No soy una novata inútil!

—¡Esto es diferente y lo sabes perfectamente! —bramé, golpeando nuevamente la mesa ya maltrecha—. ¡Gélidia no tendrá ni una pizca de piedad ahora que saben lo que significas para mí! Si te capturan...

—¿Y qué hay de la piedad para nuestros soldados? —me interrumpió —.

¿Quién los sanará cuando caigan heridos y desangrándose? ¿Quién les dará un atisbo de esperanza en medio de ese infierno?

Los consejeros se encogían en sus asientos, paralizados por el terror, sin atreverse siquiera a respirar.

—Tenemos otros sanadores —argumenté, aunque sabía que era una excusa débil.

Nefely soltó una carcajada tan cargada de sarcasmo que casi me hizo retroceder.

—¿Otros sanadores? —escupió—. Ninguno con mi experiencia o mis habilidades, y lo sabes perfectamente, Aeran. Estás condenando a muchos a una muerte horrible con tu terquedad.

—¡No me manipules con esa artimaña! ¡No eres la única maldita sanadora del reino!

—¡Pero soy la mejor y lo sabes perfectamente! ¿Para qué demonios me querías en estas reuniones si ibas a ignorarme? ¿De qué sirve mi consejo si lo desechas como basura cuando no te conviene?

—¡Te traje porque confío en ti, maldita sea! —vociferé desgarrándome la garganta—. Pero esto... ¡esto es una locura, Nefely! No puedo permitir que te lances al matadero así.

—¡No es tu decisión permitirme o no! ¡Es mi vida, mi don, mi elección!

¿Quién te crees que eres para decidir por mí?

—¡Soy el maldito rey! ¡Tu rey! —rugí, irguiéndome amenazadoramente—.

¡Y tú eres mi responsabilidad ahora! ¡Cada vida en este condenado reino me pertenece, incluyendo la tuya!

—¡No soy una de tus posesiones, tirano arrogante! —replicó Nefely—. ¡Y

como rey deberías entender el significado del sacrificio! ¿Cuántos soldados enviarás a la carnicería mientras me mantienes prisionera aquí como una maldita reliquia?

La culpa me atravesó como una espada al rojo vivo, pero la aparté con un gruñido bestial.

—Es diferente y lo sabes perfectamente, no te atrevas a compararte con ellos.

—¿Por qué? ¿Porque me amas? El amor no debería ser una jaula, Aeran.

Por un momento, un silencio sepulcral reinó en la sala.

—¡No se trata solo de eso! —gruñí con la voz ronca por la ira contenida—.

¡Eres fundamental para el futuro del reino! ¿Es que no lo ves, insensata?

—¡Claro! —respondió ella con una risa amarga—. ¡Porque solo te sirvo para tener a tus herederos y nada más! ¡Todo lo que soy, mi don, mi vocación, se quedaría en el olvido! ¿Es eso lo que quieres? ¿Reducirme a eso?

—¡No te atrevas a tergiversar mis palabras! ¡Sabes que eres mucho más que eso!

—¡El futuro del reino pende de un hilo ahora mismo! —continuó ella —.

¡Mi lugar está en el campo de batalla, no pudriéndome aquí como una

inútil!

—¡No puedes hablar en serio! —exclamé—. ¿Crees que la batalla es un juego? ¡Es un infierno, Nefely! ¡Una carnicería sin sentido!

—¡Lo sé perfectamente! ¿Crees que no he visto la devastación de la guerra?

¡Es precisamente por eso que debo estar allí!

—¡Para morir inútilmente! —rugí, golpeando la mesa con el puño—. ¿De qué servirás al reino muerta en una zanja? ¡Tu terquedad nos destruirá a todos!

Nefely dio un paso adelante.

—¿Y de qué sirvo encerrada en este maldito castillo mientras otros derraman su sangre por nosotros? ¿Es eso lo que quieres, cobarde? ¿Que me quede aquí, impotente, contando los cadáveres de nuestros soldados?

Ella no se detenía, y yo menos; estaba cegado por protegerla, por mantenerla lejos de cualquier posible daño. Tenía un mal presentimiento y no pensaba arriesgarme.

—Prefiero eso a verte convertida en un cadáver más en el campo de batalla.

—¡No tienes derecho a decidir eso por mí! —gritó ella—. ¡Soy una sanadora, Aeran! ¡Mi deber está con los heridos y los moribundos!

—¡Y mi deber está con el reino! —repliqué, mi voz se elevó para igualar la suya—. ¡Un reino que te necesita viva, no destripada en un campo de batalla o secuestrada por Gélidia, siendo torturada, abusada y humillada hasta que no quede nada de ti!

Todo mi ser estaba enfocado en la mujer frente a mí, la mujer que amaba y que estaba dispuesta a sacrificarse en el altar de la guerra.

—El reino me necesita donde pueda utilizar mi don, mi curación —insistió más calmada—. Y eso es en el frente, Aeran. Contigo.

Sentí cómo la última hebra de mi paciencia se rompía. Me giré hacia Thorak, quien había permanecido en silencio durante toda la discusión.

—Thorak —bramé—. Cuando la guerra comience, quiero que Nefely se encuentre aquí, en el castillo. ¡Encadenada si es necesario! No saldrá bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido?

Vi cómo el color abandonaba su rostro, sus ojos se abrieron con incredulidad y traición. Rápidamente, esa expresión se transformó en furia de nuevo.

—¿Encerrarme? —siseó—. ¿Es así como piensas resolver esto, miserable?

¿Encerrándome de nuevo como si fuera un animal?

—Es por tu propia seguridad —insistí, aunque cada palabra me dolía —. No puedo arriesgarte en el campo de batalla.

Nefely no dejaba de mirarme con dolor, como si la hubiera traicionado, como si, incluso, la hubiera golpeado.

—Lo único que estás consiguiendo es perder mi confianza para siempre. No lo entiendes y no lo vas a entender. ¿Verdad?

—Tu deber es sobrevivir.

Nefely se irguió.

—Mi deber es salvar vidas, Aeran —declaró—. Y lo haré, con o sin tu bendición. Si me encierras aquí, encontraré la manera de escapar. Si pones guardias, los burlaré. Si levantas muros, los escalaré. No hay nada, ¿me oyes?, nada que puedas hacer para mantenerme alejada de esa batalla.

Sabía que hablaba en serio, y eso me aterrorizaba más que cualquier ejército enemigo.

—¿No lo entiendes? —grité—. ¡Si te pierdo, pierdo todo! El reino, la guerra, nada de eso importará si ti...

—i¿Y si tú mueres porque no estuve allí para salvarte?! —gritó con miedo, con la voz temblorosa—. ¡Yo lo habré perdido todo! Mi razón de vivir, mi propósito... ¿Crees que eres el único que tiene algo que perder en esta maldita guerra?

La frustración me consumía.

—¡Basta! —bramé, golpeando la mesa con tanta fuerza que las copas se tambalearon—. ¡No voy a discutir más esta locura contigo! Como tu rey, te ordeno que te quedes. Y así lo harás, aunque tenga que encadenarte yo mismo. Bajo guardia, sin ver la luz del sol hasta que regrese victorioso o muerto.

Nefely retrocedió bruscamente, golpeando la silla detrás de ella con tal fuerza que esta se desplomó al suelo con un estruendo ensordecedor.

—Como desee, Su Majestad —escupió las palabras, cada sílaba estaba cargada de un veneno capaz de matar ejércitos—. Espero que puedas vivir con las consecuencias de tu decisión, porque yo no pienso perdonarte jamás. Si haces esto, estarás traicionando todo lo que soy, todo lo que representamos juntos. Y te juro por todos los dioses que cuando todo esto termine, si es que sobrevives sin mí, desearás haber muerto en esa maldita batalla antes que enfrentarte a lo que quedará de nosotros.

Sin otra palabra, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Por un momento, creí ver lágrimas en sus ojos, pero cuando me miró por última vez, solo vi un odio frío y calculador que me heló la sangre. Salió de la sala, cerrando la puerta con tanta fuerza que las paredes temblaron y los cuadros se sacudieron en sus ganchos.

El silencio que siguió fue ensordecedor, roto solo por el eco de sus pasos alejándose y el latido frenético de mi corazón.

Me puse de pie lentamente, mi cuerpo temblando de rabia y miedo. Miré a los consejeros, que permanecían inmóviles, como si temieran que el más mínimo movimiento pudiera desencadenar mi ira.

—La sesión ha terminado —declaré—. Pueden retirarse. Y que nadie se atreva a mencionar lo que ha ocurrido aquí hoy.

Mientras salían en silencio, me quedé solo en la sala, con el peso de mi decisión aplastándome. En ese momento, me di cuenta de que quizás había ganado la batalla por su seguridad, pero había perdido la guerra por su corazón.



Alas de fuego, corazón de hielo

Si Aeran creía que podía contenerme con simples órdenes y muros de piedra, estaba gravemente equivocado.

No podía, no iba a quedarme de brazos cruzados en la seguridad ilusoria del castillo mientras otros arriesgaban sus vidas en el campo de batalla. La mera idea de permanecer encerrada, impotente, mientras las visiones de muerte y destrucción me atormentaban, era insoportable. Cada fibra de mi ser se rebelaba contra esa perspectiva.

Así que, mientras Aeran se ocupaba de liderar a sus tropas, emitiendo órdenes con voz autoritaria y gesto adusto, yo me entregué en cuerpo y alma a mis propios preparativos. Mis manos ahora se movían frenéticamente, mezclando hierbas y ungüentos con una urgencia casi desesperada.

Recorrí los jardines del castillo como una sombra inquieta, recolectando cada planta que pudiera ser útil. Lavanda para calmar los nervios, milenrama para detener hemorragias, salvia para desinfectar heridas... Cada hoja, cada flor, cada raíz era un arma en mi arsenal contra la muerte.

Las cocinas se convirtieron en mi laboratorio improvisado. Ollas y sartenes que normalmente servían para preparar suntuosos banquetes ahora bullían con brebajes medicinales. El aroma acre de las hierbas cocidas impregnaba el aire, mezclándose con el sudor de mi esfuerzo y el fuego de mi determinación. Pero él estaba demasiado ocupado para verme hacerlo.

Estaba segura de que cuando Aeran viera todo lo que había preparado, cuando comprendiera la magnitud de mi compromiso y la utilidad de mis habilidades, no tendría más remedio que aceptar mi presencia en el frente.

Sin embargo, la tensión entre nosotros era palpable, un muro invisible nos separaba más efectivamente que cualquier barrera física. Llevábamos dos días sin dirigirnos la palabra, evitándonos mutuamente en los pasillos del castillo como fantasmas resentidos.

Aeran, en un gesto que oscilaba entre la preocupación y el control disfrazado, seguía enviándome doncellas para atender mis necesidades.

Cada vez que una de ellas aparecía en mi puerta, con su rostro compuesto, sentía que mi ira se avivaba. ¿Acaso creía que podía comprar mi obediencia con comodidades? ¿Pensaba que unos

cuantos lujos bastarían para hacerme olvidar quién era yo en realidad?

Porque eso era lo que parecía haber olvidado por completo: mi esencia, mi naturaleza indómita. Yo no era una dama de la corte, criada para sonreír y asentir. No era una muñeca de porcelana que pudiera ser colocada en una estantería y admirada desde lejos. Era una sanadora, una luchadora, una fuerza de la naturaleza que no podía ser contenida por muros de piedra ni por decretos reales.

Con esa convicción ardiendo en mi pecho, me preparé meticulosamente aquella mañana. Cada prenda que me puse era una declaración de intenciones, una armadura contra la voluntad de Aeran. Los pantalones, prácticos y resistentes, me recordaban que estaba lista para la acción, no para languidecer en una torre. La armadura que él mismo había ordenado hacer para mí —¿en qué estaba pensando si no era para que la usara?— se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel, un recordatorio tangible de que incluso sus propios actos respaldaban mi decisión.

La capa, pesada y reconfortante sobre mis hombros, ondeaba a mi espalda como un estandarte de mi rebeldía. Y el zurrón que había «tomado prestado» de las cocinas, ahora repleto de mis preparaciones medicinales, colgaba de mi hombro.

Mientras me observaba en el espejo, apenas reconocía a la mujer que me devolvía la mirada. Ya no era la prisionera temerosa que había llegado al castillo, ni la sanadora dubitativa que buscaba su lugar. Era una guerrera, una protectora, lista para enfrentarse no solo a los enemigos en el campo de batalla, sino también a la obstinación de un rey que se negaba a ver más allá de sus propios miedos.

Con un último vistazo a la habitación que había sido mi refugio y mi prisión, me dirigí hacia la puerta. El castillo aún dormía, ajeno a la tormenta que estaba a punto de desatarse. Pero yo estaba despierta, más despierta que nunca, lista para reclamar mi lugar en esta guerra, con o sin la aprobación de Aeran.

Mientras avanzaba, mis dedos trabajaban diligentemente, entrelazando mi cabello en una trenza compleja. Era más que un simple peinado; era una tradición antigua, un ritual de preparación para la batalla que había aprendido en mi aldea. Cada vuelta de la trenza era una plegaria silenciosa, una petición de protección y fuerza.

Pasé frente a las habitaciones de los pequeños príncipes y princesas, y mi corazón se encogió por un momento. Una parte de mí anhelaba entrar, abrazarlos una última vez, explicarles... Pero la razón prevaleció. Estaban a salvo en el mundo de los sueños, ajenos al peligro que acechaba más allá de los muros del castillo. Despertarlos solo serviría para sembrar el miedo en sus corazones inocentes, un miedo que Aeran había trabajado tan duro por mantener a raya. No, era mejor dejarlos dormir, permitirles disfrutar de estos últimos momentos de paz.

El patio principal del castillo bullía de actividad cuando llegué. Soldados se alineaban en formación, el metal de sus armaduras reflejaba los primeros rayos del sol. En mitad de todo, Aeran se erguía, imponente con su armadura real, dando las últimas instrucciones a sus capitanes.

—Tenemos todo, creo que podemos... —Su voz, firme y autoritaria, se cortó abruptamente cuando sus ojos se posaron en mí. Vi cómo su expresión pasaba de la sorpresa al enfado en cuestión de segundos.

Antes de que pudiera decir nada, me adelanté:

—Voy a ir —declaré.

Aeran negó con la cabeza, acercándose a mí con pasos decididos.

—No vas a ir, Nefely. Creí que había quedado claro, te quedas.

Sin perder un segundo, abrí el zurrón que colgaba de mi hombro, mostrándole su contenido.

—¿Ves esto? Medicina, ungüentos que pueden salvar a tus hombres. ¿Vas a negarles esta oportunidad?

Pero Aeran se mantuvo inflexible, negando nuevamente con la cabeza.

—No voy a debatir esto, Nefy —declaró, usando ese diminutivo que normalmente me derretía, pero que ahora solo servía para avivar mi frustración.

Se dio la vuelta, como si con ese simple gesto pudiera dar por terminada la discusión. Pero yo no estaba dispuesta a rendirme tan fácilmente. Comencé a caminar, decidida a seguir al ejército con o sin su permiso. Sin embargo, antes de que pudiera dar más de unos pasos, sentí su mano cerrándose alrededor de mi brazo, deteniéndome en seco.

Nos enfrentamos, nuestras miradas chocaron en un duelo silencioso. Podía ver el conflicto en sus ojos, la lucha interna entre el rey que debía proteger a su reino y el hombre que temía perder a la mujer que amaba.

—No hagas esto más difícil —suplicó.

—Quien lo complica eres tú.

—Lo siento —murmuró, y antes de que pudiera reaccionar, sus labios estaban sobre los míos.

Fue un beso desesperado, cargado de miedo. Pude sentir en él todo lo que no se atrevía a decir con palabras: su terror a perderme, su impotencia ante el destino que nos aguardaba. Por un momento, me permití perderme en esa caricia, saboreando lo que podría ser nuestro último beso.

Pero el momento pasó demasiado rápido. Aeran se separó fríamente.

—Thorak —llamó—. Enciérrala en su habitación. Que no salga por nada del mundo.

El pánico me invadió. No podía terminar así, no podía dejarme atrás. Antes de que pudiera protestar, sentí las manos firmes de dos guardias sujetándome.

—¡Aeran! —grité, la desesperación se apoderó de mí—. ¿¡Qué más da si voy a morir igualmente!? ¡Voy a morir, ya lo he visto!

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas, nacidas de la agonía y la frustración. Vi cómo el rostro de Aeran palidecía, como si lo hubiera golpeado físicamente. Con un gesto brusco, ordenó a los guardias que se detuvieran.

Se acercó a mí, y me recorrió de arriba abajo con la mirada, como si quisiera grabar cada detalle en su memoria.

—¿Qué? No... no digas esas cosas nunca más, Nefely. Ni en broma. Ni por enfadarme.

—Escúchame, por favor —intenté explicar—. No es una mentira, no es un truco. He visto mi destino desde que era niña. Por eso debo ir contigo, por eso...

—No —me interrumpió, sacudiendo la cabeza con vehemencia—. Se acabó. Luego podrás odiarme si quieres, pero ahora... ahora te voy a proteger.

Con esas palabras, volvió a dar la orden. Los guardias me arrastraron en dirección contraria. Luché, pataleé, grité, pero era inútil. Mis esfuerzos eran como los de un pájaro atrapado en una jaula demasiado pequeña, desesperado, pero impotente.

Mientras me alejaban, pude ver por última vez el rostro de Aeran. La máscara del rey se había agrietado, revelando por un instante al hombre vulnerable que se escondía detrás. Vi el dolor en sus ojos, el

arrepentimiento, el miedo. En ese momento, supe que nada de lo que dijera o hiciera lo haría cambiar de opinión.

El chirrido de la llave girando en la cerradura resonó en mis oídos como una sentencia final. La puerta de mi habitación, antes un portal a la libertad, ahora se convertía en la entrada de mi prisión personal, como al principio.

Los guardias cumplieron las órdenes de Aeran con una eficiencia que me revolvió el estómago, se aseguraron de que no hubiera forma de que pudiera escapar.

Me quedé inmóvil en el centro de la habitación, escuchando cómo sus pasos se alejaban por el pasillo. Con un grito de furia, lancé el zurrón contra la pared, observando cómo los frascos y ungüentos que había preparado con tanto esmero se esparcían por el suelo.

—¡Maldito seas, Aeran! —grité, sabiendo que nadie me escucharía, que mis palabras se perderían en el vacío de mi encierro.

Las lágrimas de impotencia comenzaron a rodar por mis mejillas, pero las sequé con rabia. No era momento de llorar. Tenía que encontrar una manera de salir, de unirme a la batalla, de cumplir con mi deber como sanadora.

YA EN FÍSICO

¡YA PODEÍS ENCONTRAR EL CANTO DE LA ALISMA EN FÍSICO

EN AMAZON!

Estará disponible tanto en tapa dura, digital, como tapa blanda.

¡DÍA DE PUBLICACIÓN!





YA EN AMAZON

12/12/24



La promesa inquebrantable

El viento helado azotaba mi rostro con furia mientras Draluz hendía el aire con sus poderosas alas. El mundo bajo nosotros se había transformado en un vasto manto blanco, la nieve cubría cada centímetro de tierra visible. Los copos danzaban alrededor de nosotros, creando una cortina etérea que dificultaba la visión.

La armadura pesaba sobre mis hombros, el metal frío mordía mi piel incluso a través de las capas de ropa. Cada respiración se convertía en una nube de vapor, un recordatorio constante del invierno implacable que nos rodeaba.

Mis manos, entumecidas por el frío, se aferraban a las riendas de Draluz. El calor que emanaba de su cuerpo era lo único que impedía que mis dedos se congelaran por completo.

Sin embargo, la imagen de Nefely, de su rostro contorsionado por la rabia mientras los guardias la arrastraban de vuelta al castillo, se repetía en mi mente, tan fría y cortante como el viento que nos azotaba.

—Lo siento, Nefy —murmuré—. Espero que algún día puedas perdonarme.

Draluz gimió suavemente, su aliento cálido creó una nube de vapor. Incliné mi cuerpo hacia adelante, sintiendo el contraste entre el frío

del aire y el calor de sus escamas.

A lo lejos, pude distinguir las primeras líneas de nuestro ejército avanzando penosamente por el camino nevado. Desde esta altura, parecían hormigas negras sobre un lienzo blanco, luchando contra la nieve que les llegaba hasta las rodillas.

Con un ligero tirón de las riendas, indiqué a Draluz que descendiera.

Mientras nos acercábamos al suelo, la nieve se arremolinaba a nuestro alrededor, creando un torbellino blanco. Los rostros de mis soldados se alzaron, sus mejillas y narices estaban enrojecidas por el frío y sus ojos entrecerrados contra la ventisca.

Aterrizamos en un claro, la nieve crujió bajo las patas de Draluz. Desmonté y mis botas se hundieron en la nieve hasta los tobillos. Thorak, cubierto de nieve de pies a cabeza, se acercó.

—Majestad —saludó—. Las tropas están listas, pero el avance es lento debido a la nieve.

Asentí, consciente del desafío adicional que representaba el clima.

—Que los zapadores abran camino —ordené—. Y que se distribuyan mantas y bebidas calientes. No podemos permitir que el frío merme nuestras fuerzas antes de la batalla.

Thorak asintió, pero pude ver la preocupación en sus ojos.

—Algunos hombres han estado preguntando por la sanadora Nefely. —Su voz apenas era audible por el silbido del viento—. Esperaban que viniera con nosotros. Sus habilidades serían invaluables en estas condiciones.

Nefely no solo podría haber curado heridas, sino también ayudado contra el frío y las enfermedades que este traía consigo.

—Nefely permanece en el castillo por orden mía, lo sabes. Su seguridad es primordial.

Monté nuevamente a Draluz y nos elevamos sobre las tropas. La nieve caía con más fuerza ahora, creando un telón blanco que casi ocultaba a mis hombres.

—¡Guerreros de Dragio! —grité—. ¡Nos enfrentamos no solo a Gélidia, sino también a este invierno implacable!

Los soldados se esforzaron por mirar hacia arriba, la nieve se pegaba a sus pestañas y barbas.

—¡Pero el frío que Gélidia trae no es nada comparado con el fuego que arde en nuestros corazones! —continué—. ¡Les mostraremos que ni la nieve más profunda puede apagar nuestro valor!

Un rugido se elevó de las tropas, compitiendo con el rugir del viento.

—¡Por Dragio! —rugí—. ¡Por nuestro hogar! ¡Por la victoria!

Mientras Draluz se elevaba nuevamente, llevándome a la cabeza de nuestro ejército que avanzaba penosamente a través de la nieve, mis pensamientos volvieron al castillo. ¿Estaría Nefely mirando por la ventana, viendo la misma tormenta de nieve? ¿Entendería algún día que intentaba protegerla no solo del enemigo, sino también de este invierno cruel?

El viento helado azotaba mi rostro una vez más, las lágrimas amenazaban con brotar congelándose en mis pestañas. Delante de nosotros, el horizonte blanco se extendía interminable, prometiendo una batalla no solo contra Gélidia, sino contra la naturaleza misma.

El avance a través de la nieve era agotador. Cada paso era una lucha contra el terreno traicionero y el frío implacable. Desde mi posición sobre Draluz, podía ver cómo la columna de soldados serpenteaba penosamente por el paisaje blanco.

Decidí descender nuevamente, sintiendo la necesidad de estar junto a mis hombres en este momento de adversidad. Draluz aterrizó con un crujido sordo, sus garras se hundieron profundamente en la nieve. Desmonté, sintiendo inmediatamente cómo el frío se colaba a través de las juntas de mi armadura.

—Majestad —saludó un joven soldado—. ¿Cuánto falta para llegar al punto de encuentro?

Estudié el horizonte, intentando orientarme en medio de la ventisca. Las marcas familiares del terreno estaban ocultas bajo la nieve, dificultando cualquier estimación precisa.

—No mucho más —respondí, esperando sonar más seguro de lo que me sentía—. Mantén la moral alta entre tus compañeros. Cada paso nos acerca más a nuestro destino.

El soldado asintió obedeciéndome. Mientras se alejaba para transmitir el mensaje, no pude evitar admirar la resiliencia de mis hombres. Estaban marchando hacia una batalla incierta, en condiciones extremas, y aun así mantenían la cabeza alta.

Comencé a caminar junto a las tropas. El metal de mi armadura tintineaba suavemente. A mi alrededor, los soldados me miraban con sorpresa y respeto. No era común que un rey marchara hombro con hombro con sus tropas.

—¿Cómo van las provisiones? —pregunté a un sargento que pasaba cerca.

—Escasas, pero suficientes, Majestad. El frío está haciendo que los hombres consuman más de lo habitual para mantener el calor.

Asentí, consciente de este desafío adicional. El frío no solo dificultaba nuestro avance, sino que también amenazaba con agotar nuestros recursos más rápidamente de lo previsto.

—Asegúrate de que se racionen adecuadamente —ordené—. No sabemos cuánto durará esta campaña.

Mientras continuaba mi recorrido entre las filas, mis pensamientos volvieron inevitablemente a Nefely. ¿Qué estaría haciendo en este momento? ¿Seguiría furiosa conmigo por haberla dejado atrás? La imaginé en su habitación, quizás mirando por la ventana hacia la tormenta, sus manos inquietas deseando estar aquí, curando y ayudando.

Un grito repentino me sacó de mis cavilaciones. Más adelante, un soldado había resbalado en un parche de hielo oculto bajo la nieve, cayendo pesadamente. Corrí hacia él, llegando justo cuando sus compañeros lo ayudaban a levantarse.

—¿Estás herido? —pregunté, examinando al hombre con preocupación.

—Solo mi orgullo, Majestad —respondió con una sonrisa forzada, aunque pude ver que cojeaba ligeramente.

En ese momento, sentí la ausencia de Nefely más que nunca. Ella habría sabido exactamente qué hacer, qué hierba usar para aliviar el dolor y prevenir la inflamación. En su lugar, solo pude ofrecer palabras de aliento y la promesa de que nuestros sanadores lo revisarían en cuanto fuera posible.

El día avanzaba lentamente, el sol apenas era visible a través de las nubes cargadas de nieve. La luz grisácea daba al paisaje un aspecto fantasmal, como si estuviéramos marchando a través de un mundo de sueños. El frío se volvía cada vez más intenso a medida que la tarde daba paso al anochecer.

Finalmente, cuando el crepúsculo comenzaba a teñir el cielo de tonos púrpuras y naranjas, llegamos a un claro protegido por una formación rocosa. Era el lugar perfecto para establecer un campamento temporal.

—¡Alto! —ordené—. Acamparemos aquí por esta noche.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió las tropas. Los hombres comenzaron inmediatamente a montar tiendas y encender fogatas, ansiosos por encontrar algo de calor y descanso después de la larga marcha.

Me retiré a mi tienda, sintiendo el peso del día en cada músculo de mi cuerpo. Dentro, a salvo del viento cortante, me permití un momento de

debilidad. Me quité el yelmo, pasando una mano temblorosa por mi cabello empapado de sudor frío.

Mañana nos esperaba otro día de marcha, y más allá, la batalla que decidiría el destino de nuestro reino.

Con un suspiro profundo, me erguí, preparándome para enfrentar lo que viniera. La nieve podía cubrir el camino, el frío podía entumecernos los huesos, pero nada nos podía detener. Y yo, como su rey, debía mantener la esperanza sin importar el costo personal.

Antes de permitirme el descanso que mi cuerpo anhelaba, salí de mi tienda hacia la noche helada. La nieve seguía cayendo, aunque con menos intensidad; los copos danzando suavemente en el aire como plumas blancas.

Me dirigí hacia donde Draluz se había acomodado, en el borde del campamento. Los dragones pequeños estaban cubiertos en una tienda más grande, ellos solo se ocupaban de rastrear y llevarnos por el camino adecuado, nunca se metían en la batalla, eran demasiado pequeños aún.

La encontré acurrucada sobre sí misma, sus alas estaban plegadas firmemente contra su cuerpo para conservar el calor. A pesar de su naturaleza de sangre caliente, era evidente que el frío intenso la afectaba. Su cabeza se alzó al sentir mi aproximación.

—Ey, chica —murmuré, acercándome a ella con la mano extendida—.

¿Cómo estás llevando este frío?

Draluz emitió un sonido lastimero, algo entre un gruñido y un gemido. Era un sonido que rara vez le había escuchado, y me partió el corazón. Me acerqué más, apoyando mi mano en su hocico. Su piel, normalmente cálida al tacto, se sentía fría y áspera.

—Lo sé, lo sé —dije, acariciando suavemente sus escamas—. Este clima es terrible incluso para ti, ¿verdad?

Otro gemido, esta vez más prolongado y doloroso. Draluz movió su cola inquietamente, golpeando la nieve a su alrededor. Era evidente que estaba incómoda, y no solo por el frío.

—¿Qué pasa, chica? —pregunté, preocupado—. ¿Es algo más que el frío?

Como respuesta, Draluz giró su cabeza hacia el horizonte, en la dirección de donde habíamos venido. Hacia el castillo. Hacia donde habíamos dejado a Estros.

No era solo el clima lo que la afectaba; estaba extrañando a Estros. Un dragón enamorado, necesitaba su otro vínculo para no caer en la tristeza, lo sabía.

—Oh, Draluz —suspiré, apoyando mi frente contra su cuello—. Lo echas de menos, ¿verdad?

Un suave ronroneo fue su respuesta, un sonido que parecía vibrar a través de todo su cuerpo.

—Te prometo que volveremos. Ganaremos esta batalla y regresaremos al castillo. Volverás a ver a Estros antes de que te des cuenta.

Draluz movió su cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Pude ver en ellos tristeza y anhelo, reflejaban mis propios sentimientos.

—Sé que es duro —continué, mis manos nunca dejaron de acariciar sus escamas—. Créeme, lo entiendo mejor que nadie. Yo también dejé atrás a alguien que amo.

Al mencionar esto, sentí cómo Draluz se tensaba ligeramente. Era como si entendiera, como si pudiera sentir mi propio dolor mezclándose con el suyo.

—Pero tenemos que ser fuertes, ¿de acuerdo? —dije, infundiendo toda la confianza que pude en mi voz—. Por ellos. Por Estros, por Nefely, por todos los que dejamos en casa. Tenemos que ganar esta batalla para poder volver con ellos.

Draluz emitió un suave rugido, como si estuviera de acuerdo con mis palabras. Sentí cómo se relajaba.

—Eso es, chica —sonreí, sintiendo un destello de esperanza en medio del frío—. Cuando volvamos, podrás volar con Estros todo lo que quieras. Y

quién sabe, tal vez incluso... —me detuve—. Tal vez incluso puedan tener sus propios huevos.

Ante la mención de los huevos, Draluz alzó su cabeza, sus ojos brillaron con interés. Solté una risa suave, la primera en lo que parecían días.

—Sí, imagínalo —continué, dejando que mi imaginación volara—. Lo que tú quieras mi feroz dragona, pero debes de confiar en mí y prepararte para mañana. Va a ser duro.

Me quedé allí por un largo rato, compartiendo el calor de Draluz, murmurando promesas de un futuro mejor. Poco a poco, sentí cómo

se relajaba completamente, su respiración se volvió más profunda y regular.

—Descansa ahora —dije finalmente, dando un último apretón cariñoso a su cuello—. Mañana nos espera otro largo día.



Alas de desesperación

La desesperación era asfixiante, cada segundo de silencio y soledad solo alimentaba el fuego de mi angustia. Las paredes de la habitación, antes un refugio, ahora se alzaban como los barrotes de una jaula implacable. El sonido de los niños, sus risas y pasos rápidos en los pasillos, llegaba a mis oídos. Quería llamarlos, suplicarles que me hablaran, que me dieran aunque fuera un atisbo de conexión con el mundo exterior. Pero sabía que les habían prohibido acercarse, otra barrera más entre yo y la libertad.

Quizás nunca había dejado de ser una prisionera. El tiempo que había pasado en el castillo, los momentos de aparente libertad y aceptación,

¿habían sido solo una ilusión? La confianza que creía haber construido, los lazos que pensaba haber forjado, ¿eran tan frágiles que podían romperse con una simple orden real?

Las horas se pasaban con demasiada rapidez. Mis pasos trazaban patrones invisibles en el suelo. Contaba las baldosas, memorizaba las

grietas en las paredes, cualquier cosa para mantener mi mente ocupada y alejada del abismo de la desesperación.

Fue cuando la noche cayó, cuando el dolor me atravesó con una intensidad que desafiaba toda descripción. Comenzó en mis ojos, una agonía punzante que rápidamente se extendió hacia la marca de la Alisma en mi pecho y luego envolvió mi cabeza en un tormento indescriptible. El frío, ese heraldo de mis visiones, se apoderó de mí con una ferocidad que me robó el aliento.

Caí al suelo, incapaz de mantenerme en pie ante el ataque. Mis manos se aferraron a mi cabeza, como si pudiera contener físicamente el tormento que amenazaba con partirme en dos. Quería gritar, pero el sonido quedó atrapado en mi garganta, convirtiéndose en un gemido ahogado que resonó en la habitación.

Entonces, como un relámpago en la noche más oscura, la visión se desplegó ante mis ojos.

El campo de batalla se materializó con una claridad aterradora. La planicie yacía bajo un manto de nieve y hielo. Los árboles que la rodeaban se alzaban como centinelas silenciosos, sus ramas desnudas extendidas hacia un cielo gris y amenazante. El río, congelado en su cauce, brillaba como un espejo roto bajo la luz mortecina.

En medio de este paisaje desolado, la batalla rugía con una ferocidad que helaba la sangre. Los guardias de Aeran se movían con desesperación, sus armaduras estaban manchadas de sangre y nieve. Pero por cada soldado de Aeran, había dos de Gélidia, una marea imparable de acero y furia que amenazaba con engullirlo todo.

Mis ojos buscaron frenéticamente a Aeran entre el caos, encontrándolo finalmente sobre Draluz. La dragona, normalmente majestuosa y poderosa, mostraba signos evidentes de agotamiento. Sus alas se batían con menos fuerza, su vuelo era errático. Y fue en

ese momento de debilidad cuando el destino mostró su rostro más cruel.

Las flechas surcaron el aire como aves de mal agüero, encontrando su blanco en el cuerpo fatigado de Draluz. Vi con horror cómo la sangre, roja y caliente, comenzaba a brotar de sus heridas, tiñendo la nieve. El rugido de dolor que emitió al caer resonó en mis huesos, un sonido que sabía que me perseguiría en mis pesadillas.

Aeran, mi Aeran, que estaba aferrado a la espalda de Draluz, fue sacudido violentamente por el impacto. Sus manos, desesperadas, intentaron mantener el agarre sobre las escamas de la dragona, pero fue en vano. Lo vi desprenderse del lomo de su compañera y caer, rodando por el aire.

Se golpeó contra el suelo con un ruido sordo que me heló la sangre. Por un momento interminable, permaneció inmóvil sobre la nieve teñida de rojo.

Luego, con una fuerza nacida de la desesperación y la furia, se levantó tambaleante. La desesperación dio paso a una ira ciega, y lo vi lanzarse hacia las líneas enemigas con un grito de guerra que desgarró el aire helado.

Quería gritar, advertirle, pero estaba atrapada en mi papel de observadora impotente. En ese momento, que pareció durar una eternidad, vi cómo uno de los enemigos aprovechaba el descuido de Aeran.

El atacante, con un movimiento rápido, levantó su espada. El metal brilló por un instante bajo la luz del día antes de que la hoja se clavara en el pecho de Aeran. El ruido de la espada penetrando carne y hueso llegó a mis oídos con una nitidez espeluznante.

Aeran se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el dolor. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido, solo un hilo de sangre que bajó por su barbilla.

El dolor que sentí al ver la espada hundida en su pecho fue tan intenso que por un momento pensé que me habían herido a mí. Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas mientras veía cómo la vida se escapaba del hombre que amaba.

El enemigo sacó la espada de un tirón, y Aeran cayó de rodillas, apretando la herida con la mano. Con cada latido, más sangre salía entre sus dedos, tiñendo la nieve a su alrededor. Y yo, paralizada por el horror, solo podía ver cómo la vida abandonaba poco a poco el cuerpo de Aeran.

La visión se desvaneció tan abruptamente como había llegado, dejándome jadeante y temblorosa en el suelo. El eco del dolor aún reverberaba en mi pecho.

Me incorporé desesperada y con las piernas temblorosas. No podía permitir que esa visión se hiciera realidad. No podía perderlo, no así, no cuando había tanto por decir, tanto por vivir.

Me lancé hacia la puerta, mis puños golpeando la madera con una fuerza que no sabía que tenía.

—¡Por favor! —supliqué—. ¡Tienes que dejarme salir!

—No puedo dejarte salir, lo lamento —respondió el guardia al otro lado.

—¡Deberías! —insistí—. El rey está en peligro. Si no salgo... si no salgo, morirá. —La última palabra salió como un sollozo.

—Mientes —respondió el guardia, pero pude detectar una nota de duda en su voz.

—¡No miento! —grité—. ¡Jamás mentiría sobre algo así!

Golpeé la puerta una vez más, la madera crujió bajo mis puños.

Una idea apareció en mi mente.

—Déjame mandar a Estros —supliqué—. Me obedece, puedo enviarlo.

Puede llegar a tiempo, puede salvarlos.

El silencio que siguió fue ensordecedor, cargado de duda y posibilidad.

—¡Es lo que Aeran hubiera querido! —grité, jugando mi última carta —. ¡Si le pasa algo y sabe que no me dejasteis ayudarlo, lo pagarás caro!

Los segundos se estiraron, cada uno una eternidad de angustia. Y entonces, como un milagro, escuché el sonido de las llaves girando en la cerradura.

Cogí el zurrón rescatando lo que tenía de medicinas.

No esperé a que la puerta se abriera completamente. Con agilidad, me lancé hacia el pasillo, el zurrón golpeaba mi cadera mientras corría. No miré atrás, no me detuve a pensar en las consecuencias. El castigo que podría

esperarme si fallaba palidecía en comparación con el destino que había visto en mi visión. Solo sabía que tenía que llegar a Estros, era la única esperanza que me quedaba para salvar a Aeran.

Con las botas en mis pies, que me había logrado calzar rápidamente en mi carrera, me dirigí directa a la explanada. El cuero crujía con cada paso que daba, chillando. La noche era fría, y el aliento se condensaba frente a mí en pequeñas nubes que se desvanecían rápidamente.

Estros parecía estar esperándome, como si de alguna manera hubiera presentido mi llegada y la urgencia de la situación. Sus ojos me siguieron mientras me acercaba. Un gruñido bajo emanaba de su garganta, llamándome, suplicándome.

Pero sabía que no era suficiente. La visión de Aeran cayendo en batalla, de Draluz herida, me atormentaba. Necesitaba más que solo la ayuda de Estros si quería cambiar ese futuro terrible.

Volví al patio de entrenamiento, pensando. El lugar estaba desierto, las armas relucían tenuemente bajo la luz de la luna. Rebusqué entre el arsenal que había, mis manos se movieron con urgencia. Finalmente, me hice con un arco. Lo acompañé con una funda llena de flechas listas para mí.

Además de una daga pequeña, pero mortalmente afilada. La guardé en el bolsillo de mi pantalón. Su peso era reconfortante, un último recurso si todo lo demás fallaba.

Armada y preparada, regresé junto a Estros. El dragón se movía nerviosamente, sus enormes alas se agitaban con impaciencia, como una polilla. Sus gruñidos al aire nocturno eran como una canción de guerra, un preludio al vuelo desesperado que nos esperaba.

—Nefy... —susurró una voz a mi espalda, sobresaltándome.

Me giré lentamente, reconociendo la voz incluso antes de ver su rostro. Era Avery. Sus ojos me miraban con miedo.

—¿A dónde vas? —preguntó, aunque por su tono, sospechaba que ya conocía la respuesta—. ¿Te vas?

—Necesito... Tengo que ir —respondí, las palabras saliendo entrecortadas.

—Pero mi hermano...

—Si no voy, tu hermano podría morir.

Vi el miedo florecer en sus ojos, pero también un destello de comprensión.

Avery siempre había sido más perceptiva de lo que la gente creía, y en ese momento, pareció entender la gravedad de la situación.

—Ten cuidado, por favor —dijo finalmente, y luego añadió con voz temblorosa—. Sé que tú y mi hermano discutís a veces, pero... por favor, no nos abandones. Te necesitamos, Nefy. Todos te necesitamos.

Sus palabras me golpearon con fuerza, haciendo que mi seguridad flaqueara por un momento.

—Avery, yo...

—Esta es tu casa, lo sabes, ¿no? —interrumpió, sus ojos buscaron los míos con desesperación—. Pase lo que pase con mi hermano, nos tienes a nosotros. Eres parte de nuestra familia.

Sentí un nudo en la garganta, conmovida por su sinceridad y preocupación.

—Por supuesto que volveré —logré decir finalmente—. Vosotros sois mi familia, Avery. No os abandonaría nunca.

Vi cómo sus hombros se relajaban ligeramente ante mis palabras, aunque la preocupación no abandonó del todo su rostro.

—Prométemelo —insistió—. Prométeme que volverás, pase lo que pase.

—Te lo prometo —respondí—. Volveré a casa, con vosotros.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero ante sus palabras. «Casa».

¿Cuándo este castillo, este lugar que había sido mi prisión, se había convertido en un hogar?

Avery se alejó sin mirarme. Le costaba mucho dar afecto, lo sabía, pero cuando lo hacía era mágico, como decía Kieran. Las palabras del

pequeño dragón resonaron en mi mente, recordándome la dulzura oculta de Avery y cómo los niños a menudo veían lo que los adultos pasábamos por alto.

Me acerqué a Estros, que me esperaba con una impaciencia casi palpable.

—Vale, no nos llevamos bien, lo sé, pero... —comencé, sin saber realmente cómo comunicarme con esta criatura.

Para mi sorpresa, Estros se dejó caer al suelo, ofreciéndome su lomo. El mensaje era claro: era hora de irnos.

Con un temor reverencial, comencé a trepar por su espalda. Cada movimiento era un desafío, la textura de sus escamas tan diferente a cualquier cosa que hubiera tocado antes. Finalmente, alcancé la silla, un asiento de cuero que claramente no había sido diseñado para mí.

Me senté, inmediatamente consciente de que la silla era incómoda. Porque claramente, no era para mí. Era demasiado grande, diseñada para alguien de mayor estatura y complexión. Mis pies apenas alcanzaban los estribos, y tuve que ajustar las correas al máximo para sentirme mínimamente segura.

Pasé el cinturón alrededor de mi cintura, consciente de que esta precaria situación era resultado de mi terquedad al negarme a practicar con Aeran.

Cuánto lamentaba ahora esos momentos perdidos, esas lecciones rechazadas por puro orgullo.

—Estros... —musité, mi voz apenas audible sobre el rugido del viento nocturno.

E inmediatamente se puso de pie, el movimiento brusco envió una descarga de adrenalina por todo mi cuerpo. La sensación de estar tan alto, sobre una criatura tan poderosa, era aterradora y emocionante.

—Estoy lista, Estros —declaré—. No sé qué más tengo que decirte o... No lo sé, lo lamento.

Sin más preámbulo, Estros comenzó a correr hacia el acantilado. Sus patas golpeaban el suelo con una fuerza que hacía temblar la tierra, cada paso nos acercaba más al borde. Mi corazón latía con tanta fuerza que temía que pudiera salirse de mi pecho.

Justo al llegar al borde se lanzó, y por un terrible segundo, sentí cómo mi estómago se retorcía, la sensación de caída libre me robó el aliento. Pero antes de que el pánico pudiera apoderarse de mí, sus enormes alas se abrieron para surcar el cielo estrellado. El aire se llenó con el sonido del cuero batiendo contra el viento, y de repente, ya no caíamos. Volábamos.

El cielo nocturno se extendía ante nosotros, un manto de terciopelo negro salpicado de estrellas. La luna, una media luna perfecta, bañaba el mundo con su luz plateada, convirtiendo el paisaje bajo nosotros en un reino de sombras.

La batalla comenzaría al amanecer, llegaríamos justo a tiempo. Cada batir de las alas de Estros nos acercaba más a Aeran, más a la posibilidad de cambiar el destino que había visto en mi visión. El viento azotaba mi rostro, el frío mordía mi piel, pero no me importaba. Cada segundo que pasaba era un segundo más cerca de Aeran, un segundo más cerca de cambiar el futuro.



Últimos latidos por el fuego

Los primeros rayos de sol comenzaban a asomarse en el horizonte. El viento gélido azotaba mi rostro sin piedad, mientras surcábamos el aire a gran altura. Mis manos, entumecidas por el frío, se aferraban con fuerza a las riendas de Estros. A pesar del frío que hería mi piel, podía sentir el calor emanando del cuerpo del dragón. De vez en cuando, Estros giraba su largo cuello para mirarme con sus ojos, emitiendo un ronroneo grave que reverberaba a través de su cuerpo.

En esos momentos, percibía cómo la temperatura de sus escamas aumentaba sutilmente, como si intentara reconfortarme. Era un fenómeno fascinante y desconcertante a la vez.

Mi cuerpo era un mapa de dolor tras la noche entera sobre Estros. Mis muslos estaban en carne viva pese a los pantalones reforzados, sangrando por la fricción constante contra las escamas duras y la silla fría. Mi columna parecía romperse con cada movimiento. Mis hombros, tensos y agarrotados, apenas me respondían. La cabeza me palpitaba, tenía un golpeteo incesante detrás de los ojos. La mandíbula me dolía de tanto apretar los dientes contra el frío. Cada respiración era una puñalada en mis pulmones congelados. Mis dedos, hinchados y rígidos, se negaban a soltarse de las riendas. El

estómago se me retorcía, vacío y nauseabundo. A pesar del agotamiento que me nublaba la mente, mis sentidos permanecían alerta, forzados por la proximidad del combate.

Mientras ascendíamos más alto, buscando una mejor visión del terreno que se extendía bajo nosotros, el silencio del amanecer fue roto por los primeros sonidos de la batalla. Al principio, eran apenas audibles, un murmullo lejano que se mezclaba con el silbido del viento. Pero a medida que nos acercábamos, los sonidos se volvían más claros, más definidos, y mucho más aterradores.

El choque metálico de las espadas resonaba en el aire, un clamor discordante que hablaba de violencia y desesperación. Podía escuchar

los gritos de los hombres, algunos de furia, otros de dolor. Creaban una cacofonía que hacía que mi sangre se helara. El retumbar de los cascos de los caballos sobre la tierra congelada se mezclaba con el crujir de la nieve bajo los pies de los soldados, creando un ritmo frenético que parecía marcar el pulso de la batalla misma.

Desde nuestra posición elevada, la escena que se desplegaba ante mis ojos era a la vez fascinante y horripilante. El campo de batalla se extendía como un tapiz macabro, manchas de color moviéndose en un caos aparente sobre el lienzo blanco de la nieve. Podía distinguir los estandartes de Dragio ondeando valientemente en medio de la batalla. Las banderas de Gélidia se alzaban como sombras amenazantes, su azul oscuro casi negro, contra el blanco del terreno nevado.

Los ejércitos se entremezclaban en un baile mortal, las líneas de batalla se desdibujaban en el fragor del combate. Aquí y allá, podía ver pequeños grupos de soldados luchando ferozmente, sus armas destellaban bajo la luz del amanecer. La nieve, antes inmaculada, ahora estaba teñida de rojo en muchos lugares.

En medio de ese caos, mis ojos buscaban frenéticamente una figura en particular. Y entonces, como respondiendo a mi desesperación, la vi. Draluz se alzaba majestuosa sobre el campo de batalla, sus escamas plateadas reflejaban la luz del sol como un faro de esperanza. Sobre ella, apenas visible desde esta distancia, pero inconfundible para mí, estaba Aeran.

Al verlos, sentí cómo mi corazón daba un vuelco. Estaban vivos, luchando, y mi visión aún no se había cumplido. Todavía había esperanza.

En ese instante, Estros, al reconocer a su compañera dragona, lanzó un rugido tan potente que pareció sacudir los cimientos mismos del cielo. El sonido, primitivo y sobrecogedor, reverberó por todo el campo, provocando que numerosos combatientes interrumpieran

momentáneamente su lucha, alzando sus rostros hacia nosotros con asombro y temor.

Draluz respondió al llamado de Estros con su propio bramido, sus rugidos se entrelazaron en una melodía que hablaba de poder, unión y algo más profundo que las palabras humanas no podían expresar. Fue entonces cuando Aeran, como si una fuerza invisible tirara de él, elevó su mirada hacia el cielo.

A pesar de la distancia que nos separaba, pude distinguir cómo sus ojos se dilataban por la sorpresa, aunque rápidamente cambió a una furia ardiente.

Creí escuchar mi nombre escapar de sus labios, seguido de una maldición que se perdió en el viento. Sin perder un instante, Aeran desmontó de Draluz con agilidad. La dragona, liberada de su jinete, abrió sus fauces y desató un torrente de fuego sobre las filas enemigas, convirtiendo el campo nevado en un infierno ardiente. Acto seguido, se elevó para continuar su ataque desde las alturas.

Inspirada por la táctica de Draluz, me volví hacia Estros.

—Estros... ¿Puedes hacer lo mismo? —pregunté, esperando que de alguna manera pudiera comprender mi intención.

Como respuesta, Estros se acercó al flanco enemigo, manteniendo una distancia prudente para que su aliento de fuego alcanzara a las tropas de Gélidia. Con decisión, tomé el arco de mi espalda. Mis dedos, ya adoloridos por el frío, se movían mecánicamente, tensando la cuerda y soltando flechas mientras Estros trazaba un camino de destrucción entre las filas enemigas.

Cada vez que Estros exhalaba su fuego, una oleada de calor abrasador me envolvía. Las llamas parecían lamer mi piel, causando un dolor agudo y punzante en mis manos y rostro. El aire gélido y el calor repentino hacía

que mi piel se resintiera, formando ampollas al instante. Mis dedos, ya quemados, se aferraban al arco con dificultad, cada movimiento era una tortura.

Me agarraba con las piernas al cuerpo del dragón con desesperación, mis músculos temblaban por el esfuerzo y el dolor. Cada sacudida de Estros era una nueva agonía, mi cuerpo se deslizaba peligrosamente sobre la silla caliente —la cual no estaba preparada para esto—, y añadían nuevas quemaduras a mis piernas. Me resbalaba constantemente, y aunque Estros intentaba mantenerse estable, cada uno de sus movimientos solo multiplicaba mi sufrimiento.

De repente, Draluz se acercó, su gruñido sonó como una amenaza. Estros reaccionó intensificando su ataque, su fuego nació con más fuerza. El calor se volvió insoportable, la piel de mi rostro se sentía tirante y ardiente, me lloraban los ojos por el humo y el dolor. Mis manos, ahora gravemente quemadas, apenas podían sostener el arco. A través de la visión borrosa por las lágrimas, vi a Draluz descender, llevando a Aeran de vuelta al caos de la batalla terrestre, mientras yo luchaba por mantener la consciencia en medio de un tormento que parecía no tener fin.

Mis manos no cesaban en su labor, cada flecha encontrando su blanco con una precisión que me recordaba las largas horas de caza en el bosque junto a mi padre. En ese momento, sentí una oleada de gratitud hacia él y las habilidades que me había inculcado, habilidades que ahora podrían marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Sin embargo, el dolor era insoportable. Mis dedos, en carne viva por las quemaduras, sangraban al rozar la cuerda del arco.

Cuando mis dedos buscaron otra flecha y encontraron el carcaj vacío, una oleada de pánico me invadió. Sin munición, nuestra ventaja aérea se veía severamente comprometida. Tomando una decisión en una fracción de segundo, aferré las riendas de Estros, ignorando el dolor lacerante que me provocó el contacto con el cuero. Dirigí al dragón directamente hacia el corazón de las fuerzas de Gélidia,

consciente de que cada movimiento abría más las heridas de mis manos y brazos.

—Estros —susurré, mi voz apenas audible sobre el rugido del viento y la batalla.

El dragón, como si pudiera leer mis pensamientos, descendió en picado, desatando un infierno sobre nuestros enemigos. El fuego de Estros parecía tener vida propia, explotando al contacto con el suelo nevado y creando una cortina de vapor y humo que envolvía todo a nuestro paso incluida a mí.

Fue en ese momento, absorta en la destrucción que estábamos sembrando, y ciega a los peligros que nos rodeaban debido a mi inexperiencia en el arte de la guerra, cuando el ataque llegó. Una lluvia de flechas se elevó desde las líneas enemigas, silbando amenazadoramente a nuestro alrededor.

Milagrosamente, Estros salió ileso, pero sentí un impacto sordo en mi pecho. Bajé la mirada para encontrar una flecha clavada en mi armadura.

Por un instante aterrador, pensé que la flecha había penetrado, que este sería mi fin. Pero al arrancarla con un tirón brusco, me di cuenta de que la armadura había cumplido su propósito, dejándome ilesa. El alivio que sentí fue efímero, rápidamente reemplazado por una nueva oleada de adrenalina.

—¡Estros! —grité. Mis manos se aferraron al asiento con una fuerza nacida de la desesperación, consciente de que un solo error, un momento de descuido, podría significar una caída fatal.

El dragón respondió a mi llamado con un rugido ensordecedor, elevándose aún más en el cielo. Desde la nueva altura, pude apreciar la magnitud total de la batalla que se desarrollaba bajo nosotros. El campo de guerra se extendía como un tapiz macabro, manchas de colores se movían en un caos.

Los estandartes de Dragio y Gélidia se mezclaban en una danza mortal, el plateado y el azul oscuro fundiéndose y separándose como las olas de un mar turbulento.

Mientras Estros planeaba, buscando el siguiente punto de ataque, mis ojos escrutaban frenéticamente el terreno, buscando a Aeran. Lo encontré finalmente, su figura destacaba en medio del caos, su espada brillaba bajo el sol naciente mientras se abría paso entre las filas enemigas. Incluso desde esta distancia, pude percibir la ferocidad en sus movimientos, la valentía en cada golpe.

Un grito de advertencia se formó en mi garganta al ver a un grupo de soldados de Gélidia convergiendo hacia su posición, pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, Draluz apareció como un relámpago plateado, su fuego creó una barrera protectora alrededor de Aeran.

Dirigí a Estros de vuelta hacia la batalla. Ya no tenía flechas, pero aún podíamos hacer algo. El fuego de un dragón era un arma formidable, y estaba decidida a utilizarla hasta el último aliento para proteger a Aeran, para cambiar el destino que había vislumbrado en mis visiones.

Estros se lanzó hacia las líneas enemigas, sus alas cortaban el aire gélido con un silbido agudo. Cada movimiento del dragón bajo mi cuerpo era una prueba de equilibrio y voluntad.

—¡Ahora, Estros! —grité cuando estuvimos lo suficientemente cerca.

El dragón abrió sus fauces, enormes y aterradoras, y una llamarada ardiente brotó de su garganta como la ira de un dios. El fuego, brillante y voraz, convirtió la nieve en vapor en un instante, creando una neblina fantasmal que envolvió el campo de batalla. Los soldados de Gélidia chillaron de terror, sus gritos desgarradores se elevaban sobre el rugido de las llamas.

Algunos, envueltos en fuego, se retorcían en una danza macabra, mientras otros huían despavoridos ante nuestro ataque aéreo, sus figuras diminutas se espacian como hormigas bajo el sol.

Desde las alturas, mi mirada recorrió frenéticamente el caos bajo nosotros hasta que divisé a Aeran nuevamente. Mi corazón dio un vuelco al verlo; una combinación de alivio y temor se formó en mi garganta. Se movía como un torbellino. Cada uno de sus movimientos era preciso, letal, la personificación de años de entrenamiento y el peso de una corona que nunca descansaba. Pero por cada enemigo que derribaba, dos más tomaban su lugar.

El corazón se me encogió al verlo rodeado, superado en número, su armadura manchada de sangre —propia y ajena— con el reflejo de un amanecer que no parecía tener fin. La visión que me había atormentado amenazaba con hacerse realidad frente a mis ojos, y el miedo se apoderó de mí.

—¡Tenemos que ayudarlo! —le grité a Estros, inclinándome sobre su cuello escamoso, mis dedos se aferraron desesperadamente a las riendas, aunque no podía evitar quejarme por el dolor de las quemaduras y el arco.

El dragón pareció entender la urgencia en mi voz. Con un rugido que sacudió el aire a nuestro alrededor, giró bruscamente hacia la posición de Aeran. Descendimos en espiral, el viento aullaba en mis oídos como un lamento furioso, azotando mi rostro y arrancando lágrimas de mis ojos. A medida que nos acercábamos, pude ver el rostro de Aeran con mayor claridad, estaba agotado, y eso me partió el alma.

Estros se ocupó de todo aquel que se atreviera a molestar a Aeran, su fuego creó un círculo de protección alrededor del rey. El calor de las llamas era tan intenso que seguía sintiéndolo en mi piel, en mi carne.

Volvimos a las alturas y pude ver que la batalla estaba cambiando a nuestro favor. Ya no quedaban casi soldados de Gélidia, el ejército de Dragio estaba acabando con los últimos reductos de resistencia. Una chispa de esperanza se encendió en mi pecho, la posibilidad de la victoria finalmente estaba al alcance de nuestras manos.

Pero el destino, cruel e implacable, tenía otros planes. Estros se movió con violencia hacia la línea que aún quedaba apartada, su instinto de batalla se sobrepuso a mi control.

—¡Estros, no! —chillé con pánico.

Fue demasiado tarde. Las flechas volaron hacia nosotros en una nube mortal. El tiempo pareció ralentizarse mientras observaba, impotente, cómo los proyectiles se acercaban. Estros intentó esquivarlas, pero algunas fueron inevitables y se clavaron en sus escamas con un sonido sordo de dolor que me heló la sangre.

Aquello hizo que el dragón se sacudiera violentamente, fue un espasmo que recorrió todo su cuerpo como una onda expansiva, sé que no fue a propósito, jamás haría daño a su jinete. Pero en ese instante terrible, sentí cómo el cinturón que me mantenía segura en su lomo cedía, rompiéndose con un chasquido que sonó como una sentencia de muerte.

El mundo se inclinó bajo mis pies, y antes de que pudiera comprender plenamente lo que estaba sucediendo, me encontré cayendo al vacío. El aire silbaba a mi alrededor, arrancándome el aliento de los pulmones. Los gritos de batalla, el rugido de los dragones, todo se desvaneció en un zumbido distante mientras caía.

Era como si el viento me hiciera ir más lento, como si todo a mi alrededor dejara de existir. El tiempo se estiró, cada segundo era una eternidad de terror y asombro. Vi el cielo alejarse, un manto azul salpicado de nubes que parecía burlarse de mi impotencia. Y entonces, con horror, me di cuenta de hacia dónde me dirigía: el

lago, el río congelado que serpenteaba a través del campo de batalla como una cicatriz helada.

Escuché mi nombre aullado en la distancia, la voz de Aeran gritó con terror, un miedo que nunca antes había oído en él. ¿O era mi imaginación, jugándome una última broma cruel antes del final?

El impacto fue devastador. Mi cuerpo se estrelló contra la superficie helada con una fuerza brutal. El hielo, aparentemente sólido, cedió bajo mi peso con un estruendo ensordecedor. La capa congelada se fracturó en miles de fragmentos, algunos tan grandes como mi puño, otros tan finos como agujas. Estos trozos de hielo se convirtieron en armas, lacerando mi piel y clavándose en mi carne. Sentí cómo se hundían en mis brazos, torso y piernas, abriendo heridas profundas que ardían con el contacto del agua helada.

Me golpeé la cabeza contra el borde irregular del hielo roto. El impacto resonó a través de mi cráneo con una intensidad abrumadora. Una explosión de dolor agudo y pulsante se extendió hacia mis sienes y nuca.

La fuerza del golpe hizo que mis dientes chocaran violentamente. En ese instante, mi lengua quedó atrapada entre ellos. Sentí cómo la carne se desgarraba, un dolor agudo y nauseabundo me hizo jadear involuntariamente. La sangre brotó inmediatamente inundando mi boca.

Me hundí en el hueco que había formado, el agua helada se cerró sobre mi cabeza. La corriente me arrastró sin piedad bajo la capa de hielo, negándome cualquier posibilidad de escape. Luché con todas mis fuerzas,

con mis brazos y piernas golpeé frenéticamente el hielo. Arañé desesperadamente la superficie congelada sobre mí, las uñas se me rompían y sangraban. El pánico crecía en mi pecho con cada segundo que pasaba.

Mis pulmones ardían, exigiendo aire. Seguí luchando, golpeando el hielo con los puños, sintiendo cómo mis nudillos se desollaban con cada impacto.

La desesperación me consumía mientras buscaba frenéticamente una burbuja de aire, por pequeña que fuera.

Mis movimientos se volvieron más lentos, más débiles. El frío entumecía mis extremidades, y la falta de oxígeno nublaba mi mente. En un último intento desesperado, golpeé el hielo con toda la fuerza que me quedaba. Fue entonces cuando sucedió: mi cuerpo, traicionando mi voluntad, aspiró involuntariamente.

El agua helada invadió mis pulmones como si tragase cuchillas afiladas. El dolor fue indescriptible. Tosí y me retorcí violentamente, pero solo logré tragar más agua. El pánico se apoderó por completo de mí, cada fibra de mi ser gritaba en agonía mientras sentía cómo la vida se me escapaba.

El mundo se desmoronaba a mi alrededor, cada color se diluía en un gris implacable. El frío del río me atravesaba, no solo la piel, sino el alma misma. Cada latido de mi corazón era un grito silencioso, una despedida brutal que resonaba en mis huesos.

Aeran. Su nombre era fuego en mis labios helados. Lo veía con una claridad dolorosa: su rostro contorsionado por la angustia cuando me vio en la batalla. Sus ojos, dos pozos de desesperación, suplicándome que me quedara. Pero él no entendía. No podía entender que mi muerte era el precio de su vida. Aunque yo tampoco lo sabía entonces.

La batalla rugía a lo lejos, pero aquí, en las aguas que serían mi tumba, solo existía el silencio. Un silencio ensordecedor que gritaba todas las palabras que nunca le dije, todos los «te amo» que se quedaron atrapados en mi garganta. Porque jamás fui lo suficientemente valiente para decírselo yo. Le temía menos a la muerte, que a quererle. Y ahora, mientras la vida se me escapa,

comprendía la cruel ironía: me atreví a morir por él, pero nunca a vivir plenamente a su lado.

La ironía me habría hecho reír si hubiera tenido fuerzas. Siempre supe que moriría así, pero el saberlo no aliviaba el dolor. No mitigaba el peso aplastante del futuro que nunca tendríamos.

Mi visión se nublaba, pero en la penumbra creí ver su rostro una última vez.

Quise alzar la mano, tocarlo, decirle que lo sentía. Que lo amaba más allá de la razón, más allá de la muerte. Que cada latido de mi corazón, hasta el último, le pertenecía a él.

El frío se intensificó, una daga de hielo que penetraba hasta mi médula. Mi corazón, ese traidor incansable, dio un último latido desesperado antes de rendirse. Y en ese instante final, cuando la oscuridad me engullía, un pensamiento ardió con la intensidad de mil soles:

«Te amé con la furia de mil tormentas, Aeran. Vive. Vive, maldita sea, aunque sea solo para odiarme por haberte abandonado, por haberte desobedecido».

La muerte me arrastró a sus profundidades, lejos de batallas y promesas rotas. Lejos de él. Y en ese vacío infinito, mi amor por Aeran brillaba como una estrella solitaria en la noche más oscura.

queda un capitulo😱



Mi reina de Dragio

El tiempo en batalla se estiraba como una cuerda tensada al límite, cada segundo un tormento interminable. Mis manos, antaño firmes y seguras, ahora temblaban bajo el peso de mi espada, el metal antes familiar se volvió un lastre insoportable con cada golpe asestado. Los músculos de mis brazos ardían, protestando contra el esfuerzo sobrehumano al que los sometía.

Draluz, rugía de agotamiento. Sus alas, poderosas y gráciles, ahora se batían con desesperación contra el aire cargado de muerte y dolor. Su respiración, pesada y entrecortada, se mezclaba con los gritos de batalla y el choque metálico de las armas, creando una sinfonía macabra que resonaba en mis oídos.

A pesar de nuestros esfuerzos titánicos, parecía que no avanzábamos en absoluto. Por cada enemigo que caía bajo mi espada, dos más tomaban su lugar: una hidra interminable de acero y furia. El campo de batalla se extendía ante mis ojos como un mar embravecido, las olas de combatientes chocando y retrocediendo en un baile mortal que parecía no tener fin.

Sentí el mordisco del acero enemigo en mi carne, los golpes de los guerreros de Gélidia encontrando los puntos débiles de mi armadura. Cada

impacto era como un relámpago de dolor que recorría mi cuerpo, recordándome mi propia mortalidad. La sangre, caliente y pegajosa, se mezclaba con el sudor bajo mi armadura, creando una segunda piel.

Mis ojos ardían por el sudor y el polvo levantado por la batalla, pero me negaba a parpadear, temiendo que ese instante de oscuridad fuera suficiente para que la muerte me reclamara. A mi alrededor, veía caer a mis hombres, sus gritos de dolor y súplicas de ayuda se grabaron a fuego en mi memoria.

Su sangre se mezclaba con la mía en el suelo, tiñendo la nieve de un rojo oscuro que hablaba de sacrificio y valor.

Pero no me detuve. No podía detenerme. Cada fibra de mi ser gritaba de agotamiento, suplicando un descanso, un momento de paz. Era más que un rey en ese momento; era la encarnación de la esperanza de mi pueblo, la última línea de defensa contra la oscuridad que amenazaba con engullir todo lo que amaba.

Con un grito que surgió de lo más profundo de mi alma, me lancé de nuevo contra las líneas enemigas. Mi espada, aunque pesada, cantaba en mis manos, encontrando su camino entre las defensas enemigas con precisión.

Draluz, respondiendo a mi grito de batalla, se elevó sobre el campo de guerra. Su fuego, brillante y devastador, creó un camino de destrucción entre las filas de Gélidia, ofreciéndonos un respiro momentáneo, una chispa de esperanza en medio del caos.

Aprovechando esta oportunidad, reuní las últimas reservas de mi fuerza.

Cada paso era una agonía, cada movimiento un desafío a los límites de mi resistencia. Pero seguí adelante, mi espada trazaba arcos mortales en el aire, mi voz se alzaba sobre el fragor de la batalla para inspirar a mis hombres.

—¡Por Dragio! —rugí—. ¡Por nuestro hogar! ¡Por la libertad!

Mis palabras parecieron insuflar nueva vida en nuestras tropas agotadas.

El fragor de la batalla me envolvía, el choque de aceros y los gritos de agonía formaban una cacofonía infernal que amenazaba con consumirlo todo. La sangre, tanto propia como ajena, manchaba mi armadura. Cada

movimiento era una lucha contra el agotamiento que se apoderaba de mis músculos, cada respiración un desafío contra el peso de la derrota que se cernía sobre nosotros.

Fue entonces, en ese momento de desesperación, cuando lo escuché. Un rugido que se elevó por encima del caos, tan poderoso que pareció hacer temblar el mismo cielo. Era un sonido que conocía bien, pero que jamás esperé oír en este campo de muerte: Estros.

Mi corazón dio un vuelco, estaba incrédulo, con miedo y, sorprendentemente, aliviado. Alcé la mirada hacia el cielo, entrecerré mis ojos contra el resplandor del sol naciente, buscando frenéticamente la fuente de aquel rugido. Y entonces la vi, una visión que me robó el aliento y sacudió los cimientos de mi ser.

Nefely, a quien yo había prohibido expresamente venir, cabalgaba sobre el lomo de Estros. Su cabello trenzado ondeaba tras ella como un estandarte de desafío. La armadura que yo mismo había mandado hacer para ella en un acto de protección ahora parecía una cruel ironía.

—¡Nefely! —Su nombre escapó de mis labios—. Por todos los dioses Nefy, como te pase algo...

La vi descender sobre las líneas enemigas, Estros desató un infierno de fuego y destrucción a su paso. Las llamas danzaban a su alrededor, convirtiendo el campo nevado en un mar de vapor y caos.

Sus manos, esas manos que yo había visto curar y consolar, ahora empuñaban un arco con una precisión letal que me dejó boquiabierto. Cada flecha encontraba a su objetivo, sembrando el terror entre las filas de Gélidia que hasta hacía unos momentos nos tenían acorralados.

Una parte de mí quería gritar de alegría, celebrar la llegada de este ángel vengador que estaba cambiando el curso de la batalla. Pero otra parte, la parte que aún se aferraba a mi orgullo herido y mi miedo por su seguridad, me impulsaba a ordenarle que se retirara, que volviera a la seguridad del castillo. Quería gritarle con todas mis fuerzas que se diera la vuelta, que la iban a dañar, que yo no podía curarla... Tenía miedo a que le hicieran cualquier rasguño.

Sin embargo, mientras la observaba moverse sobre el campo de batalla, comprendí la magnitud de mi error. Nefely no era una damisela que necesitara protección, era una guerrera, una fuerza de la naturaleza que había venido a salvarnos a todos. No podía mandarla de nuevo al castillo, no cuando la veía tan segura de sí misma.

Me lancé de nuevo al combate. Cada golpe de mi espada, cada orden que gritaba a mis tropas, era por una nueva esperanza. Nefely no solo había traído refuerzos; había traído consigo la chispa que necesitábamos para encender el fuego. Ella era el fuego más poderoso que había conocido nunca.

Y ella sería mi esposa cuando todo esto terminase, maldita sea. Mi reina.

Una soberana ante la que yo mismo me postraría.

Mientras luchaba, mis ojos volvían una y otra vez hacia ella, maravillado por su destreza y aterrorizado por los peligros que la rodeaban. Y en ese momento, en medio del caos y la destrucción, hice una promesa silenciosa: si sobrevivíamos a esto, si lográbamos

salir victoriosos, jamás volvería a subestimar a Nefely. Jamás volvería a intentar confinarla o limitarla.

Porque ahora lo veía claramente: ella era mi igual en todos los sentidos. Y

juntos, éramos imparables. Había sido mi error, mi ceguera, y pensaba expiar mi culpa arrodillándome ante ella delante de todo el reino si hacía falta en cuanto la victoria fuera nuestra. Escucharía de mis labios todas las disculpas del mundo, y aun así no serían suficientes.

La batalla rugía a nuestro alrededor, pero el equilibrio había cambiado. Las fuerzas de Gélidia retrocedían ante nuestro renovado ataque, la presencia de Nefely y Estros inclinaba la balanza a nuestro favor. La victoria, que momentos antes parecía un sueño imposible, ahora estaba al alcance de la mano.

Mis ojos buscaban constantemente a Nefely en el cielo, su figura era una promesa de esperanza sobre el lomo de Estros. La vi descender una vez más, preparándose para otro ataque devastador contra las líneas enemigas.

Fue entonces cuando sucedió.

Un destello de movimiento captó mi atención. Un grupo de arqueros enemigos, aprovechando un momento de distracción, tensaron sus arcos. El tiempo pareció ralentizarse mientras observaba, horrorizado, cómo una lluvia de flechas se elevaba hacia Nefely y Estros.

—¡Nefely! —grité.

Estros, en un intento frenético por esquivar el ataque, se contorsionó en el aire. Sus movimientos, aunque ágiles para su tamaño, no fueron suficientes.

Las flechas atravesaron sus escamas, hundiéndose en su carne con precisión. Vi cómo el dragón se estremecía de agonía, y con él, Nefely —mi Nefely— perdió su equilibrio.

Mi mundo se derrumbó cuando la vi caer. Su cuerpo, de repente tan vulnerable y diminuto contra el vasto cielo, se precipitaba hacia una muerte segura. El tiempo se ralentizó cruelmente, cada segundo de su caída era una puñalada en mi corazón.

—¡Draluz! —rugí con desesperación—. ¡Sálvala, maldita sea!

Si ella moría, una parte de mí —no, todo mi ser— moriría con ella. Y lo que quedara, lo juraba por cada dios y demonio, arrastraría este mundo al infierno en una venganza que haría temblar los cimientos de la creación.

Mi fiel dragona respondió al instante, lanzándose en picado hacia Nefely.

Pero la distancia era un abismo insalvable, el tiempo un verdugo implacable. Con un horror que me heló la sangre, vi cómo Nefely caía más allá del alcance de Draluz, su cuerpo —frágil, amado— desapareciendo bajo la superficie implacable del río helado.

Draluz, en un último acto de furia y desesperación, se estrelló contra la superficie congelada. El impacto resonó como el fin del mundo, el hielo gimió bajo su peso descomunal. Pero la capa era un monstruo indiferente, demasiado gruesa, demasiado cruel. Draluz rugió, un sonido que me desgarró el alma, sus garras arañaron frenéticamente el hielo en un intento inútil por alcanzar a Nefely.

—¡No! —El grito que escapó de mi garganta fue más animal que humano, un aullido de agonía pura que hizo temblar el aire mismo—. ¡Nefely!

Mi cuerpo se movió por voluntad propia, impulsado por una desesperación que sobrepasaba toda razón. Quería correr hacia ella,

destrozar el hielo con mis propias manos, sumergirme en esas aguas heladas y arrancarla de las garras de la muerte. Pero la batalla, cruel e implacable, aún rugía a mi alrededor. Espadas enemigas silbaban en el aire, buscando mi sangre, obligándome a luchar cuando lo único que quería era morir si eso significaba salvarla.

—Por favor —supliqué a dioses que no escuchaban, mi voz apenas un susurro roto—, por favor, no me la quitéis... Por favor, no ella...

Las imágenes de Nefely, su sonrisa, su risa, el calor de su cuerpo junto al mío, bombardeaban mi mente en un tormento cruel.

—Tomaré su lugar —ofrecí—. Mi vida por la suya. Mi alma, mi futuro, todo lo que soy y seré. ¡Maldita sea, tomadlo todo! Desgarrad mi carne, quebrad mis huesos, condenad mi espíritu al tormento eterno. Pero dejadla vivir... Por favor... Os lo suplico...

Esquivé una estocada, mi espada encontró su corazón casi por instinto, hundiéndose en la carne enemiga con una facilidad que me revolvió el estómago. Pero mis ojos, ciegos a la batalla que me rodeaba, no abandonaban el punto donde Nefely había desaparecido. Cada segundo que pasaba era una eternidad de tormento, un infierno helado sabiendo que ella luchaba por su vida bajo esas aguas implacables.

Mi cuerpo se movía en automático, defendiéndose, matando, pero mi mente estaba allí, en las profundidades del río, ahogándose con ella.

De repente, un clamor se elevó desde el flanco sur del campo de batalla. Al principio, temí que fuera otro ataque enemigo. Pero entonces vi los estandartes, reconociendo los colores de uno de nuestros aliados. Un ejército fresco se unía a la lucha, sus tropas cayendo sobre las ya agotadas fuerzas de Gélidia.

El efecto fue inmediato. Vi la desesperación apoderarse de los rostros enemigos, tenían la batalla perdida. En cuestión de minutos, los

gritos de rendición comenzaron a elevarse entre las filas de Gélidia, un coro macabro de súplicas y armas cayendo al suelo.

Pero ya nada de eso importaba. La victoria, que momentos antes parecía el culmen de todos nuestros esfuerzos, ahora me parecía vacía, insignificante, un chiste cruel del destino. ¿Qué valor tenía un reino ganado si el precio era perderla a ella?

Sin esperar a que el último enemigo depusiera las armas, sin importarme las miradas de confusión y alarma de mis propios hombres, comencé a correr hacia el río. Mis dedos, torpes por la adrenalina y el miedo, luchaban contra las correas de mi armadura. La espada cayó de mis manos, olvidada, mientras pieza tras pieza de metal golpeaba el suelo con un estruendo que resonaba con la desesperación de mi corazón.

—¡Nefely! —Mi grito desgarró el aire, un aullido de pura agonía que hizo que se girasen amigos y enemigos por igual. Mi voz se rompía, rasposa por el esfuerzo y ahogada por un miedo que me consumía desde dentro—.

¡Aguanta! ¡Ya voy!

Llegué a la orilla del río, me resbalé peligrosamente en el hielo y la nieve ensangrentada. Sin un atisbo de duda, sin importarme mi propia vida, me lancé al agua helada.

El impacto fue como recibir mil puñaladas a la vez. El frío me robó el aliento, paralizando mis músculos y nublando mi mente por un instante.

Pero el dolor físico no era nada comparado con la agonía de imaginarla luchando por su vida en esas aguas oscuras.

Nadé contra la corriente con la fuerza de la desesperación, mis ojos escudriñaron frenéticamente las aguas turbias. El frío entumecía mis

extremidades, la corriente amenazaba con arrastrarme, pero me negaba a rendirme. No podía perderla. No así. No ahora.

—Por favor —supliqué entre dientes castañeteantes—. Por favor, Nefely.

No me dejes. No puedo... no puedo vivir en un mundo sin ti.

Y así, en las aguas heladas de un río en medio de un campo de batalla, luché no solo contra la corriente, sino contra el destino mismo. Porque en ese momento, nada más importaba. Ni la victoria, ni el reino, ni mi propia vida. Solo Nefely. Solo encontrarla y traerla de vuelta a mí.

Draluz seguía en la superficie, sus rugidos de angustia resonaban en el aire mientras continuaba intentando romper el hielo. Su desesperación reflejaba la mía propia, ambos luchando contra un enemigo invisible y despiadado: el tiempo.

El frío mordía mi piel como mil agujas de hielo, pero me negué a rendirme.

Mis manos arañaban la superficie congelada del río, buscando desesperadamente una grieta, una abertura, cualquier cosa que me permitiera llegar hasta Nefely. La corriente tiraba de mí, amenazando con arrastrarme, pero me aferré con todas mis fuerzas a los bordes irregulares del hielo, mis dedos estaban sangrando por el esfuerzo.

—¡Nefely! —grité una vez más—. ¡Nefely, por favor!

Sobre mí, Estros rugía con una furia que hacía temblar el aire mismo. El dragón volaba en círculos frenéticos, sus ojos buscaban en las aguas turbias algún signo de Nefely. De vez en cuando, descendía para golpear la superficie helada con sus garras, en un intento desesperado por romper el hielo que nos separaba de ella. Cada impacto resonaba como un trueno, fragmentos de hielo volaban por el aire, pero la capa helada se negaba a ceder lo suficiente.

Draluz se unió a Estros en su búsqueda aérea, ambos dragones formaron un dúo implacable.

—¡Majestad! —La voz de Thorak llegó hasta mí, cargada de preocupación

—. ¡Debéis salir del agua! ¡El frío os matará!

Ignoré sus palabras, sumergiéndome una vez más en las aguas heladas. La oscuridad me envolvió, el frío penetraba hasta mis huesos, robándome el aliento y nublando mi mente. Mis ojos ardían por el esfuerzo de mantenerlos abiertos en el agua, buscaba desesperadamente cualquier señal de Nefely.

«No puede haber muerto», me repetía una y otra vez, negándome a aceptar la posibilidad, luchando contra el pánico. «No así, no ahora. No cuando estamos tan cerca de nuestro futuro juntos».

Emergí jadeando, el aire gélido quemando mis pulmones como si respirara fuego. A mi alrededor, varios guardias se habían unido a la búsqueda, algunos cruzando las aguas poco profundas cerca de la orilla, otros trepando sobre el hielo, golpeándolo con sus armas en un intento por crear aberturas.

—¡Seguid buscando! —ordené—. ¡No os detengáis! ¡Ella está aquí, tenemos que encontrarla!

Me sumergí una vez más, la desesperación alimentando mis movimientos.

Mis dedos rozaron el fondo lodoso del río, buscando, esperando encontrar algo, cualquier cosa. Pero solo había oscuridad y frío.

Cuando volví a la superficie, vi que la batalla había terminado. Los últimos soldados de Gélidia estaban siendo desarmados y capturados. Gritos de victoria se elevaban desde nuestras filas, pero para mí

sonaban distantes, irrelevantes. ¿Qué sentido tenía ganar una guerra si perdía a Nefely?

—¡Majestad! —Thorak estaba de nuevo a mi lado—. Hemos ganado.

Gélidia se ha rendido.

Sus palabras, que deberían haberme llenado de alegría y orgullo, solo acentuaron el vacío abrumador que sentía en mi pecho.

—¡No me importa la maldita victoria! —rugí—. ¡No sin ella! ¡Nada importa sin ella! ¡Que se pudra el reino si no puedo tenerla a mi lado!

Sin esperar respuesta, volví a sumergirme en las aguas heladas, negándome a abandonar la búsqueda. El frío entumecía mis extremidades, haciendo que cada movimiento fuera una agonía, pero el dolor físico no era nada comparado con el tormento de mi alma.

Cuando el agotamiento amenazaba con vencerme, sentí unas manos fuertes sacándome del agua. Luché contra ellas con la ferocidad de una bestia acorralada, intentando desesperadamente volver al río.

—¡No! —grité—. ¡Soltadme! ¡Tengo que encontrarla!

—Majestad, por favor. Os estáis matando. Necesitáis descansar. Están buscándola. No podéis salvarla si morís aquí.

Me dejé caer en la orilla, mi cuerpo temblando incontrolablemente, sacudido por espasmos violentos que eran tanto de frío como de una angustia indescriptible. Alguien colocó una manta sobre mis hombros, pero apenas sentí su calor; era como si todo el calor del mundo se hubiera extinguido en el momento en que vi a Nefely desaparecer bajo las aguas.

Mis ojos, enrojecidos y desesperados, no se apartaban del río, esperando, rogando, suplicando ver a Nefely emerger en cualquier momento. Cada ondulación en la superficie, cada reflejo de la luz

menguante, hacía que mi corazón se detuviera, esperando que fuera ella.

A mi alrededor, la celebración de la victoria continuaba, un contraste cruel con mi agonía personal. Podía escuchar los vítores de mis soldados, los gritos de alivio, pero para mí, el mundo se había reducido a ese tramo de río donde Nefely había desaparecido. Todo lo demás —la victoria, el reino, mi propia vida— se había vuelto insignificante.

Las horas pasaron con una lentitud tortuosa, y la búsqueda continuó sin descanso. Dragones y hombres peinaban el río y sus orillas, pero sin éxito.

El sol comenzó a ponerse, tiñendo el cielo de tonos rojizos que me recordaban dolorosamente a la sangre derramada en batalla... y a la posibilidad de haber perdido a Nefely para siempre.

—Majestad —Thorak se acercó nuevamente, su rostro una máscara de pesar—. Deberíamos...

Me giré hacia él con una furia que hizo retroceder a todos los presentes.

—Ni se te ocurra terminar esa frase, Thorak —siseé—. ¡Ni se te ocurra!

¿Me oyes? ¡Que nadie, nadie, se atreva a insinuar siquiera que Nefely está muerta! ¡Lo prohíbo! ¡Lo prohíbo, maldita sea!

Thorak palideció, asintiendo en silencio. Pude ver el miedo en sus ojos, pero no me importó. Nada me importaba excepto encontrar a Nefely.

—Majestad —intentó de nuevo—, solo queremos...

—¡Cállate! —rugí—. ¡No quiero oír tus excusas! ¡Nefely está viva! ¡Viva!

¿Lo entendéis todos? —grité, girándome hacia los soldados que nos rodeaban, mis ojos desafiaron a cualquiera que se atreviera a contradecirme

—. ¡El primero que se atreva a decir lo contrario responderá ante mí! ¡Y

que los dioses se apiaden de su alma, porque yo no lo haré!

Thorak asintió en silencio, respetando mi negativa a aceptar lo que todos temían. No pronunció las palabras que sabía que estaban en la mente de todos, pero yo las veía en sus ojos, en los ojos de cada soldado, y me enfurecía.

—¡Escuchadme todos! —grité—. ¡Nefely está viva! ¡Es más fuerte que cualquiera de nosotros! ¡Más fuerte que el hielo, que el agua, que el fuego!

¡Y la encontraremos! ¡Quiero que cada hombre, cada dragón, cada recurso que tengamos se dedique a buscarla! ¿Entendido? ¡El que se atreva a descansar antes de encontrarla será considerado un traidor a su reina, al reino entero!

Un coro de «Sí, Majestad» se elevó entre las tropas, pero pude ver la duda en sus ojos, la compasión mal disimulada, la certeza de que estaban obedeciendo a un rey enloquecido por el dolor. No me importó. No necesitaba que creyeran. Solo necesitaba que obedecieran, que buscaran hasta que cada centímetro de ese maldito río hubiera sido examinado mil veces.

—Sí, Majestad —respondió Thorak, su voz estaba cargada de una tristeza que me negaba a reconocer—. Se hará como ordenáis.

A medida que la noche caía, la celebración de la victoria se fue apagando.

La realidad de nuestras pérdidas comenzó a asentarse entre las tropas. Pude ver cómo las miradas se dirigían hacia mí, llenas de compasión y pesar.

Estros y Draluz finalmente aterrizaron, exhaustos por la búsqueda incesante. Sus ojos, normalmente fieros, ahora estaban nublados por una tristeza que parecía demasiado humana, reflejando el dolor que yo me negaba a aceptar. Se acurrucaron cerca de mí, como si buscaran consuelo en

mi presencia tanto como yo en la suya, sus cuerpos enormes temblando con un cansancio que iba más allá de lo físico.

Mientras la oscuridad nos envolvía, me negué a moverme de la orilla del río. Estaba listo para sumergirme de nuevo en esas aguas heladas al menor indicio de Nefely. Cada fibra de mi ser se rebelaba contra la idea de abandonarla, de aceptar que pudiera haberse ido para siempre. La imagen de su caída se repetía una y otra vez en mi mente, torturándome, alimentando una culpa que amenazaba con consumirme.

—No te rindas —susurré al viento, en una súplica desesperada—. Vuelve a mí, Nefely. Vuelve a mí. No te atrevas a dejarme solo en este infierno.

Prometiste ser mi esposa, mi reina, la madre de mis hijos. ¿Vas a romper esa promesa ahora? Lucha, maldita sea. Lucha como siempre lo has hecho. No te rindas ahora, no cuando estamos tan cerca de nuestro futuro. Lucha y vuelve a mí, Nefely. Te lo ordeno, te lo suplico, te lo imploro con cada fibra de mi ser. Te lo ordeno como tu rey. Te lo suplico como el hombre que te ama. Te lo imploro con cada latido de mi corazón que solo late por ti.

Nuestro trono te espera, mi amor. Nuestro reino necesita a su reina.

Nuestros futuros hijos necesitan a su madre. Y yo... yo te necesito más que al aire que respiro. Sin ti, soy un rey sin corona, un hombre

sin alma.

Lágrimas ardientes corrían por mis mejillas, mezclándose con el agua helada del río:

—Vuelve a mí, Nefely. Por la autoridad que me confiere la corona, por el amor que nos juramos, por todos nuestros sueños y promesas. Vuelve a mí.

Es una orden de tu rey, una súplica de mi alma. No me obligues a vivir en un mundo sin ti, porque juro por todos los dioses que si tú mueres, este reino morirá conmigo.

Y así, mientras el campamento se sumía en un silencio opresivo, cargado de una victoria que sabía a cenizas, me mantuve firme en mi vigilia. La guerra contra Gélidia había terminado, sí, pero la batalla por el alma de Nefely, por nuestro futuro, apenas comenzaba. No habría descanso, no habría celebración, hasta que ella estuviera de nuevo en mis brazos, respirando, viviendo, amando.

El frío de la noche me calaba los huesos, pero el fuego de mi alma ardía. En lo más profundo de mi ser, más allá de la razón y la lógica, sabía que nuestra historia no podía terminar así. No lo permitiría. No mientras me quedara un aliento de vida.

De alguna manera, contra todo pronóstico, encontraría a Nefely. Ella estaba viva, tenía que estarlo. Y la encontraría, aunque tuviera que desafiar a la misma muerte, aunque tuviera que recorrer cada rincón de este mundo y del inframundo. Aunque tuviera que librar mil batallas más, enfrentar ejércitos de demonios o desafiar a los mismos dioses.

Nefely era invencible. Ella podía contra el hielo que helaba los huesos, contra el agua que ahogaba los pulmones, contra el fuego que consumía la carne. Y yo... yo sería imparable en mi búsqueda. Porque sin ella, no era nada. Con ella, lo era todo.

Y así, con el corazón desgarrado, continué mi guardia, con mis ojos fijos en las aguas traicioneras que me habían arrebatado mi razón de ser. La encontraría. La traería de vuelta. Y cuando lo hiciera, ni el cielo ni el infierno podrían separarnos jamás.

Ella era la reina de Dragio. Debía volver conmigo a casa, a su reino, a su trono. El trono que solo a ella pertenecía, que nadie más tenía derecho a ocupar. Dragio era suyo, cada piedra, cada súbdito, cada ley. Y yo... yo era suyo también.

Debía regresar para cumplir lo que me había prometido, para ser mi esposa, para que viviéramos la vida que habíamos soñado juntos.

Nadie podría discutírmelo. Ella volvería para reclamar lo que le había entregado con toda mi alma.

Y yo me aseguraría de que así fuera, costara lo que costara.



Fin.

Próximamente...

Document Outline

- Información
- Dedicatoria
- Interacción ✨💕
- No necesito una alisma para reinar
- Susurros entre ramas
- Cuando las cenizas susurran mi nombre
- La Corona que Desea
- Mis manos que sanan, su tacto que quema
- Ojos de tormenta
- Susurros en la torre de piedra
- Ecos de una verdad incómoda
- Entre barrotes y alas de dragón
- Dudas en la nieve
- Cuando el veneno florece
- El veneno y la cura
- Veneno en el corazón
- Sueños de un rey encadenado
- Entre sueños y pesadillas
- Bajo mi piel
- Bajo una corona inquieta
- Jaulas doradas y recuerdos amargos
- La bruja en mis pensamientos
- Ascenso de tensiones
- El fuego en tus ojos
- La calidez de un nombre
- Corazones que cantan
- Vuelos turbulentos y besos prohibidos
- Fuego de dragón y besos desesperados
- Secretos de medianoche
- Vestida para volar
- Veneno en los labios, fuego en el corazón
- Confesiones en la penumbra del corazón

- Secretos ardientes en el nido de dragones
- Melodía de escamas y latidos
- Bajo la mirada del rey
- Una promesa más allá de palabras
- Una promesa más allá de palabras
- Marcado como tuyo
- El despertar de mi destino
- Bajo la sombra del trono
- Llamas de la devoción
- Revelaciones inesperadas
- Lazos que perduran
- Lágrimas bajo la luna
- Anhelos de un corazón dividido
- Recuerdos y presagios
- Batalla de conflictos
- Alas de fuego, corazón de hielo
- YA EN FÍSICO
- La promesa inquebrantable
- Alas de desesperación
- Últimos latidos por el fuego
- Mi reina de Dragio

Table of Contents

Información
Dedicatoria
Interacción ✨💕
No necesito una alisma para reinar
Susurros entre ramas
Cuando las cenizas susurran mi nombre
La Corona que Desea
Mis manos que sanan, su tacto que quema
Ojos de tormenta
Susurros en la torre de piedra
Ecos de una verdad incómoda
Entre barrotes y alas de dragón
Dudas en la nieve
Cuando el veneno florece
El veneno y la cura
Veneno en el corazón
Sueños de un rey encadenado
Entre sueños y pesadillas
Bajo mi piel
Bajo una corona inquieta
Jaulas doradas y recuerdos amargos
La bruja en mis pensamientos
Ascenso de tensiones
El fuego en tus ojos
La calidez de un nombre
Corazones que cantan
Vuelos turbulentos y besos prohibidos
Fuego de dragón y besos desesperados
Secretos de medianoche
Vestida para volar
Veneno en los labios, fuego en el corazón

Confesiones en la penumbra del corazón
Secretos ardientes en el nido de dragones
Melodía de escamas y latidos
Bajo la mirada del rey
Una promesa más allá de palabras
Una promesa más allá de palabras
Marcado como tuyo
El despertar de mi destino
Bajo la sombra del trono
Llamas de la devoción
Revelaciones inesperadas
Lazos que perduran
Lágrimas bajo la luna
Anhelos de un corazón dividido
Recuerdos y presagios
Batalla de conflictos
Alas de fuego, corazón de hielo
YA EN FÍSICO
La promesa inquebrantable
Alas de desesperación
Últimos latidos por el fuego
Mi reina de Dragio